



ANDRZEJ
SAPKOWSKI
NARRENTURM

Una cruzada en el corazón de Europa

Lectulandia

Reinmar de Bielau, llamado Reynevan, es un joven noble silesio, un médico estudioso de la alquimia y ferviente partidario de trovadores y minnesänger. Su apasionamiento por una mujer casada lo llevará a enfrentarse a una poderosa familia, los Sterz. Perseguido por encargo de ellos, Reynevan huye por todo el centro de Europa, escondiéndose de los asesinos a sueldo. En un principio la huida es poco más que un juego, pero pronto las cosas empiezan a complicarse.

Reynevan no lo sabe, pero la huida emprendida transformará por completo su vida. Encontrará así el verdadero amor y la verdadera amistad, vivirá aventuras y peligros, y por fin participará en la guerra del lado de los más débiles. O al menos eso cree.

Lectulandia

Andrzej Sapkowski

Narrenturm

Guerras Husitas 1

ePub r1.0

Webfish 26.09.13

Título original: *Narrenturm*
Andrzej Sapkowski, 2009
Traducción: José María Faraldo
Ilustraciones: Alejandro Colucci
Diseño de portada: Alejandro Terán

Editor digital: Webfish
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Nota aclaratoria

Porque, ¿cómo queréis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo cuando vea que, al cabo de tantos años como ha que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora, con todos mis años a cuestas, con una leyenda seca como un esparto, ajena de invención, menguada de estilo, pobre de concetos y falta de toda erudición y doctrina; sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platón y de toda la caterva de filósofos, que admiran a los leyentes, y tienen a sus autores por hombres leídos, eruditos y elocuentes? ¡Pues qué, cuando citan la Divina Escritura! No dirán sino que son unos santos Tomases y otros doctores de la Iglesia; guardando en esto un decoro tan ingenioso que en un renglón han pintado un enamorado distraído y en otro hacen un sermoncico cristiano, que es un contento y un regalo oílle o leelle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo qué acotar en el margen, ni qué anotar en el fin, ni menos sé qué autores sigo en él, para ponerlos al principio, como hacen todos, por las letras del ABC, comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte y en Zoilo o Zeuxis, aunque fue maldiciente el uno y pintor el otro.

Miguel de Cervantes

Para estas notas hemos tomado algunas de las que el propio autor aporta en la edición original de la novela (las señalamos adecuadamente) y que creemos son de interés para el público español. Además, hemos utilizado parte de las notas de la edición alemana y hemos añadido algunas que pensamos pueden ayudar al lector a disfrutar más del libro. Las citas de la Biblia están, por lo general, sacadas de la Vulgata, con lo que la numeración de los Salmos varía algo —uno— con respecto a algunas otras Biblias. El lenguaje en el que se supone que hablan los personajes durante casi toda la acción es el alemán, dado que predominaba en Silesia en aquella época, sobre todo en las ciudades. Sin embargo, la región era un crisol de culturas con límites muy vagos entre unos idiomas y otros y entre unos pueblos y otros. De ahí la continua mezcla de idiomas, así como los nombres de orígenes lingüísticos muy diversos.

En la novela encontramos nombres y topónimos en al menos tres idiomas (polaco, alemán y checo), así como palabras y citas en latín, francés, plattdeutsch, neerlandés, ruso y Dios sabe qué más. Los que pueden provocar mayor problema al lector son los nombres eslavos. Para saber cómo se pronuncian hay algunas reglas muy sencillas.

No se trata de la pronunciación que podría recomendar un filólogo, sino que sólo pretende servir para que el lector pueda disfrutar aún más de la novela. La «c» en polaco es más o menos como la «s» castellana. La «z» —grosso modo— también. «Swidnica» se pronuncia «Shvidnitsa», «Ziebice» se lee algo así como «Sienbise». La «sz» es lo mismo que en inglés «sh». «Paszko Pakoslawic» se pronuncia «Pashko Pakoslawis». En alemán «sch» es también equivalente a la «sh» inglesa. De ahí «Scharley» será «Sharley». La «cz» en polaco es igual que la «ch» castellana. La «j» es tanto en alemán como en polaco igual a la «i» castellana. La «w» siempre es «v», como en francés, ¡nunca como en el «whiskey» escocés! «Wittram» se lee «Vittram». Las «h» se aspiran siempre, o sea, como una «j» leve en castellano: «jardín»: «Hermán» sería algo así como «Jerman»...

También con intención de facilitar al lector español la lectura, hemos dejado al margen los signos diacríticos propios de los idiomas polaco y checo, a riesgo de ser denostados por puristas y filólogos.

Para los nombres geográficos seguimos el uso del autor. «En lo tocante a los topónimos sigo las fuentes históricas. Sin embargo, teniendo en cuenta al lector, y para que no se pierda del todo, uso a veces los nombres actuales, aunque sea a costa de forzar un poquito la verdad histórica» (N. del A.) De este modo, los topónimos usados en el libro son por lo general —con excepciones— los que se pueden encontrar en cualquier mapa de la región hoy día. Esto se aplica también a la capital de Silesia, Wroclaw (Breslau en alemán y en los textos españoles anteriores a la Segunda Guerra Mundial). Donde hay usos españoles normalizados (Praga, Cracovia, Varsovia, Dresde...), recurrimos a ellos.

Prologo

El fin del mundo no llegó en el Año del Señor de 1420, aunque señales muchas hubo de que así había de ser.

No se consumaron las aciagas profecías de los chiliastas que preveían con asaz precisión —para el año 1420, en el mes de febrero, en lunes, Santa Escolástica— la llegada del Fin. Mas pasó el lunes, vino el martes y tras él el miércoles, y nada. No llegó el Día del Castigo y la Venganza que había de anteceder a la llegada del Reino de Dios. No se liberó de sus prisiones al satán, aunque habían pasado mil años, y no salió éste para embaucar a las naciones de las cuatro esquinas de la Tierra. No murieron todos los pecadores del mundo ni los enemigos de Dios a causa de espada, fuego, hambre, granizo, de colmillo de bestia, de aguijón de escorpión o veneno de sierpe. En vano esperaron los fieles la llegada del Mesías en los montes Tabor, Carnero, Oreb, Sión y en el de los Olivos, en vano esperaron la nueva venida de Cristo las *quinque civitates*^[1], las cinco ciudades escogidas que anunciaban las profecías de Isaías y por las cuales se tuvo a Pilsen, Klatovy, Louny, Slany y Zatec. No llegó el fin del mundo. El mundo no sucumbió ni estalló. Por lo menos no todo.

Y aún así se montó una buena.

Sabrosa está esta sopa, ciertamente. Densa, aromática y sazonada con liberalidad. Hacía mucho que no comía una así. Os agradezco, nobles señores, el convite, y ti también, posadera. ¿Si le hago ascos a la cerveza, preguntáis? No. Más bien no. Si queréis, entonces con gusto. *Comedamus tandem, et bibamus, eras enim moriemur*^[2].

No se acabó el mundo en 1420, ni tampoco un año después, ni dos, ni tres ni siquiera cuatro. Las cosas llevaban, por así decirlo, su orden natural. Seguía la guerra. Se multiplicaban las epidemias, pululaba la *mors nigra*^[3], se extendía el hambre. El hermano mataba y robaba al hermano, deseaba a su mujer y era, en general, un lobo con el hermano. A los judíos se les montaba de vez en cuando un pogromcillo, y a los herejes una hoguerita. Como novedad, sin embargo, los esqueletos vagabundeaban por los cementerios dando cómicos saltitos, la muerte medía la tierra con su guadaña, el íncubo se introducía entre los trémulos muslos de las mozas y la estrige se le echaba a la nuca al jinete solitario en las necrópolis. También el diablo se entrometía a pleno día en los negocios cotidianos y andaba entre las gentes *tamquam leo rugiens*^[4], como león rampante, buscando alguien a quien devorar.

Mucha famosa gente murió en aquellos tiempos. Ja, y seguro que muchos nacieron también, mas resulta así que las fechas de los nacimientos por alguna extraña razón no se apuntan en las crónicas y no las recuerda nadie, quizá con la excepción de las madres y a excepción también de cuando el recién nacido tiene dos cabezas o al menos dos pitos. Mientras que si muere, ja, la fecha es segura como

grabada en la piedra.

En el año de 1421, el lunes después del domingo en mitad del tiempo de la Pascua, habiendo vivido hasta la muy proba edad de sesenta años, murió en *Opole Juan apellatus Hisopo*, príncipe de la sangre de los Piastas y *episcopus wloclaiensis*^[5]. Antes de su muerte hizo donación a la ciudad de Opole de la cantidad de seiscientos marcos. Se dice que una parte de esta suma fue a parar por voluntad última del falleciente al famoso lupanar opolano de La Perrilla Roja. De los servicios de esta mancebía, que estaba situada a espaldas del monasterio de los Hermanos Menores, usó el truhán del obispo hasta su misma muerte, si bien al final de su vida ya sólo como observador.

En verano —no recuerdo la fecha precisa— del año 1422 murió en Vincennes el rey inglés Enrique V, vencedor de la batalla de Azincourt. Sólo dos meses más lo sobrevivió el rey de Francia, Carlos VI, ya desde hacía unos cinco años completamente chiflado. La corona la ansiaba el hijo del loco, el delfín Carlos. Pero los ingleses no reconocieron sus derechos. Pues la propia madre del delfín, la reina Isabel, había anunciado ya hacía tiempo que era un bastardo, concebido a cierta distancia del lecho matrimonial y con un hombre con todo su juicio. Y como los bastardos no heredan los tronos, se alzó como señor legal y monarca de Francia un inglés, hijo de Enrique V, el pequeño Enriquillo, que no contaba a la sazón más que con nueve meses. Regente de Francia fue nombrado el tío de Enrique, John de Lancaster, duque de Bedford. Éste, junto con los borgoñones, poseía el norte de Francia, París incluido, mientras que el sur lo controlaba el delfín Carlos y los Armagnac. Y en el territorio entre ambos reinos aullaban los perros en los campos de batalla.

Sin embargo, en el año 1423, el día de Pentecostés, murió en el castillo de Peñíscola, no lejos de Valencia, Pedro de Luna, el Papa de Aviñón, un maldito cismático que lo fue hasta su misma muerte, pese a las resoluciones de dos concilios, y que se titulaba a sí mismo Benedicto XIII.

De los otros que murieron por aquellos años y de los que aún me acuerdo, hay que contar a Ernesto el Férreo de Austria, príncipe de Estiria, Carintia, la Krajina, Istria y Trieste. Murió Juan de Ratisbona, duque que era de la sangre de los Piastas y de los Przemyslidas al mismo tiempo. Murió bien joven Venceslao, *dux*^[6] *lubiniensis*, murió el príncipe Enrique, señor junto con su hermano de las tierras de Ziebicach. Murió fuera de su patria Enrique *dictus*^[7] Rumpoldus, príncipe de Glogów y landvogt de la Alta Lausacia. Murió Nicolás Traba, arzobispo de Gniezno, varón honorable y sabio. Murió en Marienburg Michael Kiichmeister, gran maestro de la Orden de la Santísima Virgen María. Murió también Jacobo Cebada, llamado el Pez, molinero de Bytom. Ja, ha de reconocerse que era éste algo menos conocido y famoso que los arriba nombrados, mas con la ventaja sobre ellos de que lo conocía yo personalmente

y hasta con él había bebido. Mientras que con los arriba mentados pues como que no hubo ocasión.

También tuvieron lugar entonces sucesos importantes en el mundo de la cultura. Predicaba el inspirado Bernardino de Siena, predicaban Jan Kanty y Juan de Capistrano, impartían sus enseñanzas Juan Carlerius de Gerson y Pawel Wlodkowic, escribían sus letradas obras Cristina de Pisan y Tomás Hemerken á Kempis. Escribió su hermosa y gran crónica Vavrinec de Brzezova. Pintaba sus iconos Andrei Rubliov, pintaba Tomaso Masaccio, pintaba Robert Campin. Jan van Eyck, pintor del rey Juan de Baviera, hizo para la catedral de San Bavo de Gante el Altar del Cordero Místico, un políptico precioso que cubre las paredes de la capilla de Jodocus Vyd. En Florencia el maestro Pipo Brunelleschi terminó de elevar una maravillosa cúpula sobre las cuatro naves de Santa María de las Flores. Y hasta nosotros aquí en la Silesia no íbamos a la zaga. Pues don Pedro de Frankenstein finiquitó en la ciudad de Nysa una iglesia bien graciosa bajo el patronazgo de Santiago. No está nada lejos de aquí, de Milicz, quien no haya estado y no la haya visto ocasión tiene de ir y ver.

En aquel mismo año de 1422, en los propios carnavales, en el castillo de Lida, celebró con gran pompa sus esponsales el viejo lituano, rey de Polonia, Jogaila. Casóse con Sonka Holszanska, doncella lozana y gallarda, de diecisiete años, por entonces más de medio siglo menor que él. Por lo que se decía, más reputada era la doncella por su belleza que por sus costumbres. De modo que por fuerza hubieron de resultar de ello trastornos. Por su parte Jogaila, todito como si recordara el cómo ha de alegrarse a una esposa jovencilla, ya en el verano se echó a por los señores prusianos, los caballeros teutones, se entiende. Así sucedió que el nuevo gran maestre de la Orden, Pablo de Rusdorf, sucesor de Kiichmeister, nada más tomar posesión hubo de trabar conocimiento con las armas polacas y, ciertamente, un bien áspero conocimiento. Cómo fueran las cosas en la alcoba de Sonka, esperaremos en vano a saberlo, mas para darles a los teutones una buena en el culo, para eso era Jogaila aún varón de sobra.

También por aquellos tiempos tuvieron lugar cuantiosas cosas de importancia en el reino de Bohemia. Una gran agitación, gran derramamiento de sangre y guerra sin tregua. Mas de qué ando yo platicando... Perdonar han los nobles señores a este viejo, mas el miedo es cosa humana y ya hubo alguno que perdiera el gazzate por unas palabras descuidadas. Pues en vuestros jubones, señores, veo a los Nalecze y Habdanki polacos, y en los vuestros, nobles bohemios, el gallo de los señores de Dobra Voda y las flechas caballerescas de Strakonica... Y vos, discípulo de Marte, la cabeza de bisonte en el escudo os delata como a uno de los Zettritz. Y vuestros ajedrezados en través y vuestros grifos, señor caballero, ni siquiera sé dónde meterlos. No se puede excluir tampoco que tú, frater de la orden de San Francisco, no espíes para el Santo Ofjcio mientras que vos, hermano de Santo Domingo, es casi

seguro que espiáis para ellos. Así que vuestras mercedes mismas se darán cuenta de que no me es posible en compañía tan internacional y diversa el hablar de las cosas de Bohemia no sabiendo quién está aquí a favor de Albrecht ni quién a favor del rey y el príncipe de Polonia. Quién a favor de Menhart de Hradec y de Oldrich de Rozmberg y quién a favor de Hynek Ptacek de Pirkstajn y Juan Kolda de Zampach. Quién está del lado del conde Svytko de Melsztyn y quién es partidario del obispo de Olesnica. Pues yo no tengo gana ninguna de palos, mas bien sé que habría de recibirlos, puesto que ya algunas veces recibiera. ¿Y que cómo es eso, preguntáis? Pues de este modo: si digo que en los tiempos de los que estoy relatando los valientes husitas bohemios les acortaron el jubón a los alemanes con bravura y que hicieron picadillo a tres cruzadas papistas, vierais cómo me rompían los morros los unos. Y si digo que por entonces, en las batallas de Vitkov, Vysehrad, Saaz y Brod de los Alemanes, vencieron los herejes a los cruzados con ayuda diabólica, me agarrarán los otros y me molerán las costillas. Así que mejor será callar y si se hablara de algo, entonces con la neutralidad de un cronista, contando, como suele decirse, *sine ira et studio*^[8], escueto, flemático, ecuánime y sin añadir comentario de propia parte alguno.

Así que hablaré entonces brevemente: el otoño del año de 1420 rechazó el rey de Polonia Jogaila la corona de Bohemia que le ofrecían los husitas. Se pensó en Cracovia que la corona la tomara el duc^[9] lituano Vitoldo, quien siempre había querido reinar. Sin embargo, para no molestar en demasía ni al rey de Roma Segismundo ni al Papa, se mandó a Bohemia al sobrino de Vitoldo e hijo de Korybut, Segismundo. Éste se plantó en la Dorada Praga al frente de cinco mil caballeros polacos en el año de 1422, para el día de San Estanislao. Mas ya para los Reyes Magos del año siguiente hubo de volver el príncipejo para Lituania, de tal modo se enrabiaron con el asunto de la sucesión de Bohemia el Luxemburgués y Oddo Colonna, quien por aquel entonces era ya Su Santidad Martín V. ¿Y qué me vais a decir? Ya en 1424, en la víspera de la Visitación de la Virgen, andaba el Korybutilio de vuelta en Praga. Esta vez en contra de la voluntad de Jogaila y de Vitoldo, en contra de la del Papa y en contra la del rey de Roma. Es decir, como rebelde y proscrito. Y a la cabeza de rebeldes y proscritos como él. Y ya no en número de miles, sino de cientos.

En Praga, por su parte, la revuelta, como Saturno, devoraba a sus propios hijos y unos partidos combatían a otros. A Jan de Zeliva, al que habían cortado la cabeza el lunes después del domingo de Reminiscere^[10] del año de 1422, lo lloraban ya en mayo de aquel año en todas las iglesias como mártir. La Dorada Praga se opuso también a Tabor con arrojo, mas aquí se topó el martillo con su yunque. Es decir, con Jan Zizka, gran guerrador. En el Año del Señor de 1424, día segundo tras las nonas de junio, impartióles Zizka a los praguenses una horrenda lección en Malschau, junto

al río Bohynka. Ay, muchas, muchas viudas y huérfanos quedaron en Praga tras aquella batalla.

Quién sabe, puede que fueran precisamente las lágrimas de los huérfanos las que causaran que poco después, el miércoles antes de San Gallo, muriera en Pribyslav, cerca de la frontera morava, Jan Zizka de Trocnov o, como luego se llamó, de Kelch. Y lo enterraron en Hradec Králové y allí descansa. Y tal como antes hubo quien lloró por su causa, ahora otros lloraron por su pérdida. Que los había dejado en orfandad. Y por eso se llamaron a sí mismos «los Huérfanos»...

Pero esto seguro que todos lo recordáis. Porque de ello es verdad que no hace mucho tiempo. Y ya parece todo... histórico.

¿Sabéis, nobles señores, cómo se puede reconocer que unos tiempos son históricos? Pues porque pasan muchas cosas y muy deprisa.

Y por entonces pasaron muchísimas cosas y extremadamente deprisa.

Como se ha dicho, no llegó el fin del mundo. Aunque señales hubo muchas de que así había de ser. Pues hubo —*exactement* como decían las profecías— grandes guerras y grandes derrotas para las gentes cristianas y muchos hombres murieron. Parecía como que el mismo Dios deseaba que naciera un nuevo orden por medio de la destrucción del antiguo. Parecía que se acercaba el Apocalipsis. Que la Bestia de los Diez Cuernos salía del Hades. Que se veía a los Cuatro Jinetes terribles entre el humo de los incendios y los campos ahogados en sangre. Que ya mismo iban a sonar las trompetas y los sellos se iban a romper. Que iba a caer fuego del cielo. Que caía la Estrella del Ajenjo sobre la tercera parte de los ríos y sobre las fuentes del agua. Que el hombre enloquecido al ver la huella de los pies de otro hombre tras el incendio, fuera a besar la tal huella con los ojos anegados por lágrimas.

Tan terrible fuera a veces que, con perdón de vuestras mercedes, hasta el culo se le helaba a uno.

Tiempos fueron aquellos peligrosos. Crueles. Y si los señores lo permiten, hablaré de ellos. Sólo para matar el aburrimiento, en tanto la tormenta que nos sujeta aquí en la posada no escampe.

Os hablaré, si lo queréis, de aquellos tiempos. De las gentes que por entonces vivieron y de aquéllos que vivieron por entonces pero que gente no eran. Os hablaré de cómo tanto los unos como los otros se las vieron con los tiempos que les tocó en suerte. Con el destino. Y con ellos mismos.

Comienza esta historia de forma amena y dulce, vaporosa y delicada, con unos amores agradables y ardientes. Pero que esto, nobles señores, no os engañe.

Que esto no os engañe.

Capítulo primero

En el que el lector tiene ocasión de conocer a Reinmar de Bielau, llamado Reynevan, y esto, de inmediato de varias de sus mejores partes, incluyendo en ello su diestra conocencia del ars amandi^[11], de los arcanos del arte de la monta a caballo y del Antiguo Testamento, si bien no necesariamente en tal orden. En el capítulo se habla también de Borgoña, tomada ella tanto en sentido literal como figurado.

A través de la ventana abierta de la pequeña habitación, sobre un fondo oscurecido todavía por la pasada tormenta, se veían tres torres. La más cercana, la del ayuntamiento; la siguiente, la de la iglesia de San Juan Evangelista, esbelta, resplandeciendo al sol, nuevecita con sus tejas rojas; detrás de ella, el donjón del castillo del duque. Alrededor de la torre de la iglesia revoloteaban veloces las golondrinas, a las que habían espantado hacía poco el sonido de las campanas. Las campanas no sonaban ya desde hacía unos instantes, pero el aire cargado de ozono parecía seguir vibrando con su sonido.

Hacía poco que las campanas habían sonado también en las torres de las iglesias de Santa María y del Corpus Christi. Sin embargo, no se veían aquellas torres desde la ventanilla de la camareta situada en el sotecho de la edificación de madera que, como un nido de golondrina, estaba pegada al complejo del hospicio y monasterio de los agustinos.

Era la hora sexta. Los monjes comenzaron con su *Deus in adjutorium*^[12]. Reinmar de Bielau, llamado por sus amigos Reynevan, besó la sudorosa clavícula de Adela von Sterz, se liberó de su abrazo y se tumbó junto a ella, jadeando, sobre una sábana cálida de amor.

Del otro lado de la pared, de la dirección de la calle del Monasterio, les llegaban gritos, el traqueteo de los carros, el sordo golpeteo de barriles vacíos, el musical tintineo de las vajillas de cinc y cobre. Era miércoles, día de mercado, algo que, como de costumbre, arrastraba a Olesnica a muchos mercaderes y mercadores.

*Memento, salutis auctor
quod nostri quondam corporis,
ex illibata virgine
nascendo, formam sumpseris.
Maria mater gratiae,
mater misericordiae,
tu nos ab hoste protege,*

et hora mortis suscipe^[13]...

Ya cantan el himno, pensó Reynevan, abrazando a Adela con un perezoso movimiento. Adela, procedente de la lejana Borgoña, era la mujer del caballero Gelfrad von Sterz. Ya suena el himno. Es increíble cuan rápido pasan los instantes de felicidad. Se querría que duraran eternamente y sin embargo desaparecen como un sueño pasajero...

—Reynevan... *Mon amour*... Mi muchacho divino... —Adela interrumpió ávida y anhelante sus reflexiones soñolientas. También ella era consciente del paso del tiempo, pero a todas luces no pensaba en perderlo en cavilaciones filosóficas.

Adela estaba completa, total y absolutamente desnuda.

En fin, cada país tiene sus costumbres, pensó Reynevan, es interesante conocer el mundo y sus gentes. Las silesias y las alemanas, por ejemplo, cuando se llega a algo, nunca permiten que se les levante la camisa más arriba del ombligo. Las polacas y las checas se la levantan ellas mismas y con ganas, por encima de los pechos, pero por nada del mundo se las quitarían del todo. Las borgoñonas por el contrario, ¡oh! Éstas al momento se quitan todo, su sangre caliente no soporta ver ni un trapillo sobre la piel durante las faenas amorosas. Ah, qué alegría conocer el mundo. Hermosa debe de ser Borgoña. Hermoso debe de ser su paisaje. Altas montañas... Colinas empinadas... Valles...

—Ah, aaaah, *mon amour*^[14] —jadeó Adela von Sterz, entregando todo su paisaje borgoñés a las manos de Reynevan.

Reynevan, dicho entre nosotros, tenía veintitrés años y del mundo había conocido más bien poco. Conocía a unas pocas checas, todavía menos silesias y alemanas, una polaca, una gitana y, si se trataba de otras nacionalidades, sólo una vez una húngara le había dado calabazas. Sus experiencias amorosas, aunque con buen comienzo, no se podían considerar impresionantes en ningún caso. De hecho, y hablando sinceramente, resultaban bastante míseras tanto en lo cuantitativo como en lo cualitativo. Mas en cualquier caso, llenaban de orgullo y vanidad al mancebo. Reynevan, como todo jovenzuelo bullente de testosterona, se tenía a sí mismo por gran seductor y experto en amores, para el que el género femenino carecía de secreto alguno. La verdad era que las once citas que había tenido hasta entonces con Adela von Sterz le habían enseñado a Reynevan más sobre el *ars amandi* que los tres años que había estudiado en Praga. Sin embargo, Reynevan no se había dado cuenta de que era Adela la que le estaba enseñando, se sentía seguro de que se trataba de su talento innato.

Ad te levavi oculos meos

*qui habitas in caelis
ecce sicut oculi servorum
ad manum dominorum suorum.
Sicut oculi ancillae in manibus dominae suae
ita oculi nostri ad Dominum Deum nostrum,
donec misereatur nostri
miserere nostri Domine*^[15]...

Adela agarró a Reynevan por el cuello y lo atrajo hacia sí. Reynevan, aferró lo que había que aferrar y le hizo el amor. Le hizo el amor con fuerza y pasión y —por si aquello fuera poco— le susurró al oído promesas de amor. Era feliz. Muy feliz.

La felicidad que lo embargaba en aquel momento se la debía Reynevan — indirectamente, ha de entenderse— a un santo del Señor. Esto había sido así:

Sintiendo arrepentimiento por algún pecado conocido sólo por él mismo y su confesor, el caballero silesio Gelfrad von Sterz había hecho la promesa de peregrinar a la tumba del apóstol Santiago. Mas en el camino cambió de planes. Resolvió que Compostela estaba decididamente demasiado lejos y que al fin y al cabo San Gil tampoco era moco de pavo, así que bastaba con una peregrinación a Saint Gilíes. Mas tampoco le fue dado a Gelfrad llegarse hasta Saint Gilíes. No llegó más que hasta Dijon, donde por casualidad conoció a una borgoñona de dieciséis años, la hermosa Adela de Beauvoisin. Adela, que hechizó hasta las orejas a Gelfrad, era huérfana, tenía dos hermanos libertinos y calaveras, los cuales sin parpadear siquiera dieron la hermana en matrimonio al caballero silesio. Aunque para los hermanos Silesia estaba situada allá entre el Tigris y el Eufrates, Sterz era a sus ojos el cuñado ideal, aparte de que no se peleó especialmente por la dote. De esta forma acabó la borgoñona en Heinrichsdorf, aldea cercana a Ziebice, que Gelfrad había recibido como herencia. Y en Ziebice, ya como Adela von Sterz, le cayó en gracia a Reynevan. Y viceversa.

—¡Aaaaah! —gritaba Adela von Sterz, colocando sus piernas en la espalda de Reynevan—. ¡Aaaaa-aaah!

Jamás se habría llegado a aquel aaaahr, todo se habría limitado a lanzarse miraditas y gestos disimulados, si no hubiera sido por un tercer santo, Jorge precisamente. Pues por San Jorge maldecía y juraba Gelfrad von Sterz, tal y como el resto de los cruzados que se unieron en el año de 1422 a alguna de las muchas cruzadas antihusitas organizadas por el elector de Brandenburgo y el margrave de Meissen. Los cruzados no se apuntaron en aquella ocasión grandes éxitos: entraron en Bohemia y salieron de allí muy deprisa, sin arriesgarse para nada a luchar contra los husitas. Pero aunque lucha no hubo, víctimas sí, y una de ellas resultó ser precisamente Gelfrad, quien se cayó del caballo y se rompió una pierna de forma bastante grave, y ahora, por lo que se desprendía de las cartas enviadas a la familia,

estaba curándose en algún lugar de la Pleissenland. Adela, por su parte, que estaba por entonces de Rodríguez, viviendo precisamente en casa de la familia del marido en Bierutów, podía encontrarse sin obstáculo alguno con Reynevan en la camareta del complejo del monasterio de los agustinos de Olesnica, junto a la que Reynevan tenía su laboratorio.

Los monjes de la iglesia del Corpus Christi comenzaron a cantar el segundo de los tres salmos previstos para la sexta. Hay que darse prisa, pensó Reynevan. En el *capitulum*^[16], como mucho en el *Kyre*, ni un segundo después, Adela debe desaparecer del terreno del hospicio. Nadie debe verla aquí.

*Benedictus Dominus
qui non dedit nos
in captionem dentibus eorum.
Anima nostra sicut passer erepta est
de laqueo venantium*^[17]...

Reynevan besó a Adela en el muslo, luego, inspirado por el canto de los monjes, llenó con fuerza los pulmones de aire y se sumergió en las flores de la alheña y el nardo, del azafrán, en el perfume de la caña de azúcar y de la canela, de la mirra y el áloe y de todas las hierbas aromáticas. Adela, en tensión, extendió los brazos y clavó sus dedos en los cabellos de él, espoleando con delicados movimientos su iniciativa bíblica.

—Oh, ooh... *Mon amour... Mon magirien...* Mi muchacho divino... Hechicero...

*Qui confidunt in Domino, sicut mons Sion
non commovebitur in aeternum,
qui habitat in Hierusalem*^[18]...

Ya es el tercer salmo, pensó Reynevan. Cuan volátiles son los momentos de felicidad...

—*Revertere*^[19] —murmuró, poniéndose de rodillas—. Date la vuelta, date la vuelta, Sulamita.

Adela se dio la vuelta, se arrodilló y se inclinó, agarrando con fuerza el cabecero de madera de tilo y presentando a Reynevan toda la brillante belleza de su reverso. Afrodita Kallipygos, pensó él, acercándose. Las referencias a la antigüedad junto con la vista erótica provocaron que se acercara a ella un poco como el mencionado San

Jorge, cargando con la lanza en ristre contra el dragón de Silena. Se arrodilló detrás de Adela como el rey Salomón tras el trono de cedro del Líbano, con ambas manos aferró las viñas de Engadda.

—A una yegua en el tiro del faraón, amiga mía, te comparo —le susurró, inclinado sobre su cuello, el cual era para él tan hermoso como la torre de David.

Y la comparó. Adela gritó con los dientes apretados. Reynevan deslizó lentamente las manos por sus costados bañados de sudor hacia arriba, subió por la palma y se apoderó de las ramas de sus colgantes frutos. La borgoñona echó la cabeza hacia atrás como una yegua antes de dar el salto sobre un obstáculo.

*Quia non relinquet Dominus virgam peccatorum,
super sortem iustorum
ut non extendant iusti
ad iniquitatem manus suas*^[20]...

Los pechos de Adela saltaban bajo las manos de Reynevan como una pareja de gacelas gemelas. Él depositó una mano sobre su racimo de granadas.

—Dúo... ubera tua —jadeó Reynevan— *sicut dúo... hinuli capreae gemelli... qui pascuntur... in liliis... Umbiicus tuus cráter... tomatiis nunquam... indigenspoculis... Ventertuus... sicut acervus... tritici valJatus liliis*^[21]...

—Ah... aaah... aaah... —contrapunteó la borgoñona, que no sabía latín.

*Gloria Patri, et Filio et Spiritui Sancto.
Sicut erat in principio, et nunc, et semper
et in saecula saeculorum, amen.
¡Alleluia*^[22]!

Los monjes cantaban. Y Reynevan, besando el cuello de Adela von Sterz, fuera de sí, embriagado, corriendo por los montes, saltando por las colinas, *saliens in montibus, transiliens colles*^[23], era para la amada como un joven ciervo en las montañas de bálsamo. *Super montes aromatum.*

Las puertas, al ser golpeadas, se abrieron con un chasquido y con tal ímpetu que el pomo se salió de su sitio y voló por la ventana como un meteoro. Adela lanzó un grito agudo y penetrante. Y a la camareta entraron los hermanos Von Sterz. Enseguida se daba uno cuenta de que no se trataba de una visita amistosa.

Reynevan saltó de la cama, separado por ella de los intrusos tomó su ropa e intentó vestirse a toda prisa. Lo consiguió en cierta medida, sobre todo porque el

ataque frontal de los hermanos Sterz se dirigió a la cuñada.

—¡So puta! —bramó Morold von Sterz, arrancando a la desnuda Adela de la cama—. ¡Sucia puta!

—¡Viciosa inmoral! —le acompañó Wittich, su hermano mayor. Wolfher, por su parte, el hermano mayor después de Gelfrad, no abrió siquiera la boca, la pura rabia le había privado de palabra. Tomó impulso y golpeó a Adela en el rostro. La borgoñona chilló. Wolfher repitió, esta vez por el lado contrario.

—¡No te atrevas a golpearla, Sterz! —gritó Reynevan, y la voz se le quebró y vaciló a causa de la excitación y de un sentimiento paralizante de impotencia que tenía su origen en el pantalón sólo a medias vestido—. No te atrevas, ¿me oyes?

El grito obtuvo resultado, si bien no del todo el deseado. Wolfher y Wittich, olvidando por un instante a la cuñada infiel, se echaron sobre Reynevan. Una tormenta de puñetazos y patadas cayó sobre el muchacho. Éste se dobló ante los golpes, en lugar de defenderse o protegerse continuó tozudo tirando de los pantalones, como si no fueran pantalones sino alguna armadura mágica capaz de protegerlo y defenderlo de las heridas, la hechizada coraza de un Astolfo o de un Amadís de Gaula. Con el rabillo del ojo distinguió cómo Wittich sacaba un cuchillo. Adela gritó.

—¡Déjalo! —le gritó Wolfher al hermano—. ¡Aquí no!

Reynevan consiguió ponerse de rodillas. Wittich, rabioso y pálido de cólera, saltó sobre él y le asestó un puñetazo, arrojándolo de nuevo al suelo. Adela lanzó un grito penetrante, el grito se interrumpió cuando Morold la golpeó en el rostro y la arrastró por los cabellos.

—¡No os atreváis... —balbuceó Reynevan—... a golpearla, bergantes!

—¡Hideputa! —aulló Wittich—. ¡Espera un segundo!

Saltó, lo golpeó, lo pateó una, dos veces. Wolfher lo detuvo antes de la tercera.

—Aquí no —repitió con serenidad, y era aquélla una serenidad maligna—. A la calle con él. Nos lo llevamos a Bierutów. A la puta también.

—¡Soy inocente! —chilló Adela von Sterz—. ¡Él me ha hechizado! ¡Me embrujó! ¡Es un hechicero! *Le sorcier. Le diab...*

Morold interrumpió el discurso, la hizo callar con un golpe.

—¡Calla, mozcorra! —ladró—. Ya te daremos nosotros razones para gritar. Espera un tanto y verás.

—¡No os atreváis a tocarla! —gritó Reynevan.

—¡Y a ti también —añadió Wolfher con su amenazadora calma— te las daremos, gallito! Venga, al patio con ellos.

El camino desde el sotecho conducía por unas escaleras muy empinadas. Los hermanos Von Sterz empujaron a Reynevan escalera abajo, el muchacho cayó sobre la base, arrastrando consigo parte de la balastrada de madera. Antes de que

consiguiera incorporarse lo agarraron de nuevo y lo echaron directamente al patio, sobre la arena decorada con montoncitos humeantes de estiércol de caballo.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Niklas Sterz, el más joven de los hermanos, apenas un mocoso, que estaba sujetando a los caballos—. Pero ¿quién nos ha caído aquí? ¿Si no es Reinmar Bielau?

—El listillo instruido de Bielau —bufó, de pie junto a Reynevan, que estaba retorciéndose en la arena, Jens von Knobelsdorf, llamado el Buho, padrino y pariente de los Sterz—. ¡El listillo charlatán de Bielau!

—¡El poeta de mierda! —añadió Dieter Haxt, otro de los amigos de la familia—. ¡Un puñetero Abelardo!

—Y para demostrarle que también nosotros hemos leído —dijo Wolfher bajando por las escaleras—, le vamos a hacer a él lo mismo que a Abelardo cuando lo atraparon con Eloísa. Exactamente lo mismo. ¿Qué, Bielau? ¿Te hace gracia ser un capón?

—¡Qué te jodan, Sterz!

—¿Qué? ¿Qué? —Aunque parecía imposible, Wolfher Sterz palideció aún más—. ¿El gallito todavía se atreve a abrir el pico? ¿Se atreve a piar? ¡Dame el vergajo, Jens!

—¡No te atrevas a golpearlo! —se le escapó de modo completamente inesperado a Adela, quien ya estaba vestida, aunque no del todo—. ¡No te atrevas! ¡Porque le contaré a todo el mundo quién eres! ¡Qué tú mismo intentaste seducirme, me toqueteaste y querías que me entregara a la lujuria! ¡A espaldas de tu hermano! ¡Qué me juraste venganza cuando te rechacé! Por eso ahora estás tan... tan...

Le faltaron entonces palabras en alemán, así que toda la tirada se fue al garete. Wolfher tan sólo sonrió.

—¡Te voy a...! —se burló—. Como si alguien fuera a escuchar a una puta francesa y calentorra. ¡El vergajo, Buho!

De pronto el patio se llenó con el negro del hábito de los agustinos.

—¿Qué es lo que pasa aquí? —gritó el venerable prior Erasmo Steinkeller, un viejecillo delgado y muy cetrino—. ¿Qué es lo que estáis haciendo, cristianos?

—¡Largo de aquí! —gritó Wolfher, haciendo restallar el vergajo—. ¡Largo, idiotas rasurados, al breviario, a la oración! ¡No os mezcléis en asuntos de caballeros porque lo lamentaréis, trapos negros!

—Señor —el prior unió unas manos cubiertas de manchas parduzcas—, perdónalo porque no sabe lo que hace. *In nomine Patris, et Filii...*

—¡Morold, Wittich! —aulló Wolfher—. ¡Traed el palo! ¡Jens, Dieter, amarrad aquí al bellaco!

—¿Y no podríamos —frunció el ceño Stefan Rotkirch, otro amigo de la casa que hasta entonces se había mantenido en silencio— arrastrarlo un poquillo con el caballo?

—Podría ser. ¡Pero primero lo voy a azotar!

Alzó la mano para golpearlo con el vergajo, pero el golpe no cayó porque el hermano Inocente le había sujetado el brazo. El hermano Inocente era de buena estatura y porte parecido, lo que se dejaba translucir incluso pese a su humilde postura monacal. Su presa inmovilizó el brazo de Wolfher como si fuera una tenaza de hierro.

El Sterz maldijo en abundancia, se arrancó de la presa y le asestó un golpe al monje. Pero igual podría haber golpeado la torre del homenaje del castillo de Olesnica. El hermano Inocente, al que sus confráteres llamaba «hermano Insolente», ni siquiera tembló. Pero de inmediato se tomó revancha con un golpe que lanzó a Wolfher por medio patio y lo derribó sobre un montón de estiércol.

Reinó el silencio durante un instante. Y luego todos se lanzaron sobre el enorme monje. El Buho, el primero que se acercó, recibió un golpe en los dientes y cayó rodando por la arena. Morold Sterz, con un golpe en la oreja, se echó a un lado con la mirada perdida. Los otros rodearon al agustino como hormigas. La gran figura de hábito negro desapareció por completo bajo los golpes y las patadas. El hermano Insolente, aunque recibiera muchos porrazos, se tomó también su revancha, y ello de forma harto poco cristiana, totalmente en contra de las pacíficas reglas de San Agustín.

El anciano prior perdió los nervios al ver aquello. Enrojeció como una cereza, rugió como un león y se lanzó al caos de la lucha repartiendo a diestro y siniestro fieros golpes con su crucifijo de palisandro.

—¡Pax! —gritaba, mientras golpeaba—. ¡Pax vobiscum! ¡Amad al prójimo! ¡Proximum tuum! ¡Sicut te ipsum^[24]! ¡Hijos de puta!

Dieter Haxt lo calló de un puñetazo. El anciano cayó con los pies para arriba, sus sandalias volaron por el aire, dibujando una pintoresca trayectoria sobre el espacio. Los agustinos gritaron, algunos no resistieron y se lanzaron a la lucha. En el patio se formó un barullo de cuidado.

Wolfher Sterz, que había sido expulsado de la barahúnda, tomó su espadín e hizo un molinete: parecía que iba a haber derramamiento de sangre. Pero Reynevan, que ya había conseguido incorporarse, le asestó en la nuca con el mango del vergajo que había recogido del suelo. El Sterz se aferró la cabeza y se dio la vuelta, entonces Reynevan tomó impulso y le cruzó la cara con el palo. Wolfher cayó. Reynevan se lanzó a por el caballo.

—¡Adela! ¡Aquí! ¡A mí!

Adela ni siquiera se inmutó y la indiferencia que se dibujó en su rostro era asombrosa. Reynevan saltó sobre la silla. El caballo relinchó y bailoteó.

—¡Adeeeelaaa!

Morold, Wittich, Haxt y el Buho ya corrían hacia él. Reynevan hizo dar la vuelta

al caballo, lanzó un silbido penetrante y se echó al galope en dirección al portalón.

—¡Tras él! —gritó Wolfher Sterz—. ¡A los caballos y tras él!

La primera intención de Reynevan fue huir en dirección a la puerta de Santa María y más allá, fuera de la ciudad, hacia los bosques de Spahlitz. Sin embargo, resultó que la calle de la Vaca, en dirección a la puerta, estaba completamente taponada por carros. Para colmo, el caballo ajeno, espoleado y espantado por los gritos, mostró una iniciativa propia excesiva, a resultas de lo cual, antes de que Reynevan se diera cuenta, se encontraba galopando en dirección al mercado, salpicando de barro a los paseantes y dispersándolos. No tuvo que darse la vuelta para saber que le iban pisando los talones. Oía el golpeteo de los cascos, los relinchos de los caballos, los gritos furiosos de los Sterz y los aullidos rabiosos de los peatones atropellados.

Azuzó al caballo dándole con los talones en los flancos. En su galope golpeó a un panadero que llevaba una cesta, panes, bollos y hogazas cayeron como granizo sobre el barro en el que al cabo de un instante los aplastaron los cascos de los Sterz. Reynevan ni siquiera miró hacia atrás, más que lo que iba dejando atrás le interesaba lo que tenía por delante y ante él crecía a ojos vista un carro cargado hasta arriba de ramas secas. El carro tenía atascada casi toda la calleja y en el espacio que no ocupaba se arremolinaba un grupo de crios medio desnudos ocupados en extraer del estiércol algo increíblemente interesante.

—¡Te tenemos, Bielau! —gritó a sus espaldas Wolfher Sterz, viendo también lo que había en el camino.

El caballo galopaba de tal modo que no había posibilidad de pararlo. Reynevan se aferró a la crin y cerró los ojos. Gracias a ello no vio cómo los niños medio desnudos se esfumaban con la gracia y la rapidez de las ratas. Como no miró hacia atrás, tampoco pudo ver cómo el campesino vestido con una piel de carnero que tiraba del carro, un tanto estupefacto, hacía girar a la vez el eje y el carro. No vio tampoco cómo los Sterz se empotraban contra él. Ni cómo Jens Knobelsdorf volaba de la silla y barría consigo la mitad de las ramas cargadas en el carro.

Reynevan cabalgó por la calle de San Juan, entre el ayuntamiento y la casa del alcalde y entró a toda velocidad en la enorme Plaza Mayor de Olesnica. El problema era que la plaza, aunque enorme, estaba llena de gente. Y estalló el pandemónium. Tomando la dirección hacia la fachada sur de la plaza, hacia la torre rechoncha y cuadrada que se alzaba sobre la puerta de Olawa, Reynevan galopó entre la gente, los caballos, los bueyes, los cerdos, los carros y los puestecillos, dejando tras de sí una estampa como el campo después de una batalla. La gente gritaba, aullaba y maldecía, el ganado bramaba, los puercos chillaban, se desplomaban los mostradores y las banquetas y de ellos caían, como una nevada, los objetos más diversos: cacerolas, cuencos, cubas, hachas, hurgones, nasas de pescador, pieles de oveja, gorros de

fieltro, cucharas de madera de tilo, velas de sebo, trapos de líber y gallos de barro con pito. También en forma de lluvia iban cayendo los productos de alimentación: huevos, quesos, horneados, guisantes, alforfón, zanahorias, rábanos, cebollas y hasta cangrejos vivos. Nubes de plumas volaron por el aire, seguidas por los diferentes sonidos emitidos por las más diversas aves. Los Sterz, que seguían pisando los talones a Reynevan, completaron la obra de destrucción.

Asustado por un ganso que le revoloteó junto a los ollares, el caballo de Reynevan se revolvió y se estampó contra un puesto de pescado, destrozando las cajas y derribando los barriles. El pescadero enfadado tomó impulso y golpeó con una manga para el pescado, fallando a Reynevan pero acertando al caballo en las ancas. El caballo relinchó y se lanzó a un lado, volcando un puesto ambulante de hilos y cintas, durante unos segundos bailó en el sitio, chapoteando en una masa plateada y apestosa de albures, bremas y carasios, mezclados con una feria de bobinas de colores. Reynevan no se cayó de milagro. Con el rabillo del ojo vio cómo la mercadera de hilos corría hacia él con una gran hacha, sólo Dios sabía para lo que podría servir en el trato de hiladurías. Escupió unas plumas de ganso que se le habían pegado a los labios, controló el caballo y galopó hacia la calle de las Carnicerías, porque sabía que desde allí la puerta de Olawa estaba a un paso.

—¡Te voy a cortar los güevos, Bielau! —gritó por detrás Wolfher Stertz—. ¡Te los voy a cortar y te los voy a meter por el gznate!

—¡Chúpame el culo!

Ya sólo le perseguían cuatro: los alterados mercaderes de la plaza habían arrancado a Rotkirch del caballo y le estaban atizando.

Reynevan cruzó como una flecha a través de una hilera de cerdos colgados boca abajo. Los carniceros salieron corriendo a toda prisa, pero pese a ello tumbó a uno que llevaba al hombro una enorme pata de buey. El derribado rodó junto con la pata debajo de los cascos del caballo de Wittich, su caballo se asustó y se puso de patas, el caballo de Wolfher le cayó por detrás. Wittich cayó de la silla directamente sobre una mesa de matanza, empotró la nariz en una masa de hígados, pulmones y riñones, Wolfher le cayó encima. Un pie se le había quedado enganchado en el estribo, antes de liberarse fue derribando una buena parte de los tenderetes de carne y se embadurnó hasta las orejas de barro y sangre de animal.

Reynevan se agachó sobre el cuello del caballo y en el último minuto, consiguiendo pasar así bajo un rótulo de madera que llevaba pintada la cabeza de un cochinillo. A Dieter Haxt, que le rozaba los talones, no le dio tiempo ya a agacharse. La tabla con la silueta del sonriente cerdo lo golpeó en la frente con tanta fuerza que hasta se rompió. Dieter voló de la silla, cayó sobre un montón de desperdicios, espantando a los gatos. Reynevan miró hacia atrás. Ya sólo lo perseguía Niklas.

Salió del callejón de los carniceros a pleno galope y entró en una plaza en la que

trabajaban los curtidores. Y cuando justo ante su nariz apareció de pronto un tendedero con pieles húmedas colgadas, detuvo al caballo y lo obligó a saltar. El caballo saltó. Y Reynevan no cayó. De nuevo de milagro.

Niklas no tuvo tanta suerte. Su caballo se negó a saltar sobre el tendedero, lo derribó, se resbaló entre el barro, los pedazos de carne y los restos de grasa. El menor de los Sterz salió disparado por encima de la cabeza del caballo. Con mucha, mucha mala suerte. La barriga y las axilas cayeron justo encima de una hoz que servía a los curtidores para cortar los restos de carne.

Al principio Niklas no comprendió qué era lo que había pasado. Se incorporó, se agarró al caballo, sólo cuando el rocín rebufó y retrocedió se le doblaron las piernas. Todavía sin saber lo que estaba pasando, el menor de los Sterz avanzó por el barro detrás del caballo que retrocedía y relinchaba con pánico. Por fin dejó caer las riendas e intentó levantarse. Se dio cuenta de que algo iba mal y miró hacia su barriga. Y gritó.

Estaba arrodillado en un charco de sangre que crecía rápidamente.

Se acercó Dieter Haxt, detuvo al caballo, bajó de un salto de la silla. Lo mismo hicieron al cabo Wolfher y Wittich Sterz.

Niklas se sentó pesadamente. Miró de nuevo su vientre. Gritó y luego se puso a llorar. Los ojos comenzaba a nublársele. La sangre que brotaba de él se mezclaba con la sangre de los bueyes y cerdos sacrificados allí por la mañana.

—¡Niklaaas!

Niklas Sterz tosió, se atragantó. Y murió.

—¡Estás muerto, Reynevan Bielau! —gritó en dirección a la puerta, pálido de rabia, Wolfher Sterz—. ¡Te atraparé, te mataré, te destruiré, te destrozaré junto con toda tu familia de víboras! ¿Me oyes?

Reynevan no lo oía. Entre el golpeteo de los cascos sobre las tablas de madera del puente, Reynevan salía en aquel preciso momento de Olesnica y se lanzaba a toda velocidad hacia la carretera de Wroclaw.

Capítulo segundo

En el cual el lector se entera de más cosas todavía acerca de Reynevan, y esto por las pláticas que sobre él mantienen diferentes personas, lo mismo bien intencionadas que estrictamente desafectas. Mientras tanto el propio Reynevan yerra por los bosques de Olesnica. El autor le escatima al lector la descripción del tal vagabundeo, por lo que al lector nolens volens^[25] no le queda más remedio que imaginárselo él mismo.

—Sentaos, sentaos a la mesa, señores —invitó Bartolomeo Sachs, burgomaestre de Olesnica, a los regidores—. ¿Qué he de mandar traer? De vinos, por ser francos, no tengo ninguno que pudiera impresionaros. Mas si se trata de cerveza, jo, jo, hoy mismo me han traído derechamente de Swidnica una admirable cerveza de barril, de primera, sacada de una bodega fría y honda.

—Cerveza entonces, señor Bartolomeo. —Juan Hofrichter, uno de los mercaderes más ricos de la ciudad, se restregó las manos—. Que ésta, la cerveza, es bebida nuestra, que los nobles y los señoritingos de diversa estirpe se atraganten con vino... Con perdón de vuesa merced...

—Nada, nada —sonrió el cura Jacobo von Gall, preboste de San Juan Evangelista—. Que yo no soy noble, sino párroco. Y el párroco, como por el nombre mismo se comprende, con los parroquianos ha de andar, así que tampoco a mí me está bien despreciar la cerveza. Y beber puedo, que ya he oficiado las vísperas.

Estaban sentados a una mesa en la sala grande del ayuntamiento, de bajos techos, sobriamente encalada, el lugar donde solían celebrarse las sesiones del cabildo. El burgomaestre en su silla de costumbre, de espaldas a la chimenea, el cura Gall junto a él, con el rostro hacia la ventana. Enfrente estaba sentado Hofrichter, junto a él Lukas Frydman, un conocido y acaudalado platero, vestido con un jubón guateado a la moda y un sombrero de terciopelo de ala ancha que portaba sobre una cabeza bien peinada, lo que le daba un aspecto de verdadero noble. El burgomaestre carraspeó y, sin esperar a que el servicio trajera la cerveza, comenzó.

—¿Y qué es lo que tenemos aquí? —proclamó, cruzando las manos sobre una tripa de buen tamaño—. ¿Qué es lo que nos han preparado en esta nuestra villa los señores nobles caballeros? Una pelea en los agustinos. Caballos en, cómo se dice, persecución por las calles de la urbe. Un tumulto en la plaza, algunos maltratados, entre ellos un niño, de gravedad. Mercancías destrozadas, género despilfarrado. Unas notables pérdidas, cómo se dice, materiales, hasta bien entrada la tarde que se me metían aquí los *mercatores et institores*^[26] con sus exigencias de desagravios. Ciertamente, debiera haberlos mandado con tales pretensiones a casa de los señores Sterz, a Bierutów, Ledna y Sterzendorf.

—Mejor que no —le recomendó Juan Hofrichter con sequedad—. Aunque yo mismo sea de la opinión de que los señores caballeros últimamente han rebasado la medida, no se deben olvidar ni el origen de la cuestión ni los sus corolarios. Pues corolario, y bien trágico, es la muerte del joven Niklas de Sterz. Y el origen: la procacidad y el libertinaje. Los Sterz defendían el honor del hermano, persiguieron al bellaco que sedujera a la cuñada, ensuciara el lecho matrimonial. Cierto es que en su arrebató exageraron un tanto...

El mercader enmudeció al ver la significativa mirada del padre Jacobo. Porque cuando el padre Jacobo daba la señal con su mirada de querer hablar, se callaba hasta el burgomaestre. Jacobo Gall no sólo era el preboste de la parroquia local, sino al mismo tiempo secretario del príncipe de Olesnica y canónigo del capítulo de la catedral de Wroclaw.

—El adulterio es un pecado —dijo el cura, irguiendo su seca apostura detrás de la mesa—, el adulterio es también un delito. Pero el pecado lo castiga Dios y el delito la ley. No hay nada que justifique ni la justicia de propia mano ni los asesinatos.

—Precisamente, precisamente —cayó el burgomaestre en el *credo*, pero enmudeció al punto y se dedicó a la cerveza, que acababan de servir.

—Niklas Sterz, lo que nos duele infinito —añadió el padre Gall—, murió trágicamente, mas a consecuencia de un infortunado accidente. Cierto que si Wolfher y compañía hubieran alcanzado a Reinmar de Bielau, habríamos tenido que vernos en nuestra jurisdicción con una muerte. De hecho no es seguro que no lo hayamos de tener todavía. Recuerdo que el prior Steinkeller, el venerable anciano que fué terriblemente apaleado por los Sterz, yace sin sentido en los agustinos. Si acaso muriera de esta somanta, habría un problema. Para los Sterz, esencialmente.

—En lo que se refiere al delito de adulterio —el platero Lukas Frydman contemplaba los anillos que portaba en sus bien cuidados dedos—, pensad, señores, que no es nuestra la jurisdicción. Aunque la inmoralidad tuviera lugar en Olesnica, no son nuestros los delincuentes. Gelfrad Sterz, el esposo traicionado, es vasallo del duque de Ziebice. Lo mismo que el seductor, el joven galeno Reinmar de Bielau...

—Aquí aconteció la inmoralidad y aquí tuvo lugar el delito —dijo Hofrichter con tono áspero—. Y no banal, si ha de creerse lo que la señora Sterz confesara en los agustinos. Que el médico con hechizos la embriagó y con nigromancias la llevó al pecado. La obligó sin que ella lo quisiera.

—Todas dicen lo mismo —murmuró desde el interior de su jarra el burgomaestre.

—Especialmente —añadió sin emoción el platero— cuando alguien como Wolfher de Sterz le tiene a uno un cuchillo en el pescuezo. Bien ha dicho el venerable padre Jacobo que el adulterio es un delito, un crimen, y que como tal precisa de pesquisas y de tribunales. No queremos aquí desquites de familia ni peleas callejeras, no vamos a permitir que hijos de señorones desafortados pongan la mano encima de

los clérigos, agiten cuchillos y maltraten a la gente en las plazas. En Swidnica metieron en la torre a uno de los Pannewitz porque golpeó a un espadero y lo amenazó con su espetón. Y así ha de ser. No pueden volver los tiempos de la arbitrariedad de los caballeros. La cuestión ha de llegar al duque.

—Cuanto más —confirmó con un ademán de cabeza el burgomaestre— que Reinmar de Bielau es un noble y Adela Sterz también. Ni a él ni a ella podemos azotar ni echarlos de la villa como a una simple lumiasca. El negocio ha de llegar al duque.

—No es cuestión de apresurarse en estos asuntos —comentó el preboste Jacobo Gall, mirando al techo—. El duque Conrado se va a Wroclaw, antes del viaje tiene negocios sin cuento en la cabeza. Los rumores, como rumores que son, de seguro que ya le han llegado, mas no es momento de hacer oficiales los tales rumores. Bastará con exponer el asunto al duque cuando vuelva. Hasta entonces pudiera que se resolviera todo por sí mismo.

—Pienso lo mismo. —Bartolomeo Sachs afirmó con la cabeza.

—Y yo —añadió el platero.

Juan Hofrichter se colocó su capotillo de cebellinas, sopló la espuma de la jarra.

—No parece que sea cosa de informar al duque de momento —dijo—, esperaremos a que vuelva, en ello estoy de acuerdo con vuestras mercedes. Mas al Santo Oficio debemos de participárselo. Y apriesa. Lo que hallamos en el laboratorio del médico. No volváis la cabeza, don Bartolomeo, no hagáis gestos, pío señor don Lukas. Y vos, reverencia, no suspiréis ni contéis las moscas en el techo. Tantas ganas tengo yo como vosotros, tanto quiero tener a la Inquisición aquí como vos. Mas cuando se abrió el laboratorio había mucho concurso de gente. Y donde hay mucha gente siempre, creo que no sea grande novedad para todos, siempre habrá por lo menos uno que vaya con el cuento a la Inquisición. Y si apareciera por Olesnica el visitador, seremos los primeros a los que preguntará por qué vacilamos.

—Y entonces yo —el preboste dejó de mirar al techo— aclararé las vacilaciones. Yo, personalmente. Porque ésta es mi parroquia y sobre mí descansa la obligación de informar al obispo y al inquisidor papal. A mí también me corresponde valorar si las circunstancias dadas justifican la apelación y el empleo de la curia y del Santo Oficio.

—¿Y la hechicería a la que se refiriera Adela Sterz en los agustinos no es tal circunstancia? ¿El laboratorio no lo es? ¿El alambique de alquimista y el pentagrama en el suelo no lo son? ¿La mandragora? ¿Los cráneos humanos y las manos de cadáver? ¿Los cristales y los espejos? ¿Las botellas y redomas con el diablo sabe qué pócimas o venenos? ¿La ranas y las salamandras en tarritos? ¿No son ésas circunstancias?

—No lo son. Los inquisidores son personas serias. Su labor es la *inquisitio de articulis fidei*^[27]. No los cuentos de vieja, las supersticiones ni las ranas. Así que no

pienso hacerles perder tiempo.

—¿Y los libros? ¿Éstos que están aquí?

—Los libros —respondió sereno Jacobo Gall— hay que examinarlos bien. Atentamente y sin prisas. El Santo Oficio no prohíbe la lectura. Ni la posesión de libros.

—En Wroclaw —dijo Hofrichter con aire triste— no hace nada que a dos los mandaron a la hoguera. Se dice que precisamente por la posesión de libros.

—No por los libros —le contradijo el preboste con sequedad—, sino por su contumacia, por su estricto rechazo a impugnar las nociones que los tales libros contenían. Entre los cuales había escritos de Wiclif y Hus, del lollardo Floretus, de los artículos praguenses y muchos otros libelos y manifiestos husitas. Yo no veo nada parecido entre los libros requisados en el laboratorio de Reinmar de Bielau. Veo aquí nada más que obras de medicina. Que además son en su mayor parte, o quizá hasta al completo, propiedad del *scriptorium*^[28] del monasterio de los agustinos.

—Reitero. —Juan Hofrichter se levantó, se acercó a los libros extendidos sobre la mesa—. Reitero que para nada ardo en deseos de llamar ni a la Inquisición episcopal, ni a la papal. No quiero delatar a nadie, ni a nadie ver ardiendo en la hoguera. Mas aquí se trata también de nuestros pellejos. De que los tales libros no nos acusaran a nosotros. ¿Y qué tenemos aquí? ¿Aparte de Galeno, Plinio y Estrabón? Saladinus de Asculo, *Compendium aromatorium*. Scribonius Largus, *Compositiones medicamentorum*. Bartolomeus Anglicus, *De proprietatibus rerum*, Albertus Magnus, *De vegetalibus et plantis...* Magnus, ja, apelativo tal cual para un hechicero. Y aquí, vaya por Dios, Sabur ben Sahl... Abu Bekr al-Razi... ¡Paganos! ¡Sarracenos!

—Estos sarracenos —le aclaró sereno Lukas Frydman al tiempo que examinaba sus anillos— se enseñan en las universidades cristianas. Como autoridades en cuestión de medicina. Y vuestro «hechicero» no es otro que Alberto Magno, obispo de Ratisbona, famoso teólogo.

—¿Tal decís? Hummm... Sigamos... ¡Oh! *Causae et curae*, escrito por Hildegarda de Bingen. ¡Una bruja, seguro, la tal Hildegarda!

—No precisamente —sonrió el padre Gall—. Hildegarda de Bingen, profetisa, llamada la Sibila de Renania. Muerta en olor de santidad.

—Ja. Mas si tal cosa afirmáis... ¿Y qué es esto? John Gerard, *Generall... Histoire... of Plantes...* Curioso, en qué lengua estará escrito esto... Creo que en la de los judíos. Mas de seguro que éste es otro santo. Y aquí tenemos *Herbarius*, de Thomas de Bohemia...

—¿Cómo habéis dicho? —El padre Jacobo alzó la cabeza—. ¿Tomás el Checo?

—Así está escrito.

—Mostradme. Humm. Interesante, interesante... Todo, por lo que resulta, se queda en familia. Y en torno a la familia todo se revuelve.

—¿Qué es eso de la familia?

—Tanta familia —Lukas Frydman parecía seguir interesado tan sólo en sus anillos— que más no se puede. Tomás el Checo, o sea Behem, el autor de ese *Herbarius*, es el bisabuelo de nuestro Reinmar, el aficionado a las esposas ajenas que tantos quebraderos de cabeza y tantos problemas nos está dando.

—Thomas Behem, Thomas Behem —frunció el ceño el burgomaestre—. También llamado Thomas el Médico. He oído hablar de él. Era amigo de no sé qué duque... No recuerdo...

—Del duque Enrique VI de Wroclaw —se apresuró a aclarar el sereno platero Frydman—. Ciertamente fue el tal Thomas su amigo. Al parecer fue un sabio preclaro, un médico de talento. Estudió en Padua, en Salerno y en Montpellier...

—Se decía también —introdujo Hofrichter, quien desde hacía ya unos instantes confirmaba con ademanes de su cabeza que él también se había acordado— que era hechicero y hereje.

—Don Juan, os habéis agarrado a esa hechicería como una sanguijuela —torció el gesto el burgomaestre—. Dejadlo.

—Thomas Behem —le instruyó con vez leve el preboste— era un religioso. Un canónigo de Wroclaw, llegó luego hasta sufragáneo de la diócesis. Y obispo titular de Sarepta. Conoció personalmente al Papa Benedicto XII.

—También del tal Papa se decían cosas disparejas. —Hofrichter no pensaba renunciar—. Hasta entre los infulates ha habido hechicerías. El inquisidor Schwenckefeld, en sus tiempos...

—Dejadlo en fin —lo cortó el padre Jacob—. Que otras cosas han de ocuparnos aquí.

—Ciertamente —confirmó el platero—. Y yo sé el qué. El duque Enrique no tuvo descendencia varonil, sólo tres hijas. El padre Thomas se permitió un romance con la más joven, Margarita.

—¿Y el duque lo permitió? ¿Hasta ahí llegaba su amistad?

—El duque ya no vivía entonces —aclaró el platero—. La duquesa Ana o bien no sabía lo que pasaba o no quería saberlo. Thomas Behem no era obispo todavía, mas estaba en excelente conocimiento del resto de Silesia: de Enrique el Fiel de Glogów, de Casimiro de Cieszyn y Freistadt, de Bolek el Pequeño de Swidnica-Jawor, de Ladislao de Bython y Cosel, de Ludwig de Brzeg. Así que imagínense vuestras mercedes a alguien que no sólo acostumbra a pasar tiempo en Aviñón, junto al Santo Padre, sino que también es capaz de quitar las piedras de la vejiga, y eso con tanta maña que no sólo es que tras la operación le queda su polla al paciente, sino que ésta hasta se le levanta. Puede que no todos los días, pero lo hace. Y si esto puede sonar a burla, no lo es ciertamente. Es de todos sabidos que gracias a Thomas seguimos teniendo hoy día Piastas en Silesia. Pues ayudó con la misma pericia tanto a hombres

como a mujeres. Y también a las parejas, si vuestas mercedes entienden a lo que me refiero.

—Temóme que no —dijo el burgomaestre.

—Sabía ayudar a matrimonios a los que no les iba bien en la cama. ¿Entendéis ahora?

—Ahora sí —asintió Juan Hofrichter—. Oséase, que la duquesa de Wroclaw jodia gracias a las tales artes médicas. Y naturalmente resultó de ello una criatura.

—Naturalmente —confirmó el padre Jacobo—. El asunto se solucionó del modo habitual: a Margarita la cerraron en las clarisas, el niño fue a parar a Olesnica, a casa del duque Conrado. Conrado lo crió como a un hijo. Thomas Behem se hizo cada vez figura de mayor rango, en todas partes, en Silesia, en Praga, en la corte del emperador Carlos IV, en Aviñón. Así que el mozo tuvo ya la carrera segura en la tierna infancia. Carrera religiosa, se entiende. Dependiente de cuánto juicio mostrara. Si hubiera sido tonto del todo le habría tocado una parroquia de aldea. Que medio tonto, pues entonces abad de algunos cistercienses. Y si listo, le esperaba el capítulo de alguna colegiata.

—¿Y cómo resultó ser?

—Listillo. Guapo como el padre. Y valeroso. Antes de que a nadie le diera tiempo a hacer nada, el futuro cura andaba ya peleando con los granpolacos al lado del joven duque, el futuro Conrado el Viejo. Se batió con tanta bravura que no hubo salida y lo armaron caballero. Y con feudo. De este modo murió el curilla Tymo, viva el *chevalier* Tymo Behem de Bielau. El caballero Tymo, que pronto hizo buena liga, casándose con la hija menor de Heidenreich Nostitz.

—¿Nostitz le dio su hija al bastardo de un cura?

—El cura, padre del bastardo, fue nombrado por entonces sufragáneo de Wroclaw y obispo de Sarepta, *conocía al Santo Padre, era* consejero del rey Wenzel IV y se trataba de tú con todos los duques de Silesia. De seguro que el viejo Heidenreich le ofreció él mismo de buen grado a la hija.

—Es posible.

—Del enlace de la hija de Nostitz con Tymo de Bielau nacieron Enrique y Thomas. Se ve que la sangre del abuelo se hizo presente en Enrique porque se ordenó sacerdote, estudió en Praga y hasta su muerte, no hace mucho, fue escolástico en la Santa Cruz de Wroclaw. Thomas, por su parte, conoció a Boguszka, la hija de Miksza de Prochowice, y tuvo dos hijos con ella. Peter, llamado Peterlin, y Reinmar, llamado Reynevan. Peterlin, o sea Perejil, y Reynevan, o sea Tanaceto. Unos apodos vegetativo-herbáceos que no tengo ni idea si ellos mismos se los dieron, o si su origen tienen en la fantasía del padre. El cual, ya que en ello estamos, murió en la batalla de Tannenberg.

—¿De qué lado?

—Del nuestro, del cristiano.

Juan Hofrichter meneó la cabeza, dio un trago de la jarra.

—Y el tal Reynevan o Tanaceto, que tiene por costumbre allegarse a mujeres ajenas... ¿Qué hace en los agustinos? ¿Es un hermano seglar? ¿Converso? ¿Novicio?

—Reinmar Bielau —sonrió el cura Jakob— es médico, que ha estudiado en Praga, en la Universidad Carolina. Antes de empezar los estudios ya estudiaba el muchacho en la escuela de la catedral de Wroclaw, luego aprendió los secretos de la herboristería con un boticario de Swidnica y con los hermanos del hospicio de Brzeg. Fueron precisamente los hermanos y su tío paterno, Enrique, el escolástico de Wroclaw, quienes lo mandaron a nuestros agustinos, que están especializados en la curación con yerbas. El muchacho, honrado y sensible, mostrando vocación, trabajaba para el hospital y la leprosería. Luego, por lo que se ha dicho, estudió medicina en Praga, también, por cierto, bajo la protección del tío y del dinero que el tío recibía como canónigo. Parece ser que le dio fuerte a los estudios, puesto que al cabo de dos años ya era bachiller en artes, *artium baccalaureus*^[29]. Se fue de Praga justo después de... Humm...

—Después de la defenestración —no tuvo reparo en terminar el burgomaestre—. Lo que muestra claramente que nada le ata a la, como la llaman, herejía husita.

—Nada le ata a ella —confirmó sereno el platero Frydman—. Lo sé bien por mi hijo, el cual también por aquellos tiempos estudiaba en Praga.

—Y bien que estuvo —añadió el burgomaestre Sachs— que Reynevan volviera a la Silesia y no al ducado de Ziebice, donde su hermano anda al servicio del duque Juan. Es un buen muchacho, y de buenas razones, aunque joven, y tan dotado para curar con las yerbas que pocos hallarás como él. A la mujer mía de unos furúnculos que le salieron en él, cómo se dice, en eso pues, la curó. A la hija de unas toses crónicas restableció. A mí me dio un cocimiento para los ojos que me supuraban, que como mano de santo...

El burgomaestre calló la boca, carraspeó y metió las manos en las mangas guarnecidas de piel de su sayo. Juan Hofrichter lo miró con atención.

—Esto —enunció— me ha aclarado por fin algunas cosas. Acerca del tal Reynevan. Ya lo sé todo. Aunque bastardo, sangre es de los Piastas. Hijo de obispo. Amado de los duques. Pariente de los Nostitz. Sobrino de un escolástico de la colegiata de Wroclaw. Compañero de estudios de los hijos de los ricos. Y además, por si fuera poco, famoso médico, casi milagroso, que sabe ganarse el agradecimiento de los poderosos. ¿Y de qué es de lo que os curó a vos, venerable padre Jacobo? ¿De qué malestares, por curiosidad?

—Los malestares —respondió con frialdad el preboste— no son tema a debate. Digamos entonces, sin detalles, que me sanó.

—No estaría bien —añadió el burgomaestre— perder a alguien así. Pena sería

consentir que alguien así muriera en asuntos de familia tan sólo porque se dejara llevar por unos, cómo se dice, ojos hermosos. Que sirva pues a la república. Que sane, puesto que sabe...

—¿Incluso si para ello usa de un pentagrama en el suelo? —bufó Hofrichter.

—Si sana —dijo serio el padre Gall—, si ayuda, si mitiga el dolor, pues incluso así. Un talento así es un regalo divino, el Señor lo da según Su voluntad y de acuerdo a un propósito por Él sabido. *Spiritus fiat ubi vult*^[30], no somos nosotros quiénes para escudriñar sus caminos.

—Amén —resumió el burgomaestre.

—Hablando en plata —no cejaba Hofrichter—, alguien como Reynevan no puede ser culpable. ¿De eso se trata? ¿Eh?

—Quien carezca de culpa —respondió Jacobo Gall con rostro pétreo—, que tire la primera piedra. Y Dios nos juzgará a todos.

Durante un instante reinó el silencio, un silencio tan profundo que se pudo escuchar el susurro de las alas de una mariposa nocturna que golpeteaba contra la ventana. Desde la calle de San Juan les llegó la voz penetrante y cantarína del alguacil de la ronda.

—Entonces, resumiendo —el burgomaestre se enderezó de tal modo que la barriga rozó el canto de la mesa—, los culpables del tumulto en nuestra villa de Olesnica son los hermanos Sterz. De los perjuicios materiales y los daños corporales ocasionados en el mercado son culpables los Sterz. De la pérdida de salud y, no permita Dios, de la posible muerte del venerable prior Steinkeller son culpables los hermanos Sterz. Ellos y sólo ellos. Por su parte, lo que le sucedió a Niklas de Sterz fue una desgracia, cómo se dice, un accidente. Así le presentaremos el asunto al duque cuando vuelva. ¿Hay acuerdo?

—Hay acuerdo.

—*Consensus omnium*^[31].

—*Concordi voce*^[32].

—Y si Reynevan apareciera —añadió al cabo de un instante de silencio el preboste Gall—, aconsejo que se lo tome preso por lo bajo y se lo encierre. Aquí, en nuestro calabozo de la casa consistorial. Para su propia seguridad. Hasta que se apaguen las ascuas.

—Estaría bien —añadió Lukas Frydman, mirando sus anillos— hacerlo con premura. Antes de que Tammo Sterz se entere de lo que ha pasado.

Al salir del ayuntamiento a la oscuridad de la calle de San Juan, el mercader Hofrichter captó con el rabillo del ojo un movimiento en la pared de la torre, iluminada por la luz de la luna. Una borrosa figura que se movía un poco por debajo de la ventana del trompetero municipal y por encima de la ventana de la habitación donde acababa de celebrarse la reunión. Miró, protegiéndose los ojos de la molesta

luz de la candela que llevaba el paje. Qué diablos, pensó, y se santiguó al instante. ¿Qué es lo que se arrastra por la pared? ¿Un buho? ¿Un mochuelo? ¿Un murciélago? O puede...

Juan Hofrichter tembló, se volvió a santiguar, se subió su capa de cebellinas casi hasta el cuello, se envolvió en ella con prisa en dirección a su casa.

De modo que no vio cómo un enorme treparriscos extendía sus alas, se lanzaba desde un parapeto sin ruido, como un fantasma, como un espíritu nocturno, y revoloteaba por encima de los tejados de la ciudad.

A Apeczko Sterz, señor de Ledna, no le gustaba visitar el castillo de Sterzendorf. La razón era muy sencilla: Sterzendorf era la sede de Tammo de Sterz, cabeza, sénior y patriarca de la familia. O, como otros decían: tirano, déspota y torturador.

El aire en la habitación era sofocante. Estaba oscuro. Tammo de Sterz no permitía abrir las ventanas por miedo a las corrientes de aire, también las contraventanas tenían que estar cerradas porque la luz hería los ojos del inválido.

Apeczko estaba hambriento. Y cubierto de polvo del camino. Pero no había tiempo para un refrigerio ni para refrescarse. Al viejo Sterz no le gustaba esperar. Tampoco tenía por costumbre el regalar a los huéspedes. Sobre todo a la familia.

Así que Apeczko tragó saliva para aliviar la garganta —no le habían dado nada de beber, por supuesto— y relató a Tammo lo sucedido en Olesnica. Lo hacía sin gana, pero, en fin, tenía que hacerlo. Inválido o no, paralítico o no, Tammo era el sénior de la familia. Un sénior que no toleraba la desobediencia.

El viejo escuchaba el relato apoyado en una silla, en la posición que era típica de él, increíblemente torcida. ¡Maldito viejo loco! Pensó Apeczko. ¡Putra ruina retorcida!

La causa del estado en que se encontraba el patriarca de la familia de los Sterz no era conocida del todo ni por todos. En una cosa había consenso: a Tammo le había dado un síncope porque se había puesto rabioso. Unos afirmaban que el viejo se había enrabiado al saber que su enemigo personal, el odiado duque de Wroclaw, Conrado, había recibido la dignidad episcopal y se había convertido en la más poderosa persona de Silesia. Otros afirmaban que la explosión fatal la había provocado su suegra, Anna de Pogorzelów, cuando dejó que se le agarrara su comida favorita, gachas de trigo con tocino. Vete tú a saber qué es lo que sucedió en realidad, pero el resultado estaba a la vista y no era posible dejar de advertirlo. El Sterz, después del accidente, sólo podía mover —y no muy graciosamente— la mano izquierda y el pie izquierdo. El párpado derecho lo tenía siempre cerrado, del izquierdo, que a veces conseguía abrir, le fluían incesantemente unas lágrimas densas mientras que de la comisura de la boca, que tenía retorcida en un gesto de pesadilla, le goteaba saliva. El accidente le había provocado también una casi completa pérdida del habla, de lo que le venía el apodo de Balbulus. El Tartaja.

La pérdida de la capacidad del habla no había tenido la consecuencia con la que

contaba toda la familia: la pérdida de contacto con el mundo. Oh, no. El señor de Sterzendorf seguía teniendo a la familia en un puño y seguía siendo el terror de todos, y lo que tenía que decir, lo decía. Siempre había alguien a mano que fuera capaz de entender y traducir a una lengua humana sus gorgoteos, carraspeos, balbuceos y grititos. Ese alguien solía ser por lo regular un niño: alguno de los numerosos nietos o bisnietos de Balbulus.

Ahora la traductora era Ofka von Baruth, de diez años, que, sentada a los pies del anciano, se dedicaba a vestir a una muñeca con trapos de colores.

—De este modo —Apeczko Sterz terminó de contar la historia y, carraspeando, pasó a las conclusiones—, Wolfher pidió por un mensajero que hagamos conciencia de que el asunto estará arreglado enseguida. Que agarrarán a Reinmar Bielau en el camino a Wroclaw y le impondrán su castigo. Ahora, sin embargo, Wolfher tiene las manos atadas, porque el duque de Olesnica viaja por ese camino con toda su corte y diversos clérigos de importancia, así que no puede... No hay forma de acometer la persecución. Mas Wolfher jura que atrapará a Reynevan. Que se le puede confiar el honor de la familia.

El párpado de Balbulus se abrió, un hilo de baba le fluyó de la boca.

—¡Bbbhh-bhh-bhh-bhubhu-bhhuaha-rrhuaha-phhh-aaarrh! —se oyó en la cámara—. ¡Bbb... hrrrh-urrrhh-bhuuh! Guggu-ggu...

—Wolfher es un puto cretino —tradujo Ofka von Baruth con una vocecilla aguda y melodiosa—. Un idiota al que no le confiaría ni un cubo lleno de vómitos. Y lo único que es capaz de coger es su propia polla.

—Padre...

—¡Bbb... brrrh! ¡Bhhrhhu-phr-rrrhhh!

—Calla —tradujo Ofka sin alzar la cabeza, ocupada con su muñeca—. Escucha lo que digo. Lo que ordeno.

Apeczko escuchó con paciencia los carraspeos y gritillos, esperó la traducción.

—Lo primero que mandarás determinar, Apecz —ordenó Tammo Sterz por labios de la niña—, es quién era la mujer de Bierutów encargada de vigilar a la borgoñona. Pues no se enteró de la verdadera razón de tantos viajes de caridad a Olesnica. O si no, es que andaba en el ajo con la puta. A esta mujer habrán de darle treinta y cinco azotes. En el culo, en pelotas. Aquí, frente a mis ojos. Que al menos tenga yo un poco de diversión.

Apeczko Sterz asintió. Balbulus tosió, carraspeó y se manchó de baba de arriba abajo. Después hizo un gesto monstruoso y gorgoteó.

—A la borgoñona —tradujo Ofka, al tiempo que peinaba con un minúsculo peine los cabellos de estopa de la muñeca—, de la que sé que se escondió en el convento de las clarisas de Ligota, debéis sacarla de allí, aunque para ello tengáis que asaltar el convento. Luego hay que encerrar a la barragana con algunos monjes que nos sean

propicios, por ejemplo en...

Tammo dejó de pronto de tartamudear y de balbucear, los carraspeos se le quedaron en la garganta. Su ojo enrojecido clavado en él hizo comprender a Apeczko que el anciano había advertido su gesto turbado. Que lo había pillado. No se podía esconder la verdad por más tiempo.

—La borgoñona —jadeó— consiguió escapar de Ligota. En secreto... Nadie sabe adonde. Ocupados con la persecución... no vigila... mos.

—Qué curioso —tradujo Ofka al cabo de un largo instante de pesado silencio—, qué curioso que esto no me sorprenda en absoluto. Pero si es así, que así sea. No me voy a quebrar la cabeza por una puta. Que lo arregle Gelfrad cuando vuelva. Que solucione el asunto por su propia mano. A mí sus cuernos no me importan un pimiento. Tampoco es cosa nueva en nuestra familia. A mí mismo me los tienen que haber puesto bien grandes. Porque si no, no se explica que de mis propios lomos hayan nacido unos gilipollas como éstos.

Balbulus tosió, carraspeó y se ahogó durante unos instantes. Pero Ofka no tradujo, así que nose trataba de palabras, sino de toses normales y corrientes. Por fin, el anciano relinchó, tomó aliento, torció el gesto como un demonio y golpeó con su bastón en el suelo, después de lo cual comenzó a gorgotear a toda velocidad. Ofka lo escuchó, mordisqueando la punta de su coleta.

—Pero Niklas —tradujo— era la esperanza de esta familia. Sangre de mi sangre, de la sangre de los Sterz, no el maldito retoño de una perra callejera. Así que no es posible que por su sangre derramada no pague el asesino. Y con creces.

Tammo golpeó de nuevo con el bastón en el suelo. El palo se le cayó de la mano temblorosa. El señor de Sterzendorf tosió y estornudó, llenándose de babas y mocos. Roswitha von Baruth, la hija de Balbulus, madre de Ofka, que estaba junto a él, le limpió la barba, recogió el bastón y se lo puso en la mano.

—¡Hgrrrrhhh! Grhhh... Bbb... bhrr... bhrrrllg.

—Reinmar Bielau pagará por mi Niklas —tradujo Ofka con indiferencia—. Pagará, pongo a Dios por testigo y a todos los santos. Lo meteré en la mazmorra, en una jaula, en una caja como en la que los de Glogów metieron a Enrique el Gordo, con un agujero para la comida y otro enfrente para lo contrario, de tal modo que ni siquiera sea capaz de rascarse. Y lo tendré así medio año. Y sólo entonces me pondré con él. Y para que lo trabajen mandaré a buscar un verdugo a Magdeburgo, porque allá tienen admirables verdugos, no como aquí, en la Silesia, donde el delincuente muere ya al segundo día de tortura. Oh, no, haré traer a un maestro que le dedicará una semana al asesino de Niklas. O dos.

Apeczko Sterz tragó saliva.

—Pero para que se pueda hacer esto, hay que apresar al pájaro. Y para ello hace falta buen seso. Razón. Porque el pájaro no es tonto. Un tonto no se haría bachiller en

Praga, ni les caería en gracia a los monjes de Olesnica. Y no habría conseguido hacerse con la francesa de Gelfrad tan prestamente. Con un listillo así no basta echar el aliento como un torpe por el camino a Wroclaw, exponiéndose a las burlas.

Poner el negocio en boca de todos, lo que sólo sirve al pájaro y no a nosotros.

Apeczko asintió. Ofka lo miró, se sorbió los mocos que le brotaban de una naricilla respingona.

—El pájaro —siguió traduciendo— tiene un hermano, que ha no sé qué posesiones por allá por Henrików. Es muy posible que vaya a buscar allí amparo. Hasta puede que ya esté allí. Hubo otro Bielau que fue durante su vida cura en la colegiata de Wroclaw, así que no podemos excluir que el bellaco quiera esconderse bajo las faldas de otro bellaco. Quiero decir, del venerable obispo Conrado. ¡El viejo ladrón y borracho!

Roswitha Baruth limpió otra vez la barba al anciano, que se le había llenado de mocos por la rabia.

—El pájaro además es amigo de los del hábito negro, en Brzeg. De los del hospicio. Allí podría haberse dirigido nuestro listillo, para sorprender y confundir a Wolfher. Cosa que no es, al fin y al cabo, difícil. Y por fin, lo más importante, aguza el oído, Apecz. De seguro que nuestro pájaro querrá jugar a ser trovador, a fingir que es algún puto Lohengrin o un nuevo Lancelot... Querrá acercarse a la francesa. Y allá, en Ligota, seguro que lo aprehenderemos, igual que a un perro que sigue a una perra en celo.

—¿En Ligota? —se atrevió a decir Apeczko—. Pero si ella...

—Ha huido, ya lo sé. Mas él no lo sabe.

Viejo cabrón, pensó Apeczko, tiene el alma aún más retorcida que el cuerpo. Pero es más astuto que una zorra. Y sabe, hay que concederle el honor. Mucho. Todo.

—Mas para lo que acabo de decir —tradujo Ofka a la lengua humana— vosotros no me servís, mis hijos e hijos de mis hijos, sangre, al parecer, de mi sangre y carne de mi carne. Por eso vas a ir lo más presto posible a Niemodlin y luego a Ziebice. Allí... ¡Escúchame bien, Apecz! Allí has de encontrar a Kunz Aulock, llamado Kirieleisón. Y a otros: Walter de Barby, Sybko von Kobelau, Stork de Gorgowitz. A éstos les dirás que Tammo Sterz da mil gúldenes renanos por Reinmar de Bielau, vivo. Mil, acuérdate.

Apeczko tragó saliva al oír cada nombre. Porque eran estos nombres los de los peores sicarios y asesinos de casi toda la Silesia, facinerosos sin honor ni fe. Dispuestos a asesinar a su propia abuela por tres escotus, qué no harían por una suma de cuento de hadas como eran los mil gúldenes. Mis gúldenes, pensó Apeczko con rabia. Porque ésta habrá de ser mi herencia cuando este puto inválido estire la pata.

—¿Lo has entendido, Apecz?

—Sí, padre.

—Entonces largo, vete de aquí. Ponte en camino y haz lo que te he mandado.

Primero me pondré en camino a la cocina, donde voy a llenarme las tripas y a comer y a beber por dos. Viejo roñoso. Y luego ya veremos.

—Apecz.

Apeczko Sterz se dio la vuelta. Y miró. Pero no al rostro retorcido y enrojecido de Balbulus, que, no por vez primera, le parecía que era algo innatural aquí en Sterzendorf, algo innecesario, fuera de sitio. Apeczko miró a los grandes ojos almendrados de la pequeña Ofka. A Roswitha, que estaba detrás de la silla.

—¿Sí, padre?

—No nos decepciones.

¿Y no puede ser que no sea él?, le cruzó por la mente. ¿No pudiera ser que él ya no exista, que en esa silla esté sentado un cadáver, un medio muerto al que la parálisis ya le ha devorado el cerebro por completo? ¿Qué sean... ellas? ¿Qué sean las mujeres —las más pequeñas, las jóvenes, las medianas y las viejas— las que gobiernen en Sterzendorf?

Desterró con rapidez aquel monstruoso pensamiento.

—No os decepcionaré, padre.

Apeczko Sterz no tenía intención de apresurarse a cumplir las órdenes. Murmurando con rabia, anduvo rápido hasta la cocina del castillo, donde ordenó que se le sirviera todo de lo que ha de disponer una cocina que se merezca ese nombre. Entre otras cosas, los restos de un muslo de venado, grasientas costillas de cerdo, una enorme ristra de morcillas de sangre, un pedazo de jamón de Praga y unas cuantas palomas cocidas en caldo. Y con ello un pan entero, grande como el escudo de un sarraceno. Y también, se entiende, vino del mejor, húngaro y moldavo, de los que Balbulus guardaba para su propio uso. El paralítico podía ser señor en la habitación de arriba, mas bajo ella el poder ejecutivo le pertenecía a otro. Bajo la habitación el señor era Apeczko Sterz.

Apeczko se sentía señor y nada más entrar a la cocina empezó a mostrar que lo era. El perro se ganó un puntapié y salió corriendo entre quejidos. El gato escapó, esquivando con gracia un cucharón que se le había lanzado. Los mozos de cocina casi se cayeron de culo cuando un caldero de hierro se estrelló contra el suelo de piedra con un indescriptible estruendo. La criada más vaga recibió un pescozón y se enteró de que era una buscona estúpida. También los pajes se enteraron de muchas otras cosas acerca de sí mismos y de sus padres y unos cuantos trabaron además conocimiento con el puño del amo, que era duro y pesado como el hierro. Aquél al que hubo que repetir la orden de traer el vino de la bodega del señor recibió una paliza tan grande que se tuvo que poner en camino a cuatro patas.

Poco después, Apeczko —don Apeczko—, que se había puesto cómodo a la mesa, comía con ansia y a grandes bocados, bebía alternativamente vino moldavo y

húngaro, tiraba al suelo los huesos como un verdadero señor, escupía, carraspeaba y miraba de reojo a la gorda cocinera esperando tan sólo a que le diera algún pretexto.

Viejo bellaco, cabrón, paralítico de mierda, que se hace llamar padre y no es más que mi tío, el hermano de mi padre. Mas tengo que aguantar todo esto. Porque cuando estire por fin la pata, yo, el mayor de los Sterz, seré por fin el cabeza de familia. La herencia, por supuesto, habrá que partirla, pero cabeza de familia seré yo. Todos lo saben. Nada me lo impedirá, nada puede...

Impedirlo, maldijo Apeczko a media voz, sólo podría la disputa con Reynevan y la mujer de Gelfrad. Impedirlo podría la venganza de familia, que significa provocar un alboroto en el país. Impedirlo puede el contratar a sicarios y asesinos. La persecución ruidosa, el pudrirse en la mazmorra, el maltrato y la tortura de un muchacho que es pariente de los Nostitz y emparentado con los Piastas. Y vasallo de Juan von Ziebice. Y el obispo de Wroclaw, Conrado, que quiere tanto a Balbulus como Balbulus a él, solamente está esperando a encontrar una forma de echarse sobre los Sterz.

Muy mal, muy mal, muy mal.

Y de todo, decidió Apeczko de repente, hurgándose los dientes, de todo es culpable Reynevan, Reinmar de Bielau. Y pagará por ello. Pero no de forma que toda Silesia se entere. Pagará como es costumbre, por lo bajito, en la oscuridad, con un cuchillo entre las costillas. En el momento en que —como Balbulus adivinó con certeza— aparezca en secreto en Ligota, en el convento de las clarisas, bajo la ventana de su amada, la Adela de Gelfrad. Un tajo de cuchillo, un chapuzón en el estanque del convento. Y silencio. Sólo las carpas sabrán de ello.

Por otro lado, no se puede ignorar del todo la orden de Balbulus. Aunque sólo sea porque el Tartaja acostumbra a comprobar la realización de sus órdenes. Encargar su ejecución no a una, sino a dos personas.

Entonces, ¿qué hacer, diablos?

Apeczko clavó el cuchillo en la tabla de la mesa con un chasquido, tiró la copa de vino de golpe. Alzó la cabeza, cruzó la vista con la vieja cocinera.

—¿Qué coño miras? —ladró.

—El amo viejo —pronunció con serenidad la cocinera— hizo traer no ha mucho unos admirables vinos italianos. ¿He de mandar servirlos, mi señor?

—Ciertamente. —Apeczko, contra su voluntad, sonrió, percibió cómo la serenidad de la mujer se le transmitía—. Ciertamente, por favor, mandad servirlos, probaremos qué cosa sea lo que madura en Italia. Mandad también, haced la merced, a un pajecillo a la torre, que despierte a alguno que no sea malo con el caballo y la cabeza tenga en su sitio. Alguien que sea capaz de llevar un recado.

—Como mandéis, señor.

Los cascos golpetearon en el puente. El mensajero, al dejar Sterzendorf, se dio la

vuelta, saludó con la mano a su mujer, que estaba en la muralla despidiéndolo con un pañuelito blanco. Y de pronto el mensajero captó el movimiento de una figura borrosa que se arrastraba por la pared de la torre bañada por la luna. Qué diablos, pensó, algo andurrea por ahí. ¿Un buho? ¿Un mochuelo? ¿Un murciélago? O puede que...

El mensajero murmuró un exorcismo, escupió al foso y espoleó al caballo. El mensaje que portaba era urgente. Y el amo que se lo había encargado, severo.

De modo que no vio cómo un enorme treparriscos extendía sus alas, se lanzaba desde un parapeto sin ruido, como un fantasma, como un espíritu nocturno, y revoloteaba por encima de los bosques, en dirección al valle del Widawa.

El castillo de Senseberg, como todos sabían, lo habían construido los templarios y no por casualidad habían elegido aquel lugar y no otro. Alzándose sobre la cima de un monte rocoso y quebrado, había sido en tiempos antiguos lugar de culto de los dioses paganos, allí había estado el altar sobre el que, como decían las leyendas, los habitantes antiguos de aquellas tierras, los trebovanos y los boboranos, ofrecían a sus dioses sacrificios humanos. En tiempos en los que del altar no había quedado más que un círculo de piedras desgastadas y cubiertas de musgo, escondidas entre las malas hierbas, continuaba aún el culto pagano, en la cumbre seguían ardiendo las hogueras de los sábados. Todavía en 1189, Zyrosław, el obispo de Wrocław, amenazó con terribles castigos a quien se atreviera a celebrar en Senseberg *festum diabolicum et maledictum*^[33]. Casi cien años después también el obispo Wawrzyniec dejó pudrirse en las mazmorras a aquéllos que celebraban el culto.

Por entonces, se decía, habían venido los templarios. Construían sus pequeños castillos silesios, miniaturas amenazadoras y dentadas de sus fortalezas sirias, edificadas bajo la vigilancia de gentes de cabezas cubiertas con pañuelos y de rostros oscuros como pieles de toro curtidas. No pudo ser una casualidad que para erigir sus baluartes prefirieran antiguos lugares santos, de cultos cuya memoria había casi desaparecido. Como Mala Olesnica, Otmet, Rogów, Habendorf, Fischbach, Peterwitz, Owiesno, Lipa, Braciszowa Góra, Srebrna Góra, Kaltenstein. Y por supuesto, Senseberg.

Luego llegó el fin de la orden de los templarios. Justo o no, resulta vano discutirlo, pero se los liquidó, todo el mundo sabe cómo fue. La Orden de San Juan tomó posesión de sus castillos, también se los repartieron entre sí monasterios que se estaban enriqueciendo rápidamente y nobles silesios que no menos rápidamente estaban adquiriendo poder. Algunos castillos, pese al poder que dormitaba en sus raíces, se convirtieron en ruinas a una velocidad formidable. Unas ruinas que eran evitadas, sorteadas. A las que se tenía miedo.

Y no sin motivo.

Pese a la rápida colonización, pese al constante fluir de colonos hambrientos de

tierra que provenían de Sajonia, de Turingia, de Renania y de Franconia, la montaña y el castillo de Senseberg seguían rodeados por un amplio círculo de tierra de nadie, de despoblado por el que sólo se atrevía a pasar el bandolero o el huído. Precisamente fueron ellos, los bandoleros y los huidos, los que contaron por vez primera las historias acerca de pájaros nunca vistos, de jinetes de pesadilla, de luces que brillaban fugazmente en las ventanas del castillo, de gritos y cánticos salvajes y terribles, de una fantasmal música de órgano que parecía llegar de debajo de la tierra.

Hubo quien no lo creyó. Hubo también quien fue atraído por los tesoros de los templarios, que al parecer yacían allá en las tierras de Senseberg. Eran, por lo común, gentes de espíritu intranquilo y curioso.

Pero no regresaron.

Si aquella noche en los alrededores de Senseberg se hubiera encontrado algún bandolero, huído o buscador de aventuras, la montaña y el castillo habrían podido dar argumento para nuevas leyendas. Una tormenta amenazaba en el horizonte, el cielo estallaba de vez en cuando con las luces de lejanos relámpagos, tan lejanos que ni se podía escuchar siquiera el martilleo de los truenos. Y en el oscuro bloque del castillo, que resaltaba a la luz del cielo relampagueante, ardieron de pronto los ojitos brillantes de las ventanas.

Había en el interior de lo que parecía una ruina una sala del homenaje, grande, de altos techos. Las velas que la iluminaban, los candelabros y las teas en soportes de hierro, arrancaban de la oscuridad unos frescos pintados en los severos muros. Los frescos representaban unas escenas caballerescas y religiosas. Así que los ojos de Parsifal, de rodillas ante el Grial, y los de Moisés, que llevaba las tablas de la ley desde el monte Sinaí, miraban hacia la enorme mesa redonda que estaba situada en el centro de la sala. Roldan en la batalla de Albrakka y el santo Bonifacio muriendo en el martirio por la espada de los frisios. Godofredo de Bouillon entrando en la Jerusalén conquistada. Y Jesús, cayendo por segunda vez bajo el peso de la cruz. Todos miraban con sus ojos un tanto bizantinos a la mesa y a los caballeros sentados a ella, que iban armados con armaduras completas y vestidos con capas con capuchas.

A través de la ventana abierta entró cabalgando sobre una ráfaga de viento un enorme treparriscos.

El pájaro voló en círculo, arrojó unas sombras fantasmales sobre los frescos, se posó, erizando las plumas, sobre el respaldo de una de las sillas. Abrió el pico y graznó, y antes de que sonara el eco del graznido en la silla estaba sentado ya un caballero. Con capa y capucha, tan parecido a los otros como si fueran gemelos.

—*Adsumus*^[34] —habló con voz sorda el Treparriscos—. Aquí estamos, Señor, reunidos en Tu nombre. Ven a nosotros y reina entre nosotros.

—*Adsumus* —repitieron a coro los caballeros reunidos a la mesa—. ¡*Adsumus Adsumus!*

El eco resonó por el castillo como un trueno, como el sonido de una batalla lejana, como el estruendo de un ariete contra las puertas de una ciudad. Y desapareció lentamente en los oscuros corredores.

—Gloria al Señor —dijo el Treparriscos cuando cayó el silencio—. Cercano está el día en el que todos sus enemigos se conviertan en polvo. ¡Pobres de ellos! ¡Por eso estamos aquí!

—¡*Adsumus!*

—La Providencia nos ha enviado —el Treparriscos alzó la cabeza y sus ojos brillaron con un reflejo de la luz de las llamas—, hermanos míos, una ocasión más para que de nuevo combatamos a los contrarios al Señor y vencamos otra vez a los enemigos de la fe. ¡Ha llegado el tiempo de lanzar un nuevo golpe! Recordad, hermanos, este nombre: Reinmar de Bielau. Reinmar de Bielau, llamado Reynevan. Escuchad...

Los caballeros de las capuchas se inclinaron, prestando atención. Jesús, cayendo bajo el peso de la cruz, los contemplaba desde el muro y en su ojos bizantinos se reflejaba la inmensidad del dolor humano.

Capítulo tercero

En el que se habla de cosas que tienen tan poco que ver —aparentemente— entre sí como la caza con halcones, la dinastía de los Piastas, la col con guisantes y la herejía checa. Otrosí se disputa sobre si, a quién y cuándo se ha de mantener la palabra.

Junto al río Olesniczka, que fluye retorcido a través de pantanos cubiertos de negros alisos, de jóvenes abedules blancos y verdes prados, sobre una colina desde la que se ven los tejados de paja y las humaredas de la aldea de Borów, la comitiva ducal hizo una larga parada. Pero no para descansar. Al contrario. Para cansarse. O sea, para divertirse como verdaderos señores.

Cuando se acercaron, una nube de pájaros se elevó de los cenagales. Patos, cercetas, porrones, ánades rabudos, hasta garzas. Ante aquella vista, el duque Conrado Kantner, señor de Olesnica, Trzebnica, Milicz, Scinawa, Wolów y Smogorzów y, junto con su hermano Conrado el Blanco, hasta señor de Cosel, ordenó a sus servidores que se detuvieran al momento y le trajeran a su halcón preferido. Al duque lo embargaba un maníaco amor por la cetrería. Olesnica y sus finanzas podían esperar, el obispo de Wroclaw podía esperar, la política podía esperar, toda Silesia y todo el mundo podían esperar. Y esperarían a que el duque pudiera ver cómo su favorito, llamado Rabe, arrancaba las plumas a un pato y se convenciera de que su Plateado era audaz en la lucha contra una garza.

Así que el duque cabalgó por los juncas y los pantanos como un poseído y junto con él, también con valentía aunque más bien por obligación, su hija mayor, Agnieszka, el senescal Rudiger Haugwitz y algunos pajes que querían hacer carrera.

El resto de la comitiva esperó junto al bosque. Sin bajarse de los caballos, pues nadie podía saber cuándo el duque se iba a cansar de la cacería. El huésped extranjero del duque bostezó discretamente. El capellán murmuró, seguro que una oración; el alguacil contaba, seguro que dinero; el *minnesinger* componía, seguro que una poesía; las damas de la duquesita Agnieszka cotilleaban, seguro que sobre otras damas; y los jóvenes caballeros mataban el aburrimiento examinando y explorando el bosque a su alrededor.

—¡Ciervo!

Henryk Krompusz puso su caballo en tensión y lo hizo girar, muy asombrado, y acto seguido aguzó el oído intentando aclarar cuál de los arbustos acababa de gritar quedamente su apodo.

—¡Ciervo!

—¿Quién está ahí? ¡Muéstrate!

Los arbustos se agitaron.

—¡Santa Eduvigis...! —Krompusz abrió la boca de asombro—. ¿Reynevan? ¿Eres tú?

—No, la santa Eduvigis —respondió Reynevan con voz tan ácida como la grosella en mayo—. Ciervo, necesito tu ayuda... ¿De quién es este cortejo? ¿De Kantner?

Antes de que Krompusz tuviera tiempo de contestar, se le unieron otros dos caballeros de Olesnica.

—¡Reynevan! —gimió Jaksa de Wiszna—. ¡Por los clavos de Cristo, qué pinta tienes!

Me gustaría ver qué pinta tendrías tú, pensó Reynevan, si te hubieras caído del caballo nada más pasar Bystre. Si hubieras tenido que arrastrarte toda la noche por los pantanos y despoblados de la ribera del Swierzna y por la mañana cambiar tus empapadas ropas llenas de barro por una almilla de campesino arramplada de una tapia. Me gustaría ver qué pinta tendrías tú, señoritingo, tras algo así.

El tercer caballero de Olesnica, Benno Ebersbach, contemplándolo con una mirada bastante funesta, de seguro que pensaba lo mismo.

—En vez de asombraros —dijo con sequedad—, dadle alguna ropa. Quítate esos harapos, Bielau. Venga, señores, sacad de las alforjas lo que sea que haya en ellas.

—Reynevan. —Krompusz no acababa de asimilarlo del todo—. ¿Eres tú?

Reynevan no respondió. Agarró la camisa y el jubón que se le ofrecían. Estaba tan rabioso que casi se echaba a llorar.

—Necesito ayuda... —repitió—. Y hasta diría que la necesito mucho y con urgencia.

—Lo vemos y lo sabemos —corroboró Ebersbach con un ademán de cabeza—. Y también somos de la opinión de que la necesitas mucho. Pero que mucho. Ven. Tendrá que verte Haugwitz. Y el duque.

—¿Lo sabe?

—Todos lo saben. Se habla profusamente de ello.

Si bien Conrado Kantner, con su fino rostro alargado por la calva frente, con su negra barba y sus penetrantes ojos de monje, no recordaba demasiado al típico representante de su dinastía, en el caso de su hija Agnieszka no cabía duda. Era una fruta que no había caído lejos del árbol de la dinastía silesio-mazoviana. La duquesilla poseía unos cabellos blondos, claros ojos y una nariz pequeña y respingona, la graciosa nariz de los Piastas, inmortalizada ya en la famosa escultura de la catedral de Naumburg. Agnieszka Kantner, como Reynevan calculó a la carrera, tenía unos quince años, así que debía de estar prometida ya a alguien. Reynevan no recordaba ningún rumor.

—Levántate.

Se levantó.

—Sabe —habló el duque, atravesándolo con una mirada de fuego— que no alabo tus actos. Incluso los tengo por ignominiosos, censurables y dignos de castigo. Y te aconsejo con franqueza el arrepentimiento y la penitencia, Reinmar Bielau. Mi capellán me ha asegurado que hay en el infierno un lugar privativo para los adúlteros. Los diablos punen allí a las ánimas pecadoras justo con los instrumentos de su pecado. Y no habré de decir más en atención a las mozas aquí presentes.

El senescal Rudiger Haugwitz bufó con rabia. Reynevan guardó silencio.

—Qué tipo de satisfacción sea la que des a Gelfrad von Sterz —continuó Kantner— es asunto tuyo y de él. No he de mezclarme yo en tales cosas, sobre todo puesto que ambos dos no sois mis vasallos, sino vasallos del duque Juan de Ziebice. Y de hecho, a Ziebice debiera yo enviarte. Lavarme las manos.

Reynevan tragó saliva.

—Mas —continuó el duque al cabo de un instante de dramático silencio— yo no soy Pilatos, en primer lugar. En segundo, en atención a tu padre, quien perdiera la vida en Tannenberg al lado de mi hermano, no consentiré que te maten por una necia venganza de sangre. En tercer lugar, ya va siendo hora de cesar con las venganzas de sangre y vivir como les pertenece a unos europeos. Eso es todo. Te permito que viajes con mi comitiva hasta incluso el mismo Wroclaw. Mas no te pongas ante mis ojos. Porque tu vista no me agrada.

—Alteza...

—Vete, he dicho.

La caza se había terminado definitivamente. Los halcones recibieron sus capuchas en la testa, los patos y las garzas capturados se balanceaban colgados en la escalera de un carro, el duque estaba satisfecho, la comitiva también, porque la cacería, que se anunciaba larga, en suma no lo había sido. Reynevan percibió unas cuantas miradas abiertamente agradecidas, ya se había corrido la voz entre el séquito de que era por su causa por lo que el duque había acertado la caza y emprendido de nuevo el camino. Reynevan tenía razones fundadas para creer que no era la única noticia que se había extendido por allí. Las orejas le ardían como si estuviera en la picota.

—Todos —murmuró a Benno Ebersbach, que iba cabalgando a su lado—. Todos lo saben.

—Todos —corroboró sin alegría alguna el caballero de Olesnica—. Mas para tu fortuna, no todo.

—¿Qué?

—¿Finges ser necio, Bielau? —le preguntó Ebersbach, sin alzar la voz—. Kantner te habría echado de aquí en un decir Jesús, hasta te habría enviado en cadenas al castellano, si hubiera sabido que en Olesnica hubo un muerto. Sí, sí, no me pongas esos ojos. El joven Niklas von Sterz ha muerto. Los cuernos de Gelfrad son una cosa, mas un hermano muerto no lo perdonarán los Sterz en la vida.

—Ni un dedo... —dijo Reynevan tras una serie de profundas inspiraciones—. Ni un dedo le puse encima a Niklas. Lo juro.

—Para acabar de arreglarlo —Ebersbach a todas luces no se inmutó por el juramento—, la hermosa Adela te acusó de brujería. De que la hechizaste y te aprovechaste de ella.

—Incluso si eso fuera cierto —respondió al cabo de un instante Reynevan—, la obligaron a ello. Amenazándola de muerte. Pues si la tienen en su poder...

—No la tienen —le contradijo Ebersbach—. Desde los agustinos, en los que te acusó públicamente de brujería, la hermosa Adela huyó a Ligota. Detrás de los muros del convento de las clarisas.

Reynevan suspiró con alivio.

—No creo en esas acusaciones —repitió—. Ella me ama. Y yo la amo.

—Qué bonito.

—Ni te haces una idea.

—Cuando en verdad se puso bonito —Ebersbach le miró a los ojos— fue cuando registraron tu laboratorio.

—Ja. Me lo temía.

—Y con razón. En mi modesta opinión, si no tienes todavía a la Inquisición pisándote los talones es porque todavía no han terminado de inventariar las diabluras que encontraron en tu casa. Puede que Kantner te proteja de los Sterz, mas de la Inquisición no lo creo. Cuando se corra la voz de tu nigromancia, él mismo te arrojará a ellos. No vengas con nosotros a Wroclaw, Reynevan. Sepárate de nosotros antes y ocúltate en algún lugar. Te lo aconsejo.

Reynevan no respondió.

—Y ya que estamos en ello —dijo Ebersbach como con desgana—. ¿En verdad entiendes de magias? Porque yo, sabes, conocí no ha mucho a una dama... Bueno, para qué hablar... No me vendría mal algún que otro elixir...

Reynevan no respondió. Les llegó un grito desde la cabeza de la comitiva.

—¿Qué pasa?

—¡Byków! —adivinó Ciervo Krompusz, espoleando al caballo—. La Taberna de la Damajuana.

—Dios sea alabado —añadió Jaksa de Wiszna a media voz—, porque con toda esa putañera cacería me estoy muriendo de hambre.

Tampoco entonces respondió Reynevan. Los ruidos que se escapaban de sus tripas eran harto locuaces.

La Taberna de la Damajuana era grande y con toda seguridad famosa, así que había allí muchos clientes, tanto locales como forasteros, lo que se podía notar por los caballos y carros y por los pajes y soldados que revoloteaban en torno a ellos. Cuando la comitiva del duque Kantner entró en el patio con gran algarabía y revuelo, el

tabernero ya estaba advertido. Salió por la puerta como la bala de una lombarda, espantando a las gallinas y salpicando estiércol. Pasaba el peso de un pie al otro y hacía reverencias constantemente.

—Bienvenido, bienvenido, Dios sus bendiga —jadeó—. Qué grande honor, qué crecido orgullo que vuesa magna artesa...

—Apretados estamos hoy aquí. —Kantner bajó del caballo bayo que sujetaban unos pajes—. ¿A quién hospedas hoy? ¿Quién vacía tus cazuelas? ¿Habrá suficiente para nosotros?

—De aseguro que habrá, de aseguro —aseguró el tabernero, tomando aliento con esfuerzo—. Y ya no hay apreturas, que en como vimos a su artesa en el camino... echara yo a la pordiosería, la estudiantina y el paisanaje. Libre está al completo el cuarto del bajo, libre también la camareta, mas...

—¿Qué? —Rudiger Haugwitz alzó las cejas.

—En la prencipal hay güéspedes. Personas de calidad, clerigales... Mandatarios. No me atreví...

—Y bien que hiciste en no atreverte —lo interrumpió Kantner—. A mí y a toda Olesnica habrías hecho un despecho en tal caso. ¡Huéspedes son huéspedes! Y yo soy un Piasta y no un sultán sarraceno, para mí no es deshonra el comer con los huéspedes. Id delante, señores.

Efectivamente, en la habitación un tanto llena de humo y que apestaba a col no había mucha gente. De hecho, sólo se hallaba ocupada una mesa a la que estaban sentados tres hombres. Todos tenían tonsura. Dos llevaban el traje característico para los clérigos de viaje, pero tan rico que no podían ser presbíteros normales y corrientes. El tercero llevaba el hábito de dominico.

Al ver a Kantner entrar, los clérigos se incorporaron. El que llevaba el traje más rico se inclinó, pero sin exagerar la humildad.

—Su alteza el duque Conrado —dijo, mostrando así lo bien informado que estaba—, ciertamente es éste un grande honor para nosotros. Yo soy, si permitís, Maciej Korzubok, oficial de la diócesis de Poznan, en misión a Wroclaw, al hermano de su alteza, el obispo Conrado, enviado por el reverendísimo señor obispo Andrzej Laskarz. Éstos son mis compañeros de viaje, que, como yo, se dirigen desde Gniezno a Wroclaw: don Melchior Barfuss, vicario del reverendísimo señor obispo de Lebus, Christoph Rotenhahn. Y el reverendo Jan Nejedly de Vysoke, *prior Ordo Praedicatorum*^[35], que viaja en misión del provincial de la orden de Cracovia.

El brandenburgiano y el dominico inclinaron sus tonsuras, Conrado Kantner respondió con un leve movimiento de cabeza.

—Su reverencia, reverendísimo señor —dijo nasalmente—. Me será agradable almorzar en tan preclara compañía. Y platicar. La plática en cualquiera caso, si no les fatiga a sus reverencias, habremos de mantenerla tanto aquí como en el camino,

puesto que yo también voy a Wroclaw, con mi hija... Permítenos, Agnieszka... Inclínate ante los servidores de Cristo.

La princesa hizo una reverencia y bajó la cabeza con intención de besar la mano, pero Maciej Korzubok la detuvo, bendijo su blondo flequillo con una rápida cruz. El dominico de Bohemia juntó las manos, inclinó el cuello, murmurando una corta oración y añadiendo algo acerca de una *clarissima puella*^[36].

—Éste de aquí —siguió Kantner— es el señor senescal Rudiger Haugwitz. Y éstos mis caballeros y mi huésped...

Reynevan sintió que le tiraban de la manga. Escuchó los gestos y el siseo de Krompusz, salió con él al patio, en el que todavía continuaba la batahola organizada por la llegada del duque. En el patio estaba esperando Ebersbach.

—Anduve tanteando —dijo—. Estuvieron aquí ayer. Wolfher Sterz, con otros seis. Pregunté también a estos granpolacos. Los Sterz los detuvieron, pero no se atrevieron a lanzarse sobre personas de iglesia. Pero por lo que se ve, te están buscando por los caminos de Wroclaw. En tu lugar, me daría a la fuga.

—Kantner —balbuceó Reynevan— me defenderá...

Ebersbach se encogió de hombros.

—Como quieras. Es tu pellejo. Wolfher anda diciendo bien alto y con detalles lo que te hará cuando te atrape. Yo, en tu lugar...

—¡Amo a Adela y no la abandonaré! —estalló Reynevan—. ¡Esto en primer lugar! Y en segundo... ¿Adónde podría huir? ¿A Polonia? ¿O puede que a Samogitia?

—No es mala idea. Ésa de Samogitia, se entiende.

—¡Voto a mí! —Reynevan dio una patada a una gallina clueca que revoloteaba junto a sus pies—. De acuerdo. Lo pensaré. Y algo se me ocurrirá. Mas primero comamos algo. Me muero de hambre y el olor de esa col me vuelve loco.

Era el momento apropiado, pues un poco más y los jóvenes se hubieran debido de contentar con el olor. En la mesa principal, delante del duque y la duquesilla, se habían colocado unas perolas de gachas y de col con guisantes y unas cazuelas de huesos y carne de cerdo. Las vasijas sólo pasaron al fondo de la mesa después de que se hubieran servido los tres clérigos que estaban sentados al lado de Kantner, los cuales mostraron que sabían comer con ganas. Para colmo de males, también por el camino estaba Rudiger Haugwitz, quien no comía peor que ellos, así como el huésped extranjero del duque, quien tenía todavía mayores tragaderas que Haugwitz. El huésped era un caballero de cabellos oscuros y de tez tan morena que parecía que acabara de regresar de Tierra Santa. De este modo, en las cazuelas que llegaron a los jóvenes y a los de menor rango no quedaba apenas nada. Por suerte, al poco, el posadero le sirvió al duque una gran bandeja con capones, los cuales tenían un aspecto tan delicioso y olían tan bien que el tocino de cerdo y la col perdieron algo de su atractivo y llegaron al confín de la mesa en estado casi intacto.

Agnieszka Kantner mordisqueaba un muslo de capón, intentando proteger de las gotas de grasa que se derramaban las mangas abiertas a la moda de su vestido. Los hombres hablaban de esto y de aquello. Le tocó el turno precisamente a Jan Nejedly de Vysoke.

—Soy —peroraba el mentado— o mejor dicho era, el prior de San Clemente en la parte vieja de Praga. *ítem*, maestro en la Universidad Carolina. Hoy por hoy me hallo, como veis, en el destierro, vivo de ajena benevolencia y pan ajeno. Mi monasterio fue saqueado y en la Academia, como podéis imaginaros con facilidad, no me era ya posible vivir, junto con apostatas y bellacos del tenor de Jan Pribram, Christian de Prachatice o Jakob de Striber, Dios los castigue...

—Tenemos aquí —tomó la palabra Kantner, captando la mirada de Reynevan— a un estudiante de Praga. *Scholarus academiae pragensis, artium baccalaureus*^[37].

—En tal caso aconsejaría —los ojos del dominico relampaguearon por encima de su cuchara— atenta guardia de los sus pasos. Lejos mi propósito de incriminar a nadie, mas la herejía es como el óxido, como la pez. ¡Cómo el estiércol! Quien se halle cerca, se tintará con ella.

Reynevan bajó con prisa la cabeza al sentir cómo de nuevo le enrojecían las orejas y la sangre golpeaba en sus sienes.

—¡Para nada le va a nuestro estudiante la herejía! —sonrió el duque—. Puesto que es de familia cabal, para cura y médico estudia en la academia praguense. ¿No es cierto, Reinmar?

—Con vuestro permiso —Reynevan tragó saliva—, ya no estudio en Praga. Que por consejo de mi hermano dejé el Carolinum en el año diecinueve, a poco de San Abdón y San Senén... Es decir, después de la defenes... Bueno, sabéis cuándo. Ahora pienso que puede que intente seguir con la ciencia en Cracovia... O en Leipzig, adonde se fueron la mayor parte de los maestros praguenses... A Bohemia no he de volver. Mientras perduren las zozobras.

—¡Zozobras! —De la boca del enfervorizado bohemio volaron unas ristras de col que fueron a aposentarse sobre el escapulario—. ¡Bonita palabra, ciertamente! Vosotros aquí, en este país tranquilo, no podéis ni siquiera imaginaros lo que en Bohemia está haciendo la herejía, de qué monstruosidades aquel infortunado país es testigo. Espoleados por los herejes, wicliñtas, valdenses y otros servidores de Satán, la plebe ha vuelto su rabia falta de seso contra la fe y la Iglesia. En Bohemia se destruye a Dios y se queman Sus santuarios. ¡Se da muerte a los servidores de Dios!

—Las nuevas que nos llegan —corroboró, chupándose los dedos, Melchior Barfuss, vicario del obispo de Lebus— son ciertamente terribles. No se quiere creer...

—¡Mas se han de creer! —gritó aún más alto Jan Nejedly—. ¡Pues ninguna nueva es exagerada!

La cerveza de su jarra salpicó, Agnieszka Kantner retrocedió instintivamente, cubriéndose como si fuera un escudo con el muslo del capón.

—¿Queréis ejemplos? ¡Tengo de sobra! La masacre de las monjas de Brod de los Bohemios y de Pomuko, los cistercienses asesinados en Zbraslav, Velehrad y Mnichove Hradisti, los dominicanos muertos en Pisek, las monjas benedictinas en Kladrau y Postelberg, muertos los inocentes premonstratenses de Chotesov, los capellanes asesinados en Brod de los Bohemios y en Jaromir, los monasterios asaltados y quemados en Kolin, Milevsko y Zlata Koruna, los altares profanados en Brevnov y Vodnany... ¿Y qué es lo que ha hecho Zizka, ese perro rabioso, ese anticristo, ese hijo de Satán? Matanzas sangrientas en Chomutow y Prachatice, cuarenta clérigos quemados vivos en Beroun, los monasterios de Sazava y Vilemov abrasados, ¡sacrilegios que no cometería el turco, ante cuya vista hasta el sarraceno sentiría aborrecimiento! Oh, Señor, ¿cuánto más habrás de juzgarnos y castigarnos por la sangre de nuestros pecados?

El silencio, en el que sólo se oía el susurro de la oración del capellán de Olesnica, quedó roto por la voz profunda y sonora del caballero moreno y de anchos hombros, huésped del duque Conrado Kantner.

—No había por qué haber llegado a esto.

—¿Cómo? —El dominico alzó la cabeza—. ¿Qué queréis decir con ello, señor?

—Se pudo haber evitado todo ello con facilidad. Bastaba con no haber quemado a Jan Hus en Constanza.

—Vos —el checo entrecerró los ojos— ya entonces, allí, defendisteis al hereje, gritasteis, protestasteis, hicisteis peticiones, lo sé. Y en un error os hallabais entonces y también ahora erráis. La herejía se extiende como la mala yerba y las Sagradas Escrituras nos enseñan que la mala yerba hay que extirparla con el fuego. Las bulas papales lo ordenan...

—Dejad las bulas para las disputas conciliares —lo cortó el moreno—, pues en una taberna es ridículo mentarlas. Y en Constanza tenía yo razón, podéis decir lo que queráis. El Luxemburgués dio palabra real y salvoconducto que garantizaba a Hus su inmunidad. Violó palabra y juramento, manchando con ello el honor de monarca y caballero.

Y yo no pude contemplar aquello impasible. Y tampoco quise.

—El juramento de caballero —ladró Jan Nejedly— ha de darse al servicio de Dios, lo mismo da paje que rey. ¿Llamáis acaso servir a Dios el mantener el juramento y la palabra dada a un hereje? ¿Llamáis a esto honor? Yo lo llamo pecado.

—Yo, si la doy, doy palabra de caballero ante Dios. Por eso la mantengo incluso ante un turco.

—Al turco se le puede mantener. A los herejes no.

—Ciertamente —dijo muy serio Maciej Korzubok, oficial poznaniano—, puesto

que el moro o el turco es pagano por ignorancia y barbarismo. Se le puede convertir. Un malquisto y cismático, por el contrario, vuelve sus ojos de la fe y de la Iglesia, se burla de ellas, las profana. Por eso es mil veces más repugnante ante Dios. Y toda forma de lucha con la herejía es buena. ¿Acaso alguien que vaya a cazar lobos o a matar perros rabiosos, si tiene el seso en su sitio, andará perorando con ellos de honores y juramentos caballeriles? Todo es permitido contra el hereje.

—En Cracovia —el huésped de Kantner volvió hacia él un rostro enrojecido—, el canónigo Jan Elgot, cuando es necesario apresar a un hereje, por nada tiene al secreto de confesión. El obispo Andrzej Laskarz, a quien servís, aconseja tal cosa a los clérigos de la diócesis de Poznan. Todo es permitido. Ciertamente.

—No escondéis, señor, vuestras simpatías —dijo Jan Nejadly de Vysoke con sarcasmo—. Así que yo tampoco voy a disimular las mías.

Y refrendo: Hus fue un hereje y debía ir a la hoguera. El rey de Roma, de Hungría y de Bohemia bien obró de no mantener la palabra dada al hereje bohemio.

—Y por ello le aman tanto ahora los bohemios —le contrapuso el moreno—. Por esa razón tuvo que huir de Vysehrad con la corona de Bohemia bajo el brazo. Y ahora reina sobre Bohemia, pero en Buda, porque a Hradczany no le van a dejar volver por algún tiempo.

—Os permitís burlaros del rey Segismundo —advirtió Melchior Barfuss—. Y sin embargo le servís.

—Exactamente por ello.

—¿O no será que por algotra razón? —masculló el checo con voz venenosa—. Pues vos, caballero, en la batalla de Tannenberg os batisteis contra los caballeros de la Orden de Santa María de parte de los polacos. De parte de Jagiello. Un rey neófito, que abiertamente protege a los herejes bohemios y que oído presta con gusto a los cismáticos y wiclifitas. El sobrino de Jagiello, el apóstata Korybut, gobierna a sus anchas en Praga, los caballeros polacos en Bohemia dan muerte a católicos y saquean conventos. ¡Y aunque Jagiello finge que todo es contra su voluntad y permiso, pues no se lanza con sus ejércitos contra los herejes! ¡Y si se lanzara, si con el rey Segismundo en una cruzada se aliara, en un decir amén se acabaría con los husitas! Entonces, ¿por qué no lo hace Jagiello?

—Precisamente. —El moreno sonrió de nuevo, y fue una sonrisa altamente significativa—. ¿Por qué? Interesante.

Conrado Kantner carraspeó muy fuerte. Barfuss fingió que lo único que le interesaba era la col con guisantes. Maciej Korzubok se mordió los labios, bajó la cabeza con un gesto amargo.

—Lo que es verdad es verdad —reconoció—. El rey de Roma mostró ya más de una vez que no es amigo de la corona polaca. Cierto es que cada granpolaco alzaríase con gusto en defensa de la fe, puedo hablar por ellos. Mas sólo si el Luxemburgués

diera garantía de que si nosotros nos ponemos en marcha hacia el sur, ni los teutones ni los brandenburgueses vayan a atacarnos. ¿Y cómo va a dar él una tal garantía si en junto con los mencionados maquina la partición de Polonia? ¿No tengo razón, señor duque?

—Para qué más pláticas —dijo Kantner con una sonrisa extraordinariamente falsa—. Politiquemos más de lo preciso. Y la política es cosa que no pega bien con la pitanza. La cual, hablando en plata, se está enfriando.

—Mas hablar de ello es preciso —protestó Jan Nejedly, para alegría de la juventud caballeresca a la que le habían llegado dos perolas casi intactas porque las señorías platicaban en exceso. La alegría fue prematura, sus señorías demostraron que podían platicar y comer al mismo tiempo.

—Porque habrán de advertir vuestas mercedes —siguió, al tiempo que devoraba la col, el antiguo prior de San Clemente— que no sólo bohemio es el apuro, la tal wiclifiana peste. Yo conozco a los bohemios, prestos están para venir aquí, tal y como fueron a la Moravia y a la Austria. Podrían venir a vuestra casa, señores. A la de todos los que aquí estáis sentados.

—Bah. —Kantner torció la boca con desprecio, mientras hurgaba con una cuchara en una cazuela en busca de pedazos de tocino—. Eso no lo creo.

—Y yo aún menos. —Maciej Korzubok salpicó de espuma de cerveza—. Mucho camino hay hasta Poznan.

—Pues a Lebus y Fürstenwalde —dijo Melchior Barfuss con la boca llena— también hay su buen trecho desde el Tabor. Ah, no les tengo miedo.

—Cuanto más —añadió con una fea sonrisa el clérigo— que antes habrán los bohemios de recibir visita que de ir ellos mismos. Sobre todo ahora cuando Zizka ya no está. Me pienso que los bohemios pueden andar apercibiendo la visita cualquier día de éstos.

—¿Una cruzada? ¿Sabéis pues algo, su señoría?

—Ni torta —repuso Kantner con un gesto que sugería justo lo contrario—. Es sólo un pensamiento. ¡Tabernero! ¡Cerveza!

Reynevan se había deslizado en silencio hacia el patio, y del patio al establo y de allí a los matorrales tras el huerto. Aliviándose lo que era menester, volvió. Pero no a la habitación. Salió por la puerta, miró largo rato el camino que se perdía en una neblina. Un camino en el que no distinguió, para su consuelo, a los hermanos Sterz apresurándose a todo galope.

Adela, pensó de pronto, Adela no está segura con las clarisas de Ligota. Yo tendría, tendría que...

Tendría. Pero tengo miedo. De lo que me puedan hacer los Sterz. De lo que andan diciendo en voz alta y en detalle. Volvió al patio. Se sorprendió cuando vio al duque Kantner y a Haugwitz, saliendo ligeros y con brío de detrás de los establos. En

realidad, pensó, de qué asombrarse. También duques y senescales van tras de los establos. Y además a pie.

—Aguza el oído, Bielau —dijo Kantner con rudeza, lavándose las manos en el cubo que se había apresurado a ofrecerle una moza del servicio—. Y escucha lo que te digo. No vendrás conmigo a Wroclaw.

—Alteza...

—Cierra el pico y no lo abras mientras no te lo mande. Lo hago por tu bien, mocoso. Porque estoy más que seguro de que en Wroclaw mi hermano el obispo te meterá en la torre antes de que aciertes a decir *benedictum nomen Iesu*^[38]. El obispo Conrado tiene gran tirria a los adúlteros, seguro, je, no le gusta la competencia, je. Así que tomarás el caballo que te prestara antes y te irás a Mala Olesnica, a la bailía de la orden de San Juan de Jerusalén. Le dirás al comendador Dytmar de Alzey que te envié en penitencia. Estarás allí calladito hasta que te haga llamar. ¿Está claro? Ha de estar claro. Y aquí tienes este saquete para el camino. Sé que no es mucho. Te daría más, no obstante mi alguacil me lo desaconsejó. Esta taberna ha cargado demasiado mi gastos de representación.

—Mucho os lo agradezco —murmuró Reynevan, aunque a juzgar por el peso, el saquete no se merecía las gracias—. Mucho, alteza. Sólo que...

—No tengas miedo de los Sterz —lo interrumpió el duque—. En la casa de los de San Juan no te encontrarán y la jornada no habrás de hacerla solo. Por un casual mi huésped también cabalga en la misma dirección, hacia Moravia. De seguro que lo viste a la mesa. Aceptó que lo acompañaras. Si he de ser sincero, no al punto. Mas lo convencí. ¿Quieres saber cómo?

Reynevan asintió con la cabeza, mostrando que quería.

—Le dije que tu padre murió al lado de mi hermano en la batalla de Tannenberg. Y él también estuvo allí. Sólo que la nombra como la batalla de Grunwald. Porque luchaba él en el lado contrario.

»Así que entonces queda con Dios. Y alégrate, mozalbete, alégrate. No puedes quejarte de mi liberalidad. Tienes caballo, tienes dineros. Y un viaje seguro.

—¿Cómo seguro? —se atrevió a musitar Reynevan—. Señor duque... Wolfher Sterz cabalga con otros seis... Y yo... ¿con un caballero? Incluso si lleva un paje... Vuestra gracia... ¡Pero sigue siendo un solo caballero!

Rudiger Haugwitz bufó. Conrado Kantner adoptó un gesto condescendiente.

—Cuidao que eres tonto, Bielau. Un bachiller tan letrado y no reconoce a un hombre famoso. Para ese caballero, gañán, seis es una minucia.

Y viendo que Reynevan seguía sin entender, se lo aclaró.

—Éste es Zawisza el Negro de Garbowo.

Capítulo cuarto

En el cual Reynevan y Zawisza el Negro de Garbowo departen acerca de esto y aquello en el camino de Brzeg. Luego Reynevan sana de sus gases a Zawisza y Zawisza le recompensa con valiosas enseñanzas acerca de la historia contemporánea.

Deteniendo un tanto su montura para quedarse retrasado, el caballero Zawisza el Negro de Garbowo se alzó en la silla y lanzó un sonoro pedo. Luego suspiró hondo y apoyó las dos manos en el fuste y peyó otra vez.

—Esto es cosa de la col —explicó con claridad, al tiempo que se alineaba de nuevo con Reynevan—. A mi edad no se debe comer tanta col. ¡Por los huesos de San Estanislao! ¡Cuando era joven podía comer hasta reventar! ¡Un cazón, es decir, más de media perola de col, me comía en tres padrenuestros! Y no me pasaba nada. Podía comer col de cualquier manera, aunque fuera dos veces al día, sólo con que tuviera comino de sobra. Y ahora, apenas como cualquier cosilla, me arden las tripas y se me salen unos gases que, como has visto, casi me espeazan. A la vejez, voto al diablo, todo son viruelas.

Su caballo, un poderoso rocín negro, retozó con fuerza, como si se preparara para cargar. Todo el rocín, hasta los hocicos, iba cubierto con una gualdrapa negra que en la parte trasera estaba adornada con la Sulima, el escudo del caballero. Reynevan se asombró de no haber reconocido la famosa enseña al instante, puesto que era atípica en la heráldica polaca, tanto por lo que respectaba a la figura como a los muebles.

—¿Por qué estás tan callado? —le preguntó de pronto Zawisza—. Cabalgamos y tú has dicho como mucho diez palabras. Y sólo cuando te tiraba de la lengua. ¿Miedo te doy? Se trata de Grunwald, ¿no? ¿Sabes qué, muchacho? Podría asegurarte que no fue posible que yo matara a tu padre. Ninguna fatiga habría yo de tomarme para decirte que no pude toparme en la lucha con tu padre, pues hallábase la hueste de Cracovia en el centro de los ejércitos polaco-lituanos mientras que las mesnadas de Conrado el Blanco en el ala izquierda de los teutones, hacia Stebark. Mas no lo digo, pues mentir sería. El día aquel, día del Envío de los Apóstoles, di muerte a mucha gente. En una algazara y una batahola tan grandes que apenas veíase nada. Porque era una batalla. Y punto.

—Padre —carraspeó Reynevan— llevaba en el escudo...

—No recuerdo los escudos —lo interrumpió abrupta y crudamente el Sulima—. En lucha abierta no tienen ninguna importancia para mí. Lo que importa es hacia qué lado está vuelto el hocico del caballo. Si está al contrario que el hocico del mío, entonces le asesto un tajo aunque tuviera a la misma Madre de Dios en el escudo. Al cabo, cuando la sangre se auna con el polvo y el polvo con la sangre, no se ve ni una

mierda en los escudos. Repito, Grunwald fue una batalla. Y dejémoslo. No me mires.

—No os miro.

Zawisza detuvo un poco el rocín, se alzó en la silla y peyó. De los sauces que crecían alrededor del camino salieron volando los grajos asustados. La comitiva del caballero de Garbowo, compuesta de un criado canoso y cuatro escuderos armados, le seguía a una distancia de seguridad. Tanto el criado como los escuderos iban a lomos de hermosos caballos y sus vestidos eran ricos y estaban limpios. Como les correspondía a quienes servían a alguien que era el estarosta de Kruszwice y Spisz y que, por lo que decían los rumores, cobraba los diezmos de unas treinta aldeas. Sin embargo, ni el criado ni los escuderos tenían el aspecto de ser pajecillos señoriales vestidos de terciopelo. Al contrario, más bien parecían verdaderos matarifes y las armas que portaban no podían considerarse en ningún caso que eran para decoración.

—Así que no me miras —siguió Zawisza—. ¿Por qué andas entonces tan cabizbajo?

—Porque me da —se atrevió Reynevan— que sois vos quien me miráis con fijeza. Y bien sé por qué.

Zawisza el Negro se giró en la silla y lo estuvo mirando mucho rato.

—Oh —dijo por fin—, ha hablado con su acongojada voz la inocencia herida. Sabe, hijo, que no está bien el joder esposas ajenas. Y si mi parecer quisieras saber, proceder es éste bien bajo. Y merecedor de castigo. Hablando con llaneza, no eres a los mis ojos mejor que aquél que bolsos corta en la plaza o que el que pollos roba en los corrales. Yo pienso, he aquí que ambos son canallas de poca monta, picaros misérrimos que han aprovechado la ocasión.

Reynevan no dijo nada.

—En Polonia era costumbre siglos ha —continuó Zawisza el Negro— que al amante de esposas ajenas que había sido apresado se le condujera a una puente y a esa puente se le clavara con un clavo de yerro el escroto con sus güevos. Y poníasele un cuchillo en el pescuezo y se le decía: ¿quieres ser libre?, pues toma aliento.

Reynevan tampoco esta vez dijo nada.

—Ya no se clava —concluyó el caballero—. Y es una desdicha. No puede decirse que mi esposa Bárbara ligera sea de cascos, mas cuando pienso que su momento de debilidad podríalo usar allá en Cracovia algún galán como tú, muchacho, un pepón a ti parecido... Ah, para qué hablar.

El silencio que cayó por unos instantes fue interrumpido de nuevo por la col que había comido el caballero.

—Sí... —Zawisza suspiró con alivio y miró al cielo—. Sabe sin embargo, muchacho, que yo no te juzgo, puesto que sólo ha derecho a lanzar piedras quien esté libre de pecado. Y resumiendo de esta forma, no hablemos más de ello.

—El amor es cosa grande y más de un nombre posee —dijo Reynevan, un tanto

picado—. Escuchando las canciones y romances, nadie desprecia a Tristán e Isolda, a Lancelot y a Ginebra ni al trovador Guillermo de Cabestaing y doña Margarita de Roussillon. Y a mí y a Adela nos liga un amor grande, apasionado y sincero que no es menor en absoluto. Y he aquí que todos se han aliado contra nosotros...

—Si ese amor es tan grande —Zawisza aparentó mostrar curiosidad—, ¿por qué entonces no estás cabe tu amada? ¿Por qué *fugas chrustas*^[39], talmente como malhechor pescado con las manos en la masa? Tristán, para estar cabe Isolda, encontró la manera, vistiéndose, si la memoria no me falla, con harapos de pordiosero. Lancelot, para rescatar a la su Ginebra, sólo la emprendiera contra los Caballeros todos de la Tabla Redonda.

—No es tan sencillo. —Reynevan se había puesto rojo como un tomate—. Mucho habrá de pasar ella si me apresan y me matan. Por no hablar de mí mismo. Mas hallaré el modo, no temáis. Aunque fuera con disfraz, como Tristán, precisamente. El amor siempre vence. *Amor vincit omnia*^[40].

Zawisza se alzó en la silla y peyó. Era difícil decir si se trataba de un comentario o sólo era la col.

—Provechoso de esta disputa —dijo— es el que platicáramos, pues me cansa el cabalgar en silencio, con los morros bajos. Platiquemos pues, joven silesio. Da igual el tema que sea.

—¿Por qué vais por aquí? —se atrevió al cabo Reynevan—. ¿No es más corto el camino de Cracovia a Moravia por Raciborz? ¿Y por Opava?

—Puede que más corto —concedió Zawisza—. Mas yo, has de saber, a los ratiborianos no los aguanto. El poco ha fallecido duque Juan, Dios se apiade de su alma, era grande hideputa. Mandó a unos esbirros a matar a Przemek, el hijo del duque de Cieszyn, Noszak, y a Noszak lo conocía yo bien y Przemek mi amigo era. De modo que ni hoy usé de la hospitalidad de los ratiborianos ni lo haré, pues el hijo de Juan, Nicolás, por lo que cuentan, sigue con brío las huellas del padre. A más, alargué la jornada, pues había de lo que departir con Kantner, repitiéndole lo que para él había dicho Jagiello. Y asimismo, el camino por la Baja Silesia suele ser rico en distracciones. Aunque por lo que veo, algo es exagerada tal opinión.

—¡Ja! —adivinó al punto Reynevan—. ¡Así que por eso vais completamente armado! ¡Y en caballo de lucha! Andáis buscando contienda. ¿Cierto?

—Cierto —reconoció sereno Zawisza el Negro—. Se decía que abundaban por acá los caballeros de rapiña.

—No aquí. Esta parte es segura. Por eso hay tantos viajeros.

Ciertamente, no se podía uno quejar de falta de compañía. Verdad que ellos mismos no alcanzaron a nadie ni nadie los adelantó, pero en dirección contraria, de Brzeg a Olesnica, había un animado tráfico. Habían pasado ya algunos mercaderes en carros de altas cargas que iban dejando profundas huellas en el suelo, escoltados por

una docena de hombres armados que tenían un aspecto extraordinariamente canallesco. Pasó una columna a pie de pegueros cargados con sus cántaros, que venían anunciados por el aroma a resina que los precedía. Cruzaron a un grupo de teutones con Estrella Roja a caballo, cruzaron a un joven caballero de la Orden de San Juan con rostro de querubín que iba acompañado de su criado, cruzaron a unos boyeros que azuzaban a sus bueyes, y también a cinco peregrinos de aspecto sospechoso, los cuales, aunque preguntaron educadamente por el camino a Czestochowa, no por ello dejaron de ser sospechosos a los ojos de Reynevan. Se cruzaron con unos goliardos en un carro con escalera, alegres y no muy sobrios, que iban cantando a viva voz *In cratere meo*^[41], canción compuesta para el texto de Hugo de Orleáns. Y ahora, precisamente, a un caballero con una mujer y una pequeña comitiva. El caballero llevaba una magnífica armadura bávara y el león de dos colas en su escudo lo delataba como perteneciente a la muy extendida estirpe de los Unruh. El caballero, se veía, reconoció al instante el pabellón de Zawisza y lo saludó con una reverencia, pero tan orgullosa que dejaba bien claro que los Unruh no eran peores que los Sulimas. La acompañante del caballero, que llevaba un vestido de color violeta claro, cabalgaba a la dama sobre una hermosa yegua ruana y no llevaba la cabeza cubierta —extrañamente—, por lo que el viento jugueteaba libremente con sus cabellos dorados. Al pasar a su lado la mujer alzó la cabeza, sonrió levemente y regaló a Reynevan, que tenía sus ojos fijos en ella, una mirada tan verde y significativa que al muchacho lo recorrió un escalofrío.

—Oy —dijo al cabo Zawisza—. No morirás, mozuelo, de muerte natural, no.

Y peyó. Con la fuerza de una bombardita de mediano tamaño.

—Para demostraros —dijo Reynevan— que no me alteran en absoluto ni vuestra malicia ni vuestras pullas, os voy a sanar de vuestras ventosidades y vuestros gases.

—Me gustaría ver cómo.

—Lo veréis. En cuanto que nos topemos con algún pastor.

Con el pastor se toparon incluso hasta pronto, mas al ver a unos jinetes doblar hacia él viniendo desde el camino, el pastor se lanzó a una huida provocada por el pánico, se metió entre los matorrales y desapareció en un pis pas. Quedaron sólo las ovejas balando.

—Habría que haberlo cogido con artemañas, con fingimientos —dijo, de pie sobre los estribos, Zawisza—. Porque ahora por estas frondas no lo apresaremos. Juzgando por la ligereza con la que se las pelaba, debe de separarnos de él ya el río Oder.

—Y hasta el Nysa —añadió Wojciech, el criado del caballero, demostrando vivo humor y conocimiento de geografía.

Reynevan no se molestó en absoluto por sus burlas. Se bajó del caballo y con paso firme se dirigió hasta el chozo del pastor, de donde al cabo salió con un gran

atado de hierbas secas.

—No es el pastor lo que necesito —aclaró sereno—, sino esto. Y un poquillo de agua caliente. ¿No encontraremos una cazuela?

—Todo se encuentra —dijo Wojciech con sequedad.

—Si de cocer se trata —Zawisza miró al cielo—, hagamos entonces un alto. Y bien largo, que la noche está cerca.

Zawisza el Negro se extendió cómodamente sobre la silla cubierta con una piel de carnero, miró el vaso que acababa de vaciar, olisqueólo.

—Ciertamente —dijo—, sabe como a agua de foso calentada por el sol y güele a gato. ¡Mas ayuda, por las penas de Cristo, ayuda! Ya tras el primer vaso, después de una buena cagada, me sentí mejor y ahora es como si con la mano me lo hubieran arrancado. Mis reconocimientos, Reinmar. Mentira es, por lo que veo, el que las universidades sólo enseñan a los mozos la bebida, la inmoralidad y la mala habla. Mentira, ciertamente.

—Una migaja de conocimiento de las yerbas, nada más —respondió Reynevan con modestia—. Lo que en verdad os ha ayudado, don Zawisza, ha sido el quitaros la armadura, el descanso en colocación más placentera que la de la silla de montar...

—Eres modesto en demasía —lo interrumpió el caballero—. Yo conozco mis fuerzas, sé cuan largo soy capaz de aguantar en la silla y las armas. Has de saber que a menudo viajo de noche, con un farol y sin armadura, sin descansos. En primer lugar porque acorta el viaje, en segundo, que si no de día, puede que al menos de noche alguien se te encare... Y te dé algo de esparcimiento. Mas puesto que afirmas que este país es tranquilo, ja, para qué cansar a los caballos, sentémonos al fuego hasta el amanecer, platiquemos... Al fin y al cabo, también tal cosa es distracción. Puede que no tan buena como sacarles las tripas a unos caballeros de rapiña, mas distracción es.

El fuego crepitaba alegremente, iluminaba la noche. Exhalaba su olor y goteaba sobre las llamas la grasa que caía de las salchichas y de los pedazos de tocino que estaban asando, sujetos en palitos, el criado Wojciech y los escuderos. Wojciech y los escuderos mantenían el silencio y la distancia apropiados, pero en las miradas que le lanzaban a Reynevan se distinguía el agradecimiento. Por lo visto no compartían el amor de su señor por los viajes nocturnos a la luz de un farol.

El cielo sobre el bosque estaba cubierto de estrellas. La noche era fresca.

—Sí... —Zawisza se masajaba la tripa con las dos manos—. Ayudó, ayudó, mejor y con mayor celeridad que las oraciones a San Erasmo, patrón de los estómagos, que se suelen recomendar. ¿Qué fue esa mágica hierba, qué fue esa mandragora hechicera? ¿Y por qué la buscaste precisamente en la choza de un pastor?

—Por San Juan —explicó Reynevan, contento de poder alardear un poco—, los pastores recogen distintos tipos de yerbas sólo por ellos conocidas. El manojito lo

llevan primero atado a su *hyrkavica*, que es como se dice en la lengua de Bohemia al cayado. Luego se secan las yerbas en el chozo. Y se hace con ellas un cocimiento que...

—Que luego se da a beber a las bestias. —El Sulima hizo uso de palabra—. Esto es, que me trataste como a vaca con pedorreta. En fin, si ayudó...

—No os alteréis, don Zawisza. La sabiduría popular es grande. No la despreciaron ninguno de los grandes médicos ni alquimistas, ni Plinio, ni Galeno, ni Walafrid Strabo, ni los sabios árabes, ni Gerbert d’Aurillac ni Alberto Magno. Mucho la medicina sacó provecho del pueblo, y sobre todo de los pastores. Pues que ellos disponen de un grande e inagotable saber acerca de las yerbas y de sus potencias de curación. Y de otras... potencias.

—¿En verdad?

—En verdad —confirmó Reynevan, acercándose más al fuego para tener mejor vista—. No creeríais, don Zawisza, cuánta potencia se esconde en este manojo, en este seco montón de ramujos de chozo de pastor por el que nadie daría ni medio chelín. Mirad: manzanilla, nenúfar, nada del otro mundo, mas cuando se hace de ello una decocción, hasta milagros pueden obrar. Del mismo modo los que os diera yo: pie de gato, acanto, angélica. Y éstas, éstas que en la lengua checa se llaman *sporycek* y *sedmikraska*. Poco médico hay que sepa cuan efectivas son. Con el cocimientos de éstas, que se llaman *jakubki*, embadurnan los pastores a las ovejas para protegerlas de los lobos el día de los santos Felipe y Santiago, en mayo. Lo creáis o no, mas el lobo no toca a la oveja embadurnada. Éstas, por su parte, son las bayas del santo Wendelino y éstas las yerbas del santo Linhart, ambos santos, junto con San Martín, son, como sabéis, patrones de los pastores. Al dar estas yerbas al ganado, hay que invocar a estos santos.

—Lo que murmuraste ante el caldero no fue de santos.

—No lo fue —reconoció, carraspeando, Reynevan—. Os dije, la sabiduría popular...

—Mucho me huele a hoguera la tal sabiduría —cortó serio el Sulima—. En tu lugar yo me guardaría de a quién sanas. De con quién departes. Y en presencia de quién te refieres a Gerbert d’Aurillac. Yo tendría cuidado, Reynevan.

—Téngolo.

—Pues yo pienso —dijo el criado Wojciech— que si hay hechizos, pues mejor saber de ellos que no saber. Pienso...

Calló al ver la mirada amenazadora de Zawisza.

—Pues yo pienso —dijo brusco el caballero de Garbowo— que todo el mal de este mundo procede del pensar. Sobre todo si lo hacen gentes que no tienen para ello predisposición ninguna.

Wojciech se inclinó otra vez sobre las guarniciones que estaba limpiando y les dio

grasa. Reynevan, antes de volver a hablar, esperó un largo instante.

—¿Don Zawisza?

—¿Sí?

—En la taberna, en la disputa con el dominico, no ocultasteis que... bueno... que como... que estáis a favor de los husitas de Bohemia. O a lo menos más a favor que en contra.

—¿Y tú qué, que lo de pensar enseguida se te relacionó con la herejía?

—También —reconoció al cabo Reynevan—. Mas hay algo que me interesa aún más...

—¿Qué te interesa?

—¿Cómo... cómo fue en Brod de los Alemanes en el año veinte y dos? ¿Cuándo caísteis en poder de los husitas? Porque corren leyendas...

—¿Qué leyendas?

—Pues las que dicen que a vuesa merced le aprehendieron los husitas porque la huida os parecía cosa indigna y, siendo embajador, luchar no podíais.

—¿Así dicen?

—Sí. Y aún que... que el rey Segismundo os abandonó en la necesidad. Y que él mismo huyó inicualemente.

Zawisza guardó silencio por un tiempo.

—Y tú —habló por fin— querrías conocer la verdad.

—Si a vos esto no os molesta —respondió vacilante Reynevan.

—¿Y qué me va a molestar? Platicando el tiempo pasa más dulcemente. Así que entonces, ¿por qué no platicar?

Contra lo dicho, el caballero de Garbowo calló de nuevo largo rato, jugueteando con el vaso vacío. Reynevan no estaba seguro de si no estaba esperando a sus preguntas, pero no se apresuró a hacerlas. Resultó que hizo bien.

—Convendría comenzar —comenzó Zawisza—, a mi entender, desde el principio. El cual es tal que el rey Ladislao me envió al rey de Roma con una misión bastante delicada... Se trataba de los esponsorios con la reina Eufemia, cuñada de Segismundo, viuda de Vaclav el Checo. Como de todos es sabido, no se llegó a nada, Jagiello prefirió a Sonka Holszanska, mas entonces nada se sabía. El rey Ladislao me despachó para arreglar con el Luxemburgués lo que fuera, la dote mayormente. Así que me fui. Mas no a Bratislava ni a Buda, sino a la Moravia, desde donde Segismundo justamente iba a partir contra sus díscolos subditos en una nueva cruzada, con la idea fija de conquistar Praga y extirpar hasta el final la herejía husita en Bohemia.

»Cuando arribé allí, y fue esto por San Martín, la cruzada de Segismundo se las pintaba admirablemente. Aunque el Luxemburgués tenía el ejército más bien endeble. Ya habían tenido tiempo de volver a casa la mayor parte de los ejércitos lausacianos

comandados por el *landvogt* Rumpoldo, que se habían contentado con el pillaje de las tierras alrededor de Chrudim. Volvió a casa el contingente silesio, en el que, entre nosotros, iba el duque Conrado Kantner, nuestro ha poco anfitrión y comensal. En la marcha hacia Praga le apuntalaban al rey únicamente los caballeros austríacos de Albrecht y el ejército moravo del obispo de Olomuc. Bueno, aunque sólo de caballería húngara llevaba Segismundo más de diez mil...

Zawisza calló un momento, mirando el crepitante fuego.

—Se me antojara o no —continuó—, tuve que, para negociar con el Luxemburgués los esponsorios de Jagiello, tomar parte en aquella la su cruzada. Y ver muy distintas cosas. Muy distintas. Como, por ejemplo, la toma de Policka y la carnicería que a la toma siguiera.

Los escuderos y el criado estaban sentados, inmóviles, quién sabe, puede que hasta durmieran. Zawisza hablaba con voz baja y bastante monótona. Adormilaba. Sobre todo para alguien que seguro que conocía la historia. O que incluso había participado en los acontecimientos.

—Después de Policka, Segismundo se fue hacia Kutna Hora. Zizka le cerraba el paso, rechazó algunas embestidas de la caballería húngara, mas cuando se corrió la voz de la conquista de la ciudad por traición, se replegó. Los realistas llegaron hasta Kutna Hora, embriagados de triunfo... ¡Ja, ja, habían vencido al mismo Zizka, el mismo Zizka huía ante ellos! Y entonces el Luxemburgués perpetró un error imperdonable. Aunque se lo advertimos, tanto yo como Filippo Scollari...

—¿Queréis decir Pippo Spano? ¿El famoso condotiero florentino?

—No me interrumpas, mozo. Contra los consejos míos y de Pippo, el rey Segismundo, convencido de que los bohemios habían puesto los pies en polvorosa y que no se iban a parar hasta Praga, permitió a los húngaros que se extendieran por todos los alrededores para, como lo llamara, buscar cuartel de invierno, puesto que hacia un frío de mil diablos. Los húngaros se desplegaron pues, y pasaron las fiestas saqueando, forzando mujeres, quemando aldeas y matando a aquéllos a los que consideraban herejes o sus partidarios. Es decir, a cualquiera que les cayera mal.

»Por la noche el cielo ardía con el reflejo de los incendios mientras que a la sazón el rey, en Kutna Hora, celebraba banquetes e impartía justicia. Y entonces, para los Reyes Magos, por la mañana, corrió la voz: viene Zizka. Zizka no huyó, sólo retrocedió, se reagrupó, tomó refuerzos y ahora cabalga hacia Kutna Hora con toda la fuerza de Tabor y de Praga. ¡Ya está en Kanko, ya está en Nieboridy! ¿Y entonces? ¿Qué hicieron los valientes cruzados al oír la noticia? En viendo que tiempo no había para juntar las huestes dispersadas por los contornos, huyeron, dejando atrás sus buenos montones de pertrechos y de trofeos, prendiendo fuego según se iban a la ciudad. Pippo Spano sojuzgó el pánico por un momento y logró poner una formación a mitad de camino entre Kutna Hora y Brod de los Alemanes.

»La helada había cedido, estaba nublado, gris, húmedo. Y entonces escuchamos, desde lejos... y lo vimos... Muchacho, algo así no había visto ni oído yo nunca, y en verdad había oído y visto ya mucho. Venían hacia nosotros, los taboritanos y los praguenses, venían, levantando estandartes y cálices, en un hermoso paso, disciplinado, igualado, con unos cantos que retumbaban como truenos. Venían con esos sus famosos carros desde los que ya nos apuntaban las escopetas, bombardas y arcabuces...

»Y entonces, los orgullosos héroes germanos, los fatuos caballeros armados austríacos de Albrecht, los magiares, la nobleza morava y lausaciana, los mercenarios de Spano, todos a una se lanzaron a la fuga. Sí, muchacho, no has oído mal: antes de que los husitas se acercaran a un tiro de flecha, todo el ejército de Segismundo huyó desbocado, en loco pánico, sin mirar atrás, en dirección a Brod de los Alemanes. Caballeros armados huyeron, empujándose y pisándose los unos a los otros, gritando de miedo ante zapateros y cordeleros, ante campesinos en harapos de los que no hacía mucho se habían estado burlando. Huyeron en pánico y terror, arrojando las armas que durante toda aquella cruzada habían alzado sobre todo contra personas desarmadas. Huyeron, muchacho, ante mis ojos asombrados como cobardes, crios a los que el hortelano atrapa robando las ciruelas en el huerto. Como si tuvieran miedo de... la verdad. De la máxima VERITAS VINCIT^[42], bordada en los estandartes husitas.

»Los húngaros y los señores de yerro consiguieron escapar en su mayoría al otro lado del río Sazava, que estaba helado. Luego el hielo se quebró. Te lo aconsejo, muchacho, de todo corazón, si alguna vez has de guerrear en invierno, nunca jamás debes escapar con la armadura por el hielo. Nunca.

Reynevan se prometió a sí mismo que nunca. El Sulima suspiró, carraspeó.

—Como dije —siguió— los caballeros, aunque perdieron el honor, salvaron el pellejo. En su mayoría. Mas a la infantería, a cientos de lanceros, arqueros, escuderos, soldadesca de Austria y de Moravia, burgueses armados de Olomuc, a éstos, los husitas los alcanzaron y les dieron gresca, les dieron mucho, les dieron a lo largo de dos millas, desde la aldea de Habry hasta los campos de Brod de los Alemanes. Hasta que la nieve tornóse roja.

—¿Y vos? Cómo os...

—No huí con los caballeros del rey, no huí tampoco cuando huyeron Pippo Spano y Jan von Hardegg, y ellos, hay que concederles el honor, fueron de los últimos en huir y no sin lucha. Yo también, y contra los cuentos, peleé y no poco. Embajador o no, necesario era el batirse. Y no me batí solo, que junto a mí hubo también algunos polacos y bastantes nobles moravos. De a los que no les gusta huir, especialmente a través de heladas aguas. Nos batimos entonces y no te diré más que más de una madre de Bohemia llora por la mi causa. Mas *necHercules*...

Los escuderos, por lo que se vio, no dormían. Puesto que uno dio un salto como si lo hubiera picado una víbora, otro ahogó un grito, un tercero agitó su corta espada recién desenvainada. El criado Wojciech tomó la ballesta. A todos les tranquilizó la voz fuerte y el gesto imperioso de Zawisza.

Algo salió de la oscuridad.

Al punto pensaron que era un fragmento, un pedazo de tiniebla, más oscura aún que ella, arrancado de las impenetrables sombras, resaltando con su negro color de antracita sobre la parpadeante oscuridad de la noche iluminada por los resplandores del fuego. Cuando las llamas chasquearon con mayor fuerza, más vivamente, con más claridad, aquel montón de tiniebla, sin perder para nada su negrura, adoptó una silueta. Y una forma. Una forma pequeña, rechoncha, retorcida, a medias entre un pájaro con las plumas enhiestas y un animal con la piel erizada. La cabeza del ser, que surgía de los hombros, estaba coronada por dos enormes orejas puntiagudas, echadas hacia delante, como las de un gato, planas e inmóviles.

Despacio, sin bajar los ojos del monstruo, Wojciech tensó la ballesta. Uno de los escuderos reclamó la instancia de la santa Cunegunda, pero a él también lo acalló el gesto de Zawisza, un gesto que no era violento, sino lleno de fuerza y autoridad.

—Bienvenido, viajero —habló, con imponente tranquilidad el caballero de Garbowo—. Siéntate sin reservas junto a nuestra lumbre.

El ser movió la cabeza, Reynevan distinguió un destello pasajero en los grandes ojos en los que el fuego se reflejaba rojizo.

—Siéntate aquí sin reservas —repitió Zawisza con una voz amable y dura a la vez—. No tienes que tenernos miedo.

—No lo tengo —habló el ser con voz ronca. Para asombro de todos. El ser extendió una pata. Reynevan hubiera dado un salto, pero tenía demasiado miedo como para poder moverse. Y de pronto se dio cuenta con estupefacción de que la pata señalaba el emblema en el escudo de Zawisza. Luego, para mayor estupefacción, el ser señaló el caldero con la decocción de hierbas.

—Sulima y Herbolario —ronqueó el ser—. La rectitud y la sabiduría. Entonces, ¿para qué temer? No tengo miedo. El mi nombre es Hans Mein Igel.

—Bienvenido, Hans Mein Igel. ¿Tienes hambre? ¿O sed?

—No. No más que sentarme. Escuchar. Puesto que escuché cómo se hablaba. Y vine a escuchar.

—Eres nuestro invitado.

El ser se acercó al fuego, se hizo una bola, quedó inmóvil.

—Sí... —De nuevo Zawisza los impresionó con su serenidad—. ¿En qué me había quedado yo?

—En eso... —Reynevan tragó saliva, recuperó la voz—. En eso de *nec Hercules*.

—Ciertamente —ronqueó Hans Mein Igel.

—Cierto —dijo con ligereza el Sulima— así fue. *Nec Hercules*^[43], nos vencieron. Gran cantidad de ellos había, de husitas, se entiende. Y hasta suerte tuvimos de que quien nos acometiera fuera la caballería de Zizka, puesto que los campesinos taboritanos no conocen palabras tales como «perdón» ni «rescate». Cuando por fin me arrancaron de la silla, alguno de los que quedó conmigo, Mertwicz o Rarowski, acertó a gritar quién yo era. Que estuve en Grunwald al lado de Zizka y de Jan Sokol de Lamberk.

Reynevan suspiró bajito al escuchar aquellos famosos nombres. Zawisza guardó silencio largo tiempo.

—El resto debéis de conocerlo —dijo por fin—. Porque el resto no difiere en demasía de las leyendas.

Reynevan y Hans Mein Igel asintieron. Mucho tiempo transcurrió hasta que el caballero volvió a hablar.

—Ahora, —dijo— tal me parece que es como si en mis días de senectud hubierame ganado una maldición o similar. Puesto que cuando me rescataron del cautiverio y volví a Cracovia, entonces todo, lo que a la sazón viera el día de los Reyes Magos en la batalla de Brod de los Alemanes, todo lo que viera después, tras la toma de la villa, se lo conté al rey Ladislao. Lo conté. No impartí consejo, no presioné con mis opiniones y pareceres, no fui insolente en juicios y discreciones. Simplemente lo conté y él, el viejo zorro lituano, escuchó. Y supo. Y nunca, muchacho, ten de ello seguridad, ni aunque el Papa no cesara de hablar de la fe amenazada, y el Luxemburgués bramara y amenazara, nunca el viejo zorro lituano mandará contra los bohemios a los caballeros polacos y lituanos. Y no es ello en absoluto a causa de su enfado con el Luxemburgués por la sentencia de Wroclaw ni por los planes de partición elaborados en Bratislava, sino a causa de mi relato. Y de la única moraleja incluida en él, la de que los caballeros polacos y lituanos son necesarios para los teutones y sería de majaderos el dejarles ahogarse en el Sazava, en el Vltava o en el Elba. Jagiello, tras escuchar mi relato, jamás se unirá a una cruzada antihusita. Por mi culpa, como se dice. Por eso viajo hacia el Danubio, a luchar contra los turcos, antes de que me excomulguen.

—Burláis —bufó Reynevan—. Que os... ¿Qué excomunió? A un caballero como vos... Burláis, de seguro.

—Cierto —afirmó con la cabeza Zawisza—. Cierto que de seguro. Mas el miedo queda.

Guardaron silencio durante algún tiempo. Hans Mein Igel suspiró bajito. Los caballos relinchaban intranquilos en la oscuridad.

—¿No sería esto —arriesgó Reynevan— el fin de la orden de caballería? ¿Y de la caballerosidad? La infantería, solidaria y cerrada, hombro con hombro, ¿no basta con que le plante cara a la caballería acorazada sino que hasta va a ser capaz de vencerla?

Los escoceses en Bannockburn, los flamencos en Courtrai, los suizos en Sempach y Morgarten, los ingleses en Azincourt, los bohemios en Vítkov y Vysehrad, en Sudomer y Brod de los Alemanes... ¿Quizá es éste el final de... una época? ¿Quizá se acerca el final de la caballería?

—Una guerra sin caballería y caballerosidad —habló al cabo Zawisza el Negro— habrá de dar en asesinato común y corriente. Y por ello en genocidio. No quería tomar parte en algo así. Mas no pienso que acontezca tan pronto, de modo que no creo que viva para verlo. Dicho sea entre nosotros, no querría yo verlo.

El silencio reinó durante largo rato. El fuego se iba apagando, su luminosidad se tiftó de color rubí, de vez en cuando estallaban llamas azuladas o geiseres de chispas. Uno de los escuderos roncaba. Zawisza se limpió la frente con la mano. Hans Mein Igel, negro como un retazo de tinieblas, movió los labios. Cuando por segunda vez se reflejó el fuego en sus ojos, Reynevan se dio cuenta de que el ser lo estaba mirando.

—El amor —dijo de pronto Hans Mein Igel— no tiene un solo nombre. Y a ti, joven herbolario, será él quien te marque la fortuna. Porque muchos tiene la diosa nombres. Y aún más rostros.

Reynevan calló, estupefacto. El que reaccionó fue Zawisza.

—Vaya, vaya —dijo—. Una profecía. Como todas, difícil de entender, como todas, sirve para todo y para nada a la vez. No os enfadéis, don Hans. ¿Y para mí? ¿Tendrá vuesa merced algo?

Hans Mein Igel movió la cabeza y los labios.

—Junto al gran río —dijo por fin con su voz ronca y casi ininteligible— se alza un gran castillo en lo alto de un monte. Arriba, y el agua lo rodea. Se llama así: Monte de las Palomas. Mal lugar. No vayas allá, Sulima. Mal lugar para ti, ese Monte de las Palomas. No vayas allí. Vuelve.

Zawisza calló largo rato, se veía que estaba sumido en sus pensamientos. Calló tan largo rato que Reynevan pensó que iba a recibir con silencio las extrañas palabras del extraño ser nocturno. Se equivocaba.

—Yo —interrumpió Zawisza el silencio— hombre de espada soy. Sé lo que me aguarda. Conozco mi destino. Lo conozco desde hace casi cuarenta años, desde el momento en que tomé la espada en la mano. Mas no miraré hacia atrás. No miraré a los campos de derrotas deshonrosas, las tumbas de perro, ni a las traiciones reales, a la maldad, la mezquindad y la falta de Dios en las almas. No me daré la vuelta en el camino elegido, señor don Hans Mein Igel.

Hans Mein Igel no dijo ni palabra, mas sus grandes ojos brillaron.

—Por esto mismo —Zawisza el Negro se limpió la frente— preferiría que me profetizaras amor, como a Reynevan. No muerte.

—Yo también —dijo Hans Mein Igel— lo preferiría. Adiós.

De pronto el ser se hinchó, erizó el pelaje. Y desapareció. Se disolvió en las tinieblas, en aquellas mismas tinieblas de las que había surgido.

Los caballos bufaban y pateaban en la oscuridad. Los escuderos roncaban. El cielo clareaba, las estrellas palidecían sobre las copas de los árboles.

—Increíble —dijo por fin Reynevan—. Esto ha sido increíble.

El Sulima alzó la cabeza, despertado de su somnolencia.

—¿Qué? ¿Qué es lo increíble?

—Ese... Hans Mein Igel. ¿Sabéis, don Zawisza, que...? Bueno, tengo que reconocer... Yo estaba pleno de admiración hacia vos.

—¿Por qué?

—Cuando surgió de la penumbra, ni siquiera temblasteis. Bah, ni la voz se os quebró. Y cómo platicasteis luego con él, digno de asombro... Y sin embargo eso era... Un ser de la noche. Un inhumano... Un extraño.

Zawisza el Negro de Garbowo lo miró largo rato.

—Conozco a gentes diversas... —respondió por fin con voz muy seria—. Muchísimas son para mí más extrañas que él.

El amanecer era neblinoso, húmedo, las gotitas de rocío colgaban como verdaderas guirnaldas de las telas de araña. El bosque estaba silencioso, pero amenazador como una bestia dormida. Los caballos miraban de reojo la neblina que se acercaba y los envolvía, relinchaban, agitaban la cabeza.

Detrás del bosque, en el cruce, había una cruz de piedra. Uno de los numerosos recordatorios de un crimen que había por toda Silesia. Y de remordimientos tardíos.

—Aquí nos separamos —dijo Reynevan.

El Sulima lo miró, absteniéndose de comentar nada.

—Aquí nos separamos —repitió el muchacho—. Como a vos, a mí tampoco me es de gusto el mirar los campos de batalla. Como a vos, me repugna el pensamiento de la maldad y la mezquindad de espíritu. Vuelvo a Adela. Puesto... No importa lo que dijo el tal Hans... Mi lugar está junto a ella. No voy a huir como un cobarde, como un picaro. Me enfrentaré a lo que tenga que enfrentarme. Como vos os enfrentasteis a ello en Brod de los Alemanes. Con Dios, noble señor Zawisza.

—Con Dios, Reynmar de Bielau. Y cuídate.

—Vos también. Quién sabe, puede que todavía nos volvamos a ver.

Zawisza el Negro de Garbowo lo miró largo rato.

—No lo creo —dijo por fin.

Capítulo quinto

En el que Reynevan primero conoce en su propio pellejo cómo se siente un lobo perseguido en una selva inextricable. Luego se encuentra a Nicoletta la Rubia. Y luego navega a favor de la corriente.

Detrás del bosque, en el cruce, había una cruz de penitencia. Uno de los numerosos recordatorios de un crimen que había por toda Silesia. Y de remordimientos tardíos.

La cruz tenía los brazos terminados en forma de hojas de trébol. En su base más ancha en la parte de abajo habían esculpido un hacha, la herramienta con ayuda de la cual el penitente había mandado al otro mundo a su prójimo. O a unos cuantos prójimos.

Reynevan miró la cruz con atención. Y lanzó una maldición bastante fea.

Era exactamente aquella cruz ante la que hacía más de tres horas se había despedido de Zawisza.

La culpable era la niebla, que se enredaba desde al alba como si fuera humo por los bosques y campos, culpable era la llovizna, que golpeteaba en los ojos y que cuando se detuvo, dejó que la niebla se reforzara aún más. Culpable era el propio Reynevan, su cansancio y su falta de sueño, su escasa concentración, producida por el incesante pensar en Adela de Sterz y en los planes para su liberación. Y al fin y al cabo, ¿quién sabe? Puede que de verdad los culpables fueran los innumerables espíritus de los bosques silesios, los mamunes, geniecillos, lesowiki, trasgos, kobolds, duendes, irrlichter y otros, especializados en hacer que uno se equivoque. ¿Los parientes y amigos de su conocido de la noche anterior, Hans Main Igel, pero menos simpáticos y menos amables?

Buscar culpables, sin embargo no tenía sentido y Reynevan lo sabía muy bien. Había que evaluar la situación racionalmente, tomar una decisión y actuar acorde con ella. Bajó del caballo, se apoyó en la cruz penitencial y comenzó a pensar con intensidad.

En lugar de, al cabo de tres horas de cabalgata, estar en algún lugar a mitad de camino de Bierutów, se había dedicado toda la mañana a ir en círculo y seguía en el mismo lugar del que había salido, es decir, a una distancia de Brzeg no mayor de una milla^[44].

¿Y no será, pensó, que sea la fortuna quien me dirige? ¿Me da instrucciones? ¿No podría aprovechar y, dado que estoy cerca, allegarme a la ciudad, al hospicio del Santo Espíritu donde tengo amistades, y pedir allí ayuda? ¿O mejor no perder el tiempo y, de acuerdo con mi primer plan, ir directamente hasta Bierutów, hasta Ligota? ¿A por Adela?

Al cabo de un tiempo de reflexión concluyó que debía evitar la ciudad. Sus

buenos y hasta amigables contactos con los monjes de Brzeg eran de todos conocidos, así que también de los Sterz. Además, a través de Brzeg conducía el camino hasta la bailía de los sanjuanistas de Mala Olesnica, el lugar al que le quería enviar el duque Conrado Kantner. Dejando a un lado las intenciones del duque, que eran al fin y al cabo buenas, dejando a un lado también el hecho de que Reynevan no tenía en absoluto ganas de pasar unos cuantos años haciendo penitencia con los sanjuanistas, alguien del cortejo de Kantner podía hablar demasiado o dejarse comprar y entonces era muy posible que los Sterz acecharan ya en las lindes de Brzeg.

Así que a por Adela, pensó, voy a por Adela. A rescatar a Adela. Como Tristán a Isolda, como Lancelot a Ginebra, como Gareth a Lioness, como Guinglain a Esmeralda, como Palmerín a Polinarda, como Medoro a Angélica. En una palabra, con un poco de estupidez y un poco de riesgo, por qué no decirlo, loco, directamente en las fauces del lobo. Pero en primer lugar, puede que este paso les sorprenda, puede que esto no se lo esperen. En segundo lugar, Adela está hundida en la necesidad, espera y con toda seguridad añora, no puedo permitir que espere.

Su rostro resplandeció y, junto con él, como si lo hubiera tocado la vara de Merlín, comenzó a resplandecer el cielo. Seguía estando nublado y húmedo, pero se sentía el sol, ya algo allá en las alturas brillaba un poquito y el omnipresente gris comenzaba a tomar color. Los pájaros que hasta entonces habían guardado un sombrío silencio comenzaron ya a cantar tímidamente hasta que se lanzaron a pleno pulmón. Las gotas en las telas de araña brillaban como plata. Los caminos que iban desde el cruce, hundidos en la neblina, tenían el aspecto de un paisaje de cuento de hadas.

Y también hay formas de no caer en un hechizo que haga perderse. Enfadado consigo mismo por haber sido demasiado confiado y no haber pensado en ello antes, Reynevan empujó con el pie las hierbas que crecían a los pies de la cruz, se fue hacia el borde del camino. Rápido y sin problemas encontró lo que buscaba. Hojas de comino silvestre, eufrasias salpicadas de floréenas rosadas, euforbio. Quitó las hojas de los tallos, las puso juntas. Pasó un momento hasta que se acordó de qué dedos y de qué forma tenía que torcer, cómo entrelazarlos, cómo realizar el *nodus*, el nudo. Y cuál era el hechizo:

*Una, dos, tres,
Wolfsmiich, Kiimmel, Zahntrost
Binde zu samene
Semitae eorum incurvatae sunt^[45]
Y que el camino sea recto.*

Uno de los caminos del cruce se hizo al cabo de un momento más claro, más simpático, más acogedor. Lo que era más curioso todavía, si no hubiera sido por el nudo, Reynevan jamás habría pensado que precisamente aquel camino era el verdadero. Mas Reynevan sabía que los nudos no mienten.

Llevaba como unos tres padrenuestros cabalgando cuando escuchó unos ladridos de perro y unos graznidos fuertes y excitados de ganso. Al poco tiempo le llegó un agradable olor a humo. El humo de un ahumadero en el que, fuera de toda duda, colgaba algo extraordinariamente apetitoso. Puede que jamón. Puede que tocino. O puede que medio ganso. Reynevan absorbió el olor con tanta fuerza que se olvidó del resto del mundo y, sin saber siquiera cómo y cuándo, se encontró al otro lado de la tapia, en el patio de una posada.

Un perro le ladró, pero más bien por obligación, un ganso, estirando el cuello, chilló por encima de los atalajes del caballo. Al olor del ahumado se unió el aroma del pan cocido, que se alzaba incluso por encima del hedor de un enorme estercolero que estaba lleno de gansos y patos.

Reynevan se bajó del caballo, ató al rucio a un poste. El mozo de establo que se ocupaba de unos caballos estaba tan ocupado que ni siquiera le prestó atención. La atención de Reynevan, sin embargo, la llamó algo distinto: en uno de los postes de la veranda, sobre unos hilos de diversos colores colocados en bastante desorden, colgaba un amuleto de hechicería, tres ramas atadas en triángulo y cubiertas con un manojo de tréboles y botones de oro marchitos. Reynevan se quedó pensativo, pero no se asombró en exceso. La magia estaba por todas partes, la gente usaba artículos mágicos sin saber siquiera lo que significaban y para lo que servían de verdad. Lo importante era sin embargo el hecho de que el amuleto, que debía proteger del mal, por muy mal hecho que estuviera, podía haber hecho que se equivocara su nudo.

Por eso he llegado aquí, pensó. Voto al infierno. Mas, en fin, ya que acá estoy...

Entró, bajando la cabeza porque el cerco de la puerta era muy bajo.

Las telas en las ventanas apenas dejaban pasar la luz, en el interior reinaba una penumbra aliviada tan sólo por el resplandor del fuego en la chimenea. Sobre el fuego estaba colgado un caldero del que de vez en cuando se desbordaba la espuma, a lo que el fuego respondía con siseos y humaredas que añadían dificultad a la visibilidad. No había muchos clientes, sólo en una de las mesas, en el rincón, estaban sentados cuatro hombres, aldeanos con toda seguridad, era difícil comprobarlo en la oscuridad.

Apenas Reynevan se sentó en el banco, una muchacha con un delantal le puso un cuenco delante. Aunque no tenía más intención que comprar pan y seguir cabalgando, no protestó: los copos de harina en el cuenco exhalaban un maravilloso y delicioso olor a tocino fundido. Puso una moneda sobre la mesa, una de las pocas que Kantner le había dado.

La muchacha se inclinó ligeramente y le tendió una cuchara de madera de tilo.

Exhalaba un leve olor a hierbas.

—Has caído como la pera en la mierda —murmuró por lo bajo—. Quédate tranquilo. Ya te han visto. Saltarán sobre ti en cuanto te muevas de la mesa. Así que quédate sentado y ni te menees.

Se fue en dirección al hogar, removi6 el caldero que salpicaba y borboteaba. Reynevan se quedó sentado, tieso, mirando los pedazos de tocino en los copos. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad. Lo suficiente como para ver que los cuatro hombres a la mesa del rinc6n portaban demasiadas armas y armaduras como para ser aldeanos. Y que los cuatro lo miraban atentamente.

Maldijo para adentro su estupidez.

La moza volvi6.

—Demasiado pocos de los nuestros han quedado en este mundo —murmur6, haciendo como que limpiaba la mesa— para que dejara yo que te prendieran, hijo.

Detuvo la mano y Reynevan vio en su meñique un bot6n de oro parecido al del amuleto del poste. Llevaba el manajo atado de tal forma que la flor amarilla actuaba como si fuera la joya de un anillo. Reynevan suspir6, toc6 instintivamente su propio nudo, su lazo de euforbio, eufrasia y comino que llevaba atado y apretado bajo los lazos del jub6n. Los ojos de la muchacha ardieron en la penumbra. Mene6 la cabeza.

—Lo vi nomás entraste —susurr6—. Y supe que era justo a ti a quien buscaban. Mas no dejaré que te prendan. Pocos quedamos, si no nos ayudamos los unos a los otros, nos extinguiremos. Come, sigue fingiendo.

Comi6 muy despacio, sentía escalofríos en la espalda al percibir las miradas de los del rinc6n. La moza agitó la sartén, respondi6 a gritos a alguien de la otra habitación, ech6 leña al fuego, volvi6. Con una escoba.

—He mandado —murmur6, mientras barría— que lleven a tu caballo al corral, tras la zajurda. Cuando empiece todo, huye por aquella puerta, al fondo, detrás del corral. Ten cuidado cuando cruces el umbral. De esto.

Mientras seguía haciendo como si estuviera limpiando el suelo, alz6 con discreci6n una larga paja e hizo al punto tres nudos.

—No te preocupes por mí —deshizo los escrúpulos de él con un susurro—. Nadie me presta atenci6n nunca.

—¡Gerda! —gritó el posadero—. ¡Hay que sacar el pan del horno! ¡Muévete, cacho vaga!

La moza se fue. Encorvada, gris, indeterminada. Nadie le prest6 atenci6n. Nadie excepto Reynevan, al que ella le lanz6 una mirada al irse que quemaba como una tea.

Los cuatro de detrás de la mesa en el rinc6n se movieron, se levantaron. Se acercaron, haciendo tintinear sus espuelas, con el cuero chirriando, las lorigas crujiendo, las manos apretando los puños de las espadas, las dagas y los puñales. Reynevan maldijo otra vez su estupidez, esta vez desde lo más hondo.

—Don Reinmar Bielau. ¡Eh, mirar, garzones, he aquí lo que de común se da en llamar una buena caza! Rebusca con celo la pieza, extiende la red con miramiento, una pizca de ventura, y velo ahí, no se queda uno sin trofeo. Ciertamente nos ha sonreído hoy la fortuna.

Dos de los esbirros se pusieron a los lados, uno a la derecha, el otro a la izquierda. Un tercero ocupó posición a espaldas de Reynevan. El cuarto, el que había hablado, que llevaba bigotes, vestido con una pesada brigantina de botones, se puso enfrente. Después de lo cual, sin esperar a ser invitado, se sentó.

—¿No irás a resistirte, a hacer bureo ni tararara alguno? —Era una afirmación más que una pregunta—. ¿Eh? ¿Bielau?

Reynevan no contestó. Mantuvo la cuchara entre la boca y el borde del cuenco, como si no supiera lo que hacer con ella.

—No lo harás —se confirmó a sí mismo el tipo bigotudo de la brigantina—. Puesto que sabes que tal cosa sería una completa necedad. Nosotros no habernos nada contra ti, esto es un negocio de los de a diario. Mas nosotros, quédate con ello, los negocios usuales solemos hacémoslos livianos. Que principias a montar jarana o a arremolinarte, pues te suavizamos en un amén. Aquí, al borde de esta mesa, te quebramos un brazo. Es método bien probado, luego ya no es menester ni amarrar al paciente. ¿Algo dijiste o me lo figuré?

—Nada he dicho —venció Reynevan la resistencia de sus labios paralizados.

—Y bien hecho. Termina de comer. Hay sus buenas leguas hasta Sterzendorf, no hay por qué viajar hambriento.

—Sobre todo —dijo con retintín el tipo de la derecha, un hombre con loriga y brazales de hierro en los antebrazos— porque en Sterzendorf a fe mía que no te van a dar de comer al punto.

—Mas y si —bufó el de detrás, invisible—, de seguro que no te dan cosa que te guste.

—Si me dejáis ir... Os pagaré... —consiguió decir Reynevan—. Os pagaré más de lo que os dan los Sterz.

—Desairas a unos profesionales —dijo el bigotudo de la brigantina—. Me llamo Kunz Aulock, llamado Kirieleisón. A mí se me compra, mas no se me unta. ¡Traga, traga copos! ¡Glub, glub!

Reynevan comió. Los copos habían perdido su sabor. Kunz Aulock —Kirieleisón — introdujo en el cinturón su maza, que hasta entonces había tenido en la mano, y se estiró los guantes.

—No había que haberse arrimado a mujer ajena —dijo—. No ha mucho —siguió, sin esperar respuesta—, le oí a un señor cura que iba borracho referir no sé qué carta, igual a los hebreos. Era algo así: todo quebrantamiento obtendrá su justa paga, *iustam mercedis retributionem*^[46]. Lo que en cristiano quiere decir que, si se ha cometido

algo, han de saberse aceptar los efectos del tal cometimiento y estar resuelto a cargar con ellos. Hay que saber afrontarlos con honor. Oh, por ejemplo, mira a la derecha. Éste es el señor Stork, de Gorgowitz. Estando como tú en amores, no ha mucho acometió en sociedad de algunos camaradas cierto acto con una burguesa de Opole, por el que si le aprehendieran, le pasarían por la tenaza y le quebrarían en el potro. ¿Y qué? Mira y admira cómo don Stork lleva su hado con honor, qué clara tiene la tez y la mirada. Toma de él ejemplo.

—Toma ejemplo —carraspeó don Stork, el cual, hablando entre nosotros, la tez la tenía más bien picada de viruelas y la mirada nublada—. Y levanta. Hora es de ponerse en marcha.

En aquel momento el hogar de la chimenea estalló, y con un estruendo horrible recorrieron la habitación un fuego, una tormenta de chispas, unas nubes de humo y de hollín. El caldero voló como si lo hubieran disparado con un cañón, rebotó por el suelo, salpicó su hirviente contenido. Kirieleisón retrocedió y Reynevan empujó con fuerza la mesa sobre él. Dio una patada en la base del banco y el cuenco con los copos a medio comer fue a golpear directamente a la nariz picada del señor Stork. Y como si fuera una anguila se escurrió hacia la puerta del corral. Uno de los sicarios acertó a agarrarlo por el cuello, pero Reynevan, tras haber estudiado en Praga, había sido ya agarrado por el cuello en casi todas las tascas del Casco Viejo y de Mala Strana. Así que dio un quiebro, golpeó con el codo hasta que algo crujió, se liberó y se lanzó hacia la puerta. Recordando la advertencia, evitó con habilidad el atado de paja que estaba justo al otro lado del umbral.

Se entiende que Kirieleisón, que lo estaba persiguiendo, no sabía nada de la paja mágica, y al otro lado del umbral se cayó cuan largo era, resbalando con ímpetu sobre el estiércol de puerco. De seguido cayó en el lazo Stork de Gorgowitz y sobre él, que se había puesto a maldecir todo lo que sobre el mundo entero hubiere, cayó el tercer esbirro. Reynevan ya estaba sobre la silla del caballo que le había estado esperando, ya lo lanzaba al galope, todo derecho, a través del huerto, a través de cuadros de coles, a través de un seto de grosellas. El viento le silbaba en los oídos, aún escuchó a sus espaldas maldiciones y gruñido de cerdos.

Estaba entre los sauces, junto a un ahumadero abandonado, cuando escuchó por detrás el trápala de los caballos y los gritos de los perseguidores. Así que en vez de rodear el estanque, galopó por encima del fino dique. El corazón se le heló varias veces cuando el dique de tierra se deshizo bajo los cascos. Pero lo consiguió.

Sus perseguidores también se lanzaron por el dique. Pero no tuvieron la misma suerte. El primer caballo no había llegado siquiera a la mitad cuando se deslizó entre relinchos y se hundió hasta la barriga en el fango. Un segundo caballo se agitó, sus cascos deshicieron por fin del todo el dique, resbaló de culo hasta el denso barro. Los jinetes gritaban, maldecían con rabia. Reynevan comprendió que debía aprovechar las

circunstancias y el tiempo que le proporcionaban. Picó espuelas a su rucio, echó a galopar subiendo la cuesta, en dirección a unas colinas arboladas detrás de las que esperaba hallar una espesura salvadora.

Aunque era consciente de lo que arriesgaba, obligó a su caballo, que respiraba roncamente, a un forzado galope hacia lo alto. Tampoco dejó descansar al rucio cuando llegó a la cumbre de la colina, de inmediato lo lanzó a través de los crecidos matorrales al borde del camino. Y entonces, de forma completamente inesperada, le cortó el camino un jinete.

Su asustado rucio se puso a dos patas, relinchando como un loco. Reynevan aguantó en la silla.

—No ha estado mal —dijo el jinete. O mejor dicho la amazona, pues era una muchacha.

Bastante alta, con ropa de hombre, un prieto jubón de terciopelo de bajo el que le sobresalían por el cuello los volantes de una camisa blanca como la nieve. Llevaba una gruesa trenza rubia que le caía sobre el hombro surgiendo desde un sombrero de marta, y que adornaba con un manojito de plumas de garza y un broche de oro con un zafiro que debía de valer lo mismo que un buen alazán.

—¿Quién te persigue? —gritó, controlando con habilidad a su caballo, que bailoteaba inquieto—. ¿La ley? ¡Dilo ya mismo!

—No soy un malhechor...

—¿Entonces por qué?

—Por amor.

—¡Ja! Lo pensé al punto. ¿Ves aquella fila de oscuros árboles? Por allí fluye el Stobrawa. Cabalga veloz hacia allí y escóndete en las ciénagas de la orilla izquierda. Y yo los alejaré de ti. Dame tu capa.

—Qué es lo que vos, señora... Cómo...

—¡Dame la capa, he dicho! Cabalgas bien, pero yo cabalgo mejor. ¡Ah, qué aventura! ¡Ah, cómo voy a poder contarla! ¡Elzbieta y Anka se van a morder los codos de envidia!

—Señora... —musitó Reynevan—. No puedo... ¿Qué pasará si os alcanzan?

—¿Ellos? ¿A mí? —bufó, frunciendo unos ojos azul turquesa—. ¡Te estás burlando!

Su yegua, por casualidad también rucia, echó atrás una testa llena de gracia, bailoteó de nuevo. Reynevan se vio obligado a reconocer las razones de aquella extraña señora. Aquel noble corcel valía a primera vista bastante más que el broche de oro del sombrero.

—Esto es una locura —dijo, lanzándole su capa—. Mas os lo agradezco. Os resarciré...

Los gritos de los perseguidores se oyeron viniendo desde abajo.

—¡No pierdas tiempo! —gritó la doncella, cubriéndose la cabeza con la capucha
—. ¡Adelante! ¡Al Stobrawa!

—Señora... Vuestro nombre... Decídmelo...

—Nicoletta^[47]. Mi Alcasín perseguido en nombre del Amor. ¡Adiós!

Lanzó la yegua al galope y era aquello más vuelo que galope. Bajó por la pendiente como un huracán, envuelta en una nube de humo, se mostró a los perseguidores y siguió por la colina con un galope tan loco que a Reynevan le desaparecieron al instante los remordimientos de conciencia. Comprendió que la amazona rubia no estaba en peligro alguno. Los pesados pencos de Kirieleisón, Stork y del resto, que llevaban encima a unos mozos de doscientas libras, no podían competir con una yegua rucia de pura sangre que para más inri sólo cargaba con una ligera muchacha y una silla ligera. Y de hecho, la doncella no se dejó ni siquiera perseguir con la vista, desapareció tras la colina al instante. Pero los perseguidores la siguieron, con tozudez y sin perdón.

La pueden hacer cansarse con un trote continuo, pensó Reynevan con miedo. A ella y a su yegua. Pero acalló su conciencia, ella tiene su comitiva en los alrededores. En tal caballo, así vestida, está claro que se trata de una muchacha de alta cuna, alguien como ella no viaja sola, pensó, lanzándose al galope hacia la dirección marcada por la doncella.

Y desde luego, pensó, bebiendo el viento en su carrera, no se llama Nicoletta. Se burló de mí, pobre Alcasín.

Oculto entre los pantanos junto al Stobrawa, Reynevan respiró aliviado por fin, qué digo, hasta se sintió orgulloso y altanero, un verdadero Roldan, o un Ogier, llevando al error a las hordas de moros que lo perseguían y burlándose de ellos. Sin embargo, la altanería y el orgullo lo abandonaron cuando le pasó una aventura poco caballeresca, cuando le sucedió algo que, si hemos de creer a los romances, nunca le sucedió ni a Roldan, ni a Ogier, ni a Astolfo, ni a Reinardo de Montalbán ni a Raúl de Cambrai.

De forma absolutamente común y corriente, su caballo empezó a cojear.

Reynevan se bajó en cuanto sintió el ritmo falso y quebrado del paso de su cabalgadura. Examinó la pata y el casco del rucio, pero no fue capaz de encontrar nada. Y mucho menos de hacer nada. No pudo más que seguir a pie, llevando de las riendas al cojo animal. Estupendo, pensó. De miércoles a viernes, un caballo reventado, el otro cojo. Estupendo. Un buen resultado.

Para colmo, desde lo alto de la orilla derecha del Stobrawa le llegaron unos silbidos, relinchos, maldiciones y gritos pronunciados por la conocida voz de Kunz Aulock, llamado Kirieleisón. Reynevan arrastró al caballo hacia unos matorrales más densos, lo agarró de los ollares para que no relinchara. Los gritos y las maldiciones se perdieron en la lejanía.

Han cogido a la muchacha, pensó, y el corazón le saltó hasta la garganta, tanto del miedo como de los remordimientos de conciencia. La han alcanzado.

No la alcanzaron, no la cogieron, le tranquilizó la razón. La siguieron como mucho hasta su comitiva, donde se dieron cuenta del engaño. Donde Nicoletta se rió de ellos y se burló, segura entre sus caballeros y pajes.

Así que han vuelto, rebuscan, persiguen. Cazadores.

Pasó la noche entre los arbustos, con los dientes castañeteándole, espantando a los mosquitos. Sin cerrar los ojos. O puede que cerrándolos, pero sólo para un momentito. Debió de haberse dormido, debió de haber soñado, porque, ¿de qué otra forma habría podido ver a la muchacha de la taberna, aquella gris, a la que nadie prestaba atención, la del anillo de botón de oro? ¿Cómo si no en sueños pudo haber venido a él?

Han quedado ya tan pocos de nosotros, dijo la muchacha, tan pocos. No te dejes prender, no dejes que te encuentren. ¿Qué es lo que no deja huella? ¿El pájaro en el aire, el pez en el agua?

El pájaro en el aire, el pez en el agua.

Quiso preguntarla quién era, de dónde conocía los nudos, qué cosa —porque no había sido pólvora— había provocado la explosión de la chimenea. Quería preguntarle tantas cosas.

Pero no le dio tiempo. Se despertó.

Se puso en camino aun antes de que llegara el alba. Se orientó por el curso del río. Había andado como una hora, siguiendo el camino un poco más alto, cuando a sus pies se extendió de pronto un valle con un ancho río. Tan ancho como sólo había uno en toda Silesia.

El Oder.

Una pequeña barca navegaba por el Oder, siguiendo la corriente, llena de gracia, deslizándose hábilmente como un somormujo por el borde de unos claros bajíos. Reynevan la miró con ansia.

Así que así de astutos sois, pensó, contemplando cómo el viento hinchaba las velas de la barca y el agua formaba espuma en la proa. ¿Tales cazadores sois? ¿Don Kirieleisión *et consortes*? ¿Unos tales que creéis que me vais a rastrear, a meter en la red? ¡Esperad tan sólo que os la voy a liar! Me voy a escapar de vuestra trampa con tanta gracia y habilidad que os vais a dar a todos los diablos antes de que encontréis de nuevo mi rastro. Porque vais a tener que buscarlo en Wroclaw.

El pájaro en el cielo, el pez en el agua...

Tiró del caballo en dirección a un muy pisoteado camino que iba hacia el Oder. Para asegurarse, sin embargo, no siguió el camino, sino que se mantuvo entre las praderas y los sauces. El camino, pensaba, marcaba la dirección hacia un embarcadero en el río. Pensó bien.

Ya desde lejos escuchó las voces excitadas de las gentes en el embarcadero, aunque no estaba claro si se estaban peleando o si estaban en medio de unas apasionadas negociaciones de trato o comercio. Sin embargo, resultaba fácil reconocer la lengua en la que hablaban. Estaban hablando en polaco.

Así que antes de que saliera de los matojos y de que viera el embarcadero desde la pendiente, Reynevan supo a quién pertenecían tanto las voces como las pequeñas lanchas, barcas y gabarras que estaban atadas a los postes. Eran *wasserpolen*, polacos de agua, almadieros y pescadores del Oder, que estaban organizados más en forma de clan que de gremio, una sociedad, una *maszopena* que, aparte de por la profesión realizada, estaba unida por su idioma y un fuerte sentimiento de diferencia nacional. Los polacos de agua tenían en su poder buena parte de la pesca en Silesia, una porción importante del acarreo de madera y aún mayor del pequeño transporte fluvial en el que competían con éxito con la Hansa. La Hansa no subía por el Oder más que hasta Wroclaw, los polacos de agua llevaban mercancías hasta Raciborz. Corriente abajo navegaban hasta Frankfurt, Lebus y Kostrzyn, incluso —evitando de forma incomprensible el riguroso derecho de mercancías de Frankfurt— más abajo, hasta la misma desembocadura del Warta.

Del embarcadero le llegó un olor a pescado, fango y brea.

Reynevan condujo con dificultad al cojo caballo por la pendiente resbaladiza de barro, se acercó al embarcadero, atravesando por entre chamizos, casuchas y redes puestas a secar. Por la plataforma pateaban y chasqueaban los pies desnudos, la carga y descarga estaba en su apogeo. De una barca se descargaba, a otra se cargaba. Parte de la mercancía, que se componía principalmente de pieles curtidas y barriletes de contenido desconocido, estaba siendo transportada desde el embarcadero a unos carros, un mercader con barba vigilaba la operación. Se llevaba a un toro a una de las barcas. El animal bramaba y pateaba, toda la plataforma temblaba. Los almadieros maldijeron en polaco.

Todo se tranquilizó muy deprisa. Los carros con las pieles y los barriletes se fueron, el toro intentaba abrir con un cuerno la estrecha prisión en que lo habían metido. Los polacos de agua, de acuerdo con su costumbre, se pusieron a discutir. Reynevan sabía polaco lo suficiente como para entender que se trataba de una discusión por nada.

—¿Alguno de vosotros, si se me permite preguntar, navega corriente abajo, hacia Wroclaw?

Los polacos de agua interrumpieron su disputa y lanzaron a Reynevan una mirada no especialmente amable. Uno escupió al agua.

—Y si es así —bufó—, ¿qué? ¿Señorito hidalgo?

—Mi caballo se ha quedado cojo. Y tengo que ir a Wroclaw.

El polaco bufó con rabia, carraspeó, escupió otra vez.

—Bueno. —Reynevan no renuncié)—. ¿Entonces qué?

—No llevo alemanes.

—No soy alemán. Soy silesio.

—¿Sí?

—Sí.

—Entonces di esto: *soczewica, kolo, miele, mlyn*^[48].

—*Soczewica, kolo, miele, mlyn*. Y tú di esto: *stol zpowylamywanymi nogami*^[49].

—*Stol z powy... myla... waly...* Sube^[50].

Reynevan no dejó que se lo repitieran dos veces, pero el almadiero enfrió su acaloramiento.

—¡Espera! ¿Adónde? En primer lugar, yo no voy más que hasta Olawa. En segundo lugar, esto cuesta cinco scotus. Y cinco más por el caballo.

—Si no los tienes —se entrometió con sonrisa de zorro otro wasser-polaco al ver que Reynevan revolvía en su bolsa con un gesto turbado—, yo te compro el caballo. Te doy cinco... no, venga, seis scotus. Doce grosches. Tendrás lo justo para el viaje. Y en no teniendo el caballo, no tendrás que pagar por él. Una ganancia limpia.

—Este caballo —advirtió Reynevan— vale por lo menos cinco marcos.

—Este caballo —lo contradijo el polaco con frescura— no vale una mierda. Porque no vas a llegar con él allí adonde tanta prisa tienes. ¿Así que qué va a ser? ¿Lo vendes?

—Si añadís tres scotus más por la silla y las riendas.

—Un scotus.

—Dos.

—Trato hecho.

Dinero y caballo cambiaron de propietario. Reynevan palmoteo al rucio en el cuello para despedirse, acarició su crin y se sorbió la nariz al decirle adiós a su amigo y compañero de desgracias. Luego se agarró a la cuerda y saltó a cubierta. El barquero quitó la soga del poste. La barca tembló, navegó con lentitud por la corriente. El toro bramó, los pescados apestaban. En la plataforma, los polacos de agua contemplaban la pata del rucio y se peleaban por nada.

La barca navegó corriente abajo. Hacia Olawa. El agua gris del Oder chapoteaba y lanzaba espuma sobre la borda.

—¿Señor?

—¿Qué? —Reynevan se incorporó, se restregó los ojos—. ¿Qué pasa, señor barquero?

—Olawa está ante nosotros.

Desde la desembocadura del Stobrawa en el Oder hasta Olawa hay algo menos de cinco millas. Esta distancia, recorrida a favor de la corriente, la puede vencer una barca en un tiempo no mayor que diez horas. Con la condición de que se navegue sin

grandes detenciones y no haya, excepto la navegación, otras tareas.

El wasserpolaco, barquero de la barca, tenía tareas sin medida. Tampoco Reynevan podía quejarse de falta de paradas por el camino. Hablando en general, no tenía motivo alguno para quejarse. Aunque en lugar de diez horas había pasado en la barca día y medio y dos noches, estaba bastante seguro, viajaba con comodidad, se permitía un descanso, dormía como es debido y comía hasta hartarse. Hasta conversaba un poco.

El polaco de agua —aunque no le había dicho su nombre a Reynevan y tampoco de él lo había requerido— era en suma una persona completamente simpática y agradable en el trato. Aunque poco hablador, por no decir taciturno, no era en absoluto ceñudo y destemplado. Aunque sencillo, tampoco era tonto. La barca cruzaba entre meandros y bajíos, deteniéndose ora en un embarcadero a la orilla izquierda, ora en uno a la derecha. La tripulación de cuatro personas remoloneaba que daba gusto, el patrón maldecía y los espoleaba. El timón lo aferraba con seguridad la mujer del wasserpolaco, una moza bastante más joven que él. Reynevan, para no aprovecharse de la hospitalidad, evitaba si podía la vista de los poderosos muslos que sobresalían bajo su falda recogida. Volvía, si le daba tiempo, la vista, cuando en las maniobras de pilotaje se le alzaba la camisa sobre unos pechos dignos de Venus.

Reynevan visitó con la barca paradas en el Oder de nombres como Jazica, Zagwizdzie, Kleby y Mat, fue testigo de pescas colectivas y de transacciones comerciales, así como de tratos de boda. Vio la carga y descarga de las más diversas mercancías. Vio cosas que antes de entonces no había acertado a ver, como un siluro que medía cinco codos y pesaba veinticinco libras. Comió lo que nunca había comido antes, como filetes del mencionado siluro asados al fuego. Se enteró de cómo había que defenderse del ahogado, de la ninfa y del wirnik. Cuál es la diferencia entre una atarraya y un chinchorro, y cuál entre una represa y un dique, cuál entre un banco de arena y un desnivel, entre una brema y una carpa. Escuchó palabras bastante feas acerca de los señoritingos alemanes que molestaban a los polacos de agua con aduanas, aranceles e impuestos dignos de verdaderos bandidos.

Y a la siguiente mañana resultó que era domingo. Los polacos de agua y los pescadores locales no trabajaban. Rezaron largo rato ante unas figuras de la Madre de Dios y de San Pedro realizadas con bastante poca fortuna, luego celebraron una comilona, luego hicieron algo que semejaba un concejo, luego, por fin, se emborracharon y se pegaron.

Así que, aunque largo, el viaje no se hizo aburrido. Y ahora era el alba, o mejor dicho la mañana. Y la ciudad de Olawa estaba al otro lado del recodo del río. La mujer del wasserpolaco se apoyó en el timón, la camisa se apretó sobre sus pechos.

—En Olawa —dijo el barquero—, por diversos asuntos, habré de pasar uno, a lo sumo dos días. Si estáis dispuesto a esperar, os llevaré hasta Wroclaw, joven señor

silesio. Sin pagar más.

—Gracias. —Reynevan extendió la mano, consciente de que acababa de tener el honor de haber despertado su simpatía—. Gracias, mas en el camino tuve tiempo de pensar ciertos asuntos. Y ahora Olawa me resulta mejor que Wroclaw.

—Como queráis. Os depositaré donde sea vuestra voluntad. ¿En la orilla diestra o siniestra?

—Quisiera ir al camino de Strzelin.

—O sea, en la siniestra. ¿He de entender que queréis evitar el alfoz mismo de la ciudad?

—Querría —reconoció Reynevan, asombrado de la astucia del polaco—. Si no es una molestia para vos.

—Qué me va a molestar. Timón a la izquierda, Maryska. Junto al Dique del Tordo.

Al otro lado del Dique del Tordo se extendía un amplio brazo muerto del río, cubierto por completo con una alfombra de nenúfares de doradas flores. Sobre el brazo muerto flotaba una niebla. Se escuchaban los lejanos rumores de los arrabales de Olawa, ya despiertos: el canto de los gallos, los gañidos de los perros, el golpeteo de metal sobre metal, las campanas de la iglesia.

A una señal dada, Reynevan saltó sobre un embarcadero que se balanceaba. La barca se apoyó en un poste, cortó con su proa las plantas acuáticas, volvió perezosamente a la corriente.

—¡Siguiendo el dique todo el tiempo! —gritó el wasserpolaco—. ¡Teniendo el sol a las espaldas! ¡Hasta la puente sobre el Olawa, luego hacia el bosque! Habrá un arroyo y tras él, el camino de Strzelin. ¡No podéis equivocaros!

—¡Gracias! ¡Id con Dios!

La niebla comenzó a surgir rápidamente desde el río, la barca comenzó a desaparecer. Reynevan se echó su petate al hombro.

—¡Señor silesio! —le llegó desde el río.

—¿Sí?

—*¡Stolz powylamywanymi nogami!*

Capítulo sexto

En el cual Reynevan es primero apaleado, y al poco se pone en camino hacia Strzelin en compañía de cuatro personas y un perro. El tedio del viaje lo ameniza una disputa acerca de las herejías que, a lo visto, se multiplican como la mala yerba.

Por la linde del bosque, entre las verdes centinodias, por un lecho entre meandros delimitado por una hilera de sauces, corría alegre, bañado por el sol, un riachuelo. Allí donde comenzaba el paso y el camino penetraba en el bosque, unía las orillas del riachuelo un puente de gruesas tablas, unas tablas tan negras, tan mohosas y envejecidas como si la construcción hubiera sido realizada en tiempos de Enrique el Piadoso. En el puente se hallaba un carro de viaje al que estaba engarzada una jamelga baya y escuchimizada. El carro estaba muy torcido. Se podía ver por qué.

—La rueda —afirmó Reynevan, acercándose—. Es el problema, ¿no?

—Más de lo que pensáis —respondió, manchándose de alquitrán la frente sudorosa, una mujer joven, pelirroja y guapa, aunque un tanto rellena—. El eje se ha quebrado.

—Ja, entonces, sin herrero no hay tu tía.

—¡Ay, ay! —El otro viajero, un judío barbudo vestido con sencillas ropas pero cuidadas y para nada pobres, se agarró con ambas manos su gorrilla de zorro—. ¡Señor de Isaac! ¡Qué desgracia! ¡Qué mala suerte! ¿Qué hacer entonces?

—¿Ibais hacia Strzelin? —concluyó Reynevan a partir de la dirección en que se encontraba el timón del carro.

—Lo habéis adivinado, noble mancebo.

—Os ayudaré y vos a cambio me lleváis. Como veis, yo también voy en esa dirección. Y también tengo problemas.

—Difícil no es el darse cuenta. —El judío meneó la barba y los ojos le brillaron con astucia—. Noble sois, joven señor, vese a la legua. ¿Mas dónde trajina el vuestro caballo? ¿En carro se os antojara viajar, no siendo Lanzarote? Ea pues. Bueno es teneros delante. Llamóme Hiram ben Eliazar, rabino de Brzeg. De jornada a Strzelin...

—Y yo llamóme —tomó alegremente la palabra la pelirroja, imitando la forma de hablar del judío— Dorotea Faber. De jornada por el ancho mundo. ¿Y vos, noble mancebo?

—Mi nombre es —decidió Reynevan al cabo de un instante de vacilación— Reinmar Bielau. Escuchad. Obraremos de tal modo. Arrastraremos como podamos el carro fuera del puente, desengarzamos a la yegua y yo cabalgaré a toda prisa hasta Olawa, a los arrabales, con el eje, al herrero. Y si falta hiciera, hasta al propio herrero

traería. Pongámonos a trabajar.

Resultó que no era tan fácil.

Dorotea Faber fue de poca ayuda, el anciano rabino de ninguna en absoluto. Aunque la escuchimizada yegua clavaba con fuerza los cascotes en las podridas tablas y tiraba de la collarera, no movieron el carro más que una pulgada. Reynevan no era capaz de levantar solo el vehículo. Así que al fin se sentaron junto al eje roto y miraron, jadeando, a los gobios y las lampreas, que había tantos que hasta agitaban el arenoso fondo del riachuelo.

—Habéis dicho —preguntó Reynevan a la pelirroja— que vais al ancho mundo. ¿Adónde?

—Adonde esté el pan —respondió con ligereza, limpiándose la nariz con el reverso de la mano—. De momento, dado que el señor judío tan solícitamente me acogiera en su carro, con él hasta Strzelin, luego, quién sabe, acaso y hasta el propio Wroclaw. En mi oficio no ha de faltarme trabajo en ningún lado, aunque querría tener de lo mejor...

—¿En vuestro... oficio? —Reynevan comenzó a comprender—. Esto... esto significa que...

—Precisamente. Soy... cómo lo llamáis... Eso, sí... una moza del partido. Hasta no ha mucho en el lupanar brzegano La Corona.

—Entiendo. —Reynevan meneó serio la cabeza—. ¿E ibais juntos? ¿Un rabino? ¿Y tú? ¿Tomaste en tu carro...? Humm... ¿A una cortesana?

—¿Y es que no iba a tomarla? —El rabino Hiram abrió mucho los ojos—. La tomé. Vaya un infame malvado habría yo sido, noble mancebo, de no haberlo hecho.

Las tablas mohosas vibraron bajo unos pasos.

—¿En aprietos andáis? —preguntó uno de los tres hombres que habían entrado en el puente. ¿Auxilio os hace falta?

—Mal no vendría —reconoció Reynevan, aunque la jeta desagradable y los ojos vivarachos de quienes ofrecían la ayuda no le gustaban nada, pero que nada. Y resultó que, como se vio más tarde, con toda razón. Al punto, con un simple empujón de los fuertes brazos, el carro se encontró en la pradera junto al puente.

—¡Bueno! —dijo, agitando un bastón, el más alto de los rufianes, que era peludo hasta las orejas—. A trabajo hecho, paga que espera.

Desengarza, judío, el caballo del carro, quítate la capa y afloja la bolsa. Tú, caballere, sácate el jubón y salte de las botas. Y tú, guapetona, salte de todo, que a ti te toca pagar en otra manera. ¡En pelota viva!

Sus compadres se echaron a reír, mostrando sus dientes podridos. Reynevan se agachó y tomó el palo con el que había sujetado el carro.

—Velailo —lo señaló con el bastón el peludo—, qué caballere más reñidor. No le ha instruido la vida que si a uno le mandan dar las botas, darlas hay. Puesto que

descalzo andar se puede, mas con las rodillas quebradas no. ¡Venga! ¡Dadle de palos!

Los truhanes retrocedieron ágilmente ante el molinete silbante con el que Reynevan se protegió, uno se acercó por detrás y con una hábil patada en la rodilla tumbó al muchacho en el suelo, aunque él mismo se lanzó a gritar y a girar intentando proteger sus ojos de las uñas de Dorotea Faber, que le había saltado a la espalda. Reynevan recibió un golpe de bastón en las costillas, se encogió bajo una lluvia de patadas y palos y vio cómo uno de los rufianes derrumbaba a puñetazos al judío, que había intentado intervenir. Y luego vio al diablo.

Los jayanes comenzaron a gritar. De un modo horrible.

Lo que se había lanzado sobre los jayanes no era, por supuesto, diablo alguno. Era un perro grande, negro como la pez, un dogo, que llevaba al pescuezo un collar erizado de púas. El perro se deslizaba por entre los jayanes como un rayo negro, pero atacaba no como un dogo, sino como un lobo. Clavaba los colmillos y soltaba la presa. Para morder enseguida a otro. En la pantorrilla. En los muslos. En la entrepierna. Y cuando cayeron, en las manos y la cara. Los gritos de las víctimas se fueron haciendo macabramente débiles. Ponían la carne de gallina.

Sonó un modulado y penetrante silbido. El dogo negro dejó al instante a los jayanes, se sentó inmóvil con las orejas alzadas. Como una figura de antracita.

Un jinete vino por el puente. Cubierto con una corta capa gris sujeta por un alfiler de plata, un ajustado jubón y un gorro de piel del que caía una larga cola hasta los hombros.

—Cuando el sol llegue a la copa de aquel pino —habló con donosura el recién llegado, incorporando en la silla de un semental moro una figura que no era precisamente pequeña— soltaré a Belcebú tras vuestras huellas, bellacos. Ése es el tiempo que tenéis, miserables. Y dado que Belcebú es muy rápido, os aconsejo que corráis. Y desaconsejo que hagáis pausa en la carrera.

A los miserables no hizo falta repetírselo dos veces. Se perdieron en el bosque, cojeando, gimiendo, lanzando de vez en cuando una asustada mirada a sus espaldas. Belcebú, como si supiera con qué los iba a atemorizar más, no los miraba a ellos, sino al sol y la copa del pino.

El jinete hizo moverse un poco a su semental. Se acercó, miró desde arriba al judío, a Dorotea Faber y a Reynevan, el cual se acababa de levantar y se masajeaba las costillas y se limpiaba la sangre de la nariz. El jinete miró sobre todo a Reynevan —lo que no pasó inadvertido al muchacho— con especial atención.

—Vaya, vaya —dijo por fin—. Una situación clásica. Como de un cuento. Un pantano, un puente, una rueda, problemas. Y ayuda a pedir de boca. ¿No la llamasteis acaso? ¿No tenéis miedo de que saque del bolsillo un quirógrafo y os haga firmarlo?

—No —dijo el rabino—. A otro perro con ese güeso.

El jinete bufó.

—Me llamo Urban Horn —anunció, mirando todavía directamente a Reynevan—. ¿Y a quién hemos ayudado yo y mi Belcebú?

—Rabino Hiram ben Eliazar de Brzeg.

—Dorotea Faber.

—Lanzarote del Carro. —Reynevan, pese a todo, no se fiaba del todo.

Urban Horn volvió a bufar, se encogió de hombros.

—Me pienso que el camino que lleváis es el de Strzelin. He franqueado en el camino a un viajero que igual meta tenía. Si permitís un consejo, mejor sería mendigarle que os llevara consigo antes que pelearse con la rueda rota hasta la noche. Mejor. Y más seguro.

El rabino Hiram ben Eliazar lanzó una mirada nostálgica a su vehículo, mas con un mesarse la barba reconoció su razón al desconocido.

—Y ahora —el desconocido miró al bosque, a la copa del pino—, adiós. Me llama el deber.

—Pensé —se atrevió Reynevan— que tan sólo teníais en el ánimo asustarlos...

El jinete lo miró a los ojos y su mirada era fría. Como el hielo.

—Quería asustarlos —reconoció—. Mas yo, Lanzarote, nunca amenazo en vano.

El viajero anunciado por Urban Horn resultó ser un cura. Un gordezuelo de tonsura muy grande, vestido con una capa de visones, que conducía un amplio carro.

El cura detuvo al caballo, escuchó la historia sin bajar del pescante, miró el carro con el eje quebrado, examinó atentamente a cada uno de los componentes del trío de humillados pedigüeños, comprendió por fin qué era lo que los pedigüeños pedían.

—¿Que qué? —preguntó al fin con gran incredulidad—. ¿Hasta Strzelin? ¿En mi carro?

Los pedigüeños adoptaron unos gestos todavía más humillados.

—¿Yo, Felipe Granciszek de Olawa, capellán de Nuestra Señora del Consuelo, buen cristiano y clérigo católico, he de subir a mi carro a un judío? ¿A una puta? ¿Y a un vagamundo?

Reynevan, Dorotea Faber y el rabino Hiram ben Eliazar se miraron los unos a los otros, y el gesto tenían turbado.

—Subid —anunció por fin con sequedad el cura—. Vaya un infame malvado sería yo, si no lo hiciera.

No había pasado una hora cuando, ante el robusto valaco que tiraba del sacerdotal carro, apareció Belcebú, brillante de rocío. Y un poco después apareció Urban Horn en el camino, en su caballo moro.

—Iré con vosotros hasta Strzelin —declaró sin rodeos—. Naturalmente, si no tenéis nada en contra.

Nadie tuvo nada en contra.

Sobre la suerte que corrieran los truhanes nadie preguntó. Y los inteligentes ojos

de Belcebú no dejaban transparentar nada.

O todo.

Y de este modo recorrieron el camino a Strzelin por el valle del río Olawa, ora por entre densos bosques, ora por sobre anchas praderas cubiertas de hierbas. Por delante, como si fuera un explorador, iba corriendo el dogo Belcebú. El perro patrullaba el camino, a veces desaparecía en el bosque, olfateaba los arbustos y hierbas. No hubo lugar a perseguir y ladrar a las liebres y las urracas espantadas, aquello estaba, al parecer, por debajo de la dignidad del negro perrato. No hubo lugar a que Urban Horn, el misterioso desconocido de los ojos fríos, que cabalgaba junto al carro en su semental moro, tuviera que llamar o amonestar al perro.

Dorotea Faber conducía el carro sacerdotal tirado por el robusto valaco. La pelirroja coima brzegana se lo había pedido al clérigo y de forma bastante evidente lo trataba como una especie de pago por el viaje. Y conducía estupendamente, con mucha habilidad. De esta forma, el cura Felipe Granciszek, sentado junto a ella en el pescante, podía dormir o discutir sin preocuparse por el vehículo.

En el carro, sobre unos sacos de avena, dormitaban o discutían, dependiendo de las circunstancias, Reynevan y el rabino Hiram ben Eliazar.

En la cola, atada a la escalerilla del carro, iba la escuchimizada yegua judía.

De modo que se viajaba, se dormitaba, se discutía, se dejaba de hacerlo, se discutía, se dormitaba. Se comía lo uno o lo otro. Se vació un galápago de aguardiente que sacó de sus bagajes el cura Granciszek. Se vació un segundo que se sacó de bajo la capa el rabino Hiram.

Muy pronto, apenas pasado Brzezmiierz, salió a la luz que el clérigo y el judío iban a Strzelin con casi idéntico propósito: a entrevistarse con el canónigo del capítulo de la catedral de Wroclaw que estaba de visita en la ciudad y la parroquia. Sin embargo, mientras que el cura Granciszek iba, como reconoció, requerido, por no decir obligado, el rabino no tenía más que la confianza de que le concedieran audiencia. El clérigo no le daba muchas esperanzas.

—El excelentísimo canónigo —dijo— tiene muchísimo trabajo. Muchos asuntos, juicios, audiencias sin cuento. ¡Pues malos tiempos nos ha tocado vivir, ay, malos!

—Como si alguno fuera bueno. —Dorotea Faber tiró de las riendas.

—Refiérame a tiempos malos para la Iglesia —recalcó el cura Granciszek—. Y para la verdadera fe. Puesto que medra, medra la mala hierba de la herejía. Te encuentras con alguno, te saluda en nombre de Dios y no sabes si es un hereje. ¿Habéis dicho algo, rabino?

—Ama a tu prójimo —murmuró Hiram ben Eliazar, no se sabía si en sueños—. El profeta Elias puede reflejarse en cada rostro.

—Oh. —El cura Felipe agitó la mano con desprecio—. Filosofía judaica. Y yo digo: celo y trabajo, celo, trabajo y oración. Puesto que la roca de Pedro tiembla y se

estremece. Medra, medra alrededor la hierba de la herejía.

—Eso ya lo habéis dicho, pater. —Urban Horn detuvo al caballo para cabalgar junto al carro.

—Pues porque es verdad. —Al cura Granciszek, por lo visto, se le había quitado el sueño por completo—. Cuantas veces quiera que lo diga, es verdad. Se extiende la herejía, crece la apostasía. Como setas después de la lluvia crecen los falsos profetas, dispuestos a falsificar la Ley de Dios con sus falsas enseñanzas. Ciertamente que decirse puede que hasta profético escribió el apóstol Pablo a Timoteo: «Porque vendrá tiempo cuando ni sufrirán la sana doctrina; antes, teniendo comeción de oír, se amontonarán maestros conforme a sus concupiscencias. Y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas». Y dirán, Dios se apiade, que hacen en nombre de la verdad aquello que hacen.

—Todo en este mundo —advirtió con desgana Urban Horn— desarróllase bajo el lema de la lucha por la verdad. Y aunque por lo común de muy variadas verdades se trata, una verdad se beneficia de ello. La verdadera.

—Herético suena —el cura frunció el ceño— lo que dijerais. A mí, si se me permite, en lo tocante a la verdad más me agrada lo que el maestro Johann Nider escribiera en su *Formicarius*^[51]. Y en él comparó a los herejes con ciertas hormigas que habitan en la India, las cuales recolectan esforzadamente en la arena granitos de oro y los conducen a su hormiguero, pese a que del tal polvillo ningún beneficio reciben, pues ni comerlo pueden, ni en manera alguna usarlo. Del mismo modo los heréticos escudriñan las Santas Escrituras y buscan en ella la semilla de la verdad, adempero no saben qué hacer con la tal verdad.

—Hermoso fue lo dicho —suspiró Dorotea Faber, espoleando al valaco—. Lo de las hormigas, quiero decir. Oh, ciertamente, cuando escucho cosas tan sabias algo me aprieta en los bajos.

El cura no prestó atención ni a ella ni a sus bajos.

—Los cataros —departió— o dicho de otro modo, los albigenses, que la mano tendida de la Iglesia, que anhelaba regresarlos a su seno, como lobos mordieron. Los valdenses y lolardos, que se atrevieron a blasfemar contra el Santo Padre y la Iglesia y a llamar a la liturgia ladridos de perro. Los repugnantes renegados de los bogomilos y de los a ellos semejantes paulicianos. Alexianos y patripasianos, que se atrevieron a negar la Santísima Trinidad. Los fraticelli de Lombardía, esos rufianes y bandoleros, que más de un clérigo tienen en su conciencia. Sus semejantes los dulcinistas, partidarios de Fra Dolcino, ítem, otros muchos cismáticos: priscilianos, petrobrusianos, arnoldistas, speronistas, pasagianos, messalianos, hermanos apostólicos, pastorelos, patarenos y mauricianos. Los poplicanos y turlupinos, que la *divinitas Christi*^[52] negaban, rechazaban los sacramentos y se inclinaban ante el diablo. Los luciferianos, cuyo mismo nombre claramente expresa a quién rinden su

blasfemo homenaje. Bueno, y por supuesto, los husitas, enemigos de la fe, de la Iglesia y del Papa...

—Para que sea más gracioso —introdujo con una sonrisa Urban Horn— todos los por vos nombrados se consideraban a sí mismos portadores de la verdad y tenían a los otros por enemigos de la fe. En cuanto a lo que se refiere al Papa, habréis de reconocer, señor cura, que a veces es difícil elegir entre tantos al que sea el verdadero. Y en lo tocante a la Iglesia, todos a coro hablan de la necesidad de la reforma *in capite et in membris*^[53]. ¿No os hace pensar esto, reverendo?

—No comprendo las vuestras palabras —reconoció Felipe Granciszek—. Mas si os referís a que en el mismo seno de la Iglesia la herejía prospera, entonces tenéis razón. Muchos hállanse cerca del pecado de ser débiles en la fe y en su vanidad se exceden en las devociones. ¡*Corruptio optimi pessima*^[54]! ¡Tomemos por ejemplo el *casus* de los por todos conocidos flagelantes! Ya en 1349 el papa Clemente VI los reconoció como heréticos, los maldijo y ordenó penarlos, ¿mas ayudó esto?

—No ayudó —anunció Horn—. Siguieron vagabundeando por todas las Alemanias avivando el regocijo de las gentes, puesto que también hembras en cuantía había entre ellos y éstas flagelábanse desnudas hasta la cintura, con las tetas al aire. Algunas con tetas bien hermosas, y sé lo que digo pues vi yo sus procesiones en Bamberg, en Goslar y en Fiirstenwalde. ¡Oh, se les meneaban aquellas tetillas, cómo se les meneaban! El último concilio los condenó de nuevo, mas esto de nada sirve. En cuanto venga otra peste u otra desgracia, comenzarán de nuevo las procesiones de flagelantes. Simplemente es que a ellos les gusta.

—Un sabio maestro de Praga —se unió a la discusión un Reynevan algo sumido en ensueños— demostró que es una enfermedad. Que algunas mujeres hallan gozo en castigarse desnudas a ojos de todos. Por eso hay tantas mujeres entre los flagelantes.

—El apoyarse en los maestros praguenses no es cosa de aconsejar en estos tiempos —sugirió con aspereza el cura Felipe—. Mas en cualquier caso algo hay en ello. Los hermanos predicadores afirman que mucho del mal tiene su origen en la lujuria corporal, y la de la hembra es insaciable.

—A las hembras mejor las dejáis en paz —habló de improviso Dorotea Faber—. Pues vos mismo no estáis sin culpa.

—En el jardín del paraíso —le contrapuso Granciszek— hablóle la sierpe no a Adán sino a Eva y de seguro sabía lo que se hacía. También los dominicos saben de seguro lo que dicen. Mas no era mi intención amonestar a las hembras, sino referir cuan mucho de las herejías de los tiempos presentes tiene por un peregrino casual su origen en la lujuria y el apetito carnal, según una simiesca, creo, propiedad, que supone que si la Iglesia lo prohíbe, pues hagámoslo a la contra. ¿Qué la Iglesia ordena circunspección? ¡Pues ponemos el culo al aire! ¿Qué prescribe continencia y moderación? ¡Pues, venga, jodamos como los gatos en marzo! Los picardos y

adamitas en Bohemia andan por completo en pelotas y fornican todos con todos, rebozados en el pecado como perros y no personas. Del mismo modo obraron los hermanos apostólicos, es decir, la secta de Segarelli. Los *condormientes*^[55] de Colonia, o sea «los que duermen juntos», coyuntan de cuerpo sin importar género ni parentesco. Los paternianos, llamados así a causa de su indigno apóstol, Paternus de Paphlagonia, no reconocen el sacramento del matrimonio, lo que no les estorba para entregarse a los más diversos de los deleites, en especial a aquéllos que hacen la concepción imposible.

—Interesante —habló Urban Horn pensativo.

Reynevan enrojeció, y Dorotea bufó, mostrando que la cosa no le era del todo ajena.

El carro dio un trompición tan tremendo en un bache que el rabino Hiram se despertó y el cura Granciszek, que estaba a punto de lanzarse a un nuevo sermón, casi se mordió la lengua. Dorotea Faber le chasqueó al valaco, hizo restallar las riendas. El presbítero corrigió su posición en el pescante.

—Hubo y hay también otros —continuó— que pecan de la misma forma que los flagelantes, es decir, con devoción exagerada, los cuales están a sólo un paso de la desnaturalización y de la herejía. Como los parecidos a los flagelantes *disciplinan*, como los *battuti*, como los *circumcelliones*^[56], como los *bianchi*, es decir, los blancos, como los humillados, los llamados hermanos de Lyon, como los joaquinitas. Y conocemos esto de los nuestros lares silesios también. Refiérame a los begardos de Swidnica y Nysa.

Aunque Reynevan tenían una opinión algo distinta de begardos y beguinas, movió afirmativamente la cabeza. Urban Horn no lo hizo.

—Los begardos —dijo sereno— llamados *fratres de voluntaria paupertate*, de pobreza voluntaria, podrían ser ejemplo para muchos clérigos y monjes. También bastantes servicios hubo para la sociedad. Basta con decir que fueron las beguinas y sus hospitales los que sofocaron la peste en el año sesenta, sin dejar que se extendiera la epidemia. Lo que significa que miles de personas se salvaron de la muerte. Cierto que buena paga recibieron las beguinas. Una acusación de herejía.

—Había entre ellos —reconoció el cura— indubitavelmente muchas gentes piadosas y dispuestas al sacrificio. Mas había también cismáticos y pecadores. Muchos de los conventos de beguinas, y a la par esos tan alabados hospicios, resultaron ser nidos de pecado, blasfemia, herejía y obscenidad impía. Muchos de los begardos vagabundos también se dieron al mal.

—Podéis pensar lo que queráis.

—¿Yo? —refunfuñó Granciszek—. Yo no soy más que un clérigo de Olawa común y corriente, ¿qué es lo que tengo yo que pensarme? A los begardos los condenó el concilio de Viena y el papa Clemente casi cien años antes del mi

nacimiento. No estaba yo en el mundo cuando en el Año del Señor de mil trescientos treinta y dos la Inquisición descubriera entre las beguinas y los begardos prácticas tan pavorosas como el quebrantamiento de sepulturas y la profanación de cuerpos. No estaba yo en el mundo cuando en el setenta y dos, por gracia de nuevos edictos papales, se renovó la Inquisición en Swidnica. Las pesquisas, que demostraron la herejía de las beguinas y su relación con las cismáticas Hermandades del Libre Espíritu, con la repugnancia de los picardos y los turlupinos, a consecuencia de lo cual la duquesa viuda Agnes cerró los monasterios y conventos de Swidnica, y a los begardos y beguinas...

—A los begardos y beguinas —terminó Urban Horn— se los persiguió y hostigó por toda Silesia. Mas aquí con toda seguridad también te lavas las manos, clérigo de Olawa, porque sucedió antes de tu nacimiento. Sabe que también fue antes del mío. Lo que no me estorba para saber lo que sucedió de verdad. Que a la mayoría de los begardos y beguinas que aprehendieron se los mortificó en el potro. Que a los que sobrevivieron, se los quemó. Y un grupo bien grande, como suele pasar, salvó el pellejo denunciando a los otros, enviando a la tortura y la muerte a compañeros, amigos y hasta parientes cercanos. Algunos de los traidores abrazaron luego el hábito de los dominicos y mostraron verdadera pasión de neófito en la lucha contra la herejía.

—¿Consideráis que eso es malo? —El clérigo lo miró con severidad.

—¿Denunciar?

—Luchar contra la herejía con pasión. ¿Consideráis que es malo?

Horn se dio la vuelta en la silla, su rostro había cambiado.

—No intentes conmigo —susurró— tales juegos, pater. No seas, joder, como Bernardo de Gui. ¿Qué es lo que ganas con ponerme una trampa con tu pregunta tendenciosa? Mira a tu alrededor. No estamos en los dominicos, sino en los bosques de Brzezmierz. Si me siento amenazado, te meto una hostia y te tiro a un barranco. Y en Strzelin digo que te moriste por el camino de una repentina calentura de la sangre, de una subida de fluidos y humores.

El clérigo empalideció.

—Por suerte para ambos —terminó Horn con serenidad—, no se llegará a ello, porque yo no soy ni begardo ni herético ni sectario de la Hermandad del Libre Espíritu. Mas no intentes juegos de inquisidor conmigo, clérigo de Olawa. ¿De acuerdo? ¿Eh?

Felipe Granciszek no respondió, tan sólo afirmó con la cabeza varias veces.

Cuando se detuvieron para estirar las piernas, Reynevan no lo resistió. En un aparte, preguntó a Urban Horn por las causas de su acerba reacción. Al principio Horn ganas de hablar no tenía, se limitó a un par de insultos y a borbotar algo acerca de los malditos inquisidores de andar por casa. Viendo sin embargo que a Reynevan

aquello no le bastaba, se sentó en un tronco caído, llamó a su perro.

—Todas estas sus herejías, Lanzarote —comenzó en voz baja— me importan a mí lo mismo que la nieve del año pasado. Aunque sólo un loco, y por tal no me tengo, no distinguiría que esto es *signum temporis*^[57] y que va siendo hora de sacar conclusiones. ¿Qué puede ser necesario cambiar algo? ¿Reformar o algo así? Yo intento entenderlo. Y puedo comprender que se solivianten cuando escuchan que Dios no existe, que se puede y se debe hacer burla del Decálogo y que hay que adorar a Lucifer. Los entiendo cuando ante tales *dictum*^[58] aullan que es herejía. ¿Mas qué es lo que sucede? ¿Qué es lo que más los enoja? No la apostasía ni el ateísmo, no la negación de los sacramentos, no la revisión de los dogmas ni la negación de éstos, no la demonolatría. Lo que más les enrabia son las llamadas a la pobreza evangélica. A la humildad. Al sacrificio. Al servicio. A Dios y a los hombres. Enloquecen cuando alguien les exige que renuncien al poder y al dinero. Por eso se lanzaron con tanta furia sobre los *bianchi*, sobre los humillantes, sobre la hermandad de Gerhard Groóte, sobre las beguinas y begardos, sobre Hus. ¡Voto al diablo, milagro considero el que no quemaran a Poverello, a Francisco el de los pobres! Mas temo que a diario arde en algún lugar la hoguera y en ella algún anónimo y por nadie conocido ni sabido Poverello^[59].

Reynevan asintió.

—Por eso me enfurezco así —terminó Horn.

Reynevan asintió de nuevo. Urban Horn lo miró atentamente.

—He hablado de más —bostezó—. Y tales pláticas pueden ser peligrosas. Más de uno ya se ha ahorcado, como dicen, con su propia lengua... Mas yo confío en ti, Lanzarote. Y no sabes ni siquiera por qué.

—Claro que lo sé. —Reynevan sonrió forzosamente—. Pues si tuvieras alguna sospecha de que te voy a denunciar, me darías una hostia y en Strzelin dirías que me he muerto de una repentina subida de fluidos y humores.

Urban Horn sonrió. Con sonrisa de lobo.

—¿Horn?

—¿Sí, Lanzarote?

—No es difícil distinguir que eres hombre de mundo y conocimiento. ¿No sabrás por casualidad qué nobles tienen posesiones en los alrededores de Brzeg?

—¿Y por qué esa curiosidad? —Los ojos de Urban Horn se entrecerraron—. ¿Tan peligrosa en los tiempos que corren?

—Por lo normal. Curiosidad.

—Por supuesto. —Horn alzó la comisura de la boca en una sonrisa, pero de sus ojos no desapareció en absoluto un brillo de sospecha—. En fin, satisfaré tu curiosidad en la medida de mis modestas posibilidades. ¿En los alrededores de Brzeg, dices? Konradswald pertenece a los Haugwitz, Jancowice pertenece a los

Bischofsheim, Hermsdorf es propiedad de los Gall... Schönau, por lo que sé, es la sede del copero Bertold de Apolda...

—¿Alguno tiene una hija? Joven, rubia...

—Hasta ese punto —lo cortó Horn— no llegan mis conocimientos. Y no deben. Y a ti también te lo aconsejo, Lanzarote. Los señores caballeros pueden soportar la curiosidad normal, pero no les gusta para nada el que alguien se interese demasiado por sus hijas. Y sus mujeres...

—Lo entiendo.

—Me alegro.

Capítulo séptimo

En el que Reynevan y sus compañeros llegan a Strzelin en la víspera de la Asunción y, como se ve, exactamente a tiempo de una quema. Luego, a los que concierne atienden a las enseñanzas del canónigo de la catedral de Wroclaw. Unos con mayor y otros con menor gana.

Después de pasar la aldea de Hóckricht, cerca de Wiazów, el hasta entonces desierto camino se pobló un tanto. Aparte de carros de los campesinos y galeras de mercaderes, aparecieron también jinetes y caballeros armados, por lo que Reynevan reconoció necesario cubrirse la cabeza con la capucha. Después de Hóckricht el camino que discurría entre pintorescos abedules se vació de nuevo y Reynevan respiró. Un tanto prematuramente.

Belcebú dio muestras de nuevo de gran sabiduría canina. Hasta entonces no había ladrado ni siquiera cuando pasaban junto a ellos los mercenarios, ahora, percibiendo indefectiblemente las intenciones, con un corto pero fuerte ladrido les previno ante unos jinetes armados que surgieron inesperadamente de entre los abedules a ambos lados del camino. Gruñó también amenazadoramente cuando, al verlo, uno de los escuderos que acompañaba a los caballeros tomó una ballesta que llevaba a su espalda.

—¡Eh, vosotros! ¡Quietos! —gritó uno de los caballeros, joven y pecoso como un huevo de codorniz—. ¡Quietos, digo! ¡En el acto!

El escudero que iba junto al caballero metió un pie en el estribo de su ballesta, la tensó hábilmente y la cargó con una saeta. Urban Horn se acercó con paso lento.

—No te atrevas a disparar el perro, Neudeck. Míralo primero. Y llegarás a la conclusión de que ya lo has visto antes.

—¡Por las cinco heridas de Cristo! —El pecoso se cubrió los ojos con la mano, para preservarlos del cegador golpeteo de las hojas de abedul arrastradas por el viento—. ¿Horn? ¿Eres tú de verdad?

—No otro. Manda al escudero que desmonte la ballesta.

—Claro, claro. Mas sujeta al perro. Y para colmo estamos de pesquisas. De persecución. Así que me veo obligado a preguntarte: ¿quiénes son éstos que van contigo?

—Aclaremos primero —dijo Urban Horn con voz gélida— cierta cosa: ¿detrás de quién van vuestras mercedes en persecución? Porque si se trata de cuatrerros de ganado, por ejemplo, nosotros no entramos en ello. Por muchas razones. *Primo*: no llevamos ganado. *Secundo*...

—Vale, vale. —El pecoso, que ya había tenido tiempo de echar un vistazo al rabino y al cura, agitó la mano con desprecio—. Sólo una cosa dime: ¿conoces a

todos éstos?

—Los conozco. ¿Suficiente?

—Suficiente.

—Pedimos excusas, reverendo —el otro caballero, que llevaba armas y armadura al completo, se inclinó ligeramente ante el cura Grancisek—, mas no por distraernos os incomodamos. Se cometió un crimen y nosotros hostigamos las huellas del matador. Por orden del señor Von Reideburg, el estarosta de Strzelin. Ésta es su merced el señor Kunad von Neudeck. Yo, por mi parte, soy Eustaquio von Rochów.

—¿Qué crimen es ése? —preguntó el canónigo—. ¡Por Dios! ¿Han matado a alguien?

—Sí. No lejos de aquí. Al biennacido Albrecht Bart, señor de Karczyn.

Durante algún tiempo reinó el silencio. En el que se oyó por fin la voz de Urban Horn. Y era ésta una voz distinta.

—¿Cómo? ¿Cómo tuvo lugar?

—De extraña manera tuvo lugar —respondió lento Eustaquio von Rochów, al cabo de unos instantes que aprovechó para contemplarlos con ojos inquisitivos—. En primer lugar: al mismito mediodía. En segundo: en combate. Si no fuera esto imposible, diría que en duelo. Fue un solo hombre, a caballo, armado. Matólo de un estocazo, y muy certero, que precisaba de gran habilidad. En el rostro. Entre la nariz y el ojo.

—¿Dónde?

—A un cuarto de milla de Strzelin. Volvía don Albrecht de casa de un vecino.

—¿Solo? ¿Sin gente?

—Así solía cabalgar. No tenía enemigos.

—Dale, Señor, eterno descanso —murmuró el cura Granciszek—. Y permite la luz eterna...

—No tenía enemigos —repitió Horn, interrumpiendo la oración—. Mas, ¿hay sospechosos?

Kunad Neudeck se acercó más al carro, contempló con evidente interés el busto de Dorotea Faber. La cortesana lo recompensó con una hermosa sonrisa. Eustaquio von Rochów también se acercó. Y también enseñó los dientes. Reynevan se alegraba mucho. Porque a él nadie lo miraba.

—Sospechosos —Neudeck apartó la vista— hay algunos. Por los contornos trajinaban ciertos personajes sospechosos. Unos que perseguían a alguien, una venganza de sangre, algo así. Hasta se ha visto por aquí a tunantes tales como Kunz Aulock, Walter de Barby y Stork de Gorgowitz. Corren hablillas de que un mozuelo le desgració la mujer a un caballero y el tal caballero se enojó veramente con el garzón. Y lo anda persiguiendo.

—No se puede dejar aparte —añadió Rochów— que el tal garzón por un casual

se diera de bruces con don Albrecht, asustárase y lo matara.

—Si es así —Urban Horn se hurgó un oído—, no será difícil prender a ese, como decís, garzón. Debe de tener más de siete pies de estatura y cuatro de hombros. A alguien así más bien arduo le resultará el disimularse entre la gente corriente.

—Cierto —reconoció sombrío Kunad Neudeck—. Un canijo precisamente don Albrecht no era, no se habría dejado matar por cualquier flacucho... Mas pudiera ser que se usaran encantamientos o brujerías. Dícese que el tal seductor de mujeres ajenas al mismo tiempo es también hechicero.

—¡María Santísima! —gritó Dorotea Faber, mientras que el cura Felipe se santiguó.

—Y al fin y al cabo —terminó Neudeck—, ya se verá lo que se haya de ver. Porque cuando prendamos a ese garzón, le preguntaremos por los detalles. Ay, que si le preguntaremos... Y reconocerlo en cualquier caso no será difícil. Sabemos que le gusta departir y que monta un caballo rucio. Si os encontrarais a alguien así...

—No dejaremos de denunciarlo —prometió con tranquilidad Urban Horn—. Un mozuelo hablador, un caballo rucio. No se puede pasar por alto. Ni confundirlo con nada. Adiós.

—¿Saben vuestras mercedes —se interesó el cura Granciszek— si todavía está en Strzelin el canónigo de Wroclaw?

—Ciertamente. Imparte justicia en los dominicos.

—¿Acaso es su excelencia el notario Lichtenberg?

—No —negó Von Rochów—. Se llama Beess. Otto Beess.

—Otto Beess, el prepósito de San Juan Bautista —murmuró el cura apenas los caballeros del señor estarosta se habían puesto en camino y Dorotea Faber espoleara al valaco—. Un severo varón. Muy severo. Oh, rabino, pocas esperanzas hay de que os conceda audiencia.

—De eso nada —dijo Reynevan, quien hacía unos instantes que irradiaba alegría—. Se os recibirá, rabino Hiram. Os lo prometo.

Todos lo miraron, Reynevan tan sólo sonrió enigmático. Después, muy alegre, saltó del carro y caminó al lado. Se quedó un tanto atrasado y Horn se acercó a él.

—Ahora ves cómo es esto, Reinmar de Bielau —dijo en voz baja—. Cuan presto puede llegar la fama. Por los contornos cabalgan esbirros a soldada, bellacos del tipo de Kirieleisón y Walter de Barby, y se mata a alguien y la primera sospecha recae sobre ti. ¿No adviertes la ironía de la fortuna?

—Advierto —murmuró Reynevan— dos cosas. La primera que sabes quién soy. Seguramente desde el principio.

—Seguramente. ¿Y la segunda?

—Que conocías al muerto. Al mencionado Albrecht Bart de Karczyn. Y me juego la testa a que precisamente vas a Karczyn. O ibas.

—Pero vaya lo astuto que eres —dijo al cabo Horn—. Y qué seguro de ti mismo. Y hasta sé de dónde proviene esa seguridad. No está mal tener conocidos en puestos de importancia, ¿eh? ¿Entre los canónigos de Wroclaw? Al punto se siente mejor uno. Y más seguro. Sin embargo, ilusorios son tales sentimientos, oh, ilusorios.

—Lo sé. —Reynevan afirmó con la cabeza—. No me olvido de la sospecha. De los humores y fluidos.

—Y bien está que no te olvides.

El camino conducía hacia una colina sobre la que había un cadalso en el que colgaban tres ahorcados, todos secos como bacalao. Y bajo ella se extendía ante los viajeros Strzelin, con sus multicolores arrabales, su muralla, el castillo de los tiempos de Bolek el Riguroso, la antigua rotonda del santo Gotardo y las nuevas torres de las iglesias de los conventos.

—Oh —advirtió Dorotea Faber—. Algo pasa. ¿Cae en hoy alguna fiesta?

Ciertamente, en el espacio libre delante de la muralla se había reunido una multitud bastante grande. Se veía una comitiva que procedía de la puerta de la ciudad y que se dirigía hacia allí.

—Una procesión, creo.

—Unos misterios, más bien —afirmó Granciszek—. Puesto que hoy es catorce de agosto, vigilia de la Asunción de la Virgen María. Vamos, vamos, doña Dorotea. Vamos a verlo de cerca.

Dorotea espoleó al valaco. Urban Horn llamó a su dogo y le puso la cadena, sabedor al parecer de que incluso un perro tan inteligente como Belcebú podía perder el control entre tanta gente.

La comitiva que venía de la ciudad se acercó hasta un punto en que se pudo distinguir a algunos clérigos con mantos litúrgicos, algunos dominicos blanquinegros, algunos grises franciscanos, algunos caballeros que llevaban jubones adornados con escudos heráldicos, algunos burgueses con delias que les llegaban casi hasta el suelo. Y una decena de alabarderos con túnicas amarillas y capalinas que brillaban en tonos mates.

—El ejército del obispo —les informó por lo bajo Urban Horn, mostrando por enésima vez lo bien informado que estaba—. Y ese gran caballero, el del bayo, con pabellón ajedrezado, es Enrique von Reideburg, el estarosta de Strzelin.

Los soldados del obispo conducían a tres personas, dos hombres y una mujer. La mujer llevaba una larga camisa blanca, uno de los hombres llevaba en la cabeza una caperuza puntiaguda de colores chillones.

Dorotea Faber hizo restallar las riendas, gritó al valaco y a la multitud de burgueses que no tenían muchas ganas de apartarse. Como iban bajando de la colina, los pasajeros del carro perdieron la visibilidad. Para ver algo hubieran tenido que levantarse y además detener el vehículo. Y al fin y al cabo tampoco se podía seguir, la

masa de gente se había hecho demasiado densa.

Al levantarse, Reynevan vio la cabeza y los brazos del trío de los dos hombres y la mujer. Y los postes que se alzaban por encima y a los que estaban atados. No veía los montones de leña amontonados bajo los postes. Pero sabía que estaban allí.

Escuchó una voz, alta y fuerte, pero ininteligible, ahogada e interrumpida por el murmullo de la masa. Reconoció con esfuerzo las palabras.

—Crímenes contra el orden de la sociedad dirigidos... *Errores husitarum...* *Fides haeretica*^[60]... Blasfemia y sacrilegio... *Crimen*... En las pesquisas se demostró...

—Parece —dijo Urban Horn, de pie sobre los estribos— que ahora se va ejecutar aquí delante de nuestros ojos un resumen de nuestras disputas del viaje.

—A eso miro. —Reynevan tragó saliva—. ¡Eh, buenas gentes! ¿A quién van a ajusticiar?

—Harajes —explicó, volviéndose, un hombre con pinta de mendigo—. Prendieron unos harajes. Dicen que husos o algo así...

—No husos, sino husonos —lo corrigió un segundo, de la misma pinta y con idéntico acento polaco—. Los van a quemar por sacralegio. Porque les dieron la comunión a unos gansos.

—¡Ah, inorantes! —comentó desde el otro lado del carro un peregrino con unas conchas cosidas al capote—. ¡No saben nada!

—¿Y tú sabes?

—Sé... ¡Alabado sea Jesucristo! —El peregrino distinguió la tonsura del cura Granciszek—. Los herejes se llaman husitas, y esto proviene del su profeta Hus y no de los gansos. Ellos dicen, o sea, los husitas, que no hay purgatorio y la comunión la toman en ambas formas, o sea, *sub utraque specie*. De lo cual también se los llama utraquistas...

—No nos impartas enseñanzas —lo interrumpió Urban Horn—, porque ya estamos enseñados. Aquellos tres, pregunto, ¿por qué causa los van a quemar?

—Eso no lo sé. Yo soy forastero.

—Ése de allá —se apresuró a aclararles un tejero lugareño, con una camisola manchada de barro—. El del caperucho de penitente es un checo, despachado por los husitas, cura hereje. Desde Tabor, disfrazado, dedicóse a vagabundear, azuzando a las gentes a la revuelta, moviéndolas a quemar iglesias. Reconociéronlo sus propios paisanos, aquéllos que vinieron acá después del diecinueve, cuando huyeron de Praga. Y el otro es Antonio Nelke, maestro de la escuela parroquial, paisano nuestro, amigo del hereje bohemio. Diole a éste amparo y junto con él difundió los escritos husitas.

—¿Y la mujer?

—Elisabeth Ehrlich. Ése es otro cantar. Sólo por casualidad. A su esposo diole veneno junto con el su amante. El amante se fugó, si no también ahora en la hoguera

se hallara.

—Y descubrióse el pastel —dijo un delgado personaje con un gorrillo de fieltro que llevaba pegado al cráneo—. Pues era ya su segundo marido, de la tal Ehrlich, se entiende. Y también al primero lo había despachado con veneno, la bruja.

—Puede que los envenenara o puede que no, a los dos se la lió —se adhirió a la disputa una burguesa gorda vestida con un corto sobretodo—. Dicen las malas lenguas que el anterior se embriagó hasta morir. Zapatero era el hombre.

—Zapatero o no, lo envenenó, como estrellas hay en el cielo —sentenció el delgado—. Debió haber allí hasta algún hechizo en obra, puesto que la hicieron justicia a ella en el tribunal de los dominicos...

—Si lo envenenó, bien empleado le está.

—¡Pues claro que sí!

—¡Silencio! —gritó, estirando el cuello, el preboste Granciszek—. Leen la sentencia ducal y no hay quien oiga nada.

—¿Y qué habrá que oír? —se burló Urban Horn—. Pues si todo está claro. Ésos de las hogueras son *haeretici pessimi et notorii*^[61]. Y la Iglesia, que se avergüenza de la sangre, cede el castigo de los culpables al *brachium saeculare*, el brazo secular...

—¡Silencio, he dicho!

—*Ecclesia non sitit sanguinem*^[62] —les llegó desde las hogueras una voz interrumpida por el viento y el murmullo sordo de la multitud—. La Iglesia no desea la sangre y se abochorna de ella... Que la justicia y el castigo la ofrezcan el *brachium saeculare*, el brazo secular. *Réquiem aeternam dona eis*^[63]...

La multitud bramó con fuerte voz. Algo sucedió delante de las hogueras. Reynevan se levantó, pero demasiado tarde. El verdugo estaba ya junto a la mujer, hizo algo a sus espaldas, como si estuviera colocando la cuerda que llevaba al cuello. La cabeza de la mujer cayó sobre su hombro, blanda como una flor cortada.

—Le ha dado garrote —suspiró el preboste, como si no hubiera visto algo parecido nunca—. Le rompió el cuello. Al profesor también. Ambos deben de haber mostrado remordimientos durante las pesquisas.

—Y haber chotado a alguien. Lo de siempre.

La turba gritaba y aullaba, descontenta con la gracia ofrecida al profesor y a la envenenadora. Los gritos cobraron fuerza cuando una viva llama estalló surgiendo de los montones de ramas, estalló con violencia, abrazando en un abrir y cerrar de ojos todo el montón de leña junto con los postes y las personas a ellos atadas. El fuego crepitó, se alzó muy alto, la multitud, golpeada por el sofoco, retrocedió, lo que provocó que la presión se hiciera aún mayor.

—¡Chapuzas! —gritó el tejero—. ¡Un trabajo de mierda! ¡Tomaron leña seca, bien seca! ¡Como paja!

—Cierto, una chapuza —valoró el delgado del gorrillo de fieltro—. ¡El husita

no tuvo ni tiempo de gritar! No saben quemar. En mi tierra, en Franconia, el abad de Fulda, jo, jo, jo, ¡ése sí que sabía! Él mismo cuidaba de la hoguera. Mandaba colocar la leña de tal modo que primero tostaba las piernas hasta las rodillas, luego subía hasta los güevos, y luego...

—¡Al ladrón! —gritó una mujer perdida en la multitud—. ¡Al ladrón! ¡Coged al ladrón!

En algún lugar por entre la marabunta lloraba un niño, alguien tocaba un salmerio, alguien blasfemaba, alguien se reía, una risa nerviosa y estúpida.

Las hogueras crepitaban, lanzaban fuertes oleadas de calor. El viento soplaba en dirección a los viajeros, transportando el asqueroso, asfixiante y dulzón olor de carne quemada. Reynevan se cubrió la nariz con el guante. El cura Granciszek tosió, Dorotea se atragantó, Urban Horn escupió, torciendo el gesto con rabia. Sin embargo, a todos les sorprendió el rabino Hiram. El judío se inclinó fuera del carro y, tan violenta como abundantemente, vomitó. Vomitó sobre el peregrino, sobre el tejero, sobre la burguesa, sobre el franconiano, así como sobre todos aquéllos que estaban en los alrededores. De inmediato se hizo más sitio.

—Pido perdón... —acertó a balbucear el rabino entre un paroxismo y otro—. Esto no es una demostración política. No es más que un devuelto común y corriente.

El canónigo Otto Beess, prepósito de San Juan Bautista, se sentó cómodamente, arregló su solideo, contempló el clarete que se columpiaba en la copa.

—Pido que por favor —dijo con su voz mordiente— se cuiden de limpiar y rebuscar minuciosamente las cenizas. Todos los huesos, hasta los más pequeños, han de ser recogidos y arrojados al río. Puesto que se han multiplicado los casos de recolección de huesecillos carbonizados. Y de su adoración como reliquias. Por favor, que los estimados concejales se cuiden de ello. Y que los hermanos lo vigilen con atención.

Los concejales de Strzelin, reunidos en la habitación del palacio, hicieron una reverencia en silencio, los dominicos y los hermanos menores inclinaron sus tonsuras. Tanto unos como otros sabían que el canónigo tenía la costumbre de pedir, no de ordenar. Sabían también que la diferencia sólo estaba en la palabra.

—A los hermanos predicadores —continuó Otto Beess— les pido que, de acuerdo con las recomendaciones de la bula *ínter cunetas*^[64], persigan con atención toda aparición de herejía y diligencias de los emisarios de Tabor. Y que comuniquen hasta las cosas más pequeñas y en apariencia insignificantes que estén relacionadas con tales diligencias. Cuento también en ello con la ayuda del brazo seglar. Ayuda que os pido a vos, noble señor Enrique.

Enrique Reideburg inclinó la cabeza, pero sólo un tanto, después de lo cual enderezó su poderosa figura adornada con una sobrevesta ajedrezada. El estarosta de Strzelin no escondía su orgullo y afectación, ni siquiera intentaba fingir humildad y

servilismo. Se veía que toleraba la visitación de la jerarquía eclesiástica porque tenía que hacerlo, pero que estaba esperando a que el canónigo se largara por fin de su terreno.

Otto Beess lo sabía.

—Os pido también, señor estarosta Enrique —añadió—, que redobléis esfuerzos en las pesquisas relacionadas con el asesinato de don Albrecht von Bart, cometido en Karczyn. El capítulo está muy interesado en el descubrimiento de los autores de este crimen. El señor de Bart, pese a cierta rudeza y a sus controvertidas opiniones, era hombre noble, *vir rarae dexteritatis*^[65], gran bienhechor de los cistercienses de Henryków y Krzesów. Exigimos que a sus matadores se les imponga el merecido castigo. Ciertamente, referímonos a los verdaderos autores. El capítulo no se conforma con echarles la culpa a los pájaros en mano. Puesto que no creemos que el señor de Bart muriera a manos de estos hoy quemados wiclifianos.

—Pudieron tener —gruñó Reideburg— los tales husitas algunos cofrades...

—No lo excluimos. —El canónigo atravesó al caballero con la mirada—. No excluimos nada. Dad, caballero Enrique, más velocidad a las pesquisas. Pedid ayuda, si fuera necesario, al estarosta de Swidnica, don Albrecht von Kolditz. Pedid ayuda a quien queráis. Para que haya por fin resultados.

Enrique Reideburg se inclinó forzosamente. El canónigo le correspondió, pero de manera bastante desmañada.

—Gracias, noble caballero —dijo con una voz que sonaba como la puerta oxidada de un cementerio al abrirse—. No os detendré más tiempo. Gracias os doy también a vosotros, señores concejales y venerables hermanos. No quiero estorbaros en vuestras obligaciones que, como imagino, serán numerosas.

El estarosta, los concejales y los monjes salieron con el susurro provocado por sus chapines y sandalias.

—Los señores clérigos y diáconos —añadió al cabo el canónigo de la catedral de Wroclaw— también, imagino, recuerdan sus obligaciones. Así que, por favor, poneos a ello. De inmediato. El hermano secretario y el padre confesor se quedan. También...

Otto Beess alzó la cabeza y atravesó a Reynevan con la mirada.

—También tú te quedas, muchacho. Tengo cosas que hablar contigo. Mas primero recibiré a los petitorios. Por favor, llamad al preboste de Olawa.

El cura Granciszek, cuando entró, cambió de color, oscilando de forma inexplicable entre la palidez y el rubor. Se arrodilló de inmediato. El canónigo no le ordenó levantarse.

—Tu problema, padre Felipe —comenzó en tono mordiente— es la falta de respeto y de confianza en la autoridad. La individualidad y la opinión propia son ciertamente preciosas, a veces mucho más de reconocer y de alabar que el servilismo

torpe y necio. Mas hay asuntos tales en los que la autoridad tiene razón absoluta y es infalible. Como por ejemplo nuestro Papa Martín V en su disputa con los conciliaristas, los seguidores de Gerson y diversos polacos: los wlochkowicos, los wyszanos y laskarzes, lo cuales querrían cuestionar cada decisión del Santo Padre. E interpretarlo según la propia voluntad. ¡Y esto no es así, no es así! *Roma locuta, causa finita*.

»Por eso también, querido padre Felipe, si la autoridad eclesiástica te dice sobre qué ha de ser tu sermón, tienes que ser obediente. Incluso si tu individualidad protesta y grita, tienes que ser obediente. Porque se trata, con claridad, de un objetivo superior. Superior a ti, por supuesto. Y a toda tu parroquia. Veo que quieres decir algo. Habla entonces.

—Tres cuartos de mis parroquianos —murmuró el cura Granciszek— son gente no especialmente despierta, diría que hasta *pro maióri parte illiterati et idiotae*. Mas hay aún una cuarta parte. Aquélla que no quiere en mis prédicas escuchar lo que la curia me ordena. Predico, cierto, que los husitas son herejes, homicidas y criminales, Zizka y Korand verdaderos diablos, malhechores, blasfemos y sacrilegos, que los espera la condenación eterna y el eterno sufrimiento. Mas no puedo decir que ellos comen tiernos infantes. Y que las mujeres son allí del común. Y que...

—¿No has entendido? —lo interrumpió el canónigo con brusquedad—. ¿No has comprendido mis palabras, párroco? ¡*Roma locuta*^[66]! Y para ti, Roma es Wroclaw. Has de predicar lo que se te ha ordenado, clérigo. Sobre mujeres comunes, infantes devorados, monjes cocidos vivos, sobre curas católicos a los que les arrancan la lengua, sobre sodomía. Y si recibes órdenes, predicarás que de comulgar en la copa de los husitas crecen pelos en el paladar y rabo de perro en el trasero. Yo no bromeo en absoluto, he visto la carta correspondiente en la cancillería del obispo.

»Al fin y al cabo —añadió, mirando con leve compasión al turbado Granciszek—, ¿cómo sabes que no les crecen rabos? ¿Has estado en Praga? ¿En Tabor? ¿En Hradec Králové? ¿Has tomado la comunión *sub utraque specie*^[67]?

—¡No! —El preboste casi se ahogó en su propio aliento—. ¡Jamás!

—Y bien está. *Causa finita*. La audiencia también. Diré en Wroclaw que bastó con recordarlo, que ya no habrá problemas contigo. Ahora, para que no tengas la sensación de que tu peregrinación fue en vano, te confesarás con mi confesor. Y harás la penitencia que te imponga. ¡Padre Feliciano!

—¿Sí, vuesa ilustrísima?

—Que yazca en cruz frente al altar principal de San Gotardo, la noche entera, de las completas a la prima. El resto a tu parecer.

—Dios os guarde...

—Amén. Quedad con salud, preboste.

Otto Beess suspiró, tendió la copa vacía en dirección al clérigo, el cual al punto

vertió en ella clarete.

—Hoy ya no quiero más petitorios. Ven, Reinmar.

—Venerable padre... Antes de que... Os pido un favor...

—Dime.

—Me acompañó en el camino y vino junto conmigo un rabino de Brzeg...

Otto Beess dio una orden con un gesto. Al poco el clérigo condujo a Hiram ben Eliazar. El judío hizo una profunda reverencia, barrió el suelo con su gorrillo de zorro. El canónigo lo contempló con atención.

—¿Qué es lo que desea de mí el portavoz de la aljama de Brzeg? —chirrió su voz—. ¿Con qué asunto ha venido hasta mí?

—¿El venerable señor cura pregunta que con qué asunto? —El rabino Hiram alzó sus peludas cejas—. ¡Señor de Abraham! ¿Y con qué, me pregunto, asunto puede acudir un judío al venerable señor canónigo? ¿De qué se puede, me pregunto, tratar? Y yo respondo que de la verdad. La verdad del evangelio.

—¿La verdad del evangelio?

—Y no otra.

—Habla, rabino Hiram. No me hagas esperar.

—Como el venerable señor cura mande, pues ahora mismo hablaré, ¿por qué no habría yo de hablar? Hablaré de tal modo: andurrean por Brzeg, por Olawa, por Grodków y por las aldeas de alrededor ciertos personajes que aguijan a pegar a los malvados matadores de Jesús Cristo, a robar las sus casas y a deshorrar a sus mujeres y sus hijas. Los tales aguijadores se sustentan en los venerables señores prelados cual si tales golpeteos, tales robos y tales forzamientos voluntad fueran de los obispos y disposición divina.

—Sigue hablando, amigo Hiram. Pues ves que soy paciente.

—¿Qué más hablar aquí? Yo, rabino Hiram ben Eliazar de la aljama de Brzeg, pido al venerable señor cura que haga cuidar de los derechos evangélicos. ¡Si ha de golpearse y robarse a los matadores de Jesús Cristo, sea pues! Mas, por nuestro antepasado Moisés, atacad a los verdaderos. A aquéllos que lo crucificaron. O sea, ¡a los romanos!

Otto Beess calló largo rato, mirando al rabino bajo su párpados semicerrados.

—Sí... —dijo por fin—. ¿Sabes, amigo Hiram, que por tales palabras se te podría encerrar? Me refiero, por supuesto, al poder terrenal. La Iglesia es comprensiva, mas el *brachium saeculare*^[68] puede ser duro, en lo referente a la blasfemia. No, no, no digas nada, amigo Hiram. Yo hablaré.

El judío se inclinó. El canónigo no cambió su posición en el sillón, ni tembló siquiera.

—El Santo Padre Martín, quinto de ese nombre, yendo por las huellas de sus santos antecesores, se dignó afirmar que los judíos, pese a todas las apariencias, han

sido creados a semejanza de Dios y parte de ellos, aun siendo pequeña, hallará la salvación. Por ello no es de recibo el que se los persiga, reprima, oprima y todas otras humillaciones, entre las que se cuentan el bautismo forzado. No dudarás, creo yo, amigo Hiram, de que la voluntad del Papa es una orden para cada clérigo. ¿O dudas de ello?

—¿Cómo he yo de dudar? A que lo menos es el décimo Papa que de ello habla, creo... Así que habrá de ser verdad si...

—Si no dudas —lo interrumpió el canónigo, fingiendo no oír la burla—, habrás de entender que el acusar a los clérigos de instigar los ataques a los israelitas es difamación. Añado: una difamación muy grave.

El judío hizo una reverencia en silencio.

—Por supuesto —Otto Beess entrecerró levemente los ojos—, los laicos poco o nada saben de las órdenes papales. Tampoco las Sagradas Escrituras les entran con ligereza. Puesto que son, como hace bien poco alguien me comentara, *pro maiori parte illiterati et idiotae*^[69].

El rabino Hiram ni siquiera tembló.

—Sin embargo, tu tribu israelita, rabino —siguió el canónigo—, le da pretextos a la plebe con tozudez y porfía. Ora es que provocáis una epidemia de peste, envenenáis un pozo, ora que maltratáis a una inocente moza cristiana, ora que hacéis el pan con sangre de niño. Robáis y desecráis las hostias. Os dedicáis a la más vergonzosa usura, y al moroso que no puede pagar vuestros criminales intereses, arrancaisle vivo pedazos de carne. Y muchos otros horribles proceder realizáis. Tengo entendido.

—¿Qué hay que hacer, venerable señor cura, pregunto? —preguntó al cabo de un momento lleno de tensión Hiram ben Eliazar—. ¿Qué hacer para que las tales cosas no tengan lugar? Es decir, el envenenamiento de pozos, el maltrato de mozas, el derramamiento de sangre y el desecrado de hostias. ¿Qué, pregunto, es necesario?

Otto Beess guardó silencio largo rato.

—Un día de éstos —dijo por fin—, se anunciará un impuesto especial, único, que afecta a todos. Para la cruzada antihusita. Cada judío habrá de pagar un gulden. La comunidad de Brzeg, aparte de lo que habrá de dar, dará, de propia voluntad... mil gúldenes. Doscientos cincuenta grywnas.

El rabino asintió. No intentó regatear.

—Esos dineros —explicó sin especial énfasis el canónigo— servirán al bien común. Y a un asunto, diría, común. Los herejes checos nos amenazan a todos nosotros. Por supuesto, sobre todo a nosotros, los verdaderos católicos, mas tampoco vosotros, israelitas, tenéis razones para amar a los husitas. De hecho, diría, todo lo contrario. Bastará con recordar marzo del año vigésimo segundo, el sangriento pogromo en el Casco Viejo de Praga. La posterior carnicería de judíos en Chomutov,

en Kutna Hora y en Pisek. Así, Hiram, habrá al menos ocasión de unirse a la venganza gracias al donativo.

—La venganza es mía —respondió al cabo de un instante Hiram ben Eliazar—. Así habla el Señor, Adonai. A nadie, dice el Señor, le pagues mal con mal. Y nuestro Señor, como manifiesta el profeta Isaías, es liberal con su perdón.

»Aparte de ello —añadió bajito el rabino, viendo que el canónigo callaba con la mano puesta sobre la frente—, los husitas matan judíos tan sólo desde hace seis años. ¿Qué son seis años comparados con mil?

Otto Beess alzó la cabeza. Sus ojos eran fríos como el acero.

—Mal acabarás, amigo Hiram —chirrió su voz—. Tengo miedo por ti. Ve en paz.

»Ahora —dijo, cuando se cerró la puerta tras el judío—, ha llegado por fin tu turno, Reinmar. Vamos a hablar. No te preocupes por el secretario y el clérigo. Son gente de confianza. Están presentes, pero como si no lo estuvieran.

Reynevan carraspeó, pero el canónigo no le dejó hablar.

—El duque Conrado Kantner llegó a Wroclaw hace cuatro días, para San Lorenzo. Con una comitiva formada por terribles cotillas. El propio duque tampoco pertenece a los discretos. Así que no sólo yo, sino todo Wroclaw sabe ya de los líos extramatrimoniales de Adela, la mujer de Gelfrad de Sterz.

Reynevan carraspeó de nuevo, bajó la cabeza, sin poder sostener aquella mirada taladradora. El canónigo unió los dedos como para rezar.

—Reinmar, Reinmar —dijo con una exaltación algo artificial—. ¿Cómo pudiste? ¿Cómo pudiste infringir así la ley divina y la humana? Pues así se ha dicho: alabado sea el matrimonio y el lecho intactos, pues a los fornicadores y a los adúlteros los juzgará Dios. Yo, por mi parte, añado que a menudo a los maridos engañados les parece demasiado lenta la justicia divina. Y a menudo la ejecutan de su propia mano. Y muy severamente.

Reynevan carraspeó aún con más fuerza y bajó la cabeza aún más.

—Ajá —se imaginó Otto Beess—. ¿Ya te persiguen?

—Me persiguen.

—¿Te pisan los talones?

—Me pisan los talones.

—¡Necia juventud! —dijo al cabo de un rato de silencio el clérigo—. ¡Habría que en cerrarte en la Narrenturm! ¡En la Torre de los Locos! No desentonarías con los actuales inquilinos.

Reynevan sorbió por la nariz e hizo un gesto del que pensaba que le hacía parecer arrepentido. El canónigo meneó la cabeza, respiró hondo, juntó los dedos.

—No se podía aguantar, ¿eh? —preguntó con pinta de entender—. ¿Soñabas con ella por las noches?

—No se podía —reconoció Reynevan, enrojeciendo—. Soñaba con ella.

—Lo sé, lo sé. —Otto Beess se pasó la lengua por los labios, y los ojos le brillaron de pronto—. Yo sé bien que la fruta prohibida es la más dulce, que se quiere, oh, y cómo, aferrar los pechos desconocidos. Yo sé bien que la miel fluye de los labios de la desconocida y su paladar es fino como el aceite. Mas al cabo, créeme, como enseñan los sabios Proverbios de Salomón: ella será amarga como la absenta y afilada como espada de dos filos, *amara quasi absinthium et acuta quasi gladius biceps*^[70]. Cuídate, hijo, de no arder por ella como la polilla en la llama. De no dirigirte por ella a la muerte, de no caer en el Abismo. Escucha las palabras sabias de las Escrituras: ve por tu camino lejos de ella, no te acerques a su puerta, *longe fac ab viam tuam et ne adpropinques foribus domas eius*^[71].

»No te acerques a su puerta —repitió el canónigo, y en su voz, como si la apagara el viento, desapareció la exaltación de predicador—. Pon la oreja, Reinmar Bielau. Anótate bien las palabras de las Escrituras y las mías. Clávalas bien en tu memoria. Escucha mi consejo: mantente lejos de la persona mencionada. No hagas lo que tienes en mente y que leo en tus ojos, hijo. Mantente lejos de ella.

—Sí, venerable padre.

—El asunto acabará por relajarse con el tiempo. A los Sterz se los asustará con la curia y la milicia, el honor mancillado se cubrirá con veinte grywnas, la multa común y corriente de diez grywnas se pagará también al magistrado de Olawa. Todo esto no costará más que el valor de un buen caballo de raza, con la ayuda de tu hermano serás capaz de conseguir ese dinero, y si fuera necesario, yo aportaré algo. Tu tío, el escolástico Enrique, fue mi buen amigo. Y maestro.

—Gracias sean...

—¡Pero nada podré hacer si te atrapan y te estrangulan! —lo interrumpió con fuerza el canónigo—. ¿Lo entiendes, tonto del haba? Tienes que sacarte de la cabeza de una vez para siempre a la mujer de Gelfrad Sterz, tienes que sacarte de la cabeza el visitarla a ella en secreto, las cartas, los mensajeros, todo. Tienes que desaparecer. Irte. Te sugiero Hungría. De inmediato, sin vacilar. ¿Has entendido?

—Antes quisiera ir a Balbinów, a casa de mi hermano...

—No te lo permito —lo cortó Otto Beess—. Con toda seguridad los que te persiguen lo han previsto. Del mismo modo, al fin y al cabo, que el visitarme a mí. Recuerda: cuando se huye, se huye como un lobo. Jamás por los caminos por los que ya se ha ido antes.

—Pero mi hermano... Peterlin... Si tengo que irme de verdad...

—Yo mismo, a través de mensajeros de confianza, informaré de todo a Peterlin. A ti sin embargo te prohíbo ir allí. ¿Has entendido, loco? No te está permitido viajar por los caminos que tus enemigos conocen. No te está permitido aparecer en lugares en los que puedan estar esperando. Y en ningún caso has de ir hasta Ziebice.

Reynevan suspiró sonoramente y Otto Beess sonoramente maldijo.

—No lo sabías —dijo con énfasis—. No sabías que ella está en Ziebice. Y yo, viejo tonto, te lo he revelado. En fin, así ha sido. Mas no tiene importancia. Da igual donde ella esté. En Ziebice, en Roma, en Constantinopla o en Egipto, da igual. No te acercarás a ella.

—No me acercaré.

—Tú mismo no sabes cuánto desearía creerte. Escúchame, Reinmar, y escúchame con atención. Te daré una carta, ahora mismo mandaré al secretario que la escriba. No tengas miedo, la carta estará escrita de tal modo que no la entenderá más que el propio destinatario. Tomarás la carta y te irás como lobo perseguido. Por caminos por los que nunca has ido y por los que no te buscarán, irás hasta Strzegom, al monasterio de los carmelitas. Le darás mi carta al prior de allí, él por su parte te presentará a cierta persona. A éste, cuando os quedéis solos, le dirás: dieciocho de julio, año dieciocho. Él entonces te preguntará: ¿dónde? Has de responder: Wroclaw, Ciudad Nueva. ¿Lo recordarás? Repite.

—Dieciocho de julio, año dieciocho. Wroclaw, Ciudad Nueva. ¿Y para qué todo esto? No entiendo.

—Si las cosas se pusieran en verdad peligrosas —le explicó el canónigo con serenidad—, yo no podré salvarte. A no ser que te cortara el pelo como a un monje y te cerrara con los cistercienses, bajo llave y tras los muros, y esto, imagino, preferirías evitarlo. En cualquier caso no seré capaz de enviarte a Hungría. Éste al que te envío será capaz. Te proporcionará seguridad y, si fuera necesario, te protegerá. Es una persona de naturaleza controvertida, a menudo desagradable en el trato, mas has de soportarlo porque, en ciertas ocasiones, es irremplazable. Así que recuerda: Strzegom, monasterio de los hermanos de la Orden de Beatissimae Virginis Mariae de Monte Carmeli, a extramuros, junto al camino de la puerta de Swidnica. ¿Lo recordarás?

—Sí, venerable padre.

—Te pondrás en camino sin tardanza. En Strzelin te han visto ya demasiados. Ahora mismo te darán la carta y pies en polvorosa.

Reynevan suspiró. Pues tenía sincero deseo de charlar otra vez con Urban Horn delante de una cerveza. Horn despertaba una gran estima y admiración en Reynevan, en pareja con su perro Belcebú era a sus ojos una figura casi como el caballero Iwain con el León. Reynevan se moría de ganas de hacerle a Horn cierta propuesta que atañía a un asunto de indudable carácter caballeresco: la liberación conjunta de cierta damisela en apuros. Pensó también en despedirse de Dorotea Faber. Mas, en fin, no se trata con ligereza el consejo ni las órdenes de alguien como el canónigo Otto Beess.

—¿Padre Otto?

—Dime.

—¿Quién es ese hombre de los carmelitas de Strzegom?

Otto Beess guardó silencio durante un rato.

—Alguien —dijo al cabo— para quien no hay nada imposible.

Capítulo octavo

En el cual al principio todo está muy bien. Y luego no mucho.

Reynevan estaba contento y feliz. Lo embargaba la alegría y todo a su alrededor parecía hermoso. Hermoso era el valle del alto Olawa, que se extendía en arcos sobre las verdes colinas. Hermoso era el fornido rocín bayo, regalo del canónigo Otto Beess, que trotaba por el camino que corría paralelo al río. De maravilla cantaban los tordos, aún mejor lo hacían las alondras en los campos. Zumbaban poéticamente las abejas, los abejorros y las moscas. El céfiro que soplaba desde la colina traía un olor embriagador, ora a jazmín, ora a cerezos. Y a veces a mierda, pues se veían por los alrededores asentamientos humanos.

Reynevan estaba contento y feliz. Tenía motivos.

Pese a que lo intentó, no consiguió ni encontrar a sus antiguos compañeros de viaje ni despedirse de ellos. Lo lamentaba. Sobre todo le decepcionó mucho la enigmática desaparición de Urban Horn. Pero precisamente el recuerdo de Horn lo movía a actuar.

Aparte del rocín bayo con una mancha blanca en la cabeza, el canónigo Otto le había dado para el camino un bolsón, y éste mucho más pesado que el saquete que le había regalado una semana antes Conrado Kantner. Sopesando el bolsón en la mano, supuso, por el peso, que en su interior había no menos de treinta grosches praguenses. Reynevan se convenció una vez más de la superioridad del estamento del clero sobre el de la caballería.

Aquel bolsón cambió su suerte.

En una de las tabernas de Strzelin que visitó en busca de Horn, encontró precisamente al factótum del canónigo, el padre Felician, que extraía con gula de una sartén una salchicha frita en gruesas lonchas y regaba la grasienta comida con la pesada cerveza local. Reynevan supo al punto lo que debía hacer. Y ni siquiera tuvo que esforzarse demasiado. El curilla, al ver el bolsón, se relamió, y Reynevan se lo alargó sin sombra de pena. Y sin contar cuánto dinero había de verdad en él. Está claro que al instante consiguió todas las informaciones que le eran necesarias. El padre Felician le contó todo, bueno, hasta estaba dispuesto a revelar como premio algunos secretos escuchados durante las confesiones, lo que Reynevan sin embargo rechazó cortesmente, puesto que los nombres de los penitentes no le decían nada y sus pecados y pecadillos no le interesaban en absoluto.

Salió de Strzelin por la mañana. Casi sin un ducado en el bolsillo. Pero contento y feliz.

Al menos no estaba yendo adonde le había ordenado ir el canónigo. No iba por el camino real, hacia el oeste, a través de Debowa Góra y la falda sur del Radun, hacia

Swidnica y Strzegom. Oponiéndose a la prohibición categórica, Reynevan volvió las espaldas a las montañas de Radun y Sleza, cabalgó hacia el sur, corriente arriba del Olawa, por el camino que llevaba a Henryków y Ziebice.

Se incorporó en la silla de montar, capturando con su olfato otro delicioso perfume transportado por el viento. Los pajarillos cantaban, el sol calentaba. Ah, qué hermoso era el mundo entero. Reynevan tenía ganas de gritar de alegría.

La hermosa Adela, la mujer de Gelfrad, le había revelado el padre Felician a cambio de un bolsón que pesaba como unos treinta grosches, aunque sus cuñados los Sterz creían tenerla encerrada en el convento de las monjas cistercienses de Ligota, había podido escapar y perder a sus perseguidores. Había huido a Ziebice, donde se había escondido en el convento de las clarisas. Ciertamente, narró el curulla, lamiendo la sartén, cierto que el duque Juan de Ziebice, al enterarse, había prohibido con rigor a las monjas entregar a la mujer de su vasallo. La puso bajo arresto domiciliario hasta en cuanto no se aclarara el asunto del supuesto adulterio. Pero, y aquí el padre Felician lanzó un eructo cervecero y generoso, aunque el pecado está llamado a su castigo, la mujer está segura en Ziebice, no la amenaza de parte de los Sterz justicia por propia mano ni daño alguno. El duque Juan, aquí el padre Felician se sopló los mocos, se lo advirtió a Apeczko Sterz con énfasis, hasta le amenazó con el dedo durante su encuentro. No, no conseguirán ya los Sterz hacer algo malo a la cuñada. No está en su poder.

Reynevan azuzó al bayo a través de una pradera amarilla de verbascos y violeta de altramuces. Tenía ganas de reír y gritar de alegría. Adela, su Adela, les había dado una lección a los Sterz, los había hecho quedar como necios e idiotas, los había dejado por tontos. Pensaban que la habían acorralado en Ligota, y ella, pluff. ¡Se escapó! Ah, cómo se habían enrabiado de seguro Wittich, cómo se habría enfadado y vomitado blasfemias, impotente, Morold, cómo la sangre no habría casi ahogado a Wolfher. Y Adela, en un santiamén, en una yegua rucia, con su trenza balanceándose...

Espera, reflexionó. Adela no lleva trenza.

Tengo que controlarme, se reconvino, al tiempo que espoleaba al caballo. Nicoletta, la amazona de la trenza rubia como la paja, no significa nada para mí. Ciertamente, me salvó, distrajo a mis perseguidores, se lo agradeceré en cuanto haya ocasión. Hasta me pondré de rodillas. Mas amo a Adela y sólo a Adela, Adela es señora de mi corazón y mis pensamientos, pienso sólo en Adela, en absoluto me embelesa esa trenza rubia, ni esa mirada celeste bajo el sombrero de marta, ni esos labios de frambuesa, ni esos muslos bien formados que abrazaban los flancos de la yegua rucia...

Amo a Adela. A Adela, de la que me separan nada más que tres millas. Si pusiera el caballo a galopar, estaría a las puertas de Ziebice antes de que fuera mediodía.

Tranquilo, tranquilo. Sin apresuramiento. Con la cabeza fría. Primero, aprovechando la ocasión de que está por el camino, tengo que visitar a mi hermano. Cuando libere a Adela del ducal arresto en Ziebice, escaparemos ambos a Bohemia o a Hungría. Puede que no vea nunca más a Peterlin. Tengo que despedirme de él, aclarárselo. Pedirle su bendición fraterna.

El canónigo Otto lo prohibió. El canónigo Otto ordenó que huyera como un lobo, que no fuera nunca por las sendas gastadas. El canónigo Otto le advirtió que los perseguidores podían estar acechando por los alrededores de la casa de Peterlin...

Pero también para ello Reynevan tenía una solución.

En el Olawa desembocaba un riachuelo, un arroyo casi escondido entre los cribosos, apenas visible bajo el baldaquino de los alisos. Conocía el camino. Un camino que no conducía hasta Balbinów, donde vivía Peterlin, sino hasta Powojowice, donde trabajaba.

La primera señal de que ya estaba cerca de Powojowice la dio al cabo de un tiempo el propio riachuelo junto a cuya orilla cabalgaba Reynevan. La corriente comenzó a apestar, al principio levemente, luego más, luego de un modo insoportable. Al mismo tiempo el agua cambió de color, y esto radicalmente, a un rojo sucio. Reynevan salió del bosque y ya de lejos reconoció las causas: unos enormes secaderos de madera en los que colgaban piezas de lino teñidas y hatos de tela. Predominaba el color rojo —que ya había sido anunciado por la producción diaria que coloreaba el riachuelo—, pero también había telas celestes, azul oscuro y verdes.

Reynevan conocía aquellos colores, ahora más relacionados con Pedro von Bielau que las tintas de su escudo familiar. Al fin y al cabo él mismo tenía también su pequeña parte en aquellos colores, puesto que había ayudado al hermano a encontrar los colorantes. El rojo profundo y vivo de las telas y linos de Peterlin procedían de una secreta mezcla de quermes, lengua viperina y granza. Todas las tonalidades de celeste las obtenía Peterlin por la mezcla de zumo de boletos y glastos, los cuales —uno de los pocos en toda Silesia— cultivaba él mismo. Los glastos mezclados con azafrán y croco daban un verde de intensidad maravillosa.

El viento soplaba en su dirección, trayéndole un hedor que hacía que le lloraran los ojos y se le retorcieran los pelos de la nariz. Los componentes de los colorantes, blanqueadores, lejías, ácidos, potasios, arcillas, cenizas y grasas eran suficientemente apestosos, tampoco olía poco mal el suero podrido en el que —según la receta flamenca— se humedecía la tela de lino en la fase final del proceso de blanqueado. Todo aquello, sin embargo, no llegaba ni a los talones al hedor de la materia básica usada en Powojowice: orina humana sedimentada. La orina, que yacía en enormes vasijas alrededor de dos semanas, era luego usada en abundancia en el batán, para el enfurtido de la tela. El resultado era tal que el batán powojowisano y sus alrededores

apestaban a meados como la perra suerte, y con vientos favorables el hedor llegaba hasta el monasterio de los cistercienses en Henryków.

Reynevan cabalgaba por la orilla del riachuelo rojizo y apestoso como una letrina. Escuchaba ya el batán —un rumor incesante de ruedas motrices, el golpeteo y el chirrido de las dentadas transmisiones—, sobre todo ello enseguida se añadió un pesado estampido que hacía temblar el suelo: el golpeteo de las mazas que aporreaban el paño en los majaderos. El batán de Peterlin era un batán moderno. Aparte de algunos puestos dotados de mazas tradicionales, poseía también martinetes movidos por el agua, los cuales enfurtían más rápidamente, mejor y con mayor homogeneidad. Y con mucho mayor estruendo.

Abajo, junto al riachuelo, más allá de otros secaderos e hileras de piscinas para teñir, vio la fábrica, las cabañas y los tejados del batán. Había allí, como de costumbre, unos veinte carros de las más diversas formas y tamaños. Reynevan sabía que los carros pertenecían tanto a los suministradores —Peterlin importaba de Polonia buena parte de su potasio— como a los tejedores, que le traían el fieltro crudo para enfurtirlo. El renombre de Powojowice era tal que acudían tejedores de todos los alrededores, de Niemcza, Ziebice, Strzelin, Grodków y hasta de Frankenstein. Vio a los maestros tejedores, que trajinaban alrededor del batán y vigilaban los trabajos, escuchó sus gritos que se alzaban por encima del golpeteo de las máquinas. Como de costumbre, se estaban peleando con los bataneros sobre la forma de colocar y remover el fieltro crudo en los majaderos. Distinguió entre ellos a algunos monjes con sus hábitos blancos, con sus negros escapularios, tampoco era una novedad, el monasterio cisterciense de Henryków producía una apreciable cantidad de lino y era cliente estable de Peterlin.

A quien Reynevan no veía, sin embargo, era al propio Peterlin. Su hermano, que era muy visible en Powojowice, puesto que solía andar recorriendo todo el terreno. A caballo, para distinguirse. Pedro von Biellau era, al fin y al cabo, un caballero.

Lo que era más extraño, no se veía tampoco por ningún lado la delgada y alta figura de Nicodemus Verbruggen, un flamenco procedente de Gante, gran maestro en batanes y tintes.

Recordando a tiempo las advertencias del canónigo, Reynevan entró entre los edificios a escondidas, detrás de los carros de los clientes que iban llegando. Se puso la capucha hasta la nariz, se encogió en la silla. Sin llamar la atención de nadie, se acercó a la casa de Peterlin.

El edificio, por lo común bullicioso y lleno de gente, parecía estar completamente vacío. Nadie reaccionó a sus gritos, nadie se interesó por el chasquido de la puerta. No había ni un alma ni en el largo zaguán ni en la escribanía. Entró en la casa.

En el suelo, junto al hogar de la chimenea estaba sentado el maestro Nicodemus Verbruggen, gris, con el pelo corto como un campesino, pero vestido como un señor.

El fuego de la chimenea crepitaba. El flamenco rompía hojas de papel y las echaba al fuego. Tenía en las rodillas apenas unas resmas, mientras que en el fuego ennegrecían y se retorcían ya un buen montón.

—¡Señor Verbruggen!

—*Jezus Christus*... —El flamenco alzó la cabeza, echó al fuego otro papel—. *Jezus Christus*, don Reinmar... Qué desgracia, señor... Qué terrible desgracia...

—¿Cuál es esa desgracia, señor maestro? ¿Dónde está mi hermano? ¿Qué es lo que quemáis aquí?

—Mandara *mynheer* Peter. Dijera que si algo pasara, haber de sacarlo del escondrijo, quemar, presto. Así dijera él: «Si algo pasara, Dios no lo quiera, quemar presto. Y el batán debe trabajar». Así hablara *mynheer* Peter. *En het woord is vlees geworden*^[72]...

—Señor Verbruggen... —Reynevan sintió cómo una terrible premonición le ponía carne de gallina—. ¡Hablad, señor Verbruggen! ¿Qué documentos son éstos? ¿Y qué palabra se hizo carne?

El flamenco encogió la cabeza entre los hombros, echó al hogar la última hoja. Reynevan saltó, quemándose la mano la sacó del fuego, la apagó agitándola. En parte.

—¡Hablad!

—Mataron —dijo con voz sorda Nicodemus Verbruggen. Reynevan vio las lágrimas que caían en meandros por las marcadas arrugas de sus mejillas—. No vive el buen *mynheer* Peter. Matáronlo. Asesináronlo. Don Reinmar... Qué desgracia, *Jezus Christus*, qué desgracia...

Sonó un portazo. El flamenco miró a su alrededor y comprendió que nadie había escuchado sus últimas palabras.

El rostro de Peterlin estaba blanco. Y poroso. Como el queso. En la comisura de los labios, pese a haber sido lavado, todavía había rastros de sangre coagulada.

El mayor de los Bielau yacía en unas andas colocadas en mitad del cuarto, entre doce velas ardientes. Le habían puesto sobre los ojos dos ducados de oro húngaros, bajo la cabeza había ramas de pino, cuyo aroma, mezclado con el olor de la cera fundida, llenaba la habitación de un nauseabundo y repugnante olor a muerte y cementerio.

Las andas estaban cubiertas con un paño rojo. Teñido con el quermes de su propio tinte, pensó con desesperación Reynevan, sintiendo cómo se le venían las lágrimas a los ojos.

—¿Cómo...? —extrajo del nudo que era su garganta—. ¿Cómo... pudo pasar... esto?

Griselda de Der, mujer de Peterlin, lo miró. Tenía el rostro rojizo e hinchado por el llanto, apretaba contra su falda a sus dos llorosos hijos, Tomás y Sybille. Pero su

mirada no era amistosa, sino más bien de enfado. Tampoco lo miraban con demasiado afecto el suegro y el cuñado de Peterlin, el viejo Walpot Der y su rudo hijo Christian.

Nadie, ni Griselda ni los Der, se dignó responder a su pregunta. Pero Reynevan no pensaba resignarse.

—¿Qué ha pasado? ¿Me lo va a decir alguien por fin?

—Alguien lo mató —balbuceó el vecino de Peterlin, Gunther von Bischofsheim.

—Dios —añadió el párroco de Wawolnica, Reynevan no se acordaba de su nombre—. Dios los castigará por ello.

—Claváronle la espada —dijo, con la voz ronca, Matías Wirt, un arrendatario de los alrededores—. Volvió el caballo solo. Justo al mediodía.

—Justo al mediodía —repitió, uniendo sus manos, el cura wawolniciano—. *Ab incursu et daemone meridiano libera nos, Domine*^[73]...

—Volvió el caballo —repitió Wirt, quien había perdido el hilo a causa de la oración— con la silla y la gualdrapa bañadas en sangre. Buscáramoslo entonces y lo encontramos. En el bosque, cabe Balbinów... Al mismito camino. Debía de venir de Powojowice, don Peter. El suelo, allá, pleno estaba de güellas de cascos. A lo visto le saltaron muchos encima...

—¿Quiénes?

—Nadie sabe —se encogió de hombros Matías Wirt—. Bandidos, seguro...

—¿Bandidos? ¿Y los bandidos no se llevaron al caballo? No puede ser.

—¿Y quién sabe lo que puede ser y lo que no? —se encogió de hombros Von Bischofsheim—. Los criados del señor Der y los míos propios rebuscan por los bosques, igual prenden a alguien. Y también al estarosta hicimos avisar. Acudirán los hombres del estarosta, abrirán las pesquisas, buscando *cui bono*^[74]. Es decir, quién tuviera motivo para darle muerte y hubiera provecho de ello.

—¿No habrá sido —habló con voz venenosa Walpot von Der— algún usurero en resarcimiento por una usura no pagada? ¿O puede que algún compadre del tinte, gozoso de librarse de la competencia? ¿O algún cliente, al que le burlaran tres miserables grosches? Sí, así es, así se termina cuando se olvida el nacimiento y compadrea uno con la bellaquería. Si se juega a ser mercader. Si con alguien bebes vino, su mismo camino. ¡Tate, tate! Dite a un caballero como esposa, hija, y agora eres viuda de un...

Se calló de pronto y Reynevan comprendió que era a causa de su mirada. La desesperación y la rabia luchaban con fiereza en su interior, unas veces una ganaba, otras la otra. Con un último esfuerzo de voluntad consiguió controlarse, pero le temblaban las manos. La voz también.

—¿No se vio acaso por los alrededores a cuatro jinetes? —extrajo de sí—. ¿Armados? Uno alto, con bigotes, vestido con una brigantina... Uno pequeño, con granos en la jeta...

—Se vieron —dijo inesperadamente el párroco—. Ayer, en Wawolnica, cabe la iglesia. Justito cuando doblaban al Ángelus... Oh, qué bizarro aspecto los bellacos tenían. Cuatro. Verdaderamente, los Jinetes del Apocalipsis.

—¡Lo supe! —gritó Griselda con una voz ronca y gastada del llanto, clavando en Reynevan una mirada digna de un basilisco—. ¡Lo supe nomás te viera, granuja! ¡Fue por ti! ¡Por tus pecados y malas obras!

—Otro Von Bielau. —Walpot Der hizo énfasis en el título—. También noble. Éste, para variar, de sanguijuelas y lavativas.

—¡Granuja, sinvergüenza! —gritó Griselda cada vez más fuerte—. ¡Quién fuera que matara al padre de estos niños, por tus huellas venía! ¡La desgracia es culpa tuya! ¡A tu hermano no trajiste sino vergüenza y embarazo! ¿Qué buscas aquí? ¿Te huele acaso ya la herencia, cuervo? ¡Vete de aquí! ¡Vete de mi casa!

Reynevan contuvo a duras penas el temblor de sus manos. Pero no alzó la voz. Ardía por dentro de rabia y furia, lo ahogaba el deseo de gritarles a los Der a la cara lo que pensaba de toda su familia, que podían jugar a ser señores sólo gracias al dinero que ganaba el batán de Peterlin. Pero se contuvo. Peterlin ya no vivía. Yacía allí muerto, con ducados húngaros en los ojos, en el salón de su propia casa, entre velas ardientes, sobre unas andas, sobre un paño rojo. Peterlin no vivía. Era indigno, repugnante, pelearse y reñir delante de su cuerpo, el solo pensamiento lo repelía. Además, Reynevan tenía miedo de que en cuanto abriera la boca se fuera a echar a llorar.

Salió sin decir palabra.

El luto y la aflicción flotaban en toda la casa de Balbinów. Todo estaba vacío y silencioso, los criados se habían escondido en algún lugar, sabedores de que era mejor no ponerse a mano de los doloridos amos sumidos en su pena. Ni siquiera los perros ladraban. De hecho, no se veía a ningún perro. Excepto...

Se limpió los ojos aún llenos de lágrimas. El dogo sentado entre el establo y los baños no era un fantasma. No tenía ninguna intención de desaparecer.

Con fuerte paso, Reynevan atravesó el patio, entró en el edificio por el lado de los tinglados. Pasó a lo largo del corredor de las vacas —el edificio era al mismo tiempo vaqueriza y cochiguera—, llegó al cobertizo de los caballos. En un rincón de aquel cobertizo donde por lo general solía estar el caballo de Peterlin, hurgando con un puñal en el barro de la pared, estaba, arrodillado entre la paja limpia de grano, Urban Horn.

—Lo que estás buscando no está aquí —dijo Reynevan, asombrado él mismo de su serenidad. Horn, curiosamente, no parecía estar sorprendido en absoluto. Lo miró a los ojos sin levantarse.

—Lo que buscas estaba oculto en otro escondrijo. Pero ya no existe. Se quemó.

—¿Cierto?

—Cierto.

Reynevan sacó de su bolsillo el fragmento de papel quemado, lo arrojó con torpeza sobre el suelo. Horn seguía sin levantarse.

—¿Quién mató a Peterlin? —Reynevan dio un paso—. ¿Kunz Aulock y su banda por orden de los Sterz? ¿Y mataron también al señor Bart von Karczyn? ¿Qué tienes tú que ver con esto, Horn? ¿Por qué estás aquí, en Balbinów, sólo medio día después de la muerte de mi hermano? ¿Por qué conoces su escondrijo? ¿Por qué buscas en él los documentos que se quemaron en Powojowice? ¿Y qué documentos eran éstos?

—Huye de aquí, Reinmar —dijo Urban Horn, alargando las palabras—. Huye de aquí, si quieres seguir viviendo. No esperes siquiera al entierro de tu hermano.

—Primero me responderás a mis preguntas. Comienza por lo más importante: ¿qué es lo que te une con el asesinato? ¿Qué te une con Kunz Aulock? ¡Y no se te ocurra mentir!

—No tengo intención ni de mentir, ni de responder. Para tu bien, al fin y al cabo. Puede que esto te sorprenda, pero ésta es precisamente la verdad.

—Te obligaré a que me respondas. —Reynevan dio un paso y tomó el puñal—. Te obligaré, Horn. Si hace falta, por la fuerza.

El que Horn acababa de silbar sólo lo atestiguaba el fruncimiento de sus labios, porque no se escuchó sonido alguno. Al menos para Reynevan. Puesto que al instante algo lo golpeó con terrible fuerza en el pecho. Cayó al suelo. Asfixiado por el peso, abrió los ojos y se encontró con el morro lleno de ristras de dientes del dogo Belcebú junto a su cara. La saliva del perro le goteaba sobre el rostro, el hedor le provocaba náuseas. Unos ladridos feroces y roncós lo paralizaron de miedo. Urban Horn apareció en su campo visual, sujetando bajo su axila el papel quemado.

—No me puedes obligar a nada, muchacho. —Horn se colocó su chapirón en la cabeza—. Pero escucharás sin embargo lo que te diré de buena voluntad. Bueno, hasta por amistad. Belcebú, no te muevas.

Belcebú no se movió. Aunque estaba claro que tenía muchas ganas.

—Por amistad —repitió Horn— te aconsejo entonces, Reinmar: huye. Desaparece. Haz caso al consejo del canónigo Beess. Porque me juego el cuello a que te aconsejó, te dio instrucciones, de cómo salir de este lío en el que te has metido. No se desprecian, muchacho, las instrucciones y órdenes de personas como el canónigo Beess. Belcebú, no te muevas.

»Siento infinitamente lo de tu hermano —dijo Urban Horn—. No sabes siquiera cuánto. Adiós. Y cuídate.

Cuando Reynevan abrió los ojos, que había tenido cerrados bajo el morro de Belcebú que casi le tocaba la cara, en el establo ya no quedaba nadie. Ni el perro, ni Horn.

Encorvado sobre la tumba de su hermano, Reynevan se encogió y tembló de

miedo. Vertió a su alrededor sal mezclada con cenizas de avellano y con voz temblorosa repitió el encantamiento. Creyendo cada vez menos en su eficacia.

Wirfe saltze, wirfe saltze

Non timebis a timore nocturno^[75]

Ni a la pestilencia, ni al huésped de las tinieblas

Ni al demonio,

Wirfe saltze, wirfe saltze

Los monstruos acechaban y metían jaleo en la oscuridad. Aunque era consciente del riesgo y del tiempo perdido, Reynevan esperó al entierro del hermano. No consintió, pese a los esfuerzos de la cuñada y de su familia, que le impidieran velar el cadáver, tomó parte en las exequias, asistió a la misa. Estuvo allí cuando, en presencia de la sollozante Griselda, el párroco y una pequeña comitiva, enterraron a Peterlin en el cementerio que había a espaldas de la antiquísima iglesia de Wawolnica. Sólo entonces se marchó. Es decir, fingió marcharse.

Cuando cayó la noche, Reynevan se apresuró a ir al cementerio. Desplegó sobre la nueva tumba su instrumental de hechicería, que consiguió completar, curiosamente, sin demasiados problemas. La parte más antigua de la necrópolis wawolniciana se hallaba pegada a una cueva regada por el río, el suelo estaba un tanto más bajo allí, lo que le permitió sin mayores problemas llegarse hasta las tumbas más antiguas. Así que en el arsenal mágico de Reynevan había hasta un clavo de féretro y un dedo de cadáver.

Sin embargo, no ayudó ni el dedo de muerto, ni el tojo, la salvia y el crisantemo que había arrancado junto a la tapia del cementerio, ni el hechizo murmurado junto al ideograma grabado en la tumba con el torcido clavo de féretro. El espíritu de Peterlin, en contra de lo que aseguraban los libros mágicos, no se alzó de la tumba en forma etérea. No habló. No hizo señales.

Si tuviera aquí mis libros, pensó Reynevan, desesperado y cansado de los numerosos intentos. Si tuviera el *Lemegeton* o el *Necronomicon*... Un cristal de venecia... Algo de mandragora... Si tuviera acceso a mi alambique y pudiera destilar un elixir... Si pudiera...

Pero por desgracia, los grimorios, el cristal, la mandragora y el alambique estaban lejos, en Olesnica, en el monasterio de los agustinos. O, lo que era más probable, en manos de la Inquisición.

Una tormenta venía acercándose con rapidez desde el horizonte. El retumbar de los truenos que acompañaba a los relámpagos en el cielo cobraba cada vez mayor fuerza. El viento se detuvo por completo, el aire se volvió muerto y pesado como un

sudario. Debía de ser casi la medianoche.

Y entonces comenzó.

Otro rayo iluminó la iglesia. Reynevan contempló con aprensión cómo todo el campanario estaba completamente cubierto de seres parecidos a arañas, que se arrastraban hacia arriba y hacia abajo. Ante sus ojos algunas cruces del cementerio se agitaban y se inclinaron a un lado, una de las tumbas más lejanas se removi6 con fuerza. De la oscuridad de la cueva le llegó el crujido de lápidas que se rompían, luego se escuchó un ruidoso chasquido. Y luego aullidos.

Cuando derramó sal a su alrededor, las manos se le agitaban como si tuviera un ataque de fiebre y los labios apenas se dejaron obligar a balbucear la fórmula de un hechizo.

El mayor movimiento se concentraba hacia la cueva, en la parte más antigua y cubierta de alisos del cementerio. Por suerte, Reynevan no veía lo que estaba pasando allí, ni siquiera los rayos eran capaces de extraer de las tinieblas algo más que unas formas y siluetas imprecisas. El oído, sin embargo, recibía poderosas sensaciones: los personajes que se arremolinaban por entre las viejas tumbas pateaban, gritaban, aullaban, silbaban, maldecían, y además palmeaban y chasqueaban los dientes.

Wirfe saltze, wirfe saltze...

Una mujer se reía con voz aguda y espasmódica. Una voz de barítono parodiaba con malignidad la liturgia de la misa, lo que era acompañado por las locas carcajadas de los demás. Alguien tocaba un tambor.

Un esqueleto surgió de las tinieblas. Anduvo un poco de acá para allá, por fin se sentó en una tumba, de tal modo que se sujetaba el cráneo con sus dos manos huesudas, caído. Junto a él se sentó al cabo de un rato un ser peludo de largos pies. El ser éste se rascaba los pies con saña, jadeando y suspirando. El pensativo esqueleto no le prestaba atención.

Una seta con pies de araña pasó por allí, detrás de ella vino andando como un pato algo que parecía verdaderamente un pelícano, pero que en lugar de plumas tenía escamas y un pico lleno de agudos colmillos.

De la tumba vecina saltó una enorme rana.

Y había allí también algo. Algo que, Reynevan podría haberlo jurado, lo observaba constantemente sin perderlo de vista. Algo que estaba del todo oculto en la oscuridad, invisible incluso ante el brillo de los relámpagos. Mas una atenta mirada le permitió advertir unos ojos brillantes como fuegos fatuos. Y largos dientes.

—*Wirfe saltze.* —Disipó ante sí la última sal que le quedaba—. *Wirfe saltze...*

De pronto atrajo su vista una mancha clara que se movía con lentitud. La siguió, esperando el próximo relámpago. Cuando brilló, contempló para su asombro a una muchacha vestida con un manto blanco, que arrancaba unas enormes y profundas ortigas de cementerio y las metía en una cesta. La muchacha también lo vio. Al cabo

de un instante de vacilación, dejó la cesta en el suelo. No prestó la mínima atención ni al extraño esqueleto ni al ser peludo, que se rascaba entre los dedos de sus grandes pies.

—¿Por placer? —preguntó la muchacha—. ¿O por necesidad?

—Eeeh... Por necesidad... —Reynevan controló su miedo, comprendió lo que estaba preguntando—. Un hermano... Un hermano me mataron. Está aquí enterrado...

—Ajá. —Se retiró los cabellos de la frente—. Y yo, como ves, recojo ortigas.

—Para tejer una camisa. —Él respiró al cabo, adivinando—. ¿Para unos hermanos transformados en cisne por un hechizo?

Ella guardó silencio largo rato.

—Qué raro eres —dijo al fin—. Las ortigas son para tela, cierto. Para una camisa. Mas no para mis hermanos. No tengo hermanos. Y si los tuviera no les dejaría jamás que se pusieran esa camisa.

Rió con ganas al ver su gesto.

—¿Y para qué andas platicando, Elisa? —habló la cosa dentada, invisible en la oscuridad—. ¿No es regar el mar? Al alba lloverá, deshará esa sal suya. Entonces se le roerá la cabeza.

—Eso no está bien —dijo, sin alzar la calavera, el extraño esqueleto—. Eso no está bien.

—Por supuesto que no —estuvo de acuerdo con él la muchacha que había sido llamada Elisa—. Pues si es Toledo. Uno de los nuestros. Y quedamos tan pocos de nosotros ya.

—Quería hablar con un difunto —anunció, como surgiendo de bajo la tierra, un enano con unos dientes superiores enormes. Era rechoncho como una calabaza, la desnuda barriga brillaba por debajo de un chaleco destrozado y demasiado pequeño para él—. Quería hablar con un difunto —repitió—. Con un hermano, que descansa enterrado aquí. Quería respuestas a las preguntas. Mas no las obtuvo.

—Entonces hay que ayudarle —dijo Elisa.

—Por supuesto —dijo el esqueleto.

—Claro, croa, croa —dijo la rana.

Brillaba el relámpago, retumbaba el trueno. Se alzó el viento, susurraba en las ramas, hacía girar el polvo y las hojas secas a su alrededor. Elisa cruzó sin vacilar la sal del suelo, le dio un fuerte empujón a Reynevan en el pecho. Éste cayó sobre la tumba, se golpeó la espalda con la cruz. Ante sus ojos relampagueó un brillo, luego se oscureció y por fin volvió a brillar, aunque esta vez era un relámpago. La tierra temblaba bajo su espalda. Y se removía.

A su alrededor se retorcían las sombras, bailaban las siluetas, dos círculos giraban alternativamente alrededor de la tumba de Peterlin.

—¡Barbelo, Hécate, Holda!

—¡*Magna Mater*^[76]!

—¡Eia!

El suelo bajo él se bamboleó y se inclinó con tanta pendiente que Reynevan se sujetó frenéticamente con ambas manos para no resbalar y caer. Las piernas buscaron sujeción en vano. Sin embargo, no cayó. Cánticos y sonidos le taladraban los oídos. Los ojos le estallaban en chispas.

*Veni, veni, venias,
¡Ne me mori, ne me mori, facias!
¡Hyrca! ¡Hyrca! ¡Nazaza!
¡Trillirivos! ¡Trillirivos! ¡Trillirivos*^[77]!

Adsumus, dice Parsifal, arrodillándose sobre el Grial. *Adsumus*, repite Moisés, doblado bajo el peso de las tablas de piedra que está bajando del monte Sinaí. *Adsumus*, dice Jesús, cayendo bajo la cruz. *Adsumus*, repiten a coro los caballeros reunidos a la mesa. ¡*Adsumus!* ¡*Adsumus!* Aquí estamos, Señor, reunidos en tu nombre.

El eco atraviesa el castillo como un trueno, como el sonido de una batalla lejana, como el golpe del ariete sobre la puerta de la fortaleza. Y desaparece poco a poco entre los oscuros corredores.

Se acerca el *Viator*^[78], el Vagabundo, dice la joven muchacha del rostro de zorro y los ojos hundidos, adornada con una corona de verbena y trébol. Alguien se va, alguien viene. ¡*Apaga! Flumen immundissimum, draco maleficus*^[79]... No preguntes su nombre, es un secreto. De aquello que devora sale aquello que se alimenta, y del fuerte sale el dulce. ¿Y quién es culpable? Aquél que la verdad la habla.

Serán reunidos, apresados en una mazmorra; serán en cerrados en una prisión y al cabo de muchos años serán castigados. Guárdate del Treparnscos, guárdate del murciélago, guárdate del demonio que arrasa el sur, y guárdate de aquello que anda en la oscuridad. Amor, dice Hans Mein Igel, el amor salvará tu vida. Lo lamentas, pregunta la muchacha que huele a menta y ácoro. ¿Lo lamentas? La muchacha está desnuda, desnuda con la desnudez de la inocencia, *nuditas virtualis*^[80]. Apenas se la ve en la oscuridad. Pero está tan cerca que se siente su calor.

Un sol, una serpiente y un pez. Serpiente, pez, sol metidos en un triángulo. Se derrumba la Narrenturm, cae en ruinas la *turris fulgurata*^[81], la torre herida por el rayo. El pobre loco cae de ella, vuela hacia abajo, hacia el abismo. Yo soy ese loco, le pasa a Reynevan por la cabeza, loco y trastornado, yo soy quien está cayendo, hundiéndose en el precipicio, en el fondo.

Un hombre, envuelto en llamas, corriendo y gritando por una nieve nueva. Una iglesia ardiendo.

Agitó la cabeza para expulsar la visión. Y entonces, a la luz de otro relámpago, vio a Peterlin.

El fantasma, inmóvil como una estatua, brilló de pronto con una luz innatural. Reynevan vio que la luz, como si fueran los rayos de sol a través de las paredes agujereadas de una choza, surgía por las múltiples heridas en el pecho, el cuello y la barriga.

—Dios, Peterlin... —gimió—. Qué horrible... ¡Pagarán por ello, te lo juro! Te vengaré... Te vengaré, hermano... Lo juro...

La aparición realizó un brusco gesto. A todas luces negando, prohibiendo. Sí, aquel era Peterlin, nadie aparte de padre gesticulaba así cuando negaba algo o prohibía algo, cuando castigaba al pequeño Reynevan por sus travesuras o locos pensamientos.

—Peterlin... Hermano...

El mismo gesto, todavía más brusco, más violento, más apremiante. Sin dejar lugar a dudas. La mano señalaba hacia el sur.

—Vete —habló la aparición con la voz de Elisa, la de las ortigas—. Huye, pequeño. Lejos. Lo más lejos posible. Al otro lado de los bosques. Antes de que te trague la mazmorra de la Narrenturm. Huye, corre a través de las montañas, salta sobre las colinas, *saliens in montibus, transiliens colles*.

La tierra se agitó rabiosa. Y todo terminó. Se hundió en la oscuridad.

La lluvia lo despertó al alba. Yacía sobre la tumba del hermano, de espaldas, inmóvil y entumecido, las gotas le caían sobre el rostro.

—Permíteme, mozuelo —dijo Otto Beess, canónigo de San Juan Bautista, prepósito del capítulo de Wroclaw—. Permite que recapitule en pocas palabras lo que me acabas de contar y que ha provocado que haya dejado de creer a mis propios oídos. Así que Conrado, obispo de Wroclaw, teniendo la ocasión de darles para el pelo a los Sterz, que lo odian con pasión y a los que él odia, no va a hacer nada. Teniendo pruebas casi irrefutables de que los Sterz están mezclados en una venganza de familia y en un asesinato, el obispo Konrad no va a actuar de forma alguna. ¿No es así?

—Exactamente así —repuso Guibert Bancz, secretario del obispo de Wroclaw, un joven clérigo de hermosos rasgos, limpio cutis y suaves ojos de terciopelo—. Así se ha decidido. Ninguna acción en contra de la familia de los Sterz. Ni siquiera una amonestación. Ni una audiencia. Decidiólo el obispo en presencia de su excelencia el sufragáneo Tylman. Y con la aquiescencia del caballero al que le fueron confiadas las pesquisas. El que llegó hoy por la mañana a Wroclaw.

—El caballero —repitió el canónigo, con la vista fija en un cuadro que mostraba

el martirio de San Bartolomé, la única decoración de las severas paredes de la habitación, aparte de las estanterías sobre las que había un candelabro y un crucifijo—. El caballero que llegó hoy por la mañana a Wroclaw.

Guibert Bancz tragó saliva. La situación, para qué decir otra cosa, no era para él precisamente cómoda. Nunca lo era. Y nada apuntaba a que fuera a cambiar.

—Precisamente. —Otto Beess tamborileó con los dedos en la mesa, parecería que concentrado únicamente en el santo atormentado por los armenios—. Precisamente. ¿Quién es ese caballero, hijo? ¿Nombre? ¿Familia? ¿Escudo?

—Ejem. —El clérigo carraspeó—. No se mencionó ni su nombre ni su familia... Y no llevaba escudo, iba vestido todo de negro. Mas yo ya le vi algo otra vez en casa del obispo.

—¿Qué aspecto tenía entonces? No te hagas de rogar.

—No era viejo. Alto, delgado... Los cabellos negros hasta los hombros. Nariz larga, como un pico... *Tandem*^[82] mirada casi... de pájaro... Inquisitivo... *In summa*^[83], no se puede decir que sea guapo... Pero sí masculino...

Guibert Bancz se interrumpió de improviso. El canónigo no volvió la cabeza, ni siquiera dejó de tamborilear con los dedos. Conocía los ocultos gustos eróticos del clérigo. Y el que los conociera le permitía hacer de él su informante.

—Sigue hablando.

—El tal caballero recién llegado, el cual, hablando en plata, no mostró en presencia del obispo ni humildad ni siquiera embarazo, dio relación de las pesquisas acerca de las muertes de los señores Bart de Karczyn y Peter von Bielau. Y la tal relación fue tal que su excelencia el sufragáneo no aguantó en cierto momento y comenzó a reírse...

Otto Beess alzó las cejas sin decir palabra.

—Dijo el tal caballero que culpables son los judíos, puesto que en las cercanías del lugar de ambos crímenes podía olerse el *foetor judaicus*, el verdadero hedor de los judíos... Como de todos es sabido, para librarse de ese tufo beben los hebreos sangre cristiana. El crimen, continuó el caballero, sin importarle que el venerable Tylman casi estallaba de la risa, lleva pues toda las trazas de ser un crimen ritual y los culpables han de ser buscados en las aljamas más cercanas, sobre todo en la de Brzeg. puesto que al rabino de Brzeg se lo vio en los alrededores de Strzelin, y además en compañía del joven Reinmar de Bielau... Lo que ya sabe vuestra excelencia...

—Lo sé. Sigue hablando.

—Ante tal *dictum*^[84] el venerable sufragáneo Tylman declaró que eso era un cuento, que ambas personas murieron a causa de espada. Que el señor Albrecht von Bart fortachón era y espadachín consumado. Que ningún rabino de Brzeg o de cualquiera otro lugar podría con el señor de Bart ni siquiera si se hubieran pegado por el Talmud. Y volvió a reírse hasta que se le saltaron las lágrimas.

—¿Y el caballero?

—Dijo que si no habían sido los judíos los que habían matado a los dos buenos señores Bart y Pedro de Bielau, entonces lo habría hecho el diablo. Lo que en suma era lo mismo.

—¿Y qué dijo a ello el obispo Conrado?

—Su señoría —respondió el clérigo— atravesó con la mirada al venerable Tylman, enfadado, como se veía a todas luces, de su regocijo. Y habló al punto. Muy severo, serio y oficial, me ordenó escribirlo...

—Congeló las pesquisas —lo adelantó el canónigo, pronunciando muy lentamente las palabras—. Simplemente congeló las pesquisas.

—Como si hubierais estado delante. Y el venerable sufragáneo Tylman se quedó sentado y no dijo ni palabra, mas el gesto lo tenía extraño. El obispo Conrado se dio cuenta y dijo, con furia, que la razón estaba de su parte, que la historia lo corroboraría y que esto era *ad maiorem Dei gloriam*^[85].

—¿Así dijo?

—Con estas palabras. Por eso no vayáis con este asunto al obispo, venerable padre. No arreglaréis las cosas. Y aparte de ello...

—¿Aparte de ello qué?

—Dijo al obispo el tal caballero que él exigía ser informado si alguien, en lo tocante a los dos crímenes, invocara, realizara peticiones o pidiera que continuaran las pesquisas.

—Él exige —repitió Otto Beess—. ¿Y que dijo a esto el obispo?

—Asintió con la cabeza.

—Asintió con la cabeza —repitió el canónigo, asintiendo a su vez con la cabeza—. Vaya, vaya. Conrado, un Piasta de Olesnica, asintió con la cabeza.

—Lo hizo, venerable padre.

Otto Beess miró de nuevo el cuadro, al martirizado Bartolomé, del que los armenios arrancaban largas tiras de piel con ayuda de enormes tenazas. Si había que creer *La leyenda áurea* de Jacob da Vorágine, pensó, en el lugar del martirio se alzó un maravilloso olor a rosas. Seguro. Las torturas apestan. En los lugares de tortura hay hedor, tufo, fetidez. En todos los lugares de tortura y ejecución. También en el Gólgota. Allí también, me juego la cabeza, no hubo rosas. Hubo, qué acertado, *foetor judaicus*^[86].

—Por favor, muchacho. Toma.

El clérigo, como de costumbre, primero tomó la bolsa, luego retiró la mano bruscamente, como si lo que el canónigo le ofreciera fuera un escorpión.

—Venerable padre... —balbucee—. Yo no... No por un puñado de oro... Sino por...

—Toma, hijo, toma —lo interrumpió el canónico con una sonrisa protectora—. Te

he dicho ya en otras ocasiones que un informador ha de tener su recompensa. Cuídate sobre todo de aquéllos que informan gratis. Por la idea. Por el miedo. Por el odio y la envidia. Ya te lo he dicho antes: más que por la traición, a Judas se lo desprecia porque traicionó barato.

La tarde era soleada y cálida, una agradable variación después de algunos días de lluvia. Brillaba al sol la torre de la iglesia de María Magdalena, brillaban los tejados de las casas. Guibert Bancz se estiró. Se había quedado helado en casa del canónigo. La habitación era oscura, las paredes exudaban frío.

Aparte de la sede en la casa capitular de la Isla de la Catedral, el prepósito Otto Beess tenía otra casa en Wroclaw, en la calle de los Zapateros, no lejos de la plaza del mercado, allí solía recibir a aquéllos cuyas visitas no debían ser conocidas, entre ellos, por supuesto, a Guibert Bancz. Así que Guibert Bancz se propuso aprovechar la ocasión. No le apetecía volver a la Isla, era poco probable que el obispo lo necesitara antes de las vísperas. Y desde la calle de los Zapateros no había más que un paso hasta cierta taberna conocida del clérigo en el Mercado de los Pollos. En aquella taberna se podía gastar algo del dinero recibido del canónigo. Guibert Bancz creía a pie firme que librándose del dinero se libraba del pecado.

Mordisqueando una rosquilla que compró en un puesto callejero, se metió en un oscuro callejón con la intención de acortar el camino. Reinaba el silencio y no había nadie, tanto que sus pies espantaron a las ratas asombradas de la aparición del ser humano.

Escuchó el susurro de unas plumas y un aleteo. Se dio la vuelta y vio un enorme treparriscos que se apoyaba desmañadamente en un friso sobre una ventana tapiada. Dejó caer la rosquilla, retrocedió bruscamente, dio un salto atrás.

Ante sus ojos el pájaro se deslizó pared abajo, sujetándose con las garras. Pareció disolverse. Creció. Y cambió su forma. Bancz quiso gritar, pero no acertó a extraer ni un sonido de su encogida garganta.

Allí donde hacía un momento había habido un treparriscos, ahora estaba el caballero conocido del clérigo. Alto, delgado, de cabello moreno, vestido de negro, con penetrante mirada de pájaro.

Bancz abrió de nuevo la boca y de nuevo no consiguió extraer de ella nada excepto un chirrido. El caballero Treparriscos se acercó con ligereza. Cuando estuvo muy cerca sonrió, encogió los labios, enviando al clérigo un beso muy erótico. Antes de que el clérigo comprendiera lo que estaba pasando, captó con el ojo el brillo de un filo, recibió un pinchazo en el vientre, la sangre fluyó por el muslo. Recibió un segundo pinchazo, en el costado, el puñal crujió contra las costillas. Su espalda se dio contra el muro, la tercera punzada casi lo clavó a la pared.

Ahora hubiera podido por fin gritar y lo hubiera hecho, pero no pudo. El treparriscos se acercó y, de un largo tajo, le cortó la garganta.

Unos mendigos hallaron el cadáver que yacía en un charco negro. Antes de que apareciera la guardia de la villa acudieron también los mercaderes y comerciantes del Mercado de los Pollos.

El espanto flotaba sobre el lugar del crimen. Un espanto horroroso, que aplastaba, que revolvió las tripas. Un espanto terrible.

Tan terrible, que hasta el momento en que llegó la guardia, nadie se atrevió a robar la bolsa de dinero que le asomaba al muerto de la boca rajada y hecha más grande con el cuchillo.

—*Gloria in excelsis Deo* —entonó el canónigo Otto Beess, bajando las manos unidas e inclinando la cabeza ante el altar—. *Et in térra pax hominibus bonae uoluntatis*^[87]...

Los diáconos estaban de pie a ambos costados, se unieron al cántico con voz contenida. Otto Beess, prepósito del capítulo de Wroclaw, continuaba celebrando la misa. Continuaba de forma mecánica, rutinaria. Con los pensamientos en otro lugar.

*Laudamus te, benedicimus te, adoramus te,
glorificamus te, gradas agimus tibi*^[88]...

Habían matado al clérigo Guibert Bancz. A pleno día, en el centro de Wroclaw. Y el obispo Conrado, que congeló las pesquisas sobre el asesinato de Peterlin von Bielau, también con toda seguridad congelará las investigaciones sobre el asunto de su secretario. No sé que está pasando. Mas hay que cuidar de la propia seguridad. Nunca, en ningún caso, dar pretexto ni ocasión. Ni dejarse sorprender.

El cántico se elevaba hasta los altos techos de la catedral de Wroclaw.

*Agnus Dei, Filius Patris,
qui tollis peccata mundi,
miserere nobis;
qui tollis peccata mundi,
suscipe deprecationem nostram*^[89]...

Otto Beess se arrodilló ante el altar.

Espero, pensó, mientras hacía la señal de la cruz, espero que Reynevan tuviera tiempo... Que esté ya en lugar seguro. Lo espero de verdad...

—*Miserere nobis*...

La misa continuaba.

Cuatro jinetes galopaban por la carretera, junto a una cruz de piedra, una de las

muchas que en Silesia servían de recordatorio de crimen y arrepentimiento. El viento arreciaba, la lluvia golpeaba, el barro salpicaba bajo los cascos. Kunz Aulock, llamado Kirieleisón, maldijo, limpiándose el agua del rostro con un guante mojado. Stork de Gorgowitz lo imitó debajo de su capucha, por la que todavía fluía el agua con más fuerza. Walter de Barby y Sybko de Kobelau ya no tenían ganas ni de maldecir. Al galope, pensaban, cuanto antes bajo algún techo, a alguna posada, al calor, lugar seco y cerveza caliente.

El barro salpicó desde sus cascos manchando a una figura que ya de por sí estaba suficientemente manchada, encogida junto a la cruz y cubierta con una capa. Ninguno de los jinetes prestó atención a la figura.

Tampoco Reynevan alzó siquiera la cabeza.

Capítulo noveno

En el que aparece Scharley.

El prior del monasterio de los carmelitas de Strzegom era delgado como un esqueleto; su complexión, su seco cutis, su barba desmañadamente afeitada y su larga nariz lo hacían parecido a una garza desplumada. Cuando miró a Reynevan, entrecerró los ojos, cuando volvió a leer la carta de Otto Beess, alzó el papel hasta una distancia de dos pulgadas de la nariz. Las manos huesudas y grises le temblaban constantemente, la boca se torcía cada dos por tres a causa del dolor. Sin embargo, el prior no era viejo. Se trataba de una enfermedad que Reynevan conocía y había visto, una enfermedad que carcomía como la lepra, sólo que invisible, desde el interior. Una enfermedad contra la que eran inútiles todos los medicamentos y hierbas, contra la que sólo la magia más potente producía resultados. Aunque, ¿qué más daba el que produjera resultados? Incluso si alguien sabía cómo curar, no iba a curar a nadie, porque los tiempos eran tales que el enfermo recién sanado podía llegar a denunciar al médico.

El prior lo arrancó de sus pensamientos con un carraspeo.

—¿Y no más que para tal cosa, mozuelo —alzó la carta del canónigo de Wroclaw—, anduviste esperando mi regreso? ¿Cuatro días enteros? ¿Sabiendo que el padre guardián quedaba como plenipotenciario en tanto el tiempo de mi ausencia?

Reynevan se limitó a asentir con la cabeza. Referirse a la exigencia de entregar la carta al propio prior en persona era algo tan evidente que no merecía ser mencionado. Y si se trataba de los cuatro días transcurridos en la aldea junto a Strzegom, tampoco valía la pena hablar de ello, pues habían pasado sin saber cómo. A la manera de sueños. Desde la tragedia de Balbinów, Reynevan se sentía todavía como en sueños. Embotado, confuso y apenas medio consciente.

—Estuviste esperando —afirmó el hecho el prior— para darme la carta en propia mano. ¿Y sabes qué, mozuelo? Que muy bien que esperaras.

Reynevan no contestó nada tampoco. El prior volvió a la carta, acercándosela casi hasta la misma nariz.

—Sí... —dijo por fin, alargando las palabras, alzando la vista y guiñando los ojos—. Sabía que habría de llegar el día en que el venerable canónigo me recordara mi deuda. Y se acordara del pago. Con un interés de usurero. El cual, hablando claro, la Iglesia prohíbe cobrar. Pues bien lo dice el Evangelio de Lucas: prestad sin esperar a nada. ¿Crees sin paliativos en lo que manda creer la Santa Madre Iglesia, mozuelo?

—Sí, reverendo padre.

—Ésa es una virtud digna de alabanza. Sobre todo en los tiempos que corren. ¿Sabes dónde estás? ¿Sabes qué es este lugar? ¿Aparte de monasterio?

»No lo sabes —supuso el prior a partir de su silencio—. O finges hábilmente que no lo sabes. Esto es una casa de deméritos. Seguro que tampoco sabes lo que sea una casa de deméritos o finges no saberlo con la misma habilidad. Te lo diré: es una cárcel.

El prior guardó silencio, juntó las manos, miró a su interlocutor. Reynevan, se entiende, hacía ya mucho que había adivinado de lo que se trataba, pero no quería revelarlo. No quería quitarle al carmelita el placer que era evidente que le producía el conducir la conversación de aquella manera.

—¿Sabes —continuó el monje al cabo— qué es lo que se permite pedirme en esta carta su excelencia el canónigo?

—No, reverendo padre.

—Ese desconocimiento te disculpa en cierto modo. Pero puesto que yo sé, a mí no me puede disculpar nada. Por eso, si rechazo su petición, mi acción será disculpada. ¿Qué dices a eso? ¿Acaso mi lógica no es digna de un Aristóteles?

Reynevan no contestó. El prior guardó silencio. Durante mucho tiempo. Luego prendió la carta del canónigo al fuego de una vela, le dio la vuelta de tal modo que las llamas estallaron y la tiró al suelo. Reynevan vio cómo el papel se retorció, se ennegrecía y se desintegraba. Ahí, convirtiéndose en cenizas, está mi esperanza. Tardía, al fin y al cabo, sin sentido, vana. Puede que sea mejor así. Que suceda lo que haya de suceder.

El prior se levantó.

—Ve al hermano dispensador —dijo corto y seco—. Que te dé de comer y de beber. Luego te metes en nuestra iglesia. Allí encontrarás a quien tienes que encontrar. Se darán las órdenes precisas, podréis abandonar el monasterio sin obstáculos. El canónigo Beess en su carta remarcó que ambos os disponéis a comenzar un viaje a tierras lejanas. Por mi parte añado que está bien que sean lejanas. Se cometería un terrible error si fueran demasiado cercanas. Y se volviera demasiado pronto.

—Os lo agradezco, excelencia.

—No agradezcas. Si acaso a alguno de vosotros os asaltara el pensamiento de pedirme que os bendiga para el camino antes de ir, olvidadlo.

La pitanza en el monasterio de los carmelitas de Strzegom era, ciertamente, propia de una cárcel. Reynevan, sin embargo, estaba demasiado decaído y apático como para degustar nada. Y además, para qué hablar, se encontraba demasiado hambriento como para hacerle ascos al arenque salado, a unas gachas sin grasa y a una cerveza que sólo se diferenciaba del agua por el color, y esto no mucho. ¿O es que estaban precisamente en tiempo de ayuno? No lo recordaba.

Así que comió con viveza y aplicación, cosa que el viejo dispensador contempló con evidente gusto, sin duda acostumbrado a encontrarse con mucho menor

entusiasmo por parte de sus huéspedes. Apenas Reynevan había dado cuenta de un arenque, el sonriente monje le regaló con otro sacado directamente del barril. Reynevan decidió aprovechar aquel acto de amistad.

—Vuestro monasterio es una verdadera fortaleza —habló con la boca llena—. Y no es de asombrarse, puesto que sé para lo que sirve. Mas guardia armada no tenéis. De los que aquí andan penitenciando, ¿no huyó ninguno nunca?

—Ay, hijo, hijo. —El dispensador meneó la cabeza ante su inocente estupidez—. ¿Huir? ¿Y para qué? No olvides quién penitencia aquí. A cada uno dellos algún día se le acabará la penitencia. Y aunque ciertamente ninguno dellos penitencia aquí *pro nihilo*^[90], el fin de la penitencia borra la culpa. *Nullum crimen*, todo vuelve a la norma. ¿Y un huido? Estaría poniendo el punto final a sus días.

—Entiendo.

—Eso está bien, porque no me está permitido hablar acerca dello. ¿Más gachas?

—Con gusto. Y los tales penitentes, por curiosidad, ¿por qué cosa penitencian? ¿Por qué pecados?

—No me está permitido hablar dello.

—No de personas concretas pregunto. Sólo así, en general.

El dispensador tosió y miró a su alrededor temeroso, sin duda, de los testigos, puesto que en una casa de deméritos hasta las sartenes y las ristras de ajos colgadas de las paredes de la cocina podían tener oídos.

—Ay —dijo en voz baja, limpiándose en el hábito las manos manchadas de grasa de los arenques—. Por diversas cosas penitencian, hijo, por diversas. Más que nada curas pecaminosos. Y monjes. A los que los votos se les hicieron demasiado pesados. Tú mismo te lo imaginas: voto de obediencia, de humildad, de pobreza... También de abstinencia y moderación... Como se dicen, *plus bibere, quam orare*^[91]. También, por desgracia, del voto de pureza...

—*Femina* —adivinó Reynevan— *instrumentum diaboli*.

—Si sólo fueran féminas... —suspiró el dispensador, alzando los ojos—. Ah, ah... Una inmensidad de pecado, una inmensidad... No se puede negar... Mas hay aquí asuntos más serios... Ay, más serios... Pero hablar de ello no me está permitido. ¿Has terminado de comer, hijo?

—Terminé. Gracias. Estaba muy rico.

—Pasa por aquí cuantas veces quieras.

El interior de la iglesia estaba extraordinariamente oscuro, el brillo de las velas y la luz de las delgadas ventanas alcanzaba sólo al mismo altar, al tabernáculo, al crucifijo y al tríptico que representaba una *Depositio Christi*^[92]. El resto del presbiterio, toda la nave, los emporios de madera y la sillería estaban hundidos en una turbia semioscuridad. Puede que sea a propósito, se le ocurrió a Reynevan, puede que sea para que durante las oraciones los deméritos no se vean el rostro los unos a los

otros, para que no intenten adivinar los pecados y errores de los otros. Y compararlos con los propios.

—Estoy aquí.

Una voz sonora y profunda, que le llegó de una parte cubierta entre la sillería, en ella se apreciaban, era difícil librarse de aquella impresión, la gravedad y la dignidad. Pero con toda seguridad esto era obra del eco, resonando contra los artesonados del techo que se columpiaban entre las paredes de piedra. Reynevan se acercó.

La parte superior de un confesionario que exhalaba un débil olor a incienso y a aceite de lino la coronaba una imagen de la santa Ana con María en una rodilla y Jesús en la otra. Reynevan veía la imagen porque había un candil encendido. Como sólo iluminaba la imagen, el candil sumía los alrededores en unas tinieblas todavía más negras, por ello Reynevan sólo percibía los contornos del hombre que estaba dentro del confesionario.

—Así que a ti —dijo el hombre, despertando un nuevo eco— he de agradecer la oportunidad de recuperar mi libertad de movimientos, ¿no? Gracias entonces. Aunque me da a mí que más bien debiera agradecérselo a cierto canónigo de Wroclaw, ¿no es verdad? Y a los acontecimientos que tuvieron lugar... Venga, di, para que las cosas lleven su orden. Para que yo pueda estar seguro del todo de que hablo con la persona adecuada. Y de que esto no es un sueño.

—Dieciocho de julio, año dieciocho.

—¿Dónde?

—Wroclaw. Ciudad Nueva...

—Por supuesto —confirmó al cabo el hombre—. Por supuesto que en Wroclaw. ¿Dónde podría ser, si no allí? Vale. Acércate. Y adopta la posición adecuada.

—¿Qué?

—Arrodíllate.

—Me han matado a un hermano —dijo Reynevan, sin moverse del sitio—. A mí mismo me amenaza la muerte. Me persiguen, tengo que huir. Y antes tengo que resolver algunos asuntos. Y algunas cuentas pendientes. El padre Otto me aseguró que tú podrías ayudarme. Precisamente tú, quienquiera que seas. Pero no tengo intenciones de arrodillarme ante ti... ¿Cómo he de llamarte? ¿Padre? ¿Hermano?

—Llámame como quieras. Incluso tío. Me es completamente igual.

—No estoy para risas. Te dije, me mataron a un hermano. El prior dice que podemos irnos de aquí. Vayámonos entonces, dejemos este triste lugar, pongámonos en camino. Y en el camino te contaré lo que sea preciso. Y tan sólo lo que sea preciso.

—Te pedí —el eco de la voz del hombre resonó con aun mayor gravedad— que te arrodillaras.

—Y yo te dije: no pienso confesarme.

—Seas quien seas —dijo el hombre—, tienes dos caminos para elegir. Uno hacia mí, de rodillas. El otro por la puerta del monasterio. Sin mí, ha de entenderse. No soy un mercenario, muchacho, ni un esbirro a sueldo para solucionar tus asuntillos y venganzas. Soy yo, métetelo en la cabeza, quien decide qué es preciso saber y de qué forma. Al fin y al cabo, el problema está en la confianza mutua. Tú no confías en mí, así que, ¿cómo voy a confiar yo en ti?

—El que salgas de la cárcel me lo puedes agradecer a mí, precisamente —le respondió con descaro—. Y al padre Otto. Métete esto en la cabeza y no intentes hacerte el importante. Y poner condiciones. Porque no soy yo, sino tú, el que tiene que elegir. O vienes conmigo o te sigues pudriendo aquí. La decisión...

El hombre lo interrumpió golpeando sonoramente con los nudillos en la madera del confesionario.

—Has de saber —dijo al cabo— que las decisiones difíciles no son una novedad para mí. Pecas de orgullo al suponer que ello me da miedo. Esta mañana ni siquiera sabía de tu existencia; esta tarde, si fuera necesario, podría olvidarme de que existes. Te lo repito por última vez: o una confesión como muestra de confianza o adiós. Date prisa con tu elección, no queda mucho tiempo para la sexta. Y aquí se observa con rigor la liturgia de las horas.

Reynevan apretó los puños, luchando con unas terribles ganas de darse la vuelta y salir, salir al sol, al aire fresco, al verde y al espacio. Por fin, se contuvo. La razón venció.

—Ni siquiera sé —consiguió decir, mientras se arrodillaba sobre la pulida madera — si eres sacerdote.

—Eso no importa —en la voz del hombre del confesionario resonaba algo que parecía burla—. A mí sólo me interesa la confesión. No esperes la absolución.

—Ni siquiera sé cómo llamarte.

—Tengo muchos nombres —le llegó desde el otro lado de la rejilla, bajito, pero muy claro—. El mundo me conoce por diferentes nombres. Ahora que tengo la oportunidad de volver al mundo... habrá que elegir alguno... ¿Wilibald von Hirsau? Quizás, humm... ¿Benignus de Aix? ¿Pawel de Tinz? ¿Cornelius van Heemskerck? O puede... puede... ¿Maestro Scharley? ¿Qué te parece, muchacho, maestro Scharley? Va, venga, no pongas esa cara. Simplemente Scharley. ¿Te parece?

—Sí. Vayamos al grano. Scharley.

Apenas los imponentes portones dignos de una fortaleza del monasterio carmelita de Strzegom se cerraron tras ellos con estruendo, apenas ambos se alejaron de los mendigos y pedigüños aposentados junto a la entrada, apenas estuvieron a la sombra de los álamos del camino, Scharley dejó estupefacto a Reynevan total y completamente.

El hasta hacia poco demérito y prisionero, todavía un minuto antes sumido en un

silencio fascinante, enigmático, amargo y lleno de dignidad, rompió de pronto en una risa homérica, dio saltos de cabra, se tiró de espaldas sobre la hierba y se arrastró por ella como un gusano, gritando y riéndose alternativamente. Por fin, ante los ojos del asombrado Reynevan, su reciente confesor dio una voltereta, se levantó e hizo en dirección a la puerta un gesto enormemente obsceno con el brazo doblado. Y apoyó este gesto con una larga letanía de insultos e injurias extraordinariamente indecentes. Algunos iban dirigidos al prior en persona, otros al castillo de Strzegom, otros a la orden de los carmelitas como un todo y algunos eran de carácter general.

—No juzgaba —Reynevan tranquilizó al caballo, que se había asustado por la actuación— que hubiera sido tan terrible para ti.

—No juzguéis y no seréis juzgados. —Scharley se limpió la ropa—. Eso en primer lugar. En segundo, abstente piadosamente de hacer cualquier comentario. Por lo menos de momento. En tercero, apresurémonos a ir a la ciudad.

—¿A la ciudad? ¿Y para qué? Pensaba...

—No pienses.

Reynevan se encogió de hombros, espoleó al caballo por el camino. Fingió volver la cabeza, pero no pudo evitar el observar disimuladamente al hombre que iba andando junto al caballo.

Scharley no era muy alto, incluso un poquito más bajo que Reynevan, pero este detalle carecía de importancia porque el hasta hacía poco demérito era ancho de hombros, de robusta constitución y seguramente fuerte, lo que se podía concluir por los recios y musculosos antebrazos que le salían de unos guantes demasiado pequeños. Scharley no había estado dispuesto a dejar el Carmelo vestido con hábito, y la ropa que le habían dado era un tanto rara.

El rostro del demérito poseía unos rasgos bastante toscos, por no decir bastos. Eran sin embargo unos rasgos vivos, que cambiaban sin tregua, que adoptaban toda la gama de expresiones. Una nariz torcida y virilmente grande portaba signos de haber sido quebrada alguna vez, la punta de la barbilla llevaba huellas de una cicatriz aún visible. Los ojos de Scharley, verdes como el cristal de las botellas, eran muy extraños. Cuando se los miraba, la mano se aseguraba maquinalmente de que el monedero estaba en su sitio y los anillos en sus dedos. El pensamiento se iba con desasosiego a las mujeres e hijas que se habían dejado en casa, y la fe en la virtud femenina quedaba reducida a la ingenuidad que de por sí era. De pronto se perdía toda esperanza de recuperar el dinero prestado, la aparición de cinco ases en la baraja dejaba de asombrar, el sello auténtico al pie de un documento comenzaba a tener un aspecto de inmundicia y se comenzaba a oír un sospechoso ruido en los pulmones del caballo comprado a peso de oro. Esto era lo que se sentía cuando se miraba a los ojos de color verde botella de Scharley. En su mirada había decididamente mucho más de Hermes que de Apolo.

Pasaron junto a una gran superficie de huertos en los arrabales, luego junto a la capilla y el hospital de San Nicolás. Reynevan sabía que el hospicio lo regentaban los sanjuanistas, sabía también que la orden tenía una bailía en Strzegom. Al punto recordó al duque Kantner y su orden de dirigirse a Mala Olesnica. Y comenzó a preocuparse. Pues podía ser que se relacionase aquella vía con los sanjuanistas, por lo que aquel camino por el que iba no era el camino de un lobo perseguido. Dudaba que el canónigo Otto Beess alabara su elección. En aquel momento Scharley dio señal por vez primera de su agudeza. O también de su rara habilidad para leer el pensamiento.

—No hay motivo para preocuparse —dijo vivaracho y alegre—. Strzegom tiene más de dos mil habitantes, desapareceremos entre ellos como un pedo en una tormenta de nieve. Aparte de ello, estás bajo mi protección. Al fin y al cabo me he comprometido a ello.

—Todo el tiempo —respondió Reynevan al cabo del largo rato que necesitó para salir de su asombro—. Todo el tiempo me estoy preguntando cuánto significa para ti ese compromiso.

Scharley sonrió, mostrando sus blancos dientes a las recogedoras de lino que marchaban en dirección contraria. Eran éstas gallardas rapazas con camisas sobradamente desabrochadas que dejaban contemplar mucho de sus sudorosos y polvorientos encantos. Las rapazas eran más de una docena, pero Scharley les sonrió a todas una tras otra, con lo que Reynevan perdió la esperanza de escuchar una respuesta.

—La pregunta era de naturaleza filosófica —lo asombró el demérito, apartando la vista del redondo culito de la última de las recogedoras que subía y bajaba bajo la falda bañada en sudor—. A tales no acostumbro a contestar estando sobrio. Mas te lo prometo: te contestaré antes de que se ponga el sol.

—No sé si lo aguantaré. Igual estallo antes, de curiosidad.

Scharley no respondió, en vez de ello apresuró el paso de tal modo que Reynevan tuvo que obligar al caballo a un ligero trote. De este modo se encontraron rápidamente junto a la puerta de Swidnica. Al otro lado de ella, detrás de una banda de sucios peregrinos mascando a la sombra y de pordioseros cubiertos de pulgas, estaba ya Strzegom con sus calles estrechas, embarradas y apestosas llenas de gente.

Adondequiera que les dirigiera aquel camino y con el objetivo que fuera que lo estuvieran recorriendo, lo cierto era que Scharley lo conocía, puesto que los conducía seguro y sin vacilación. Atravesaron una callecilla en la que chasqueaban tantos telares que de seguro que era la calle de los Tejedores o de los Pañeros. Al poco se encontraron en una placita sobre la que se alzaba la torre de una iglesia. Por la placita —se podía ver y oler— no hacía mucho que había pasado una manada de vacas.

—Mira —dijo Scharley deteniéndose—. Una iglesia, una taberna, un burdel y en el medio, entre ellos, un montón de mierda. He aquí una parábola de la vida humana.

—Y decías —Reynevan hasta sonrió— que no filosofabas estando sobrio.

—Después de tan largo periodo de abstinencia —Scharley dirigió inequívocamente sus pasos hacia un callejón, en dirección a un puesto lleno de barriletes y jarras— hasta el mismo olor de una buena cerveza sirve para embriagarme. ¡Eh, buen hombre! ¡Rubia de Strzegom, por favor! ¡Del sótano! Si no te importa pagar, muchacho, puesto que yo, como dicen las Escrituras, *argentum et aurum non est mihi*^[93].

Reynevan bufó, pero echó sobre la tabla unos cuantos halleres.

—¿Me voy a enterar por fin de qué asunto fue el que te trajo hasta aquí?

—Te enterarás. Mas sólo cuando haya bebido por lo menos tres de estos asuntos.

—¿Y luego? —Reynevan frunció el ceño—. ¿A la recién mencionada mancebía?

—No lo excluyo. —Scharley alzó la jarra—. No lo excluyo, muchacho.

—¿Y qué más? ¿Tres días de libaciones para celebrar la libertad recuperada?

Scharley no respondió, pues estaba bebiendo. Sin embargo, antes de que levantara la jarra, le lanzó una mirada con los ojos fruncidos y aquel fruncimiento podía significar cualquier cosa.

—En verdad fue un error —comentó Reynevan serio, con la mirada clavada en la nuez del demérito, que se movía según iba tragando—. Puede que fuera un error del canónigo. O puede que mío, por haberle hecho caso. Por haberme juntado contigo.

Scharley bebía sin hacerle caso.

—Por suerte —siguió Reynevan—, se puede acabar fácilmente con todo esto. Y poner punto final.

Scharley retiró la jarra de los labios, suspiró, se lamió la espuma del labio superior.

—Quieres decirme algo —adivinó—. Habla, pues.

—Nosotros dos —dijo Reynevan frío— simplemente no tenemos nada que ver el uno con el otro.

El demérito hizo un gesto para que le sirvieran otra cerveza, por un momento aparentó no estar interesado más que en la jarra.

—Ciertamente, somos un poco diferentes —reconoció, y dio un trago—. Yo, por ejemplo, no acostumbro a joder hembras ajenas. Si buscamos bien, seguro que encontramos todavía una o dos diferencias más. Eso es normal. Nos crearon a imagen y semejanza, pero el Creador se cuidó de que tuviéramos características individuales. Y alabado sea por ello.

Reynevan agitó las manos, cada vez más enfadado.

—Estoy pensando —estalle)— si no despedirme en nombre del Creador. Aquí, ahora mismo. Para que nos fuéramos cada uno por su lado. Porque la verdad es que no sé en qué me puedes venir bien. Temo que en nada.

Scharley lo miró por encima de la jarra.

—¿Venir bien? —repitió—. ¿En qué? Fácil es saberlo. Grita: «¡Ayuda, Scharley!» y la ayuda te será dada.

Reynevan se encogió de hombros y se dio la vuelta con intención de irse. Chocó con alguien. Ese alguien golpeó con tanta fuerza a su caballo que el caballo reculó, lo empujó a un lado y cayó sobre el estiércol.

—¿Cómo andas con esa pinta, belitre? ¿Adónde vas con ese jamelgo? ¡Esto es una villa y no tu puta aldegüela!

El que lo había empujado e insultado era uno de tres jóvenes hombres de ricos vestidos, a la moda y con elegancia. Los tres eran extraordinariamente parecidos: cada uno llevaba un fez de fantasía sobre unos cabellos peinados con plancha y unos jubones guateados, con unos calados tan densos que sus mangas parecían enormes orugas. Iban vestidos también con unos modernos y ajustados pantalones parisinos llamados *miparti*, que llevaban las perneras en colores contrastados. Cada uno de ellos portaba un bastón torneado con pomo.

—Jesús, María y todos los santos —dijo el galán, haciendo un molinete con el bastón—. ¡Qué villanos andurrean por esta Silesia, qué salvajes incultos! ¿No habrá quien les enseñe algo de cultura?

—Habremos de tomarnos nosotros mismos ese trabajo —dijo el otro, con idéntico acento galo—. Y conducirlos a Europa.

—Cierto —lo siguió el tercer chulillo, vestido con *miparti* de color celeste y rojo—. Para principiar, como introducción, le vamos a ondular la piel a la europea a este paleta. ¡Venga, señores, a los palos! ¡Y que nadie haga el vago!

—¡Hola! —gritó el propietario del puesto de cerveza—. ¡Nada de peleas, señores mercaderes! ¡Qué llamo a la guardia!

—Cierra el pico, borrico silesio, o te damos a ti también.

Reynevan intentó levantarse, pero no lo consiguió. Un palo le acertó en el hombro, el segundo le asestó un fuerte golpe en la espalda, el tercero se dirigió a las nalgas. Decidió que no había por qué esperar a más golpes.

—¡Ayuda! —gritó—. ¡Scharley! ¡Ayuda!

Scharley, que estaba contemplado el incidente con mediano interés, soltó su jarra y se acercó sin apresuramiento.

—Muy divertido.

Los galanes lo miraron y, como a una orden, estallaron en risas. Ciertamente, Reynevan tenía que reconocer que, con sus ropajes rabricortos y bizarros, el demérito no tenía precisamente un aspecto imponente.

—Cristo Jesús —bufó el primer galán, al parecer bastante piadoso—. ¡Pero qué graciosas figuras se encuentra uno en este confín del mundo!

—Éste debe de ser el tonto del pueblo —valoró el segundo—. Se ve por lo raro de sus ropas.

—No es el hábito el que hace al monje —le respondió frío Scharley—. Idos de aquí, si hacéis el favor. Y deprisa.

—¿Qué?

—Aléjense los señores, por favor —repitió Scharley—. Es decir, idos bien lejos. No tiene que ser a París. Basta con la otra punta del pueblo.

—¿Qué...?

—Sean tan amables los señores de irse de aquí —repitió Scharley despacio, con paciencia y claridad, como si hablara con niños—. Y de dedicarse a lo que sea que suelen dedicarse. A la sodomía, por ejemplo. Porque en caso contrario los señores serán golpeados y ello concienzudamente. Y antes de que ninguno de los señores alcance a decir *credo in Deum patrem omnipotentem*^[94].

El primer chulillo meneó el bastón. Scharley evitó el golpe hábilmente, agarró el palo y lo giró, el chulillo dio una voltereta y cayó sobre el barro. Con el bastón, que le había quedado en la mano, el demérito atizó un golpe en la cabeza al otro galán, mandándolo contra el mostrador del cervecero y con un palo rápido como el rayo le dio en la mano al tercero. En aquel momento se levantó el primero y se lanzó contra Scharley, bramando como un bisonte herido. El demérito, sin visible esfuerzo, detuvo la carga con un golpe que hizo doblarse al galán por la mitad. Al mismo tiempo, Scharley lo golpeó con fuerza con el codo en los riñones y una vez caído le dio una patada en la oreja, se diría que sin ganas. Pero el golpeado se retorció como un gusano y ya no se levantó.

Los dos restantes se miraron el uno al otro y como a una orden sacaron los puñales. Scharley los amenazó con un dedo.

—No lo aconsejo —dijo—. ¡Los cuchillos cortan!

Los chulillos no obedecieron su recomendación.

A Reynevan le parecía que observaba el incidente con atención. Sin embargo, debió de haber algo que no advirtiera, porque no comprendió cómo había pasado lo que pasó. Al contrario que los galanes, que se lanzaban a por él agitando los brazos como molinos, Scharley parecía estar casi inmóvil. Sin embargo, los movimientos que realizó cuando lo alcanzaron eran tan rápidos que escapaban a la vista. Uno de los chulillos cayó de rodillas, inclinó la cabeza casi hasta el suelo y uno tras otro fue escupiendo los dientes en el barro. El otro se sentó y gritó. Abriendo la boca todo lo que podía, gritaba y lloraba, agudo, modulado, incansable, exactamente como un bebé hambriento. Seguía teniendo su puñal en la mano, pero el cuchillo de su amigo estaba clavado en su muslo, profundamente, hasta la empuñadura dorada.

Scharley miró al cielo, extendió las manos como si quisiera decir «¿no lo había advertido?». Se quitó su ridículo y ajustado jubón. Se j acercó al que escupía los dientes. Con habilidad lo agarró del codo, lo j hizo incorporarse, lo agarró de la manga y con unas cuantas patadas muy precisas sacó al galán de su jubón guateado.

Después de lo cual se lo puso él mismo.

—No es el hábito el que hace al monje —dijo, lento y con deleite—, sino la humana dignidad. Pero sólo un hombre bien vestido se siente verdaderamente digno.

Luego se inclinó y le arrancó al chulillo la bolsa de dinero que llevaba cosida al cinturón.

—Rica ciudad, la de Strzegom —dijo—. Rica ciudad. El dinero, vedlo vosotros mismos, está tirado por las calles.

—En vuestro lugar... —dijo, con voz un tanto temblorosa, el propietario del puesto de cerveza—. En vuestro lugar yo huiría, señor. Éstos son ricos mercaderes, huéspedes del poderoso señor Guncelin von Laasan. Bien está lo que les ha pasado, por las riñas que de continuo provocan... Mas mejor es que huyáis, porque don Guncelin...

—... gobierna la villa —terminó Scharley, quitándole el saquete al último de los galanes—. Gracias por la cerveza, buen hombre. Vamos, Reinmar.

Se fueron. El galán del cuchillo en el muslo los despidió con su chillido desesperado, incansable, de bebé.

—¡Uaa-uaa! ¡Uaa-uaa! ¡Uaa-uaa! ¡Uaa-uaa!

Capítulo décimo

En el que tanto Reynevan como los lectores tienen ocasión de conocer mejor a Scharley, lo que tiene lugar tanto gracias a la común jornada como a los disparejos acaecimientos que la acompañan. Al final aparecen tres brujas, totalmente clásicas, totalmente canónicas y totalmente anacrónicas.

Habiéndose sentado cómodamente en un mocho de árbol cubierto de liquen, Scharley contempló las monedas que acababa de derramar sobre la gorra, sacándolas de la bolsa. No escondía su desagrado.

—A tenor de la ropa y sus formas —refunfuñó—, se hubiera dicho que eran pudientes nuevos ricos. Mas en la bolsa, mira tú mismo, muchacho, vaya mugre. ¡Un cubo de basura! Dos écus, unos cuantos sueldos parisinos recortados, catorce grosches, mediogrosches, pfenniges de Magdeburgo, scotus y chelines prusianos, denarios y taleros, más finos que una hostia, no sé qué otra mierda que ni siquiera consigo reconocer, lo más seguro que falsos. Que me lleven los diablos si no vale más este saquete, cosido con hilos de plata y perlas. No obstante, un saquete no es dinero contante y sonante, ¿dónde lo voy a empeñar? Y estas monedas no alcanzan ni siquiera para un mal caballo. Así los coma la lepra, la ropa de esos bellacos también valía más. Tenía que haberlos dejado en pelotas.

—Entonces —advirtió Reynevan bastante agriamente— en vez de mandar a doce en nuestra persecución el señor Von Laasan habría mandado con toda seguridad a cien. Y no por uno, sino por todos los caminos.

—Mas mandó a doce, así que no divaguemos.

Ciertamente, poco más de media hora después de que ambos dejaran Strzegom por la puerta de Jawor, salieron galopando por el camino una docena de jinetes con los colores de Guncelin von Laasan, noble, señor del castillo de Strzegom y señor de hecho de la villa. Scharley, sin embargo, demostrando una vez más su perspicacia, ordenó a Reynevan poco después de salir que se metieran en el bosque y se escondieran en la espesura. Ahora estaban esperando para asegurarse de que los perseguidores no volvían.

Reynevan suspiró y se sentó junto a Scharley.

—El resultado de haber trabado conocimiento contigo —dijo— es que si esta mañana me perseguían tan sólo los Sterz y los esbirros que ellos habían contratado, ahora por la tarde me pisan los talones además Von Laasan y una mesnada de Strzegom. De miedo pensar en lo que vaya a pasar de aquí en adelante.

—Tú fuiste quien pidió ayuda. —El demérito se encogió de hombros—. Y yo al fin y al cabo me había comprometido a cuidarte y protegerte. Ya lo había dicho, mas tú sin embargo no quisiste recordarlo, incrédulo Tomás. ¿Acaso la prueba de la vista

no te convenció? ¿O tienes que tocar también la herida?

—Si hubiera venido antes la guardia —dijo Reynevan con enojo— o los compadres de los apaleados, ciertamente, habría habido qué tocar. O estaría colgando a esta hora. Y tú, mi protector y defensor, estarías colgando a mi lado. En la soga de al lado.

Scharley no respondió, tan sólo se encogió otra vez de hombros y separó las manos. Reynevan sonrió pese a su voluntad. Seguía sin confiar en el extraño demérito y seguía sin entender de dónde salía la confianza que tenía en él el canónigo Otto Beess. No sólo seguía sin acercarse a Adela, sino que, al contrario, se alejaba de ella. A la lista de lugares a los que no podía volver se había añadido Strzegom. Sin embargo, Scharley, para qué decir más, le impresionaba un poco. Reynevan, con los ojos del alma, veía ya cómo Wolfher Sterz se arrodillaba y escupía los dientes uno tras otro. Cómo Morold, que en Olesnica había agarrado de los cabellos a Adela, se sentaba y gritaba: «Uaaua-uaaua».

—¿Dónde aprendiste a luchar así? ¿En el monasterio?

—En el monasterio —confirmó Scharley sereno—. Créeme, muchacho, los monasterios están llenos de profesores. Casi toda persona que está allí sabe hacer algo. Basta con tener ganas de aprenderlo.

—¿Con los deméritos, en el Carmelo, era parecido?

—Aún mejor, en lo que se refiere a las ciencias, claro. Teníamos mucho tiempo con el que no sabíamos qué hacer. Sobre todo si a uno no le gustaba el hermano Bernabé. El hermano Bernabé, cisterciense, aunque guapo y suave como una moza, moza no era, hecho que a algunos de nosotros nos estorbaba un tanto.

—Ahórrame los detalles, por favor. ¿Y qué hacemos ahora?

—Siguiendo el ejemplo de los hijos de Aymon —Scharley se levantó y se desperezó—, nos vamos a subir los dos a tu bayo Bayard. Y nos dirigiremos hacia el sur, hacia Swidnica. Campo a través.

—¿Por qué?

—Pese a habernos hecho con tres bolsas, seguimos teniendo carencia de *argentum et aurum*^[95]. En Swidnica hallaré un *antidotum* contra esto.

—Preguntaba que por qué campo a través.

—A Strzegom llegaste por el camino de Swidnica. Hay muchas posibilidades de que nos encontremos allí cara a cara con los que te están buscando.

—Los he perdido. Estoy seguro...

—Ellos cuentan con esa seguridad —lo cortó el demérito—. De tu relato se puede colegir que quienes te persiguen son profesionales. No es fácil perderlos. En camino, Reynevan. Será mejor que antes de que caiga la noche nos encontremos lo más lejos posible de Strzegom y del señor Von Laasan.

—De acuerdo. Será mejor.

La noche los alcanzó entre los bosques, la oscuridad los sorprendió en los alrededores de cierto poblado, el humo se retorcía allí sobre la paja de los tejados y se desenvolvía por los alrededores, mezclándose con la niebla que subía desde los prados. Al principio tenían intención de pernoctar en el pajar de la más cercana de las chozas, enterrados en el cálido heno, pero los perros los sintieron y comenzaron a ladrar de forma tan rabiosa que renunciaron a sus propósitos. Ya casi a ciegas encontraron al borde del bosque un chozo de pastor medio derruido.

En el bosque había todo el tiempo algo que susurraba, algo que piaba, algo que chillaba y gruñía, de vez en cuando se encendían en las tinieblas los pálidos fanales de unos ojos. Seguramente eran los de alguna marta o algún tejón, pero Reynevan, para más seguridad, echó al fuego el último acónito recogido en el cementerio de Wawolnica y añadió algo de pampajarito que había recogido antes de que se hiciera de noche, murmurando al mismo tiempo un hechizo en voz baja. De que aquél hechizo fuera el adecuado o de que lo recordara bien, no estaba completamente seguro.

Scharley lo miró con curiosidad.

—Sigue hablando —dijo—. Cuéntame, Reinmar.

Reynevan ya le había contado a Scharley todos sus problemas durante la «confesión» en el monasterio carmelita, también allí le había narrado a grandes rasgos sus planes e intenciones. Por entonces el demérito no había dicho nada. Por esa razón todavía lo sorprendió más su reacción ahora, cuando comenzaron a hablar de los detalles.

—No querría —dijo, removiendo el fuego con un palito— que el mismo principio de nuestra agradable amistad se viera empañado por la falta de claridad y la insinceridad. Sinceramente y sin rodeos te diré, Reinmar, que tu plan para lo único que vale es para metérselo a un perro en el culo.

—¿Qué?

—A un perro en el culo —repitió Scharley, modulando la voz como un predicador—. Para eso sirve el plan que me has presentado hace un instante. Siendo un joven avisado e instruido no puedes no saberlo tú mismo. No puedes tampoco contar con que yo vaya a tomar parte en algo así.

—El canónigo Otto Beess y yo te sacamos de detrás de las rejas. —Reynevan, aunque estaba ardiendo de rabia, controló su voz—. No por amistad, desde luego, sino sólo para que tomaras parte. Siendo un demérito avisado no podías no saberlo, allá en el monasterio. Y sin embargo, es ahora cuando me comunicas que no vas a tomar parte. Así que yo también te lo digo sinceramente y sin rodeos: vuélvete a la prisión de los carmelitas.

—Yo sigo estando en la prisión de los carmelitas. Al menos oficialmente. Mas creo que tú eso no lo entiendes.

—Lo entiendo. —Reynevan recordó de pronto la conversación con el carmelita dispensador de arenques—. Comprendo perfectamente también que necesitas la penitencia, porque tras la penitencia *nullum crimen*, recuperas la gracia y los privilegios. Mas también entiendo que el canónigo Otto te tiene en su mano. Basta con que anuncie que escapaste de los carmelitas y entonces serás un fugitivo para el resto de tu vida. No podrás regresar a tu orden y a tu bonito monasterio. Por cierto, ¿qué orden es y qué monasterio? ¿Puede saberse?

—No se puede. En esencia, querido Reynevan, has comprendido de qué se trata. Cierto, me dejaron salir de los carmelitas un tanto extraoficialmente, de modo que la penitencia aún continúa. Y es verdad que gracias al canónigo Beess la estoy cumpliendo en libertad, por lo que hay que alabar al canónigo, puesto que yo amo la libertad. ¿Por qué iba el piadoso canónigo a arrebatarme lo que me había dado? Al fin y al cabo estoy cumpliendo con mi compromiso.

Reynevan abrió los labios, pero Scharley lo interrumpió de inmediato, y además con énfasis.

—Tu cuentecillo de amor y crimen, aunque conmovedor, digno ciertamente de un Chrétien de Troyes, a mí no me ha conseguido conmover. No me vas a convencer, muchacho, de que el canónigo Otto Beess te enviara a mí para que te ayudara a liberar de su opresión a doncellas en apuros y como cofrade en una venganza de familia. Yo conozco al canónigo. Es un hombre sabio. Te envió a mí para que te salvara. Y no para que ambos pusiéramos la cabeza bajo el hacha. Así que cumpliré lo que el canónigo espera de mí. Te salvaré de tus perseguidores. Y te llevaré seguro hasta Hungría.

—No me iré de Silesia sin Adela. Y sin vengar a mi hermano. No oculto que me vendría bien ayuda, que contaba con ella. Contigo. Mas si no es así, qué se le va a hacer. Ya me las apañaré solo. Tú, en tu lugar, haz lo que deseas. Vete a Hungría, a la Rus, a Palestina, a donde quieras. Alégrate de esa libertad que tanto amas.

—Gracias por la sugerencia —respondió Scharley con voz fría—. Pero no la voy a seguir.

—Ah. ¿Y por qué?

—Porque está claro que tú solo no eres capaz. Perderías la cabeza. Y entonces el canónigo se acordaría de la mía.

—Ja. Entonces, si lo que te importa es tu cabeza, no tienes salida.

Scharley calló largo rato. Reynevan, sin embargo, ya lo iba conociendo y no contaba con que aquello fuera el final.

—En lo que se refiere a tu hermano —habló por fin el hasta no hacía mucho prisionero del Carmelo—, voy a mantenerme en mis trece. Aunque no fuera más que por la razón de que no estás seguro de quién lo matara. ¡No me interrumpas! Una venganza de familia es cosa seria. Y tú, como me has reconocido, no tienes ni testigos

ni pruebas. Lo único de que disponemos son suposiciones y posibilidades. ¡Te he pedido que no me interrumpas! Escucha. Cabalgaremos, esperaremos, reuniremos información, conseguiremos pruebas, acumularemos medios. Entonces formaremos una partida. Te ayudaré. Si me escuchas, te prometo que saborearás la venganza como se debe saborear. En frío.

—Mas...

—Aún no he terminado. En lo que se refiere a tu elegida, Adela, tu plan sigue siendo para el culo de un perro, mas en fin, yendo hasta Ziebice no damos mucha vuelta. Y allí se aclararán muchas cosas.

—¿Qué es lo que quieres decir con esto? ¡Adela me ama!

—¿Acaso alguien ha dicho lo contrario?

—¿Scharley?

—Dime.

—¿Por qué tanto el canónigo como tú os empeñáis en que vaya a Hungría?

—Porque está muy lejos.

—¿Y por qué no a Bohemia? También está lejos. Y yo conozco Praga, tengo amigos allí...

—¿Qué te pasa, qué no vas a la iglesia? ¿No escuchas los sermones? Praga y la Bohemia entera es un caldero con pez hirviendo, se puede hacer uno una buena quemadura. Y dentro de algún tiempo puede ponerse todavía más divertido. La insolencia de los husitas ha rebasado todas las fronteras, una herejía tan descarada no la aguantan ni el Papa, ni el Luxemburgués, ni el elector de Sajonia, ni los landgraves de Meissen y Turingia, buff, a toda la Europa le sienta como sal en los ojos el cisma husita. Y a no tardar habrá de lanzarse toda la Europa hacia Bohemia en una cruzada.

—Ya ha habido cruzadas antihusitas —advirtió ácido Reynevan—. Ya se lanzó contra Bohemia toda la Europa. Y los husitas le dieron una buena. De cómo le dieron me contó no hace mucho un testigo.

—¿Fidedigno?

—Se puede decir que hasta proverbial.

—¿Y qué más da? Le dieron y de ello extrajo consecuencias. Ahora se preparará mejor. Te repito: el mundo católico no aguantará a los husitas. Es sólo cuestión de tiempo.

—Lo soportan ya desde hace siete años. Porque se ven obligados.

—Los albigenses duraron cien años. ¿Y dónde están ahora? Sólo es una cuestión de tiempo, Reinmar. Bohemia se ahogará en sangre de husita como en sangre de cátaro se ahogó el Languedoc. Y con el método ya probado en el Languedoc, también en Bohemia se los matará a todos por igual, dejando a Dios el reconocer a los inocentes y a los justos. Por eso no vamos a Bohemia, sino a Hungría. Allí como mucho nos pueden amenazar los turcos. Prefiero a los turcos antes que a los cruzados.

Los turcos, si se trata de matar, no les llegan a los cruzados ni a los talones.

El bosque estaba silencioso, nada había ya que susurrara ni que piara, los seres o bien se habían asustado por el hechizo o, lo que era más seguro, simplemente se habían aburrido. Para más seguridad, Reynevan arrojó al fuego las últimas hierbas.

—¿Mañana —preguntó— llegaremos ya, espero, a Swidnica?

—Absolutamente.

El cabalgar campo a través tenía, como resultó, su parte negativa. Cuando por fin se salía a un camino, resultaba muy difícil descubrir de dónde y a dónde se dirigía aquel camino.

Scharley se inclinó sobre las huellas impresas en la arena, las contempló, maldiciendo en voz baja. Reynevan dejó al caballo pastar de las hierbas del margen del camino y miró al cielo.

—El oriente —arriesgó— está por allí. Así que más bien nos convendría esta dirección.

—No peques de agudo —lo cortó Scharley—. Precisamente ando examinando las huellas para saber en qué dirección se desenvuelve el tráfico principal. Y afirmo que tenemos que ir... por allí.

Reynevan suspiró, puesto que Scharley señaló exactamente hacia el mismo lado que él había dicho. Tiró del caballo y anduvo siguiendo al demérito, que marchaba vivaracho en la dirección elegida. Al cabo de un rato llegaron a una encrucijada. Cuatro caminos que tenían exactamente el mismo aspecto conducían a los cuatro puntos cardinales. Scharley gruñó rabioso y se inclinó de nuevo sobre las huellas de cascos. Reynevan suspiró y comenzó a buscar hierbas, puesto que parecía que sin un nudo mágico no iban a poder seguir.

Los arbustos crepitaron, el caballo relinchó y Reynevan dio un salto.

De la espesura salió, subiéndose los pantalones, un viejecillo, clásico representante del folklore local. Uno de esos ancianos vagabundos y pedigüeños que deambulaban a cientos por los caminos, mendigaban en las puertas y portadas, pidiendo limosna en conventos de monjas y comida en ventas y labranzas.

—¡Alabado sea Jesucristo!

—Por los siglos de los siglos, amén.

El viejo, se entiende, tenía el típico aspecto de viejo. Su avío de campesino estaba cubierto de manchas de diversos colores, las alpargatas y su torcido cayado mostraban reminiscencias de muchos caminos. Por bajo su gastada gorra, cuyos materiales provenían sobre todo de liebres y gatos, despuntaba una nariz roja y una barba desgreñada. El viejo llevaba al hombro un hatillo que alcanzaba el suelo y colgada al cuello, atada con una cuerda, una perolilla de cinc.

—Que sus resguarden San Wenceslao y San Vicente, la santa Petronella y la santa Eduvigis, patrona...

—¿Adónde van estos caminos? —interrumpió Scharley la letanía—. Abuelo, ¿cuál es el que va a Swidnica?

—¿Eeeeh? —El viejo se puso la mano en la oreja—. ¿Cómo decís?

—¡Adónde llevan los caminos!

—Aaa... los caminos... ajá... ¡Lo sé! Aqueste va a Olesnica... Y aqueste a Swiebodzice... Y aqueste... La reputa... M'olvidao...

—No importa. —Scharley movió la mano—. Ya sé todo. Si aquél va a Swiebodzice, en la dirección contraria está Stanowice, en el camino a Strzegom. Por su parte, hacia Swidnica y Jaworowa Góra debe de conducir este camino de aquí. ¡Salud, abuelo!

—Que sus resguarden San Wenceslao...

—Y si acaso —esta vez lo interrumpió Reynevan—, si acaso alguien preguntara por nosotros... Vos no habéis visto nada. ¿Entendido?

—Cómo no habría de entenderlo. Que sus resguarde Santa...

—Y para que recordéis bien lo que se os ha pedido —Scharley rebuscó en su bolso—, aquí tenéis, abuelo, una moneda.

—¡Alabado sea el Criador! ¡Gracias! ¡Qué sus resguarden...!

—Y a vos también.

—Mira. —Scharley se dio la vuelta apenas llevaban un trecho—. Mira Reinmar, cómo se alegra, cómo toca y huele con alegría la moneda, regocijándose de su tamaño y peso. Ciertamente, una vista tal es la verdadera recompensa del dadivoso.

Reynevan no contestó, estaba ocupado observando una bandada de pájaros que de pronto se había elevado por encima del bosque.

—Ciertamente —siguió hablando Scharley con aspecto serio, andando junto al caballo—, no se debe ser indiferente y falto de espíritu con respecto a la necesidad humana. Nunca debe uno dar la espalda a los indigentes. Sobre todo porque el indigente puede darle a uno con el cayado un trompazo por detrás de la cabeza. ¿Me estás escuchando, Reinmar?

—No. Miro a esos pájaros.

—¿Qué pájaros? ¡Ay, su puta madre! ¡Al bosque! ¡Al bosque, presto!

Scharley le asestó al caballo un fuerte golpe en las ancas, mientras él mismo se echó a correr a tal paso que el animal, que del susto se había puesto al galope, no lo alcanzó hasta llegar a la línea de árboles. En el bosque Reynevan saltó de la silla, metió al rocín en la espesura, luego se unió al demérito, que observaba el camino desde los arbustos. Durante un instante no pasó nada, todo estaba silencioso y tranquilo, de tal modo que Reynevan estaba ya a punto de empezar a burlarse de Scharley y de su exagerada precaución. No le dio tiempo.

Cuatro jinetes salieron al camino, rodearon al viejecillo entre el ruido de los cascos y el relincho de los caballos.

—No son los de Strzegom —murmuró Scharley—. Así que deben de ser... ¿Reinmar?

—Sí —confirmó éste con voz seca—. Son ellos.

Kirieleisón se inclinó en la silla, preguntó algo en voz alta al viejo, Stork von Gorgowitz lo empujó con el caballo. El viejo agitó la cabeza, juntó las manos, sin duda deseándoles que los ayudara la santa Petronella.

—Kunz Aulock —Scharley, para sorpresa de Reynevan, los conocía—, llamado Kirieleisón. Un pedazo de rufián, aunque caballero de conocida familia. Stork de Gorgowitz y Sybko de Kobelau, bravucones de cuidado. Y ése de la gorra de marta es Walter de Barby. El obispo lo maldijo por el ataque a la labranza de Ocice, que pertenece a las dominicas de Raciborz. No mencionaste, Reinmar, que tales celebridades andan tras tus pasos.

El viejo cayó de rodillas, con las manos aún unidas, rogando, gritando y dándose en el pecho. Kirieleisón se inclinó y le dio con el asta de su chuzo, también hicieron uso de sus palos Stork y los otros, ante lo cual se montó un rifirrafe en el que todos se estorbaban a todos y los caballos comenzaron a asustarse y a tirar. Stork y el de la maldición saltaron de sus monturas y comenzaron a darle al viejecillo con los puños y cuando cayó, principiaron con las patadas. El viejo gemía y gritaba que daba pena.

Reynevan lanzó una maldición, dio con el puño en la tierra. Scharley lo miró de reojo.

—No, Reinmar —dijo con voz fría—. No se puede hacer nada. Éstos no son las muñecas francesas de Strzegom. Éstos son cuatro endurecidos rufianes y matadores armados hasta los dientes. Éste es Kunz Aulock, del que creo que ni siquiera yo sería capaz de dar cuenta enfrentándonos el uno al otro. Así que olvídate de cualquier idea estúpida y de cualquier esperanza. Estaremos aquí agazapados como el ratón bajo la escoba.

—Y vamos a contemplar cómo matan a un completo inocente.

—Cierto —le repuso al cabo el demérito, sin bajar la vista—. Puesto que si he de elegir, más preciada me es mi vida. Y yo, Dios sea loado, le debo dinero a algunas personas. No sería muy ético el privarles de la posibilidad de recuperar la deuda a causa de un riesgo estúpido. Al fin y al cabo en vano hablamos. Ya ha acabado todo. Se han aburrido.

Ciertamente, De Barby y Stork le atizaron al viejo unas cuantas patadas de despedida, le escupieron, se subieron al caballo y al cabo los cuatro galopaban, repiqueteando y alzando polvo, en dirección a Jaworowa Góra y Swidnica.

—No nos ha delatado —suspiró Reynevan—. Lo golpearon y lo patearon y no nos ha delatado. Pese a tus burlas, nos ha salvado la limosna dada a un pobre. La misericordia y la generosidad...

—Si Kirieleisón, en vez de tirar del palo, le hubiera dado un scotus, el abuelo nos

habría delatado en un santiamén —comentó Scharley con voz gélida—. Vamos. Por desgracia, otra vez cruzando los más incultos campos. Por lo que recuerdo, alguien aquí se vanagloriaba no ha mucho de haber perdido a los perseguidores y haber borrado las huellas.

—¿Y no sería lo justo —Reyneval dejó pasar el sarcasmo, miró cómo el viejo buscaba la gorra a cuatro patas—, no sería lo justo agradecersele? ¿Darle algo de propina? Dispones de algunos grosches producto de un robo, Scharley. Muestra algo más de misericordia.

—No puedo. —En los ojos de botella del demérito se encendió una chispa de burla—. Y precisamente de misericordia se trata. Le di al viejo una moneda falsa. Si intenta gastar una, tan sólo le darán de palos. Si lo atrapan con algunas más, lo colgarán. Así que misericordiosamente le ahorraré tal destino. Al bosque, Reinmar, al bosque. No perdamos tiempo.

Cayó una lluvia corta y cálida, y cuando terminó, el húmedo bosque comenzó a sumirse en la niebla. Los pájaros no cantaban. Reinaba el silencio. Como en la iglesia.

—Ese silencio de tumba tuyo —habló por fin Scharley, que iba andando junto al caballo— parece señalar algo. Desaprobación, quizá. Déjame que adivine... ¿Se trata del viejecillo?

—Cierto, de él. Tu proceder no fue correcto. Poco ético, para hablar delicadamente.

—Ja. Alguien que acostumbra a joder mujeres ajenas comienza a hablar de moralidad.

—No compares, haz el favor, son cosas que no son comparables.

—Eso te parece a ti, que no se pueden comparar. Aparte de ello, mi en tu opinión incorrecto proceder fue dictado únicamente por mi preocupación por ti.

—Ciertamente, es difícil entenderlo.

—Te lo aclararé cuando haya ocasión. —Scharley se contuvo—. Por ahora, sin embargo, propondría concentrarse en cosas un tanto más importantes. No tengo ni pajolera idea de dónde estamos. Me he perdido en esta puñetera niebla.

Reynevan se dio la vuelta, miró al cielo. De hecho, el pálido brillo del sol, que hacía un momento era visible a través de la niebla y que les estaba mostrando la dirección, ahora había desaparecido por completo. El denso vaho de la niebla colgaba tan bajo que desaparecían en él hasta las puntas de los árboles más altos. Junto a la tierra, la niebla anegaba los lugares de tal modo que los juncos y los arbustos parecían surgir de un océano de leche.

—En vez de quebrarte los sesos con la suerte de pobres viejos —habló de nuevo el demérito— y emocionarte con dilemas morales, debieras utilizar tus talentos para encontrar el camino.

—¿Cómo?

—Ahórrame el gesto de cordero degollado. Sabes de sobra de qué estoy hablando.

Reynevan también consideraba que iban a ser necesarios los nudos, sin embargo no se bajó del caballo, vaciló. Estaba molesto con el demérito y quería que se diera cuenta. El caballo bufó, ronqueó, meneó la cabeza, pateó con el casco delantero, el eco de sus pasos se perdió sordo en la espesura cubierta de niebla.

—Percibo humo —afirmó de pronto Scharley—. Por aquí, en algún lugar, hay un fuego. Leñadores o carboneros. Les preguntaremos el camino. Y tus nudos mágicos los dejaremos para mejor ocasión. Tus demostraciones también.

Se movió a paso vivo. Reynevan apenas pudo ir tras él, el caballo seguía remoloneando, se negaba a moverse, bufaba intranquilo, aplastaba con sus cascos champiñones y rúsculas. El suelo, cubierto con una gruesa alfombra de hojas podridas, comenzó de pronto a hundirse, sin saber cómo se encontraron en un profundo barranco. Las paredes del barranco estaba cubiertas de árboles torcidos, inclinados, cubiertos de musgo, sus raíces al aire, liberadas por la tierra caída, tenían el aspecto de monstruosos tentáculos. Reynevan sintió un escalofrío en la espalda, se encogió en la silla. El caballo bufó.

Escuchó una maldición de Scharley por delante de él, en la niebla.

El demérito estaba en un lugar en el que el barranco se dividía en dos direcciones.

—Por aquí —dijo al cabo, con convencimiento, iniciando la marcha.

El barranco se volvía a dividir, se encontraban en un laberinto de cañadas, mientras que el olor del humo, le parecía a Reynevan, llegaba desde todos lados a la vez. Scharley, sin embargo, siguió avanzando derecho y seguro, acelerando el paso sin miedo, hasta comenzó a silbar. Y dejó de hacerlo tan pronto como había empezado.

Reynevan entendió por qué. En el mismo momento en que bajo los cascos del caballo hubo un crujido de huesos.

El caballo relinchó como un loco, Reynevan bajó de un salto, agarró las riendas con las dos manos, justo a tiempo; el bayo, relinchando por el pánico, lo miró con ojos llenos de miedo, retrocedió, pisando con sus pesados cascos, destrozando cráneos, pelvis y tibias. Los pies de Reynevan se enredaron entre las destrozadas costillas de una caja torácica humana, la destrozó a base de rabiosos pisotones. Temblaba de asco. Y de miedo.

—La Muerte Negra —dijo Scharley junto a él—. La peste de mil trescientos ochenta. Entonces morían aldeas enteras, la gente huía a los bosques, mas allí también los alcanzaba la epidemia. A los difuntos se los enterraba en los barrancos, como aquí. Luego alguna fiera desenterraría los cuerpos y desparramaría los huesos...

—Volvamos... —carraspeó Reynevan—. Volvamos lo más deprisa posible. No me gusta este sitio. No me gusta esta niebla. Ni el olor de este humo.

—Miedoso eres como moza —se burló Scharley—. Los muertos...

No terminó. Se escuchó un pitido, un silbido y unas risas, tales que hasta cayeron de rodillas. Por encima del barranco, arrastrando consigo chispas y trenzas de humo, pasó volando una calavera. Antes de que se recuperasen, pasó volando otra, silbando aún más horriblemente.

—Volvamos —dijo Scharley con voz sorda—. Lo más deprisa posible. No me gusta este sitio.

Reynevan estaba completamente seguro de que volvían por sus propias huellas, por el mismo camino por el que habían llegado. Y sin embargo, al cabo se dieron de bruces con la vertical pared del barranco. Scharley, sin decir palabra, se dio la vuelta, dobló por un segundo barranco. A los pocos pasos también allí los detuvo una pared vertical, cubierta de una maraña de raíces.

—Voto al diablo —dijo Scharley, dándose la vuelta—. No entiendo...

—Y yo —gimió Reynevan— me temo que sí...

—No hay salida —bramó el demérito, cuando de nuevo se toparon con un callejón cerrado—. Hemos de volver y atravesar el cementerio. Deprisa, Reinmar. Una, dos.

—Espera. —Reynevan se inclinó, miró, buscando hierbas—. Hay otra forma...

—¿Ahora? —lo interrumpió Scharley en alta voz—. ¿Sólo ahora? ¡Ahora no hay tiempo!

Sobre el bosque pasó volando con un silbido otra cometa de calavera y Reynevan estuvo al punto de acuerdo con el demérito. Pasaron por el osario. El caballo relinchó, tiró de la testa, se asustó. El olor del humo era cada vez más fuerte. Ya se podía percibir el perfume de las hierbas que había en él. Y algo más, algo inaprensible, nauseabundo. Atemorizador.

Y luego vieron la hoguera.

La hoguera ardía junto a un árbol caído, entre sus enormes raíces. Sobre el fuego había un caldero negro de hollín y que vomitaba nubes de vapor. A su lado había un montón de calaveras. Sobre las calaveras estaba tendido un gato negro. En una posición perezosa, típica de gato. Reynevan y Scharley se quedaron de pie como paralizados. Hasta el caballo dejó de relinchar.

Junto al fuego estaban sentadas tres mujeres. A dos las escondían el humo y el vapor que salían del caldero. La tercera, que estaba a la izquierda, parecía bastante mayor. Ciertamente, sus oscuros cabellos estaban atravesados por el gris, pero su rostro, quemado por el sol y el aire, engañaba mucho. La mujer podía lo mismo tener cuarenta que ochenta años. Estaba sentada en una posición desmayada, agitando y retorciendo la cabeza innaturalmente.

—¡Bienvenido! —dijo con voz chirriante, después de lo cual emitió un largo y potente eructo—. ¡Bienvenido, Thane of Glamis!

—Deja de decir tonterías, Jagna —dijo la otra mujer, la que estaba sentada en el centro—. Joder, te has emborrachado nuevamente.

Un golpe de viento dispersó un tanto el humo y el vapor, ahora pudieron contemplar la escena con mayor detalle.

La mujer sentada en el medio era alta y de fuerte constitución, de bajo un negro sombrero le caía sobre los hombros un cabello ondulado de color rojo fuego. Tenía unos pómulos salientes y muy coloreados, labios hermosos y ojos muy claros. Alrededor del cuello tenía enrollado un pañuelo de sucio color verde. Las medias estaban tejidas del mismo material: la mujer estaba sentada en una posición bastante cómoda y tenía la falda bastante hacia arriba, lo que permitía admirar no sólo sus medias y muslos sino bastantes otras cosas en verdad dignas de admiración.

La tercera, sentada a su derecha, era la más joven, apenas una muchacha. Tenía unos ojos brillantes, con grandes ojeras y un rostro delgado, casi de zorro, de cutis pálido y no muy sano. Sus claros cabellos estaban adornados por una corona de verbena y trébol.

—Vaya, vaya —dijo la pelirroja, rascándose el muslo bajo una media verde—. No había qué echar a la sartén y mira, la comida sola ha venido.

La de tez oscura llamada Jagna eructó, el gato negro maulló. Los ojos febriles de la mozueta de la corona ardieron con un fuego maligno.

—Os pedimos disculpas por la desazón. —Scharley hizo una reverencia. Estaba pálido, pero no se controlaba mal—. Rogamos a vuestras nobles mercedes que nos perdonéis. No os molestamos más. Ninguna impertinencia. Nosotros, sólo por casualidad. Sin comerlo ni beberlo. Y ya nos vamos. Ya no estamos aquí. Si vuestras mercedes permiten...

La pelirroja tomó una calavera del montón, la alzó muy alta, gritó muy alto un hechizo. A Reynevan le pareció que reconocía en él palabras del caldeo y el arameo. La calavera movió la mandíbula, salió disparada hacia arriba y con un silbido voló por encima de las copas de los pinos.

—Comida —repitió la pelirroja sin emoción—. Y encima que habla. Podremos platicar un poco antes de la comida.

Scharley blasfemó en voz baja. La mujer se pasó sugestivamente la lengua por los labios y clavó la vista en él. No se podía vacilar más. Reynevan respiró profundamente.

Se tocó con una mano la coronilla. Dobló la pierna derecha por la rodilla, la alzó y la cruzó con la izquierda por detrás, con la mano izquierda aferró la punta de la bota. Aunque no había hecho esto antes más que dos veces, le salió extraordinariamente bien. Bastó un instante de concentración y murmurar el hechizo.

Scharley volvió a blasfemar. Jagna eructó. Los ojos de la pelirroja se abrieron.

Y Reynevan, como estaba, en aquella pose, poco a poco se elevó sobre el suelo. No muy alto, tres o cuatro palmos. Y apenas unos instantes. Pero fue suficiente.

La pelirroja levantó una damajuana de barro, bebió de ella un largo trago, luego otro. A las muchachas no les ofreció, a Jagna, que extendió la mano con ansia, le impidió coger el recipiente, manteniéndolo lejos del alcance de sus dedos de largas uñas. No apartó los ojos de Reynevan, y las pupilas de sus claros ojos eran como dos puntitos negros.

—Vaya, vaya —dijo—. Quién se lo iba a esperar. Magos, verdaderos magos, del gremio de primera, Toledo. Aquí, en mi casa, en la casa de una humilde bruja. Qué honor. Acercaos, acercaos. ¡Sin recelos! ¿No os habréis tomado en serio mis burlillas acerca de la comida y el canibalismo? ¿Eh? ¿No lo habréis creído?

—No, por supuesto que no —afirmó Scharley solícito, tan solícito que estaba claro que mentía. La pelirroja bufó.

—Así que —preguntó—, ¿qué es lo que los señores hechiceros buscan en aqueste mi pobre rincón? ¿Qué desean? O no será...

Se detuvo, sonrió.

—¿O no será que los señores hechiceros se hayan descaminado comúnmente? ¿Qué hayan confundido el camino? ¿Desdeñando la magia con masculino orgullo? ¿Y que ahora ese mismo orgullo no les permita reconocerlo, especialmente ante unas mujeres?

Scharley había recuperado su apostura.

—La agudeza de vuesa merced corre pareja con su belleza —hizo una reverencia cortesana.

—Mirailo, mirailo, hermanillas —relucieron los dientes de la bruja—, vaya un cortesano caballero que nos hemos topado, de qué forma más amena sabe hacer cumplidos. Sabe cómo agradar a una mujer, se diría que un trovador. O que un obispo. Ciertamente, es una pena que tan poco... Porque mozas y mujeres a menudo arrostran los peligros del bosque y del cementerio, mi fama alcanza bien lejos, pocas hay que tan bien sepan pinchar las tripas, tan gallardamente, con tanta seguridad y tan poco dolor como yo. Mas los hombres... En fin, acuden por estos lares muy escasamente... escasamente. Y es una pena... una pena...

Jagna rió con fuerza, la rapaza sorbió la nariz. Scharley se cubrió de rubor, pero más bien de gana que de embarazo. Reynevan, por su parte, también se había recuperado. Ya había conseguido columbrar lo necesario entre el vapor del bullente caldero, así como ver los hatos de yerbas colgados, tanto secos como frescos.

—La agudeza y la belleza de vuestas mercedes corren parejas con su modestia. — Se estiró, con cierta altivez, pero consciente de que se hacía de notar—. Porque estoy seguro de que muchos huéspedes acuden aquí, y no sólo a causa de los servicios

medicinales. Pues veo fresnillo blanco y allí, ¿no es acaso «triguillo de espinas», es decir estramonio, datura? Y allí albarrana, allí de nuevo altamisa, la hierba de los augurios. Y aquí, mira, beleño negro, *herba Apollinaris*^[96], y pie de grifo, *helleborus*^[97], ambos provocan visiones proféticas. Así que hay demanda de augurios y profecías, ¿me equivoco?

Jagna eructó. La rapaza lo atravesó con la mirada. La pelirroja se sonrió enigmáticamente.

—No yerras, compadre buen conocedor de yerbas —dijo ésta por fin—. Grande es la demanda de augurios y profecías. Se acerca un tiempo de cambios y mudanzas, muchos quieren saber qué es lo que habrá de traer tal tiempo. Y vosotros también lo queréis. Enterarse de lo que os deparará la fortuna. ¿Me equivoco?

La pelirroja echó al caldero las hierbas y removi6. La profecía, sin embargo, iba a hacerla la rapaza de rostro de zorro y ojos ardientes de fiebre. Poco después de haber bebido el elixir, sus ojos se embotaron, la seca piel de sus mejillas se puso en tensión, el labio inferior dejó los dientes al descubierto.

—*Columna veli aurei*^[98] —dijo de pronto con no demasiada claridad—. La columna del velo de oro. Nacida en Genazzano, en Roma termina su vida. En seis años. El lugar vacío lo ocupará la loba. En domingo *Oculi*^[99]. En seis años.

El silencio, tan sólo turbado por el chasquido del fuego y el ronroneo del gato, reinó durante tanto tiempo que Reynevan dudó. Sin razón.

—Antes de que pasen dos días —dijo la muchacha, estirando un tembloroso dedo en su dirección—. Antes de que pasen dos días devendrá él famoso poeta. Famoso ante todos su nombre será.

Scharley se agitó un poco al ahogar la risa, se tranquilizó al punto ante la mirada furiosa de la pelirroja.

—Se acerca el vagabundo. —La adivina suspiró algunas veces con fuerza—. Se acerca el *Viator*, el Vagabundo, desde la parte del sol. Vendrá el cambio. Alguno de los nuestros se va, a nosotros vendrá el Vagabundo. El Vagabundo dice: *ego sum*^[100] *qui sum*. No preguntes al Vagabundo por su nombre, es un secreto. Porque hay algo que acertará esto: de aquello que come salió lo que se usa y del fuerte saldrá lo dulce.

El león muerto, las abejas y la miel, pensó Reynevan, la adivinanza que Sansón les puso a los filisteos. Sansón y la miel... ¿Qué significa esto? ¿Qué simboliza? ¿Quién es el tal Vagabundo?

—Te llama tu hermano. —La voz suave de la médium lo electrizó—. Tu hermano te llama: ve y vuelve. Ve, salta por encima de la montaña. No pierdas tiempo.

Se volvió todo oídos.

—Dice Isaías: reunidos, presos en la mazmorra, encerrados en la cárcel. El amuleto... y la rata... El amuleto y la rata. Yin y Yang, Keter y Malkut. Sol, serpiente y pez. Se abren, se abre la puerta del infierno, en ese momento se derrumba la torre,

la *turris fulgurata* se viene abajo, la torre herida por el rayo. La Narrenturm se deshace en polvo, entierra al loco bajo sus escombros.

Narrenturm, repitió para sí Reynevan. ¡La Torre de los Locos! ¡Dios mío!

—¡*Adsumus, adsumus, adsumus!* —gritó de pronto la muchacha, estirándose con fuerza—. ¡Estamos! ¡De la saeta que vuela por el día, *sagitta volante in die*^[101], guárdate, guárdate! ¡Guárdate del miedo de la noche, guárdate de los seres que habitan en la noche, guárdate del demonio que destruye al sur! Y que grita: ¡*Adsumus!* ¡Guárdate del Treparriscos! ¡Teme a los pájaros nocturnos, teme a los mudos murciélagos!

Aprovechando la distracción de la pelirroja, Jagna se acercó con cuidado a la damajuana, bebió unos grandes tragos. Tosió y carraspeó.

—Guardaos también —gritó— del bosque de Birnam.

La pelirroja la hizo callar de un codazo.

—Mas los hombres —la adivinadora lanzó un fuerte suspiro— arderán, se quemarán en el paso de fuego. Por error. A causa de un parecido en el nombre.

Reynevan se inclinó hacia ella.

—¿Quién mató...? —preguntó en voz baja—. ¿Quién tiene la culpa de la muerte de mi hermano?

La pelirroja siseó con rabia, advirtiéndolo, lo amenazó con el puño. Reynevan sabía que estaba haciendo lo que no se debía hacer, que se arriesgaba a interrumpir el trance sin retorno posible. Pero repitió la pregunta. Obtuvo respuesta de inmediato.

—La culpa la tiene el mentiroso. —La voz de la muchacha cambió de tono a otro más bajo y ronco—. El mentiroso o el que dice la verdad. Dice la verdad. Miente o dice la verdad. Y esto dependiendo de qué opinión tenga de ello. Chamuscado, quemado, abrasado. No abrasado, porque muerto. Muerto enterrado. En poco tiempo desenterrado. Antes de que pasen tres años. Expulsado de la tumba. *Buried at Lutterworth, remains taken up and cast out*^[102]... Navega, navega por un río de cenizas de huesos quemados... De Avon en el Severn, de Severn al mar, del mar al océano... Huid, huid, salvad la vida. Quedan tan pocos de los nuestros.

—Un caballo —introdujo de pronto Scharley sin vergüenza alguna—. Para huir necesito un caballo. Me gustaría...

Reynevan lo hizo callar con un gesto. La muchacha lo miró con ojos ciegos. Él dudó de que fuera a contestar. Se equivocaba.

—Un bayo... —bufó—. Un bayo será.

—Y yo todavía querría... —intentó Reynevan, pero se detuvo, viendo que ya era el final. Los ojos de la muchacha se cerraron, la cabeza le cayó sin fuerza. La pelirroja la sujetó, la depositó delicadamente en el suelo.

—No os retendré más —dijo al caho—. Id por el barranco, doblando sólo a la izquierda, siempre a la izquierda. Encontraréis un bosque de robles, luego una

pradera, en ella una cruz de piedra. Frente a la cruz comienza un sendero. Os llevará hasta el camino a Swidnica.

—Gracias, hermana.

—Cuidaos. Quedan tan pocos de los nuestros.

Capítulo decimoprimer

En el que las raras profecías comienzan a cumplirse de formas no menos raras, y Scharley se encuentra con una antigua conocida. Y revela nuevos y hasta ahora ocultos talentos.

Al otro lado del robledal, junto al cruce del camino con el sendero, se elevaba entre altas hierbas una pétrea cruz penitencial, uno de los muchos recuerdos de un crimen que había en Silesia. A juzgar por las señales de erosión y de vandalismo, un crimen antiguo, muy antiguo, puede que más antiguo que el poblado cuyos restos se veían no lejos de allí, en forma de colinas y hondonadas densamente cubiertas de hierba.

—Una penitencia muy tardía —comentó Scharley desde detrás de Reynevan—. Que duró generaciones. Hasta hereditaria, diría yo. El tallar una cruz así lleva la tira de tiempo, así que al final la suele instalar ya el hijo, por lo general, dándole vueltas en la cabeza a quién sería el individuo al que el difunto se cargara y qué fue lo que le movió a éste a arrepentirse en su vejez. ¿Verdad, Reinmar? ¿Qué piensas?

—Yo no pienso.

—¿Sigues estando enfadado conmigo?

—No lo estoy.

—Ja, entonces vayamos. Nuestras nuevas amistades no mintieron. La trocha frente a la cruz, aunque con toda seguridad recuerda los tiempos de Bolek el Bravo, nos llevará sin duda alguna hasta el camino de Swidnica.

Reynevan espoleó al caballo. Seguía callado, pero esto no estorbaba a Scharley.

—Reconozco que me has impresionado, Reinmar de Bielau. Con las brujas, quiero decir. Echar al fuego un puñado de yerbajos, balbucear chorradas y hechizos, trenzar ramos puede hacerlo, seamos sinceros, cualquier charlatán y cualquier vieja curandera. Pero tu levitación, vaya, no es moco de pavo. Reconócelo, ¿dónde estudiaste en Praga, en la Universidad Carolingia o con los hechiceros bohemios?

—Lo uno —Reynevan sonrió al recordar— no quita lo otro.

—Entiendo. ¿Y todos allí levitaban durante las lecciones?

Sin esperar respuesta, el demérito corrigió su posición sobre las ancas del caballo.

—Sin embargo, no puedo evitar asombrarme —continuó— de que estés huyendo, escondiéndote de tus perseguidores de forma más propia de una liebre que de un mago. Los magos, incluso si han de huir, lo hacen con mayor clase. Medea, por ejemplo, huyó de Corinto en una carroza de la que tiraba un dragón. Atlantes volaba en un hipogrifo. Morgana creaba espejismos. Viviana... No recuerdo lo que hacía Viviana.

Reynevan no dijo nada. Y tampoco él se acordaba.

—No tienes que responder —retomó Scharley con un tono aún mayor de burla en

su voz—. Comprendo. Demasiado poco conocimiento y experiencia, no eres más que un simple estudiante de las ciencias ocultas, un simple aprendiz de brujo. Un pollito sin plumas de la magia del que sin embargo surgirá alguna vez un águila blanca, un Merlín, Alberich o Mauris. Y entonces, pobres de...

Se detuvo al ver en el camino lo mismo que Reynevan.

—Nuestras amigas las brujas —susurró— no mintieron, ciertamente. No te muevas.

En mitad de la trocha, con la cabeza baja y mordisqueando hierba, había un caballo. Un gallardo animal de monta, un ligero *palefrois* de finas cuartillas. De capa de color marrón oscuro, con cola y crines aún más oscuras.

—No te muevas —repitió Scharley, descabalgando con cuidado—. Puede que no se repita una ocasión así.

—Ese caballo —dijo Reynevan con énfasis— es propiedad de alguien. Pertenece a alguien.

—Cierto. A mí. Si no lo espantas. Así que no lo espantes.

A la vista del demérito, que se acercaba despacito, el caballo alzó mucho la cabeza, meneó las crines, lanzó un agudo relincho, sin asustarse sin embargo, permitió que le agarrara de la brida que llevaba. Scharley le acarició los ollares.

—Es propiedad de otra persona —repitió Reynevan—. De otra, Scharley. Habrá que devolvérselo a su propietario.

—Señor, señor... —murmuró bajito Scharley—. Eh, eh... ¿De quién es este caballo? ¿Dónde está el propietario? ¿Ves, Reinmar? Nadie ha dicho nada. Y por tanto *res nullis cedit occupanti*^[103]

—Scharley...

—Vale, vale, tranquilízate, no tortures a tu delicada conciencia. Devolveremos el caballo a su legítimo propietario. Con la condición de que lo encontremos. De lo cual, ojalá, espero que nos guarden los dioses.

Su deseo evidentemente no llegó a sus destinatarios o no fue escuchado, porque la trocha se llenó de pronto de hombres que llegaron a pie y jadeando y señalaban con el dedo al caballo...

—¿A vosotros se os ha escapado el bayo? —sonrió Scharley con buenos modos—. ¿Lo estáis buscando? Pues tenéis suerte. Galopaba hacia el norte con todas sus fuerzas. Apenas alcancé a detenerlo.

Uno de los recién llegados, un hombre grande y con barbas, lo contempló con sospecha. A juzgar por sus ropas destrozadas y su desastrosa apariencia era, como el resto, un aldeano. Y como el resto, iba armado con un grueso palo.

—Sujetáraislo —dijo, arrancándole a Scharley las riendas—, sus se agradece. Y agora versus con Dios.

Los otros se acercaron, rodeándoles en un prieto círculo perfumado por los

asfixiantes e insoportables hedores típicos de la agricultura. No eran siervos, sino pobres de aldea: pecheros, renteros y pastores a cuenta ajena. Discutir con ellos acerca del hallazgo no tenía sentido, Scharley lo comprendió al punto. Sin decir palabra se abrió paso por entre la gente. Reynevan lo siguió.

—Eh. —Un pastor rechoncho y que olía muy mal agarró de pronto al demérito de la manga—. ¡Compadre Gamrat! ¿Y así los sortais? ¿Sin preguntar quién carajo son? ¿Y no serán por un casual los huidos? ¿Los dos que buscan los de Strzegom? ¿Y que por prenderlos dan dineros? ¿No serán éstos?

Los aldeanos murmuraron. El compadre Gamrat se acercó, lúgubre como la mañana de Todos los Santos, apoyándose en una vara de fresno.

—Igual lo son —bufó con enfado—. Igual no lo son...

—No lo son, no lo son —aseguró Scharley con una sonrisa—. ¿No lo sabéis? A aquéllos ya los atraparon. Y pagaron la recompensa.

—Me paece que mentís.

—Suelta la manga, paisano.

—Y si no, ¿qué?

El demérito lo miró por un instante a los ojos. Luego, con un brusco tirón, le hizo perder el equilibrio y dando una media vuelta lo golpeó en la espinilla, justo bajo la rodilla. El pastor cayó con fuerza y Scharley, de un corto golpe desde arriba, le rompió la nariz. El hombre se agarró el rostro, la sangre brotaba abundante entre sus dedos, llenando de manchas escarlatas la parte delantera de su jubón.

Antes de que los aldeanos pudieran reaccionar, Scharley le arrancó la vara al compadre Gamrat y lo golpeó con ella en la sien. El compadre Gamrat puso los ojos en blanco y cayó en brazos del mozo que estaba a su lado, al tiempo que el demérito golpeaba también a éste. Giró como un abejorro, atizando con el bastón a diestro y siniestro.

—¡Huye, Reinmar! —gritó—. ¡Pies en polvorosa!

Reynevan espoleó al caballo, dividió a la multitud, pero no acertó a huir. Los aldeanos saltaron como perros, por los dos costados, colgándose de las riendas. Él golpeó como un loco con los puños, pero lo arrancaron de la silla. Golpeó cuanto pudo y dio patadas como una muía, pero también llovieron los golpes sobre él. Oía los gritos rabiosos de Scharley y el seco crujido de los cráneos sobre los que caían los golpes de la vara de fresno.

Lo arrojaron al suelo, lo sujetaron allí y lo aplastaron. La situación era desesperada. Aquello con lo que intentaba luchar no era ya una banda de campesinos, sino un monstruoso ser de muchas cabezas, una hidra de cien pies y cien puños, resbaladiza por la suciedad, que apestaba a estiércol, orina y leche cortada.

Por encima del griterío de la turba y del zumbido de la sangre en sus oídos escuchó de pronto gritos de guerra, el galopar y el relinchar de caballos, y el suelo

tembló bajo los cascos. Chasquearon los chuzos, se escucharon gritos de dolor y el monstruo de muchas manos que lo asfixiaba se deshizo en los elementos que lo componían. Los hasta un momento antes agresivos aldeanos conocían ahora en su propio pellejo lo que era la agresión. Los jinetes que cabalgaban por la trocha los rodeaban con sus caballos y los apaleaban sin piedad, con tanta fuerza que las zamarras volaban hechas pedazos. Quien pudo huyó al bosque, pero ninguno de ellos se escapó sin probarlo.

Al cabo se hizo algo el silencio. Los jinetes tranquilizaron a sus caballos, que rebufaban, trotaron por el campo de batalla, buscando a quien dar de palos todavía. Se trataba de una banda bastante pintoresca, gentes con las que había que contar y no se debía bromear, se veía a primer golpe de vista, tanto por la ropa y los atalajes como por sus jetas, las cuales clasificarlas como de proscritas y bandidescas no hubiera causado problema alguno ni siquiera a un fisonomista poco avezado.

Reynevan se levantó. Y se encontró frente a frente con el morro de una yegua de color manzana sobre la que, flanqueada por dos jinetes, iba una robusta, redonda y simpática mujer vestida con un jubón de hombre y con una boina sobre unos cabellos rubio claro. De bajo un haz de plumas de abejaruco que adornaban la boina lo miraban unos ojos avellanados, duros, penetrantes e inteligentes.

Scharley, el cual parecía no haber sufrido mayores lesiones, estaba de pie a un lado y tiró los restos de la vara de fresno.

—Por las ánimas benditas —dijo—. No creo a mis ojos. Y sin embargo no es esto espejismo, no es ilusión. Su merced Dzierzka von Skalka en persona. Bien dice el refrán: el mundo es un pañizuelo...

La yegua color manzana agitó la cabeza, tintinearón los anillos de la boquilla. La mujer la palmeó el cuello, guardaba silencio, contemplando al demérito con una mirada penetrante de sus ojos avellanados.

—Desmejorado estás —dijo por fin—. Y un tanto se te encanecieron los cabellos, Scharley. Hola. Y ahora, vayámonos.

—Estás desmejorado, Scharley.

Estaban sentados a una mesa en un blanco y amplio cuarto lateral de la posada. Una ventana daba al jardín, a torcidos perales, arbustos de endrinas y colmenas rodeadas de abejas. Por la otra ventana se veía un cercado donde habían conducido a los caballos y formado una manada. Entre más de cien rocines predominaban los pesados *dextrarii*^[104] silesios, corceles para jinetes armados de pesada armadura. Había también castellanos, sementales de sangre española, había caballos granpolacos para lanceros, había también caballos de trabajo y de tiro. Entre el bureo de los cascos y de los relinchos, se oían de vez en cuando los gritos y maldiciones del palafrenero, los caballerizos y la escolta de las jetas proscritas.

—Estás desmejorado —repitió la mujer de ojos avellanados—. Y algo como

nieve te ha cubierto la testa.

—Qué le vamos a hacer —respondió Scharley con una sonrisa—. *Tacitisque senescimus anni*^[105] Aunque a vos, Dzierzka von Skalka, parece que los años os incrementan la belleza y el encanto.

—No me martirices. Y no me titules, que harás que me sienta un vejestorio. Y ya no soy Von Skalka. Cuando la diñó Von Skalka retomé mi apellido de doncella. Dzierzka de Wirsing.

—Cierto, cierto. —Scharley movió la cabeza—. Así que Zbylut von Skalka, el Señor lo tenga en su gloria, se despidió del mundo. ¿Qué tiempo hace de ello, Dzierzka?

—Para los Inocentes hará dos años.

—Cierto, cierto. Yo por mi parte, en ese tiempo...

—Lo sé —lo cortó ella, lanzó una mirada penetrante a Reynevan—. Aún no me has presentado a tu compañía.

—Soy... —Reynevan dudó por un instante, decidiendo por fin que Lanzarote de la Carreta podría ser, con respecto a Dzierzka de Wirsing, tan poco educado como peligroso—. Soy Reinmar de Bielau.

La mujer guardó un instante de silencio, atravesándolo con la mirada.

—Ciertamente —concedió con énfasis al fin—. El mundo es un pañizuelo... ¿Queréis comer *biermousse*^[106]? Aquí tienen uno excelente. Cuantas veces me detengo aquí, lo como. ¿Queréis probarlo?

—Por supuesto. —Los ojos de Scharley brillaron—. Por supuesto. Gracias, Dzierzka.

Dzierzka de Wirsing dio una palmada, al punto aparecieron los servidores y se pusieron a trajinar. La tratante de caballos debía de ser allí una persona conocida y apreciada, pensó Reinmar, con toda seguridad debía de haberse hospedado con su manada más de una vez, más de un gulden debía de haber dejado en aquella posada no lejos del camino de Swidnica, junto a una aldea cuyo nombre no recordaba. Y que no tenía tiempo de recordar puesto que acababan de servir la comida. Durante un rato Scharley y él sorbieron la sopa, pescaron cuadrados de queso blanco y trabajaron arduo con las cucharas de madera de tilo, deprisa pero con ritmo, para evitar entrechocarse en el cazuelo. Dzierzka se mantuvo en un silencio lleno de tacto, los miraba, acariciando su jarra llena de fría cerveza.

Reynevan respiró hondo. No había comido nada caliente desde la comida con el canónigo Otto en Strzelin. Scharley, por su parte, clavó los ojos tan significativamente en la jarra de Dzierzka que al poco le trajeron también a él una jarra derramando espuma.

—¿Adónde os lleva el Señor, Scharley? —habló por fin la mujer—. ¿Y por qué andas dándote de palos con unos pecheros por los bosques?

—Vamos en peregrinación a Bardo —mintió con descaro el demérito—. A Santa María de Bardo, a rezar por la intención de que se arregle el mundo. Y nos atacaron sin dar razón alguna. Ciertamente está el mundo lleno de indignidad y por los caminos y los bosques más fácil es encontrarse picaros que priores. Los tales plebeyos nos atacaron, repito, sin motivo, llevados de una pulsión pecaminosa de hacer el mal. Mas nosotros perdonamos a nuestros deudores...

—A los campesinos —Dzierzka interrumpió su torrente de palabras— los contraté yo para que nos ayudaran a buscar al alazán que había huido. Que gente son de mala condición, lo concedo. Mas luego chamullearon algo de unos huidos y no sé qué de unas recompensas...

—Fantasías de cabezas huecas y blandos sesos —suspiró el demérito—. Quién será capaz de adivinar...

—Anduviste encerrado en la penitencia monacal, ¿verdad?

—Verdad.

—¿Y qué?

—Y nada. —El rostro de Scharley ni tembló—. Un aburrimiento. Cada día igual que el anterior. En círculo. *Matutinum*, laudes, prima, tercia, luego Barnabás, sexta, nona, luego Barnabás, víspera, *collationes*^[107], completas, Barnabás...

—Deja de dar esquinazo. —Dzierzka lo interrumpió de nuevo—. Bien sabes de qué hablo, di pues: ¿fugástete? ¿Te persiguen? ¿Precio han puesto a tu cabeza?

—¡Dios nos guarde! —Scharley adoptó un gesto como de indignado por la suposición—. Me dejaron libre. Nadie me persigue, nadie me acosa. Soy un hombre libre.

—Cómo pude olvidarlo —respondió ella con énfasis—. Mas en fin, sea, habré de creerlo. Y si lo creo... entonces la consecuencia de ello está clara.

Scharley alzó las vejas por encima de la cuchara que estaba lamiendo, mostrando su curiosidad. Reynevan se removió intranquilo en el banco. Como resultó, con razón.

—La consecuencia de ello está clara —repitió, mirándolo, Dzierzka de Wirsing—. Entonces es el joven señor Reinmar de Bielau quien es objeto de persecución y acoso. Que no lo acertara al punto, rapaz, es cosa de que en tales menesteres pocas veces yerras si apuestas por Scharley. Ay, ay, encontró el zapato su horma...

Se levantó de pronto, se acercó a la ventana.

—¡Eh, tú! —gritó—. ¡Sí, tú! ¡Arrapiezo de mierda! ¡Metepatas con escrófulas! ¡Polla torcida! ¡Si aporreas otra vez al caballo, mandaré que te arrastren por la plaza!

Volvió a la mesa, unió los brazos por bajo su bamboleante busto.

—Perdonad. Mas de todo he de cuidar yo misma. No más aparto el ojo, ya están liándola, los caganíos éstos. ¿Dónde estábamos? Ah, sí. Que os habéis juntado dos buenas piezas.

—Así que lo sabes.

—Por supuesto. Corren rumores por doquier. Kirieleisón y Walter de Barby rondan por los caminos. Wolfher Sterz cabalga por Silesia junto con seis hombres, busca, pregunta, amenaza... No es menester cargar los hombros, Scharley, y tú te inquietas sin razón, muchacho. Conmigo estáis seguros. Nada me importan los escándalos de amores ni las disputas de familia, los Sterz no me son ni parientes ni amigos. Al contrario que tú, Reinmar Bielau. Puesto que tú y yo, quizá esto te maraville, estamos emparentados. No abras tanto la boca. En fin, yo soy *de domo* Wirsing, de los Wirsing de Reichwalde. Y los Wirsing de Reichwalde están emparentados a través de los Zedlitz con los Nostitz. Y tu abuela era una Nostitz.

—Eso es cierto. —Reynevan venció su asombro—. En verdad, señora, estáis puesta en parentescos...

—Alguna cosilla sé —lo cortó la mujer—. A tu hermano, Peter, lo conocía bien. Amigo era de Zbylut, el mi esposo. No una sino muchas veces fue huésped nuestro en Skalka. Acostumbraba a montar caballos de las cuadras de Skalka.

—Habláis en tiempo pasado. —Reynevan se entristeció—. Entonces, sabéis ya...

—Lo sé.

El silencio que reinó durante un instante lo quebró Dzierzka de Wirsing.

—Lo lamento sinceramente —dijo, y su serio rostro confirmó su sinceridad—. Lo que acaeció en Balbinów es también para mí una tragedia. Conocía y amaba a tu hermano. Siempre lo valoré por su cordura, su mirada serena, porque nunca hizo de sí un noble creído. Qué más hay que decir que, gracias al ejemplo de Peterlin, mi Zbylut cobró algo de razón. Bajó al suelo la nariz que antes, en gesto de señoritengo, tenía mirando al cielo, y vio cómo tenía los pies. Y principió a criar caballos.

—¿Así fue?

—Ciertamente. Antes Zbylut de Skalka era un señor, un noble, de una familia de la Pequeña Polonia bien conocida, hasta al parecer parientes lejanos de los mismos Melsztynski. Caballero con escudo propio, de ésos que ya conocéis: en el pecho las armas de Leliwa y bajo la Leliwa, los pantalones remendados. Y he aquí que Peter de Bielau, otro *miles mediocris*^[108], orgulloso mas pobre, métese en negocios, construye el tinte y el batán y hace venir a maestros de Gante y de Ypres. Sin atañerle lo que digan otros caballeros, gana dinero. ¿Y qué? Al poco es un verdadero noble, poderoso y rico, y los gentilhombres que de él se burlaban inclínanse ahora ante él y babean sonrientes para que les haga la merced de prestarles algunos cuartos...

—Peterlin. —Los ojos de Reynevan lanzaron destellos—. ¿Peterlin prestaba dinero?

—Sé lo que te sospechas. —Dzierzka lo miró con expresión sagaz—. Mas lo dudo. Tu hermano sólo prestaba a gentes por él bien conocidas y de confianza. Por la usura se las puede ver uno con la Iglesia. Peterlin cobraba intereses pequeños, hasta

incluso la mitad de lo que cobran los judíos. Mas no es fácil defenderse de una acusación. Y en lo que respecta a tus sospechas... Ja, ciertamente no faltan quienes, por no poder o no querer satisfacer una deuda, prestos están a matar. Mas las gentes a las que tu hermano prestaba no se cuentan entre ellos. Así que ésta es una pista falsa, pariente.

—Sin lugar a dudas. —Reynevan apretó los labios—. No hay porqué multiplicar las sospechas. Yo sé quién y por qué mató a Peterlin. En lo que a ello respecta no albergo duda alguna.

—Estás pues en minoría —dijo la mujer con voz gélida—. Pues la mayoría las tiene.

De nuevo Dzierzka de Wirsing interrumpió el silencio.

—Corren rumores —repitió—. Mas sería gran locura, una estupidez incluso, lanzarse a la venganza y el desquite fundamentándose en tales tontunas. Digo esto para el caso de que por albur no albergarais intención alguna de encaminaros a Nuestra Señora de Bardo sino que tuvierais intenciones y planes bien distintos.

Reynevan hizo como si su atención estuviera completamente absorbida por una mancha de agua en el suelo. Scharley tenía un gesto inocente como el de un niño.

Dzierzka no apartó de ambos sus ojos almendrados.

—En lo tocante a la muerte de Peterlin —siguió al cabo, bajando la voz—, dudas hay. Y bastante serias. Porque habéis de saber que una extraña epidemia se extiende por la Silesia. Una rara peste ha caído sobre patronos y mercaderes, que tampoco respeta a las nobles cabezas. Mueren las personas de enigmática muerte...

—El señor Bart —murmuró Reynevan—. Don Bart de Karczyn...

—El señor Von Bart. —Ella había escuchado el nombre y asintió—. Y anteriormente don Czambor de Heissenstein. Y antes que él dos plateros de Otmuchów, he olvidado los sus nombres. Thomas Gernrode, maestro del gremio de los talabarteros de Nysa. Don Fabián Pfefferkorn de la sociedad mercantil de Niemodlin, mercader de plomo. Y últimamente, no hace ni una semana, Nicolás Neumarkt, *mercator* de paños de Swidnica. Una verdadera peste...

—Dejadme que lo adivine —habló Scharley—. Ninguno de los mentados murió de viruela. Ni de vejez.

—Lo adivinaste.

—Seguiré adivinando: no llevas una escolta más numerosa de lo habitual por casualidad. No por casualidad está compuesta por bandidos armados hasta los dientes. ¿Adónde te diriges, has dicho?

—No lo he dicho —cortó—. He traído a colación el tal asunto para que comprendierais cuan importante es. Para que comprendierais que lo que está pasando en la Silesia no es culpa, ni aún queriéndolo, de los Sterz. Ni se le puede cargar con ello a Kunz Aulock. Puesto que comenzó mucho antes de que prendieran al joven

señor de Bielau en la cama de la señora de Sterz. Merece la pena que lo recordéis. Yo ya no tengo más que decir.

—Demasiado has dicho para no terminar. —Scharley no bajó los ojos—. ¿Quién mata a los mercaderes silesios?

—Si lo supiéramos —los ojos de Dzierzka de Wirsing ardieron con amenaza—, ya no mataría. Mas no temáis, lo sabremos. Vosotros manteneos lejos de esto.

—¿Os dice algo —introdujo Reynevan— el nombre de Horn? ¿Urban Horn?

—No —respondió, y al punto Reynevan supo que mentía. Scharley lo miró y en sus ojos Reynevan leyó la recomendación de no seguir preguntando.

—Manteneos lejos —repitió Dzierzka—. No es cosa segura. Y vosotros tenéis, de creer los rumores, suficientes apuros propios. Las gentes dicen que los Sterz están harto emperrados en prenderos. Que Kirieleisón y Stork rondan como lobos, que están ya tras la pista. En fin, que don Guncelin von Laasan puso precio a dos picaros...

—Rumores —la interrumpió Scharley—. Habladurías.

—Puede ser. Pese a ello, más de uno ha acabado en el cadalso. Así que aconsejaría mantenerse bien lejos de los caminos reales. Y en vez de ir a Bardo, adonde al parecer os encamináis, aconsejaría también alguna otra villa, más lejana. Por ejemplo, Bratislava. O Esztergom. Buda, en fin.

Scharley hizo una atenta reverencia.

—Valioso consejo —dijo—. Se agradece. Mas la Hungría esta lejos, je... Y yo voy a pie... Sin caballo...

—No mendigues, Scharley. No va contigo... ¡Joder!

Otra vez se levantó, se acercó a la ventana, otra vez lanzó improperios contra alguien que trataba con descuido a los caballos.

—Salgamos —dijo, colocándose el pelo, el busto ondulando—. Como no aguante yo misma, los hideputas me despeazan a los caballos.

—Bonita manada —apreció Scharley cuando salieron—. Hasta para los establos de Skalka. No pocos dineros te aguardan. Si los vendes.

—No hay de qué preocuparse. —Dzierzka de Wirsing miró a sus rocines con agrado—. Hay demanda de castellanos, *itera* de animales de trabajo. En tratándose de caballos, los señores caballeros se olvidan de cerrar la bolsa. Sabéis cómo es eso: en la aceifa todos quieren alardear de su caballo propio y su propia mesnada.

—¿Qué aceifa?

Dzierzka carraspeó, miró a su alrededor. Luego frunció los labios.

—Por las intenciones del arreglo de este mundo.

—Ah —adivinó Scharley—. Los bohemios.

—De ello mejor no hablar en voz alta. —La tratante de caballos torció los labios aún más—. Al parecer el obispo de Wroclaw se ha echado con ganas sobre los

herejes locales. En el camino, de cada villa que pasamos, cargadas estaban las horcas bajo el peso de los ahorcados. Y de cenizas las hogueras.

—Mas nosotros no somos herejes. ¿Qué hemos de temer?

—Cuando se castran caballos —dijo Dzierzka con conocimiento del asunto—, no estorba cuidar los propios güevos.

Scharley no dijo nada. Estaba ocupado en observar a unos cuantos hombres armados que estaban sacando de una choza un carro cubierto con una lona negra de pez. Engancharon dos caballos al carro. Luego, espoleados por un gordo sargento, los hombres sacaron y cargaron bajo la lona un gran cofre cerrado con candado. Por fin, salió de la taberna un individuo alto con una gorra de castor y una capa con cuello de castor.

—¿Quién es? —se interesó Scharley—. ¿Un inquisidor?

—Cerca has estado —respondió Dzierzka de Wirsing a media voz—. Es el alcabalero. Recauda el impuesto.

—¿Qué impuesto?

—Especial, de una vez. Para la guerra. Contra los herejes.

—¿Los bohemios?

—¿Es que hay otros? —Dzierzka volvió a torcer el morro—. Mas el impuesto lo acordaron los señores en las cortes de Frankfurt. Las fortunas mayores de dos mil gúldenes han de pagar un gulden, las menores, medio. Todo escudero de familia noble ha de dar tres gúldenes, un caballero cinco, un barón diez... Todos los sacerdotes han de dar cinco de cada cien de sus ingresos anuales, los que no tengan ingresos, dos grosches...

Scharley mostró sus blancos dientes en una sonrisa.

—Con toda seguridad habrán declarado falta de ingresos todos los sacerdotes. Con el mencionado obispo vratislaviano a la cabeza. Y sin embargo cuatro fuertes mozos fueron precisos para alzar la cajilla. Por su parte, conté sólo ocho de escolta. Extraña que tan serio peso lo vigile tan poca gente.

—La escolta se cambia —le aclaró Dzierzka—. En todo el recorrido. El caballero al que pertenezca el señorío ha de poner los infantes. Por eso ahora hay tan pocos. Esto es, Scharley, como con el paso de los judíos por el mar Rojo. Los judíos han pasado, los egipcios todavía no han llegado...

—Y el mar ya se ha apartado. —Scharley también conocía el chiste—. Entiendo, en fin, Dzierzka, hay que despedirse. Gracias muchas por todo.

—Luego me lo agradecerás. Porque ahora haré que te preparen un caballejo. Para que no tengas que mortificarte los pies. Y para que tengas alguna posibilidad cuando te alcancen los perseguidores. Ni se te ocurra pensar que lo hago por misericordia y bondad de corazón. Me devolverás el dinero cuando puedas. Cuarenta gúldenes renanos. No pongas esa cara. ¡Es un precio como de hermana! Agradecido debieras

estar.

—Y lo estoy. —El demérito sonrió—. Lo estoy, Dzierzka. Muchísimas gracias. Siempre se puede contar contigo. Y para que no se piense que soy un aprovechado, he aquí un regalo para ti.

—Unas bolsitas. —Dzierzka afirmó el hecho con voz gélida—. No son feas. Cosidas con hilo de plata. Y con perlas. Y hasta son bonitas. Aunque falsas. Mas, ¿por qué razón me das tres?

—Porque soy generoso. Y eso no es todo. —Scharley bajó la voz, miró alrededor—. Has de saber, Dzierzka, que el aquí presente Reinmar tiene ciertas... hummm... habilidades. Poco comunes, por no decir... mágicas.

—¿Eh?

—Scharley exagera. —Reynevan se enfureció—. Soy médico, no mago...

—Justo —le quitó la palabra el demérito—. Si necesitaras algún elixir o filtro... De amor, pongamos... Un afrodisíaco... Algo para la potencia...

—Para la potencia —repitió ella pensativa—. Humm... Podría venir bien...

—Pues mira. ¿No lo dije?

—... para los sementales —terminó Dzierzka de Wirsing—. Yo, para el amor, me basto sola. Y aún me las pinto bien gallardamente sin nigromancias.

—Por favor, dadme recado de escribir —dijo Reynevan al cabo de un momento de silencio—. Escribiré una receta.

El preparado caballejo resultó ser aquel gallardo bayo *palefrois*, el mismo que habían hallado en la trocha. Reynevan, el cual al principio más bien había dudado de las profecías de las brujas del bosque, ahora se quedó pensativo. Scharley saltó al caballo y galopó por el corral. El demérito mostró un talento más: guiado por mano firme y fuertes rodillas, el bayo trotó como un reloj, alzando las patas bellamente y manteniendo la cabeza alta, mientras que en la elegante y relajada posición de Scharley el mayor conocedor y maestro de la hípica no hubiera hallado nada que criticar. Los mozos de establo y la soldadesca de la escolta aplaudieron. Hasta la bien controlada Dzierzka de Wirsing chasqueó la lengua.

—No sabía que tan buen cabalgador era —murmuró—. Ciertamente, no le faltan talentos.

—Cierto.

—Por tu parte, pariente —se dio la vuelta—, ten cuidado. Persiste la caza de emisarios husitas. Ahora se mira con más atención a forasteros y viajeros y a quienes se mira se los delata al punto. Puesto que quien no delata, él mismo cae bajo sospecha. Y tú no sólo eres forastero y viajero, sino que además tu nombre y apellido se hicieron tan famosos en la Silesia que cada vez más gente tiene los oídos prestos a oír Bielau. Invéntate algo. Llámate... Humm... Para que tu nombre al menos quede y no te equivoques por un casual... Que sea entonces... Reinmar von Hagenau.

—Pero si así se llamó un famoso poeta... —sonrió Reynevan.

—No refunfuñes. Y al cabo, tiempos son éstos difíciles. ¿Quién en tales tiempos podrá recordar el apellido de un poeta?

Scharley terminó su demostración con un galope corto pero muy enérgico, y luego sujetó al caballo de tal forma que hasta saltó la grava. Cabalgó, obligando al bayo a un paso tan bailón que de nuevo le aplaudieron.

—Una bestia gallarda —dijo, palmeando al rocín en el cuello—. Y brava. Una vez más, Dzierzka, gracias. Adiós.

—Adiós. Y que Dios os guarde.

—Hasta la vista.

—Hasta la vista. Ojalá que en mejores tiempos.

Capítulo decimosegundo

En el cual, en la vigilia de San Gil, que cae en viernes, Reynevan y Scharley comen el almuerzo del tiempo de ayuno en un monasterio de benedictinos. Tras la colación exorcizan a un diablo. Con consecuencias completamente inesperadas.

Oyeron el monasterio antes de verlo porque, escondido en el bosque, resonaron de pronto profundas y melodiosas sus campanas. Antes de que se disipara el sonido de las campanas, aparecieron entre las hojas de los alisos y los ojaranzos los tejados de un edificio rodeado por un muro, que se reflejaba en el agua de unos estanques, poblados de lentejas e isoetes, pero serenos como espejos, apenas agitados a veces por unos círculos concéntricos causados por el movimiento de grandes peces al alimentarse. En los juncales croaban las ranas, graznaban los patos, chillaban y chapoteaban las pollas de agua.

Los caballos iban al paso por un camino flanqueado de árboles que coronaba un dique reforzado.

—Allí —señaló Scharley, de pie sobre los estribos—. Allí tenemos un monasterio. Me gustaría saber de qué regla. Dice el conocido versillo:

*Bernardus valles, montes Benedictus amabat,
Oppida Franciscus, celebres Dominicus urbes^[109].*

Mas aquí parece que alguien ama los pantanos, los estanques y los diques. Aunque con toda seguridad no es amor a los estanques y los diques, sino más bien a las carpas. ¿Qué piensas, Reinmar?

—Yo no pienso.

—¿Pero una carpa te comerías? ¿O una tenca? Hoy es viernes y los monjes han tocado a nonas. ¿No irán a comer alguna cosilla?

—Lo dudo.

—¿Por qué y qué cosa?

Reynevan no respondió. Miró el portón semiabierto del monasterio, del que salió un caballo pío con un monje en la silla. El monje lanzó al caballo a un fuerte galope nada más cruzar el portón, lo que terminó mal. Aunque el caballo pío distaba de ser un andaluz o el *dextrarius* de un lancero, resultó ser fogoso y resabiado, y el monje —benedictino, como se veía por su hábito— no pecaba al menos de habilidad como jinete. Para colmo se había subido al pío calzado con unas sandalias que ni a tiros se querían quedar en los estribos. Habiendo circulado como un cuarto de legua, el

caballo se dobló y el monje voló de la silla y dio volteretas junto a un sauce, mostrando sus muslos al desnudo. El pío retozó, relinchó, satisfecho de sí mismo, tras lo cual, a paso ligero, corrió por el dique en dirección a los dos viajeros. Al pasar a su lado, Scharley lo cogió de las riendas.

—¡Mira no más a este centauro! —dijo—. Bridas de sogas, una gualdrapa por silla y las cinchas de harapos. No sé si acaso las reglas de San Benito de Nursia permiten el montar a caballo o no. Mas algo así debiera estar prohibido.

—Tenía prisa. Se veía claramente.

—Eso no es excusa.

Al monje, como antes al monasterio, lo escucharon antes de verlo. Estaba sentado entre las bardanas y, con la cabeza apoyada en las rodillas, lloraba amargamente, sollozaba de tal modo que partía el corazón.

—Vaya, vaya —habló Scharley desde lo alto de su montura—. No hay por qué derramar lágrimas, hermano. No se perdió nada. El caballejo no ha huido, aquí lo tenemos. Y ya aprenderá el hermano a montar a caballo. Tiempo, por lo que veo, tendréis muchísimo.

Ciertamente, Scharley tenía razón. El monje era un monjillo. Un novicio. Un chavalillo al que le temblaban las manos, los labios y el resto de la cara a causa de los sollozos.

—El hermano... Deodato... —gimió—. El hermano... Deodato... Va a morir... Por mi culpa...

—¿Qué?

—Por mi culpa... Va a morir... Fallé... Fallé...

—¿Ibas a por el galeno? —se imaginó Reynevan al punto—. ¿Para un enfermo?

—El hermano... —sollozó el muchacho—. Deodato... Por mi culpa...

—¡Habla más claro, hermano!

—¡Un mal espíritu —gritó el monjillo, alzando sus ojos enrojecidos— ha entrado en el hermano Deodato! ¡Y lo poseyó! Y el abad me mandó que con la lengua fuera... que corriera presto con la lengua fuera a Swidnica, a los hermanos canónigos... ¡a por un exorcista!

—¿No había en el monasterio mejor jinete?

—No había... Puesto que yo soy el más joven... ¡Ay de mí, infortunado!

—Más bien afortunado —dijo Scharley con gesto serio—. Cierto, más bien afortunado. Busca, muchacho, entre la hierba tus sandalias y corre al monasterio. Anuncíale al abad la buena nueva. Que vuestro monasterio está protegido por la gracia de Dios. Que te encontraste en el dique al maestro Benignus, conocido exorcista al que de seguro un ángel lo envió en esta dirección.

—¿Vos, buen señor? Sois vos...

—Corre, he dicho. Ve al abad con la lengua fuera. Anuncíale que llego.

—Dime que he oído mal, Scharley. Dime que te equivocaste al hablar. Que no dijiste en absoluto lo que dijiste hace un instante.

—O sea, ¿el qué? ¿Qué voy a exorcizar al hermano Deodato? Pues lo voy exorcizar, por supuesto. Con tu ayuda, muchacho.

—Oh, no, eso no. Conmigo no cuentas. Yo ya tengo sin ello problemas de sobra. No necesito nuevos.

—Yo tampoco. En vez de ello me son necesarios comida y dinero. Comida lo mejor ahora mismo.

—Es la idea más tonta de todas las ideas tontas posibles —afirmó Reynevan, pasando la mirada por el huerto del monasterio bañado por el sol—. ¿Eres consciente de lo que haces? ¿Sabes cuál es el castigo para quien se hace pasar por clérigo? ¿Por exorcista? ¿Por algún maldito magister Benignus?

—¿Qué es eso de hacerme pasar? Soy clérigo. Y exorcista. Es una cuestión de fe y yo creo. Creo en que lo voy a conseguir.

—Te estás burlando de mí.

—Para nada. Comienza a prepararte espiritualmente para la tarea.

—No voy a tomar parte en algo así.

—¿Y por qué? Eres médico, ¿no? Hay que ayudar al que sufre.

—A él. —Reynevan señaló en dirección a la enfermería de la que acababan de salir y en la que yacía el hermano Deodato—. A él no se le puede ayudar. Es un letargo. El monje está aletargado. En coma. ¿No has oído que los monjes han dicho que lo intentaron despertar pinchándolo en el talón con un cuchillo al rojo? Así que se trata de algo parecido al *grana mal*, la gran enfermedad. Tocado por el mal está aquí el cerebro, *spiritus animalis*. He leído sobre ello en el *Canon medicinae*, de Avicena, también en Razes y Averroes... Y sé que no se puede curar. No se puede más que esperar...

—Cierto, se puede esperar —lo interrumpió Scharley—. ¿Mas por qué con las manos cruzadas? ¿Sobre todo si se puede actuar? ¿Y ganar dinero con ello? ¿Sin perjuicio para nadie?

—¿Sin perjuicio? ¿Y la ética?

—No acostumbro a hablar de filosofía con la tripa vacía. —Scharley se encogió de hombros—. Hoy por la tarde, sin embargo, cuando esté saciado y embriagado, te elucidaré los *principia* de mi ética. Y te asombraré con su sencillez.

—Esto puede acabar mal.

—Reynevan. —Scharley se dio la vuelta con brusquedad—. Voto al diablo, piensa positivamente.

—Precisamente eso hago. Pienso que va a acabar mal.

—Pues piensa lo que quieras. Mas ahora haz la merced de cerrar el pico, que se acercan.

Ciertamente, el abad se estaba acercado, asistido de algunos monjes. El abad era bajito, redondo y rechoncho, sin embargo su aspecto bonachón y honesto lo destruía una boca deformada en una mueca y unos ojos astutos. Los cuales saltaban ágiles de Scharley a Reynevan. Y de vuelta.

—¿Y qué decís? —preguntó, guardando las manos bajo el escapulario—. ¿Qué le pasa al hermano Deodato?

—Tocado por el mal —anunció Scharley, abriendo los labios con orgullo— está el *spiritus animalis*^[110]. Es algo parecido al *grana mal*, la gran enfermedad, descrita por Avicena, hablando pronto y mal: el Toju Va Boju. Habéis de saber, *reverende pater*, que la cosa no tiene buen aspecto. Pero se intentará.

—¿Qué se intentará?

—Expulsar del poseído al mal espíritu.

—¿Tan seguro estáis —el abad torció el cuello— de que es una posesión?

—Seguro —la voz de Scharley era muy fría— que no se trata de una cagalera. La cagalera tiene otros síntomas.

—Mas vosotros —la voz del abad seguía manteniendo una nota de sospecha— no sois clérigos.

—Lo somos. —Scharley no movió ni una pestaña—. Ya se lo expliqué al hermano de la enfermería. Y que llevamos ropas de seglar, es un camuflaje. Para burlar al diablo. Para pillarlo por detrás, por así decirlo.

El abad los escudriñó con ojos astutos. Ay, qué mal, qué mal, pensó Reynevan, tonto no es. Esto puede terminar verdaderamente mal.

—De modo que —el abad no apartaba la vista de Reynevan, sondeándole—, ¿cómo vais a proceder? ¿Siguiendo a Avicena? ¿O quizá según las recomendaciones de San Isidoro de Sevilla contenidas en su famosa obra cuyo título...? Oh, no me acuerdo... Mas vos, ilustrado exorcista, con toda seguridad lo sabéis...

—*Etymologiae*. —Tampoco esta vez a Scharley le temblaron los párpados—. Ciertamente, usaré de la ciencia contenida en ellas. Del mismo modo que del *De natura rerum*, del mismo autor. Y del *Dialogus magnas visionum atque miraculorum* de Cesar de Heisterbach. Y del *De universo* de Rábano Mauro, el arzobispo de Maguncia.

La mirada del abad se suavizó un tanto, pero se veía que no lo había abandonado del todo la sospecha.

—Que entendéis de letras es difícil de negar —dijo, con retintín—. Habéis sabido demostrarlo. ¿Y ahora qué? ¿Pediréis pitanza por delante? ¿Y bebida? ¿Y la paga por adelantado?

—De paga no se ha de hablar. —Scharley se incorporó tan orgullosamente que a Reynevan lo embargó una verdadera admiración—. No se ha de hablar de grosches, puesto que yo no soy mercader ni usurero. Me contentaré con una limosna, alguna

dádiva modesta, y no por adelantado, sino una vez terminada la tarea. En lo que se refiere a la pitanza y la bebida, os recordaré, reverendo padre, las palabras del evangelio: los malos espíritus se expulsan sólo con oración y ayuno.

El rostro del abad se iluminó y la dureza hostil desapareció de sus ojos.

—Ciertamente —dijo—, veo que hemos topado con cristianos derechos y temerosos de Dios. Y ciertamente os digo: el evangelio es el evangelio pero, con perdón, no se mete uno en faena con las tripas vacías. Os invito al *prandium*^[111]. A un modesto *prandium* pascual puesto que hoy es *feria sexta*^[112], viernes. Hay aleta de castor en salsa...

—Vos primero, venerable padre abad. —Scharley tragó saliva con sonoridad—. Vos primero.

Reynevan se limpió la boca y ahogó un eructo. La aleta de castor, o sea, la cola, cocida en salsa de rábano resultó ser, servida con grano de alforfón, una verdadera delicia. Reynevan había oído hablar de aquella especialidad, sabía que en algunos monasterios se comía durante el ayuno pascual, puesto que por causas desconocidas y perdidas en la oscuridad de los siglos se la consideraba algo parecido al pescado. Era sin embargo una delicatessen bastante rara, no todas las abadías tenían en sus alrededores colas de castor ni todas disponían del privilegio de su captura. Sin embargo, el gran gozo de la degustación del riquísimo plato había quedado deslucido por el pensamiento lleno de desasosiego de la tarea que les estaba esperando. Mas, pensó, mientras arrebañaba escrupulosamente la escudilla con un pedazo de pan, lo que me he comido, eso ya no me lo quita nadie.

Scharley, quien en un abrir y cerrar de ojos había dado cuenta de una porción bastante pequeña —puesto que era tiempo de ayuno—, peroraba poniendo gesto de gran ilustrado.

—En lo que se refiere a la posesión diabólica —relataba—, diversas son las opiniones de las autoridades en la materia. Las más importantes, de las que no me atrevo a dudar, las conocen también vuestas mercedes, son los santos padres y doctores de la Iglesia: sobre todo Basilio, Isidoro de Sevilla, Gregorio de Nazianz, Cirilo de Jerusalén y Efraím el Sirio. Con toda seguridad os son conocidas las obras de Tertuliano, Orígenes y Lactancio. ¿Cierto?

Algunos de los benedictinos presentes en el refectorio asintieron con entusiasmo, otros bajaron la cabeza.

—Son éstas sin embargo fuentes de general conocimiento y por ello un exorcista que se precie no puede limitar a ellas su ciencia.

Los monjes asintieron de nuevo, mientras comían con aplicación los últimos restos de alforfón y de salsa que quedaban en las escudillas. Scharley se incorporó, carraspeó.

—Yo —anunció, no sin orgullo— conozco los *Dialogus de energía et operatione*

daemonum de Michael Psellos. Conozco fragmentos del *Exorcisandis obsessis a daemonio*, obra del Papa León III, ciertamente hay provecho cuando los sucesores de Pedro toman la pluma. Leí repetidas veces el *Picatrix*, traducido del árabe por Alfonso el Sabio, el ilustrado rey de León y Castilla. Conozco las *Orationes contra daemniacum* y *Flagellum daemonum*. Conozco también el *Libro de los secretos de Enoch*, mas en esto no hay de lo que alabarse puesto que todos lo conocen. Por su parte mi asistente, el bravo maestro Reinmar, ha profundizado incluso en los libros sarracenos, aunque consciente era del peligro que conlleva el contacto con la necromancia pagana.

Reynevan enrojeció. El abad sonrió amistosamente, tomándolo como una prueba de modestia.

—¡Ciertamente! —proclamó—. Vemos que son vuestas mercedes varones letrados y versados exorcistas. Curioso estoy por saber qué número de diablos tenéis en vuestro haber.

—En verdad —Scharley bajó los ojos, modesto como una novicia— que no puede medírseme con records. El mayor número de diablos que me fuera dado expulsar de una tacada ha sido de nueve.

—Cierto —el abad se ensombreció visiblemente— que no es mucho. Oí hablar que los dominicos...

—Yo también lo oí —lo interrumpió Scharley—. Mas no lo viera. Aparte de ello, he hablado yo de diablos de primera clase, y es bien conocido que todo diablo de primera clase tiene a su servicio a por lo menos trescientos diablejos menores. Éstos, sin embargo, un exorcista que se precie no los cuenta, puesto que si se expulsa al caudillo también huyen los vasallos. Mas si se hubieran de contar todos con los métodos de los hermanos predicadores, pudiera muy bien resultar que sin esfuerzo estuviera yo en parangón con ellos.

—Pudiera ser —reconoció el abad, pero no muy seguro.

—Por desgracia —añadió Scharley con voz fría y un poco como a desgana—, tampoco puedo dar garantías por escrito. Pido que tengáis esto en cuenta para que después no me vengáis con quejas.

—¿Qué?

—San Martín de Tours —tampoco ahora le temblaron los párpados a Scharley— tomaba de cada diablo exorcizado un documento firmado con su propio nombre diabólico, comprometiéndose a que el citado demonio ya no se iba a atrever a poseer a la citada persona nunca más. Muchos santos y obispos de claro nombre consiguieron después lo mismo, mas yo, modesto exorcista, no soy capaz de arrancar tal documento.

—¡Y puede que sea mejor! —El abad se persignó, los otros hermanos también—. ¡Madre de Dios, reina del Cielo! ¿Un pergamino firmado por la mano del Malo? ¡Qué

abominación! ¡Y pecado! No lo queremos, no lo queremos...

—Y bien que no lo queráis —lo cortó Scharley—. Mas primero el deber y luego el placer. ¿Está ya el paciente en la capilla?

—Con toda seguridad.

—¿Y de qué modo —habló de pronto uno de los hermanos benedictinos más jóvenes, que hacía largo rato que no apartaba la vista de Scharley— podéis explicar, maestro, que el hermano Deodato yace como un tronco, apenas respira y no menea ni un dedo, cuando sin embargo todos casi de los doctos libros por vos citados dicen que el poseído suele de extraordinaria manera agitar las extremidades y que el diablo platica y grita a través suyo sin pausa? ¿No sea acaso esto una contradicción?

—Toda enfermedad —Scharley miró al monje desde arriba—, y entre ellas la posesión, es obra de Satán, destructor de la obra divina. Toda enfermedad está causada por alguno de los cuatro Ángeles Negros del Mal: Mahazel, Azazel, Azrael o Samael. El que el poseído no vomite, no grite, sino que yazca como un muerto atestigua precisamente que lo poseyó alguno de los demonios vasallos de Samael.

—¡Cristo Jesús! —se persignó el abad.

—Mas yo conozco remedio para los tales demonios —añadió Scharley—. Vuelan ellos por el aire y poseen al hombre en silencio y a escondidas, por el aliento, es decir la *insufflatio*. Por ese mismo camino, esto es, a través de la *exsufflatio*, mandaré al diablo salir del enfermo.

—¿Y cómo es esto posible? —El joven monje no cejaba—. ¿Un diablo en una abadía, donde hay campanas, misa, breviario y santidad? ¿Posee a un monje? ¿Cómo es posible?

Scharley se vengó con una dura mirada.

—Como nos enseña San Gregorio Magno, doctor de la Iglesia —dijo severo y con ímpetu—, una monja tragó una vez al diablo junto con una hoja de lechuga del huerto conventual. Puesto que menospreció la obligación de la oración y de la señal de la cruz antes de consumirla. ¿No le sucedería por un casual parecida peripecia al hermano Deodato?

Los benedictinos bajaron la cabeza, el abad carraspeó.

—Pudiera ser —murmuró—. El hermano Deodato podía ser muy mundano, muy mundano y poco consciente del deber.

—Por ello mismo pudo haberse convertido con facilidad en botín para el Malo —concluyó Scharley con sequedad—. Conducidnos a la capilla, reverendo.

—¿Qué os será necesario, maestro? ¿Agua bendita? ¿Una cruz? ¿Cuadros de santos? ¿El Benediccional?

—Sólo agua bendita y una Biblia.

La capilla emitía frío y estaba sumida en una semitiniebla, apenas iluminada por la resplandeciente aureola de una vela y la oblicua columna de luz coloreada que

atravesaba la vidriera. En aquella luz, sobre un catafalco cubierto con un lienzo, yacía el hermano Deodato. Tenía idéntico aspecto que hacía una hora en la enfermería del convento, cuando Reynevan y Scharley lo habían visto por vez primera. Tenía el rostro cerúleo y agarrotado, amarillento como un hueso del tétanos cocido, nacidas las mejillas y los labios, ojos cerrados y su aliento era tan leve que casi no se advertía. Lo habían colocado de tal modo que sobre el pecho tenía cruzadas las manos, que estaban marcadas con las heridas de las sangrías, y entrelazados en los dedos inmóviles, un rosario y una estola violeta.

A algunos pasos del catafalco, apoyando la espalda en la pared, estaba sentado en el suelo un hombre enorme, con el pelo cortado al cero, de ojos nublados y rostro de niño poco desarrollado. El gigante aquél tenía dos dedos de la mano derecha en la boca mientras que con la izquierda apretaba contra su barriga una perolilla de barro. Cada cierto tiempo, el fortachón se sorbía los mocos de forma asquerosa, alzaba la sucia y pegajosa perolilla de su no menos sucia y pegajosa túnica, se limpiaba los dedos en la tripa, los metía en la perolilla, arrancaba un poco de miel y se la llevaba a la boca. Tras lo cual el ritual volvía a repetirse.

—Es un huérfano. —El abad se adelantó a sus preguntas, al contemplar el gesto de desagrado de Scharley—. Un expósito. Lo bautizamos con el nombre de Sansón, que le cuadra a su porte y fortaleza. Es el servidor del monasterio, un tanto retrasado... Mas mucho quiere al hermano Deodato, va tras él como un perrillo... No se aleja ni un paso... Así que hemos pensado...

—Está bien, está bien —lo interrumpió Scharley—. Que se quede donde está, pero en silencio. Comencemos. Maestro Reinmar...

Reynevan, imitando a Scharley, se puso una estola al cuello, juntó las manos, inclinó la cabeza. No sabía si Scharley estaba fingiendo o no, pero él por su parte rezaba con pasión y sinceridad. Estaba, para qué decir más, asustadísimo. Scharley, sin embargo, parecía completamente seguro de sí mismo, se mostraba tan en su papel que parecía emanar de él la autoridad.

—Rezad —les ordenó a los benedictinos—. Recitad el *Domine sánete*.

Él se puso junto al catafalco, se persignó, hizo la señal de la cruz sobre el hermano Deodato. Dio una señal, Reynevan regó al poseído con agua bendita. El poseído, se entiende, no reaccionó.

—*Domine sánete, Pater omnipotens* —el murmullo de la oración de los monjes vibraba con el eco multiplicado por la bóveda estrellada—, *aeterne Deus, propter tuam largitatem et Filii tui...*

Scharley se limpió la garganta con un fuerte carraspeo.

—*Offer nostras preces in conspectu Altissimi* —recitó en alta voz, despertando aún mayores ecos— *ut cito antiapent nos misericordiae Domini, et apprehendas draconem, serpentem antiquum, qui est diabolus et satanáas, ac ligatum mutas in*

abyssum, ut non seducat amplius gentes. Hinc tuo confisi praesidio ac tutela, sacri ministerii nostri auctoritate, ad infestationes diabolicae fraudis repellendas in nomine Iesu Christi Dei et Domini nostri fidentes et securi aggredimur.

—*Domine* —a una señal, Reynevan se unió a él— *exaudí orationem meam.*

—*Et clamor meus ad te veniat*^[113].

—Amén.

—*Princeps gloriosissime caelestis militiae, sánete Michael Archangele, defende nos in praelio et colluctatione. ¡Satanás! Ecce Crucem Domini, fugue partes adversad ¡Apage! ¡Apage! ¡Apage!*

—¡Amén!

El hermano Deodato no dio señales de vida en el catafalco. Scharley se limpió la frente discretamente con la punta de la estola.

—En fin —no bajó los ojos ante las interrogantes miradas de los benedictinos—, ya hemos superado el prólogo. Y una cosa sabemos: que no tenemos que vernos aquí con un vasallo diabólico cualquiera, puesto que uno así ya habría huido. Habrá que usar bombardas de mayor calibre.

El abad frunció el ceño y se removió intranquilo. El gigante Sansón, sentado en el suelo, se rascó la sien, sorbió los mocos, carraspeó, se tiró un pedo, despegó con esfuerzo de su barriga la perolilla de miel y miró dentro para comprobar cuánta quedaba.

Scharley pasó por los monjes una mirada que en su propia opinión era inteligente y apasionada al mismo tiempo.

—Como nos enseñan las Escrituras —dijo—, al satán lo caracteriza el orgullo. No otra cosa sino el inmensurable orgullo condujo a Lucifer a rebelarse contra el Señor, por el orgullo fue castigado con su encierro en las calderas infernales. ¡Y el diablo sigue siendo orgulloso! El primer mandamiento del exorcista es, por ello, el herir al diablo en su orgullo, vanidad y amor propio. En pocas palabras: insultarlo como es debido, maldecirlo, denigrarlo, humillararlo. Ha de abochornárselo y entonces se escabullirá corrido.

Los monjes esperaron, seguros de que aquello no era todavía el final. Y tenían razón.

—De modo que ahora comenzaremos a humillar al diablo —siguió Scharley—. Si alguno de los hermanos es de delicado natural ante palabras gruesas, que se aleje presto. Acércate, maestro Reinmar, recita las palabras del Evangelio de Mateo. Vosotros por vuestra parte, hermanos, orad.

—Entonces Jesús reprendió al demonio y lo hizo salir del muchacho, que quedó sano desde aquel momento. Después los discípulos hablaron aparte con Jesús, y le preguntaron: ¿Por qué no pudimos nosotros expulsar al demonio? —recitó Reynevan—. Porque sois hombres de poca fe...

El murmullo de la oración recitada por los benedictinos se mezclaba con la recitación. Por su parte, Scharley arregló la estola en su cuello, se puso al lado del inmóvil y exánime hermano Deodato y extendió las manos.

—¡Diablo repugnante! —gritó de tal modo que Reynevan tartamudeó y el abad dio un respingo—. ¡Te ordeno que salgas de inmediato de este cuerpo, fuerza impura! ¡Fuera de este cristiano, tú, sucio, gordo y seboso cerdo, bestia entre todas las bestias la más bestial, vergüenza del Tártaro, vómito del Sheol! ¡Yo te expulso, mugriento gorrino judío, a tu estercolero del infierno donde ojalá te ahogues en mierda!

—*Sancta Virgo virginem* —susurró el abad— *ora pro nobis...*

—*Ab insidiis diaboli* —le contestaron los monjes— *libera nos...*

—¡Tú, viejo cocodrilo! —gritaba Scharley, enrojeciendo—. ¡Basilisco moribundo, macaco de mierda! ¡Sapo hinchado, asno cojo de culo hendido, tarántula enredada en su propia tela! ¡Camello escupido! ¡Tú, miserable gusano aferrado a una carroña apestosa en el mismo fondo del Gehenna, tú, repugnante escarabajo escondido en las boñigas! ¡Escucha cómo te llamo por tu verdadero nombre: *scrofa stercorata et paediosa*^[114], cerda impura y piojosa, oh tú malvado entre los malvados, tonto entre los tontos, *stultus stultorum rex*^[115]! ¡Tú, obtuso carbonero! ¡Tú, zapatero borracho! ¡Tú, cabrón de huevos hueros!

El hermano Deodato en su camastro ni siquiera tembló. Aunque Reynevan lo regó de agua bendita con pasión, las gotas fluían impotentes por la tez paralizada del anciano. Los músculos de las mandíbulas de Scharley temblaron con fuerza. Se acerca la culminación, pensó Reynevan. No se equivocó.

—¡Sal de este cuerpo! —gritó Scharley—. ¡Tú, catamito jodido por el culo!

Uno de los hermanos benedictinos más jóvenes huyó, tapándose las orejas, tomando el nombre del Señor en vano. Otros estaban o muy pálidos o muy rojos.

El fortachón pelado tosió y gimió intentando meter en la perolilla de la miel la mano entera. Era aquella empresa imposible, la mano era dos veces mayor que la perolilla. El gigante alzó la vasija a gran altura, echó la cabeza para atrás y abrió la boca, pero la miel no fluyó, había demasiado poca.

—¿Y qué hay del hermano Deodato, maestro? —se atrevió a balbucear el abad—. ¿Qué hay del mal espíritu? ¿Acaso ya saliera?

Scharley se inclinó sobre el exorcizado, apoyó casi la oreja en sus pálidos labios.

—Está ya casi en la cima —valoró—. Ahora mismo lo echamos. Hemos, sin embargo, de espolearlo con hedores. Al diablo lo afecta el hedor. Venga, hermanos, traed un cubo de estiércol, una sartén y una lamparilla de aceite. Vamos a embadurnarle al poseído estiércol reciente bajo la nariz. De hecho, todo lo que huelga mal sirve. Azufre, cal, asafétida... Y lo mejor de todo, pescado podrido. Puesto que ya lo dice el libro de Tobías: *incensó iecore pisas fugabitur daemonium*^[116].

Algunos hermanos corrieron a realizar el pedido. El fortachón sentado junto a la

pared se hurgó con el dedo en la nariz, se miró el dedo, lo limpió en la pernera. Después de lo cual volvió a su tarea de arrebañar los restos de miel de la perolilla. Con el mismo dedo. Reynevan sintió cómo la cola de castor que habían comido se le acercaba a la garganta impulsada por una deliciosa ola de salsa de rábano.

—Maestro Reinmar —la fuerte voz de Scharley le hizo volver en sí—. No cejemos en nuestro empeño. El Evangelio de San Marcos, por favor, en el párrafo correspondiente. Rezad, hermanos.

—Y había en la sinagoga de ellos un hombre con espíritu inmundo, el cual dio voces, diciendo: ¡Ah!, ¿qué tienes con nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido a destruirnos? Sé quién eres, el Santo de Dios. Y Jesús le riñó, diciendo: Enmudece, y sal de él. Y el espíritu inmundo, haciéndole pedazos, y clamando a gran voz, salió de él... —leyó Reynevan, obediente.

—*Surde et mute spiritus ego tibi praecipio* —repitió Scharley con voz amenazadora y autoritaria, inclinado sobre el hermano Deodato— *¡exi ab eol Imperet tibi dominus per angelum et leonem! ¡Per deum vivum! ¡Justitia eius in saecula saeculorum*^[117]! ¡Qué su poder te expulse y te obligue a salir junto con toda tu banda!

»*¡Ego te exorciso per characterum et verborum sanctum! ¡Impero tibi per clavem salomonis et nomen magnum, tetragrammaton*^[118]!

El fortachón devorador de miel tosió de pronto, se llenó de babas y le salieron los mocos. Scharley se limpió el sudor de la frente.

—Difícil y arduo es este *casus* —explicó, evitando la mirada del abad, que cada vez estaba más llena de sospecha—. Habrá que usar argumentos aún más fuertes.

Durante un instante reinó un silencio tal que se podía oír el desesperado zumbido de una mosca a la que una araña había atrapado en su tela en el rincón de una ventana.

—¡Por el Apocalipsis —se escuchó en el silencio la voz de barítono de Scharley, ya un tanto ronca— por el que el Señor reveló los hechos que habrán de acaecer y confirmó los tales hechos por boca de un ángel enviado por Él, te conjuro, satán! *¡Exorciso te, flumen immundissimum, draco maleficus, spiritum mendacii*^[119]!

»¡Por los siete candelabros de oro y por el candelabro que se yergue en medio de los siete! ¡Por la voz que es la voz entre muchas que dice: yo soy aquél que murió y aquél que resucitó, aquél que vive y que vivirá eternamente, el que guarda la llave de la muerte y del infierno, te ordeno, sal, espíritu impuro que conoces el castigo de la condenación eterna!

Tampoco ahora hubo resultado alguno. En los rostros de los benedictinos se dibujaban sentimientos diversos, muy diversos. Scharley inspiró profundamente.

—¡Qué te venza Agyos como venció a Egipto! ¡Qué te lapiden, como Israel lapidó a Achan! ¡Qué te pateen con sus pies y te cuelguen en sus bieldos como colgaron a los cinco reyes amorianos! ¡Qué te asiente el Señor un clavo en la frente y

te clave el tal clavo con el martillo, como le hizo la mujer Jael a Sisera! ¡Qué te sean arrancadas la cabeza y ambas manos como al maldito Dagon! ¡Qué te corten el rabo junto a tu mismísimo culo diabólico!

Ay, pensó Reynevan, esto va a acabar mal. Esto va a acabar mal.

—¡Espíritu infernal! —Scharley extendió las manos con un brusco movimiento sobre el hermano Deodato, que seguía sin dar señales de vida—. ¡Yo te conjuro por Acharan, Ehey, Homus, Athanatos, Ischiros, Aecodes y Almanach! ¡Te conjuro por Arathon, Bethor, Phalego y Ogo, por Pophiel y por Phul! ¡Te conjuro por los poderosos nombres de Shmiel y Shmul! ¡Te conjuro por el más terrible de los nombres: el nombre del poderosísimo y horroroso Semaphor!

Semaphor no funcionó mejor que Phul ni Shmul. No se podía disimular aquello. También Scharley lo veía.

—¡Jobsa, hopsa, afia, alma! —gritó como un loco—. ¡Meloch, Berot, Not, Berib *et vos omnes*! ¡Hemen etan! ¡Hemen etan! ¡Hau! ¡Hau! ¡Hau!

Se ha vuelto loco, pensó Reynevan. Y ahora nos van a comenzar a pegar. Ahora se van a dar cuenta de que todo esto no es más que tontería y parodia, no pueden ser tan tontos. Ahora se va a terminar todo con una paliza de aupa.

Scharley, sudando de la leche y ronco de narices, atrapó su mirada y murmuró una clara petición de ayuda, apoyando la petición con un gesto bastante brusco aunque a hurtadillas. Reynevan alzó los ojos al techo. Cualquier cosa, pensó, intentando recordar los viejos libros y las conversaciones con brujos amigos, cualquier cosa es mejor que ese «hau, hau, hau».

—¡Hax, pax, max! —aulló, agitando las manos—. ¡Aberor super aberer! ¡Aie Saraye! ¡Aie Saraye! ¡Albedo rubedo, nigredo!

Scharley, respirando pesadamente, le agradeció con la mirada, con un gesto le ordenó continuar. Reynevan respiró hondo.

—¡Tumor, rubor, calor, dolor! ¡*Peripsum, et cum ipso, et in ipso*! ¡Jobsa, hopsa, *et vos omnes*^[120]! ¡*Et cum spiritu tuo*^[121]! ¡Melach, Malach, Molach!

Ahora nos van a pegar, pensó febrilmente, y puede que hasta a dar de patadas. Ahora, enseguida, en un instante. No hay solución. Hay que ir a por todas. En árabe. Ayúdame, Averroes. Sálvame, Avicena.

—¡Kullu-al-shaitanu-alradyim! —gritó—. ¡Fa-ana-sajum Tarish! ¡Qasura al-Zoba! ¡A-ahmar, Baraqan al-Abayad! ¡Al-shaitan! ¡Khar-al-Sus! ¡Al ouar! ¡Mochen al relil! ¡El feurdsh! ¡El feurdsh!

La última palabra, como recordaba nebulosamente, significaba «cono» y no tenía demasiado que ver con el exorcismo. Era consciente de la enorme estupidez que estaba cometiendo. Por ello le sorprendió aún más el resultado.

Le embargó de pronto la sensación de que el mundo se había congelado por un instante. Y entonces, en el más absoluto silencio, en aquel congelado *tableau* de

benedictinos con sus oscuros hábitos y el fondo de las grises paredes, algo comenzó de pronto a temblar, algo sucedió, algo interrumpió la mortecina calma con movimiento y sonido.

El gigante de ojos torpes sentado junto a la pared arrojó con brusquedad, asco y repugnancia la sucia y pegajosa perolilla de la miel. La perolilla golpeó contra el suelo pero no se rompió, sino que siguió rodando, llenando el silencio de un sordo pero estruendoso golpeteo.

El gigante se puso ante los ojos los dedos, pegajosos de la miel. Los contempló durante un instante y en su faz bañada por la luna se dibujó primero la incredulidad y luego el miedo. Reynevan lo miró, respirando pesadamente. Sintió sobre sí la mirada apremiante de Scharley, pero ya no se sentía capaz de expulsar de sí ni una palabra. Es el fin, pensó. El fin.

El fortachón, aún mirando sus dedos, sollozó. Desgarradoramente.

Y entonces, el hermano Deodato, tendido en su camastro, gimió, tosió, carraspeó y agitó los pies. Después de lo cual maldijo de forma bastante mundana.

—Santa Eufrasia... —clamó el abad, poniéndose de rodillas. Los otros monjes siguieron su ejemplo. Scharley abrió los labios, pero los cerró conscientemente al punto. Reynevan se puso las manos en las sienes, sin saber si rezar o huir.

—Joder... —croó el hermano Deodato, sentándose—. Cuidado que tengo seco el gaznate... ¿Qué pasa? ¿Me he perdido la cena? Me cago en vosotros, hermanos... Pues si no quería más que echarme un sueñecillo... Pero si os pedí que al poco me despertarais...

—¡Milagro! —gritó uno de los monjes arrodillados.

—¡El Reino de Dios ha llegado! —Otro se tumbó con los brazos en cruz sobre el suelo—. *¡Igitur pervenit in nos regnum Dei*^[122]!

—¡Alleluia!

El hermano Deodato, sentado en el camastro, pasaba la vista a su alrededor, de sus arrodillados confráteres a Scharley con la estola al cuello, de Reynevan al gigante Sansón, que seguía contemplando sus manos y tripa, del abad, que estaba orando, a los monjes que en aquel momento estaban entrando con un cubo de mierda y una sartén de cobre.

—¿Pero es que nadie —preguntó el hasta hacía poco poseído— me va a explicar qué es lo que está pasando?

Capítulo decimotercero

En el que, tras dejar el monasterio benedictino, Scharley instruye a Reynevan en los principios de su filosofía existencial, que se resume en la tesis —simplificada— de que basta con tener los pantalones bajados y un instante de descuido para que alguien te dé por el culo. Al poco la vida confirma esta máxima en toda su extensión y con todo detalle. De la desgracia le salva a Scharley alguien a quien el lector ya conoce, o mejor dicho, piensa que conoce.

El exorcismo en los benedictinos —aunque en suma coronado por el éxito— reforzó aún más la falta de aprecio de Reynevan por Scharley, una falta de aprecio surgida, por así decirlo, a primera vista, y que había ganado peso después del incidente con el anciano pedigüeño. Reynevan ya había llegado a entender que dependía del demérito y que sin él estaba perdido. Sobre todo, la operación liberadora de su amada Adela no tenía ninguna posibilidad de llegar a buen puerto en solitario. Entendiendo lo que se quisiera y dependiendo lo que se dependiera, el caso es que el desagrado existía, lo exasperaba y le hacía enfadarse como una uña rota, como un diente quebrado, como una astilla bajo la uña. Y la actitud y la conversación de Scharley no hacían más que acrecentarlo.

La pelea —o mejor dicho, la disputa— comenzó la tarde después de haber dejado el monasterio, a una distancia escasa, por lo que dijo el demérito, de Swidnica. Paradójicamente, Reynevan mencionó los picarescos exorcismos de Scharley y se los recriminó mientras estaban consumiendo las dádivas que habían conseguido gracias a dicha picaresca. En el momento de la partida, los agradecidos benedictinos les dieron un grueso paquete que contenía, como se vio luego, pan de centeno, una docena de manzanas, algunos huevos duros, un hato de salchichas ahumadas al enebro y una gruesa morcilla de sangre de Polonia.

En un lugar donde un paredón en parte destrozado embalsaba y desviaba el río, en un llano seco al borde del bosque, los viajeros se sentaron y comieron, contemplando cómo el sol bajaba cada vez más hacia las copas de los pinos. Y disputando. Reynevan se exaltó un tanto excesivamente alabando las normas éticas y reprendiendo la picaresca. Scharley lo puso de inmediato en su lugar.

—No acepto —anunció, al tiempo que escupía la cascara de un huevo mal pelado — lecciones de moralidad de alguien que acostumbra a joder mujeres ajenas.

—¿Cuántas veces me harás repetirte —se enfadó Reynevan— que no es lo mismo? ¿Qué no se puede comparar?

—Se puede, Reinmar, se puede.

—Me gustaría verlo.

Scharley apoyó el pan sobre la barriga y cortó otra rebanada.

—Nos separa —comenzó al cabo, con la boca llena—, como es fácil de apreciar, la experiencia y el conocimiento de la vida. Por eso, lo que tú haces instintivamente, llevado sólo por una tendencia sencilla y hasta infantil de satisfacer tus impulsos, yo lo llevo a cabo de modo consciente y planificado. Mas en la base yace lo mismo. La convicción, completamente acertada por otra parte, de que lo que cuenta es mi bien y mi satisfacción, mientras que a todo lo demás, en tanto en cuanto no afecte a mis intereses ni a mi bien, lo puede partir un rayo, puesto que qué me puede importar a mí si no me sirve. No me interrumpas. Los encantos de tu amada Adela eran para ti como un caramelo para un niño. Para poder lamer y chupar, te olvidaste de todo, no contaba más que tu propio y exclusivo placer. No, no intentes venirme aquí con amores, citar a Petrarca y a Wolfram von Eschenbach. El amor también es placer, y además, uno de los más egoístas que conozco.

—No quiero oír esto.

—*In summa* —continuó impertérrito Scharley—, nuestros programas existenciales no se diferencian en nada, puesto que se apoyan en el siguiente *principium*: todo lo que hago me tiene que servir a mí. Mi propio bien, mi propia dicha, comodidad y felicidad son lo único importante, el resto que se lo lleve el diablo. Lo que nos diferencia, sin embargo...

—¿Hay diferencia entonces?

—... es la capacidad de pensar con perspectiva. Yo, pese a la tentación constante, me abstengo en la medida de lo posible de joder mujeres ajenas, puesto que mi capacidad de pensar con perspectiva me dice que no sólo no me traerá provecho, sino que lo contrario: me meterá en problemas. A los pobres como al viejecillo de anteayer no los malcrío con regalos no por causa de la avaricia, sino porque tal generosidad no da nada, sino que hasta perjudica... Las perras se pierden y se gana una fama de tonto y de primo. Y como que de primos y de tontos *infinitus est numerus*, yo saco lo que se puede. Y sin hacerles rebaja a los benedictinos. Ni a otras órdenes. ¿Entendido?

—Lo que entiendo —Reynevan dio un mordisco a la manzana— es por qué estabas en la trena.

—No has entendido nada. Pero no es tiempo de enseñanzas, largo es el camino hasta Hungría.

—¿Y voy a llegar allí? ¿Entero?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que te escucho y te escucho y cada vez más me voy sintiendo como un primo. El cual puede resultar en cualquier momento ofrecido como víctima en el altar de tu propia comodidad. Como parte de ese resto que se puede llevar el diablo.

—Mira, mira —se alegró Scharley—, así que vas haciendo progresos. Comienzas a razonar razonablemente. Dejando a un lado el sarcasmo inmotivado, comienzas ya

a entender la regla básica de la vida: la regla de la confianza limitada. Que te enseña que el mundo está constantemente acechando, que nunca deja pasar ocasión de causarte humillación, dolor o perjuicio. Que sólo está esperando que te bajes los pantalones para darte por culo.

Reynevan bufó.

—De lo cual —no se dejó arredrar el demérito— se extraen dos conclusiones. *Primo*: no confíes nunca en nadie y nunca creas en intenciones honradas. *Secundo*: si tú mismo has causado a alguien dolor o perjuicio, no te lamentes. Simplemente fuiste más rápido, actuaste preventivamente...

—¡Cállate!

—¿Qué significa cállate? Digo la verdad más absoluta y reconozco el derecho de la libertad de palabra. La libertad...

—¡Qué te calles, joder! He oído algo. Alguien anda por aquí...

—¡Seguro que un lobizonillo! —Scharley estalló en risas—. ¡Un horrible hombre lobo, terror de los alrededores!

Cuando habían dejado el monasterio, los atentos monjes les habían advertido y pedido que tuvieran cuidado. En los alrededores, dijeron, especialmente durante los periodos de luna llena, andurreaba desde hacía algún tiempo un peligroso *lykanthropos*, o sea hombre lobo, o sea lobizón, o sea un hombre transformado por una fuerza demoniaca en un monstruo parecido a un lobo. Las advertencias divirtieron extraordinariamente a Scharley, quien durante unas cuantas buenas leguas se había reído hasta reventar y se había burlado de los supersticiosos monjes. Reynevan tampoco creía demasiado en hombres lobo o lobizones, pero no se reía.

—Escucho —dijo, poniendo la oreja— los pasos de alguien. Alguien se está acercando, sin duda alguna.

Un arrendajo chilló alarmado entre los arbustos. Los caballos relincharon. Las ramas crepitaron. Scharley se hizo sombra a los ojos con la mano, el sol poniente cegaba con su brillo.

—Que el diablo... —murmuró por lo bajo—. Esto es lo que nos faltaba, ciertamente. Mira quién nos está dando la bienvenida.

—Podría... —tartamudeó Reynevan—. Es...

—El gigante de los benedictinos —Scharley le confirmó su sospecha—. El coloso monacal, el Beowulf comedor de miel. El rebañador de perlas de bíblico nombre. ¿Cómo era? ¿Goliat?

—Sansón.

—Sansón, cierto. No le prestes atención.

—¿Qué hace aquí?

—No le prestes atención. Puede que se vaya. Por su camino, cualquiera que éste sea.

No daba la sensación, sin embargo, de que Sansón tuviera intención de irse. Antes al contrario, parecía como si hubiera puesto punto final a su camino, se había sentado en un tronco que estaba a tres pasos. Y así sentado, volvía hacia ellos su apretada y obtusa faz. Sin embargo, tenía la faz limpia, mucho más limpia que la última vez que lo vieran, también habían desaparecido los mocos secos de debajo de su nariz. También el hábito que llevaba era nuevo y pulcro. Pese a ello, el gigante seguía difundiendo un leve aroma a miel.

—En fin —Reynevan carraspeó—, la cortesía obliga...

—Lo sabía —lo cortó Scharley y suspiró—. Sabía que lo ibas a decir. ¡Eh, tú! ¡Sansón! ¡Matador de filisteos! ¿Tienes hambre?

»¿Tienes hambre? —Scharley, sin esperar a su reacción, agitó en dirección al coloso un pedazo de morcilla, exactamente como si estuviera azuzando a un perro o un gato—. ¡Eh! ¿Me entiendes? ¡Eh, aquí, eh, aquí! ¡Michi-michi! ¡Ñam, ñam! ¿Quieres comer?

—Gracias —dijo de pronto el gigante, con voz inesperadamente clara y consciente—. Pero no lo necesito. No tengo hambre.

—Raro es este asunto —murmuró Scharley, inclinándose sobre la oreja de Reynevan—. ¿De dónde ha salido? ¿Vino detrás de nosotros? Pero si al parecer anda siempre con el hermano Deodato, nuestro reciente enfermo... Estamos a más de una milla del monasterio, para llegar aquí tiene que haberse puesto en marcha nada más irnos. Y andar a buen paso. ¿Con qué objetivo?

—Pregúntaselo.

—Se lo preguntaré. Cuando llegue el momento. Por ahora, para mayor seguridad, hablemos en latín.

—*Bene.*

El sol fue bajando cada vez más sobre el oscuro bosque, las grullas que volaban hacia el sur se chillaron unas a otras su llamada, las ranas comenzaron su ruidoso concierto en los pantanales junto al río. Y en un claro seco al borde del bosque, como si fuera el aula de una universidad, se escucharon las palabras de Virgilio.

Reynevan, por no se sabe qué vez ya, aunque ciertamente por primera vez en latín, contaba su reciente historia y describía sus peripecias. Scharley escuchaba, o fingía escuchar. El coloso monacal, Sansón, contemplaba con mirada torva no se sabe qué cosa, y su obtusa fisonomía seguía sin mostrar emoción de importancia.

La historia de Reynevan era, ha de entenderse, tan sólo introducción para algo más relevante: un nuevo intento de engatusar a Scharley en una acción ofensiva contra los Sterz. Cosa clara, no sirvió de nada. Tampoco cuando Reynevan comenzó a tentar al demérito con la perspectiva de ganancias monetarias, sin tener por otro lado ni idea de dónde habría de sacar aquellos dineros. El problema tenía sin embargo un carácter puramente académico, ya que Scharley rechazó la oferta. Comenzó así

una disputa en la que ambos oponentes usaron con liberalidad de citas de los clásicos, desde Tácito hasta el Eclesiastés.

—¡*vanitatum*, Reinmar! ¡Todo es vanidad y nada más que vanidad! ¡No seas tan loco, la cólera habita en el pecho de los tontos! Recuerda: *melior est canis vivus leone mortuo*^[123], más vale perro vivo que león muerto.

—¿Lo qué?

—Si no abandonas tus estúpidos planes de venganza, estarás muerto, porque esos planes representan para ti la muerte segura. Y a mí, incluso si no me matan, me meterán de nuevo en la cárcel. Mas esta vez no con los carmelitas y no temporalmente, sino en la mazmorra, *ad carcerem perpetuum*^[124]. O, lo que creen ser una merced, largos años *in pace* en un monasterio. ¿Sabes tú, Reinmar, qué es *in pace*? Es un enterramiento en vida. En el sótano, en una celda estrecha y tan baja que no se puede nada más que estar sentado, y según van creciendo los excrementos hay que ir encogiéndose cada vez más para no golpearse en la oscuridad con el techo. Se te ha salido un tornillo si piensas que voy a arriesgarme a algo así por tu causa. Una causa necia, por no decir apestosa.

—¿Qué es lo que te apesta tanto? —preguntó Reinevan con enojo—. ¿La trágica muerte de mi hermano?

—Las circunstancias que la acompañaron.

Reynevan se mordió la lengua y giró la cabeza. Por un instante miró a Sansón el gigante, sentado sobre su tronco. Tiene un aspecto algo distinto, pensó. Todavía tiene, cierto, el físico de un cretino, pero algo en él ha cambiado. ¿El qué?

—En las circunstancias de la muerte de Peterlin —siguió— no hay nada oscuro. Lo mató Kirieleisón. Kunz Aulock *et suos cómplices. Ex subordinatione* y por el dinero de los Sterz. Se debiera colgar a los Sterz de...

—¿No oíste —lo interrumpió Scharley— lo que dijo Dzierzka, tu pariente?

—Lo oí. Pero no le di valor alguno.

Scharley sacó una garrafa de entre los avíos y le quitó el corcho, un olor a aguardiente se extendió por el aire. La garrafa, fuera de toda duda, no estaba entre los regalos de despedida de los benedictinos. Reynevan no tenía ni idea de cuándo y de qué forma el demérito había llegado a su posesión. Pero se sospechaba lo peor.

—Eso es un tremendo error. —Scharley dio un trago a la garrafa, se la alargó a Reynevan—. Es un error no hacer caso a Dzierzka, ella, por lo general, sabe de qué habla. Las circunstancias de la muerte de tu hermano, muchacho, no están claras. Con toda seguridad, no hasta el punto de embarcarse en una sangrienta venganza. No tienes ninguna prueba de que los Sterz sean los culpables. *Tándem*, tampoco tienes pruebas de que la culpa sea de Kirieleisón. Bah, *in hoc casu*^[125] faltan hasta los motivos y las razones.

—¿Pero qué...? —Reynevan se atragantó con el licor—. ¿Pero qué coño dices? A

Aulock y a su banda los vieron en los alrededores de Balbinów.

—Como prueba es *non sufficit*.

—Tenían motivo.

—¿Cuál? He escuchado atentamente tu relato, Reinmar. A Kirieleisón lo contrataron los Sterz, la familia política de tu amada. Para atraparte vivo. Solamente vivo. Lo sucedido en la taberna de Brzeg lo prueba sin posibilidad de duda. Kunz Aulock, Stork y De Barby son profesionales, sólo hacen aquello para lo que les pagan. Les pagaron por ti, no por tu hermano. ¿Por qué tenían que dejar en el camino un muerto? Un cadáver dejado así, a su paso, es un problema para un profesional: es una amenaza de persecución, justicia, venganza... No, Reinmar. En todo ello no hay ni pizca de lógica.

—¿Entonces quién, según tú, mató a Peterlin? ¿Quién? ¿*Cui bono*?

—Precisamente. Merece la pena, de verdad la merece, el reflexionar acerca de ello. Tienes que contarme más acerca de tu hermano. Durante el viaje a Hungría, se entiende. Pasando por Swidnica, Frankenstein, Nysa y Opava.

—Te has olvidado de Ziebice.

—Cierto. Mas tú no te has olvidado. Y no te olvidarás, me temo. Siento curiosidad por saber cuándo se va a dar cuenta.

—¿Quién? ¿Qué?

—Sansón Mieles, el de los benedictinos. En el tronco en el que está sentado hay un nido de avispas.

El gigante se alzó bruscamente. Y se volvió a sentar otra vez, al darse cuenta de que había caído en una trampa.

—Lo sospechaba. —Scharley mostró los dientes—. Entiendes latín, hermano.

Ante la mirada infinitamente asombrada de Reynevan, el gigante les respondió con una sonrisa.

—*Mea culpa* —respondió, con un acento que engañaría al mismísimo Cicerón—. Mas al cabo no es pecado. Y si lo fuera, ¿quién *sine peccato est*?

—Yo no tendría por virtud —Scharley separó mucho los labios— el escuchar conversaciones ajenas fingiendo no entender la lengua.

—Razón hay en ello. —Sansón hizo una leve inclinación de cabeza—. Y ya he reconocido que era mi culpa. Y para no acrecentar mis culpas, me apresuro a advertir que el pasar a la lengua de los francos tampoco os habrá de asegurar la discreción. Sé francés.

—Ah. —La voz de Scharley era fría como el hielo—. ¿*Est-ce vrai*^[126]? ¿De verdad?

—Ciertamente. *On le dit, et c'est la venté*^[127].

Durante un tiempo reinó el silencio. Por fin, Scharley carraspeó con fuerza.

—La lengua de los ingleses —arriesgó— también, no dudo, la hablas igual de

bien.

—Ywis —le respondió sin tartamudear el gigante—. *Herkneth, this is the point, to speken short and plain. That ye han said is right enough. Namore ofthis*^[128], basta. Porque incluso si hablara con todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, sería aquí como un címbalo tronante. En vez de alardear de elocuencia, vayamos al grano, porque el tiempo apremia. No os he seguido por diversión, sino llevado de una apurada necesidad.

—¿Cierto? ¿Y en qué reside, si se puede saber, la tal *dirá necessitas*^[129]?

—Miradme atentamente y respondedme con la mano en el corazón: ¿os gustaría tener este aspecto?

—No nos gustaría —respondió Scharley con una desarmante sinceridad—. Sin embargo, compadre, traes tus pretensiones a parte equivocada. Tu aspecto se lo debes directamente a tu padre y tu madre. E indirectamente al Creador, aunque parezca que haya mucho en contra de esta tesis.

—Mi aspecto —Sansón pasó por alto la burla— os lo debo a vosotros. A vuestros exorcismos idiotas. La habéis liado, muchachos, y además, bien buena. Es hora de mirar a la verdad a los ojos y comenzar a meditar en qué forma vais a remediar lo que habéis engendrado. Y se debería pensar en recompensar a quien le habéis causado problemas.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —afirmó Scharley—. Hablas, amigo, muchas de las lenguas de los hombres y de los ángeles, mas todas incomprensibles. Repito: no tengo ni idea de lo que quieres. Te lo juro por aquéllo que me es más sagrado, es decir, por mi vieja polla. *Je jure ga sur mes couilles*^[130].

—Tanta elocuencia, tanta labia —comentó el gigante—. Y no tiene ni pizca de cerebro. ¿De verdad no entiendes lo que sucedió a causa de vuestros putos hechizos?

—Yo... —Reynevan se atragantó—. Yo lo entiendo... Durante los exorcismos... algo salió.

—He aquí —el coloso lo miró— cómo triunfan la juventud y los estudios universitarios, a tenor de los coloquialismos, seguramente Praga. Sí, sí, jovencito. Los encantamientos y los hechizos pueden tener consecuencias colaterales. Dicen las Escrituras: la oración del humilde atraviesa las nubes. Las ha atravesado.

—Nuestros exorcismos... —susurró Reynevan—. Lo sentí. Sentí un repentino fluir de Fuerza. Mas acaso sea posible... sea posible...

—Ceñes.

—No seas crío, Reinmar, no te dejes embaucar —dijo Scharley tranquilamente—. No dejes que te engañe. Se está burlando de nosotros. Finge. Se hace como si fuera un diablo invocado casualmente por la fuerza de nuestros exorcismos. Un demonio llamado del trasmundo y aprisionado en la envoltura corporal de Sansón Comemieles, idiota monacal. Finge ser el inclús que nuestros hechizos liberaran de la

joya, el djinn liberado de su lámpara. ¿Qué más me he olvidado de mencionar, recién llegado? ¿Qué eres? ¿Quién eres? ¿El rey Arturo volviendo de Avalón? ¿Ogier, el danés? ¿Barbarroja llegando de Kyffhausen? ¿El Judío Errante?

—¿Por qué te has parado? —Sansón cruzó sus poderosos antebrazos sobre el pecho—. Al fin y al cabo tú, en tu inmensa sabiduría, sabes quién soy.

—*Certes.* —Scharley se tomó la revancha en cuestión de acentos—. Lo sé. Mas tú fuiste, hermano, quien vino a nuestro vivaque y no al revés. Por eso tú eres quien ha de presentarse. Sin esperar a que te desenmascaren.

—Scharley. —Reynevan, muy serio, se entrometió—. Creo que dice la verdad. Lo invocamos con nuestros exorcismos. ¿Por qué no admites lo que es evidente? ¿Por qué no ves lo que está a la vista? ¿Por qué...?

—Porque —lo interrumpió el demérito—, al contrario que tú, no soy un ingenuo. Y sé perfectamente quién es él, cómo acabó en los benedictinos y lo que quiere de nosotros.

—¿Entonces quién soy? —sonrió el gigante con una sonrisa que en absoluto era estúpida—. Revélamelo. Deprisa. Antes de que estalle de curiosidad.

—Eres un prófugo, Sansón el Mielero. Un fugitivo. A tenor de los coloquialismos, con toda seguridad, un cura desertor. Te escondiste en el monasterio para escapar de la persecución, fingiendo ser un idiota, en lo que, con perdón, bastante te ayudó tu apariencia. Idiota evidentemente no eres, al punto te diste cuenta de quiénes éramos... o más bien de quién era yo. No pusiste tu oreja en vano. Querías huir a Hungría, sabías que en solitario sería difícil. Nuestra compañía, compañía de gentes hábiles y con mundo, es para ti un regalo del Cielo. Deseas unirse a nosotros. ¿Me equivoco?

—Sí, y mucho además. Y de hecho, en cada detalle. Excepto en uno: efectivamente me di cuenta enseguida de quién eras.

—Ajá. —Scharley también se levantó—. Así que yo me equivoco y tú dices la verdad. En fin, sigamos, demuéstalo. Eres un ser sobrenatural, habitante del trasmundo, desde donde sin quererlo te trajimos con los exorcismos. Así que demuéstranos tu poder. Que tiemble la tierra. Que retumbe el trueno y brillen los relámpagos. Haz que el sol que se acaba de poner vuelva a salir. Que las ranas del pantano, en vez de croar, canten a coro el *Lauda Sion Salvatore*^[131].

—No puedo hacerlo. E incluso si pudiera, ¿me creerías?

—No —reconoció Scharley—. No soy crédulo por naturaleza. Y además dicen las Escrituras: no creáis a cualquier espíritu. Puesto que muchos falsos profetas ha habido sobre la faz de la tierra. En pocas palabras, un mentiroso le dijo a otro: ¡qué me mientes!

—No me gusta —respondió el gigante con voz serena y delicada— que me llamen mentiroso.

—¿Oh, de verdad? —El demérito bajó los brazos, se inclinó un tanto hacia delante—. ¿Y qué vas a hacer entonces? A mí, por ejemplo, no me gusta que nadie me mienta a la cara. Hasta tal punto, que alguna vez hube de romperle las narices al mentiroso.

—No lo intentes.

Aunque Scharley era más de una cabeza más bajo que Sansón, Reynevan no tuvo dudas de lo que iba a pasar. Lo sabía ya. Una patada en la espinilla, justo bajo la rodilla, al caer de rodillas le golpea desde arriba en la nariz, el hueso estalla con un crujido, la sangre riega sus ropas. Reynevan estaba tan seguro de aquel escenario, que su sorpresa no tuvo límites.

Si Scharley era rápido como una cobra, el gran Sansón era como una pitón que se movía con una agilidad asombrosa. Con una rapidísima contrapatada paró la patada, hábilmente bloqueó con el antebrazo los golpes de los puños. Y retrocedió. Scharley retrocedió también, le brillaban los dientes bajo el labio superior. Reynevan, sin saber él mismo por qué lo hacía, se interpuso entre ellos.

—¡Paz! —extendió los brazos—. ¡Pax! ¡Señores! ¿No os da vergüenza? ¡Comportaos como personas civilizadas!

—Peleas... —Scharley enderezó la figura—. Peleas como un dominico. Mas esto tan sólo confirma mi teoría. Y siguen sin gustarme los mentirosos.

—Puede —apuntó Reynevan— que diga la verdad, Scharley.

—¿La verdad?

—La verdad. Ya ha habido antes casos así. Existen seres paralelos, invisibles... Seres astrales... Se puede comunicar con ellos, ha habido también... humm... casos de visitas.

—¿Qué estás delirando, oh, esperanza de las casadas?

—No deliro. ¡Lo enseñaban en Praga! Se menciona en el *Zokar*, escribe acerca de ello Rábano Mauro en su *De Universo*. También Duns Scoto demuestra la existencia de un mundo espiritual paralelo. Según Duns Scoto, la *materia prima* puede existir sin forma física. El cuerpo humano sin espíritu no es más que la *forma corporeitatis*, forma imperfecta, que...

—Déjalo, Reinmar —lo interrumpió Scharley con un gesto de impaciencia—. Frena tu fervor. Pierdes a tu público. Por lo menos a uno. Parto pues, para, antes del sueño, aliviar mi vejiga entre los matojos. Será ésta, dicho sea de paso, actividad mil veces más provechosa que aquella en la que estamos perdiendo el tiempo aquí.

—Se ha ido a aliviar —comentó el gigante al cabo—. Duns Scoto se estará revolviendo en su tumba, del mismo modo que Rábano Mauro y Moisés de León junto con el resto de los cabalistas. Si tales autoridades no lo convencen, ¿qué posibilidades tengo yo?

—Pocas —reconoció Reynevan—. Porque ciertamente tampoco has conseguido

despejar mis dudas. Y no mucho haces por ello. ¿Quién eres? ¿De dónde has venido?

—Quien yo sea —respondió el coloso con serenidad—, no lo comprenderías. Ni de dónde vengo. Por su parte, el cómo me he encontrado precisamente aquí no lo comprendo yo mismo. Como dice el poeta: no sé cómo he llegado hasta estas tierras.

*Io non so ben ridir com' i' v' intrai,
Tant' era pien di sonno a quel punto
Che la verace via abbandonai*^[132].

—Para ser un visitante de otro mundo —Reynevan controló su asombro—, no conoces mal las lenguas de los hombres. Y la poesía de Dante.

—Soy... —dijo Sansón al cabo de un instante de silencio—. Soy un vagabundo, Reinmar. Y los vagabundos saben mucho. Esto se llama: la sabiduría de los caminos recorridos, de los lugares visitados. No te puedo decir más. A cambio te diré quién es culpable de la muerte de tu hermano.

—¿Qué? ¿Qué es lo que sabes? ¡Habla!

—No ahora, tengo que reflexionar otra vez sobre ello. Escuché tu relato. Y tengo ciertas sospechas.

—¡Habla, por Dios!

—El secreto de la muerte de tu hermano está oculto en el documento quemado, aquél que sacaste del fuego. Intenta recordar qué había allí, fragmentos de frases, palabras, letras, cualquier cosa. Descifra el documento y yo te señalaré al culpable. Tómate esto como un servicio.

—¿Y por qué me prestas este servicio? ¿Y qué esperas a cambio?

—Que me lo recompenses. Influyendo en Scharley.

—¿De qué forma?

—Para deshacer lo que pasó, para poder volver a mi propia forma y a mi propio mundo, hay que repetir, tan preciso como sea posible, todo el exorcismo. Todo el proceder...

Lo interrumpió un salvaje aullido de lobo que surgió de la broza. Y el grito desesperado del demérito.

Ambos echaron a correr de inmediato, Sansón, pese a su tamaño, no se dejaba adelantar. Cayeron en la oscuridad de la espesura, orientándose por los gritos y el crujido de las ramas rotas. Y luego lo vieron.

Scharley estaba luchando con un monstruo.

Enorme, humanoide, pero cubierto por una espesa pelambreira negra, el engendro debía de haber atacado inesperadamente por detrás, agarrando a Scharley en la presa horrible de unas garras peludas y afiladas. Como tenía el cuello doblado de tal forma

que la barbilla se le clavaba en el pecho, el demérito no gritaba ya, sólo gemía, intentando alejar la cabeza del alcance de unas mandíbulas dentadas y babeantes. Luchaba, pero sin resultado: el monstruo lo sujetaba con un abrazo como de mantis religiosa, inmovilizándole del todo un brazo y limitando mucho el movimiento del otro. Peso a ello, Scharley se retorció como un hurón y golpeó a ciegas con el codo en el morro de lobo, intentó pisarle, darle patadas, pero todos estos intentos los impedían los pantalones que llevaba bajados por debajo de las rodillas.

Reynevan se quedó como un poste, paralizado de terror e indecisión. Sin embargo, Sansón se lanzó a la lucha sin dudar.

El gigante, como se vio de nuevo, sabía moverse con la rapidez de una pitón y la gracia de un tigre. En tres saltos se plantó junto a los luchadores, con precisión pero también con fuerza lo golpeó al monstruo con el puño directamente en sus morros de lobo, agarró al asombrado engendro por sus orejas peludas, lo apartó de Scharley, lo hizo girar, le asestó una patada que lo lanzó contra el tronco de un pino, en el que el monstruo estrelló la testa con un sordo estampido de tal modo que hasta llovieron las agujas. El cráneo de un ser humano habría estallado como un huevo con un golpe tal, mas el lobizón se incorporó de inmediato, aulló y se lanzó hacia Sansón. No atacó, como se podía esperar, con las garras y las mandíbulas, sino que regó al gigante con una lluvia de rapidísimos golpes y patadas que hasta escapaban a la vista. Sansón paró y rechazó todos, con una rapidez y una agilidad increíbles para alguien de su estatura.

—Pelea... —jadeó Scharley, al que Reynevan estaba intentando levantar—. Pelea... como un dominico.

Habiendo rechazado una serie de golpes y hallando el momento oportuno, Sansón pasó al contraataque. El lobizón aulló, un golpe le había alcanzado directamente en la nariz, se tambaleó a causa de una patada en la rodilla, de un trompazo en el pecho voló hacia el tronco del pino. Hubo un sordo estampido, pero también esta vez el cráneo resistió. El monstruo bramó y avanzó, inclinando la testa, embistió como si fuera un toro, con intención de derribar al gigante del propio impulso. El intento no tuvo éxito, Sansón ni tembló ante la acometida, abrazó al lobizón, estuvieron un instante tal y como Teseo y el Minotauro, jadeando, empujándose y hollando la hojarasca con sus pies. Por fin, Sansón pudo más. Derribó al monstruo y lo aporreó con el puño, y su puño era como un ariete. Hubo un estampido sordo, porque el pino seguía todavía allí donde estaba. Ahora Sansón no dio tiempo al monstruo para que atacara. Saltó sobre él, lanzando unos cuantos puñetazos precisos y potentes, después de los cuales el lobizón cayó a cuatro patas. Pero Sansón ya se encontraba detrás de él. Las nalgas del ser, peladas y rojas, constituían un blanco ideal, no se las podía fallar, y las botas de Sansón eran pesadas. El lobizón, pateado, aulló y voló, estrellándose ya por cuarta vez contra el tronco del desgraciado pino. Sansón sólo le

permitió incorporarse hasta que de nuevo las nalgas se pusieron a tiro. Y le volvió a dar una patada, dotando a su golpe de aún mayor impulso. El lobizón rodó por la pendiente, cayó con un chufido al río, salió de él como un ciervo, chapoteó por el pantano, atravesó unas matas con un chasquido y se perdió en el bosque. Sólo aulló una vez, desde lejos. Más bien patéticamente.

Scharley se levantó. Estaba pálido. Le temblaban las manos y las piernas. Pero se dominó con rapidez. Comenzó a maldecir por lo bajini, tocándose y masajeándose el cuello.

Sansón se le acercó.

—¿Estás entero? —preguntó—. ¿Intacto?

—A traición me acometió ese hideputa —se defendió el demérito—. Por detrás me salió... Las costillas me las ha afectado un tanto... Mas así y todo habría podido con él. Si no hubiera sido por estos pantalones... habría podido...

Reflexionó ante la significativa mirada de los otros.

—Mal me iba —reconoció—. A poco no me quebró el cuello... Gracias por la ayuda, compadre. Salvaste mi vida. Pude, por qué no decirlo, haber perdido la vida.

—La vida igual no la hubieras perdido —lo interrumpió Sansón—, mas el culo, entero no lo habrías sacado. Por aquí se conoce a este licántropo, toda la región lo conoce. Ya como hombre tenía gusto por las perversiones, en figura de lobo también se le quedaron. Ahora acecha a los que se bajan los pantalones y descubren sus partes débiles. Acostumbra, el cabrón, a venir por detrás, privar de movimiento... Y luego... Entiendes, creo...

Scharley entendió sin duda, porque se estremeció visiblemente. Y luego sonrió y le tendió la diestra al gigante.

La luna llena brillaba con hermosura, el riachuelo que corría por el fondo de la cañada relucía bajo su luz como el mercurio en el alambique de un alquimista. El fuego ardía con fuerza, lanzaba ascuas, crepitaban los leños y las ramas.

Scharley no emitió ni una burla, ni una palabra de desaprobación. Se limitó a agitar la cabeza y a dar un par de suspiros con los que algunas veces expresó sus reservas en torno a la empresa. Mas no negó su participación. Reynevan tomó parte en ella con entusiasmo. Y optimismo. Prematuro.

A petición del extraño gigante repitieron todo el ritual de exorcismos de los benedictinos, puesto que según Sansón no se podía excluir que de este modo se consiguiera una nueva transformación, es decir, que él volviera a su ser y el idiota monacal de nuevo a su enorme cuerpo. Así que repitieron el exorcismo, intentando no olvidar nada. Ni citas del evangelio, ni de la oración de San Miguel Arcángel, ni del *Picatrix*, traducido por el sabio rey de Castilla y de León. Ni de Isidoro de Sevilla, ni de Cesar de Heisterbach. Ni de Rábano Mauro, ni de Michail Psellos.

No se olvidaron de repetir las invocaciones, a Acharon, Ehey y Homus, y las de

Phalego, Ogo, Pophiel y el terrible Semaphor. Intentaron todo, sin ahorrar el «jobsa, hopsa», ni el «hax, pax, max» ni el «hau-hau-hau». Reynevan, con tremendo esfuerzo, recordó también y repitió las sentencias arábigas —o pseudoarábigas— arrancadas de Averroes, Avicena y Abu Bekr Mohamed ibn Zacariah al-Razi, conocido en el mundo occidental como Razes.

Todo para nada.

No se podía sentir ningún temblor ni movimiento de Fuerza. No pasó nada ni nada sucedió, a no ser los graznidos de los pájaros del bosque y los relinchos de los caballos, espantados por los gritos de los exorcistas. El extraño seguía siendo Sansón, gigante de los benedictinos. Incluso si se aceptaba que, en lo relativo a los mundos invisibles, a los cosmos y seres paralelos, no se hubieran equivocado Duns Scoto, Rábano Mauro ni Moisés de León junto con el resto de los cabalistas, no se pudo llegar a parecida transformación. Curiosamente, el menos desilusionado parecía ser el propio interesado.

—Se confirma la tesis —dijo— de que en los hechizos de magia la importancia de las palabras y en general de los sonidos es escasa. Lo decisivo es la predisposición espiritual, la determinación, el esfuerzo de voluntad. Me parece que...

Se detuvo como esperando una pregunta o un comentario. No lo hubo.

—No tengo otra salida —terminó— que seguir con vosotros. Os tendré que acompañar. Esperando que se repita otra vez lo que alguno de vosotros, o ambos, consiguió por casualidad en la capilla del monasterio.

Reynevan miró con desasosiego a Scharley, pero el demérito guardaba silencio. Estuvo callado largo tiempo, colocándose el vendaje de hojas de zaragatona que Reynevan le había puesto alrededor de su arañado y magullado cuello.

—En fin —dijo al cabo—, te debo algo. Dejando a un lado las dudas que, compadre, no has conseguido limpiar del todo, si quieres acompañarnos en nuestra jornada, no me opondré. Quién seas me importa un pito. Pero has sabido demostrar que en el camino más serás de utilidad que no un estorbo.

El gigante se inclinó en silencio.

—Debiéramos pues poder viajar bien y alegremente en compañía —siguió el demérito—. Naturalmente, si quisieras abstenerte en la ostentación exagerada de glosar en público tu proveniencia extraterrestre. De hecho debieras, perdona la sinceridad, abstenerte de glosar absolutamente nada. Puesto que tus expresiones colisionan de forma bastante embarazosa con tu apariencia.

El coloso volvió a inclinarse.

—Quién de verdad seas, repito, en suma me es igual, no espero confesiones ni confidencias ni las exijo. Mas me gustaría saber cómo llamarte.

—Por qué preguntas por mi nombre: es un secreto —citó Reynevan por lo bajo, recordando a las tres brujas del bosque y su profecía.

—Ciertamente —sonrió el gigante—. *Nomen meum, quod est mirabile*^[133]... Una coincidencia curiosa y con toda seguridad nada casual. Al fin y al cabo es el Libro de los Jueces. Las palabras de la respuesta que obtuvo a sus preguntas Manoch... padre de Sansón. Así que quedémonos con Sansón, es un nombre como cualquier otro. Y el apellido, en fin, el apellido puedo debérselo a tu propia inventiva y fantasía, Scharley... Aunque reconozco que me dan arcadas sólo de pensar en la miel... Cuando me acuerdo del despertar, allí, en la capilla, con la pegajosa cazuela en las manos... Mas lo acepto. Sansón Mieles, para servirlos.

Capítulo decimocuarto

En el que se describen acontecimientos que tienen lugar la misma tarde que el capítulo precedente, mas en otro lugar: en una gran ciudad, a unas ocho millas —a vuelo de pájaro— en dirección nororiental. Un vistazo a un mapa de Silesia, a lo que el autor cordialmente invita al lector, aclarará de qué ciudad se trata.

El treparriscos que estaba posado sobre el campanario de la iglesia espantó a las chovas. Los negros pajarillos se echaron a volar, graznando con fuerza, se lanzaron hacia abajo, hacia los tejados de las casas, girando como cenizas producidas por un incendio. Las chovas tenían ventaja numérica y no se dejaban expulsar fácilmente de la torre. Nunca habrían capitulado ante un treparriscos común y corriente. Pero aquél no era un treparriscos común y corriente, las chovas lo reconocieron en el acto.

Un fuerte viento soplaba sobre Wroclaw, arrastraba oscuras nubes desde la zona del Sleza, se arrugaban ante su ímpetu las aguas azul grisáceo del Oder, se balanceaban las ramas de los sauces de la isla Slodowa, ondulaban los arbustos que separaban los brazos muertos del río. El treparriscos estiró las alas, chilló retador a las chovas que giraban sobre los tejados, se lanzó al aire, giró alrededor de la torre y se posó sobre una cornisa. Se introdujo por la abertura de una ventana, entró en el oscuro abismo del campanario, bajó volando hacia abajo, en una espiral imposible, siguiendo los escalones de madera. Aterrizó, se sentó, agitando las alas y estirando las plumas, sobre el pavimento de la nave de la iglesia, casi al instante cambió de apariencia, transformándose en un hombre de cabellos morenos y vestido de negro.

Desde el altar se acercó, seguido por el golpeteo de sus sandalias y murmurando para sí, el ostiario, un viejecillo de tez pálida como un pergamino. Treparriscos se enderezó con orgullo. El ostiario, al verlo, palideció aún más, se santiguó, bajó la cabeza y retrocedió rápido hacia la sacristía. Sin embargo, el golpeteo de sus sandalias había alarmado a aquél al que Treparriscos quería ver. De bajo unas arquerías que cubrían una capilla surgió sin hacer ruido un alto caballero con una corta barba puntiaguda, envuelto en una capa con el signo de una cruz roja y una estrella. La iglesia vratislaviense de San Martín pertenecía a los hospitalarios *cum Cruce et Stella*, su hospicio se encontraba junto a la iglesia.

—*Adsumus* —saludó Treparriscos a media voz.

—*Adsumus* —respondió despacio el Cruzado de la Estrella, cruzando los brazos—. En nombre del Señor.

—En nombre del Señor. —Treparriscos, en inconsciente talante de ave, encogió la cabeza y los hombros—. En nombre del Señor, hermano. ¿Cómo van las cosas?

—Estamos de continuo en alerta —habló en voz baja el hospitalario—. Sigue

viniendo gente. Anotamos concienzudamente todas sus denuncias.

—¿Y la Inquisición?

—No sospechan nada. Acaban de abrir precisamente cuatro nuevos lugares de denunciación, en cuatro iglesias: en San Adalberto, San Vicente, San Lázaro y en Nuestra Señora de la Arena, no se han dado cuenta de que existen también los nuestros. En esos mismos días y horas, los lunes, jueves y domingos, desde las...

—Sé cuándo —lo interrumpió con brusquedad Treparriscos—. He venido entonces en el momento adecuado. Señálame el confesionario, hermano. Me sentaré, escucharé, me enteraré de lo que se oye por entre el populacho.

No habían pasado ni tres padrenuestros cuando ya se arrodillaba el primer cliente delante del ventanuco.

—... y el hermano Tito no tiene respeto por la autoridad... Una vez, Dios le perdone, le gritó al mismo prior que cantaba la misa en estado de embriaguez, y el prior nomás que un traguillo se había echado al colete, pues qué es si no un cuartillo para tres. Pero el hermano Tito no tiene respeto... Entonces el prior ordenó que se le tuviera un ojo encima... Y en secreto, Dios le perdone, mandó revisar su celda... Y se encontraron libros y panfletos, los cuales bajo la cama tenía guardados. No es fácil creerlo... *Triologus* de Wiclif... *De ecclesia* de Hus... Las obras de los lolardos y los valdenses... Y amas la *Postilla apocalypsim*, escrita por Pedro de Oliva, aquel maldito herético, apóstol de los begardos y los joaquinatas, que quien lo tiene y lo lee de seguro que es begardo a escondidas. Y puesto que la autoridad manda que se denuncie a los begardos... pues yo lo denuncio... Dios me perdone...

—Con sumisión denuncio que Gastón de Vaudenay, trovador, que se ha ganado la gracia del conde de Glogów, es un borrachuzo, putero, cabrón, hereje y ateo. Con sus míseros versos alienta el peor de los gustos de la plebe, no se sabe qué es lo que en él ven, por qué prefieren sus ritmos primitivos a los míos... quiero decir, a los de nuestra tierra. A este vagabundo se lo debiera expulsar, ¡qué se vuelva a su Provenza, aquí no necesitamos modelos culturales foráneos!

—... él había encubierto que un hermano tenía en el extranjero, en Bohemia. Y ciertamente es algo que ha de encubrirse, puesto que su hermano, que antes del año diecinueve era diácono en San Esteban en Praga, sigue ahora siendo sacerdote, mas en Tabor, junto al Prokop, barbas lleva, la santa misa en mitad de un campo y sin alba ni ornato canta y empero imparte la comunión en ambas especies. ¿Acaso un buen cristiano, pregunto, encubre el tener tal hermano? ¿Acaso puede ser buen cristiano alguien con un hermano así?

—... y gritaba que antes vería el vicario su propia oreja que un diezmo de su parte, y que a estos bestiales curas bien se los podía llevar la peste y que hacen falta husitas contra ellos y que vinieran de Bohemia lo más presto posible. Así gritaba, maldiciendo sobre todas las reliquias. Y aún diré que hasta ladrón es, que me robara

mi cabra... Dice que no es verdad, que es su cabra, mas yo bien conozco a mi cabra, porque, fijarsus, tiene una mancha negra en la punta de la oreja...

—Yo, vuesa merced, acuso a Magda... mi cuñada, se entiende. Porque es un putón redomado... A la noche, cuando su hombre se le sube en la cama, aquí jadea, gime, suspira, grita, maulla como gato. ¡Y si no más fuera a la noche! Que también pasa de día, en el tajo, cuando piensa que nadie nada ve... Tira la hoz, se encorva, se sujeta a una cerca, y su hombre le sube los faldones hasta los lomos y la jode como un morrueco... Una vergiienza... Y a mi hombre, que yo lo veo, se le hacen los ojos chiribitas y se relame... Entonces voy y le digo, guarda la compostura, so perra, no andes trastornando a maridos ajenos. Y ella va y dice: dale a tu mozo lo que nesecita y no andará mirando a otros ni poniendo la oreja cuando otros escardan la lana. Y aún dijo que no piensa joder en silencio, que tal cosa la solaza y cuando algo la solaza pues grita y gime. Y si el cura en la iglesia dijo en el sermón que esto es pecado, pues entonces él o bien es tonto o se ha vuelto tarumba, pues no puede ser pecado el deleite, puesto que Dios Nuestro Señor creólo. Cuando le conté esto a la vecina, me dijo ésta que tales razones no son otra cosa que jeresías, y que había de denunciar al putón. Así que aquí estoy...

—... y decía que en la iglesia, allá, en el altar, pues que no puede estar el cuerpo de Cristo en absoluto, pues y aunque Jesús fuera tan grande como, con perdón, una catedral, pues el cuerpo suyo no bastaría para todas las misas ésas, y que todo ello pues ya haría tiempo que los mismos curas se lo habrían trasegado. Así platicaba, con estas las mismas palabras, que me muera si miento, así Dios y la Santa Cruz me ayuden. Y si lo ponen en la hoguera y lo queman, con humildad pido que esas dos fanegas suyas cabe el río, pues que me las dieran a mí... Pues dícese que los servicios serán recompensados...

—... Dzierzka, viuda de Zbylut de Skalka, quien tras la muerte de su consorte se cambiara el apellido a De Wirsing, hizose cargo de las cuadras del difunto y anda tratando en caballos. ¿Es acaso honesto que una hembra se ocupe en tratos y mercaderías? ¿Qué la competencia nos haga, es decir, a los honrados católicos? ¿Por qué a ella le va tan bien, eh? ¿Cuándo a otros no? ¡Porque vende a los husitas de Bohemia! ¡A los heréticos!

—... no ha mucho en el Concilio de Siena aprobóse, y confirmáronlo luego los edictos reales, que todo comercio con los husitas bohemios está prohibido, que quien con los husitas mercadee ha de ser castigado en el cuerpo y en la hacienda. Hasta ese pagano polaco, Jagiello, castiga con infamia, destierro, pérdida de dignidades y privilegios a quien se las componga con los herejes y les despache plomo, armas, sal o viandas. ¿Y aquí en la Silesia? Los orgullosos señores mercaderes búrlanse de las prohibiciones. Dicen que la ganancia es lo importante y que por la ganancia hasta con el diablo se las entenderían. ¿Queréis nombres? Helos aquí: Tomasz Gernrode de

Nysa. Nicolás Neumarkt de Swidnica. Hanusz Throst de Raciborz. El susodicho Throst, agrego, amas de ello, maldijo a los curas querellándolos de disolutos, muchos ha de haber testigos de ello, puesto que el hecho tuvo lugar en el lugar de Wroclaw, en la posada La Cabeza del Dauco, en la plaza de la Sal, *vicésima prima Iulii*^[134], a horas tardías. Ajá, que no lo olvide. También con los bohemios mercadea un tal Fabián Pfefferkorn de Niemodlin... aunque igual está ya muerto.

—... se dice: Urban Horn. Es bien conocido buscapleitos y peleador, hereje sin bautizar. ¡Un valdense! ¡Un begardo! Su madre era una begina, la quemaron en Swidnica, y antes de ello confesó en el potro sus sucias prácticas. Era ella Roth, Margarita Roth. Al tal Roth alias Horn lo vi yo en Strzelin con mis propios ojos. Llamaba a la revuelta y del mismo Papa se burlaba. Con él iba ese Reinmar von Bielau, sobrino de un tal Otto Beess, canónigo de San Juan Bautista. El uno monta tanto como el otro, sólo rebautizados y heréticos...

Anochecía ya cuando el último cliente abandonaba la iglesia de San Mateo. Treparriscos salió del confesionario, se persignó, le dio al barbado Cruzado de la Estrella un papel escrito.

—¿El prior Dobeneck no se ha recompuesto todavía? —preguntó.

—Todavía no —le confirmó el hospitalario—. Continúa tendido por los sus males. De modo que, en la práctica, inquisidor *a Sede Apostólica* es Gregorio Hejncze. También dominico.

El hospitalario torció levemente los labios, como si apreciara en ellos un sabor desagradable. Treparriscos lo percibió. El hospitalario percibió que Treparriscos lo había percibido.

—Jovenzuelo es, el tal Hejncze —aclaró con cierta vacilación—. Formalista. Exige pruebas para cualquier cosa, no manda dar tormento a menudo. Muchas veces encuentra inocente al acusado y lo deja ir. Blando es de conducta.

—Vi huellas de hogueras en el paredón de San Adalberto.

—No más que dos hogueras. —El hospitalario se encogió de hombros—. En las últimas tres semanas. En tiempos del hermano Schwenckefeld, habría habido veinte. Ciertamente, a poco que esperemos, arderá una tercera. Su señoría atrapó a un hechicero. Parece ser que totalmente dado al diablo. Precisamente ahora está siendo sometido a doloroso tormento.

—¿En los dominicos?

—En el ayuntamiento.

—¿Hejncze también está allí?

—Para variar —el Cruzado formó una fea sonrisa—, sí.

—¿Quién es ese hechicero?

—Zacarías Voigt, boticario.

—¿Dices que en el ayuntamiento, hermano?

—En el ayuntamiento.

Gregorio Hejncze, en la práctica *inquisitora Sede Apostólica specialitater deputatus*^[135] en la diócesis de Wroclaw, era, ciertamente, un hombre muy joven. Treparriscos no le calculaba más de treinta años, lo que quería decir que eran coetáneos. Cuando Treparriscos entró en el sótano del ayuntamiento, el inquisidor estaba aforrándose. Con las mangas bien subidas, se servía con ganas directamente de una cazuela de gachas con tocino. A la luz de antorchas y velas la escena tenía un aspecto pintoresco y vistoso: el techo surcado por bóvedas, las severas paredes, la mesa de roble, el crucifijo, las velas rodeadas de festones de cera, la mancha blanca del hábito del dominico, el toque de color de la vajilla de barro, la falda y el manto de la muchacha del servicio. Todo componía una especie de miniatura de libro litúrgico, no faltaba más que el coloreado.

Sin embargo, estropeaban la atmósfera unos chillidos penetrantes y unos aullidos de dolor que surgían a intervalos regulares desde el más profundo subterráneo, cuya entrada, como si fuera la boca del infierno, estaba iluminada por el centelleo rojizo del fuego.

Treparriscos se detuvo ante las escaleras, esperó. El inquisidor comía. No se apresuró. Comió todo, hasta el fondo, rascó incluso con la cuchara lo que estaba requemado. Sólo entonces alzó la cabeza. Las cejas angulares, severas, peludas, sobre unos ojos astutos, le daban un aspecto de seriedad que hacía que pareciera mayor de lo que era.

—¿Del obispo Conrado, cierto? —le reconoció—. Vuestra gracia es...

—Von Grellenort —le recordó Treparriscos.

—Por supuesto. —Con un lento movimiento de los dedos, Gregorio Hejncze apremió a la muchacha para que limpiara la mesa—. Birkart von Grellenort, hombre de confianza y consejero del obispo. Sentaos, por favor.

El torturado aullaba en el sótano, gritaba feroz e inarticuladamente. Treparriscos se sentó. El inquisidor se limpió unos restos de grasa de la barbilla.

—El obispo —comenzó al cabo— ha dejado, por lo que parece, Wroclaw, ¿no? ¿Se ha ido?

—Vos lo habéis dicho.

—¿A Nysa, con toda seguridad? ¿A visitar a doña Agnieszka Salzwedel?

—Su eminencia no suele informarme de tales detalles. —Treparriscos no reaccionó ni siquiera con un pestañeo al escuchar el nombre de la nueva amante del obispo, algo mantenido en el más profundo de los secretos—. Tampoco yo lo espero. Quien mete la nariz en asuntos de infulados, se arriesga a perderla. Y a mí me gusta mi nariz.

—No lo dudo. Mas yo no busco sensaciones, sino que me inquieta la salud de su eminencia. El obispo Conrado no está, al cabo, en su primera juventud, debiera evitar

los excesos de turbaciones y calenturas... Y no más que una semana transcurriera desde que honrara con su visita a Ulrique von Rhein. Aparte de la inspección a las benedictinas... ¿Os asombráis, señor caballero? Oficio del inquisidor es el saber cosas.

Un grito surgió del sótano. Entrecortado, convirtiéndose en un carraspeo.

—Oficio del inquisidor es saber —repitió Gregorio Henjcz— De modo que también sé que el obispo Conrado viaja por la Silesia no sólo para visitar a casadas, viudas jóvenes y monjas. El obispo Conrado anda preparando un nuevo ataque a Boumovsko. Intenta convencer a Przemek de Opava y a don Albrecht von Kolditz para que le socorran. Intenta conseguir apoyo armado del señor Puta de Czastolowice, estarosta de Klodz.

Treparriscos no dijo nada ni bajó los ojos.

—Resulta que al obispo Conrado —continuó el inquisidor— parece no molestarle que el rey Segismundo y los príncipes del Imperio hayan dispuesto otra cosa. Que no se deben repetir los errores de las anteriores cruzadas. Que hay que actuar con seso y sin euforia. Que hay que prepararse. Cerrar pactos y alianzas, reunir medios. Atraer a nuestro lado a los nobles moravos. Y hasta entonces, abstenerse de iniciar aventuras militares.

—Su eminencia el obispo Conrado —interrumpió Treparriscos su silencio— no tiene que mirar a los príncipes del Imperio puesto que en la Silesia les es igual... si no de mayor altura. Por su parte, el rey Segismundo anda bastante ocupado... Como baluarte de la cristiandad, enfrenta sus armas con los turcos en el Danubio. Se pide un nuevo Nikopol. O puede que intente olvidar los palos que le dieran los husitas en Brod de los Alemanes, puede que intente olvidar cómo saliera huyendo de allí. Más bien me parece que se sigue acordando, puesto que no parece que tenga prisa en comenzar nuevas expediciones a Bohemia. De modo que, Dios lo sabe, es sobre el obispo Conrado sobre quien recae la obligación de sembrar el terror entre los herejes. Pues bien conoce vuesa merced: *si vis pacem, para bellum*^[136].

—Sé también —el inquisidor aguantó la mirada sin esfuerzo— que *nemo sapiens, nisi patiens*^[137]. Mas dejémoslo. Tenía algunos asuntos para el obispo. Algunas preguntas. Mas dado que ha partido... Difícil empresa. Porque con que vos, señor Grelenort, contestéis a las preguntas, no puedo contar, ¿verdad?

—Depende de las preguntas que vuesa merced quiera realizar.

El inquisidor calló durante un instante, parecía que estaba esperando a que el torturado del sótano volviera a gritar.

—Se trata —dijo cuando sonó de nuevo el aullido— de ciertos extraños casos de muerte, de unos crímenes enigmáticos... Don Albrecht von Bart, asesinado en Strzelin. Don Peter de Bielau, muerto cerca de Henryków. Don Czambor du Heissenstein, apuñalado por la espalda en Sobótka. El mercader Neumarkt, asaltado y

muerto en el camino real de Swidnica. El mercader Fabián Pfefferkorn, muerto en el mismísimo umbral de la colegiata de Niemodlin. Extrañas, misteriosas, enigmáticas muertes, asesinatos inexplicables tienen lugar en los últimos tiempos en Silesia. No es posible que el obispo no haya oído de ellas. Ni vos.

—Algo de ello, no he de negar, nos ha llegado a los oídos —reconoció Treparriscos con indiferencia—. Mas no anduvimos de quebrarnos la cabeza con ello especialmente, ni el obispo ni yo. ¿Desde cuándo es el asesinato un acontecimiento? Un día sí y otro también alguien mata a alguien. En lugar de amar al prójimo, los hombres se odian y están dispuestos a mandar al otro mundo a alguien por una cominería. Todos tienen enemigos y motivos a nadie le faltan.

—Leéis mis pensamientos —afirmó Hejncze con la misma indiferencia—. Y me quitáis las palabras de la boca. Lo mismo alcanza, en apariencia, a los tales misteriosos asesinatos. En apariencia, no faltan ni motivo ni enemigo sobre el que presto recaen las sospechas. Ora son líos de vecinos, ora cuestiones de cuernos, ora venganzas de familia, se tiene a los culpables, se diría, al alcance de la mano. Mas si miras con atención el asunto... pues nada está claro. Y esto es precisamente lo que es un acontecimiento en los dichos asesinatos.

—¿Sólo eso?

—No sólo. Ha de sumarse la sorprendente y yo diría que hasta increíble destreza del asesino... o asesinos. En todos los casos los ataques tuvieron lugar de improviso, como verdaderos rayos caídos del claro cielo. Literalmente del claro cielo. Puesto que los asesinatos tuvieron lugar al mediodía. Casi exactamente al mediodía.

—Interesante.

—Eso es precisamente lo que tenía en mente.

—Interesante —repitió Treparriscos— es otra cosa. El que no reconozcáis las palabras del salmo. ¿Nada os dicen las palabras *sagitta volans in die*? ¿La flecha que cae como un rayo desde el cielo y porta la muerte? ¿No os recuerda para nada al demonio que destruye a mediodía? Me asombráis, ciertamente.

—Así que un demonio. —El inquisidor acercó las manos unidas a sus labios, pero no consiguió esconder del todo una sonrisa sarcástica—. Un demonio recorre Silesia y comete crímenes. Un demonio y una flecha demoniaca, *sagitta volans in die*. Vaya, vaya. Increíble.

—*Haeresis est máxima, opera daemonum non credere*^[138] —le repuso al instante Treparriscos—. ¿Acaso, yo, común mortal, habré de recordárselo a un inquisidor papal?

—No habréis. —La mirada del inquisidor se endureció, una nota de amenaza resonó en su voz—. No habréis en ningún caso, señor Von Grellenort. No me recordéis ya nada más, por favor. Concentraos mejor en responder a mis preguntas.

Un grito lleno de dolor surgido del sótano contrapunteó bastante

significativamente sus palabras. Pero Treparriscos ni se inmutó.

—No estoy en condiciones de ayudar a vuesa excelencia —anunció con voz fría—. Aunque, como dijera, los rumores acerca de los asesinatos me han llegado, los nombres de las citadas víctimas no me dicen nada. Jamás había oído hablar de tales gentes, el saber acerca de su suerte es novedad para mí. No me parece que merezca la pena preguntar a su eminencia el obispo. Responderá lo mismo que yo. Y añadirá una pregunta que yo no me atrevería a hacer.

—Mas atreveros. Nada os amenaza.

—El obispo preguntaría: ¿por qué los arriba mencionados, el tal Von Bielau, el tal Pfefferkorn, el tal, no me acuerdo, Czambor o Bambor, han merecido la atención del Santo Oficio?

—El obispo —respondió Hejncze al punto— habría recibido respuesta. El Santo Oficio albergaba hacia los mencionados arriba *suspicio de kaeresi* Sospecha de simpatías prohusitas. De estar bajo el influjo de los herejes. De contacto con los disidentes bohemios.

—Ja. Esos indignos. De modo que, si han resultado muertos, no ha la Inquisición motivos para llorarlos. El obispo, por lo que le conozco, sin duda diría que ello es para alegrarse. Que alguien le tomó la delantera al Oficio.

—Al Oficio no le gusta cuanto le toman la delantera. Así le respondería al obispo.

—El obispo habría respondido que en tal caso el Oficio debiera haber actuado con mayor rapidez y destreza.

De nuevo surgió un grito del sótano, esta vez mucho más fuerte, desesperado, más agudo y de mayor duración. Los delgados labios de Treparriscos se torcieron en la parodia de una sonrisa.

—Oh, oh. —Señaló con un movimiento de cabeza—. El hierro al rojo. Hasta ahora no había habido más que un *strappado*^[139] normal y corriente y tenazas en los dedos de pies y manos, ¿verdad?

—Es un pecador contumaz —respondió Hejncze con desgana—. *Haereticus pertinax*... Mas no nos salgamos del tema, caballero. Sed tan amable de comunicarle al obispo Conrado que la Santa Inquisición observa con creciente disgusto cómo mueren misteriosamente personas sobre las que hay una delación. Personas sospechosas de herejía, de conciliábulos y conspiraciones con los herejes. Estas personas mueren como si alguien quisiera borrar las huellas. Y a aquél que borra las huellas de la herejía le será difícil él mismo defenderse ante las acusaciones de herejía.

—Se lo repetiré al obispo palabra por palabra. —Treparriscos sonrió burlón—. Mas dudo de que albergue temor alguno. No es de los miedosos. Como todos los Piastas.

Después del grito anterior, pareciera que el torturado ya no podía gritar más fuerte

ni más desesperadamente. Pero sólo lo parecía.

—Si ahora no confiesa, ya no lo hará nunca —dijo Treparriscos.

—Parece que tenéis experiencia.

—No práctica, Dios me guarde. —Treparriscos sonrió amenazadoramente—. Mas se ha leído uno a los prácticos. Bernardo de Gui, Nicolás Eymerich. Y a vuestros grandes predecesores silesios: Peregrino de Opole, Johann Schwenckefeld. El último os lo recomendaría especialmente a vuesa excelencia.

—¿De verdad?

—No otra cosa. Puesto que el hermano Johann Schwenckefeld se alegraba y regocijaba cuantas veces alguna mano misteriosa despachaba a un bellaco, un hereje o un partidario de herejes. El hermano Johann agradecía en espíritu a la dicha mano misteriosa y murmuraba un padrenuestro por sus intenciones. Simplemente, había un bellaco menos, el hermano Johann tenía gracias a ello más tiempo para otros bellacos. El hermano Johann creía provechoso y acertado el que los pecadores vivieran en tensión. Para que, como enseña el Deuteronomio, el pecador tiemble día y noche a causa del miedo, no estando seguro de su vida. Para que por la mañana cavilara: que alguien haga que llegue la tarde; y por la tarde: que alguien haga que llegue el amanecer.

—Decís palabras interesantes, señor. Podéis estar seguro de que reflexionaré sobre ellas.

—Comprobaréis —dijo Treparriscos al cabo—, y este parecer ha sido ya sancionado por muchos Papas y doctores de la Iglesia, que los hechiceros y los herejes son una gran secta, que no actúa desordenadamente sino siguiendo un gran plan, trazado por el propio Satanás. Comprobaréis a vuestro pesar que la herejía y el *maleficium* es una y la misma organización, potente en su número, integrada, perfectamente coordinada, dirigida por el diablo. Una organización que en lucha acerba y encarnizada realiza con consecuencia su plan de derribar a Dios y tomar el poder sobre el mundo. Por eso, ¿por qué expulsáis fuera de vos con tanta fuerza la idea de que en este conflicto también la otra parte... ha traído a la vida... su propia... organización secreta? ¿Por qué no queréis creerlo?

—Quizá porque —repuso con tranquilidad el inquisidor— una idea tal no ha sido sancionada por Papa ni por doctor de la Iglesia alguno. Porque, añadido, Dios no precisa de organizaciones secretas cuando nos tiene a nosotros, el Santo Oficio. Porque, añadido todavía, ya he visto demasiados ideólogos que se tienen por herramienta divina, actuando como enviados de Dios y en nombre de la Providencia. Demasiados he visto ya que dicen haber oído voces.

—Envidiable. El haber visto tanto. Quién lo habría sospechado, teniendo en cuenta vuestra juventud.

—De modo que —Hejncze no tuvo en cuenta la burla— cuando por fin caiga en

mis manos la tal *sagitta volans*, el autonombrado demonio y herramienta divina... Terminará no en el tormento con el que él con toda seguridad cuenta, sino encerrado a cal y canto en la Narrenturm. Pues la Torre de los Locos es el lugar adecuado para el loco y el perturbado.

El sonido de unos pies llegó desde las escaleras del sótano, desde el que hacía ya largo rato que no salían gritos.

Al poco entró a la sala un delgado dominico. Se acercó a la mesa, hizo una reverencia, mostrando una calva cubierta de manchas marrones en el estrecho hueco de su tonsura.

—¿Y? —preguntó Hejncze con abierta desgana—. ¿Hermano Arnulfo? ¿Ha confesado por fin?

—Ha confesado.

—*Bene*. Porque ya me estaba empezando a aburrir.

El monje alzó los ojos. No había en ellos desgana. Ni aburrimiento. Era evidente que el proceder que se estaba llevando a cabo en el sótano del ayuntamiento no le aburría ni le disgustaba. Antes al contrario. Era evidente que hubiera comenzado de nuevo con gusto. Treparriscos le sonrió a un alma gemela. El dominico no correspondió a la sonrisa.

—¿Y qué? —le apremió el inquisidor.

—La confesión está escrita. Lo dijo todo. Empezando por la invocación y la llamada al demonio, pasando por la teurgia y la conjura hasta llegar a la tetragramática y la demonomagia. También ha confesado el contenido y la ceremonia de la firma del quirógrafo. Describió a las personas a las que veía durante los sabbats y las misas negras... Sin embargo, no ha confesado, aunque lo hemos intentado, el lugar donde ocultan los libros mágicos y los grimorios... Pero lo obligamos a darnos el nombre de las personas para las que preparó amuletos, incluyendo amuletos mortales. Reconoció también que con ayuda diabólica, usando urim y thurim, sedujo a una virgen y la obligó a satisfacerlo...

—¿Qué me estás cotorreando, hermano? —gritó Hejncze—. ¿Qué me cuentas de demonios y vírgenes? ¡Contactos con los bohemios! ¡Los nombres de los espías de Tabor y de sus emisarios! ¡Sus puntos de contacto! ¡Los lugares donde esconden las armas y las propaganda! ¡Los nombres de los implicados! ¡Los nombres de los simpatizantes de los husitas!

—Acerca de estas cosas —el monje tartamudeó—, no confesó nada.

—Entonces —Hejncze se alzó— mañana volveréis a empezar otra vez. Señor Von Grelenort...

—Permitidme un instante más. —Treparriscos señaló con los ojos al delgado fraile.

El inquisidor despidió al monje con un gesto impaciente. Treparriscos esperó

hasta que se fue.

—Me gustaría mostrar mi buena voluntad —dijo—. Contando con que se mantendrá el secreto, en lo tocante a estos asesinatos misteriosos me gustaría, si me es dado, aconsejar a vuesa excelencia...

—Solamente, por favor, no me digáis una cosa. —Hejncze, sin alzar la vista, tableteó con los dedos en la mesa—. No me digáis que los culpables son los judíos. Usando urim y thurim.

—Aconsejaría apresar... e interrogar a conciencia... a dos personas.

—Los nombres.

—Urban Horn. Reinmar de Bielau.

—¿El hermano del asesinado? —Gregorio Hajncze frunció las cejas, mas aquello duró sólo un segundo—. Ja. Sin comentario, sin comentario, don Birkart. Porque de nuevo estaríais dispuesto a acusarme de falta de conocimiento de las Escrituras, esta vez de la historia de Caín y Abel. Así que esos dos. ¿Dais vuestra palabra?

—La doy.

Durante un instante se estuvieron midiendo con penetrantes miradas. Los hallaré a los dos, pensaba el inquisidor. Y antes de lo que te piensas. Me apuesto la cabeza. Y yo me apuesto a que no los hallarás vivos, pensó Treparriscos.

—Adiós, señor Von Grelenort. Dios sea con vos.

—Amén, vuesa excelencia.

El boticario Zacarías Voigt jadeaba y gemía. El carcelero del ayuntamiento lo había arrojado al fondo de la celda, en un hueco en el que se acumulaba toda la humedad que goteaba de los muros. Allí, la paja estaba podrida y mojada. Sin embargo, el boticario no podía cambiar de lugar, apenas pudo cambiar un poco de posición: tenía los codos doblados, los hombros descoyuntados, rotos los meniscos, quebrados los dedos de las manos, y además de ello unos dolores terribles y ardientes producidos por las quemaduras en los costados y los pies. Así que estaba tendido panza arriba, jadeaba, gemía, guiñaba sus pestañas cubiertas de sangre coagulada. Y deliraba.

Exactamente desde la pared, exactamente desde el muro cubierto de manchas de hongos, exactamente, parecía, de la juntura entre dos ladrillos, surgió un pájaro. Y al instante se transformó en un hombre de cabellos negros y vestido de negro. Es decir, en una figura parecida a un hombre. Pues Zacarías Voigt sabía bien que no era un hombre.

—Oh, mi señor... —gimió, retorciéndose en la paja—. Oh, príncipe de las tinieblas... Maestro amado... ¡Has venido! No has abandonado en la necesidad a este tu fiel sirviente...

—Me veo obligado a defraudarte —dijo el de los cabellos negros, inclinándose sobre él—. No soy un diablo. Ni un enviado del diablo. Poco se interesa el diablo por

la suerte de un individuo.

Zacarías Voigt abrió la boca como para gritar, pero no consiguió más que gemir. El de los cabellos negros lo agarró por la frente.

—El lugar donde se esconden los tratados y grimorios —dijo—. Lo siento, pero tengo que sacártelo. A ti ya no te van a ser de mucho provecho. Mientras que a mí no me van a venir mal. De paso te libraré de más torturas y del fuego de la hoguera. No me des las gracias.

—Si no eres un diablo... —Los ojos del hechicero, que estaba perdiendo el control sobre sí mismo, se abrieron de terror—. Entonces te envía... ¿el otro? Oh, Dios mío...

—Otra vez tengo que defraudarte —sonrió Treparriscos—. Ése se interesa aún menos por la suerte de los individuos.

Capítulo decimoquinto

En el que resulta que aunque los conceptos de «arte que merece la pena» y «el negocio del arte» en absoluto tienen que significar contradictio in adiecto^[140], no es fácil sin embargo en el campo de la cultura hallar patrocinadores ni siquiera para descubrimientos que hagan época.

Como toda ciudad de cierto tamaño en Silesia, Swidnica castigaba a todo aquél que arrojará basura o porquería a la calle con una multa en efectivo. Sin embargo, no parecía que se ejecutara la tal prohibición con excesiva severidad, antes al contrario, se veía que a nadie le importaba. Un chaparrón mañanero, corto pero fuerte, humedeció todo el suelo de la villa y los cascos de los caballos y las pezuñas de los bueyes lo removieron muy pronto hasta convertirlo en una masa de mierda, barro y paja. De aquella masa se alzaban, como islas encantadas surgiendo del océano, unos montones de basura ricamente decorados con los más diversos ejemplares, a veces muy vistosos, de carroñas. En el estiércol algo más sólido chapoteaban los gansos, en el más fluido nadaban los patos. Los villanos avanzaban por aceras de tablas de madera y ripias con harta dificultad, a veces se caían de ellas. Aunque los bandos del magistrado amenazaban con multa también a aquél que dejara libre por las calles al ganado, bandadas de gruñones puercos transitaban las calles en ambas direcciones. Los puercos daban la sensación de estar locos, corrían de acá para allá como sus antepasados bíblicos de Gadara, haciendo tropezar a los peatones y espantando a los caballos.

Pasaron la calle de los Tejedores, luego la calle de los Toneleros, inundada por los sonoros golpes de los martillos, por fin la calle Alta, al otro lado de la cual estaba ya la plaza del mercado. Reynevan tenía unas ganas enormes de echar un vistazo a la cercana y famosa farmacia de El Lindwurm Dorado, puesto que conocía bien al boticario, el señor Cristóbal Eschenloer, con el que había estudiado hacía tiempo las bases de la alquimia y la magia blanca. Desechó sin embargo su deseo, las tres últimas semanas le habían enseñado muchísimo acerca de las reglas de la conspiración. Además, Scharley le apremiaba. No añojo el paso ni siquiera al cruzar junto a alguna de las bodegas en las que se escanciaba la Swidnica de marzo, una cerveza de renombre mundial. Atravesaron deprisa —todo lo que permitía la multitud— el mercado de verduras que estaba en los soportales frente al ayuntamiento, continuaron por la calleja de Kraszewice, estrecha a causa de los carromatos que había en ella.

Siguiendo a Scharley, entraron por debajo de un bajo arco de piedra en el negro túnel de un portal que apeataba como si desde el principio de los siglos hubieran estado haciendo allí sus necesidades las antiguas tribus de los silesios y dedosanos.

Salieron del portal a un patio. El estrecho espacio estaba inundado de todo tipo de basura y de chatarra y había tantos gatos que no se hubiera avergonzado de ellos el templo de la diosa Bastet en la ciudad egipcia de Bubastis.

El final del patio estaba marcado por una galería en forma de herradura. Junto a las empinadas escaleras que conducían hacía arriba había una escultura de madera con huellas de pálidos y antiquísimos colores y dorados.

—¿Un santo?

—San Lucas Evangelista —le explicó Scharley, entrando en la chirriante escalera—. El patrón de los artistas pintores.

—¿Y a cuento de qué hemos venido aquí, a los artistas pintores?

—A por diverso equipamiento.

—Pérdida de tiempo —dijo Reynevan impaciente y lleno de nostalgia por su amada—. ¡Perdemos tiempo! ¿Qué equipamientos? No entiendo...

—Para ti —lo interrumpió Scharley— vamos a encontrar unos nuevos peales. Créeme, te son precisos con premura. Y nosotros podremos respirar por fin, cuando te libres de los viejos.

Los gatos, que ganduleaban en las escaleras, les abrían paso con disgusto. Scharley tocó con los nudillos, una masiva puerta se abrió y en ella apareció un personaje bajo, flacucho, despeinado, de nariz grisácea, vestido con un guardapolvo que estaba cubierto de una multitud de manchas de distintos colores.

—El maestro Justus Schottel no está en casa —anunció, al tiempo que hacía unos cómicos guiños—. Acudid más tarde, buenas... ¡Por Dios! ¡No creo a mis ojos! ¡Noble señor...!

—Scharley —le precedió presto el demérito—. No me hagáis estar de pie en el umbral, señor Unger.

—Por supuesto, por supuesto... Pasad, pasad...

En el interior había un fuerte olor a pintura, a aceite de lino y a resina, reinaba un ambiente de trabajo. Algunos jovencitos con mandiles grasientos y ennegrecidos se arremolinaban junto a dos extrañas máquinas. Las máquinas estaban provistas de unas manivelas y recordaban a unas prensas. Y ciertamente, se trataba de prensas. Ante los ojos de Reynevan se sacó de bajo un pistón que era sostenido por un tornillo de madera una hoja de papel en la que se veía a la Virgen con el Niño.

—Interesante.

—¿Eh? —El señor Unger de grises narices arrancó sus ojos de Sansón Miele—. ¿Qué decís, joven señor?

—Que es interesante.

—Esto lo es más. —Scharley alzó el pliego que estaba bajo la otra máquina. En el pliego se veían algunos rectángulos situados regularmente. Eran cartas para el piquet, el as, la alta y la baja, modernas, hechas según el modelo francés, en colores *pique* y

tréfle.

—Una baraja entera —se enorgulleció Unger—, es decir, treinta y seis cartas, las hacemos en cuatro jornadas.

—En Leipzig —le respondió Scharley— las hacen en dos.

—¡Vaya unas chapuzas de serie! —se enfadó con orgullo el de las narices grises—. Con unos grabados de madera de andar por casa, mal pintadas, de torcido corte. Las nuestras, no hay más que verlas, cuan claras son de dibujo, en cuanto se las coloree serán obras maestras. Con las nuestras se juega en castillos y alcázares, buff, hasta en catedrales y colegiatas, mientras que las de Leipzig las manosean tahúres en tabernas y burdeles...

—Vale, vale. ¿Cuánto lleváis por una baraja?

—Un cuarto y medio de grosche comprado *loco* en el taller. Si *franco* al cliente, hay que sumar el transporte.

—Conducidnos por favor a la trastienda, don Simón. Allá esperaremos al maestro Schottel.

La otra habitación por la que pasaron era silenciosa y tranquila. Tres artistas estaban de pie ante sus caballetes. Se encontraban tan sumidos en su trabajo que ni siquiera volvieron la cabeza.

En la tabla del primer artista sólo había el color base y un esbozo, así que no se podía adivinar qué es lo que iba a representar la pintura. La obra del segundo pintor estaba bastante más avanzada, se veía en ella a Salomé con la cabeza de Juan el Bautista en una bandeja. Salomé llevaba puestos unos ropajes de redecilla absolutamente transparentes, el artista se había ocupado de que se vieran todos los detalles. Sansón Mielles bufó por lo bajo, Reynevan suspiró. Miró a la tercera tabla. Y suspiró aún más fuerte.

La pintura estaba casi por completo acabada y mostraba a San Sebastián. El Sebastián de la tabla se diferenciaba significativamente de las imágenes acostumbradas del mártir. Por supuesto, estaba atado al poste, por supuesto también tenía una sonrisa arrebatada pese a las numerosas flechas clavadas en la barriga y el torso del efebo. Y aquí se acababan los parecidos. Puesto que aquel Sebastián estaba completamente desnudo. Estaba allí con un aparato tan poderoso y colgante que ante aquella vista cualquier hombre no podía menos que sentirse perplejo.

—Un encargo especial —les explicó Simón Unger—. Para el convento de las clarisas de Trzebnica. Por favor, pasen vuestas mercedes a la trastienda.

Un estruendo de golpes y tintineos llegaba desde la cercana calle de los Caldereros.

—Éstos —señaló con un ademán de cabeza Scharley, quien desde hacía un rato estaba ocupado en escribir algo en una hoja de papel—. Éstos al parecer tienen muchos encargos. Florece el negocio de los caldereros. ¿Y el vuestro, don Simón?

—Parado anda —respondió Unger bastante sombrío—. Cierto, encargos los hay. Mas, ¿qué importa? ¿Cuándo no hay forma humana de repartir la mercancía? Andas un cuarto de milla y ya te retienen, qué de dónde, por qué, adonde, preguntan, a qué asunto, te remiran las alforjas y los baúles...

—¿Quién? ¿La Inquisición? ¿O Kolditz?

—Tanto los unos como los otros. Los curas inquisidores residen en los dominicos, a un tiro de piedra de aquí. Y en el señor estarosta Kolditz ni que hubiera entrado el diablo. Y todo esto porque aprehendieran no ha mucho a unos emisarios bohemios con papeles y manifiestos de herejes. Éstos, cuando el maestro de tenazas los churrascó un poco, cantaron con quién se juntaban, quién les ayudaba. Aquí, mas también en Jawor, en Rychbach, hasta por las aldeas, en Kleczkow, en Wire... Sólo aquí, en Swidnica, se quemó a ocho en la pradera junto a la Puerta Baja. Mas lo peor llegó hace una semana, cuando en el día del apóstol Bartolomé, al mismísimo mediodía, en el camino de Wroclaw, alguien dio muerte a un rico mercader, don Nicolás Neumarkt. Extraño, extraño asunto éste...

—¿Extraño? —se interesó Reynevan al punto—. ¿Por qué?

—Pues, joven señor, por aquello de que nadie pudo concebir quién y por qué diera muerte al señor Neumarkt. Unos dijeron que caballeros de rapiña fueron, igual Hayn von Czirne o Buko Krossig. Otros hablaron que fue Kunz Aulock, esbirro de cuidado. Aulock, se cuenta, persigue a no sé qué mancebuelo huido por toda la Silesia, puesto que el tal mancebuelo deshonoró a la mujer de no sé quién con violencias y hechicerías. Otros dicen que a todas luces fue precisamente este mancebuelo perseguido quien lo matara. Todavía hubo quien dijo que los asesinos son los husitas con quienes el señor Neumarkt se enemistara de alguna forma. Qué pasó en realidad no hay quien lo sepa, mas el señor estarosta Kolditz se enfureció. Juró que como prendiera al matador del señor Neumarkt, lo iba a despellejar vivo. Y el fruto de ello es que nadie puede transportar la mercancía, dado que los unos y los otros controlan acérrimamente, si no la Inquisición, entonces el estarosta... Sí, sí...

—Sí, sí...

Reynevan, el cual desde hacía largo rato estaba entretenido en emborronar el papel con un carbón, alzó de pronto la cabeza, le dio a Sansón Mieles con el codo.

—*Publicus super omnes*^[141] —dijo en voz baja, mostrándole el papel—. *Annis de sanctimonia*^[142]. *Positione hominis*^[143]. *Voluntas vitae*^[144].

—¿Lo qué?

—*Voluntas vitae*. ¿O mejor *potestas vitae*^[145]? Estoy intentando reconstruir lo que estaba escrito en el papel quemado de Peterlin. El que saqué del fuego en Powojowice. ¿Lo has olvidado? Tú dijiste que era importante. Que debía recordar lo que estaba escrito. Así que lo estoy recordando.

—Ah, cierto. Humm... ¿*Potestas vitae*? Lo siento. No me dice nada.

—Y del maestro Justus —habló Unger para sí—, ni las trazas.

Como si hubiera pronunciado un conjuro, las puertas se abrieron y en ellas apareció un personaje vestido con una amplia delia, negra, rellena de piel, con unas mangas muy amplias. No tenía aspecto de artista. Parecía un alcalde.

—Hola, Justus.

—¡Por los huesos de San Wolfgang! ¿Pablo? ¿Eres tú? ¿En libertad?

—Ya lo estás viendo. Mas ahora me llamo Scharley.

—Scharley, humm... ¿Y tus... humm... compañeros?

—También están en libertad.

El maestro Schottel acarició al gato que había aparecido no se sabe de dónde, y que se le estaba restregando a la pierna. Luego se sentó a la mesa, juntó las manos sobre la barriga. Contempló atentamente a Reynevan. Durante mucho rato, mucho, no apartó la vista de Sansón Mieles.

—Has venido a por dinero —adivinó por fin, sombrío—. He de advertirte...

—Que los negocios van mal —lo cortó Scharley sin ceremonias—. Lo sé. He oído hablar de ello. Aquí hay una lista. La estuve escribiendo mientras te esperaba, por aburrimiento. Todo lo que figura en ella he de tenerlo mañana.

El gato saltó al regazo de Schottel, el grabador lo acarició pensativo. Leyó largo rato. Luego por fin alzó la vista.

—Trasmañana. Ya que mañana es domingo.

—Cierto, lo olvidé. —Scharley afirmó con la cabeza—. En fin, también nosotros habremos de festejar el día del Señor. No sé cuándo he de volver a Swidnica, pecado sería el no visitar aquí una o dos frescas bodegas para comprobar si este año la cerveza de marzo ha salido buena. Mas trasmañana, maestro, quiere decir trasmañana. El lunes, ni un día más. ¿Lo entiendes?

El maestro Schottel, con un ademán de cabeza, le confirmó que sí.

—No te pregunto —continuó Scharley al cabo— acerca del estado de mis cuentas porque no pienso disolver nuestra sociedad ni retirar mi participación en ella. Asegúrame sin embargo que cuidas de la sociedad. Que no menosprecias los buenos consejos que te di en algún momento. Ni las ideas que pueden traer ganancias para la empresa. ¿Sabes de qué estoy hablando?

—Lo sé. —Justus Schottel sacó de su talega una llave enorme—. Y ahora mismo te cercioraré de que me tomo en serio tus ideas y consejos. Don Simón, por favor, sacad del armario y traednos las pruebas de las xilografías. Ésas de la serie bíblica.

Unger lo resolvió en un pispas.

—He aquí. —Schottel extendió unos pliegos sobre la mesa—. Todo de mi propia mano, no se lo di a los aprendices. Algunas ya están listas para la prensa, en otras aún ando trabajando. Tengo fe en que tu idea sea buena. En que la gente la va a comprar. Nuestra serie bíblica. Mira, mira, comprueba. Comprueben, señores.

Todos se inclinaron sobre la mesa.

—Qué... —Reynevan, rojo, señaló a uno de los pliegos que mostraba a una pareja desnuda en una posición y situación que no eran para nada ambiguas—. ¿Qué es esto?

—Adán y Eva. Pero si está claro. Eso en lo que Eva se está apoyando es el Árbol del Bien y del Mal.

—Ajá.

—Por su parte, aquí, miren, por favor —siguió demostrando el abridor de láminas, lleno de orgullo por su obra—. Moisés y Hagar. Aquí Sansón y Dalila. Aquí Amnón y Tamar. Me han salido muy bien, ¿verdad? Aquí...

—Por mi ánima... ¿Qué ha de ser esto? ¿Este revoltijo?

—Jacob, Lea y Raquel.

—Y esto... —tartamudeó Reynevan, sintiendo que la sangre estaba a punto de quemarle las mejillas—. Qué es... esto...

—David y Jonatan —aclaró impasible Justus Schottel—. Mas éste todavía he de arreglarlo. Rehacer...

—Rehazlo —lo interrumpió Scharley con frialdad— en un David con Betsabé. Joder, no faltan más que Balaam y la burra. Contén un poco tu imaginación, Justus. Su uso excesivo perjudica, de la misma forma que el exceso de sal en la sopa. Y eso es malo para los negocios.

»Generalmente, sin embargo —añadió, para apaciguar al artista que estaba un tanto picado—, *bene, bene, benissimo*, maestro. Lo diré en pocas palabras: mejor de lo que esperaba.

A Justus Schottel se le iluminó el rostro, orgulloso como todo artista y gustoso de halagos.

—Así que ves, Scharley, que no me duermo en los laureles, que cuido de la empresa. Y aún te diré más, que trabé unos interesantes contactos que bien pudieran resultar de lo más provechoso para nuestra sociedad. Has pues de saber que en la taberna El Buey y el Borro conocí a un mozo extraordinario, un inventor de talento... Ah, para qué hablar, tú mismo lo verás y escucharás. Puesto que lo he invitado. No más que lo veas. Te lo prometo, en cuanto que lo conozcas...

—No lo conoceré —lo interrumpió Scharley—. No quisiera que el tal mozo extraordinario me viera. Ni a mí ni a mis compañeros.

—Entiendo —le aseguró Schottel al cabo de un rato de silencio—. De nuevo te has metido en algún gatuperio.

—Se lo puede llamar así.

—¿Criminal o político?

—Depende del punto de vista.

—En fin —suspiró Schottel—, así son los tiempos. Que no quieras que te vean

acá, lo entiendo. Mas en este caso tus objeciones son infundadas. El jovenzuelo del que hablo es un alemán, cuya patria es Maguncia, bachiller en Erfurt. En Swidnica está sólo de paso. No conoce a nadie aquí. Y no lo va a conocer, puesto que pronto se va. Merece la pena, Scharley, merece la pena trabar conocencia con él, merece la pena reflexionar sobre su invento. Extraordinario es, espíritu iluminado, visionario, diría. Ciertamente, *vir mirabilis*^[146]. Tú mismo lo verás.

Las campanas de la iglesia parroquial repicaron graves y sonoras, su llamada a la oración del Ángelus la retomaron los campanarios de los otros cuatro templos de Swidnica. Las campanadas daban por finalizada la jornada de trabajo: enmudecieron por fin hasta los laboriosos y ruidosos talleres de la calle de los Caldereros.

Ya hacía también mucho que se habían ido a casa los artistas y aprendices del obrador del maestro Justus Schottel, de modo que cuando por fin apareció el anunciado huésped, el tal merecedor de conocencia visionario y espíritu iluminado, en la habitación de las prensas lo recibieron tan sólo el propio maestro, Simón Unger, Scharley, Reynevan y Sansón Mieles.

El huésped era, ciertamente, un hombre joven, coetáneo de Reynevan. El escolar reconoció al punto a otro escolar: durante los saludos el joven tuvo para Reynevan una reverencia algo menos formal y una sonrisa algo más sincera.

El recién llegado llevaba unas altas botas de cordobán, una laxa boina de terciopelo y una corta capa sobre un jubón de cuero abrochado con múltiples botones de hojalata. Llevaba al hombro una gran bolsa de viaje. En resumen: tenía un aspecto más de trovador vagabundo que de escolar, lo único que apuntaba a sus lazos con la academia era su ancho estilete de Niremberg, arma popular en todas las universidades de Europa, tanto entre los estudiantes como entre los profesores.

—Soy —comenzó el recién llegado sin esperar a que lo presentara Schottel— bachiller de la universidad de Erfurt, me llamo Juan Gensneisch von Sulgeloeh zum Gutenberg. Sé que esto es demasiado largo, por ello acostumbro a dejarlo en Gutenberg. Juan Gutenberg.

—Ello os honra —respondió Scharley—. Y dado que yo soy también partidario de acortar las cosas innecesariamente largas, vayamos sin vacilaciones al grano. ¿De qué trata vuestro invento, señor Juan Gutenberg?

—De la impresión. Más exactamente, de la impresión de textos.

Scharley hojeó desganado las xilografías que yacían sobre la mesa, extrajo una y se la enseñó. Bajo el símbolo de la Santa Trinidad se veía el letrero:

BENEDICITE POPULI DEO NOSTRO^[147].

—Lo sé... —Gutenberg enrojeció levemente—. Sé, señor, lo que dais a entender.

Llamarme queréis la atención acerca de que para inscribir el texto en vuestra xilografía, para realizar este letrero, no excesivamente largo, habréis de reconocer, el grabador hubo de quebrarse la espalda sobre la madera unos dos días. Y si se equivocara siquiera en una sola letra, todo el trabajo habría sido en vano, habría debido comenzar de nuevo. Y si debiera ejecutar una xilografía para, pongamos, todo el salmo sesenta y cinco, ¿cuán largo debería trabajar? ¿Y si quisiera imprimir todos los salmos? ¿Y toda la Biblia? ¿Cuánto...?

—La eternidad, por lo menos —lo interrumpió Scharley—. Por lo que sospecho, vuesa merced, ese vuestro hallazgo liquida los problemas del trabajo en la madera.

—En gran medida.

—Interesante.

—Si me permitís, os lo demostraré.

—Lo permito.

Juan Gensfleisch von Sulgeloeh zum Gutenberg abrió su bolsa, derramó su contenido sobre la mesa. Y principió la demostración, describiendo sus actos con palabras.

—Ejecuté —dijo y mostró— unos cubos de duro metal con las letras. Las letras en los cubos son, como veis, salientes, así que la nombré matriz. Al apretar tal matriz en cobre blando, conseguí...

—Una matriz —adivinó Scharley—. Eso está claro. Una saliente encaja en una forma hueca como el padre en la madre. Os escucho, señor Von Gutenberg.

—En las matrices huecas —mostró el bachiller— puedo con ayuda del arte de fundidor formar tantos caracteres, o sea letras, como quiera. Oh, he aquí, mirad. Las letras, cuyos cubos encajan los unos con los otros idealmente, las coloco... en el orden apropiado... en este marco... El marco es pequeño, sólo para demostraciones, mas por lo general, veis, es del tamaño de la página del futuro libro. Como veis, decido la longitud de la línea. Coloco unas cuñas para conseguir unos márgenes regulares. Aprieto el marco con unas varas de hierro para que no se me desbarate todo... Lo embadurno de tinta, de la misma que usáis aquí... ¿Podéis ayudarme, señor Unger? Lo coloco todo bajo la prensa... Sobre ello una hoja de papel... Señor Unger, el tornillo... Y he aquí, listo.

Sobre el papel, exactamente en el centro, impreso con claridad y limpieza, se veía:

*IUBILATE DEO OMNIS TERRA
PSALMUM DICITE NOMINI EUIS^[148]*

—El salmo sesenta y cinco. —Justus Schottel dio una palmada—. ¡Cómo vivo!

—Estoy impresionado —reconoció Scharley—. Muy impresionado, señor Gutenberg. Y aún lo estaría más si no fuera por el hecho de que debiera ser *dicite nomini eius* en vez de *euis*.

—¡Ja, ja! —Al bachiller se le iluminó el rostro de la misma forma que a un colegial al que le ha salido una broma—. ¡A propósito lo hice! Cometí a conciencia un error de cajista, es decir, de composición. Para demostrar, mirad si no, con qué facilidad se pueden ejecutar correcciones. Saco la letra falsamente colocada... La coloco en su lugar adecuado... El tornillo, señor Unger... Y he aquí el texto corregido.

—*Bravo* —dijo Sansón Mieves—. *Bravo, bravissimo*. Ciertamente, es impresionante.

No sólo Gutenberg, sino también Schottel y Unger se quedaron con la boca abierta. Estaba claro que se habrían asombrado menos si hubiera hablado de pronto el gato, la estatua de San Lucas que había en el patio o el pintado Sebastián de enorme zurriago.

—Las apariencias —Scharley explicó, carraspeando— a veces engañan. No sois los primeros.

—Y con toda seguridad, tampoco los últimos —añadió Reynevan.

—Perdón. —El gigante extendió las manos—. No pude evitar caer en la tentación... Siendo, lo queramos o no, testigos de un hallazgo que cambiará la faz de la época.

—¡Ja! —El rostro de Gutenberg se iluminó, como todo artista gustoso del halago, aunque fuera emitido por un ogro de aspecto idiota cuya cabeza alcanzaba el techo—. ¡Así será precisamente! ¡Y no de otro modo! ¡Porque imaginaos, nobles señores, libros doctos a decenas, y puede que alguna vez, por mucho que hoy suene ridículo, hasta en centenas! ¡Sin tener que copiarlos cansinamente y durante largos años! ¡La sabiduría humana impresa y accesible! ¡Sí, sí! Y si vos, nobles señores, apoyáis mi hallazgo, os prometo que precisamente vuestra villa, la hermosa Swidnica, será famosa por todos los siglos de los siglos como el lugar en el que se encendió la lámpara de la ciencia. Como lugar desde el que la ciencia se extendió a todo el mundo.

—Ciertamente —enunció al cabo Sansón Mieves con su voz amable y tranquila—. Lo veo con los ojos del espíritu. Una producción masiva de papel densamente cubierto de letras. Cada papel en cientos, y algún día, por muy ridículo que hoy suene esto, puede que hasta en miles de ejemplares. Todo reproducido multitud de veces y de fácil acceso. Mentiras, habladurías, calumnias, pasquines, denuncias, falsa propaganda y demagogia halagando al populacho. Toda maldad ennoblecida, toda nimiedad oficializada, toda mentira hecha verdad. Toda porquería, virtud; todo innoble extremo, revolución progresista; todo ocioso eslogan, sabiduría; toda

bagatela, valores. Toda estupidez, reconocida; todo idiota, coronado. Porque todo estará impreso. Está en el papel, así que tiene poder, así que es de obligado cumplimiento. Fácil será comenzar esto, señor Gutenberg. Y desarrollarlo. ¿Mas detenerlo?

—Dudo que exista la necesidad —intervino Scharley con seriedad—. Siendo como soy más realista que tú, Sansón, no le auguro tanta popularidad al invento. E incluso si se llegara de hecho al resultado por ti profetizado, habrá cómo detenerlo. De modo simple como un cubo. De la forma más común y corriente, se creará un índice de libros prohibidos.

Gutenberg, quien no hacía mucho estaba radiante, se apagó. Tanto que a Reynevan le dio pena.

—No le auguráis entonces a mi hallazgo futuro alguno —afirmó al cabo con voz de ultratumba—. Con verdadero entusiasmo de inquisidor perseguisteis su lado más oscuro. E igualmente como inquisidores menospreciasteis sus más claras virtudes. Luminosas. Las más luminosas. Puesto que también se podrá imprimir y de este modo propagar con amplitud la Palabra de Dios. ¿Qué respondéis a ello?

—Respondemos —los labios de Scharley se torcieron en una sonrisilla burlona— como los inquisidores. Como los padres conciliares. ¿Qué, señor Gutenberg, que no sabéis qué es lo que proclamaron en lo tocante a esto los padres conciliares? La *sacra pagina* ha de ser privilegio de los clérigos, puesto que sólo ellos son capaces de entenderla. Fuera de ella las zarpas de los seglares.

—Os burláis.

Reynevan también pensaba lo mismo. Porque Scharley, al seguir hablando, no escondió ni su sonrisa burlona ni su tono irónico.

—A los seglares, incluso a aquéllos que muestran un punto de razón, les basta con los sermones, las lecciones, el evangelio del domingo, las citas, cuentos y moralidades. Y aquéllos completamente pobres de espíritu habrán de conocer las Escrituras con teatrillos, milagros, pasiones y vía crucis, cantando laudes y mirando las imágenes y las esculturas de las iglesias. ¿Y vos queréis imprimir las Sagradas Escrituras y dárselas al vulgo? ¿Y puede incluso que hasta traducida del latín a la lengua vulgar? ¿Para que todo el mundo pueda leerla e interpretarla a su modo? ¿Querriais que se llegara a ello?

—No tengo que quererlo en absoluto —respondió Gutenberg con serenidad—. Porque a ello ya se ha llegado. Y no muy lejos de aquí. En Bohemia. Y sea como sea como vaya discurriendo la historia, nada cambiará ya el hecho ni sus consecuencias. Lo queráis o no, estamos a las puertas de una reforma.

Cayó el silencio. A Reynevan le parecía como si estuviera fluyendo una corriente fría. Desde el otro lado de la ventana, desde el monasterio de los dominicos situado a un tiro de piedra, donde residía la Inquisición.

—Cuando quemaron a Hus en Constanza —Unger se atrevió a romper el largo silencio—, se dice, vieron volar desde el humo y las cenizas a una paloma. Se dice: presagio. Viene un nuevo profeta...

—Y porque estos tiempos son —estalló de pronto Justus Schottel— en que cualquiera puede coger, escribir no sé qué tesis y clavarlas, su puta madre, a las puertas de alguna iglesia. Sope, Lutero, sope, fuera de la mesa, gato sinvergüenza.

Volvió a reinar un silencio en el que sólo se oían los ronroneos llenos de satisfacción del gato Lutero.

Scharley quebró el silencio.

—Me cago en los dogmas, doctrinas y reformas —dijo—, mas afirmo que una cosa me gusta, una idea me alegra enormemente. Si vuesa merced imprime libros con su invento, al poco las gentes comenzarán a aprender a leer sabiendo que hay qué leer. Puesto que no sólo la demanda crea la oferta sino también *tríce versa*. Al principio ciertamente fue la palabra, *in principio erat verbum*. La precondition es clarísima: que la palabra, o sea, el libro, fuera más barato, no ya que una baraja de cartas, sino que una garrafa de vodka, puesto que es una cuestión de elección. Resumiendo: ¿sabéis qué, señor Gutenberg? Dejando a un lado sus desventajas, tras una profunda reflexión llego a la conclusión de que al fin y al cabo este invento vuestro puede hacer época.

—Me lo has quitado de los labios, Scharley —dijo Sansón Mieles—. Me lo has quitado de los labios.

—Entonces —el rostro del bachiller se iluminó de nuevo— no querriais patrocinar...

—No —lo cortó Scharley—. No quiero. Época puede hacer cuanta quiera, mas yo aquí, señor Gutenberg, llevo un negocio.

Capítulo decimosexto

En el que Reynevan, noble como Perceval e igual de tonto, se lanza al rescate y se planta en defensa de alguien. Como resultado, toda la compañía se ve obligada a escapar. Y muy deprisa.

—*Basilicus super omnes* —dijo Reynevan—. *Annus cyclicus. ¿Voluptas? Sí, voluptas, seguro. Voluptas papillae. De sanctimonia et... Expeditione hominis*^[149]. ¡Sansón!

—¿Sí?

—*Expeditione hominis. O positione hominis.* En el papel quemado. El de Powojowice. ¿Te dice algo?

—*Voluptas papillae...* Oh, Reinmar, Reinmar.

—¡Te he preguntado que si te dice algo!

—No. Por desgracia. Mas estoy pensando en ello todo el tiempo.

Reynevan no dijo nada, aunque pese a su aseveración Sansón Mielles parecía menos pensar que dormirar en la silla de su espigado valaco de color gris rata, un caballo que le había conseguido Justus Schottel, el swidnicano maestro del grabado, siguiendo la lista de Scharley.

Reynevan suspiró. Completar los pertrechos requeridos había costado más de lo previsto. En vez de tres, hubieron de pasar cuatro largos días en Swidnica. El demérito y Sansón no se quejaron, antes al contrario, estaban verdaderamente contentos de poder andurrear por las famosas bodegas de la ciudad y de poder investigar concienzudamente la calidad de la cerveza de marzo de aquel año. Reynevan, sin embargo, al que por causa de la conspiración se le había desaconsejado el andar por las tabernas, se aburría en el taller en compañía del aburrido Simón Unger, se enfadaba, se impacientaba, amaba y echaba de menos. Contaba meticulosamente los días separado de Adela y por nada en el mundo le salían menos de veintiocho. ¡Veintiocho días! ¡Casi un mes! Recapacitaba acerca de si Adela sería capaz de resistirlo y de qué forma.

Al quinto día por la mañana la espera llegó a su fin. Despidiéndose de los xilografistas, los tres peregrinos dejaron Swidnica, junto a la Puerta Baja se unieron a una larga columna de otros viajeros que iban a caballo, a pie, cargados, empaquetados, conduciendo vacas y ovejas, tirando de carros, empujando carretillas, montados en vehículos de los más diversos tipos y aspectos. Sobre la columna se elevaba tanto un apestoso mal olor como el espíritu de empresa.

A la lista de pertrechos de Scharley, Justus Schottel había añadido por propia iniciativa un buen montón de ropas, muy distintas, aunque a todas luces caóticamente recogidas. De este modo los tres tuvieron oportunidad de cambiarse de vestido.

Scharley aprovechó la ocasión de inmediato y ahora se presentaba con dignidad, es más, hasta con aspecto castrense, vestido con un *haqueton* de piqué que llevaba unas marcas de armadura oxidadas y que imponían respeto. La digna ropa transformó también de forma casi mágica al propio Scharley: al librarse del excéntrico ropaje de demérito, se libró también de sus excéntricas maneras y sus salidas de tono. Ahora estaba sentado bien derecho sobre su hermoso caballo, apoyaba el puño en la cadera y contemplaba a los mercaderes que iban pasando con una mueca marcial, digna si no de un Gawain, al menos de un Gareth.

Sansón Mieles también había transformado su aspecto, aunque en los paquetes despachados por Schottel no fue fácil encontrar algo que le viniera bien al gigante. Por fin consiguieron sustituir la monacal túnica de tela de saco por una jorrea corta y una capucha cortada en diente de gato a la moda. Eran unos ropajes tan populares que Sansón dejó, dentro de lo que era posible, de resaltar entre la multitud. Ahora, en el grupo de otros viajeros, todo el que los miraba no veía nada más que a un noble en compañía de un bachiller y de su servicio. Al menos ésa era la esperanza de Reynevan. Contaba también con que Kirieleisón y su banda, incluso si se habían enterado de que le acompañaba Scharley, preguntarían por dos viajeros y no por tres.

El propio Reynevan, al librarse de sus ropas destrozadas y no demasiado limpias, había escogido dentro de la oferta de Schottel unos estrechos pantalones y un jubón de lino con una parte delantera guateada a la moda, lo que le daba una silueta un tanto de pájaro. El conjunto estaba completado por una boina como la que solían llevar los estudiantes, como por ejemplo su reciente conocido Juan von Gutenberg. Resultaba curioso que Gutenberg se convirtiera en causa de una discusión, la cual, sorprendentemente, no giraba en torno al hallazgo de la imprenta. La carretera de la Puerta Baja, que discurría desde Rychbach por el valle del río Pilawa, era parte de la importante ruta comercial Nysa-Dresde, y como tal era muy frecuentada. Tanto, que el hecho comenzó a molestar la sensible nariz de Scharley.

—Los señores inventores —masculló el demérito, al tiempo que espantaba las moscas—, como el señor Gutenberg *et consortes*, ya podrían por fin hallar algo práctico. Algo como, pongamos, otros medios de transporte. Algún *perpetuum mobile*, algo que se mueva por sí mismo, sin necesidad de depender de caballos y bueyes, como éstos de aquí, que nos están demostrando sin pausa las enormes capacidades de sus tripas. Ah, en verdad os digo, sueño con algo que se mueva por sí mismo sin ensuciar al mismo tiempo el medio ambiente. ¿Qué, Reinmar? ¿Sansón? ¿Eh? ¿Qué dices tú a esto, filósofo venido del otro mundo?

—Algo que viaje solo y no apeste. —Sansón Mieles reflexionó—. Que se mueva solo y no ensucie los caminos ni envenene el ambiente. Ja, ciertamente, no es fácil dilema. La experiencia me dicta que los inventores lo resolverán. Mas sólo en parte.

Puede que Scharley tuviera intenciones de preguntar al gigante por el sentido de

sus palabras, sin embargo se lo impidió un jinete, un zarrapastroso que iba sin silla sobre una delgada yegua, el cual galopó a toda velocidad hacia la cabeza de la columna, dejándolos atrás. Scharley sujetó a su caballo, que se había espantado, amenazó al zarrapastroso con el puño y le escupió una serie de invectivas. Sansón se puso de pie en los estribos, miró hacia atrás, hacia el lugar del que provenía el zarrapastroso. Reynevan, que ya había acumulado suficiente experiencia, sabía lo que iba a ver.

—Al ladrón se le quema el culo —adivinó—. Alguien ha espantado a ese fugitivo. Alguien que viene desde la ciudad...

—... y está examinando con atención a todos los viajeros —terminó Sansón—. Cinco... no, seis hombres armados. Algunos tienen un escudo en las almillas. Un pájaro negro con las alas extendidas...

—Conozco ese escudo...

—¡Yo también! —gritó Scharley, tirando de las riendas—. ¡Dadles a los caballos! ¡Detrás de la yegua! ¡Aprisa! ¡A reventar!

Cuando estuvieron ya cerca de la cabeza de la columna, en el lugar donde el camino se introducía en un oscuro hayedo, doblaron hacia el bosque, al cabo de un rato se escondieron entre los arbustos. Y vieron cómo a ambos lados del camino, observando a todos, examinando escrupulosamente los carros y bajo las lonas de los furgones, venían cabalgando seis jinetes. Stefan Rotkirch. Dieter Haxt. Jens von Kobelsdorf, llamado el Buho. Además de Wittich, Morold y Wolfher Sterz.

—Sí... —dijo Scharley alargando las sílabas—. Sí, Reinmar. Te creías que eras un sabio y que el resto del mundo estaba poblado por tontos. Te informo con pesar de que era una suposición errónea. Porque el mundo entero te conoce ya a ti y tus intenciones, tan fáciles de prever. Sabe que te diriges a Ziebice, donde está tu amorcito. Así que si comienzas a albergar dudas, si comienzas a buscarle el sentido a tu viaje a Ziebice, no te fatigues pensando. Yo te lo diré: no lo tiene. Ninguno. Tu plan es... Permíteme que busque la palabra adecuada... Humm...

—Scharley...

—¡Ya la tengo! Absurdo.

La disputa fue corta, agria y sin resultado ninguno. Reynevan siguió sordo ante la lógica de Scharley. A Scharley no le conmovieron las nostalgias amorosas de Reynevan. Sansón Mielles se abstuvo de tomar partido.

Reynevan, cuyo pensamiento se hallaba obnubilado completamente por el cálculo de los días de alejamiento de su amada, presionó, por supuesto, para que continuaran el viaje a Ziebice, o bien siguiendo a los Sterz o bien haciendo intentos para adelantarlos, por ejemplo, cuando se pararan a aprovisionarse, lo más seguro en los alrededores de Rychbach o incluso en la propia población. Scharley estaba decididamente en contra. La muestra de ostentación dada por los Sterz, afirmó, sólo

podía atestiguar una cosa.

—Ellos —explicó— tienen por tarea precisamente el espantarte en dirección a Rychbach y Frankenstein. Y allí ya están esperando Kirieleisón y De Barby. Créeme, muchacho, ésa es la forma normal de capturar a un fugitivo.

—¿Entonces cuál es tu propuesta?

—Mis propuestas —Scharley señaló a su alrededor con un amplio gesto— las limita la geografía. Aquella cosa grande, cubierta de nubes, a oriente, es, como sabes el monte Sleza. Por su parte, lo que se alza allá son las Góry Sowie, las Montañas de la Lechuza, aquélla grande es el monte llamado la Lechuza Grande. Junto a la Lechuza Grande hay dos pasos, Walimska y Jugowska, desde allí nos pondríamos en un abrir y cerrar de ojos en Bohemia, en Broumovo.

—Bohemia, como ya dijiste, es peligrosa.

—En este momento —Scharley le respondió con voz fría—, el mayor riesgo eres tú. Y los perseguidores que te siguen los talones. Reconozco que lo que más me gustaría ahora sería ir precisamente a Bohemia. Desde Broumovo iría a Klodzko, de Klodzko a Moravia y a Hungría. Mas tú, sospecho, no vas a renunciar a Ziebice.

—Bien sospechas.

—En fin, tendremos que renunciar a las seguridades que nos proporcionarían los pasos.

—Ésa sería —intervino inesperadamente Sansón Miele— una seguridad bastante relativa. Y difícil de alcanzar.

—Eso es un hecho —se mostró de acuerdo el demérito con serenidad—. No es que se trate de la zona más segura del mundo. En fin, entonces nos dirigiremos a Frankenstein. Mas no por la carretera, sino a los pies del monte, por los límites de los bosques del paso de Silesia. Alargamos el camino, vagabundaremos un tanto por despoblado, ¿mas qué es lo que nos queda si no?

—¡Caminar por la carretera! —estalló Reynevan—. ¡Detrás de los Sterz! Llegarse a ellos y...

—Ni tú mismo —lo cortó con fuerza Scharley— te crees lo que hablas, muchacho. Porque no quieres caer en sus zarpas. De ninguna manera.

Así que cabalgaron, al principio a través de hayedos y robledales, luego por sendas, luego por fin por caminos que se retorcían entre las colinas. Scharley y Sansón platicaban en voz baja. Reynevan guardaba silencio y reflexionaba sobre las últimas palabras del demérito.

Scharley demostró de nuevo que sabía, si no leer los pensamientos, al menos adivinar sin errores lo que se pensaba partiendo del contexto conocido. Ciertamente, la vista de los Sterz despertó en Reynevan de inmediato una rabia y una salvaje sed de venganza, estaba dispuesto a lanzarse casi de inmediato tras ellos, esperar a la noche, emboscarse y rajarles la garganta estando dormidos. Lo detenían sin embargo

no sólo la razón, sino también un miedo paralizante. Algunas veces se había despertado bañado en frío sudor, arrancado de un sueño en el que lo atrapaban y lo arrastraban a la sala de torturas de la mazmorra de los Sterz. En lo que se refiere a las herramientas allí reunidas, el sueño era aterradoramente concreto. Cuando Reynevan recordaba aquellas herramientas, le sobrevenían alternativamente olas de calor y de frío. Ahora también le recorrían la espalda unos espasmos y el corazón se le detenía todas las veces que a los bordes del camino aparecían oscuras siluetas que sólo después de una mirada más atenta resultaban ser no los Sterz, sino unos enebros.

El asunto empeoró aún más cuando Scharley y Sansón cambiaron de tema de conversación y comenzaron a disertar acerca de la historia de la literatura.

—Cuando el trovador Guillermo de Cabestaing —dijo Scharley, mirando significativamente a Reynevan— sedujo a la mujer del señor de Château-Rousillon, dicho caballero ordenó matar al poeta, lo descuartizó, mandó al cocinero que friera el corazón y se lo dio a comer a la esposa infiel. Ella, después, se tiró de la torre.

—Eso es por lo menos lo que cuenta la leyenda —respondió Sansón Miel con un aire erudito que, conjuntado con su aspecto de imbécil, dejaba perplejo—. No siempre se puede dar crédito a los señores trovadores, puesto que sus estrofas acerca de éxitos amorosos con damas casadas a menudo son muestra de sus deseos y sueños, y sólo más raramente escenifican hechos reales. Un ejemplo es digamos Marcabré, al cual, pese a clarísimas sugerencias, con toda seguridad nada le unía a Leonor de Aquitania. También muy exagerados son, en mi opinión, los amoríos de Bernardo de Ventadorn con la señora Alaiz de Montpellier y los de Raúl de Coucy de Champaña cuando se enorgullece de Blanca de Castilla. Y también Arnold de Mareil, según sus propias palabras, amante de Adelaida de Béziers, favorita del rey de Aragón.

—Aquí puede ser —concedió Scharley— que el trovador fantaseara, puesto que la cosa terminó en que lo expulsaron del palacio. Si hubiera habido en la poesía una pizca de verdad, el asunto habría podido tener un final más triste. O si el rey hubiera sido más apasionado. Como el señor de Saint Gilés. Éste, por una *canzone* ambigua a su mujer, ordenó que le cortaran la lengua al trovador Pedro de Vidal.

—Según la leyenda.

—¿Y el trovador Giraud de Corbeilh, arrojado desde lo alto de la muralla de Carcassonne, es también una leyenda? ¿Y Gaucelm de Pons, envenenado por causa de cierta hermosa casada? Di lo que quieras, Sansón, mas con mucho no ha sido todo cornudo tan majadero como el marqués de Montferrat, el cual, hallando en su jardín a su mujer durmiendo en brazos del trovador Raimbaut de Vaqueyras, los cubrió a ambos con su capa para que no se enfriaran.

—Era su hermana, no su mujer. Pero lo demás es cierto.

—¿Y lo que le sucedió a Daniel Carret por ponerle los cuernos al barón de Faux? El barón lo mató por medio de unos esbirros a sueldo, mandó hacer una copa con su

calavera y ahora bebe en ella.

—Todo es verdad. —Sansón Mieles asintió—. Sólo que no era un barón, sino un conde. Y no lo mandó matar, sino empujar. Y se hizo no una copa, sino una bolsita decorada. Para su sello y para el dinero suelto.

—¿Una... —Reynevan tragó saliva—... bolsita?

—Una bolsita.

—¿Por qué te has puesto tan blanco de pronto, Reinmar? —Scharley fingió preocuparse por él—. ¿Qué te pasa, estás enfermo? Al cabo, siempre dijiste que un gran amor exige sacrificio. Se le dice a la elegida: te quiero más que a los reinos, a los cetros, más que a la salud, más que a una larga vida... ¿Y una bolsita? Una bolsita es una nimiedad.

Precisamente en el momento en que procedente de una pequeña iglesia que no estaba muy lejos —por lo que dijo Scharley, en una aldea llamada Lutomia— les llegaba el sonido de una campana, Reynevan, que iba en cabeza, se detuvo, alzó la mano.

—¿Habéis oído?

Estaban en un cruce, delante de una cruz torcida y de una figurilla a la que la lluvia había alterado hasta convertirla en un ídolo deforme.

—Son los vagantes —afirmó Scharley—. Están cantando.

Reynevan negó. Los sonidos que les llegaban desde una garganta que se perdía en un bosque no recordaban en absoluto ni a *Tempus est iocundum*^[150], ni a *Amor tenet omnia*^[151], ni a *In taberna quando sumus*^[152], ni a ninguna otra de las populares canciones de los goliardos. Las voces que escuchaban no recordaban en nada a las voces de los vagantes que les habían adelantado no hacía mucho. Más bien recordaban...

Acarició con la mano el arriaz de su espada, otro de los regalos que habían obtenido en Swidnica. Y luego se inclinó en la silla y espoleó al caballo. Al trote. Y luego al galope.

—¿Adónde vas? —gritó Scharley tras él—. ¡Detente! ¡Detente, diablos! ¡Nos vas a meter en un lío, idiota!

Reynevan no le hizo caso. Se introdujo en la encañada. Y al otro lado de la encañada, en una pradera, se estaba desarrollando una lucha. Allí había un tiro, dos potentes caballos y un furgón cubierto con un lienzo negro y alquitranado. Junto al furgón había como unos diez hombres a pie vestidos con brigantinas, almófares de malla y capelinas y provistos con armas de madera, los cuales estaban atacando a dos caballeros con un encarnizamiento propio de perros. Los caballeros se defendían. Encarnizadamente. Como jabalís acorralados.

Uno de los gentilhombres, a caballo, estaba completamente cubierto con una armadura de placas, inmerso en acero de los pies a la cabeza, es decir, desde el

crestón de la celada hasta los puntiagudos zapatos herrados. Los picos de las lanzas y azagayas barreaban por encima de su peto, tintineaban sobre sus quijotes y grebas, sin introducirse en ninguna juntura. Como no podían hacerle nada al jinete, los asaltantes la emprendieron con el caballo. No lo pincharon, intentaron no herirlo, al fin y al cabo un caballo costaba mucho dinero, pero le golpeaban con las maderas donde podían, contando con que el animal, al encabritarse, echaría a tierra al caballero. Efectivamente, el caballo se encabritó, agitó la testa, relinchó y mordió su freno, rebosante de espuma. Enseñado como estaba a luchar, mientras hacía ésto se retorció y daba coces, dificultando el acceso a su amo y a él mismo. El caballero, sin embargo, se balanceaba tan enérgicamente sobre la silla que era de maravillarse el que siguiera sentado en ella.

Los peones habían conseguido desmontar al otro caballero, quien también iba completamente armado. Ahora se estaba defendiendo con saña, apoyado en el furgón negro. No llevaba yelmo y bajo la capucha, que se había deslizado, se agitaban unos cabellos claros, largos, manchados de sangre. Bajo unos bigotes igualmente rubios rebrillaban sus dientes. A los que lo estaban atacando los repelía con los golpes de un chafarote que sujetaba con las dos manos. La espada, tan larga como pesada, se movía en las manos del caballero como si fuera el espadín de adorno de algún cortesano. El arma no sólo tenía un aspecto terrible: la embestida de los atacantes era entorpecida por tres heridos que yacían ya en el suelo, aullando de dolor e intentando echarse a un lado. El resto de los atacantes mostraba respeto, sin acercarse, e intentaban picar al caballero desde una distancia segura. Sin embargo, incluso si sus punzadas acertaban, si no eran repelidas por la pesada hoja del chafarote, sus filos resbalaban por la coraza.

La observación de estos acontecimientos, cuya descripción nos ha obligado a emplear estas cuantas líneas, a Reynevan no le ocupó más de un segundo. Tuvo ante sus ojos lo que todo el mundo hubiera visto: dos caballeros andantes en apuros, asaltados por una horda de golfines. O bien: dos leones acosados por las hienas. O bien: Roldan y Florismarte plantando batalla al moro superior en número. De modo que Reynevan se sintió en un instante como Oliver. Gritando, desembanastó su espada, atizó al caballo con los talones y se lanzó al rescate sin hacer caso en absoluto a los gritos de advertencia ni a las maldiciones de Scharley.

Por muy loco que estuviera, la ayuda no llegó ni un segundo demasiado pronto. El atacado caballero se había caído del caballo con un estampido como si hubieran lanzado un cazuela de cobre desde lo alto de un campanario. Por su parte, el rubio del chafarote, que era mantenido junto al carro por las armas de los atacantes, no podía ayudarle más que con unas terribles blasfemias con las que regó a éstos generosamente.

Y a esto que apareció Reynevan. Con su caballo espantó y tumbó a los que

rodeaban al jinete derribado. A uno, de grises bigotes, que no se dejaba abatir, le asestó un tajo, su espada tintineó sobre la capelina. La capelina cayó y el de los bigotes grises se dio la vuelta, frunció el ceño en una mueca amenazadora y, tomando impulso, golpeó a Reynevan con la alabarda, de cerca, aunque por suerte sólo con el asta. Mas Reynevan cayó igualmente del caballo. El de los bigotes grises saltó hacia él, se echó encima, lo agarró del cuello. Y echó a volar. En sentido literal. Pues tanta había sido la fuerza con que el puño de Sansón Mieles le había golpeado en la sien. Al punto se echaron otros sobre Sansón, el gigante se encontró rodeado. Tomó del suelo la alabarda, al primer atacante lo golpeó de plano en la capelina de tal modo que el gorro de hierro salió planeando y el hombre cayó como de través. Sansón agitó el arma, la hizo girar en molinetes como si fuera una caña, abriendo un espacio a su alrededor, en torno a Reynevan y el caballero caído. El caballero había perdido la celada al caer, de la gola que le cubría el cuello surgía un rostro joven, ruboroso, una nariz como una patata y unos ojos verdes.

—¡Esperad, gorrinos inmundos! —gritó con una extraña voz de soprano—. ¡Os voy a enseñar, comemierdas! ¡Por el cráneo de Santa Sabina! ¡Os vais a acordar de mí!

En socorro del blondo que estaba en situación desesperada, defendiéndose junto al carro, acudió Scharley. El demérito, con un estilo verdaderamente acrobático, a pleno galope, alzó la espada arrojada por alguien, expulsó a los de a pie dando tajos a diestro y siniestro con una maestría digna de admiración. El blondo, al que en el acoso junto al carro le había quitado de las manos el chafarote, no perdió el tiempo buscándolo por el suelo, se lanzó al remolino de la lucha con los puños.

Pareciera que la inesperada ayuda hubiera hecho inclinarse la balanza al lado de los atacados, cuando tronaron los cascos de unos caballos y en el campo entraron a pleno galope cuatro jinetes con armaduras pesadas. Incluso si Reynevan tuvo dudas por un instante, los gritos triunfales de los soldados las disolvieron, lanzándose con renovada fuerza a la lucha al ver la llegada de los refuerzos.

—¡Cogedlos vivos! —gritó desde detrás de su visera el jefe de los de las armaduras, quien llevaba en el escudo tres peces de plata—. ¡Quiero vivos a esos bellacos!

La primera víctima de los recién llegados fue Scharley. Ciertamente el demérito evitó con destreza los golpes de un hacha de guerra saltando de la silla, mas en la tierra lo dominaron los peones por la fuerza de su número. Sansón Mieles se apresuró a ir en su ayuda, atizando a diestro y siniestro con su alabarda. El gigante no se apartó del caballero que se llegaba a él con un hacha, golpeó a su rocín en la testera que le cubría la cabeza, con tanta fuerza que la alabarda se quebró con un chasquido. Pero el caballo lanzó un chillido y cayó de rodillas, al jinete lo arrancó de la silla el blondo. Ambos comenzaron a forcejear, abrazados como dos osos.

Reynevan y el jovenzuelo caído del caballo estaban ofreciendo una resistencia encarnizada a los otros hombres de armadura, dándose ánimos con fuertes gritos, maldiciones e invocaciones a los santos. Sin embargo, resultaba evidente que la situación era desesperada. Nada apuntaba a que los atacantes, en su fervor, recordaran las órdenes de aprehenderlos vivos. A incluso si así fuera, Reynevan ya se veía en el cadalso.

Mas la fortuna les fue aquel día benigna.

—¡Atacad, en nombre de Dios! ¡Matad, los que en Dios creáis!

Entre el trápala y los piadosos gritos de batalla se acercaron nuevas fuerzas a la lucha: tres pesados jinetes más, completamente armados y con yelmos de picuda visera del tipo llamado *hundsgugeln*, capucha de perro. No cabía preguntar de qué parte estaban. Uno tras otro, los tajos de las largas espadas dejaban tendidos en la arena regada de sangre a los peones con sus capelinas. El caballero de los peces en el escudo, habiendo recibido un potente tajo, se tambaleó en su silla. El segundo lo cubrió con su escudo, lo sujetó, aferró al caballo por las riendas, los dos se lanzaron al galope, huyendo. El tercero también quiso huir, pero recibió un golpe de espada en la cabeza y cayó bajo los cascos del caballo. Los peones más valientes intentaban defenderse con sus lanzas, pero cada dos por tres alguno soltaba el arma y se perdía en el bosque.

Para entonces el blondo ya había derribado a su contrincante con un potente golpe del puño envuelto en su guantelete metálico. Cuando el otro intentaba levantarse, lo sujetó poniéndole un pie sobre el hombro, cuando consiguió sentarse pesadamente, el blondo miró a su alrededor buscando algo con que aporrearlo.

—¡Cógelo! —le gritó uno de los caballeros armados—. ¡Cógelo, Rymbaba!

El blondo llamado Rymbaba agarró al vuelo el martillo de combate que le habían lanzado, un pavoroso *martel de fer*, golpeó al que intentaba incorporarse con una fuerza que hasta sonó un estampido, una vez, dos veces, luego una tercera. La cabeza de la víctima cayó, la sangre que salía de bajo la chapa se derramó abundante sobre el gorjal y el peto. El blondo se puso de pie con las piernas abiertas sobre el herido y golpeó otra vez.

—¡Dios! —resopló—. Cómo me gusta este trabajo...

El jovencito de la nariz de patata carraspeó, escupió sangre. Luego se enderezó, sonrió con los labios ensangrentados y le tendió la mano a Reynevan.

—Gracias por el socorro, joven señor. ¡Por la tibia de San Afrodisio que no olvidaré esto! Me llamo Kuno von Wittram.

—Y a mí —el blondo tendió la derecha a Scharley— que me despellejen los diablos del Tártaro si olvidara la asistencia de vuesa merced. Soy Paszko Pakoslawic Rymbaba.

—Preparaos —ordenó uno de los acorazados, mostrando bajo su visera abierta un

rostro tostado y unas mejillas grises por el afeitado—. ¡Rymbaba, Wittram, coged a los caballos! ¡Aprieta, por Satanás!

—Oh, bah. —Rymbaba se inclinó y se limpió los mocos con los dedos—. ¡Fuyeron todos!

—Tornarán al poco —anunció uno de los que había llegado en auxilio, señalando al escudo con los tres peces—. ¿Acaso os habéis embriagado ambos dos de beleño para asaltar viajeros precisamente aquí?

Scharley, que estaba acariciándole los ollares a su castaño, le regaló a Reynevan una mirada que era muy, pero que muy significativa.

—Precisamente aquí —repitió el caballero—. ¡En las heredades de los Seidlitz! No lo perdonarán...

—No lo perdonarán —confirmó el tercero—. ¡A caballo, todos!

Unos gritos, relinchos, el sonido de unos cascos les llegaron por el camino y el bosque. Entre helechos y tocones aparecieron corriendo unos alabarderos, por el camino venían a toda prisa unos cuantos jinetes, caballeros con armadura y ballesteros.

—¡Pies en polvorosa! —gritó Rymbaba—. ¡Pies en polvorosa, si le tenéis estima a vuestros cuellos!

Se lanzaron al galope, perseguidos por los gritos y los silbidos de los primeros virotos de las ballestas.

No los persiguieron demasiado tiempo. Cuando los soldados de a pie se quedaron atrás, los caballeros aminoraron la marcha, no muy seguros a todas luces de su ventaja. Los ballesteros lanzaron una salva más tras de los fugitivos y así se acabó la persecución.

Para estar más seguros galoparon todavía un par de leguas, cambiaron de dirección, mirando a todos lados constantemente, entre colinas y bosques de arces. Nadie, sin embargo, los perseguía. Para dejar descansar a los caballos, se detuvieron en las inmediaciones de una aldea, junto a la última choza. Los lugareños, sin esperar a que les saquearan las casas y los corrales, les trajeron ellos mismos una cazuela de pieroguis y una tina de suero de leche. Los caballeros de rapiña, los *raubritter*, se sentaron en la valla. Comieron y bebieron en silencio. El más mayor, que se había presentado a sí mismo antes como Notker von Weyrach, miró largo rato a Scharley.

—Sí... —dijo por fin, lamiéndose los bigotes que se le habían manchado de suero—. Gente digna y brava sois, señor Scharley, y tú, joven señor Von Hagenau. Por cierto, ¿no seréis acaso descendiente del celeberrimo vate?

—No.

—Ajá. ¿De qué andaba yo...? Ah, de que bravos y bizarros sois. Y vuestro criado, mas que a primer vista cretino pareciera, valiente y esforzado es hasta el pasmo. Sí... Os apresurasteis en favor de mis muchachos. Y a causa dello vosotros

mismos os habéis metido en apuros, no os libraréis de embarazo. Os las habéis tenido con los Seidlitz, y ellos son vengativos.

—Cierto —confirmó otro caballero, con largos cabellos y bigotes como un siluro que se había presentado como Woldan de Osin—. Los Seidlitz son hideputas de especial cuidado. Todos los suyos. Es decir, lo mismo los Laasan. Y los Kurzbach. Todos ellos son rufianes rencorosos y bellacos infames... ¡Eh, Witram, eh, Rymbaba, cuidado que habéis jodido la cosa, así os lleve el demonio!

—Hay que pensar —les aleccionó Weyrach—. ¡Lo mismo el uno que el otro, pensar!

—Pues si pensé —masculló Kuno Wittram—. Aconteció así: miro, y veo un carro. Pienso a la sazón: ¿por qué no lo desplumamos? Una cosa lleva a la otra... ¡Puff, por la soga de San Dimas! Vos mismo sabéis cómo es esto.

—Lo sabemos. Mas se ha de pensar.

—¡Y también haber cuidado con la escolta! —añadió Woldan de Osin.

—No había escolta. Nomás que el carrero, un mozo de cola y uno a caballo con un bonete de castor, de seguro que el mercader. Salieron rielando. De modo que pensamos: los avíos son nuestros. Y al punto: como de debajo de la tierra asoman quince mastuerzos con alabardas...

—Lo dicho. Hay que pensar.

—¡Y es que tales tiempos corren! —Paszko Pakoslawic Rymbaba se enervó—. ¡A lo que hemos llegado! Un carro de mierda, mercancías por bajo la lona que valen lo más tres groshes y van y lo defienden como si fuera, con perdón, como si fuera el Santo Grial.

—Antaño tal no era —asintió el tercer caballero, que llevaba una melena negra cortada al estilo caballeresco, el del rostro tostado, no mucho mayor que Rymbaba y Wittram, llamado Tassilo de Tresckow—. Antaño, si se gritaba: «Quieto y suelta la bolsa», pues la soltaban. Y hogaño se defienden, lidian como diablos, como condotieros venecianos. ¡Todo ha ido a peor! ¿Cómo puede uno, en tales circunstancias, ejercer su profesión?

—No se puede —concluyó Weyrach—. Cada vez es más difícil nuestro *exercitium*, cada vez vida más dura, la de caballero de fortuna. ¡Hey!

—¡Hey! —lo secundaron en un triste coro los caballeros de rapiña—. ¡Heeeey!

—Por el estercolero —advirtió y señaló Kuno Wittram— anda hozando un puerco. ¿Lo apiolamos y nos lo llevamos?

—No —decidió al cabo Weyrach—. No perdamos tiempo.

Se levantó.

—Don Scharley —dijo—. Ciertamente indigno sería el dejaros solos en este trance. Los Seidlitz son rencorosos, de seguro que ya han puesto patrullas y controlan los caminos. De modo que os pido que vengáis con nosotros. A Kromolin, nuestra

sede. Allá están nuestros escuderos y muchos de los nuestros también. Nadie allá os amenazará ni burlará.

—¡Y que lo intenten! —Rymbaba se acarició sus rubios bigotes—. Venid con nosotros, don Scharley, venid. Porque en verdad os digo que me ayudasteis extraordinariamente.

—Tal y como a mí el joven señor Reinmar. —Kuno Wittram palmeó a Reynevan en la espalda—. ¡Lo juro por el barril de San Ruperto de Salzburgo! Venid entonces con nosotros a Kromolin. ¿Don Scharley? ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Entonces —Notker von Weyrach se desperezó—, en marcha, comitiva.

Cuando se estaba formando la columna, Scharley se quedó al final, llamó discretamente a Reynevan y a Sansón Mieles.

—El mencionado Kromolin —dijo en voz baja, mientras palmeaba a su castaño en el cuello— está cerca de Srebrna Góra, el Monte de la Plata, y de Stoszowica, junto a la llamada Sciezka Czeska, la Senda Bohemia, una ruta que lleva desde Bohemia a través del Przelec Srebrny, el Puerto de la Plata, hasta Frankenstein, al camino de Wroclaw. Así que nos viene bien el ir con ellos. Y es más seguro. Nos mantendremos a su lado. Cerrando los ojos a su proceder. En la desgracia no se puede elegir. Aconsejo mantener la prudencia y no hablar demasiado. ¿Sansón?

—Callo y me hago el tonto. *Pro bono commune*.

—Estupendo. Reinmar, acércate. Tengo algo que decirte.

Reynevan, que ya estaba sobre el caballo, se acercó, sospechando lo que le esperaba y lo que iba a escuchar. No se equivocó.

—Escúchame atentamente, idiota sin remedio. El mero hecho de tu existencia ya constituye una amenaza mortal para mí. No permitiré que acrecientes esta amenaza con tu estúpido comportamiento y tus heroicidades de cretino. No voy a comentar el hecho de que, al intentar ser caballeresco, resultaste ser un idiota, que te lanzaste a ayudar a unos ladrones y les auxiliaste en su lucha contra las fuerzas del orden. No voy a burlarme, Dios mediante, de que hayas aprendido algo de todo esto. Mas te prevengo: si otra vez haces algo parecido, te abandonaré a tu suerte, de una vez y para siempre. Recuérdalo, borrico, anótatelo, zopenco: nadie se va a lanzar a ayudarte a ti, pues sólo un idiota se lanza a ayudar a otros. Si alguien pide socorro, lo que hay que hacer es darse la vuelta y poner tierra por medio. Te prevengo: si en el futuro siquiera vuelves la cabeza en dirección a un pobre, una doncella en apuros, un niño maltratado o un perro apaleado, nos separamos. Juega luego al Perceval por tu propia cuenta y riesgo.

—Scharley...

—Silencio. Estás prevenido. Yo no bromeo.

Cabalgaban por unas praderas en medio del bosque, entre hierbas y flores que les

llegaban hasta los estribos. El cielo al oeste, cubierto por retazos de nubes, ardía con estrías de un ardiente púrpura. Se divisaba la oscura pared de las montañas y los negros bosques del puerto de Silesia.

Notker von Weyrach y Woldan de Osin, que iban a la vanguardia, cantaban himnos con aire serio y concentrado. De vez en cuando alzaban al cielo los ojos desde sus *hundsgugeln*, que llevaban alzados. Su cántico, aunque no muy alto, sonaba digno y adusto.

*Pange lingua gloriosi
Corporis mysterium
Sanguinisque pretiosi,
Quem in mundi pretium
Fructus ventris generosi
Rex effudit Gentium*^[153]

Algo más atrás, tan lejos como para no molestar con su propio canto, cabalgaban Tassilo de Tresckow y Scharley. Ambos, con bastante menos seriedad, cantaban un romance amoroso:

*So die bluomen iiz dem grase dringent,
same si lachen gegen der spilden sunnen,
in einem meien an dem morgen fruo,
und diu kleinen vogelln wol singent
in ir besten wise, die si kunnen,
¿waz wiinne mac sich da gelichen zuo*^[154]?

Detrás de los cantantes iban Sansón Mieles y Reynevan, cabalgando al paso. Sansón escuchaba, se balanceaba en la silla y murmuraba, estaba claro que conocía las palabras del minnesang y que —de no tener que guardar el incógnito— con gusto se habría unido al coro. Reynevan pensaba y pensaba en Adela. Sin embargo, era difícil concentrarse, puesto que Rymbaba y Kuno Wittram, que cerraban la comitiva, cantaban a voz en grito y sin pausa canciones picarescas y de borrachos. Su repertorio parecía ser inagotable.

Olía a humo y a paja.

*Verbum caro, panem verum
Verbo carnem efficit:*

*Fugue sanguis Christi merum,
Et si sensus déficit,
Ad firmandum cor sincerum
Sola fides sufficit*^[155].

La elevada melodía y los piadosos versos de Tomás de Aquino no engañaban a nadie, a los caballeros les precedía su reputación. A la vista de la recua salían corriendo las mujeres que recogían el heno, desaparecían como cervatillos las muchachas crecidas. Los leñadores huían ante sus golpes y los pastores llenos de miedo se escondían detrás de sus ovejas. Huyó, abandonando su carro, un peguero. Unos hermanos menores peregrinos alzaron sus hábitos hasta el culo y pusieron pies en polvorosa. No les hicieron efecto ninguno, pero ninguno, los poéticamente tranquilizadores versos de Walther von der Vogelweide.

*Nú wol dan, welt ir die wárheit schouwen,
;gen wir zuo des meien hóhgezíte!
Der ist mit aller siner krefte komen.
Seht an in und seht an werde frouwen,
wederz dá daz ander überstrite:
daz bezzer spil, ob ich daz han genomen*^[156].

Sansón Mielles tarareaba bajito, secundándoles. Mi Adela, pensaba Reynevan, mi Adela. Ciertamente, cuando por fin estemos juntos, cuando se termine esta separación, será tal y como las estrofas de Walther von der Vogelweide en las canciones que están cantando: vendrá el mayo. O como en los versos de ese otro poeta...

*Rerum tanta novitas
In solemni veré
Et veris auctoritas
Jubet nos gaudere*^[157]...

—¿Has dicho algo, Reinmar?

—No, Sansón. No he dicho nada.

—Ah. Mas no sé qué cosas raras murmurabas.

Ah, primavera, primavera... Y mi Adela más hermosa es que la primavera. Ah, Adela, Adela, ¿dónde estás, amada? ¿Cuándo por fin te verán mis ojos? ¿Cuándo

besaré tus labios? Tus pechos...

¡Aprisa, aprisa, adelante! ¡A Ziebice!

Me gustaría saber también, pensó de pronto, dónde está y qué está haciendo Nicoletta la Rubia.

Genitori, Genitoque

Laus et jubilatio,

Salus, honor, virtus quoque

Sit et benedictio^[158]...

Al final de la comitiva, invisibles tras de una revuelta del camino, gritaban, asustando a las fieras del campo, Rymbaba y Wittram.

Los curtidores puteros

el su culo le adobaron.

Los remendones rateros

con él zapatos montaron^[159].

Capítulo decimoséptimo

En el que en Kromolin, sede de los caballeros de rapiña, Reynevan traba conocencias, come, bebe, cose una oreja cortada y toma pane en una junta de la milicia angélica. Hasta que de pronto aparecen en Kromolin unos huéspedes completamente inesperados.

Desde el punto de vista de la estrategia y de la capacidad de defensa, el poblado de los de rapiña llamado Kromolin estaba localizado en un lugar óptimo: se alzaba sobre una isla formada por un brazo amplio y cenagoso del río Jatkowa. El acceso lo aseguraba un puente escondido entre sauces y mimbres, mas era fácil defender la entrada. Ello lo atestiguaban las barreras, los manteletes y las cuñas erizadas de pinchos que estaban preparados para, en caso de necesidad, cortar el camino. Incluso en la semioscuridad del ocaso se veían otros elementos de la fortificación: vallas y palos afilados clavados en las orillas del pantano. Junto a la misma entrada, el puente estaba además cerrado por una gruesa cadena, mas ésta fue retirada de inmediato por los soldados antes siquiera de que Notker von Weyrach tuviera tiempo de doblar la esquina. Indudablemente los habían advertido antes desde la torre de vigilancia que se elevaba por encima del bosque de alisos.

Entraron en la isla, entre chozas y cabañas cubiertas de tepe. El edificio principal, con aspecto de fortaleza, era, como resultó, un molino, mientras que lo que habían tomado por un brazo del río era el canal de moler. Las compuertas estaban alzadas, el molino funcionaba, la rueda crujía, el agua caía con un susurro, salpicando blanca espuma. Desde detrás del molino y de los tejados de paja de las chozas se percibía el relumbrar de múltiples fuegos. Se escuchaba una música, gritos, algarabía.

—Se solazan —imaginó Tassilo de Tresckow.

De detrás de las chozas apareció una muchacha risueña y con las ropas descompuestas, agitando su trenza y perseguida por un grueso monje bernardo. Ambos se acercaron a un establo desde el que al cabo de un instante se escucharon unas risas y unos chillidos.

—Vaya, vaya —murmuró Scharley—. Exactamente igual que en casa.

Pasaron una letrina oculta entre los arbustos pero que se delataba por su hedor, entraron en el zócalo, lleno de gente, iluminado por el fuego, pleno de música y bullicio. Se advirtió su presencia y al instante aparecieron junto a ellos unos cuantos pajes y escuderos. Desmontaron, al punto hubo quien se ocupó de los caballos. Scharley hizo una señal a Sansón con un guiño, el gigante suspiró y se alejó con el servicio, llevando con él a los animales.

Notker von Weyrach dio su yelmo al escudero, pero tomó la espada bajo la axila.

—Mucha gente vino —advirtió.

—Mucha —confirmó seco el escudero—. Y dicen que vendrá más.

—Vamos, vamos —los apremió Rymbaba frotándose las manos—. ¡Hambriento estoy!

—¡Cierto! —Kuno Wittram lo secundó—. ¡Y sed tenemos!

Pasaron al lado de una fragua que exudaba fuego crepitante, que apestaba a carbón y resonaba con el tintineo del metal. Unos cuantos herreros, negros como cíclopes, estaban sumidos en su trabajo, del que tenían en gran cantidad. Pasaron junto a un establo que había sido transformado en matadero. De las puertas, que estaban bien abiertas, se veían colgando por las patas unos cuantos cerdos y un gran buey. Precisamente a este último, al que acababan de abrir, le estaban sacando las entrañas y arrojándolas en un barreño. Delante del establo ardían unos fuegos sobre los que se tostaban cochinitos y carneros pinchados en unos palos. Calderos y cazuelas renegridos dejaban escapar vapores y olores deliciosos. Junto a ellos, sobre bancos, sentados a la mesa o simplemente tirados en el suelo, estaban los comensales. Una multitud de perros se retorció entre crecientes montañas de huesos mordisqueados y los iba royendo. De las ventanas y las lámparas del zaguán de una taberna escapaba la luz, se sacaban barriles de ella cada dos por tres y de inmediato los rodeaban los sedientos.

El zócalo rodeado de edificios estaba bañado por la parpadeante luz de unas teas ardientes. Andurreaban por allí muchas personas: villanos, pajes, criados, mozas, mercaderes, malabaristas, bernardos, franciscanos, judíos y gitanos. Y bastantes caballeros y escuderos, con armaduras y siempre con la espada al cinto o bajo la axila.

Las armas de los caballeros demostraban su estatus y sus riquezas. La mayor parte de ellos llevaba armadura completa y algunos hasta alardeaban portando los productos de los maestros armeros de Niremberg, Ausburgo e Innsbruck. Había también sin embargo quienes sólo podían permitirse una armadura incompleta y llevaban sobre la jacerina un peto, un gorjal, un espaldar o un faldar.

Pasaron junto al pósito, sobre cuyas escaleras estaba tocando un grupo de músicos vagabundos, chirriaban los rabeles, pitaban las chirimías, tronaba el bajo, entonaban las flautas y los cuernos. Los vagantes saltaban al ritmo de la música, con lo que las campanillas y los cascabeles que llevaban cosidos a sus ropas tintineaban. No muy lejos, sobre un podium de madera, bailaban algunos caballeros, si se podía llamar bailar a unos saltos y meneos que recordaban más bien al mal de San Vito. El estruendo que causaban sobre las tablas de madera casi sobrepasaba al de los rabeles y el polvo que levantaban se elevaba en una nube que taladraba las narices. Las mozas y los gitanos reían y chillaban en tonos aún más altos que las flautas de los goliardos.

En mitad del zócalo, sobre un enorme cuadrado de tierra apisonada que estaba

delimitado por teas en las esquinas, se estaban desarrollando diversiones más masculinas. Los caballeros vestidos con sus armaduras probaban sus habilidades mutuas en el uso de las armas así como la resistencia de sus blindajes. Tintineaban las hojas, tronaban los rompecabezas y las hachas al chocar contra los escudos, se oían las donosas maldiciones y los gritos de ánimo de los espectadores. Dos caballeros, de los que uno portaba la carpa dorada de los Glaubitz en su escudo, ejercitaban una diversión bastante peligrosa, puesto que no llevaban celada. El Glaubitz daba tajos con la espada, su contrario, protegiéndose con un broquel, intentaba encajar el arma entre los dientes de un rompespadas.

Reynevan se detuvo para contemplar la lucha, mas Scharley le tiró por el codo, indicándole que fuera tras los caballeros de rapiña, a los que a todas luces la comida y la bebida les interesaban más que los alardes de armas. Enseguida se encontraron en mitad del banquete y la fiesta. Gritando por encima del bullicio, Rymbaba, Wittram y De Tresckow saludaban a sus conocidos, intercambiaban apretones de manos y palmadas en la espalda. Al poco todos, incluyendo a Scharley y Reynevan, estaban sentados ya a la mesa, muy apretados, devoraban carne de cerdo y costillas de cordero y alzaban sus vasos para desearse salud, fortuna y que se nos diera bien. Despreciando algo tan insignificante y pequeño como un vaso, el muy sediento Rymbaba bebió hidromiel de una tina que albergaba al menos cuatro azumbres. La bebida dorada le resbaló por los bigotes hasta el peto.

—¡Salud! ¡Por vos!

—¡A vuestro honor!

—¡Para que se nos dé bien!

Aparte del Glaubitz que peleaba en el zócalo, había entre los caballeros de rapiña otros que, claramente, no consideraban que su proceder de robadores manchara la dignidad del escudo de su familia y no lo escondían en absoluto. No lejos de Reynevan estaba sentado, destrozando una chuleta con los dientes, un enorme tiparraco con un jubón que llevaba las armas de los Kottwitz, una banda de gules en campo de plata. Cerca andaba también otro, de pelo rizado, que llevaba una rosa, el escudo de los Poraj, unos caballeros polacos cuyo *cri de guerre*^[160] era precisamente su nombre. Uno más, de hombros anchos como una torre, estaba vestido con un gambax adornado con un lince de oro. Reynevan no recordaba cuál era aquel escudo, mas enseguida se lo recordaron.

—Don Bozywoj de Lossow —lo presentó Notker von Weyrach—. Los señores Scharley y Hagenau.

—Por mi honor. —Bozywoj de Lossow se sacó de la boca una costilla de cerdo, unas gotas de grasa cayeron sobre el lince dorado—. Por mi honor, bienvenidos seáis. Hagenau, hmmm... ¿Descendiente del celeberrimo vate?

—No.

—Ajá. Entonces bebamos. ¡Salud!

—Salud.

—El señor Wencel de Hartha —presentó Weyrach a otros que se acercaban—. Don Buko von Krossig.

Reynevan los miró con interés. Buko von Krossig era persona de fama en Silesia, especialmente desde el último Pentecostés, cuando se había permitido un sonado golpe contra la comitiva y persona del custodio de la colegiata de Glogów. Ahora, con el ceño fruncido y los párpados entrecerrados, el famoso caballero de rapiña miraba fijamente a Scharley.

—¿No nos conocemos? ¿No nos hemos visto antes?

—No lo excluyo —respondió el demérito con voz suelta—. ¿Igual en la iglesia?

—¡Salud!

—¡Fortuna!

—¡Qué se nos dé!

—... el consejo —dijo Buko von Krossig a Weyrach—. Ha de celebrarse consejo. Que todos acudan. Traugott von Barnhelm. Y Ekhard von Sulz.

—Ekhard Sulz. —Notker von Weyrach puso mal gesto—. Seguro. Ése mete la nariz en tos laos. ¿Y sobre qué hemos de celebrar consejo?

—Sobre la cruzada —dijo un caballero que estaba sentado no lejos, llevándose con elegantes maneras a la boca un pedazo de carne que había cortado de un muslo con un estilete que portaba en la mano. Tenía unos cabellos largos, fuertes, entrecanos, unas manos cuidadas y un aspecto cuya nobleza no estropeaban ni siquiera unas viejas cicatrices.

—Al parecer —repitió)—, se está preparando una cruzada.

—¿Y contra quién, don Markwart?

El entrecano no tuvo tiempo de responder. En el zócalo estalló tumulto y algazara. Alguien maldijo, alguien gritó, un perro al que le habían dado una patada comenzó a gañir intermitentemente. Alguien llamó a gritos a un cirujano o a un judío. O a ambos.

—¿Estáis oyendo —señaló con un ademán de cabeza el entrecano, al tiempo que sonreía burlón—. Han tardado mucho? ¿Qué ha pasado? ¿Eh, don Juan?

—Otto Glaubitz ha herido a John Schoenfeld —respondió jadeante un caballero con bigotes finos y caídos como un tártaro—. Se necesita un médico. Mas se ha ido. Despareció el judío, bellaco.

—¿Y quién se empeñó ayer en instruir al judío a comer como es norma? ¿Quién le forzó con violencia a comer cerdo? ¿A quién le pidiera yo que dejara en paz al pobre diablo? ¿A quién?

—Como de costumbre tenéis razón, señor Von Stolberg —reconoció el de los bigotes a disgusto—. ¿Mas qué he de hacer ahora? Schoenfeld sangra como un

gorrino, y del cirujano no más que sus avíos han quedado...

—Traed acá esos avíos —dijo Reynevan en voz alta y sin pensárselo—. Y traed acá al herido. ¡Y luz, más luz!

El herido, que al poco aterrizó sobre la mesa con un estampido de su armadura, resultó ser uno de los que estaban luchando sin yelmo en el zócalo. Por un descuido, le habían cortado la mejilla hasta el hueso y la oreja estaba colgando. El herido maldecía y se retorció, la sangre se derramaba abundantemente sobre la mesa de tilo, manchaba la carne, regaba el pan.

Trajeron el saco del médico, Reynevan puso manos a la obra bajo la luz de varias teas que chisporroteaban. Encontró una redoma de licor de romero, derramó su contenido sobre la herida, ante lo que el paciente comenzó a estremecerse como un tísico y a poco no cayó de la mesa. Tuvieron que sujetarlo. Reynevan enhebró a toda prisa el hilo en una aguja curva y comenzó a coser, intentando mantener en lo posible una línea recta. El operado comenzó a blasfemar terriblemente, afectando en ello a ciertos dogmas religiosos, así que el entrecano Markwart von Stolberg le tapó la boca con un filete de cerdo. Reynevan se lo agradeció con un gesto. Y cosió, cosió y anudó bajo la mirada curiosa del público que rodeaba la mesa. Con rápidos movimientos de cabeza evitaba las sombras formadas por los movimientos de las antorchas, concentrado en recomponer la oreja cortada lo más cerca posible de su localización primitiva.

—Una tela limpia —pidió al cabo de un rato. De inmediato atraparón a una muchacha del público y le arrancaron la camisa. Sus protestas las silenciaron dándole un par de ñoños.

Reynevan vendó a conciencia la cabeza del herido con gruesas bandas cortadas del lino de la camisa. El herido, sorprendentemente, no se desmayó, sino que se sentó, pronunció algo ininteligible acerca de Santa Lucía, gimió, gruñó y le dio la mano a Reynevan. Al momento todos los demás se pusieron a darle apretones de manos al médico, felicitándole por su buen trabajo. Reynevan aceptó las felicitaciones, sonriente y orgulloso. Era consciente de que no le había salido muy bien lo de la oreja, pero en muchas de las caras que lo rodeaban había cicatrices mucho peor cosidas. El herido murmuró algo desde sus vendajes, pero nadie le hizo caso.

—¿Y qué? Un bachiller, ¿no? —Scharley, junto a él, aceptaba las felicitaciones—. Doctor, doctor, mil diablos. Un buen médico, ¿verdad?

—Cierto —reconoció, sin mostrar arrepentimiento alguno, el culpable, el tal Glaubitz de la carpa dorada en el escudo, al tiempo que le daba a Reynevan un vaso de hidromiel—. Y no está borracho, lo que entre los matasanos ya es una rareza. ¡Cuidado que ha tenido suerte Schoenfeld!

—Tuvo suerte porque tú le rajaste —comentó Buko von Krossig con voz fría—.

Si hubiera sido yo, de seguro que no habría habido qué coser.

El interés por lo sucedido decayó de pronto, interrumpido por la llegada de nuevos huéspedes al zócalo de Kromolin. Los caballeros de rapiña se gritaron unos a otros, se percibía una excitación que atestiguaba que no eran poca cosa los que llegaban. Reynevan los miró al tiempo que se limpiaba las manos.

La cabalgata de una decena de hombres armados era conducida por tres jinetes. En el centro iba un gordo calvorota de coraza negra esmaltada que llevaba a la derecha a un caballero con un rostro siniestro y una cicatriz transversal en la frente y a la izquierda a un cura o monje, pero que portaba una espada corta a un lado y llevaba un espaldar acerado sobre la jacerina que tenía por encima del hábito.

—Han llegado Barnhelm y Sulz —anunció Markwart von Stolberg—. ¡A la taberna, señores caballeros! ¡A la junta! ¡Venga, venga! ¡Llamadme a los que están retozando con las mozas por las cuadras! ¡Despertad a los durmientes! ¡A la junta!

Se formó un pequeño revuelo, casi todos los caballeros que se disponían a acudir a la reunión se apresuraron a aprovisionarse de comida y bebida. Se llamaba a los pajes con voz fuerte y amenazadora, ordenándoles que trajeran más barriles y más cántaras. Entre los que acudieron a la llamada estaba también Sansón Mieles. Reynevan lo llamó en secreto hacia sí y le hizo quedarse con él. Quería ahorrarle a su compañero la suerte de los otros criados, a los que los caballeros no les escatimaban empujones y patadas.

—Vete a esa junta —le dijo Scharley—. Mézclate con la turba. Bueno es saber qué planean estas gentes.

—¿Y tú?

—Tengo otros planes a corto plazo. —El demérito captó con la mirada los ojos ardientes de una gitana que andaba por allí, hermosa aunque un tanto regordeta, con anillos de oro entrelazados en unos cabellos negros como ala de cuervo. La gitana le guiñó un ojo.

Reynevan estuvo a punto de hacer un comentario. Pero se contuvo.

En la taberna había una multitud. Bajo un techo no muy alto se acumulaba el humo y el hedor. Un olor a personas que hacía tiempo que no se quitaban las armaduras, al tufo de metal y a otras cosas. Los caballeros y escuderos agruparon los bancos en una especie de imitación de la tabla redonda del rey Arturo, pero faltaba muchísimo sitio para todos. La mayor parte estaba de pie. Entre ellos, al fondo, para no llamar la atención, Reynevan y Sansón Mieles.

Markwart von Stolberg abrió la junta, saludando a los nombres más preclaros. Enseguida tomó la palabra Traugott von Barnhelm, el grueso calvorota recién llegado, con su armadura cubierta de esmalte negro.

—La cosa, es decir —dijo, al tiempo que depositaba su espada envainada sobre la mesa con un tintineo—, es que Conrado, el obispo de Wroclaw, anda juntando

caballeros bajo su estandarte. Es decir, que forma mesnada para atacar de nuevo a los bohemios, es decir, a los herejes. Es decir, que habrá una cruzada. Se me hizo saber a través de un emisario del señor estarosta Kolditz que quien quiera puede unirse a las huestes cruzadas. Al cruzado les serán los sus pecados perdonados, y lo que gane será para él. Los curas le han dicho a Conrado igualmente ciertas cosas, mas como yo no me acuerdo, está aquí el padre Jacinto, el cual encontramos por el camino, es decir, que os lo va a explicar mejor.

El padre Jacinto, el cura vestido con armadura, se alzó, puso sobre la mesa su arma, una espada corta, pesada y ancha.

—¡Alabado sea el Señor! —alzando la voz como si estuviera en el pulpito y moviendo la mano con gesto de predicador— ¡Él es mi sostén! ¡Él dirige mi brazo en la lucha, mis dedos en la guerra! ¡Hermanos! ¡La fe ha desaparecido! ¡En Bohemia la plaga de los cismáticos ha cobrado nueva fuerza, el inmundo dragón de la herejía husita alza su testa nauseabunda! ¿Acaso vosotros, caballeros ordenados, vais a contemplar con indiferencia cuando bajo la señal de la cruz se reúnen gentes de los estados bajos? ¿Cuándo, al ver que los husitas siguen viviendo, llora y se lamenta cada mañana la Madre de Dios? ¡Nobles señores! Os recuerdo las palabras de San Bernardo: ¡matar al enemigo de Cristo es recuperarlo para Cristo!

—Al grano —Buko von Krossig lo cortó malhumorado—. Resumid, padre.

—¡Los husitas —el padre Jacinto golpeó en la mesa con los dos puños a la vez— son repugnantes a los ojos de Dios! ¡Así que a Dios le agradará que golpeemos con la espada y no dejemos que atraigan a su error e inmundicia ni a una sola alma! ¡Puesto que el precio por ese pecado es la muerte! Por ello os pido y digo, en nombre de su señoría el obispo Conrado, ¡poned la señal de la cruz sobre vuestras armaduras y convertios en milicia angélica! Y os serán perdonados vuestros pecados y culpas lo mismo en este valle de lágrimas que en el Juicio Final. Y lo que cada uno gane, será para él.

Durante un tiempo reinó el silencio. Alguien regoldó, a otro le sonaron las tripas. Markwart von Stolberg carraspeó, se rascó detrás de la oreja, pasó la vista a su alrededor.

—¿Y qué decís —comenté)—, señores caballeros? ¿Eh? ¿Señores de la milicia angélica?

—Había que habérselo esperado —Bozywoj de Lossow habló el primero—. En Wroclaw estuvo Brand, el legado papal, con rica comitiva. Ja, hasta pensé en salirle al paso en el camino de Cracovia, mas llevaba buena escolta. No es cosa secreta que el cardenal Brand anda llamando a cruzada. ¡Los husitas le han enrabiado bien al Papa de Roma!

—Porque cierto es que en Bohemia las cosas no andan bien —añadió Jasko Chromy de Lubna, el caballero de los mostachos como un tártaro al que Reynevan ya

conocía—. Las fortalezas de Karlstein y Zebrak, que están en asedio, pueden caer en cualquier momento. Me parece a mí que si no hacemos algo con los bohemios a tiempo, nos lo harán entonces los bohemios a nosotros. Ha de tomarse esto en consideración, me parece.

Ekhard von Sulz, el de la cicatriz transversal en la frente, maldijo, golpeó con la mano en el puño de la espada.

—¡Qué considerar ni qué gaitas! —bufó—. Bien platica el padre Jacinto: ¡muerte a los herejes, fuego y sangre! ¡El que sea virtuoso, que mate a los bohemios! ¡Y de paso llevamos la harina a nuestro costal, puesto que es de rigor que por el pecado haya castigo y por la virtud, recompensa!

—Ciertamente una cruzada es una gran guerra —dijo Woldan de Osin—, y en las grandes guerras pronto se enriquece uno.

—Mas también pronto —advirtió el rizado Poraj— le dan a uno en los morros. Y bien fuerte.

—Miedosa se ha vuelto vuesa merced, don Blazej —dijo Otto Glaubitz, el cortaorejas—. ¿Y qué es lo que hay que temer? ¡Sólo se vive una vez! ¿Y aquí qué, que no te juegas el pescuezo con nuestro negocio? ¿Y qué es lo que ganas? ¿Qué lo que quitas? ¿La bolsa a un mercader? Y allá en Bohemia, en bizarra lucha, como tengas la fortuna de atrapar vivo a un caballero puedes pedir un rescate de hasta doscientas piezas de grosche. Y si lo apiolas, le tomas el caballo y las armas al muerto son lo menos veinte marcos, lo cuentas como lo cuentas. Y si conquistamos una villa...

—¡Cierto! —se calentó Paszko Rymbaba—. Allá son las villas bien pudientes, en los castillos los cofres están llenos. Como Karlstein, por ejemplo, del que se andaba platicando. Lo conquistamos y lo saqueamos...

—¡Vaya un fantasio! —bufó el caballero de la banda de gules en el escudo—. Karlstein no está en las manos de husitas, sino en las de católicos. ¡Precisamente está la fortaleza asediada por los herejes, la cruzada ha de ir en su rescate! Y tú, Rymbaba, borrico, no entiendes ni mu de políticas.

Paszko Rymbaba enrojció y se acarició los bigotes.

—¡Ten cuidado, Kottwitz —gritó, sacando su hacha—, de a quién llamas borrico! ¡No entenderé de políticas, mas de cómo romper crismas sé más que de sobra!

—Pax, pax —los tranquilizó Bozywoj de Lossow, obligando con no poca fuerza a Kottwitz a sentarse, puesto que ya se inclinaba sobre la mesa con el puño cerrado sobre su misericordia—. ¡Tranquilidad! ¡Los dos! ¡Sois como niños! ¡Nada como coger una cogorza y a los cuchillos!

—Mas don Hugo tiene razón —añadió Traugott von Barnhelm—. Ciertamente no disciernes, Paszko, los arcanos de la política. Puesto que aquí las pláticas son acerca de una cruzada. ¿Acaso sabrás tú lo que sea una cruzada? Es lo mismo que

Godofredo de Bouillon, lo mismo que Ricardo Corazón de León, es decir, entendéis, sabéis, Jerusalén y todo lo demás. ¿No?

Los caballeros de rapiña menearon sus cabezas, asintiendo, pero Reynevan estaba dispuesto a apostar cualquier suma a que no todos lo entendían. Buko von Krossig bebió de un trago su vaso y golpeó con él en la mesa.

—Que le joda un perro a Jerusalén, a Ricardo Corazón de León, al bullón ése, a la política, la religión y la madre que las parió —anunció claro—. Voy a saquear y eso es todo. A quien caiga y como caiga, al diablo él y su religión. Se dice que los polacos lo están haciendo con los bohemios. Fedor de Ostrog, Dobko Puchala y otros. Dicen que ya se han puesto las botas. Y nosotros, la milicia angelical, ¿qué? ¿Somos peores?

—¡No somos peores! —gritó Rymbaba—. ¡Bien habla Buko!

—¡Por los dolores de Cristo que habla bien!

—¡A Bohemia!

Se formó una buena *algazara*. Sansón se inclinó un tanto hacia la oreja de Reynevan.

—Lo mismito —susurró— que Clermont en el año de mil noventa y cinco. Falta sólo el coro del *Dieu le veult*^[161].

Sin embargo, el gigante se equivocaba, la euforia duró bastante poco, se apagó como si fuera fuego de pajas, ahogada por las maldiciones y las miradas amenazadoras de los escépticos.

—Los llamados Puchala y Ostrog —habló el hasta entonces silencioso Notker Weyrach— se pusieron las botas porque luchan por la parte vencedora. La que da y no la que recibe. Pues hasta el momento los cruzados han traído de Bohemia más chichones que riquezas.

—Cierto —confirmando al cabo Markwart von Stolberg—. Los que estuvieron en Praga el año veinte contaron cómo los de Meissner al mando de Enrique Isenburg atacaron los Altos de Vítkov. Y también contaron cómo huyeron, dejando ante las defensas montañas de cadáveres.

—Al parecer, los curas husitas —añadió, sacudiendo la cabeza, Wencel de Hartha— pelearon en aquesta ocasión hombro a hombro con los soldados y aullaban al hacerlo igual que lobos, dando miedo. Hasta las hembras luchaban allá, se revolvían como locas armadas con hoces... Y los que cayeron vivos en manos de los husitas...

—¡Cuentos! —El padre Jacinto agitó las manos—. Al fin y al cabo en Vítkov estaba Zizka. Y la fuerza diabólica que lo poseía. Mas ahora ya no está Zizka. Hace un año que anda quemándose en el infierno.

—Tampoco estuvo Zizka en Vysehrad, en el Día de Todos los Santos —dijo Tassilo de Tresckow—. Y allá, aunque teníamos ventaja de cuatro a uno, buenos palos nos dieron los husitas. Nos dieron con tanta saña, tan mal nos pegaron e

hicieron huir de allí, que todavía hoy da vergüenza acordarse de cómo salimos escapando. En pánico, a ciegas, no más huyendo, mientras aguantaran los caballos... Y cinco centenares de muertos tirados por los campos. Los más claros varones de Bohemia: Enrique de Plumlov, Jaroslav von Sternberk... De los polacos, don Andrés Balicki, del linaje de los Topor. De la Lausacia el señor Von Rathelau. Y de los nuestros, de los silesios, el señor Enrique von Laasan...

—Don Stosz de Schellendorf —terminó Stolberg con voz baja—. Don Pedro Schirmer. No sabía que estuvisteis en Vysehrad, don Tassilo.

—Estuve. Porque fui, como un idiota, con el ejército silesio, con Kantner de Olesnica y Rumpold de Glogów. Sí, sí, señores. A Zizka se lo llevó el diablo, mas en Bohemia quedaron otros que no peor que él saben darlas. Lo demostraron en Vysehrad en el día de Todos los Santos: Hynek Krusyna de Lichtenburk, Hynek de Kolstejn, Víctor de Podiebrad. Juan Hvezda. Rohacz de Dube. Recordad estos nombres. Porque los vais a oír si os decidís a la cruzada contra los bohemios.

—Oh, va —interrumpió Hugo Kottwitz el pesado silencio—. ¡Todo, menos miedo! Os vencieron porque no supisteis guerrear. También yo lidié con los husitas, en el año vigésimo primero, a las órdenes de don Puta de Czastolowice. ¡Les dimos tamaña en Petrovice a los husitas, que se les caían hasta los pelos! Luego anegamos de sangre y espada el país de Chrudim, prendimos fuego a Zampach y Litice. ¡Y botín tomamos que pa qué! Precisamente esta armadura que llevo, de maestro bávaro, proviene de allí...

—Basta de chachara —lo cortó Stolberg—. Habrá que decidir algo. ¿Marchamos a Bohemia o no?

—¡Yo voy! —afirmó con voz fuerte y orgullosa Ekhard von Sulz—. Ha de arrancarse la yerba de la herejía. Escaldar la semilla antes de que lo ateste todo.

—Yo también voy —dijo Du Hartha—. He de hacer acopio de botín. Me hallo en necesidad, pues tengo designios de casamiento.

—¡Por los dientes de la santa Apolonia! —Kuno Wittram se alzó—. ¡Tampoco yo le haré ascos al botín!

—El botín es una cosa —balbuceó, más bien inseguro, Woldan de Osin—, mas parece ser que a quien a la cruzada acuda se le tendrán sus pecados eximidos. Y yo pecados tengo... ¡Y bien gordos!

—Yo no voy —dijo en pocas palabras Bozywoj de Lossow—. No voy a andar buscando un chichón por países ajenos.

—Yo no voy —dijo tranquilo Notker Weyrach—. Porque si Sulz va, quiere decir que la cosa está resbaladiza y apesta.

Otra vez se alzó bullicio, llovieron las maldiciones, se hizo sentarse por la fuerza a Ekhard Sulz, que tenía la espada ya a medio desenvainar.

—Yo —dijo, cuando todo se tranquilizó, Jasko Chromy de Lubna—, si he de ir a

algún lado, entonces mejor a Prusia. Junto con los polacos y contra los teutones. O *vice versa*. Depende de quien pague mejor.

Durante un tiempo todos hablaron y se gritaron los unos a los otros, por fin el rizado Poraj silenció con un gesto a la compañía.

—Yo no voy a ir a esta cruzada —anunció en el silencio—. Porque no voy a ir de la cadena de los obispos y curas. No voy a dejar que me azucen contra alguien como a un perro. ¿Qué cruzada es ésta? ¿Contra quién? Los bohemios no son sarracenos. Llevan la custodia por delante en las batallas. ¿Qué no les gusta Roma? ¿El Papa Odo Colonna? ¿Branda Castiglione? ¿Nuestro obispo Conrado y otros prelados? No me extraña. A mí tampoco me gustan.

—¡Mientes, Jakubowski! —se inflamó Ekhard von Sulz—. ¡Los bohemios son herejes! ¡Reconocen una doctrina herética! ¡Queman iglesias! ¡Rinden culto al diablo!

—¡Andan en pelotas!

—¡Y quieren poner en común a las mujeres! —gritó el padre Jacinto—. Quieren...

—Os voy a enseñar lo que quieren los bohemios —lo interrumpió a viva voz Poraj—. Y vosotros, camaradas, reflexionad con quién y contra quién haya que ir.

A una señal suya se acercó un goliardo entrado en años que vestía una capucha roja y puntiaguda y un jubón con el dobladillo calado. El goliardo sacó de bajo la axila un pergamino enrollado.

—Que sepan todos los fieles cristianos —leyó con voz gallarda y sonora— que el reino de Bohemia persiste y que con ayuda de Dios persistirá, a vida o muerte, gracias a los artículos abajo escritos. En primer lugar: que en el reino de Bohemia se anuncie libremente la palabra de Dios, que con seguridad y sin obstáculos puedan los sacerdotes anunciarla...

—¿Qué es esto? —gritó Von Sulz—. ¿De dónde has sacado esto, soplagaitas?

—Dejadlo en paz. —Notker von Weyrach frunció el ceño—. Que lo tenga de donde quiera. Lee, muchacho.

—En segundo lugar: que el Cuerpo y la Sangre de Cristo se reparta bajo la forma de pan y vino a todos los fieles...

»En tercero: que a los sacerdotes se les quite y anule su poder terrenal sobre riquezas y bienes terrenos, para que para su salvación vuelvan a las reglas de las Escrituras y a una vida como la que Cristo siguió con sus apóstoles.

»En cuarto, que todos los pecados mortales y otros agravios contra la ley divina sean castigados y perseguidos...

—¡Un escrito herético! ¡El escucharlo es ya un pecado! ¿No teméis el castigo divino?

—¡Cierra la boca, pater!

—¡Silencio! ¡Qué lea!

—... entre los religiosos: la venta de cargos, herejía, aceptación de dinero para bautizos, confirmación, por la confesión, por la comunión, por los santos óleos, por el agua bendita, por la misa y la oración por las ánimas, por el ayuno, por tocar la campana, por los prebostes, por sus cargos y prelaturas, por sus dignidades, por las indulgencias...

—¿Y qué? —preguntó, poniendo los brazos en jarras, Jakubowski—. ¿Acaso no es verdad?

—*Ítem*: el adulterio surgido de esta herejía y que denigra la Iglesia de Cristo, el engendramiento maldito de hijos e hijas, la sodomía y otras depravaciones, la cólera, las disputas, el mercadeo, la maledicencia, el tormento al pueblo llano, el robarle, el obligarlo a pagar, a dar regalos y prebendas. Todo digno hijo de su madre, la Santa Iglesia, debe rechazar todo esto, alejarse de ello, odiarlo como al diablo y tenerlo por repugnante...

El resto de la lectura la interrumpieron una algarabía y un tumulto durante el que, como advirtió Reynevan, el goliardo se esfumó en silencio junto con su pergamino. Los caballeros de rapiña gritaron, maldijeron, se empujaron, se miraron amenazadoramente, hasta comenzaron a chirriar las hojas en sus vainas.

Sansón Mieles condujo a Reynevan a un lado.

—Me parece —murmuró— que valdría la pena que echaras un vistazo por la ventana. Y prontamente.

Reynevan obedeció. Y se quedó paralizado.

Tres jinetes entraban al paso en el zócalo de Kromolin.

Wittich, Morold y Wolfher Sterz.

Capítulo decimoctavo

En el que en la tradición y las costumbres de la caballería penetra —con estruendo— la modernidad y Reynevan, como si quisiera justificar el título del libro, se porta como un loco. Y se le obliga a reconocerlo. Ante la naturaleza toda.

Reynevan tenía motivos para la vergüenza y la rabia, así que cedió ante el pánico. Al ver a los Sterz entrando en Kromolin, lo dominó un insensato y estúpido miedo y ese miedo lo impulsó de forma estúpida e insensata. Su vergüenza fue mayor porque se daba completamente cuenta de ello. En lugar de valorar la situación con serenidad y actuar de acuerdo a un plan racional, reaccionó como una bestia acosada y asustada. Saltó por la ventana de la taberna y puso pies en polvorosa. Entre las chozas y las cabañas, en dirección a los juncos ribereños que le ofrecían, pensaba, un asilo seguro y oscuro.

Lo salvaron la suerte y el resfriado que afectaba desde hacía algunos días a Stefan Rotkirch.

Porque los Sterz habían planeado bien la caza. A Kremolin entraron sólo tres. Los otros tres, es decir, Rotkirch, Dieter Haxt y Buho von Knobelsdorf, habían llegado al pueblo antes y se habían situado inadvertidamente en los lugares por donde era más probable que el perseguido huyera. Reynevan se habría topado por poco con Rotkirch, que estaba apostado detrás de una choza, si no hubiera sido porque éste, que estaba constipado, estornudó. Estornudó con tanta fuerza que su caballo se asustó y golpeó con los cascos en el tablado. Reynevan, aunque el pánico le había congelado el cerebro y casi le había robado el control de sus piernas, se detuvo a tiempo, se dio la vuelta y se arrastró junto a la cabaña, junto a los montones de estiércol, a cuatro patas cruzó por debajo de la valla y se escondió detrás de una pila de carrascas. Temblaba de tal modo que le daba la impresión de que las carrascas crujían como si estuvieran agitadas por un huracán.

—¡Pss, pss, señor!

Junto a la cerca había un muchacho de unos seis años con un gorro de fieltro y una camisa atada con una cuerda que le llegaba hasta la mitad de sus sucias pierrecillas.

—¡Pss! A la quesera, señor... A la quesera... Palla.

Miró en la dirección señalada. A como un tiro de piedra había una construcción de madera, cuadrangular, cubierta con un techo puntiagudo de tejas de madera y elevada sobre cuatro sólidos pilares de casi dos brazas de altura. La quesera parecía más bien un enorme palomar. Y más que nada una trampa sin salida.

—A la quesera —lo apremió el muchacho—. Apriesa... Escondersus allá...

—¿Allí?

—Digo. Tos nusotros nos escondemos siempre allá.

Reynevan no continuó la discusión, sobre todo porque no muy lejos alguien había silbado y unos fuertes estornudos y el sonido de cascos de caballo anunciaban que se estaba acercando el constipado Rotkirch. Por suerte, Rotkirch, al doblar entre las chozas, entró directamente en un corral con gansos y los gansos se pusieron a graznar taponándolo todo. Reynevan comprendió que ahora o nunca. Inclinandose hacia delante, echó a correr por la margen de las carrascas, llegó hasta la quesera. Y se quedó paralizado. No había escalera y era imposible empinarse por aquellos lijados pilares de roble.

Maldiciendo para sí su estupidez, tenía ya intención de seguir huyendo cuando escuchó un susurro y desde arriba, de un oscuro agujero, cayó, como si fuera una culebra, una sogá. Reynevan se enrolló la cuerda en los brazos y pies y en un segundo se encontró arriba, en un espacio oscuro, asfixiante y repleto del olor a queso viejo. Quien le había echado la cuerda y ayudado a subir había sido el goliardo del jubón rojo y la capucha picuda. El mismo que acababa de leer en la taberna el libelo husita.

—Pss —susurró, situando el índice sobre los labios—. Guardad silencio, señor.

—¿Aquí es...?

—¿Seguro? Sí. Nosotros siempre nos escondemos aquí.

Puede que Reynevan hubiera intentado determinar por qué en tal caso nadie encontraba regularmente a los que tan regularmente se escondían allí, pero no hubo tiempo. Justo al lado de la quesera pasó Rotkirch. Estornudó y siguió adelante, sin dignar ni siquiera una mirada a la construcción de los pilares.

—Vos —habló el goliardo en la oscuridad— sois Reinmar de Bielau. El hermano de Peter. Asesinado en Balbinów.

—Cierto —confirmó al cabo de un instante Reynevan—. Y tú te has escondido aquí por miedo a la Inquisición.

—Cierto —confirmó al cabo de un instante el goliardo—. Lo que leí en la taberna... Los artículos...

—Sé cuáles son esos artículos. Mas éstos que han llegado no son la Inquisición.

—Nunca se sabe.

—Verdad. Mas daba la impresión de que tenías protectores. Y sin embargo te has escondido.

—¿Y vos no?

La quesera tenía en las paredes multitud de agujeros que servían para asegurar a los quesos que se estaban secando el paso del aire, pero que permitían mirar en todas direcciones. Reynevan puso el ojo en un agujero que daba a la taberna y al zócalo iluminado por las teas. Pudo ver qué estaba pasando. La distancia no permitía escuchar. Pero no era difícil imaginárselo.

La junta bélica de la taberna continuaba, sólo unos pocos la habían abandonado. De modo que a los Sterz los recibieron en la plaza los perros, aparte de algunos escuderos y muy pocos caballeros de rapiña, entre los que estaban Kuno Wittram y John von Schoenfeld con su cabeza vendada. «Recibieron» era de todos modos palabra excesiva, pues pocos caballeros fueron los que alzaron la cabeza. Wittram y otros dos prestaban toda su atención a un esqueleto de carnero, de cuyas costillas andaban arrebañando los restos de carne y llevándoselos a la boca. Schoenfeld apagaba su sed bebiendo de una jarra con ayuda de una paja que atravesaba el vendaje. Los herreros y los mercaderes se habían ido ya a dormir, las mozas, los monjes, vagabundos y gitanos se habían esfumado por precaución, los criados afectaban estar muy ocupados. El resultado fue tal que Wolfher Sterz tuvo que repetir la pregunta hecha.

—He preguntado —tronó desde la altura de su montura— si habéis visto a un mancebo que responda a la descripción. ¿Ha estado o está aquí? ¿Me va a responder por fin alguien? ¿Eh? ¿O es que, malditos seáis, os habéis quedado sordos?

Kuno Wittram escupió un hueso de carnero directamente a los pies del caballo del Sterz. El otro caballero se limpió los dedos en su sobrevesta, miró a Wolfher e hizo girar significativamente el cinturón con su espada. Schoenfeld, sin alzar la vista, sorbió por su paja.

Rotkirch se acercó, al cabo se les unió Dieter Haxt. Ambos negaron con la cabeza cuando Wolfher y Morold los cuestionaron con la mirada. Wittich maldijo.

—¿Quién ha visto a alguien como el que he descrito? —repitió Wolfher—. ¿Quién? ¿Tú? ¿No? ¿O puede que tú? Sí, tú, gigantón, ¡a ti te hablo! ¿Lo has visto?

—No —negó Sansón Mieles, que estaba de pie delante de la taberna—. No lo he visto.

—Quien lo viera y me lo señalare —Wolfher se apoyó en el arzón— se ganará un ducado. ¿Eh? Ah, aquí está el ducado, para que no penséis que miento. Basta con señalarme al hombre que busco. Confirmarme que estuvo aquí o que lo está aún. ¡Quién lo haga se ganará un ducado! ¿Eh? ¿Quién quiere ganárselo? ¿Tú? ¿O puede que tú?

Uno de los criados se acercó lentamente, mirando a su alrededor inseguro.

—Yo, señor, he vist... —comenzó. Pero no terminó porque John von Schoenfeld le dio una fuerte patada en el culo. El criado cayó a cuatro patas. Luego se alzó y salió huyendo, cojeando.

Schoenfeld se puso en jarras, miró a Wolfher y murmuró algo ininteligible bajo sus vendajes.

—¿Eh? —El Sterz se inclinó en la silla—. ¿Qué? ¿Qué ha dicho? ¿Qué era eso?

—No estoy seguro —respondió Sansón sereno—. Mas me parece que algo sobre no sé qué putos judas.

—También a mí me parece —confirmó Kuno Wittram—. ¡Por el barril del santo Willibrord! No nos gustan los judas en Kromolin.

Wolfher enrojeció primero y luego palideció, apretando el asta de su gincho. Wittich acercó al caballo, Morold echó mano a la espada.

—No lo aconsejaría —dijo Notker von Weyrach, que estaba en las puertas de la taberna y tenía a un lado a De Tresckow y al otro a Woldan de Osin, y a la espalda a Rymbaba y Bozywqj de Lossow—. No os aconsejaría comenzar, señores de Sterz. Porque juro por Dios que lo que vosotros comencéis, nosotros lo terminaremos.

—Ellos mataron a mi hermano —jadeó Reynevan, todavía con el ojo en el agujero de la pared de la quesera—. Ellos, los Sterz, encargaron su muerte. Ojalá se peleen... Y los caballeros de rapiña los destrocen... Así quedaría vengado Peterlin.

—No contaría con ello.

Se dio la vuelta. Los ojos del goliardo brillaban en la oscuridad. ¿Qué sugiere?, pensó. ¿Con qué no he de contar, con la pelea o con la venganza? ¿O ni una ni otra?

—No busco pleitos —dijo, bajando el tono, Wolfher Sterz—. Y no busco tampoco problemas. De modo que pregunto amablemente. El hombre que persigo mató a mi hermano y deshonoró a mi cuñada. Es mi derecho el hacer justicia...

—Oh, señor Sterz. —Markwart von Stolberg meneó la cabeza cuando las risas dejaron de resonar—. A mal sitio habéis venido con los vuestros males. Os aconsejo que vayáis a buscar justicia a otra parte. A un tribunal, por ejemplo.

Weyrach bufó, De Lossow estalló en risas. El Sterz palideció, consciente de que se estaban burlando de él. Morold y Wittich apretaron los dientes de tal modo que casi salían chispas. Wolfher abrió y cerró varias veces la boca, pero antes de que pudiera decir nada entró al galope en el zócalo Jens von Knobelsdorf, llamado Buho.

—Canallas. —Reynevan apretó los dientes—. Y que no haya castigo para éstos... Que Dios no los golpee con su látigo, que no mande contra ellos a ningún ángel...

—¿Quién sabe? —suspiró el goliardo en una oscuridad que olía a queso—. ¿Quién sabe?

El Buho se acercó a Wolfher, dijo algo muy rápido, con el rostro excitado y rojo, señaló hacia el molino y el puente. No tuvo que hablar mucho. Los hermanos Sterz picaron espuelas y cruzaron el zócalo a todo galope en dirección contraria, entre las chozas, en dirección al vado del río. Detrás de ellos se lanzaron sin darse la vuelta el Buho, Haxt y Rotkirch, quien iba entre estornudos.

—¡Puente de plata! —Paszko Rymbaba escupió tras ellos.

—¡Los ratones olieron al gato! —se rió Woldan de Osin.

—O al tigre —lo corrigió serio Markwart von Stolberg. Estaba más cerca y había oído lo que el Buho le había dicho a Wolfher.

—Yo —dijo el goliardo en la oscuridad— no saldría todavía.

Reynevan, que ya casi estaba colgando de la soga, se detuvo.

—A mí ya nada me amenaza —afirmó—. Mas tú has de tener cuidado. Por lo que leíste se quema en la hoguera.

—Hay cosas —el goliardo se acercó de modo que un rayo de luz de luna que se colaba por una rendija le iluminara la cara—, hay cosas que merecen que arriesgue uno la vida. Bien lo sabéis vos mismo, don Reynevan.

—¿Qué quieres decir con esto?

—Bien sabéis qué.

—Yo te conozco. —Reynevan resopló—. Te he visto ya antes.

—Ciertamente me habéis visto. En casa de vuestro hermano en Powojowice. Mas cuidado con ello, mejor no hablar. La charlatanería es en estos tiempos defecto que trae la perdición. Más de uno se ha cortado la propia garganta por su larga lengua, como suele decir...

—Urban Horn —terminó Reynevan, asombrándose él mismo de su perspicacia.

—Más bajo —susurró el goliardo—. Más bajo con ese nombre, señor.

Los Sterz, ciertamente, se las habían pelado del pueblo con extraño apresuramiento, como si huyeran de un pelotón de tártaros, como si hubieran oído que había peste, galopaban como si el diablo les pisara los talones. Aquella vista compuso bastante la autoestima a Reynevan. Sin embargo, cuando vio de quién huían, cuando distinguió quién estaba entrando en Kromolin, dejó de extrañarse.

A la cabeza de un grupito de caballeros y de ballesteros a caballo iba un hombre con una bien dibujada barbilla y hombros anchos como la puerta de una catedral, vestido con una armadura milanesa hermosa y ricamente dorada. También su caballo, un enorme moro, llevaba armadura: un *chamfron*, es decir una testera, le protegía la cabeza, mientras que el cuello lo cubría un *crinet*, es decir, una capizana.

Reynevan se mezcló entre los caballeros de rapiña kromolinianos, que para entonces formaban ya multitud en el zócalo. Nadie excepto Sansón lo advirtió ni le prestó atención. No había ni rastro de Scharley. Los caballeros de rapiña zumbaban como un rebaño de avispas.

A ambos lados del caballero de la armadura milanesa cabalgaban otros dos: un mozo de abundantes cabellos, hermoso como una dama, y un tipo delgado y prieto de mejillas caídas. Ambos iban también completamente armados, ambos montaban alazanes protegidos con bardas.

—Hayn von Czirne —dijo Otto Glaubitz con admiración—. ¿Veis qué milanesa lleva? Que me aspen si no vale lo menos cuarenta marcos.

—El de la izquierda, el joven —bufó Wencel du Hartha—, es Fryczko Nostitz. Y el de la derecha es Vitellozzo Gaetani, un italiano...

Reynevan suspiró leve. Escuchó a su alrededor parecidos suspiros, bufidos y maldiciones en voz baja, lo que atestiguaba que no sólo a él le impresionaba la aparición de uno de los caballeros de rapiña más célebres y peligrosos de Silesia.

Hayn von Czirne, señor del castillo de Nimmersatt, gozaba de la peor fama posible y su nombre, como se veía, no sólo causaba espanto entre los mercaderes y gentes de bien, sino también respeto consternado entre sus colegas de profesión.

Entonces Hayn von Czirne detuvo su caballo ante los jefes, desmontó y se acercó, entre el tintineo de las espuelas y los chirridos de su armadura.

—Señor Stolberg —dijo con una profunda voz de bajo—. Señor Barnhelm.

—Señor Czirne.

El caballero de rapiña miró hacia atrás como si quisiera asegurarse de que su comitiva tenía las armas a mano y los ballesteros las ballestas preparadas. Una vez que se asegurara, apoyó la mano izquierda en el puño de la espada y la derecha en la cadera. Abrió las piernas, alzó la cabeza.

—Corta será mi plática —tronó— porque tiempo no tengo para largas chacharas. Alguien asaltó y robó a los valones, los mineros de las minas de Zloty Stok. Y yo ya había advertido que los valones de Zloty Stok están bajo mi protección. Así que os voy a decir algo y me habréis de escuchar con atención: si alguno de vosotros, bellacos, ha tenido parte en el hurto, mejor que lo reconozca ahora, porque como lo atrape, le sacaré la piel a tiras por muy caballero que sea.

Se diría que una nube oscura cubrió el rostro de Markwart Stolberg. Los caballeros kromolinianos susurraron. Fryczko Nostitz y Vitellozzo Gaetani no se movieron, se mantuvieron sobre sus caballos como dos muñecas de hierro. Mas los ballesteros de la comitiva inclinaron las ballestas, prestos para la acción.

—Una sospecha bien fundada del tal acto —continuó Hayn von Czirne— recae sobre Kunz Aulock y Stork de Gorgowitz, de modo que os diré algo que habréis de escuchar con atención: si escondierais a esos bastardos y ladrones en Kromolin, os acordareis de mí.

»De todos es conocido —siguió Czirne sin importarle los crecientes susurros de los caballeros— que los bastardos Aulock y Stork se hallan a sueldo de los Sterz, los hermanos Wolfher y Morold, bastardos y perros igualmente. Con éstos tengo negocios de antiguo, mas ahora la medida se ha colmado. Si resultara ser verdad lo de los valones, os aseguro que les sacaré las tripas a los Sterz. Y ya puestos, a quienes pensamiento tuvieran de esconderlos.

»Y una cosa más, para terminar. Mas ello es algo no menos importante, así que aguzad el oído. Alguien anda en los últimos tiempos dando cuenta de los mercaderes. Cada dos por tres se halla a alguno de estos *mercatora* tieso y frío. Raro es el asunto y no tengo intenciones de meterme en ello, mas os diré algo: la compañía de los Fúcar de Ausburgo me paga por mi protección. De modo que si a alguno de los *mercatora* de los Fúcar le sucediera una aventura poco grata, y se demostrara que alguno de vosotros es responsable, que Dios se apiade de él. ¿Entendido? ¿Lo habéis entendido, mochachos?

Entre los crecientes murmullos de rabia, Hayn von Czirne tomó de pronto la espada, la agitó, silbaba incluso el arma.

—¡Y si osara alguno —gritó— oponerse a lo que he dicho u opinara que miento, si a alguno no le fuera esto plato de gusto, le reto a que salga aquí, a la plaza! Y acordaremos las cosas con los yerros. ¡Venga! ¡Estoy aguardando! ¡Me cago en la puta, desde Pascua no he matado a nadie!

—No actuáis convenientemente, don Hayn —dijo Markwart von Stolberg—. ¿Es esto digno?

—No afecta lo dicho a vos, don Markwart —Czirne sacó aún más la barbilla—, ni a don Traugott, ni a ninguno de los mayores. Mas conozco mis derechos. Tengo derecho a retar a la mesnada.

—Yo sólo digo que no actuáis con conveniencia. Todos os conocen. A vos y vuestra espada.

—¿Y entonces qué? —bufó el golfín—. ¿Qué para que no se me conozca he de vestirme de doncella como Lanzarote del Lago? Conozco mis derechos. Y ellos también los conocen. Este hatajo de cagones con las patas temblonas.

Los caballeros de rapiña murmuraron. Reynevan vio cómo a Kottwitz, que estaba a su lado, se le iba la sangre del rostro de la rabia. Escuchó cómo le rechinaban los dientes a Wencel du Hartha. Otto Glaubitz apretó el puño de su espada e hizo un movimiento como si quisiera salir, mas Jasko Chromy lo agarró del brazo.

—No lo intentes —murmuró—. Todavía nadie ha salido vivo de bajo su espada.

Hayn von Czirne de nuevo agitó la espada, anduvo, las espuelas le tintineaban.

—¿Y qué pasa, sacos de pedos? —tronó—. ¿Qué, comemierdas? ¿No sale nadie? ¿Sabéis por lo que os tengo? ¡Os tengo por culos de buey y culos de buey os llamo! ¿Y qué? ¿Lo va a negar alguno? ¿Tendrá alguno bizarría suficiente para acusarme de mentir? ¿Qué, nada? ¡Entonces todos, hasta el último, no sois más que gelipollas, mamones y caganíos! ¡Y una ofensa para la propia orden de caballería!

Los caballeros murmuraron cada vez con mayor fuerza, Hayn sin embargo fingía no darse cuenta.

—Uno solo veo hombre entre vosotros —siguió, señalando con el dedo—, aquél que está allí, Bozywoj de Lossow. Ciertamente no comprendo que está haciendo entre un rebaño de matasietes, asaltacunas y robagatos como el vuestro. De seguro que él mismo ya se ha ido al garete, puff, vergiienza e infamia.

Lossow se enderezó, cruzó los brazos sobre su pecho adornado con el escudo del lince, sostuvo la mirada sin miedo. No se movió, sin embargo, se quedó de pie con el rostro de piedra. Su serenidad puso rabioso a Hayn von Czirne. El ladrón enrojeció, puso los brazos en jarras.

—¡Follacabras! —gritó—. ¡Verracos capados! ¡Meapollas! ¡Os estoy retando!, ¿me oís, culospompa? ¡Aquí, en esta plaza, ahora, a pie o a caballo! ¡A espada o a

hacha, a lo que queráis, elegid vosotros! Venga, ¿quién? ¿Quizá tú, Hugo Kottwitz? ¿O tú, Krossig? ¿Puede que tú, Rymbaba, cacho cabrón?

Paszko Rymbaba se inclinó y agarró la espada, apretando los dientes bajo sus bigotes. Woldan de Osín lo aferró por los hombros y le hizo volver a su sitio.

—No seas loco —le susurró—. ¿No te es grata la vida? Nadie puede con él.

Hayn von Czirne se rió como si lo hubiera escuchado.

—¿Nadie? ¿Nadie se atreve? ¿No hay ningún valiente? ¡Tal me pensaba! ¡Ah, cagapantalones! ¡Mierdas de perro! ¡Gorrones! ¡Rascabarbas!

—¡Hijo de una grandísima puta! —gritó de pronto Ekhard von Sulz—. ¡Charlatán! ¡Sacamuelas! ¡Culoabierto! ¡Sal a la plaza!

—En ella estoy —contestó con serenidad Hayn von Czirne—. ¿Con qué vamos a probar?

—Con esto. —Sulz sacó un arcabuz—. Alardeas, Czirne, porque sois maestro en espada y señor del hacha. ¡Mas los tiempos cambian! ¡Ésta es la modernidad! ¡Iguales oportunidades tenemos! ¡Vamos a dispararnos!

Entre el ruido que se elevó de inmediato, Hayn von Czirne se acercó a su caballo, al cabo volvió portando un arcabuz. Ekhard Sulz tenía una pistola común y corriente, un simple tubo sobre un palo, la pieza de Czirne era un arma de mano construida artísticamente, con un cañón prismático sobre un ajuste de roble labrado.

—Que sea entonces con arma de fuego —anunció—. Que entre la modernidad en casa y castillo. Marcad el campo.

No tardaron mucho. Se marcó el campo con ayuda de dos lanzas clavadas en la tierra que estaban a una distancia de diez pasos entre el resplandor de las ardientes teas. Czirne y Sulz se pusieron uno enfrente del otro, cada uno con su arcabuz bajo el brazo y el botafuego ardiendo en la otra mano. Los caballeros de rapiña se hicieron a un lado para salir de la línea de fuego.

—¡Armas preparadas! —Notker Weyrach, que había tomado la responsabilidad del heraldo, alzó su maza—. ¡Apunten!

Los adversarios se inclinaron, alzando el botafuego a la altura de la mecha.

—¡Encended!

Durante un momento no pasó nada, reinó el silencio, las mechas chisporroteaban, apestaba la pólvora ardiendo en la cazoleta. Daba la sensación de que iba a ser necesario detener el duelo para cargar de nuevo las armas. Notker Weyrach ya se estaba disponiendo para dar una señal cuando de pronto el arcabuz de Sulz estalló con un tremendo estampido, brilló el fuego, se formaron columnas de humo. Los que estaban más cerca escucharon el silbido de una bala que erraba su objetivo y volaba hacia la letrina. Casi en el mismo momento el arma de Hayn von Szirne escupió humo y fuego. Con mejor resultado. La bala acertó a Ekhard Sulz en la barbilla y le arrancó la cabeza. Del cuello del partidario de la cruzada antihusita surgió un torrente

de sangre, la cabeza rebotó contra la pared del establo, cayó, rodó por toda la plaza, por fin descansó en la hierba, mirando con unos ojos muertos a los perros que la estaban olisqueando.

—Joder —se oyó la voz de Paszko Rymbaba en el completo silencio—. Esto ya no se puede coser.

Reynevan había minusvalorado a Sansón Mieles.

No había tenido tiempo todavía de ensillar el caballo cuando sintió una mirada en su nuca. Se dio la vuelta, miró y se quedó como una estatua de sal, la silla sujeta con las dos manos. Lanzó una maldición, después de lo cual le puso la silla al caballo en los lomos.

—No me acuses —dijo, sin darse la vuelta y fingiendo estar absorto en las cinchas—. Tengo que ir detrás de ellos. Quería evitar la despedida. O mejor dicho, las discusiones de despedida, que no aportarían nada más que ruido innecesario y pérdida de tiempo, pensé que sería mejor...

Sansón Mieles, apoyado en el marco de la puerta, cruzó las manos sobre el pecho y guardó silencio, pero su mirada era hartamente significativa.

—Tengo que ir detrás de ellos —estalló Reynevan al cabo de un instante de tensa vacilación—. No puedo hacer otra cosa. Entiéndeme. Es una ocasión irreplicable para mí. La Providencia...

—La persona de Hayn von Czirne —sonrió Sansón— me provoca múltiples asociaciones mentales. Ninguna de ellas, sin embargo, la llamaría yo providencial. Mas en fin, te entiendo. Aunque no diré que me haya sido fácil.

—Hayn Czirne es enemigo de los Sterz. Enemigo de Kunz Aulock. El enemigo de mis enemigos es, pues, mi aliado natural. Gracias a él puedo tener alguna posibilidad de vengar a mi hermano. No resoples, Sansón. No es lugar ni momento para otra disputa que termine con la conclusión de que la venganza es cosa estéril y sin sentido. Los asesinos de mi hermano no sólo siguen andando tranquilamente sobre la tierra, sino que me pisan los talones continuamente, me amenazan, persiguen a la mujer que amo. No, Sansón. No huiré a Hungría, dejándolos aquí en el orgullo y la gloria. Tengo la ocasión, tengo un aliado, he encontrado al enemigo de mi enemigo. Czirne dijo que iba a sacarles las tripas a los Sterz y a Aulock. Puede que esto sea estéril, puede que sea mezquino, indigno, puede ser insensato. Pero quiero ayudarle y estar cuando ese momento llegue. Quiero ver cómo los abre en canal.

Sansón Mieles guardó silencio. Reynevan, por no sé sabe qué vez, no pudo dejar de asombrarse de cómo en sus necios ojos y en su aspecto de completo idiota podía dibujarse una reflexión y una inteligente solicitud tan grande. Y unas acusaciones mudas, pero extraordinariamente visibles.

—Scharley... —tartamudeó, al tiempo que tensaba las cinchas.

Scharley, cierto, me ha ayudado, ha hecho mucho por mí. Mas tú mismo lo has

oído, has sido testigo... Más de una vez. Cuantas veces le mencioné la venganza sobre los Sterz, la rechazó. Burlándose además y tratándome como a un mozalbeta estúpido. Niega categóricamente su ayuda para mi venganza, incluso, tú mismo lo oíste, se mofa y se ríe de Adela, ¡intenta disuadirme todo el tiempo de ir a Ziebice!

El caballo relinchó y pataleó, como si se le hubiera pegado el nerviosismo. Reynevan respiró hondo, se tranquilizó.

—Dile, Sansón, que no le guardo rencor. Al contrario, joder, le estoy agradecido, me doy cuenta de cuánto ha hecho por mí. Mas creo que ésta es precisamente la mejor forma de agradecerse, yéndome. Él mismo lo dijo: soy su mayor riesgo. Para vosotros dos...

Se calló.

—Me gustaría que vinieras conmigo. Pero no te lo propongo. Sería feo e indigno por mi parte. Lo que planeo hacer es arriesgado. Estarás más seguro con Scharley.

Sansón Mielles se mantuvo callado largo rato.

—No pienso disuadirte de lo que planeas —dijo por fin—. No te voy a distraer con, como has dicho tan bien, ruido y pérdida de tiempo. Incluso me guardo mi opinión acerca de la insensatez o no de la empresa. No quiero tampoco empeorar el asunto añadiéndote además remordimientos de conciencia. Sé consciente, sin embargo, Reinmar, de que al irte destruyes mis esperanzas de regresar a mi propio mundo y a mi propia forma.

Reynevan guardó un largo silencio.

—Sansón —dijo por fin—. Responde. Sinceramente, si puedes. Eres de verdad... Acaso eres... Lo que dijiste sobre ti mismo... ¿Quién eres?

—*Ego sum, qui sum* —lo interrumpió Sansón con voz amable—. Soy quien soy. Ahorrémonos las confesiones de despedida. Nada dan, nada justifican y nada cambian.

—Scharley es persona de mundo y de inventiva —dijo rápido Reynevan—. En Hungría, verás, en poco tiempo conseguirá contactarte con alguien que...

—Vete ya. Vete, Reinmar.

Todo el valle estaba inundado por la niebla. Por suerte yacía baja, junto al suelo, gracias a lo cual no parecía que fuera a extraviarse, al menos de momento. Se veía por dónde discurría el camino. La senda estaba clara y visiblemente marcada por una línea de sauces torcidos, perales silvestres y arbustos de escaramujo que sobresalían de la blanca bruma. Aparte de ello, a lo lejos, en la oscuridad, parpadeaba mostrándole el camino una borrosa lucecita bailarina: la lámpara del grupo de Hayn von Czirne.

Hacía mucho frío. Cuando Reynevan cruzó el puente sobre el Jadkowa y entró en la niebla le dio la sensación de que se sumergía en agua helada. Al fin y al cabo, pensó, estamos ya en septiembre.

Los bancos de niebla que se extendían a su alrededor producían en suma una visibilidad bastante buena a los lados, al reflejar la luz. Sin embargo, Reynevan cabalgaba en la más absoluta oscuridad, apenas veía las orejas del caballo. La mayor oscuridad reinaba, paradójicamente, en el propio camino, a la sombra de los árboles y densos arbustos. Estos últimos tenían a menudo unas siluetas tan sugestivamente demoniacas que al joven le asaltaban a trechos unos escalofríos que le hacían tirar inconscientemente de las riendas, asustando al ya de por sí aterrorizado alazán. Seguía cabalgando mientras se reía para sus adentros de su miedo. ¿Cómo se podía, diablos, temer a unos arbustos?

De pronto dos arbustos le cortaron el camino, un tercero le arrancó las riendas. Y un cuarto le apretó algo contra el pecho que sólo podía ser la punta de una lanza.

Alrededor se oía el golpeteo de cascos de caballos, se extendió un olor a sudor humano y animal. Un pedernal chisporroteó, se vieron unas chispas, se encendieron unas linternas. Reynevan entrecerró los ojos y se inclinó en la silla porque le pusieron una linterna casi en la cara.

—Demasiado guapo para espía —dijo Hayn von Czirne—. Demasiado joven para asesino a sueldo. Mas las apariencias pueden engañar.

—Soy...

Se calló y se encogió en la silla porque le pusieron algo duro en la espalda.

—De momento soy yo quien decide quién eres —afirmó Czirne con voz fría—. Y lo que eres. No eres, por ejemplo, un cadáver acribillado por flechas que yace en una tumba. De momento y gracias a mi decisión, precisamente. Mas calla ahora, porque estoy pensando.

—Ah, qué hay que pensar aquí —dijo Vitellozzo Gaetani, el italiano. Hablaba fluidamente alemán, pero lo traicionaba su acento cantarín—. Un cuchillo en el pescuezo y se acabó. Y vamonos, que hace frío y se quiere comer.

Por detrás se oyeron cascos, relincharon caballos.

—Está solo —dijo Fryczko von Nostitz, al que por su parte lo traicionaba su voz joven y gentil—. Nadie va tras él.

—Las apariencias pueden engañar —repitió Czirne.

De los ollares de su caballo surgía un vapor blanco. Se acercó más, mucho más, de tal modo que chocaron sus estribos. Estaban al alcance de la mano. Reynevan, con aterrada claridad, se dio cuenta de por qué. Czirne incitaba. Provocaba.

—Y yo digo —repitió el italiano en la oscuridad— cuchillo al pescuezo.

—Cuchillo, cuchillo. —Czirne se enderezó—. Para vosotros todo es fácil. Y luego a mí me aguija mi confesor y me amonesta que gran pecado es matar sin razón, ha de tenerse al menos razón de peso para matar. En cada confesión me aguija, razón, razón, no se ha de matar sin razón, de seguro que la cosa se termina en que le parto la crisma al cura, porque al cabo, la impaciencia también es razón, ¿no? Mas mientras

tanto, que sea como dice el confesor.

»Venga, hermano —se volvió hacia Reynevan—, di quién eres. Veamos si hay razón o habremos de inventárnosla.

—Me llamo Reinmar de Bielau —comenzó Reynevan. Y como nadie lo interrumpió, continuó—. Mi hermano, Peter de Bielau, ha sido asesinado. El asesinato lo encargaron los hermanos Sterz y lo ejecutaron Kunz Aulock y su partida. De modo que no tengo motivos para quererlos. Escuché en Kromolin que tampoco vos sois amigo dellos. Así que he seguido vuestros pasos para contaros que los Sterz estuvieron en el pueblo, que huyeron al saber de vosotros. Fueron hacia el sur, a través del vado del río. Os digo todo esto movido por odio a los Sterz. Yo solo no sería capaz de vengarme. Por ello albergo la esperanza de que sea vuestra compañía. Nada más deseo. Si acaso he errado... perdonadme y permitidme volver al camino.

Aspiró hondo, cansado de su oración pronunciada a toda velocidad. Los caballos de los caballeros de rapiña relincharon, sus avíos tintinearón, las linternas extrajeron de la oscuridad monstruosas y dinámicas sombras.

—Von Bielau —bufó Fryczko Nostitz—. Diablos, si resulta que somos parientes. Vitellozzo Gaetani maldijo en italiano.

—En marcha —ordenó de pronto Hayn von Czirne—. Tú, señor de Bielau, junto a mí. Muy cerca de mí.

Ni siquiera me ha mandado registrar, pensó Reynevan, al tiempo que comenzaba a marchar. No ha examinado si tengo un arma oculta. Y me ordena ir a su lado. Se trata de otra prueba. Y de otra provocación.

Una linterna se balanceaba colgada de un sauce del camino, un truco para engañar a quien les persiguiera, para hacerle creer que el grupo estaba lejos por delante de él. Czirne cogió la linterna, la alzó, iluminó otra vez a Reynevan.

—Un rostro honrado —comentó—. Una mirada sincera, honrada. Resulta que las apariencias no engañan y la verdad se manifiesta. Enemigo de los Sterz, ¿verdad?

—Verdad, señor Czirne.

—¿Reinmar de Bielau, verdad?

—Verdad.

—Todo está claro. Venga, cogedlo, desarmadlo, atadlo. Una soga al cuello. ¡Venga!

—Señor Czirne... —consiguió decir Reynevan, apretado como estaba por unos potentes brazos—. Qué... Qué es...

—Hay un *significavit*^[162] del obispo contra ti, mozalbete —le declaró Czirne desmañadamente—. Y recompensa por ti, vivo. Te busca, ves, la Inquisición. Hechizos o herejía, a mí me da igual. Mas irás en cadenas a Swidnica, a los dominicos.

—Dejadme ir... —Reynevan gimió, porque la cuerda le mordía dolorosamente

las muñecas—. Por favor, señor Czirne... Sois, al fin, caballero... Y yo tengo... tengo que buscar... ¡a la mujer que amo!

—Como todos nosotros.

—¡Y odiáis a mis enemigos! ¡A los Sterz y a Aulock!

—Cierto —reconoció el *raubritter*—. Odio a esos hideputas. Mas yo, mozalbete, no soy ningún salvaje. Soy un europeo. No me dejo llevar por simpatías u odios cuando se trata de negocios.

—Mas... Señor Czirne...

—A los caballos, señores.

—Señor Czirne... Yo...

—¡Señor Nostitz! —lo interrumpió brusco Hayn—. Al parecer es pariente vuestro. Haga vuesa merced que se calle.

Le dio un golpe con el puño a Reynevan en la oreja tan fuerte que los ojos le hicieron chiribitas y su cabeza casi tocó el cuello del caballo.

Así que no dijo nada más.

El cielo al oriente se aclaró como presagio del alba. Hizo todavía más frío. Reynevan, que estaba atado, tiritaba, temblaba, en parte por el frío y en parte por el miedo. Nostitz hubo de llamarlo al orden varias veces por el método de tirar de la cuerda.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó de pronto Vitellozzo Gaetani—. ¿Vamos a arrastrarlo por todas las montañas? ¿O vamos a debilitar la partida mandándole con escolta a Swidnica?

—No sé aún. —En la voz de Hayn von Czirne se percibía un tono de impaciencia—. Estoy pensando.

—¿Acaso es la recompensa tan valiosa? —no renunció el italiano—. ¿Y dan mucho menos por llevarlo muerto?

—No se trata de la recompensa —ladró Czirne—, sino de trabar buena relación con el Santo Oficio. ¡Y además basta de hablar! Ya he dicho que estoy pensando.

Salieron a un camino real, Reynevan lo reconoció por el cambio de ruido y de ritmo de los cascos de los caballos. Sospechaba que era el camino que conducía a Frankenstein, la villa más grande de los alrededores. Sin embargo, ya había perdido la orientación y no estaba en situación de adivinar si iban hacia la villa o se alejaban de ella. El hecho de que dijeran querer entregarlo en Swidnica apuntaba hacia lo último, sin embargo la dirección que marcaban las estrellas podía sugerir que se dirigían precisamente hacia Frankenstein, para pernoctar, por ejemplo. Venciendo el deseo de insultarse a sí mismo y de recordarse su propia estupidez, comenzó a pensar febrilmente, componiendo planes y modos de escapar.

—¡Hoooo! —gritó alguien por delante—. ¡Hoooo!

El brillo de una linterna extrajo de las sombras los cuadrangulares contornos de

unos carros y las siluetas de unos jinetes.

—Está —dijo Czirne en voz baja—. ¡Puntual! Y donde habíamos acordado. Me gusta la gente así. Mas las apariencias pueden engañar. Armas a punto. Señor Gaetani, quedaos atrás y estad atento. Señor Nostitz, tened cuidado de vuestro pariente. Los otros conmigo. ¡Hoooo! ¡Suerte!

La linterna del que venía enfrente bailó al ritmo de los pasos del caballo. Se acercaron tres jinetes. Uno iba envuelto en un pesado manto que era tan amplio que cubría también las ancas del caballo. Iba asistido por dos ballesteros, idénticos a los de Czirne, vestidos con casco, gola metálica y brigantina.

—¿Don Hayn von Czirne?

—¿Don Hanusz Throst?

—Me gustan las gentes puntuales y de palabra —aspiró los mocos el hombre del manto—. Veo que nuestros amigos comunes no exageraron al dar buena opinión de vos y recomendaros. Contento estoy de veros y me alegro de vuestra colaboración. ¿Podemos irnos, imagino?

—Mi colaboración —respondió Von Czirne— cuesta cien gúldenes. Nuestros comunes amigos no pueden no haberos informado de ello.

—Mas por supuesto no por adelantado —bufó el hombre del manto—. No creo que juzguéis, señor, que voy a entrar en ello. Soy mercader, hombre de negocios. Y en los negocios es así que primero se hace el servicio y luego llega el pago. Vuestro servicio: escoltarme sano y salvo por el Przelec Srebrne hasta Broumovo. Lo hacéis, se os pagará. Cien gúldenes, hasta el último talero.

—Más vale que así sea —dijo Hayn von Czirne con énfasis—. De verdad que más vale, señor Throst. ¿Y qué es lo que lleváis en los carros, si se puede preguntar?

—Mercancías —respondió con serenidad Throst—. Cuáles, es cosa mía. Y de quienes las pagan.

—Cierto. —Czirne asintió con la cabeza—. A mí al fin y al cabo no me importa. A mí me basta con saber que la mercancía no es peor que aquélla con la que mercadeaban últimamente otros. Fabián Pfefferkorn. Y Nicolás Neumarkt. Por no decir otros nombres.

—Puede que sea mejor que calléis. Demasiado hablamos. Y hora es de ponerse en camino. ¿Por qué pararse en una encrucijada y tentar al negro?

—Razón tenéis. —Czirne volvió el caballo—. No hay por qué estar aquí. Haced la señal, que se pongan los carros en marcha. Y en lo referente al negro, nada habéis de temer. El tal negro que últimamente recorre la Silesia tiene costumbre de atacar desde el cielo. Al mismo mediodía. Ciertamente, como dicen lo curas, *daemonium meridianum*, demonio que destruye a mediodía. Y acá, en derredor, nomás que tinieblas hay.

El mercader espoleó al caballo, se igualó al moro del caballero de rapiña.

—Si estuviera en el lugar del demonio —dijo al cabo—, cambiaría de costumbres, porque demasiado famosas ya y previsibles se han vuelto. Y el mismo salmo menciona la oscuridad también. ¿No recordáis? *Negotio perambulans in tenebris*^[163]...

—Si hubiera sabido —en la voz lúgubre de Czirne se percibía una nota de sorna— que tal miedo tenéis, habría subido mi paga. A ciento cincuenta gúldenes lo menos.

—Los pagaré —afirmó Throst tan bajito que Reynevan apenas lo escuché)—. Ciento cincuenta gúldenes en mano, señor Czirne. Cuando lleguemos sanos y salvos a nuestro destino. Porque cierto es que tengo miedo. Un alquimista de Raciborz me ha hecho el horóscopo, ha leído en las tripas de un pollo... Salió que la muerte me ronda...

—¿Creéis en tales cosas?

—Hasta no ha mucho no creía.

—¿Y ahora?

—Y ahora —dijo el mercader con voz decidida— me marcho de Silesia. A buen entendedor, pocas palabras. No quiero terminar como Pfefferkorn y Neumarkt. Me voy a Bohemia, allá no me alcanzará ningún demonio.

—Ciertamente. —Hayn von Czirne asintió—. Allá no. Hasta los demonios temen a los husitas.

—Me voy a Bohemia —repitió Throst—. Y vuestra tarea es conseguir que llegue allá sano y salvo.

Czirne no respondió. Los carros traquetearon, los ejes y los cubos chirriaban al pasar los baches.

Salieron del bosque a un terreno abierto. Allí hacía más frío todavía, la niebla se hizo todavía más densa. Escucharon el ruido del agua al saltar por las piedras.

—El Weza —señaló Czirne—. El río Weza. De aquí al puerto hay menos de una milla. ¡Hooo! ¡Aprisa, aprisa!

Bajo el alma y las pinazas de las ruedas golpearon y chirriaron las piedras del margen, enseguida el agua chapoteaba y espumeaba bajo los pies de los caballos. El río no era muy profundo, pero la corriente era fuerte.

Hayn von Czirne se detuvo de pronto en mitad del vado, se quedó inmóvil en la silla. Vitellozo Gaetani hizo girar al caballo.

—¿Qué pasa?

—Silencio. Ni una palabra.

Los vieron antes de escucharlos. Y lo que vieron fueron las blancas gotas del agua salpicando, formando espuma bajo los cascos de los caballos que cargaban hacia ellos siguiendo el curso del río. Sólo después distinguieron las siluetas de los jinetes, vieron las capas que se alzaban en forma de monstruosas alas.

—¡A las armas! —gritó Czirne, alzando la espada—. ¡A las armas! ¡Las ballestas! Los golpeó un viento, violento, salvaje, poderoso, un tifón que les azotaba el rostro. Y luego les llegó un grito enloquecido.

—¡Adsumus! ¡Adsuuumuuuus!

Chasquearon las cuerdas de las ballestas, cantaron las flechas. Alguien gritó. Y al momento los caballos se lanzaron contra ellos entre salpicaduras de agua, se lanzaron como un huracán, agitando las espadas, haciéndoles caer y aplastándolos. Se formó un lío, la noche fue quebrada por los gritos, aullidos, golpes y tintineos del acero, los relinchos y bufidos de los caballos. Fryczko Nostitz cayó al río junto con su caballo, que no paraba de tirar coces. Junto a él cayó con un chapoteo un escudero abierto de arriba abajo. Uno de los ballesteros gritó, su grito se transformó en un gorgoteo.

—¡Adsuuumuuuus!

Hanusz Throst intentó escapar, se dio la vuelta en la silla, gritó al ver junto a él el morro de un caballo y detrás una silueta negra con una capucha. Fue la última cosa que vio en la tierra. Una fina y afilada espada le asestó en el rostro, entre el ojo y la nariz, se clavó en el cráneo con un chufido. El mercader se puso en tensión, agitó las manos y cayó sobre las piedras.

—¡Adsumus! —gritó con triunfo el jinete negro—. ¡*In nomine Tuo!*

Los negros jinetes espolearon a sus caballos y se perdieron en la oscuridad. Con una excepción. Hayn von Czirne se lanzó a perseguirlos, saltó de su montura, atrapó a uno, ambos cayeron al río, ambos se alzaron al unísono, silbaron sus espadas y se cruzaron con un tintineo. Luchaban rabiosamente, de pie hasta la rodilla en la espumosa agua del río, saltaban chispas de sus hojas.

El caballero negro se tropezó. Czirne, perro viejo, no pudo dejar pasar la ocasión. Atacó en media vuelta, a la cabeza, su pesada espada de Passau rajó la capucha y destrozó la celada, que cayó al suelo. Czirne vio ante sí un rostro anegado en sangre, blanco como un cadáver, un rostro monstruosamente deformado, supo de pronto que jamás iba a olvidar aquel rostro. El herido gritó y atacó, sin intención de caer aunque debiera haber caído. Czirne maldijo, agarró la espada con las dos manos y asestó otro tajo, con un fuerte giro de las caderas, un golpe plano al cuello. La negra sangre salpicó de nuevo, la cabeza le cayó sobre los hombros, se balanceó, sujeta seguramente sólo por un pedacito de carne. El caballero sin cabeza siguió adelante, agitando la espada y manchando de sangre todo a su alrededor.

Uno de los ballesteros aulló de terror, otros dos se lanzaron a una huida llena de pánico. Hayn von Czirne no retrocedió. Lanzó una blasfemia terrible e increíblemente impía, se afirmó en sus piernas y dio un nuevo tajo, cortando esta vez la cabeza del todo y arrancando casi el hombro entero. El caballero negro cayó sobre la escasa agua de la orilla, se agitó, se revolvió, pataleando en convulsiones. Pasó mucho tiempo hasta que se quedó inmóvil.

Hayn von Czirne se quitó de encima el cadáver de un balletero con brigantina que, arrastrado por la corriente, se había topado con su rodilla. Jadeaba.

—¿Qué era eso? —preguntó por fin—. Por Lucifer, ¿qué era eso?

—Jesús, ten piedad... —murmuró Fryczko Nostitz, que estaba a su lado—. Jesús, ten piedad...

El río Weza murmuraba cantarín sobre las rocas.

Reynevan, por su parte, se había lanzado a la huida y le salió aquélla como si en toda su vida no hubiera hecho otra cosa sino galopar atado. Y galopaba él como es debido, las muñecas atadas enganchadas al arzón, el rostro sumergido en la crin, apretando con todas sus fuerzas los lados del caballo con las piernas. Galopaba a una velocidad tal que la tierra temblaba y el aire le aullaba en los oídos. El caballo, un animal maravilloso, parecía comprender lo que pasaba, y extendía el cuello y daba de sí lo que podía, demostrando que durante los últimos cinco o seis años no se había comido su cebada en vano. Las herraduras golpeaban contra el duro suelo, chasqueaban los matorrales y las altas hierbas pisoteados en su loco galope, las ramas se quebraban. Una pena que Dzierzka de Wirsing no vea esto, pensó Reynevan, aunque en realidad era consciente de que sus habilidades de jinete en aquel instante se limitaban más bien a mantenerse de alguna manera sobre la silla. Pero, pensó al momento, esto ya es mucho.

Lo pensó, posiblemente, un poco demasiado pronto, porque el caballo se había decidido precisamente a saltar por encima de un tronco caído. Y lo saltó con bastante donosura, sólo que detrás del tronco había una curva. El cambio le afectó a la estabilidad, Reynevan salió volando y cayó entre las bardanas, que por suerte eran tan grandes y densas que fueron capaces de amortiguar siquiera en parte el ímpetu del golpe. Mas el impacto contra el suelo le extrajo todo el aire de los pulmones e hizo que se encogiera gimiendo.

No le dio tiempo ya a estirarse. Vitellozzo Gaetani, que lo iba persiguiendo, saltó de la silla junto a él.

—¿Querías huir? —dijo con voz ronca—. ¿De mí? ¡Mocoso de mierda!

Tenía intención de darle una patada, pero no pudo. Apareció Scharley como de debajo de la tierra, lo golpeó en el pecho y le regaló su querida patada en la espinilla. Sin embargo, el italiano no cayó, sólo se tambaleó, sacó la espada de la vaina y lanzó un tajo desde arriba. El demérito escapó ágilmente del alcance de la hoja, desnudó su propia arma, un sable curvado. Hizo un molinete, golpeó en cruz, el sable se movía en sus manos como un rayo y silbaba como una cobra.

Gaetani no se dejó asustar por la muestra de habilidad del espadachín, dando un aullido salvaje saltó sobre Scharley con la espada en ristre. Cruzaron acero. Tres veces. A la cuarta el italiano no fue capaz de parar un tajo del sable, que era más rápido. Recibió un corte en la mejilla, se llenó de sangre. Puede que hubiera sido

poco, puede que hubiera querido seguir luchando, mas Scharley no le dio oportunidad. Saltó, lo golpeó con el pomo entre los ojos. Gaetani rodó por entre las bardanas. Sólo gritó cuando ya había caído.

—¡*Figlio di puttana!*

—Eso dicen. —Scharley limpió la espada con una hoja—. Mas qué hacer, madre no hay más que una.

—No quiero aguar la fiesta —dijo Sansón Mieles, surgiendo de la oscuridad con tres caballos, entre ellos el bayo sudoroso y jadeante de Reynevan—. ¿Pero no será mejor irnos? ¿Y puede que hasta al galope?

La envoltura láctea se quebró, la niebla se alzó, deshaciéndose en el resplandor del sol que atravesaba las nubes. El mundo sumergido en el *chiaroscuro* de unas largas sombras se iluminó de pronto, brilló, estalló en colores. Exactamente igual que las pinturas del Giotto. Eso si, naturalmente, alguien hubiera visto los frescos del Giotto.

Brillaron las tejas rojas de las torres del cercano Frankenstein.

—Y ahora —dijo, contemplando la escena, Sansón Mieles—, ahora vamos a Ziebice.

—A Ziebice. —Reynevan se restregó las manos—. Vamos a Ziebice. Amigos... ¿Cómo podré agradeceréloslo?

—Ya lo pensaremos —prometió Scharley—. De momento... Baja del caballo.

Reynevan obedeció. Sabía lo que se podía esperar. No se equivocaba.

—Reynevan de Bielau —dijo Scharley con una voz donosa y ceremonial—. Repite después de mí: ¡soy un idiota!

—Soy un idiota...

—¡Más fuerte!

—¡Soy un idiota! —fueron informadas las criaturas de Dios que poblaban los alrededores y que se estaban despertando precisamente en aquel instante: ratones de campo, sapos, ranas de zarzal, musarañas, faisanes, escribanos y cucos, en fin, hasta el papamoscas gris, el piquituerto común y la salamandra manchada.

—Soy un idiota —repitió Reynevan siguiendo a Scharley—. ¡Un idiota patentado, un tonto, un cretino, estúpido y loco, digno de ser encerrado en la Narrenturm! Cualquiera cosa que pienso resulta ser la cima de la estupidez, cualquier cosa que hago sobrepasa tal cima. Juro solemnemente que voy a mejorarme.

»Por suerte para mí —se extendió por la húmeda pradera aquella letanía mañanera—, tengo amigos completamente inmerecidos, tengo amigos que no acostumbran a abandonarle a uno en la necesidad. Tengo amigos con los que siempre puedo contar. Puesto que la amistad...

El sol se alzó más arriba e inundó con su dorado resplandor el campo.

—¡La amistad es cosa grande y bella!

Capítulo decimonoveno

En el que nuestros héroes se encuentran en Ziebice con un torneo muy europeo. Sin embargo, para Reynevan el contacto con Europa resulta ser más bien desagradable. Incluso doloroso, podría decirse.

Estaban ya tan cerca de Ziebice que podían admirar en toda su magnificencia las imponentes murallas y torres que surgían de detrás de una colina poblada de árboles. Alrededor se veían los tejados de paja de las chozas de los arrabales, entre campos y majadas se afanaban los campesinos, el sucio humo de los barbechos quemados se arrastraba casi a ras de suelo. Los pastos estaban cubiertos de ovejas, las praderas junto a los estanques estaban blancas a causa de los gansos. Los aldeanos marchaban cargados con cestas, los bueyes plantaban sus patas con digno gesto, traqueteaban los carros cargados de heno y verduras. En una palabra, dondequiera que se mirara, se veían las marcas de la abundancia.

—Ameno país —asestó Sansón Mieles—. Tierra industriosa y rica.

—Y bien regida. —Scharley señaló al patíbulo, curvado a causa del peso de los ahorcados. Junto a ellos, para alegría de los cuervos, unas decenas de cadáveres se pudrían clavados en palos, se veían también blancos huesos en las ruedas.

—¡Ciertamente! —rió el demérito—. Se ve que la ley aquí es la ley y la justicia la justicia.

—¿Dónde está la justicia?

—Oh, aquí.

—Ah.

—De ahí surge —siguió platicando Scharley— el bienestar que tan bien has observado, Sansón. Ciertamente, tales lugares son dignos de ser visitados con objetivos más sensatos que el que a nosotros nos trae.

Reynevan no dijo ni siquiera una palabra. No tenía ganas. Llevaba escuchando textos parecidos desde hacía ya mucho tiempo.

Dieron la vuelta a la colina.

—Cristo —musitó Reynevan—. ¡Cuidado que hay gente! ¿Qué es esto?

Scharley detuvo al caballo, se puso de pie en los estribos.

—Un torneo —adivinó al cabo—. Es un torneo, queridos señores. *Torneamentum*^[164]. ¿Qué día es hoy? ¿Alguien lo recuerda?

—El ocho. —Sansón contó con los dedos—. *Mensis Septembris*, naturalmente.

—¡Oh! —Scharley lo miró de reojo—. ¿Tenéis el mismo calendario en esos otros mundos?

—En general, pues sí. —Sansón no reaccionó a la pulla—. Has preguntado por la fecha y te he contestado. ¿Quieres algo más? ¿Algún dato más concreto? Es la fiesta

del nacimiento de la Virgen María, *Nativitas Mariae*.

—Entonces el torneo tiene lugar por esta causa —constató Scharley—. En marcha, señores.

Los prados de los arrabales estaban llenos de populacho, se veía también una tribuna provisional para los espectadores de mejor categoría, cubierta con una tela de colores, decorada con guirnaldas, bandas, el escudo de los Piastas y las armas de los caballeros. Junto a la tribuna había unas casetas de artesanos y unos tenderetes de vendedores de comida, reliquias y souvenirs, sobre todos ellos ondeaba un mar de banderas, estandartes, blasones y gallardetes de distintos colores. Por encima del murmullo de la masa se escuchaba a veces la voz de cobre de clarines y trompetas.

El acontecimiento no era, en esencia, como para asombrar a nadie. El duque de Ziebice, Juan, junto con otros cuantos duques y magnates silesios, pertenecía a la Rudenband, la Sociedad del Collar, una asociación cuyos miembros estaban obligados a participar en un torneo al menos una vez al año. Sin embargo, a diferencia de la mayoría de los duques, que cumplían con su costosa obligación más bien con desgana y escasa regularidad, Juan de Ziebice organizaba torneos un día sí y otro no. El condado, pequeño al fin y al cabo, no era, pese a las apariencias, demasiado acaudalado, quién sabe si no se trataba incluso del más pobre de toda la Silesia. Pese a ello, el duque Juan pedía prestado para aparentar. Se había endeudado hasta las orejas con los judíos, había vendido todo lo que vender se podía y empeñado lo que empeñar pudiera. De la ruina lo había salvado el matrimonio con Elzbieta Melsztynska, la rica viuda de Spytko, el voievoda de Cracovia. La duquesa Elzbieta, mientras vivió, contuvo un tanto a Juan y sus costosos alardes, mas cuando murió, el duque se lanzó a malgastar su herencia con renovadas fuerzas y otra vez comenzaron en Ziebice los torneos, los grandiosos banquetes y las cacerías suntuosas.

Volvieron a sonar las trompas, la multitud gritó. Estaban ya lo suficientemente cerca como para ver desde lo alto el campo de la liza: era clásico, doscientos cincuenta pasos de largo, cien de ancho, rodeado por una doble cerca de maderos, que eran especialmente fuertes por fuera, capaces de contener el ardor de la multitud. En el interior del campo se había colocado una barrera a lo largo de la que precisamente entonces, con las lanzas bajadas, cargaban el uno contra el otro dos caballeros. La multitud aullaba, silbaba y lanzaba bravos.

—Este torneo —reflexionó Scharley—, este *hastiludium*^[165] que admiramos aquí, nos facilitará la tarea. Toda la ciudad está aquí reunida. Mirad allí, hasta a los árboles se han subido. Apuesto, Reinmar, a que nadie vigila a tu amada. Bajemos de los caballos para no resaltar demasiado, rodeemos este ruidoso mercadillo, mezclémonos entre los campesinos y acerquémonos a la ciudad. ¡Verá, vidi, vid!

—Antes de que sigamos las huellas de César —Sansón Mieves meneó la *cabeza*. —, debiéramos comprobar si la amada de Reinmar no está por casualidad entre los

espectadores del torneo. Dado que se ha reunido toda la ciudad, ¿no puede ser que ella también esté aquí?

—¿Y qué es lo que Adela —Reynevan bajó del caballo— podría hacer entre estas gentes? Os recuerdo que está aquí prisionera. A los presos no se los invita a los torneos.

—Con toda seguridad. ¿Mas qué perjudica el comprobarlo?

Reynevan se encogió de hombros.

—Vayamos pues. Venga.

Tuvieron que andar con precaución, teniendo cuidado de no pisar las heces a su paso. Los arbustos que los rodeaban se convertían durante cada torneo en letrina de uso general. Ziebice tenía alrededor de cinco mil habitantes y era seguro que al torneo también habían acudido forasteros, lo que arrojaba un total de unas cinco mil quinientas personas. Daba la sensación de que cada una de aquellas personas había estado entre los arbustos al menos dos veces para cagar, mear y arrojar bollos mordisqueados. Apestaba indecentemente. Estaba claro que aquél no era el primer día del torneo.

Las trompas volvieron a sonar, de nuevo la multitud gritó con una sola voz. Esta vez estaban ya tan cerca que pudieron escuchar antes el chasquido de las lanzas quebradas y el estampido con el que golpearon los nuevos contrincantes.

—Hermoso torneo —dijo Sansón Mieles—. Hermoso y rico.

—Típico del duque Juan.

Un donoso criado pasó a su lado, conduciendo hacia los arbustos a una gallarda belleza de mejillas rojas y ojos encendidos. Reynevan lanzó una mirada llena de simpatía a la pareja, con el mudo deseo de que encontraran un lugar discreto y al mismo tiempo libre de mierda. La mente se le pobló con una viva imagen de aquello a lo que de inmediato se iba a dedicar la pareja en los arbustos, un hormiguelo delicioso le recorrió la entrepierna. Nada importa, pensó, nada, porque ahora sólo unos instantes me separan de parecidos deleites con Adela.

—Por allí. —Scharley los conducía seguro con su acostumbrado instinto entre casetas de herreros y plateros—. Atad a los caballos aquí, a la cerca. Y vayamos por allí, hay más sitio.

—Intentemos acercarnos a la tribuna —dijo Reynevan—. Si Adela está aquí...

Las fanfarrias ahogaron sus palabras.

—*¡Aux konneurs, seigneurs chevâliers et escuiers*^[166]! —gritó con fuerte voz el mariscal de los heraldos cuando las fanfarrias callaron—. *¡Aux konneurs! ¡Aux konneurs!*

La divisa del duque Juan era la modernidad. Y la europeidad. Distinguiéndose en este aspecto incluso entre los Piastas silesios, el duque de Ziebice padecía del complejo de provinciano, le dolía que su condado yaciera en la periferia de la

civilización y de la cultura, en una frontera detrás de la cual ya no había nada, sólo Polonia y Lituania. El duque sufría por ello y volvía su rostro de forma casi enfermiza hacia Europa. Para quienes lo rodeaban esto resultaba a veces un tanto desagradable.

—¡*Aux konneurs!* —gritó a la europea el mariscal de los heraldos, vestido con un jubón amarillo con la negra águila de los Piastas—. ¡*Aux konneurs!* ¡*Laissezles aller!*

Por supuesto, el mariscal, que en buen y viejo alemán se llamaba *marschall*, en casa del duque Juan se llamaba a la europea, *roy d'armes*^[167], lo ayudaban los heraldos, los *percevances*^[168] europeos, y el cruzar lanzas, el bueno y viejo *stechen über schranken* se decía culturalmente y a la europea: *la jousté*.

Los caballeros empuñaron las lanzas y con un tronar de cascos echaron a galopar a lo largo de la barrera. Uno, por lo que se podía colegir del escudo en su sobrevesta que mostraba la cima de unos montes sobre un jaquelado en plata y gules, pertenecía a la familia de los Hoberg. El otro caballero era un polaco, lo que atestiguaban las armas de Jelita en el escudo y el carnero que timbraba su yelmo de torneo con una visera a la moda.

El torneo europeo del duque Juan había atraído a muchos visitantes de Silesia y del extranjero. El espacio entre las vallas de los *schrank* y la plaza que había sido cerrada a propósito estaba lleno de caballeros y escuderos vestidos con colores de cuento de hadas, entre los que se encontraban representantes de las familias silesias más importantes. En los escudos, en las gualdrapas de los caballos, en gambaxes y perpunte se veían el trofeo de ciervo de los Biberstein, la cabeza de carnero de los Haugwitz, la aguja de oro de los Zedtitz, la cabeza de búfalo de los Zettritz, el jaquelado de los Borschnitz, las llaves cruzadas de los Uechteritz, los peces de los Seidlitz, las flechas de los Bolz y la campana de los Quas. Por si aquello fuera poco, aquí y allí se veían escudos de Bohemia y Moravia: las astas de los señores de Lipa y Lichtemburk, el Odrzywaz de los señores de Kravar, Dubé y Bechyna, el ancla de los Mírovski, la lila de los Zvolski. Tampoco faltaban polacos: Starykon, Awdaniec, Doiwa, Jastrzebiec y Lódz.

Ayudados por los fuertes brazos de Sansón Míeles, Reynevan y Scharley se encaramaron al montón de carbón del herrero y luego al tejado de su choza. Desde allí Reynevan podía observar ya atentamente la tribuna, que no quedaba muy lejos. Comenzó por el final, por las personas menos importantes. Fue un error.

—¡Santo Dios! —suspiró ruidosamente—. ¡Allí está Adela! Por mi ánima... ¡En la tribuna!

—¿Y cuál es?

—La del vestido verde... Bajo el dosel... Junto...

—... junto al mismo duque Juan. —Scharley no pudo dejar de verlo—. Ciertamente es una belleza. En fin, Reinmar, te alabo el gusto. En cambio no puedo

alabar tu conocimiento del espíritu femenino. Se confirma, ay, se confirma mi opinión de que nuestra odisea zibicana ha sido una podrida idea.

—No es así. —Reynevan intentaba convencerse a sí mismo—. No puede ser así... Ella... Ella está prisionera...

—¿De quién, reflexionemos por un momento? —Scharley se protegió los ojos con la mano—. Junto al duque está sentado Johann von Biberstein, señor del castillo de Stolz, tras Biberstein una dama que no conozco...

—Eufemia, la hermana mayor del duque. —Reynevan la reconoció—. Detrás de ella... ¿No es Bolko Woloszek?

—Señor de Glogówek, hijo del duque de Opole. —Scharley, como de costumbre, imponía con su saber—. Junto a Woloszek está sentado el estarosta de Klodzko, don Puta de Czastolowice, con su mujer, Anna de Kolditz. Más allá están sentados Kilian Haugwitz y su esposa Ludgarda, sigue el viejo Hermán Zettritz, luego Johannko de Chotiemic, señor del castillo de Ksiaz. El que se está levantando y lanza bravos es Gocze Schaff de Greifenstein con su mujer, me parece. Junto a ella está sentado Nicolás Zedlitz auf Alzenau, estarosta de Otmuchów, junto a él, Gunczel Swinka de Swin, luego otro con tres peces sobre campo de gules, es decir un Seidlitz o un Kurzbach. Por el otro lado distingo a Otton von Borschnitz, luego uno de los Bischofsheim, sigue Bertold Apolda, el copero de Schönau. Más allá están sentados Lotar Gersdorf y Hartung von Kliix, ambos lausacianos. En el banco de abajo están sentados, si no me falla la vista, Boruta de Wiecewierzce y Seckil Reichenbach, señor de Cieplowoda... No, Reinmar. No veo a nadie que pudiera actuar como guardián de tu Adela.

—Allá, más lejos —balbuceó Reynevan—, está sentado Tristram von Rachenau. Es un pariente de los Sterz. Lo mismo Von Baruth, el del toro en el escudo. Y allá... ¡Ah! ¡Maldita sea! ¡No puede ser!

Scharley lo agarró con fuerza del hombro. Si no hubiera sido por aquello, Reynevan habría caído del tejado.

—¿Quién ha hecho que su vista te altere tanto? —preguntó con voz fría—. Veo que tus ojos abiertos de par en par se dirigen hacia una moza de blondas trenzas. Ésa, a la que en este preciso instante se acercan Von Dohna y no sé qué Rawicz polaco. ¿La conoces? ¿Quién es?

—Nicoletta —respondió Reynevan en voz baja—. Nicoletta la Rubia.

El plan, que parecía tan genial en su simpleza y su atrevimiento, se había ido al garete, la empresa fracasó en toda la línea. Scharley lo había previsto, pero Reynevan no se había dejado convencer.

A espaldas de la tribuna del torneo estaba pegada una edificación provisional, construida a base de palos y andamiajes rodeados por una valla. Los espectadores —al menos aquéllos mejor nacidos y situados— pasaban allí los momentos de descanso

del torneo, entreteniéndose en conversar, flirtear y alardear de ropajes. Y también regalándose con comida y bebida: cada dos por tres, en dirección a aquellas tiendas de campaña, los sirvientes llevaban rodando barriles, portaban damajuanas y garrafas, transportaban barras con cestas colgadas. Reynevan había considerado la idea de meterse en la cocina, mezclarse entre el servicio, agarrar una cesta de pan y entrar con ella en la tienda como algo genial. Equivocadamente.

No consiguió llegar más que hasta la tienda primera, el lugar donde se almacenaban los productos y desde el que los pajes luego los transportaban. Reynevan, realizando su plan consecuentemente, depositó su cesta, se separó inadvertido de la cola de los criados que volvían a la cocina y se deslizó detrás de la tienda. Sacó su estilete para cortar un agujero de observación en la lona. Y entonces lo atraparon.

La tenaza de dos recios brazos lo inmovilizó, una mano de hierro le apretó la garganta, otra no menos férrea le arrancó el estilete de entre los dedos. Se encontró en el interior de la tienda, repleta de caballeros, mucho antes de lo que se esperaba, pero de una forma completamente diferente a la que se esperaba.

Lo empujaron con fuerza, cayó, junto a él vio unos zapatos a la moda con unas punteras increíblemente largas. Aquel tipo de calzado era llamado *poulaines*, nombre que, aunque europeo, en absoluto venía de Europa, sino de Polonia, puesto que los zapatos aquéllos habían hecho famosos en todo el mundo a los zapateros de Cracovia. Lo sacudieron, se alzó. Conocía de vista a quien lo había sacudido. Era Tristram Rachenau. Un pariente de los Sterz. Lo acompañaban algunos Baruth con toros negros en sus gambaxes. También eran parientes de los Sterz. Reynevan no podía haber caído en peores manos.

—Un terrorista —lo presentó Tristram Rachenau—. Un asesino alevoso, señor duque. Reinmar de Bielau.

Los caballeros que rodeaban al caballero murmuraron amenazadoramente.

El duque Juan de Ziebice, guapo y garboso hombre en sus cuarenta, estaba vestido con un ajustado *justaucorps*, sobre el que llevaba una *houppelande* cortada a la moda, ricamente adornada con piel de marta. Al cuello llevaba una pesada cadena de oro, en la cabeza un *chaperon turban* con una *liripipe* de muselina flamenca que le caía sobre el hombro. Los oscuros cabellos del duque estaban cortados también según los usos y modas europeos más recientes: estilo paje alrededor de la cabeza, dos dedos por encima de las orejas, flequillo por delante, por detrás afeitado hasta el occipucio. Asimismo, el duque estaba calzado con unas polainas cracovianas rojas de larguísimas punteras a la moda, las mismas que Reynevan acababa de admirar desde el nivel del suelo.

El duque, lo que Reynevan constató con un nudo en la garganta y en el estómago, llevaba del brazo a Adela de Sterz, quien iba con su vestido en el *veri d'émeraude*

más de moda posible, con cola, con unas mangas cortadas en oblicuo que llegaban hasta el suelo, con una redecilla dorada en los cabellos, con un nudo de perlas en el cuello, con un escote que se alzaba hermoso por encima de un apretado corsé. La borgoñona contemplaba a Reynevan y tenía la mirada fría como una víbora.

El duque Juan tomó con dos dedos el estilete de Reynevan que le ofrecía Tristram von Rachenau, lo contempló, luego alzó los ojos.

—Y pensar que no lo creí cuando te acusaron de los crímenes —dijo—. De las muertes de don Bart de Karczyn y del mercader Neumarkt de Swidnica. No quise darles crédito. Y he aquí que se te atrapa con las manos en la masa cuando con un cuchillo en la mano intentas deslizarte a mis espaldas. ¿Tanto me odias? ¿O te ha pagado alguien? ¿O acaso simplemente estás loco? ¿Eh?

—Señor duque... Yo... Yo no soy un asesino... Cierto que me deslicé aquí, pero yo... Yo quería...

—¡Ajj! —El duque hizo con su gallarda mano un gesto muy ducal y muy europeo—. Entiendo. ¿Te deslizaste aquí con el puñal para exponerme una petición?

—¡Sí! Es decir, no... ¡Vuestra alteza! ¡No soy culpable de nada! ¡Al contrario, a mí me causaron perjuicio! Soy una víctima, la víctima de una conspiración...

—Por supuesto. —Juan de Ziebice torció los labios—. Una conspiración. Lo sabía.

—¡Sí! —gritó Reynevan—. ¡Así fue! ¡Los Sterz mataron a mi hermano! ¡Lo asesinaron!

—¡Mientes, perro! —aulló Tristram Rachenau—. No ladres acerca de mis parientes, te aconsejo.

—¡Los Sterz mataron a Peterlin! —Reynevan se removió—. ¡Si no de propia mano, entonces a través de esbirros! ¡Kunz Aulock, Stork, Walter de Barby! ¡Unos bellacos que también me buscan! ¡Vuesa merced, duque Juan! ¡Peterlin fue vuestro vasallo! ¡Exijo justicia!

—¡Yo soy el que la exige! —gritó Rachenau—. ¡Yo, con el derecho que da la sangre! ¡Este perro mató en Olesnica a Niklas Sterz!

—¡Justicia! —gritó uno de los Baruth, con toda seguridad Enrique, pues los Baruth raramente bautizaban a sus hijos de otro modo—. ¡Duque Juan! ¡Castigo por esa muerte!

—¡Eso es mentira y calumnia! —gritó Reynevan—. ¡Los Sterz son culpables de asesinato! ¡Me acusan para librarse de mí! ¡Y en venganza! ¡Por el amor que nos une a mí y a Adela!

El rostro del duque Juan se transformó y Reynevan comprendió qué enorme estupidez había cometido. Miró al rostro indiferente de su amada y poco a poco comenzó a comprender.

—Adela. —En el más absoluto silencio se escuchó la voz de Juan de Ziebice—.

¿De qué está hablando?

—Miente, Johann. —La borgoñona sonrió—. Nada me une a él y nunca me uniera. Cierto que me importunaba con sus ardores amorosos, que me atosigaba, mas se fue tal como vino, no consiguió nada. Ni siquiera con la ayuda de la magia negra con la que me quiso engatusar.

—Eso no es cierto. —Reynevan extrajo con esfuerzo la voz de su garganta—. Todo eso no es verdad. Mentiras. ¡Mientes! ¡Adela! Dile... Dile que tú y yo...

Adela echó la cabeza hacia atrás, con un gesto que él conocía, echaba así la cabeza cuando hacían el amor en su posición favorita, cuando ella estaba sentada sobre él. Sus ojos brillaron. Reynevan también conocía aquel brillo.

—En Europa —dijo en voz alta, mirando a su alrededor— no podría suceder algo parecido. El que se manchara el honor de una dama virtuosa con alusiones horribles. Y ello en un torneo en el que la tal dama apenas ayer fue proclamada la *Royne de la Beaulté et des Amours*. En presencia de los caballeros de la liza. E incluso si algo así sucediera en Europa, entonces un *mesdisant*^[169] así, un *mal-faiteur*^[170] como éste no quedaría sin castigo ni un minuto.

Tristram Rachenau comprendió al punto la alusión y, tomando impulso, le asestó un puñetazo a Reynevan en la nuca. Enrique Baruth le atizó desde el otro lado. Viendo que el duque Juan no reaccionaba, que miraba hacia otro lado con rostro pétreo, se acercaron los siguientes, entre ellos un Seidlitz o Kurzbach con los peces en campo de gules. Reynevan recibió un golpe en la órbita de los ojos, el mundo desapareció en un relámpago. Se encogió ante la lluvia de golpes. Se acercó alguien más, Reynevan cayó de rodillas, golpeado en el hombro con una maza de torneo. Protegió la cabeza, la maza lo golpeó dolorosamente en los dedos. Le asestaron un fuerte golpe en los riñones, cayó a tierra. Lo comenzaron a patear, así que se encogió, protegiendo la cabeza y la tripa.

—¡Alto! ¡Basta! ¡Dejadlo de inmediato!

Los puñetazos y patadas se detuvieron al instante. Reynevan abrió un ojo. A sus martirizadores los había detenido una voz áspera, amenazadora, desagradable. La orden provenía de una dama seca como un espárrago y no especialmente joven, que llevaba un vestido negro y una toca blanca bajo una rígida caperuza. Reynevan sabía quién era. Eufemia, la hermana mayor del duque Juan, viuda de Federico, el conde de Oettingen, quien tras la muerte del marido había vuelto a su Ziebice natal.

—En la Europa que yo conozco —dijo la condesa Eufemia— no se patea a quien yace en el suelo. Ninguno de los duques europeos que conozco lo habría permitido, mi señor hermano.

—Es culpable —comenzó el duque Juan—. Así que yo...

—Sé que es culpable —lo interrumpió con sequedad la condesa—. Porque estaba presente. Mas yo aquí lo tomo ahora bajo mi protección. *Mercy des dames*. Puesto

que, he de decir, conozco las costumbres de los torneos europeos no peor que la aquí presente esposa legítima del caballero Von Sterz.

Las últimas palabras fueron pronunciadas con tanto énfasis y tanto veneno que el duque Juan bajó la vista y enrojeció hasta su nuca rasurada. Adela no bajó la vista, hubiera sido en vano buscar siquiera huella de rubor en su rostro. En cambio sus ojos brillantes de odio podrían haber asustado a cualquiera. Mas no a la condesa Eufemia. Eufemia, por lo que decían las malas lenguas, había dado buena cuenta muy deprisa y muy hábilmente de las amantes del conde Federico. No era ella la que tenía miedo sino que a ella se la temía.

—Señor mariscal Borschnitz. —Inclinó la cabeza con gesto señorial—. Por favor, arrestad a Reinmar de Bielau. Respondéis de él ante mí. Con la cabeza.

—A sus órdenes, mi señora.

—Despacio, señora hermana, despacio. —Juan de Ziebice recuperó el habla—. Sé lo que significa la *mercy des dames*^[171], mas esto de aquí es cosa grave. Demasiado grave es pues de lo que se acusa al mozo. Asesinato, magia negra...

—Se le tendrá arrestado —lo cortó Eufemia—. En la torre. Bajo la vigilancia del señor Borschnitz. Se le hará juicio. Si lo acusa alguien. Me refiero a acusaciones de importancia.

—¡Ah! —El duque agitó la mano y arrojó la *liripipe* a la espalda—. Al diablo con él. Tengo aquí asuntos de mayor importancia. Vamos, caballeros, que está a punto de comenzar el *bouhort*. No voy a permitir que nadie me agüe el torneo, no me voy a perder el *bouhort*. Permíteme, Adela. Antes de que comience la lucha, los caballeros han de ver en la tribuna a la Reina de la Belleza y el Amor.

La borgoñona tomó la mano que se le ofrecía, alzó la cola. Reynevan, sujeto por unos escuderos, clavó la mirada en ella, contando con que lo miraría, que con el ojo o la mano le haría una señal, un signo. Que todo aquello no era más que fingimiento, juego, simulación, que en realidad todo era como había sido, que nada había cambiado entre ellos. Esperó la señal hasta el último momento.

Esperó en vano.

Los últimos que abandonaron la tienda fueron los que habían contemplado la escena si no con ira, al menos con disgusto. Hermán Zettritz, de cabellos grises. El estarosta de Klodzko, Puta de Czastolowice y Gocze Schaff, ambos con sus esposas que llevaban las dos cofias caladas, Lothar Gersdorf de Lausacia, con la frente arrugada. Y Bolko Woloszek, hijo del duque de Opole, heredero de Prudnik, señor de Glogówek. Especialmente este último, antes de salir, había seguido el hecho con mirada atenta y ojos entrecerrados.

Sonaron las fanfarrias, se alzó una fuerte ovación de la multitud, el heraldo gritó sus *laissez-les aller*^[172] y *awc honneurs*. Comenzó el *bouhort*^[173].

—Vamos —ordenó el armiguer al que el mariscal Borschnitz había encargado la

escolta—. No opongas resistencia, muchacho.

—No la opondré. ¿Cómo es vuestra torre?

—¿Es la primera vez? Ja, veo que es la primera. No está mal, para ser una torre.

—Vayamos entonces.

Reynevan intentó no mirar a su alrededor para no traicionar con un exceso de atención a Scharley y a Sansón que, estaba seguro, lo estarían observando escondidos entre la multitud. Pero Scharley, para qué hablar más, era un zorro demasiado viejo como para dejarse atrapar.

Lo advirtió otra persona, sin embargo.

Había cambiado su peinado. Entonces, en Brzeg, llevaba una gruesa coleta. Ahora tenía los cabellos de color de paja divididos por la mitad en el centro de la cabeza y enlazados en dos trenzas que llevaba retorcidas en caracol sobre las orejas. En la frente llevaba una banda de oro, vestía un traje azul celeste sin mangas y bajo él, una camisa de batista blanca.

—Apreciada dama. —El armiguer carraspeó, se rascó bajo el sombrero—. No me está permitido... Voy a tener problemas...

—Quiero hablar con él dos palabras. —Se mordió el labio graciosamente y pateó, un poco como una niña—. Dos palabras, nada más. No le cuentes esto a nadie y evitarás los problemas. Y ahora date la vuelta. Y no escuches.

»¿Por qué esta vez, Alcasín? —preguntó, entrecerrando levemente sus ojos azul celeste—. ¿Por qué vas en cadenas y bajo guardia? ¡Ten cuidado! Si respondes que por amor, me enfureceré mucho.

—Y sin embargo —suspiró—, es cierto. Hablando en general.

—¿Y en particular?

—Por amor y por estupidez.

—¡Ah! Ahora eres más verosímil. Pero aclárate, por favor.

—Si no hubiera sido por mi estupidez, ahora estaría en Hungría.

—En cualquier caso yo ya me enteraré de todo. —Lo miró directamente a los ojos—. Todo. Cada detalle. Mas no me gustaría verte en el cadalso.

—Me alegro de que no te atraparan entonces.

—No tenían ni una posibilidad.

—Apreciada dama. —El armiguer se dio la vuelta, tosió detrás de su puño—. Tened piedad...

—Adiós, Alcasín.

—Adiós, Nicoletta.

Capítulo vigésimo

En el que de nuevo se confirma la antigua verdad de que, pase lo que pase, siempre se puede contar con los amigos de los estudios.

—Sabes, Reynevan —dijo Enrique Hackeborn—, se afirma por doquier que la fuente de todas las desgracias que te han avenido, todo el mal y la causa de tu desdichada fortuna, es esa francesa, Adela Sterz.

Reynevan no reaccionó ante aquella afirmación tan perspicaz. Le punzaba la espalda y no había cómo rascarse teniendo las manos atadas por las muñecas y para colmo los codos ceñidos a los costados por un cinturón de cuero. Los caballos del grupo iban haciendo ruido con sus cascos por el maltratado camino. Los ballesteros meneaban las cabezas soñolientos en sus monturas.

Había pasado tres días encerrado en la torre del castillo de Ziebice. Pero había estado lejos de sumirse en la desesperación. Estaba encerrado y privado de libertad, cierto, inseguro acerca de su futuro, cierto también. Pero de momento no le pegaban, sino que le daban de comer, aunque fuera mal y con monotonía, pero a diario, cosa a la que últimamente se había desacostumbrado y a la que se volvió a acostumbrar con agrado.

Dormía mal, no sólo a causa de las chinches de imponente tamaño que acechaban en la paja. Cuantas veces cerraba los ojos veía el rostro blanco e hinchado como el queso de Peterlin. O a Adela y Juan de Ziebice en diversas configuraciones. Él mismo no sabía qué era lo peor.

La pequeña ventana enrejada en un grueso muro sólo permitía ver un pequeñísimo fragmento de cielo, pero Reynevan se pasaba todo el tiempo encaramado al hueco, aferrado a las rejas, con la esperanza de que en un momento dado iba a escuchar a Scharley como si fuera una araña escalando el muro con una lima en los dientes. O miraba a la puerta, soñando que iba a saltar de sus goznes bajo el ímpetu de los hombros de Sansón Mieles. Su fe, no falta de razones, en la omnipotencia de sus amigos, lo había mantenido con buen ánimo.

Por supuesto, no hubo rescate alguno. Muy temprano en la mañana del cuarto día lo sacaron de la celda, lo ataron y lo montaron en un caballo. Salió por la puerta Paczkowska, escoltado por cuatro ballesteros a caballo, un armiguer y un caballero completamente armado, con el escudo adornado por la estrella de ocho brazos de los Hackeborn.

—Todos dicen —continuó Enrique Hackeborn— que el joderte a la francesa te trajo mal fario. El que te la trajinaras ha sido tu perdición.

Tampoco esta vez respondió Reynevan, pero no pudo evitar asentir pensativamente.

Apenas habían perdido de vista las torres de la ciudad, Hackeborn, en apariencia sombrío y servil hasta el hastío, se había reanimado, se puso alegre y parlanchín, sin que nadie se lo pidiera. Se llamaba Heinrich, Enrique —como la mitad de los alemanes—, y era, como resultó, pariente de los poderosos Hackeborn de Przewóz, quienes no hacía mucho, todo lo más dos años, habían venido de Turingia, donde su familia cada vez había ido degradándose más al servicio de los landgraves y, al mismo tiempo, empobreciéndose cada vez más. En Silesia, donde el nombre de Hackeborn significaba todavía algo, el caballero Enrique contaba con hacer aventuras y carrera al servicio de Juan de Ziebice. Las primeras iba a disfrutarlas gracias a la cruzada antihusita que se esperaba de un día para otro, mientras que la segunda se la iba a asegurar un casorio ventajoso. Enrique Hackeborn le confesó a Reynevan que se moría por Jutta de Apolda, la hija hermosa y llena de pasión del copero Bertold de Apolda, señor de Schönau. Jutta, por desgracia, confesó el caballero, no sólo no le correspondía sino que hasta se permitía burlarse de sus avances. Pero en fin, lo importante es la tozudez, gota a gota se quiebra la roca.

Reynevan, aunque las peripecias sentimentales de Hackeborn le importaban mucho menos que la nieve del año pasado, fingía escuchar, asentía educadamente, puesto que al fin y al cabo no valía la pena ser descortés con la propia escolta. Cuando al cabo de algún tiempo el caballero agotó los temas que le interesaban y se calló, Reynevan probó a echar una cabezada, mas no sirvió de nada. Ante sus ojos cerrados seguía apareciendo el muerto Peterlin en sus andas o Adela con los muslos en los hombros del duque Johann.

Estaban en el bosque de Sluzejow, multicolor y lleno de aromas tras la llovizna mañanera, cuando el caballero Enrique interrumpió su silencio. De propia voluntad, sin ser preguntado, le confesó a Reynevan la meta del viaje: el castillo de Stolz, el nido del poderoso señor Johann von Biberstein. Reynevan sintió curiosidad y a la vez se preocupó. Tenía intención de preguntar al charlatán aquél, pero no le dio tiempo, porque el caballero cambió de tema ágilmente y comenzó a divagar sobre Adela von Sterz y la mala fortuna que aquel romance le había atraído a Reynevan.

—Todos afirman —repitió— que te dio mal fario el que te la trajinaras.

Reynevan no polemizó con él.

—Y no obstante no es así —continuó Hackeborn, haciendo un gesto de sabelotodo—. Antes al contrario. Hay quien lo ha entendido. Y lo sabe. Que el que te cepillaras a la francesa salvado te ha la vida.

—¿Cómo?

—El duque Juan —le explicó el caballero— te hubiera entregado sin la menor resistencia a los Sterz, Rachenau y los Baruth le presionaron mucho para que lo hiciera. ¿Mas qué hubiera significado esto? Que Adela miente cuando lo niega todo. Que tú te la cepillaste al fin y al cabo. ¿Lo captas? Por esto mismo el duque no te dio

al verdugo para las pesquisas en lo tocante a los asesinatos que al parecer cometieras. Porque sabía que en el tormento te chotarías de Adela. ¿Entiendes?

—Un poco.

—¡Un poco! —Hackeborn sonrió—. Un poco te ha salvado esto el gaznate, hermano. En lugar de ir al cadalso o al tormento, vas al castillo de Stolz. Porque allá no podrás hablarle de las hazañas amorosas en la alcoba de Adela más que a las paredes y las paredes son así de gordas. En fin, lo que es estar encerrado, lo estarás algún tiempo, mas salvarás la cabeza y otros miembros. En Stolz no te hará nada nadie, ni siquiera el obispo, ni siquiera la Inquisición. Los Biberstein son poderosos magnates, a nadie temen y nadie se atreve a habérselas con ellos. Sí, sí, Reynevan. Te ha salvado el que reconocieras ante el duque Juan que tú te revolcabas antes que él con su nueva meretriz. ¿Comprendes? Una querida cuyos campos hayan sido arados tan sólo por su señor marido, es casi como una virgen, mientras que una que ya se ha dado a otros galanes no es más que una barragana. Porque si en su cama ya ha estado Reinmar de Bielau, entonces puede haber estado cualquiera.

—¡Qué amable! ¡Muchas gracias!

—No las des. Dije que Amor te ha salvado. Y así has de verlo.

Ay, no del todo, pensó Reynevan, no del todo.

—Sé lo que piensas —dijo el caballero para su sorpresa—. Que un muerto es todavía más discreto, ¿no? ¿Qué en Stolz están prestos para envenenarte o para retorcerte el pescuezo por lo bajini? De eso nada, te equivocas si piensas así. ¿Quieres saber por qué?

—Quiero.

—Esta tu discreta prisión en el castillo de Stolz se la ofreció al duque el propio Johann von Biberstein. Y el duque la aceptó en un decir amén. Y ahora lo mejor: ¿sabes por qué Biberstein se apresuró con la oferta?

—No tengo ni idea.

—Pues yo la tengo. Porque el rumor ya rondaba por toda Ziebice. Se lo pidió la hermana del duque, la condesa Eufemia. Y el duque en gran estima la tiene. Se dice que desde la más tierna infancia. Por ello la condesa posee tanta importancia en la corte ziebicana. Aunque ella no tenga ni la más mínima posición, puesto que ella de condesa, título y honor vacíos tiene. Once hijos le parió al suabo Federico y cuando enviudó, estos mismos hijos, no es secreto alguno, la echaron de Oettingen. Mas en Ziebice es ella mucha señora, nadie lo puede negar.

Reynevan no tenía intención de negarlo.

—No sólo ella pidió por ti a don Johann Biberstein —siguió Hackeborn al cabo de un momento—. ¿Quieres saber quién más?

—Quiero.

—La hija de Biberstein, Catalina. Debes de haberle caído en gracia.

—¿Una alta? ¿Rubia?

—No te hagas el tonto. De sobra la conoces. Dicen las malas lenguas que ya antes te salvó de una persecución. Eh, en qué extraña forma se ha enredado todo. Dilo tú mismo, ¿no es una ironía del destino, una comedia de los errores? ¿No es esto una Narrenturm? ¿La verdadera Torre de los Locos?

Cierto, pensó Reynevan. Esto es una verdadera Torre de los Locos, una Narrenturm. Y yo... Scharley tenía razón: soy el más loco de todos. El rey de los chalados, mariscal de los tontos, gran prior de la orden de los cretinos.

—En la torre de Stolz —siguió alegre Hackeborn— no estarás mucho tiempo, si muestras razón. Prepárase, lo sé de cierto, una gran cruzada contra los herejes bohemios. Haces el juramento y aceptas la cruz, y te dejarán ir. Guerreas un poquejo. Y sirves en la lucha contra el cisma, lo que acarreará que se te perdone la pena.

—Sólo hay un problema.

—¿Cuál?

—Que yo no quiero guerrear.

El caballero se dio la vuelta en la silla, lo contempló durante mucho tiempo.

—¿Y ello —preguntó con énfasis— por qué, si puede saberse?

Reynevan no tuvo tiempo de contestar. Se escuchó un pérfido silbido y un susurro y al instante un potente chasquido. Hackeborn gorgoteo, se echó mano a la garganta, en la que, atravesando la chapa de la gola, estaba clavado el virote de una ballesta. El caballero escupió abundante sangre, se echó poco a poco hacia atrás y cayó del caballo. Reynevan vio sus ojos, muy abiertos, llenos de una inmensa estupefacción.

Luego empezaron a pasar cosas, muchas y muy deprisa.

—¡Nos atacaaan! —gritó el armiguer, sacando la espada de la vaina—. ¡A las armaaas!

Desde unos arbustos que estaban delante de él surgió un tremendo estampido, brilló el fuego, se retorció el humo. El caballo de uno de los pajes cayó como si lo hubiera acertado un rayo, aplastando a su jinete. El resto de los caballos se pusieron de patas, asustados por el estallido, también el caballo de Reynevan. Éste, como estaba atado, no consiguió mantener el equilibrio y cayó, golpeándose dolorosamente la cadera con el suelo.

Unos jinetes surgieron de los arbustos. Reynevan, aunque estaba hecho un ovillo sobre la arena, los reconoció al instante.

—¡Atacad, matadlos! —gritó, agitando la espada, Kunz Aulock. A quien también se lo conocía como Kirieleisón.

Los ballesteros ziebicanos lanzaron una salva, pero desgraciadamente los tres fallaron. Quisieron huir, pero no lo consiguieron, cayeron bajo los tajos de las espadas. El armiguer se batió valientemente con Kirieleisón, sus caballos rebufaron y bailaron, las hojas tintinearón. El punto final al duelo lo puso Stork de Gorgowitz,

clavándole al armiguer una lanza en la espalda. El armiguer se estiró y entonces Kirieleisón lo finiquitó con un pinchazo en la garganta.

En lo profundo del bosque, en la espesura, una asustada urraca lanzó un chillido de alarma. Apeataba a pólvora.

—Vaya, vaya —dijo Kirieleisón, golpeando a Reynevan, que estaba tendido, con la punta de la bota—. El señor Bielau. Mucho ha que no nos hemos visto. ¿No te alegras?

Reynevan no se alegraba.

—Estuvimos esperando aquí —se lamentó Aulock—, bajo la lluvia, el frío y las incomodidades. Mas *finis coronat opus*^[174]. Te tenemos, Bielau. Y para colmo preparado, por así decirlo, para el uso, amarrado como un paquete. Oh, no has tenido un buen día, desde luego.

—Dame, Kunz, le voy a patear los dientes —propuso uno de la banda—. Él a poco no me quiebra un ojo, entonces, en la posada de Brzeg. Así que yo ahora le pateo los dientes.

—Déjalo, Sybko —ladró Kirieleisón—, enfria tus ardores. Mejor ve y mira lo que el caballero tenía en sus albardas y bolsos. ¿Y tú, Bielau, por qué me miras con esas candelas?

—Mataste a mi hermano, Aulock.

—¿Qué?

—Mataste a mi hermano. En Balbinów. Colgarás por ello.

—Tonterías dices —dijo Kirieleisón con voz fría—. Debes de haberte caído del caballo de cabeza.

—¡Mataste a mi hermano!

—Repites tus tonterías.

—¡Mientes!

Aulock estaba junto a él, en la expresión de su cara se podía leer el dilema: patear o no patear. No pateó, a todas luces por puro desprecio. Se alejó unos pasos, se acercó al caballo que habían matado de un tiro.

—Que me lleven los diablos —dijo, meneando la cabeza—. Arma terrible y mortal, ese tu *kandkannon*, Stork. Admira tú mismo qué agujero le hizo a la yegua. ¡Si cabe una silla! ¡Ciertamente, un arma del futuro! ¡Progreso!

—¡A la mierda con el progreso de los güevos! —repuso agrio Stork de Gorgowitz—. No al caballo, sino a su jinete, apuntaba yo con el puto tubo. Y no a ese jinete, sino al otro.

—No importa. Da igual adonde apuntaras, lo principal es que se acertó. ¡Eh, Walter! ¿Qué andas haciendo?

—¡Les doy la puntilla a los que entoavía respiran! —repuso Walter de Barby—. No nos son menester los testigos, ¿no?

—¡Date prisa! Stork, Sybko, en un pis pas, subidme al Bielau a un caballo. Al castellano del caballero. Y amarradlo bien, que es hombre de recursos. ¿Os acordáis?

Stork y Sybko se acordaban, ay, cómo se acordaban, porque el subirle a Reynevan al caballo estuvo precedido por una serie de golpes e insultos escogidos. Las manos atadas se las fijaron al arzón y los muslos a las cinchas. Walter de Barby terminó de dar las puntillas, los cadáveres de los ziebicanos fueron escondidos en los matojos, se espantó a los caballos y a una orden de Kirieleisón los cuatro —más Reynevan— se pusieron en camino. Cabalgaban deprisa, evidentemente querían alejarse lo más rápidamente posible del lugar del ataque y de los posibles persecutores. Reynevan se balanceaba en la silla. Cada vez que respiraba se le clavaban las costillas, le dolían como el diablo. Esto no puede seguir así, pensaba casi inconsciente, no puede ser que cada dos por tres me estén golpeando.

Kirieleisón espoleaba a sus camaradas a gritos, iban al galope. Por el camino real, todo el tiempo. A todas luces se veía que preferían la velocidad a la posibilidad de esconderse, el espeso bosque no les hubiera permitido ir ni siquiera al trote, no digamos al galope.

Entraron en una encrucijada. Directamente en la emboscada.

De todas direcciones, también por detrás, les salieron unos jinetes que hasta entonces habían estado escondidos en los matorrales. Eran unos veinte en total, de los que la mitad iban armados con blancas armaduras completas. Kirieleisón y su compañía no tenían ni la más mínima posibilidad, pero de todos modos, hay que reconocerlo, presentaron una resistencia encarnizada. Aulock fue el primero que cayó del caballo, con la cabeza terriblemente destrozada por un hacha. Cayó también bajo los cascos del caballo Walter de Barby, atravesado al pasar por la espada de un gran caballero con las armas de los Ogonczyk polacos en el escudo. A Stork le dieron con un mangual en la testa. A Sybko de Kobelau le clavaron y cortaron de tal modo que la sangre le regó a Reynevan, quien estaba encogido en su silla.

—Estáis libre, camarada.

Reynevan entrecerró los ojos. La cabeza le daba vueltas. Todo había sucedido demasiado deprisa para su gusto.

—Gracias, Bolko... Perdón... Excelentísimo señor duque...

—Vale, vale —lo interrumpió Bolko Woloszek, heredero de Opole y Prudnik, señor de Glogówek, cortando las cuerdas de sus ligaduras—. No me vengas con señoríos. En Praga tú eras Reynevan y yo Bolko. A la hora de la cerveza y de las peleas. Y también cuando para ahorrar cogimos los dos una sola puta en el burdel de la calle Celetna, en el casco viejo. ¿Te has olvidado?

—No lo olvidé.

—Yo tampoco. Como ves. No se deja a un compañero de estudios en la estacada. Y Juan de Ziebice me puede chupar el culo. De todos modos veo con agrado que no

nos hemos cargado a ningún vecino de Ziebice. Aunque sea por casualidad, hemos evitado un incidente diplomático, puesto que, he de reconocer, al acecho en el camino de Stolz, nos esperábamos a una escolta de ziebicanos. Y he aquí una sorpresa. ¿Quiénes son éstos, señor teniente de estarosta? Reynevan, te presento a mi teniente de estarosta, el señor Cristóbal de Koscielce. ¿Qué hay entonces, don Cristóbal? ¿Conocemos a alguno? ¿Vive quizá alguno todavía?

—Son Kunz Aulock y su compañía —dijo antes que Reynevan el gigante del Ogonczyk en el escudo—. De ellos uno aún respira. Stork de Gorgowitz.

—¡Jo, jo! —El señor de Glogówek alzó las cejas y torció la boca—. Stork. ¿Y vivo? Traedlo acá.

Woloszek espoleó al caballo, contempló desde la altura de su silla a los muertos.

—Sybko de Kobelau —reconoció—. Había escapado unas cuantas veces al verdugo mas, como se suele decir, tanto va el cántaro a la fuente... Y aquí Kunz Aulock, joder, de tan buena familia. Walter de Barby, en fin, murió como vivió. ¿Y a quién tenemos aquí? ¿Don Stork?

—Piedad —balbució Stork de Gorgowitz, haciendo una mueca deforme en su rostro bañado en sangre—. Perdón... Apiadaos, señor...

—No, don Stork —respondió Bolko Woloszek con fría voz—. Opole será pronto mi señorío, mi ducado. Por ello el forzar a una burguesa de Opole es, a mis ojos, un grave crimen. Demasiado grave para tan rápida muerte. Una pena que tenga tan poco tiempo.

El joven duque se puso de pie sobre los estribos, miró alrededor.

—Atad al bellaco —ordenó—. Y ahogadlo.

—¿Dónde? —se asombró el Ogonczyk—. Aquí no hay agua ninguna.

—Allá, en la cuneta, hay un charco —señaló Woloszek—. Cierto, no muy grande, mas cabe justo la cabeza.

Los caballeros de Glogówek y de Opole arrastraron a Stork, que gritaba y se debatía, hasta la cuneta, le dieron la vuelta y le apretaron la cabeza contra el charco, mientras le sujetaban las piernas. El grito se transformó en un rabioso gorgoteo. Reynevan volvió el rostro.

Duró mucho, muchísimo tiempo.

Volvió Cristóbal de Koscielce acompañado por otro caballero, también polaco, con el escudo de los Nieczuja.

—Se tragó toda la agua del charco, el borrico —dijo el Ogonczyk con voz alegre—. Sólo cuando llegó al barro se ha ahogado.

—Hora de irnos de aquí, vuestra alteza ducal —añadió el Nieczuja.

—Cierto. —Bolko Woloszek se mostró de acuerdo—. Cierto, don Slaski. Escucha, Reynevan. Conmigo no puedes irte, no podré esconderte ni en Glogówek, ni en Opole, ni en Niemodlin. Ni mi padre ni el tío Bernardo querrán problemas con los

zibicanos, te entregarán a Juan en cuanto éste se acuerde. Y se acordará.

—Lo sé.

—Sé que lo sabes. —El joven Piasta entrecerró los ojos—. Mas no sé si lo entiendes. Por ello entraré en pormenores. Con indiferencia de qué dirección elijas, evita Ziebice. Evita Ziebice, camarada, te lo aconsejo por nuestra antigua amistad. Deja esa ciudad y ese ducado lo más lejos que puedas. Créeme, ya no tienes nada que buscar allí. Puede que lo tuvieras, pero ya no lo tienes. ¿Está claro?

Reynevan afirmó con la cabeza. Estaba claro, pero el reconocimiento no le quería atravesar la garganta por nada del mundo.

—Entonces —el duque tiró de las riendas, hizo girar al caballo—, cada uno por su camino. Compóntelas tú solo.

—Otra vez gracias. Quedo en tu deuda, Bolko.

—No hay de qué hablar. —Woloszek agitó la mano—. Como dije, por la antigua camaradería universitaria. Ay, aquéllos fueron tiempos, en Praga... Adiós, Reinmar. *Bene vale*.

—*Bene vale*, Bolko.

Al poco se apagó el sonido de los cascos de los caballos de la comitiva opolana, desapareció entre los abedules un caballo castellano marrón oscuro que hasta no hacía mucho había sido propiedad de Enrique Hackeborn, caballero de Turingia que había venido a Silesia a encontrar la propia muerte. En la encrucijada todo quedó tranquilo, enmudecieron los graznidos de urracas y cuervos, se renovaron los cantos de las oropéndolas.

No había pasado una hora cuando el primer zorro comenzó a mordisquear el rostro de Kunz Aulock.

Los hechos del camino de Stolz se convirtieron —al menos durante algunos días— en la sensación y el acontecimiento de sociedad, en tema de moda de pláticas y rumores. El duque de Ziebice, Juan, anduvo durante algunos días apesadumbrado, algunos curiosos cortesanos decían que las pagaba con su hermana, la condesa Eufemia, echándole la culpa irracionalmente de todo lo sucedido. Se corrió el rumor también de que a la doncella de Adela de Sterz le tocó una buena en las orejas. El clamor proclamaba que por haber estado alegre, parlanchína y sonriente cuando su señora no estaba en absoluto para reír.

Los Hackeborn de Przewóz anunciaron que los asesinos del joven Enrique serían castigados hasta bajo tierra. La hermosa y temperamental Jutta de Apolda no se entristeció de la muerte de su adorador, por lo que se dice, en absoluto.

Los caballeros jóvenes organizaron la persecución de los criminales, galopando de castillo en castillo entre el trueno de los cuernos y el estampido de los cascos. La persecución recordaba más que nada a un picnic y los resultados que produjo fueron también propios de picnic. Algunos, como embarazos y el envío de propuestas de

matrimonio, sólo llegaron con mucho retraso.

La Inquisición visitó Ziebice, pero de que estuvo allí no se enteraron fuera de los muros de los dominicos ni siquiera los mayores cotillas y curiosos de la ciudad. Otras noticias y rumores se extendieron a toda velocidad.

En Wroclaw, en San Juan Bautista, el canónigo Otto Beess oraba fogosamente ante el altar mayor, dando gracias a Dios, con la cabeza puesta sobre las manos unidas.

En Ksieginice, una aldea cerca de Lubin, una viejecilla completamente encorvada, la madre de Walter de Barby, pensaba en el invierno que se acercaba y en el hambre que ahora, cuando se había quedado sin protección ni ayuda, la mataría sin dudarle antes de que llegara la cosecha.

En Niemczy, en la Taberna de la Campana, durante algún tiempo hubo mucho bureo. Wolfher, Morold y Wittich Sterz, y con ellos Dieter Haxt, Stefan Rotkirch y Jens von Knobelsdorf, llamado el Buho, gritaron, maldijeron y lanzaron huera amenazas, bebiendo cuartillo tras cuartillo y azumbre tras azumbre. Los servidores que les proporcionaban la bebida se encogían de miedo cuando escuchaban la descripción de las torturas que los bebedores planeaban aplicarle a cierto Reynevan de Bielau. Por la mañana, una serena afirmación de Morold les levantó inesperadamente el ánimo. No hay mal que por bien no venga, dijo Morold. Si a Kunz Aulock se lo ha llevado el diablo, los mil gúldenes de oro renanos de Tammo Sterz se quedarían en el bolsillo. O sea, en Sterzendorf.

Cuatro días después llegó la noticia a Sterzendorf.

La pequeña Ofka Baruth estaba muy, pero que muy insatisfecha. Y muy enfadada con la castellana. A Ofka nunca le había gustado demasiado la castellana, a menudo dejaba su madre en manos de la castellana actividades que Ofka detestaba, sobre todo el comer gachas y el lavarse. Aquel día, sin embargo, la castellana había hecho enfadar a Ofka terriblemente: la había arrancado con violencia de su juego. El juego consistía en tirar un piedra plana sobre un montón de mierda de vaca fresca y gracias a su alegre simpleza el juego estaba últimamente de moda entre los coetáneos de Ofka, sobre todo entre los retoños de la guardia del castillo y de los sirvientes.

Expulsada de sus juegos, la muchacha refunfuñaba, renegaba e intentaba obstaculizar todo lo que podía a la castellana. Iba andando a pequeños pasos, ante lo cual la castellana casi tenía que ir arrastrándola. Reaccionaba con bufidos enfadados a las amonestaciones y en general a todo lo que decía la castellana. Porque aquello le importaba un pimiento. Estaba harta de traducir las palabras del abuelo Tammo, porque la habitación del abuelo apestaba, y al cabo, también el abuelo olía mal. Le importaba un pimiento el que acabara de llegar a Sterzendorf el tío Apecz, que el tío Apecz le trajera al abuelo una noticia extraordinariamente importante, que precisamente se la está transmitiendo y que cuando termine, el abuelo Tammo tendrá,

como de costumbre, mucho que decir, y excepto ella, la bien nacida señorita Ofka, nadie entendía ni papa de lo que hablaba el abuelo Tammo.

A la bien nacida señorita Ofka no le importaba nada todo aquello. No tenía más que un deseo: volver al lado de la muralla a tirar piedras planas a los montones de mierda de vaca.

Ya en la escalera escuchó los sonidos que llegaban de la habitación del abuelo. Las noticias transmitidas por tío Apezc debían de ser verdaderamente espantosas, incluso terribles, puesto que Ofka jamás había oído gritar así al abuelo. Nunca. Ni siquiera entonces cuando se enteró de que el mejor alazán de sus establos se había envenenado con algo y había muerto.

—¡Uuaahha-uuaha-buhhauahhu-uuuaaha! —le llegó desde la habitación—. Hrrrrhyr-hhhyh... ¡Uaarr-raaah! O-o-oooo...

Luego se escuchó:

—Bzppprrrr... Ppppprrrruuu...

Cayó un pesado silencio.

Luego salió tío Apezc de la habitación. Miró largo rato a Ofka. Y todavía más largo a la castellana.

—Por favor, que se prepare la comida en la cocina —dijo por fin—. Airead la habitación. Y llamad a un cura. Por este orden. Impartiré las siguientes órdenes cuando haya comido.

»Mucho —añadió, viendo por la expresión de la castellana que adivinaba la verdad—. Mucho va a cambiar ahora aquí.

Capítulo vigesimoprimerο

En el que de nuevo aparece el goliardo rojo y el carro negro y en el carro más de cinco cientos de gúldenes. Y todo a consecuencia de que otra vez Reynevan anda corriendo detrás de unas faldas.

Hacia el mediodía le cortó el camino un enorme campero de troncos arrancados y derribados por el viento, que llegaba hasta la lejana pared del bosque. El espectáculo de destrozados maderos, el desorden de retorcidas astas, el caos de las raíces arrancadas casi dolorosamente de la tierra y el laberinto del bosque desbaratado por la tormenta se correspondían con la verdadera imagen de su alma. El alegórico paisaje no sólo le hizo ralentizar el paso, sino que lo obligó a pensar.

Después de haberse separado del duque Bolko Woloszek, Reynevan viajó apático hacia el sur, allá hacia donde el viento arrastraba las grandes bolas de unas oscuras nubes. No sabía por qué había elegido aquella precisa dirección. ¿Acaso porque Woloszek al despedirse le había señalado hacia allí? ¿Acaso había elegido instintivamente la senda que lo alejaba del lugar y de los hechos que le producían temor y asco? ¿De los Sterz, de Strzegom y el señor de Laasan, Hayn von Czirne, la Inquisición de Swidnica, el castillo de los Stolz, Ziebice, el duque Juan...?

Y de Adela.

El viento empujaba las nubes tan bajo que casi parecía que se iban a topar con las puntas de los árboles que se elevaban al otro lado del claro. Reynevan suspiró.

¡Ah, cómo le dolían, cómo le apretaban el corazón y las entrañas las frías palabras del duque Bolek! ¡En Ziebice no tenía ya nada que buscar! ¡Por los clavos de Cristo! Aquellas palabras, puede ser que por ser tan brutalmente sinceras, tan verdaderas, dolían más que la fría e indiferente mirada de Adela, más que su cruel voz cuando azuzó contra él a los caballeros, más que los golpes que por esta causa llovieron sobre él, más que su prisión. En Ziebice ya no tenía nada que buscar. En Ziebice, a la que se había dirigido lleno de esperanza y amor, derechamente al peligro, arriesgando la salud y la vida. ¡En Ziebice ya no tenía nada que buscar!

Entonces no tengo ya nada que buscar en ningún lugar, pensó, con la vista fija en el caos de raíces y troncos. Así que en vez de huir y buscar aquello que ya no existe, ¿no será mejor volver a Ziebice? ¿Encontrar la forma de ver cara a cara a la amante infiel? ¿Para que, como aquel caballero del romance, el que había sacado el guante de una dama de ligeros cascos de un foso con panteras y leones, arrojar al rostro a Adela, como si fuera el guante, sus amargos reproches y frío desprecio? Ver cómo la indigna palidece, cómo se colma de desconcierto, cómo retuerce las manos, cómo baja la vista, cómo le tiemblan los labios. ¡Sí, sí, que suceda lo que haya de suceder, sólo con poder contemplar cómo se le empalidece el rostro, cómo se abochorna al

darse cuenta de su desvergonzada infidelidad! ¡Hacer que sufra! Que le reconcoma la conciencia, que la consuman los remordimientos...

Sí, claro, habló el buen juicio. ¿Remordimientos? ¿Conciencia? ¡Idiota! Ella se echará a reír y ordenará que te vuelvan a amarrar y a meter en la torre. Y se irá a ver al duque Juan y los dos yacerán en la cama, harán el amor, qué digo, follarán de tal modo que la cama crujiará. Y no habrá allí remordimientos ni penas. Habrá risas porque a los juegos de amor se añadirán, como especia picante, el placer y el fuego de las burlas acerca del ingenuo Reinmar de Bielau.

El buen juicio, constató Reynevan sin asombro alguno, hablaba con la voz de Scharley.

El caballo de Enrique Hackeborn relinchó, meneó la testa. Scharley, pensó Reynevan, palmeándole el cuello, Scharley y Sansón. Se quedaron en Ziebice. ¿Se quedaron? ¿O puede que apenas lo arrestaran huyeran a Hungría, contentos de haberse librado del obstáculo? Scharley había alabado no hacía mucho la amistad, cosa grande, dijo, y hermosa. Pero antes —y qué verdadero y sincero aquello sonaba, qué poco de burla había en ello— declaró que para él no contaba más que su propio bienestar, su dicha y su felicidad, y que al resto se lo llevara el diablo. Así habló y en realidad...

En realidad a mí esto, ahora, no me sorprende.

El castellano de Hackeborn relinchó de nuevo. Y le respondió un relincho.

Reynevan alzó la cabeza, justo a tiempo para distinguir a un jinete al borde del bosque.

Una amazona.

Nicoletta, pensó con asombro. ¡Nicoletta la Rubia! Yegua cenicienta, cabellos claros, gris manto. ¡Es ella, con toda seguridad!

Nicoletta lo vio casi en el mismo momento que él a ella. Pero pese a lo que esperaba, no le saludó con la mano ni le gritó con fuerza y alegría. Al contrario. Dio la vuelta al caballo y se lanzó a la huida. Reynevan no se lo pensó mucho tiempo. Para ser más exactos, no se lo pensó ni un segundo.

Tiró de las riendas del castellano y se lanzó tras ella, por el borde del claro. Al galope. Los ramajes podían costarle al alazán el romperse una pata y a su jinete el quebrarse el cuello. Pero como se ha dicho, Reynevan no pensaba. El caballo tampoco.

Cuando entró en el bosque, entre los pinos, siguiendo a la amazona, ya sabía que se había equivocado. En primer lugar, el caballo gris no era la rápida yegua de raza que conocía, sino una jamelga huesuda y destartalada, que galopaba por el sotobosque pesadamente y sin gracia alguna. Y la muchacha que iba sobre la jamelga no podía ser en ningún caso Nicoletta la Rubia. La valiente y decidida Nicoletta —o, se corrigió en su mente, mejor dicho Catalina Biberstein— no habría cabalgado, en

primer lugar, sobre una montura de dama. En segundo, no se habría encogido en ella tan desesperadamente, no miraría hacia atrás con terror. Y no habría chillado de tal modo. Seguro que no habría chillado.

Cuando por fin cayó en la cuenta de que iba persiguiendo por los bosques a una muchacha completamente extraña como un cretino o un pervertido, ya era demasiado tarde. La amazona, entre chillidos y retumbar de cascos, había salido a un claro. Reynevan salió también justo detrás de ella. Tiró de las riendas del caballo, pero el tozudo alazán del caballero no se dejó detener.

En el claro había personas, caballos, toda una cohorte. Reynevan distinguió a algunos peregrinos, unos cuantos franciscanos con hábitos pardos, unos cuantos ballesteros armados, un sargento gordo, un furgón con una pareja y cubierto con una lona negra de pez. Un individuo sobre un caballo prieto, que llevaba un manto con cuello de piel de castor y un gorro de lo mismo. El individuo, por su parte, ya había visto a Reynevan y se lo señalaba al sargento y los armados.

El inquisidor, pensó Reynevan con miedo, pero al instante se dio cuenta de su error y se acordó. Ya había visto antes aquel carro, ya había visto antes al hombre del cuello y el gorro de piel de castor. Dzierzka de Wirsing le había dicho quién era, allá en la posada donde había hecho un alto con sus caballos. Era el alcaballero.

Con la vista fija en el carro cubierto con la lona negra, se dio cuenta de que también había visto aquel carro otra vez, más tarde. Recordó también las circunstancias en que lo había visto, lo que hizo que de inmediato tuviera ganas de echar a correr. No le dio tiempo. Antes de que consiguiera hacer volver al caballo, que pateaba y tiraba la testa, los armados se acercaron al galope, lo rodearon, cortándole el camino al bosque. Viendo que era el objetivo de algunas ballestas listas para disparar, Reynevan dejó caer las riendas, alzó los brazos.

—¡Estoy aquí por casualidad! —gritó—. ¡Por error! ¡Sin malas intenciones!

—Cualquiera puede decir eso —dijo, acercándose, el recaudador castoril. Lo observó con una mirada extraordinariamente siniestra, contemplándolo con tanta atención y con tanta sospecha que Reynevan se quedó congelado a la espera de lo inevitable y fatal. Es decir, de que el recaudador lo reconociera.

—¡Vaya, vaya! ¡No sigáis! ¡Yo conozco a este hidalgo!

Reynevan tragó saliva. Decididamente, aquél era el día de la reanudación de antiguas conocencias. Quien lo llamaba era, precisamente, el goliardo con el que había hablado en Kromolin, la sede de los caballeros de rapiña. Era el mismo que había leído el manifiesto husita y luego, junto con Reynevan, se había escondido en la quesera. No era ya joven, iba vestido con un jubón de basquina de dientes recortados y con una capucha puntiaguda y roja, de la que surgían los ensortijados mechones de unos cabellos que ya peinaban muchas canas.

—Conozco bien a este hidalgo —repitió, acercándose—. De buena familia es.

Llámase... Reinmar von Hagenau.

—¿No será descendiente del célebre vate? —Los rasgos del recaudador castoril se suavizaron un tanto.

—No.

—¿Y por qué nos sigue? ¿Por nuestro rastro va? ¿Eh?

—¿Pero qué rastro ni qué ocho cuartos? —el goliardo, con un bufido, preguntó rápido—. ¿Ciego os habéis vuelto o qué? ¡Pues si salió del bosque! Si hubiera estado siguiendo, habría ido por el camino.

—Hmmm, ciertamente. ¿Y lo conocéis, decís?

—Como la palma de mi mano —afirmó el goliardo con voz alegre—. Veis pues que sé su nombre. Y él el mío. Que me llamo Tybald Raabe. Venga, decid, don Reinmar, ¿cómo me llamo?

—Tybald Raabe.

—¿Lo veis?

A la vista de una prueba tan irrefutable el recaudador tosió, se colocó su gorro de castor, ordenó a los soldados que retrocedieran.

—Perdonad, hmmm... Pudiera pareceres que sea demasiado precavido... ¡Pero he de ser muy cauto! Más no me es dado decir. En fin, señor Hagenau, podéis...

—... cabalgar con nosotros —terminó el goliardo con donosura, habiendo hecho antes un disimulado guiño dirigido a Reynevan—. Vamos a Bardo. Juntos. Porque en compañía se viaja más amablemente y... con mayor seguridad.

La pequeña comitiva se movía despacio, el destrozado camino del bosque les hacía reducir su velocidad hasta tal punto que podían seguirlos sin problema los que iban a pie, cuatro peregrinos con sus bastones y cuatro franciscanos que iban tirando de un pequeño carrito. Todos los peregrinos tenían las mismas narices rojoazuladas, señal indiscutible del amor a la bebida y otros pecadillos de juventud. Los franciscanos eran jovencitos.

—Los peregrinos y los hermanos menores —explicó el goliardo— también se dirigen a Bardo. A la Santa Imagen de la Montaña, sabéis, la Virgen de Bardo...

—Lo sé —lo interrumpió Reynevan, al tiempo que se aseguraba de que nadie estuviera escuchando, en especial el recaudador que iba junto a su negro furgón—. Lo sé, señor... Tybald Raabe. Lo que no sé es...

—Parece ser que ha de ser así —lo cortó el goliardo—. No hagáis preguntas vanas, señor Reinmar. Y sed un Hagenau. Y no un Bielau. Así será más seguro.

—Estabas en Ziebice —adivinó Reynevan.

—Estaba. Y oí algunas cosas... En fin, lo suficiente como para asombrarme al veros aquí, en los bosques de Goleniow. Porque las nuevas proclamaban que estabais en una torre. Oh, la de pecadillos que se os imputaban... Cómo se comadreaba... Si no os conociera...

—Pero me conoces, pues.

—Os conozco. Y os aprecio. Por ello digo: venid con nosotros. A Bardo... ¡Por Dios! No la miréis tanto, señor. ¿No os basta con haberla andado persiguiendo por esos bosques?

Cuando la doncella que iba a la cabeza de la comitiva volvió la cabeza por vez primera, Reynevan casi dio un respingo. De la impresión. Y del asombro. Que hubiera podido confundir a aquel monstruito con Nicoletta. Con Catalina Biberstein.

Tenía los cabellos, cierto, casi del mismo color, claros como la paja, producto típico en Silesia de la mezcla de padres rubios de las riberas del río Elba con madres igualmente rubias de las orillas del Warta y el Prosna. Mas ahí se acababa todo parecido. Nicoletta tenía el cutis como el alabastro, la frente y la barbilla de la muchacha estaban decoradas con pústulas. Nicoletta tenía ojos azules como las flores del trigo, los de la muchacha llena de granos eran anodinos, acuosos y saltones como los de una rana, lo que se podía achacar al miedo. La nariz era demasiado pequeña y roma, en cambio tenía los labios demasiado anchos y pálidos. Habiendo al parecer oído campanas acerca de las modas del momento, se había afeitado las cejas, aunque con fatales resultados: en lugar de tener un aspecto a la moda, parecía una tonta. La impresión la culminaban sus vestidos: llevaba un trivial gorrito de piel de conejo y debajo de la capa un vestido gris, sencillamente cortado, cosido con lana mala y sin cardar. Catalina Biberstein, con toda seguridad, se habría vestido mejor.

Vaya un monstruito, pensó Reynevan, pobre monstruito. No le faltan más que cicatrices de viruela. Pero tiene toda la vida por delante.

El caballero que cabalgaba al lado de la muchacha, no era posible pasarlo por alto, ya había pasado las viruelas, su corta barba gris no cubría las cicatrices. Las riendas del bayo en el que iba estaban muy gastadas y el tipo de cota de malla que vestía no se llevaba desde la batalla de Legnica. Un hidalgo pobre, pensó Reynevan, como muchos otros. Un *vassus vassallorum*^[175] de la baja nobleza. Lleva a la hija a un convento. ¿Porque si no, adónde? ¿Quién querría a alguien así? Sólo las clarisas o las monjas del Císter.

—Dejad de mirarla —le susurró el goliardo—. No es de recibo.

En fin, efectivamente, no era de recibo. Reynevan suspiró y volvió la vista, concentrándose por completo en los robles y ojaranzos que crecían a las lindes del camino. Pero ya era demasiado tarde.

El goliardo maldijo por lo bajo. El caballero vestido con cota de malla legnisana detuvo al caballo y esperó a que se pusieran a su altura. La expresión de la cara la tenía sombría y seria. Alzó orgulloso la cabeza, apoyó un puño en la cadera, junto a la empuñadura de la espada. La cual estaba tan pasada de moda como la cota de malla.

—El noble señor Hartwig von Stietencron. —Tybald Raabe carraspeó e hizo las presentaciones—. Don Reinmar von Hagenau.

El noble Hartwig von Stietencron contempló a Reynevan durante un instante, pero, pese a lo que éste esperaba, no preguntó acerca de parentescos con el célebre vate.

—Amedrentasteisme la hija, señor —afirmó con altanería—. Cuando la perseguisteis.

—Mil perdones os pido. —Reynevan hizo una reverencia, sintió cómo se le ruborizaban las mejillas—. La seguí, ciertamente... por equívoco. Os pido que me perdonéis. Y a ella, si lo permitís, se lo pido, de rodillas...

—No os arrodilléis. —El caballero lo cortó—. Dejadla en paz. Medrosa es. Apocada. Mas buena hija. La llevo a Bardo...

—¿Al convento?

—¿Por qué tal juzgáis? —El caballero frunció el ceño.

—Porque pío y devoto parecéis. —El goliardo salvó a Reynevan de la situación—. Píos y devotos ambos parecéis.

El noble Hartwig von Stietencron se inclinó en su silla, gargajeó y escupió, para nada pío y en absoluto caballeroso.

—Dejadme en paz a la hija, señor Von Hagenau —repitió—. Del todo. ¿Entendido?

—Entendido.

—Bien. Mis respetos.

Algo así como una hora después, el carro cubierto con la lona negra se atrancó en el barro, para sacarlo hubo que emplear todas las fuerzas al alcance, sin descontar a los hermanos menores. No hay que decir que no se rebajaron al trabajo físico ni la nobleza, es decir, Reynevan y Von Stietencron, ni la cultura y el arte, en la persona de Tybald Raabe. El recaudador castoril se puso muy nervioso con el incidente, corría, maldecía, daba órdenes, miraba con desasosiego al bosque. Debió de advertir la mirada de Reynevan, porque apenas se liberó al vehículo y la comitiva reemprendió la marcha, consideró necesario explicar sus razones.

—Habéis de saber —comenzó, introduciendo el caballo entre Reynevan y el goliardo— que se trata de la carga que transporto. Doy fe, no es cualquier cosa.

Reynevan no dijo nada. Sabía bien de todos modos de qué se trataba.

—Sí, sí. —El recaudador bajó la voz, miró a su alrededor con cierto miedo—. No llevamos cualquier menudencia en el carro. A otro no se lo diría, mas vos sois al fin y al cabo un noble, de buena familia y se os ve en los ojos que honrado. De modo que os lo diré: llevamos los impuestos recaudados.

Hizo otra pausa, aguardando preguntas curiosas. Mas fue en balde.

—Un impuesto —continuó— acordado en el Reichstag de Frankfurt. Especial, sólo una vez. Para la guerra contra los herejes checos. Cada uno paga según sus haberes. El caballero cinco gúldenes, el barón diez, el clérigo cinco de cien de sus

ingresos anuales. ¿Entendéis?

—Entiendo.

—Y yo soy el recaudador. Lo que se junta, lo transporto en el carro. En un cofre. Y no hay poco, habéis de saber, porque en Ziebice no de un barón cualquiera sino de los Fúcar recaudé. No os ha pues de sorprender que vaya con precaución. No hace ni una semana que me asaltaron. No lejos de Rychbach, una aldea cabe Lutomia.

Reynevan tampoco habló ahora, ni preguntó. Sólo asentía con la cabeza.

—Caballeros de rapiña. ¡Una tropa de miedo! El mismo Paszko Rymbaba, lo conocieron. Doy fe, nos habrían dado muerte, por suerte apareció el señor Seidlitz en nuestro socorro, echó a los bellacos. A él una herida se le asestó en la lucha, lo que le hizo montar en terrible cólera. Juró que le pagarían los *raubritter* y, doy fe, mantendrá la palabra, pues los Seidlitz son rencorosos.

Reynevan se pasó la lengua por los labios, mientras seguía asintiendo maquinalmente.

—Gritó en su cólera el señor Seidlitz que los capturaría a todos y que les daría leña, les daría tormento de tal modo que ni el mismo duque de Cieszyn, Noszak, le diera al bandido Chrzan, sabéis, el que le mató al su hijo, al joven duque Przemek. ¿Os acordáis? Mandólo subir a un caballo de cobre lleno de agua hirviendo y con tenazas y garfios desgarrarle el cuerpo... ¿Lo recordáis? Ja, veo por vuestro gesto que lo recordáis.

—Mmm.

—Bien estuvo que pudiera decirle al señor Seidlitz quiénes fueran los tales ladrones. Paszko, como antes dijera, Rymbaba, y donde está Paszko, allí está también Kuno Wittram, y donde estos dos, doy fe, también Notker Weyrach, viejo bandolero. Mas también otros estuvieron, también a éstos se los describí al señor Seidlitz. Un truhán gigantón, de jeta boba, doy fe, un desvariado. Un tipejo menos grande, narigón, lo miras y sabes: un bribón. Y aun un polluelo, un jovencito, con vuestros años, de apostura parecida a la vuestra, incluso un poco parecido a vos, me da la impresión... Pero no, qué digo, vos sois un joven hermoso, de perfil noble, igualito, igualito que San Sebastián en los retablos. Y a aquel otro se le veía en los ojos que era un bergante.

»Y mientras, hablaba yo y hablaba, y entonces el señor Seidlitz se echó a gritar como loco. Que él conocía a aquellos picaros, que había oído de ellos, su suegro, el señor Guncelin von Laasan también los andaba persiguiendo a esos dos, al narigón y al polluelo, por un asalto que tuvo lugar en Strzegom. En qué modo, mirad, se enlazan los destinos... ¿Os asombráis? Esperad, que ahora más todavía habrá cosa de asombro. Ya estaba a punto de irme de Ziebice, y me dice el paje que alguien anda dando vueltas a la rueda del carro. Acercárame y, ¿qué veo? ¡Al mencionado narigón y al gigante tontorrón! ¿Os dais cuenta? ¡Qué granujas redomados!

El recaudador hasta se atoró de la rabia. Reynevan asintió y tragó saliva.

—Entonces en un decir amén —continuó el alcabalero— me planté en el ayuntamiento, di parte, denuncié. De seguro que ya los habrán apresado, de seguro que ya andará el señor maestro apretando la rueda en las mazmorras. ¿Y os dais cuenta cuál fuera el tal proceder? Ambos granujas, junto con aquel otro, el polluelo, con toda seguridad que espiaban para los caballeros de rapiña, le daban señal a la banda de a quién habían de asaltar. Yo estaba asustado de si no andarían acechándome en el camino, bien informados. Y mi escolta, como veis, ¡menos que modesta es! ¡Todos los caballeros ziebicanos prefieren los torneos, los banquetes, puff, los bailes! Miedo, pues, y que la vida mía me es cara, y una pena que estos más de quinientos gúldenes en las garras de los bandoleros fueran a caer... Siendo como están destinados a un objetivo santo.

—Seguro que una pena —se inmiscuyó el goliardo—. Y seguro que santo. En fin, santo y bueno no siempre van en pareja, je, je. De modo que yo recomendé al señor alcabalero que renunciara a los caminos reales y atravesara el bosque recatadamente, pío-pío, hasta Bardo.

—Y que Dios nos proteja. —El alcabalero alzó los ojos al cielo—. Y los patronos de los recaudadores de impuestos, el santo Aducto y San Mateo. Y la Virgen de Bardo, famosa por sus milagros.

—Amén, amén —dijeron, al oírlo, los peregrinos de los bastones, que iban al lado—. ¡Alabada sea la Santísima Virgen, protectora y defensora nuestra!

—¡Amén! —añadió Von Stietencron, y el monstruito se persignó.

—Amén —concluyó el recaudador—. Un lugar santo, señor Hagenau, os digo, Bardo, amado por la Madre de Dios. ¿Sabéis que al parecer se ha vuelto a aparecer en la cumbre de Bardo? Y llorando, otra vez, como entonces, en el año cuatrocientos. Unos dicen que ello anuncia desgracias que en poco habrán de caer sobre Bardo y la Silesia entera. Otros dicen que la Madre de Dios llora porque la fe se debilita, el cisma se propaga. Los husitas...

—Vos no veis más que husitas por doquier y por doquier no más que herejías descubris —lo interrumpió el goliardo—. ¿Y no pensáis que la Santísima Virgen podría llorar por causas muy distintas? ¿No será que sus lágrimas fluyen cuando vuelve sus ojos a los clérigos, a Roma? ¿Cuándo ve la simonía, la lujuria vergonzosa, el hurto? Y, en fin, apostasía y herejía, porque, ¿acaso no es herejía el actuar en contra del evangelio? ¿No llorará la Madre de Dios al ver cómo los santos sacramentos se convierten en juego falso y perjurio porque los imparte un sacerdote que vive en el pecado? ¿No será que la enoja y entristece lo mismo que entristece y enoja a muchos? Siendo rico entre los ricos, ¿por qué el Papa no construye la iglesia de Pedro de su propio dinero en vez de hacerlo con el dinero de los fieles pobres?

—Oh, mejor que cerréis el pico...

—¿No llorará la Madre de Dios —el goliardo no se dejaba acallar— cuando ve cómo en vez de orar y vivir en la pobreza, se inmiscuyen los curas en la guerra, la política, el poder? ¿Cuándo gobiernan? Y en lo tocante a sus gobiernos, cuán acertadas son las palabras del profeta Isaías: «¡Ay de los que promulgan decretos inicuos y redactan prescripciones onerosas para impedir que se haga justicia a los débiles y privar de su derecho a los pobres de mi pueblo, para hacer de las viudas su presa y expoliar a los huérfanos!».

—Doy fe —el recaudador sonrió torcidamente— de que son duras palabras, duras, señor Raabe. Y aun diría que también se os pueden aplicar a vos, que vos mismo no estáis sin pecado. Habláis como hombre de política, por no decir como sacerdote. En vez de hacer lo que os es menester, dedicaos al laúd, las rimas y los cantos.

—¿Rimas y cantos, decís? —Tybald Raabe tomó el laúd del arzón—. ¡Cómo deseáis!

*¡Del emperador sus pollos
el anticristo son todos,
su poder no es de Cristo
sino del anticristo
que el emperador es listo!*

—Joder —murmuró el recaudador mirando alrededor—. Ya puestos, prefiero que habléis.

*¡Cristo, por tus clavos,
líbranos de estos pavos,
danos curas buenos
que nos manden al cielo
y al anticristo al cuerno!
Polacos, germanos,
todos mis hermanos,
no os fiéis de su habla,
ni de sus palabras,
la verdad Wiclif la habla^[176].*

La verdad la habla, repitió Reynevan maquinalmente, sumido en sus pensamientos. La verdad la habla. ¿Dónde he oído ya estas palabras?

—Llegará el día, señor Raabe, que estos cánticos os traerán la desgracia —dijo entonces el recaudador con voz agria—. Y vos, hermanos, me asombro de que escuchéis esto con tanta serenidad.

—A menudo se encierra la verdad en los cánticos —sonrió uno de los franciscanos—. La verdad es la verdad, no hay que soslayarla, ha de aguantársela aunque duela. ¿Y Wiclif? En fin, erró, mas *libri sunt legendi, non comburendi*^[177].

—Wiclif, Dios le perdone —añadió otro—, no fue el primero. Doliérase ya de los asuntos de los que aquí ha habido plática, nuestro grande hermano y patrón, el pobrecito de Asís. No se pueden cerrar los ojos ni volver la cabeza: mal andan las cosas. Los clérigos se alejan de Dios, se ocupan de cosas mundanas. En vez de vivir modestamente son más ricos que duques y barones...

—Y al fin y al cabo dijo Jesús, como atestiguan los evangelios —añadió otro, bajito—, *nolite possidere aurum neque argentum ñeque pecuniam in zonis vestris*^[178].

—Y las palabras de Jesús no puede corregirlas ni cambiarlas nadie, ni siquiera el Papa —dijo, carraspeando, el gordo sargento—. Y si esto hace, entonces no es Papa, sino como en la canción: el verdadero anticristo.

—¡Cierto! —gritó, tocándose su nariz azulada, el más mayor de los peregrinos—. ¡Así es!

—¡Ah, por Dios! —se enfadó el recaudador—. ¡Punto en boca! ¡Vaya unos compañeros de viaje que me han tocado! Todo lo que dicen no es más que charlatanería valdense y begarda. ¡Pecado!

—Os será perdonado —bufó, mientras afinaba el laúd el goliardo—. Al fin y al cabo recaudáis impuestos para un santo designio. Los santos Aducto y Mateo se pondrán de vuestra parte.

—¿Advertís, don Reinmar —dijo el alcabalero con evidente pena—, el tono con el que habla? Doy fe, todos son testigos de ello, de que los impuestos se recaudan para propósitos píos, para el bien de la comunidad ¿Qué hay que pagar, porque tal es el orden del mundo? Todos lo saben. ¿Y qué? Nadie aprecia a los recaudadores de impuestos. Sucede a veces que huyen al monte no más verlo. Les azuzan, a veces, los perros. Palabrotas les dicen. E incluso aquéllos que pagan, míranlos como a apestados.

—Triste suerte. —El goliardo meneó la cabeza, guiñándole un ojo a Reynevan—. ¿Y no habéis deseado nunca cambiarla? ¿Teniendo tantas ocasiones?

Tybald Raabe era, como resultó, persona perspicaz y avispada.

—No os retorzáis así en la silla —dijo a Reynevan por lo bajo, acercando mucho su caballo—. No miréis a Ziebice. Debéis evitar Ziebice.

—Mis amigos...

—Oí lo que decía el recaudador —lo interrumpió el goliardo—. Acudir en ayuda

de los amigos es cosa loable, mas vuestros amigos, si me permitís decirlo, no tenían el aspecto de no ser capaces de apañárselas ellos solos. O de dejarse arrestar por la guardia municipal de Ziebice, famosa ella, como suelen serlo todos los guardianes de la ley, por su iniciativa, pasión, rapidez de actuación, valentía e inteligencia. No penséis, repito, en regresar. Nada les pasará a vuestros camaradas en Ziebice, pero para vos esa villa es la perdición. Venid con nosotros a Bardo, señor Reinmar. Y de allí os conduciré personalmente a Bohemia. ¿Por qué abrí tanto los ojos? Vuestro hermano me era muy cercano.

—¿Cercano?

—Os asombraríais de hasta qué punto. Os asombraríais de todo lo que nos unía.

—A mí ya nada me asombra.

—Eso es lo que os parece.

—Si efectivamente eras amigo de Peterlin —dijo Reynevan al cabo de un instante de vacilación—, te alegrará la nueva de que sus asesinos fueron castigados. No viven ya ni Kunz Aulock ni ninguno de su compañía.

—Tanto va el cántaro a la fuente que al final se rompe —repitió Tybald Raabe el conocido refrán—. ¿Acaso a vuestra mano perecieron, señor Reinmar?

—No importa a manos de quién. —Reynevan enrojeció levemente al apreciar una nota de burla en la voz del goliardo—. Lo importante es que los comen los gusanos. Y Peterlin ha sido vengado.

Tybald Raabe guardó silencio largo rato, observando a un cuervo que volaba por encima del bosque.

—Lejos estoy —dijo por fin— de lamentar a Kirieleisón ni de llorar a Stork. Que se quemen en el infierno, se lo merecían. Pero no fueron ellos quienes mataron a don Peter. No ellos.

—¿Quién...? —Reynevan tragó saliva—. ¿Entonces, quién?

—Más de uno querría saberlo.

—¿Los Sterz? ¿O por encargo de los Sterz? ¿Quién? ¡Habla!

—Mas bajito, señor, más bajito. Con mayor discreción. Mejor que no caiga en oídos no apropiados. No sé deciros más aparte de lo que yo mismo escuchara...

—¿Y qué es lo que escuchasteis?

—Que en el asunto están mezcladas... fuerzas ocultas.

Reynevan guardó silencio por algún tiempo.

—Fuerzas ocultas —repitió con énfasis—. Sí, también yo he oído hablar de ello. Lo dijeron los competidores de Peterlin. Que le iban tan bien los negocios porque el diablo le ayudaba a cambio de su alma. Y que el diablo algún día se lo llevaría al infierno. Ciertamente, fuerzas oscuras y satánicas. Y pensar que te tenía, señor Tybald Raabe, por hombre serio y razonable.

—Callaré pues. —El goliardo se encogió de hombros y volvió la cabeza—. No

soltaré ni una palabreja más, señor. Porque temo decepcionaros aún más.

Con objeto de descansar, la pequeña caravana se detuvo junto a un enorme roble prehistórico, un árbol que sin duda recordaba muchos siglos. Bajo el roble correteaban las ardillas, incapaces de hacer nada con mesura y dignidad. Se desataron los caballos del carro cubierto con negra lona, mientras tanto la compañía se dispersó al pie de los troncos. De inmediato, como esperaba Reynevan, se enredaron en discusiones políticas que, acorde con sus expectativas, giraban en torno a la amenaza de la herejía husita que provenía de Bohemia, y en torno a la esperada cruzada que iba a empezar un día de éstos para ponerle punto final a la mencionada herejía. Pero aunque el tema era bastante típico y previsible, la discusión no se dirigió por los cauces previstos.

—La guerra es el mal —anunció inesperadamente uno de los franciscanos, rascándose la tonsura contra la que una ardilla había lanzado una bellota—. El mandamiento es: no matarás.

—¿Y en defensa propia? —preguntó el recaudador—. ¿Y de los haberes?

—¿Y en defensa de la fe?

—¿Y en defensa de la honra? —Hartwig von Stietencron agitó la cabeza—. ¡Vaya tonterías! ¡La honra ha de ser defendida y el deshonor se lava con sangre!

—Jesús en Getsemaní no se defendió —respondió el franciscano, bajito—. Y le ordenó a Pedro que guardara la espada. ¿Acaso quedó Él deshonorado?

—¿Pero qué escribe Agustín, *doctor Ecclesiae*, en *De ciuitate Dei*? —gritó uno de los peregrinos, demostrando lo leído que era. Algo que resultaba bastante sorprendente, puesto que el color de su nariz atestiguaba más bien otras querencias—. Allí se habla de la guerra justa. ¿Y qué guerra es más justa sino la guerra con el paganismo y la herejía? ¿No es acaso tal guerra agradable a los ojos de Dios? ¿No le es a Él agradable cuando alguien mata a Sus enemigos?

—¿Y qué escriben Juan Crisóstomo e Isidoro de Sevilla? —gritó otro erudito, con parecida nariz azulada—. ¿Y San Bernardo de Claravall? ¡Matar manda al hereje, a moros y ateos! ¡Cerdos impuros los llama! ¡Matar a éstos no es pecado, dice! ¡Es a la mayor gloria de Dios!

—¿Quién soy yo, Dios se apiade —el franciscano unió las manos—, para rebatir a los santos y doctores de la Iglesia? No estoy aquí para disputar. Yo no más repito las palabras de Cristo en el Monte. Él mandó amar al prójimo. Perdonar a los que nos ofendieran. Amar al enemigo y rezar por él.

—Y Pablo dijo a los efesios —añadió otro de los monjes, con voz igualmente baja— que se armaran contra Satán con el amor y la fe. No con lanzas.

—Dios nos conceda —el tercero de los franciscanos hizo la señal de la cruz— que venzan el amor y la fe. Que la concordia y la *pax Dei* reinen entre los cristianos. Porque también, mirad, ¿quién es el que saca provecho de nuestras diferencias? ¡El

musulmán! Nosotros andamos aquí discutiendo con los bohemios acerca de la Palabra de Dios y de la forma de la comunión, ¿y qué puede pasar mañana? ¡Mahoma y la media luna en las iglesias!

—En fin —bufó el peregrino más anciano—, puede que a los bohemios se les abran los ojos, que repudien su herejía. ¡Quizás les ayude el hambre! Porque toda Europa ha acordado un embargo, se ha prohibido el comercio y toda industria con los husitas. ¡Y a ellos les son necesarias armas y pólvora, sal y víveres! Si no repudian, entonces se los desarma y mata de hambre. Cuando el hambre les roya las tripas, ya veréis cómo se rinden.

—La guerra —repitió con énfasis el primer franciscano— es el mal. Eso ya lo hemos establecido. ¿Y a vos os parece que el tal bloqueo tiene que ver con las enseñanzas de Cristo? ¿Mandó Jesús en el Monte matar de hambre al prójimo? ¿A un cristiano? Porque dejando a un lado las diferencias religiosas, los bohemios son cristianos. No es bueno ese embargo.

—Cierto, hermano —habló Tybald Raabe, que estaba tirado bajo el roble—. No es bueno. Y además os diré todavía que a veces los tales embargos armas resultan ser de doble filo. Que no nos traiga las desgracias que le trajo a los lausacianos. Que no le costara a Silesia lo que le costara a la Alta Lausacia la Guerra de los Arenques del año pasado.

—¿La Guerra de los Arenques?

—Así la llamaron —aclaró el goliardo con voz serena—. Porque se trataba del embargo y también de los arenques. Si queréis, os lo contaré.

—¡Por supuesto que queremos! ¡Queremos!

—En fin —Tybald Raabe se enderezó, contento del interés que se le demostraba—, así fue: don Hynek Tocino de Kunsztat, noble bohemio, husita, grande era aficionado a los arenques y poco había que comiera con igual gusto que los arenques del Báltico, especialmente si estaban regados por cerveza o aguardiente o durante el ayuno. Y el caballero altolausaciano Enrique von Dohna, señor de Grafenstein, sabía de los gustos de don Tocino. Y como cabalmente por entonces la Dieta imperial andaba discutiendo acerca del embargo, don Enrique decidió dar en hechos lo que sólo eran palabras y poner *motu proprio* a los husitas en su lugar. Así que le bloqueó el aprovisionamiento de arenques. Enfadóse el señor Tocino, se avino a pedir, cierto es que religión es religión, ¡pero los arenques son los arenques! ¡Disputa tú conmigo de doctrina y liturgia, so papista, mas déjame en paz los arenques, porque los adoro! Y el señor Dohna a todo esto: los arenques, hereje, no te los voy a dejar pasar, así que traga tocino, don Tocino, hasta los viernes. ¡Y aquí se colmó la medida! Arre juntó el enrabiado don Hynek sus tropas, se lanzó contra los señoríos lausacianos llevando allá fuego y espada. El primero al que prendió fuego fue al castillo de Karlsfried, punto fronterizo y aduanero donde estaban retenidos los transportes de arenques. Pero

aquello poco fue para el señor Tocino, tan rabioso como estaba. Ardieron las aldeas de Hartau, las iglesias, las posadas, bah, hasta los arrabales del propio Zittau recibieron a los ojos con el resplandor de las llamas. Durante tres días el señor Tocino quemó y saqueó. ¡Mala ganancia tuvieron los lausacianos, ay, mala, con aquella Guerra de los Arenques! No quisiera nada parecido para Silesia.

—Será lo que Dios quiera —dijo el franciscano. Durante mucho rato nadie dijo nada.

El tiempo iba poniéndose cada vez peor, las nubes arrastradas por el viento se oscurecieron amenazadoramente, el bosque susurraba, las primeras gotas de lluvia comenzaron a besar las capuchas, los mantos, las ancas de los caballos y la lona del carro negro. Reynevan acercó su montura a Tybald Raabe, cabalgaron con los estribos pegados.

—Hermosa historia —habló en voz baja—. La de los arenques. Y la cantilena sobre Wiclif tampoco era mala. Extrañado estoy, sin embargo, de que no hayas concluido con la lectura de los Cuatro Artículos de Praga, como en Kromolin. Por curiosidad, ¿conoce el recaudador de impuestos tus pareceres?

—Los conocerá —respondió el goliardo, bajito— cuando llegue el momento. Porque, como dice el Eclesiastés, hay tiempo para callar y tiempo para hablar. Tiempo para buscar y tiempo para perder, tiempo para guardar y tiempo para tirar, tiempo para amar y tiempo para odiar, tiempo para la guerra y tiempo para la paz. Hay tiempo para todo.

—Esta vez estoy de acuerdo contigo.

En un cruce de caminos, entre blancos abedules, había una cruz penitencial de piedra, uno de los numerosos recordatorios de crimen y remordimiento que había por toda Silesia.

Hacia el frente se dirigía un claro camino arenoso, hacia las otras direcciones discurrían oscuras sendas boscosas. El viento arañaba las copas de los árboles, barriendo las hojas secas. La lluvia —de momento muy débil— golpeaba en el rostro.

—Para todo —le dijo Reynevan a Tybald Raabe— hay su tiempo. Así dice el Eclesiastés. Llegó pues el tiempo de despedirse. Vuelvo a Ziebice. No digas nada.

El recaudador lo miró. También los hermanos menores, los peregrinos, los soldados, Hartwig Stietencron y su hija.

—No me es posible —siguió Reynevan— dejar a unos amigos que pueden estar en necesidad. No es digno. La amistad es cosa grande y bella.

—¿Y he dicho yo otra cosa?

—Me voy.

—Id. —El goliardo asintió—. Sin embargo, si acaso quisierais cambiar de planes, señor, si sin embargo prefirierais Bardo y el camino a Bohemia... Nos alcanzaréis fácilmente. Viajaremos despacio. Y cabe Sciborowa Poreba tenemos idea de hacer un

largo alto. Sciborowa Poreba, ¿lo recordaréis?

—Lo recordaré.

Las despedidas fueron cortas. Más bien insulsas. Oh, los habituales deseos de buena suerte y auxilio divino. Reynevan dio la vuelta al caballo. Tenía en la mente la mirada con la que se separó de él la hija de Stietencron. Una mirada de ternero, suave, una mirada de unos ojos acuosos y llenos de deseo bajo unas cejas afeitadas.

Un monstruillo así, pensó mientras galopaba bajo el viento y la lluvia. Tan mal hecha como un espantapájaros. Pero sabe reconocer a un hombre de verdad al instante.

Había cabalgado como una legua cuando Reinevan reflexionó y se dio cuenta de lo tonto que era.

Cuando se tropezó con ellos en los alrededores del roble grande, ni siquiera se asombró demasiado.

—¡So, so! —gritó Scharley, sujetando a su caballo, que bailoteaba—. ¡Por todas las ánimas! ¡Es nuestro Reynevan!

Saltaron de las sillas, al cabo de un instante Reynevan tosía bajo el cordial abrazo de Sansón Mielles, un abrazo que amenazaba con partirle las costillas.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Scharley con una voz un tanto emocionada—. Escapó de los lacayos ziebicanos, se le escapó al señor Biberstein del castillo de Stolz. Mis respetos. Míralo, Sansón, mira que jovencito más talentoso. ¡No lleva conmigo más que dos semanas y fíjate todo lo que ha aprendido ya! ¡Por los clavos de Cristo, se ha vuelto astuto como un dominico!

—Va en dirección a Ziebice —advirtió Sansón, aparentemente frío, pero con una voz que también denotaba emoción—. Y ello apunta con toda claridad a falta de astucia. Y de razón. ¿Cómo es eso, Reinmar?

—El asunto ziebicano —dijo Reynevan, apretando los dientes— lo considero terminado. Y no lo ha habido nunca. Nada me une ya... a Ziebice. Nada me une ya con el pasado. Pero tenía miedo de que os hubieran apresado.

—¿Ellos? ¿A nosotros? ¡Estás bromeando!

—Estoy contento de veros. De verdad que me alegro.

—Estás sonriendo. Nosotros también.

La lluvia cobró fuerza, el viento azotaba los troncos de los árboles.

—Scharley —dijo Sansón—. Pienso que ya no hay por qué seguir las huellas... Lo que teníamos pensado no tiene ya razón, ni sentido. Reinmar está libre, nada lo ata, piquemos entonces espuelas en dirección a Opava, a la frontera húngara. Sugiero que dejemos Silesia y todo lo silesio a nuestras espaldas. Y con ello nuestros planes desesperados.

—¿Qué planes? —se interesó Reynevan.

—No importa. ¿Scharley? ¿Qué dices? Aconsejo que abandonemos nuestros

planes. Que rompamos el contrato.

—No entiendo de qué estáis hablando.

—Luego, Reinmar. ¿Scharley?

El demérito carraspeó muy fuerte.

—¿Romper el contrato? —repitió lo que había dicho Sansón.

—Romperlo.

Scharley, se veía, luchaba consigo mismo.

—Cae la noche —dijo por fin—. Y la noche es buena consejera. *La notte*, como dicen en Italia, *porta la consigna*^[179]. La condición es, y esto es mi contribución, que dicha noche sea dormida en lugar seco, caliente y seguro. Al caballo, muchachos. Y detrás de mí.

—¿Adónde?

—Ya veréis.

Estaba ya casi totalmente oscuro cuando aparecieron ante ellos unas borrosas cercas y unos edificios. Unos perros se pusieron a ladrar.

—¿Qué es esto? —preguntó Santón con preocupación en la voz—. Acaso...

—Esto es Debowiec —lo interrumpió Scharley—. Una granja perteneciente al monasterio cisterciense de Kamieniec. Cuando estuve prisionero con los deméritos, me mandaban a veces a trabajar aquí. En calidad de castigo, como acertadamente os supondréis. Por eso sé que es un lugar seco y cálido, como hecho para dormir bien. Y por la mañana se podrá encontrar algo de comer.

—Entiendo —dijo Sansón—, que los monjes te conocen. Que les pediremos hospitalidad...

—No será todo tan bonito —le volvió a cortar el demérito—. Ponedles las maneadas a los caballos. Los dejaremos aquí, en el bosque. Y vosotros seguidme. De puntillas.

Los perros de los cistercienses se tranquilizaron, ya ladraban mucho más despacio y sin ganas, cuando Scharley, con gran habilidad, rompió una tabla en la pared de un establo. Al cabo estaban ya en su oscuro, seco y cálido interior, que olía agradablemente a heno y grano. Poco después, habiéndose deslizado por una escalera hasta el pajar, ya se estaban calentando entre el heno.

—Durmamos —murmuró Scharley, haciendo crepitar la paja—. Una pena que en ayunas, pero propongo dejar la comida para la mañana, entonces se podrá con toda seguridad robar alguna pitanza, aunque no sean más que manzanas. Mas si alguien lo necesita, puedo ir ahora. Si alguien no aguanta hasta por la mañana. ¿Qué, Reinmar? A ti te tenía en mente, sobre todo como persona con dificultad para controlar sus primitivos instintos... ¿Reinmar?

Reynevan dormía.

Capítulo vigesimosegundo

En el que resulta que nuestros héroes han escogido con mala fortuna el lugar de pernocta. Se confirma también la conocida tesis —aunque la cosa se vea mucho más tarde— de que en tiempos históricos hasta las cosas más pequeñas pueden llegar a tener consecuencias no menos históricas.

Reynevan, pese a su cansancio, durmió mal y con desasosiego. Antes de quedarse dormido se había envuelto en el heno, que estaba atestado de cardos y pinchaba, encajándose entre Scharley y Sansón, con lo que se había ganado unos cuantos insultos y codazos. Luego gimió entre sueños ante la visión de la sangre surgiendo de los labios de Peterlin, acribillado por las espadas. Suspiró viendo a Adela de Sterz desnuda, cabalgando encima del duque Juan de Ziebice, gimió al ver cómo el duque se entretenía acariciando y apretando sus pechos bailarines. Luego, para su horror y desesperación, el lugar dejado libre por Adela lo ocupó Nicoletta la Rubia, es decir Catalina Biberstein, quien cabalgaba al incansable Piasta con no menos energía y entusiasmo. Y con una satisfacción final en ningún caso menor.

Luego hubo muchachas medio desnudas con el cabello al aire que volaban en escobas a través de un cielo iluminado por el resplandor de las hogueras, entre una bandada de cuervos graznando. Hubo un treparriscos que se deslizaba por una pared con el mudo pico abierto. Hubo un destacamento de caballeros encapuchados que galopaban por el campo, gritando algo ininteligible. Hubo una *turris fulgurata*, herida por el rayo, una torre que se desmoronaba, un hombre que caía de ella. Hubo un hombre corriendo por la nieve, ardiendo, envuelto en llamas. Hubo luego una batalla, el sonido de los disparos, el fuego de los cañones, el rumor de cascos, el relincho de los caballos, el entrechocar de las espadas, los gritos...

Lo despertó un rumor de cascos, los relinchos de unos caballos, el entrechocar de unas espadas, unos gritos. Sansón Mieles le tapó la boca con la mano en el último segundo.

El patio de los establos estaba lleno de caballeros y peones.

—Hemos caído de cojones —murmuró Scharley, observando la plazoleta a través de unas rendijas de la madera—. Cierto, como el erizo en la plasta.

—¿Es una persecución? ¿De los ziebicanos? ¿Me persiguen a mí?

—Peor. Es una puta reunión. Un montón de gente. Veo nobles. Y caballeros. Me cagüenla, ¿precisamente aquí? ¿En estos despoblados?

—Larguémonos mientras estemos a tiempo.

—Por desgracia —Sansón señaló con la cabeza en dirección al cercado de las ovejas—, ya es tarde. Hállase ya todo el terreno rodeado por gente armada. Da la sensación de que para no dejar pasar a nadie. Mas dudo que dejaran salir a nadie

tampoco. Nos hemos despertado demasiado tarde. Hasta me asombro de que no nos arrancara del sueño el aroma, llevan asando carne desde el alba...

Cierto, desde el patio les llegaba un aroma a asado cada vez más fuerte.

—Los de las armaduras llevan colores episcopales. —Reynevan también encontró una rendija para echar un vistazo—. Puede que sea la Inquisición.

—Estupendo —murmuró Scharley—. Joder, estupendo. La única esperanza que nos queda es que no miren en el pajar.

—Lamentablemente, es una esperanza vana —dijo Sansón Miele—, porque precisamente para acá se encaminan. Escondámonos en el heno. Y si nos encontraran, finjamos ser idiotas.

—Eso es fácil para ti.

Reynevan se abrió camino entre el heno hasta las tablas del suelo, encontró una rendija, pegó el ojo a ella. Vio cómo entraban en el pajar unos soldados y cómo, para su desesperación, examinaban cada rincón, pinchando incluso con las lanzas en los montones de heno y de gavillas. Uno se encaramó a la escalera, pero no entró en la troje, se conformó con echar un vistazo por encima.

—Alabada sea la eterna vagancia del soldado —susurró Scharley.

Para su desgracia no fue aquello el final. Después de los peones, entraron al pajar unos criados y unos monjes. Limpiaron y barrieron la era. Luego echaron olorosas agujas de abeto. Se trajeron banquetas. Se pusieron unas borriquetas de madera de pino y sobre ellas unas tablas. Las tablas fueron cubiertas con unas telas. Antes de que comenzaran a traer damajuanas y vasos, Reynevan ya sabía lo que estaba pasando.

Transcurrió un tiempo hasta que llegaron los nobles. Entonces todo se llenó de colores, se iluminó con las armaduras, las joyas, las cadenas y hebillas de oro, en una palabra, con cosas que no pegaban en absoluto con el tétrico interior del pajar.

—Joder... —susurró Scharley, también con el ojo puesto en una rendija—. Resulta que en este pajar han convocado una reunión secreta. No son cualquiera... Conrado^[180], el obispo de Wroclaw en persona. Y el que está a su lado es Ludwig, el duque de Brzeg y Legnica...

—Silencio...

Reynevan también había reconocido a los dos Piastas. Conrado, que desde hacía ocho años era obispo de Wroclaw, admiraba por su apostura verdaderamente caballeresca y su aspecto saludable, algo bastante sorprendente si tenemos en cuenta su afición a la bebida, su gula y su lujuria, vicios de dignidad clerical que eran por todos conocidos e incluso hasta se habían convertido en proverbiales. De seguro que aquello era de agradecer al poderoso y saludable organismo y a la no menos saludable sangre de los Piastas, puesto que otros magnates, incluso trasegando y putañeando menos, llevaban ya a la edad de Conrado una tripa hasta las rodillas,

bolsas bajo los ojos y narices rojizas, si acaso aún las poseían, las narices, digo. En cambio, Ludwig de Brzeg, que contaba con cuarenta primaveras, recordaba al rey Arturo de las miniaturas caballerescas: largos y ondulados cabellos que rodeaban, como una aureola, un rostro apasionado como el de un poeta pero muy masculino a la vez.

—Os invito a la mesa —anunció el obispo, asombrándolos de nuevo, esta vez con su voz juvenil y sonora—. Aunque esto sea un pajar y no un palacio, os dispensaremos con aquello que la casa posea, y las sencillas viandas aldeanas las regaremos con unos caldos magiars que ni el rey Segismundo en Buda puede permitirse siempre. Lo que bien puede corroborarnos el señor canciller real, el ilustrísimo señor Schlick. Y eso, por supuesto, si fuera capaz de hallar tal néctar.

Un hombre joven pero muy serio y de aspecto acaudalado hizo una reverencia. Sobre el gambesón llevaba un escudo: una cuña de plata en campo de gules y tres anillos de color opuesto.

—Gaspar Schlick —susurró Scharley—. El secretario personal, confidente y consejero del Luxemburgués. Gran carrera para un mozo imberbe como él...

Reynevan se quitó una paja de la nariz, sofocando con esfuerzo sobrehumano un estornudo. Sansón Mieles siseó en tono de advertencia.

—Doy la bienvenida con particular cordialidad —continuó el obispo Conrado— a su eminencia Giordano Orsini, miembro del colegio de cardenales y, al presente, nuncio de su santidad el Papa Martín. Bienvenido sea también el representante del estado de la Orden Teutónica, el noble Godofredo Rodenberg, regidor de Lipa. Saludo también a nuestro ilustre huésped de Polonia, así como a los de Bohemia y Moravia. Sed bienvenidos, sentaos.

—Hasta un puto teutón que ha venido —murmuró Scharley, intentando ampliar el hueco entre las tablas con ayuda de un cuchillo—. Regidor de Lipa. ¿Dónde está eso? En Prusia, seguro. ¿Y quiénes serán los otros? Veo a don Puta de Czastolowice... El grueso, con el león de sable en campo de oro es Albrecht von Kolditz, estarosta de Swidnica... Por su parte, ese del Odrzywas en el escudo debe de ser alguno de los señores de Kravarz.

—Silencio —susurró Sansón—. Y deja de rascar... Nos van a descubrir por las astillas que caigan en los vasos...

Abajo, ciertamente, se estaban alzando los vasos y se bebía, la servidumbre rondaba a su alrededor con las damajuanas. El canciller Schlick lanzó cumplidos al vino, mas no se supo si no era más que por diplomática cortesía. Los que estaban sentados a la mesa parecían conocerse los unos a los otros. Con algunas excepciones.

—¿Quién es —se interesó el obispo Conrado— vuestro joven acompañante, *monsignore* Orsini?

—Es mi secretario —le repuso el legado papal, un viejecillo pequeño, canoso y

de agradable sonrisa—. Llámase Nicolás de Cusa. Prevéole una gran carrera al servicio de la Santa Madre Iglesia. *Vero*, grandes servicios me ha prestado en esta la mi misión, sabe como ninguno otro derrotar las tesis heréticas, en especial de lolardos y husitas. Bien puede ello confirmarlo su ilustrísima el obispo de Cracovia.

—El obispo de Cracovia... —susurró Scharley—. Joder... Es decir...

—Zbigniew Olesnicki —confirmó Sansón Mieleles en un susurro—. En Silesia, en conciliábulo con Conrado. Maldita sea, dónde hemos ido a caer. Teneos quedos como ratones. Porque como nos descubran, estamos muertos.

—Si es así —continuó abajo el obispo Conrado—, entonces, ¿no será lo mejor que empiece don Nicolás de Cusa? Porque ciertamente tal es el propósito de nuestra reunión: poner punto final a la peste husita. Antes de que sean aquí servidas viandas y vino, antes de que comamos y bebamos, que el joven cura nos dé reprobación de las enseñanzas de Hus. Estamos atentos.

El servicio trajo en un soporte un buey asado y lo depositó sobre la mesa. Los cuchillos y los estiletes brillaron y se pusieron en acción. Sin embargo, el joven Nicolás de Cusa se levantó y comenzó a hablar. Y aunque los ojos le brillaban a la vista del asado, la voz del joven cura no tembló.

—Una chispa es cosa de poca entidad —dijo, exaltado—, mas si tropieza con algo seco, lleva a su perdición a grandes ciudades, murallas y bosques. Lo agrio de la leche también pareciera ser pequeño y sin importancia, y no obstante capaz es de agriar la leche en todos los calderos. Por su parte, tal y como dice el Eclesiastés, una mosca muerta descompone una vasija de aceite perfumado. Del mismo modo las falsas enseñanzas comienzan con uno, de dos o tres se concierta al principio su auditorio. Mas poco a poco el cáncer se extiende por el cuerpo y, como se dice, una oveja negra echa a perder el rebaño. Así es que ha de ahogarse la chispa no más aparezca, y retirar lo agrio de la leche, y extirpar lo malo del cuerpo y la oveja negra separar del rebaño, para que no se destruyan la casa, el cuerpo, el cántaro de leche ni el rebaño...

—Extirpar lo malo del cuerpo —repitió el obispo Conrado, al tiempo que rasgaba con los dientes un pedazo de buey del que resbalaba un jugo grasiento y sangriento—. Bueno, ciertamente decís la verdad, joven señor Nicolás. ¡La cirugía es la cosa! El yerro, el yerro afilado es la mejor medicina para el cáncer husita. ¡Cortarlo! ¡Degüellar a los herejes, degüellarlos sin piedad!

Los comensales también mostraron su aprobación balbuceando con la boca llena y gesticulando con huesos mordisqueados. El buey se iba transformando poco a poco en el esqueleto de un buey mientras Nicolás de Cusa derribaba uno tras otro todos los errores husitas, una tras otra todas las deformaciones de las enseñanzas de Wiclif: la negación de la transubstanciación, la negación de la existencia del purgatorio, el rechazo del culto a los santos y a sus imágenes, el rechazo a la confesión. También se

ocupó de la comunión *sub utraque specie* y también la atacó.

—Sólo en una especie —gritó— y ésta es en forma de pan, debe serles proveída la comunión a los fieles. Pues dice San Mateo: el pan nuestro de cada día, *panem nostrum supersubstantialem*^[181] danos hoy. Dice San Lucas: tomó pan, lo bendijo, lo partió y lo repartió a los discípulos. ¿Acaso se habla aquí de vino? Ciertamente, sólo una costumbre y no más es sancionada y confirmada por la Iglesia para que el hombre de bien tome la comunión. ¡Y esto ha de ser aceptado por todo aquél que profese la fe de Cristo!

—Amén —concluyó, mientras se lamía los dedos, Ludwig de Brzeg.

—¡Por mí —gruñó como un león el obispo Conrado, al tiempo que arrojaba un hueso a un rincón— pueden los señores husitas tomar la comunión incluso en la forma de una lavativa por la parte del culo! ¡Pero estos hideputas me quieren robar! ¡Hablan a gritos de la secularización general de los bienes de la Iglesia, de la pobreza evangélica del clero! ¡Es decir: quitárnoslo a nosotros y metérselo ellos al colete! ¡Por los clavos de Cristo, que esto no va a ser así! ¡Por encima de mi cadáver! ¡O mejor por encima de sus heréticas carroñas! ¡Así se pudran!

—De momento están vivos —dijo agriamente Puta de Czastolowice, el estarosta de Klodzko, al cual no hacía más que cinco días habían visto Reynevan y Scharley en el torneo de Ziebice—. De momento están vivos y con salud, en contra de lo que fuera predicho a la muerte de Zizka. Que se devorarían los unos a los otros, Praga, Tabor y los Huérfanos. De eso nada, señores. Quién contara con ello, la cagó.

—El peligro no sólo no mengua sino que acreciéntase —tronó con una potente voz de bajo Albrecht von Kolditz, estarosta y hetmán del ducado de Wroclaw y Swidnica—. Mis espías afirman que se está estableciendo una colaboración cada vez mayor entre los praguenses y Korybut con los herederos de Zizka: Jan Hviezda de Vicemilice, Bohulas von Svamberk y Rohac de Dubé. Hablase en voz alta de expediciones guerreras comunes. Don Puta tiene razón. Erraron quienes tras la muerte de Zizka contaran con un milagro.

—Y no hay que contar con más milagros —introdujo Gaspar Schlick con una sonrisa—. Ni con que nos enderezara el asunto del cisma bohemio el Preste Juan viniendo de la India con miles de caballos y elefantes. Nosotros, nosotros mismos hemos de ponerle remedio a la cosa. Precisamente por ello es por lo que me envía el rey Segismundo. Hemos de saber con qué podemos contar en Silesia, Moravia y en el ducado de Opava. Estará bien también saber con qué podemos contar en Polonia. Y esto, espero, nos lo comunicará ahora su eminencia el obispo de Cracovia. Su actitud incomplaciente con el amparo polaco a los partidarios de Wiclif es de todos conocida. Y su presencia aquí demuestra que a favor está de la política del rey de Roma.

—En Roma —intercaló Giordano Orsini— sabemos con qué ardor y qué dedicación combate la herejía el obispo Sbigneus. En Roma sabemos de ello y no

olvidaremos recompensarlo.

—¿De modo que puedo entonces —Gaspar Schlick volvió a sonreír— dar por sentado que el reino de Polonia apoya la política del rey Segismundo? ¿Y que apoyará su iniciativa? ¿Con hechos?

—Contento estaría —bufó el caballero teutón Godofredo von Rodenberg, que estaba apoyado en la mesa—, ciertamente, de conocer la respuesta a tal pregunta. Enterarme de cuándo se puede esperar la activa participación de los ejércitos polacos en las cruzadas contra los husitas. Quisiera saber de ello por labios objetivos. De modo que os escucho, *monsignore* Orsini. ¡Todos os escuchamos!

—Cierto —añadió con una sonrisa Schlick, sin apartar los ojos de Olesnicki—. Todos os escuchamos. ¿Tuvo pues éxito vuestra misión en la corte de Jagiello?

—Largo platicué con el rey Ladislao —dijo con una voz algo triste el Orsini—. Mas, humm... Sin resultado alguno. En nombre de su santidad y con su venia, le entregué al rey de Polonia una reliquia, y aun una no poco buena... Uno de los clavos con los que nuestro Salvador estuvo clavado a la cruz. *Vero*, si una tal reliquia no es capaz de mover a un monarca cristiano a una cruzada contra los herejes, entonces...

—Entonces es que no es un monarca cristiano —terminó el obispo Conrado las palabras del nuncio.

—¿Os habéis dado cuenta? —El teutón hizo una mueca burlona—. ¡Más vale tarde que nunca!

—De modo que —intervino Ludwig de Brzeg— la fe verdadera no puede contar con el apoyo de los polacos.

—El reino de Polonia y el rey Ladislao —habló por primera vez Zbigniew Olesnicki— apoyan la fe verdadera y la Iglesia de Pedro. En la mejor de las posibles formas. Con el dinero de San Pedro. Ninguno de los señores aquí representados puede decir lo mismo.

—¡Puff! —El duque Ludwig agitó la mano—. Platicad lo que queráis. Vaya un cristiano que está hecho Jagiello. ¡Es un neófito, con el diablo todavía pegado a la piel!

—Su paganismo —Godofredo Rodenberg se levantó— se ve más claramente en su feroz odio a toda la nación alemana, que es la columna vertebral de la Iglesia. Y sobre todo a nosotros, los Caballeros del Hospital de Nuestra Señora, *antemurale christianitatis*, quienes con los nuestros propios pechos defendemos la fe católica ante los paganos, ¡y ello desde hace más de doscientos años! Y cierto que el tal Jagiello es un neófito e idólatra, el cual, para poder destruir a la Orden, no sólo con los husitas mas con el mismo infierno presto estaría a allegarse. Oh, ciertamente, no habríamos de hacer consejo aquí de cómo persuadir a Jagiello y a Polonia de acudir a la cruzada, sino volver hubiéramos a lo que en Pressburg entonces, dos años atrás, por los Reyes Magos se hablara, de cómo atacar con una cruzada a la propia Polonia.

¡Y quebrar en pedazos ese aborto, ese bastardo de la Unión de Horodlo!

—Vuestras palabras —dijo el obispo Olesnicki con voz muy fría— dignas son del propio Falkenberg. Y no es de asombrarse, puesto que secreto alguno es el que las sus famosas Sátiras no en otro lugar sino en Malbork se le dictaran a Falkenberg. Os recuerdo que el tal pasquín fue condenado en el concilio, y el propio Falkenberg hubo, ante la amenaza de la hoguera, de retirar sus vergonzosas y heréticas tesis. ¡Extraña pues el que estas palabras salgan de labios de alguien que a sí mismo se llama *antemurale christianitatis*^[182]!

—No os alteréis tanto, señor obispo —intervino conciliador Puta de Czastolowice—. Puesto que es un hecho el que vuestro rey apoya a los husitas tanto en secreto como abiertamente. Sabemos y entendemos que con ello contiene a los teutones, y que ha de contenerlos, de ello es difícil extrañarse. Mas las consecuencias de tal política para toda la cristiandad de Europa pueden resultar fatales. Vos mismo lo sabéis.

—Desgraciadamente —confirmó Ludwig de Brzeg—. Y tales consecuencias las vemos. Korybut en Praga, con él hay una bandería entera de polacos. En Moravia Dobko Puchala, Piotr de Lichwino y Fedor de Ostrogski. Wyszek Raczynski al lado de Rohac de Dubé. He aquí dónde están los polacos, he aquí dónde, en esta guerra, vense los polacos pabellones y escúchanse los gritos de guerra polacos. He aquí cómo Jagiello defiende la verdadera fe. ¿Y sus edictos, manifiestos, ucases? Nos engatusa, eso es todo.

—Y mientras tanto balas de plomo, caballos, armas, víveres, todo tipo de mercancías —añadió sombrío Albrecht von Kolditz— fluyen incesablemente de Polonia a Bohemia. ¿Y entonces qué, señor obispo? ¿Por un camino enviáis a Roma el dinero de San Pedro del que tanto os alabáis, y por otro pólvora y balas a las tropas husitas? Ciertamente es esto parecido al vuestro rey, quien, como se dice, pone una vela a Dios y otra al diablo.

—Ciertos asuntos —reconoció al cabo el obispo Olesnicki— también a mí me duelen. Pero para que fuera a mejor, Dios me ayude, pongo todo lo que sea menester. Mas las palabras sobran, no he de repetir otra vez los mismos argumentos en contra. De modo que lo diré y sin demora: la prueba de las intenciones del reino de Polonia es mi presencia aquí.

—Presencia que apreciamos en lo que vale. —El obispo Conrado dio una palmada en la mesa—. ¿Pero qué es ese vuestro reino de Polonia? ¿Lo sois acaso vos, noble don Zbigniew? ¿O Witold? ¿O los Szafranski? ¿Quizá los Ostrogski? ¿O no lo serán los Jastrzebski o los Biskupski? ¿Quién gobierna en Polonia? Puesto que no el rey Ladislao, viejo decrépito, que no gobierna ni a la propia esposa. ¿Es entonces que en la Polonia gobierna Sonka Holszanska? ¿Y juntamente con sus amantes: Ciolek, Hincza, Kurowski, Zaremba? ¿Y a quién más se jode la ruritana?

—*Vero, vero.* —El legado Orsini asintió triste—. Es una vergüenza que ese rey sea un *cornuto*...

—Una compañía de tamaña importancia —el obispo de Cracovia frunció el ceño— y se entretiene con maledicencias como las mujeres. O como los estudiantes en el burdel.

—No negaréis que Sonka le pone los cuernos a Jagiello y lo cubre de deshonra.

—Lo niego, porque eso son *vana rumoris*. Hablillas puestas en circulación por Malbork.

El teutón se alzó de la mesa, rojo y presto para la réplica, pero Gaspar Schlick lo detuvo con un gesto resuelto.

—¡*Pax!* —lo cortó—. Dejemos este tema, hay otros de mayor importancia. Por lo que entiendo, un ataque armado a Polonia en forma de cruzada es cosa de momento insegura. Aunque sea con tristeza, lo asumo. Mas, por la concha de Santiago, ciudad de que se respeten verdaderamente los puntos del pacto de Kásemark y los edictos de Jagiello emitidos en Trembowla y Wielun. Estos edictos al parecer cierran las fronteras, al parecer amenazan con castigo el comercio con los husitas y, sin embargo, tanto armas como mercancías, tal y como con razón afirma el señor estarosta de Swidnica, siguen yendo de Polonia a Bohemia...

—Prometí que haría esfuerzos —interrumpió impaciente Olesnicki—. Y no son estas promesas huera. Quienes coyunda tengan con los herejes checos serán en Polonia castigados, hay edictos reales, *iura sunt clara*^[183]. Al señor hetmán de Swidnica y a su eminencia el obispo de Wroclaw les recuerdo no obstante las palabras de las Escrituras: ¿cómo veis la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio? ¡Media Silesia mercede con los husitas y nadie nada hace en contra!

—En un error estáis, noble señor cura Zbigniew. —El obispo Conrado se inclinó sobre la mesa—. Porque se hace algo en contra. Os aseguro que se han tomado medidas. Medidas muy duras. Se llevarán a cabo sin edictos, sin manifiestos, sin pergamino alguno, mas algunos *defensores haereticorum*^[184] sufrirán en el propio pellejo lo que significa allegarse a los herejes. Y os aseguro que otros se henchirán de miedo. El mundo conocerá entonces la diferencia entre la acción verdadera y la aparente. Entre la verdadera defensa de la fe y el engatusamiento.

El obispo habló con tanto veneno, tanto odio había en su voz, que Reynevan sintió cómo se le ponían los pelos de punta. El corazón le comenzó a latir con tanta fuerza que le dio miedo que pudieran llegar a escucharlo desde abajo. Sin embargo, los de abajo tenían otra cosa en la cabeza. Gaspar Schlick serenó de nuevo las emociones y dio por terminadas las disputas, tras lo cual los llamó a discutir con tranquilidad la situación en Bohemia. De modo que los disputantes obispo Conrado, Godofredo Rodenberg, Ludwig de Brzeg y Albrecht von Kolditz guardaron silencio y tomaron la palabra los bohemios y moravos, quienes habían estado callados hasta

entonces. Ni Reynevan, ni Scharley, ni Sansón Mieles conocían a ninguno de ellos, sin embargo estaba claro —o casi claro— que se trataba de caballeros de las zonas en las que regía la concordia de Pilsen, así como nobles moravos fieles al Luxemburgués, agrupados en torno a Jan de Kravar, el señor de Jicina. Pronto resultó que uno de los presentes era el propio y famoso Jan de Kravar en persona.

Precisamente Jan de Kravar, alto, de cabellos y bigotes negros, con un color de la tez que demostraba que pasaba más tiempo sentado en su caballo que a la mesa, era el que más tenía que decir en relación con la situación actual en Bohemia. Nadie lo interrumpió cuando, con serenidad, incluso con una voz desapasionada, comenzó a hablar. Todos, inclinándose, miraron en silencio el mapa del reino de Bohemia que había desplegado sobre la mesa, en un lugar que el servicio había dejado limpio al retirar los huesos del buey. Desde arriba no se veían los detalles del mapa, de modo que Reynevan tuvo que conformarse con la imaginación cuando el señor de Jicina departió acerca de los ataques de los husitas a Karlstein y Zebrak, que al fin y al cabo fueron fallidos, y a Svihov, Oboriste y Kvetnica, que por desgracia tuvieron éxito. Acerca de las acciones en el oeste, contra los señores de Pilsen, Lokiec y Most, que eran fieles al rey Segismundo. De los ataques al sur, de momento repelidos con eficacia por Oldrich de Rozmberk. De la amenaza contra Iglav y Olomouc por la alianza de Korybut, Borek de Miletinek y Rohac de Dubé. De los ataques por parte de Dobko Puchala, un caballero polaco de la estirpe de los Wieniawa, contra el norte de Moravia.

—Me estoy meando —susurró Scharley—. No me aguanto...

—Puede que te ayude a aguantarte —susurró a su vez Sansón Mieles— el pensamiento de que como te descubran, la próxima vez que le cambiarás el agua a las aceitunas será en el cadalso.

Abajo principió a hablar del duque de Opava. Y al punto comenzaron las disputas.

—A Przemko de Opava —anunció el obispo Conrado— lo tengo por aliado de poco fiar.

—¿Cuál es la contrariedad? —Gaspar Schlick alzó la cabeza—. ¿Su matrimonio? ¿El que precisamente con la viuda de Jan, duque de Raciborz, se haya unido en nupcias? ¿El que la mencionada sea una Jagiellona, hija de Dymitri Korybut, nieta del rey de Polonia, hermana del Korybut que nos está dando tantos quebraderos de cabeza? Aseguróos, señores, que el rey Segismundo nada hará con tal maridaje. Los Jagiello son familia de natural lobuno y más tienden a morderse entre ellos que a cooperar. Przemko de Opava no se aliará con Korybut sólo porque sea su cuñado.

—Przemko ya formó junta con ellos —lo contradijo el obispo—. En marzo, en Hombok. Y en Olomouc, por San Urbano. Ciertamente, presto se conciertan Opava y los señores moravos con los herejes, presto forman pactos. ¿Qué habéis de decir a

ello, don Jan de Kravar?

—No mormuréis ni de mi cuñado ni de la nobleza morava —bufó el señor de Jicina—. Y sabed que gracias a los tratados de Hombok y de Olomouc tenemos ahora concordia en la Moravia.

—Y los husitas —Gaspar Schlick sonrió ácido— tienen el paso libre para comerciar con Polonia. No entendéis mucho de política, ay, no mucho, don Jan.

—Si entonces... —La tez bronceada de Jan de Kravar se encendió de rabia—. Si en los aquellos tiempos... cuando Puchala se echó a nosotros... Si el Luxemburgués nos hubiera entonces prestado auxilio, no habríamos sido obligados entonces al pacto.

—Vano es hablar del pasado. —Schlick se encogió de hombros.

Lo importante es que por vuestros tratos los husitas tienen ahora abiertos los caminos para comerciar atravesando Opava y Morava. Y los mencionados Dobko Puchala y Piotr Polak poseen Sczumperk, Uniczow, Odry y Dolany, con lo que prácticamente han bloqueado Olomouc. Lanzando aceifas, saquean y aterrorizan toda la provincia. Ellos son los que provecho tienen de la mencionada concordia y no vos. Mal negocio hicisteis, don Jan.

—Tales aceifas —intercaló el obispo de Wroclaw con una sonrisa malvada— no son especialidad exclusiva de los husitas. Yo les di ya leña a los heréticos en el año vigésimo primo, en Broumov y Trutnov. Hubo allí montones de cadáveres de bohemios que alcanzaban la altura de un hombre, y el cielo estaba negro por el humo de las hogueras. Y a quien no matáramos ni quemáramos, lo marcamos. Según nuestra costumbre, a lo silesio. Si ves ahora a un bohemio sin nariz, mano o pie, ten por seguro que es a causa de nuestros estupendos ataques por aquellas tierras. ¿Qué, señores, no vamos a repetir la fiesta? El año de 1425 es año jubilar... ¿No podríamos honrarlo a base de exterminar a los husitas? ¡A mí no me gusta hablar en vano, no acostumbro a contentarme con pláticas ni a acordar concordias con ellos! ¿Qué decís a ello, don Albrecht? ¿Don Puta? Añadid ambos dos a los míos doscientos lanceros e infantería con arma de fuego y les enseñaremos modales a los herejes. Iluminaré el cielo con el resplandor del fuego desde Trutnov hasta Hradec Králové. Prometo...

—No prometáis —lo interrumpió Gaspar Schlick—. Y guardad el entusiasmo para el momento adecuado. Para la cruzada. Puesto que no se trata de meras aceifas. No se trata de cortar pies y manos, porque al rey Segismundo de nada le sirven siervos cojos y mancos. Y su santidad no desea que los husitas sean exterminados, sino que vuelvan al seno de la Iglesia verdadera. Y no se trata de matar a la población civil, mas de la destrucción de los ejércitos de Tabor y Oreb. De destruirlos de tal modo que se avengan a negociar. Por eso, vayamos al grano. ¿Qué fuerzas pondrá Silesia cuando se anuncie la cruzada? Y con datos concretos, os ruego.

—Más concreto sois que un judío. —El obispo sonrió torcido—. ¿Es eso apropiado para con un pariente? Pues sois prácticamente mi cuñado. En fin, si ése es

vuestro deseo, ahí tenéis: yo mismo pondré sesenta lanceros más su correspondiente infantería y cañones. Conrado Kantner, mi hermano, vuestro futuro suegro, dará sesenta caballeros. Los mismos pondrá, lo sé, el aquí presente Ludwig de Brzeg. Ruprecht de Lubin y su hermano Ludwig reunirán cuarenta. Bernard de Niemodlin...

Reynevan no se dio cuenta de cuándo se quedó dormido. Lo despertó un golpe en las costillas. A su alrededor todo estaba oscuro.

—Nos largamos de aquí —murmuró Sansón Miele.

—¿Nos hemos dormido?

—Y un buen rato.

—¿Se ha terminado la reunión?

—Al menos de momento. Habla en susurros, detrás del pajar hay un puesto de guardia.

—¿Dónde está Scharley?

—Ya se ha deslizado hasta los caballos. Ahora voy yo. Y luego tú. Cuenta hasta cien y sal. Por el corral. Toma un haz de heno, camina despacio, con la cabeza gacha, como si fueras un paje que va a cuidar a los caballos. Y al otro lado del último chamizo ve a la derecha hacia el bosque. ¿Entendido?

—Por supuesto.

Y todo habría salido bien si no hubiera sido porque al pasar el último chamizo, Reynevan escuchó su apellido.

Por el patio andurreaban algunos soldados, ardían algunas hogueras y algunas teas, pero la oscuridad del tejado saliente permitía esconderse tan bien que Reynevan se subió a la banqueta sin miedo alguno, se puso de puntillas y miró al interior de la cabaña a través de los pellejos que cubrían la ventana. Los pellejos estaban muy sucios y el interior escasamente iluminado. Sin embargo, se podía reconocer que estaban hablando tres personas. Una era Conrado, el obispo de Wroclaw. Su voz sonora, juvenil y clara, deshacía toda duda en aquel aspecto.

—Repito, os estoy a vos grandemente agradecido por esas nuevas. A nosotros no nos sería fácil hacernos con ellas. A los mercaderes les pierde la codicia y en el comercio es difícil conspirar, no hay cómo mantener los secretos, hay demasiados que los conocen y demasiados intermediarios. Antes que después llegará la información a alguno que ande en tratos con los husitas y que mercadee con ellos. Mas con los señores de la nobleza y con los burgueses es mucho más difícil, éstos saben tener la lengua quieta, han de cuidarse de la Inquisición, saben lo que les espera a los herejes y a los partidarios de los husitas. Y cierto, lo repito, sin la ayuda de Praga no hubiéramos caído sobre la pista de tales como Albrecht Bart o Peter de Bielau.

El hombre que estaba sentado de espaldas a la ventana habló con un acento que era inconfundible para Reynevan. Era un checo.

—Peter de Bielau —le respondió al obispo— sabía mantener un secreto. Ni siquiera en Praga había muchos que supieran de él. Pero sabéis cómo es: entre enemigos el hombre se guarda, entre amigos se le desata la lengua. Y si ya andamos con ello, imagino que aquí, entre amigos, no se os habrá escapado alguna palabreja imprudente acerca de mi persona, señor obispo.

—Me ultrajáis con tal suposición —dijo Conrado con altivez—. No soy un niño. Aparte de ello, no es por casualidad que la reunión se realice aquí, en Debowiec. Es un lugar seguro y secreto. Y las gentes que han venido son gente de fiar. Amigos y aliados. Al fin y al cabo, me permito afirmar, ninguno de ellos os ha visto siquiera.

—Y ha de ser alabada tal prudencia. Porque, podéis creerme, hay orejas husitas en el castillo de Swidnica, en casa del señor Von Kolditz y en la de don Puta en Klodzko. Y en lo tocante a los señores moravos que aquí se hospedan, aconsejaría también un cuidado exquisito. Sin que nadie se sienta ofendido: les gusta cambiar de bando. Don Jan de Kravar tiene muchos parientes y amigos...

Habló el tercero de los presentes. Era el que estaba más cerca de la lamparilla, Reynevan vio unos largos cabellos negros y un rostro de pájaro que recordaba a un treparriscos.

—Estamos alerta —dijo Treparriscos—. Y vigilantes. Y os aseguramos que sabemos castigar la traición, podéis creerme.

—Os creo, os creo —bufó el bohemio—. ¿Cómo no os voy a creer? ¿Después de lo que le sucedió a Peter de Bielau, al señor Bart? ¿A los mercaderes Pfefferkom, Neumarkt y Throst? Un demonio, un ángel de la venganza se arrastra por la Silesia, ataca desde el cielo despejado. Al mediodía. Un verdadero *daemonium meridianum*... El miedo ha invadido a las gentes...

—Y bien está —intercaló el obispo con serenidad—. Había de hacerlo.

—Y los resultados a la vista están. —El bohemio meneó la cabeza—. Desiertos están los puertos de los montes Karkonosze, raros y pocos son los mercaderes que se dirigen a Bohemia. Nuestros espías ya no van con tanto gusto en secreta misión a la Silesia, los antaño tan vocingleros emisarios de Hradec y Tabor también como que se han callado. La gente parlorea, el asunto va creciendo con la maledicencia, engorda como bola de nieve. Al parecer, a Peter de Bielau lo acuchillaron cruelmente. A Pfefferkom no lo salvó, dicen, ni el sagrado lugar, la iglesia en que lo alcanzara la muerte. Hanusz Throst huyó por la noche, mas resultó que el ángel de la venganza no sólo al mediodía sino hasta en las oscuridades de la noche ve y mata. Y como que yo fuera quien os diera esos nombres, eminencia, resulta de ello que tengo esos muertos en mi conciencia.

—Si queréis os doy la absolución. Aquí mismo. Y sin pagar.

—Mil gracias os doy. —El bohemio no podía no haber entendido la burla, pero la dejó pasar—. Mil gracias os doy, mas soy, como sabéis, calixtino y utraquista, no

acepto la confesión oral.

—Vos os lo perdéis. —El obispo Conrado comentó con voz fría y un tanto despreciativa—. Os ofrecí no un ceremonial, sino tranquilidad para vuestro espíritu, y ésta no depende de la doctrina. Mas es vuestra voluntad el rechazarlo. Arregláoslas vos mismo a partir de ahora con vuestra conciencia. Yo no más os diré algo: que los tales difuntos, Bart, Throst, Pfefferkorn, Bielau... eran culpables. Pecaron. Y como escribe Pablo a los romanos: el pago por el pecado es la muerte.

—De igual forma está allí escrito —intervino Treparriscos— acerca de los pecadores: séales vuelta su mesa en lazo, y en red, y en tropezadero, y en paga.

—Amén. —Respondió el bohemio—. Eh, lástima, lástima que, ciertamente, el tal ángel o demonio sólo custodie la Silesia. No andamos faltos de pecadores allá en Bohemia... Algunos de nosotros, allá en la Dorada Praga, oran día y noche para que a ciertos pecadores los parta un rayo, para que los queme un relámpago... O los atrape un demonio. Si queréis os doy una lista. Con los nombres.

—¿Pero qué lista? —preguntó Treparriscos con serenidad—. ¿Qué es lo que queréis? ¿Qué sugerís? Las gentes de las que aquí se hablara eran culpables y merecían el castigo. Mas Dios fue quien castigó su vida de pecadores. A Pfefferkorn matólo un colono celoso de su mujer, quien se colgó tras ello llevado de los remordimientos. A Peter de Bielau asesinólo en un arrebato de locura su propio hermano, taumaturgo y adulterino falto de seso. A Albrecht de Bart lo mataron los judíos llevados por la envidia, puesto que era más rico que ellos, algunos fueron aprehendidos, cantarán la verdad en el potro. Al mercader Throst lo mataron unos bandoleros, le gustaba andurrear de noche por los caminos y le pasó lo que tenía que pasar. Al mercader Neumarkt...

—Basta, basta. —El obispo agitó las manos—. Conteneos, no aburráis a nuestro huésped. Tenemos un asunto más importante y a él hemos de volver. Esto es, decidir quién de los señores praguenses está dispuesto a colaborar o a negociar.

—Perdonad mi franqueza —dijo el bohemio al cabo de un instante de silencio—, pero sería más provechoso si a Silesia la representara alguno de los duques. Sé que han de guardarse las proporciones, mas ya tuvimos en Praga suficientes embarazos y problemas a causa de radicales y fanáticos, mala fama tienen entre nosotros los clérigos...

—No sabéis, señor mío, de proporciones, cotejando clérigos católicos con heréticos.

—Muchos opinan —siguió el bohemio sin inmutarse— que fanatismo es fanatismo, y que el romano no es mejor que el taborino. Por eso...

—Soy —lo cortó seco el obispo Conrado— representante del rey Segismundo en la Silesia. Soy un Piasta de sangre real. Todos los duques de Silesia, mis parientes, toda la nobleza silesia, todos reconocieron mi precedencia al elegirme

landeskauptman^[185]. Arrastro esta pesada carga desde el día de San Marcos Anno Domini 1422. Suficiente como para que ya se supiera. Incluso en vuestra tierra, en Bohemia.

—Lo sabemos, lo sabemos. Pero...

—No hay pero que valga. Si queréis negociar, conmigo. O lo tomáis o lo dejáis.

El bohemio guardó silencio durante largo rato.

—Ah, os gusta, en verdad os gusta, eminencia —dijo por fin—. Amáis el gobernar, el enredaros en políticas, meter las narices y tocar con los deditos. Cierto, será para vos un golpe terrible cuando por fin se os prive del poder, se os quite, se os arranque de vuestras manos ansiosas. ¿Cómo vais a sobrevivir a esto? ¿Os lo imagináis? ¡Nada de política! Todo el día, desde el alba a las completas nada, sólo oraciones, penitencia, estudio, obras de misericordia. ¿A qué os sabe? ¿Señor obispo?

—A vos es al que os sabe —afirmó con acidez el Piasta—. Sólo que tenéis las manos demasiado cortas. Dijo no sé cuándo un sabio cardenal: los perros ladran, la caravana pasa. Este mundo lo gobierna y lo va a seguir gobernando Roma. Diría que Dios así lo quiere, mas no voy a usar su nombre en vano. De modo que diré que es adecuado el que el poder esté cerca de las cabezas más valiosas. ¿Y quién es, señor mío, más valioso que yo? ¿Quién? ¿Quizá vos, caballero?

—Se hallará —el bohemio no se resignaba— algún poderoso rey o emperador. Y entonces se acabará...

—Se acabará en Canossa —el obispo lo cortó de nuevo—. Ante los mismo muros bajo los que estuvo Enrique IV de Alemania. El poderoso rey que exigía que la clerecía, sin excluir al propio Papa Gregorio VII, dejara de meterse en políticas y no se ocupara más que de la oración del alba a las completas. ¿Y qué? ¿Os lo tengo que recordar? El gallito estuvo dos días descalzo en la nieve mientras que en el castillo el Papa se deleitaba con los placeres de la mesa y los famosos encantos de la margravina Matilda. Y con esto acabemos con esta chachara inútil. Con la moraleja de que no hay que levantarle la voz a la Iglesia. Nosotros gobernaremos siempre, hasta el fin del mundo.

—Y hasta después —añadió, venenoso, Treparriscos—. Al cabo, también en la Nueva Jerusalén, ciudad de oro tras muros de jaspe, habrá de mandar alguien.

—Así es. —El obispo lanzó un bufido—. Y para los perros que ladran y aullan, lo de siempre: ¡Canossa! Penitencia, vergüenza, nieve y talones helados. Y para nosotros una habitación caliente, vino especiado de Toscana y una margravina voluntariosa en un blando lecho.

—Allá en mi tierra —el bohemio habló con voz sorda— los Huérfanos y los taboritas ya andan afilando las hojas, ya envuelven los mayales, ya están engrasando los ejes de los carros. Vendrán acá en un sus. Y os arrebatrán todo. Perderéis los palacios, el vino, las margravinas, el poder, y al fin, hasta vuestra al parecer tan

valiosa cabeza. Así será. Diría que Dios así lo quiere, mas no voy a utilizar su nombre en vano. No obstante os diré: hagamos algo con ello. Combatámoslo.

—Os juro que el Santo Padre, Martín...

—¡Ah —estalló el bohemio—, dejadme en paz con ese vuestro Santo Padre, vuestro rey Segismundo y todos los príncipes del Imperio, con toda esa feria europea de alborotadores! ¡Con más enviados, con más defraudadores del dinero recogido para la cruzada! ¡Por los clavos de Cristo! ¿Nos mandáis esperar hasta que se llegue aun acuerdo? ¡Cuándo a nosotros la muerte nos mira a los ojos cada día!

—A nosotros —habló Treparriscos— no nos podéis acusar de no menearnos, señor. Nosotros, como vos mismo reconocisteis, actuamos. Oramos apasionadamente, las nuestras oraciones suelen ser atendidas, a los pecadores les llega su castigo. Mas pecadores hay en demasía, de continuo aparecen nuevos. Os pedimos que nos sigáis ayudando.

—Es decir, con más nombres.

Ni el obispo ni Treparriscos respondieron. El bohemio, claramente, no esperaba tampoco respuesta.

—Haremos —dijo— lo que esté en nuestro poder. Enviaremos listas de benefactores de los husitas y de los mercaderes que con los husitas comercian. Os daremos los nombres... para que tengáis posibilidad de orar en intención de alguien.

»Y el demonio —tampoco ahora nadie respondió al bohemio—, el demonio, como de costumbre, acertará preciso y sin fallo. Oh, nos vendría bien, de verdad, una acción de este estilo en nuestra tierra.

—Eso es más difícil —dijo Conrado con voz áspera—. ¿Quién va a saber mejor que vos, que ni el mismo diablo distingue cuál partido es cuál en vuestra tierra? ¿Qué no es capaz de adivinar quién con quién anda aliado ni en contra de quién está y si el martes seguirá del lado de los mismos con quien estaba el lunes? El Papa Martín y el rey Segismundo quieren parlamentar con los husitas. Con los razonables. Con tales como vos, siquiera. ¿Pensáis que faltaban los voluntarios para un atentado contra Zizka? No les dimos consentimiento. La eliminación de algunos individuos provocaría el caos, la anarquía más absoluta. Ni el rey ni el Papa desean algo así en Bohemia.

—Hablad así con el enviado —el bohemio bufó con desprecio—, con ese Orsini, a mí ahorradme esas locuciones. Y poned un poco en marcha esos vuestros sesos tan valiosos. Pensad en los intereses comunes.

—¿Quién ha de morir, vuestro enemigo político o personal? ¿Y qué es lo que sea común?

—Os dije —el bohemio tampoco esta vez se dejó inmutar por la burla— que los taboritas y los Huérfanos miran a Silesia con ojos golosos. Unos os quieren convertir, otros simplemente robar y saquear. Se pondrán en movimiento un día de éstos, caerán

con la espada y el fuego. El Papa Martín, con su deseo de reconciliación de los cristianos, orará por vos allá en el lejano Vaticano, el Luxemburgués que tanto anhela concordia gritará y rebufará de rabia en la lejana Buda. Albrecht Rakuski y el obispo de Olomouc suspirarán con alivio porque no les ha tocado a ellos. Y a vosotros mientras tanto os rajarán, quemarán en barriles, os empalarán...

—Vale, vale. —El obispo agitó la mano—. Ahorráoslo, tengo todo esto en cuadros allá en Wroclaw, en cada iglesia. Si entiendo bien, queréis convencerme de que la muerte violenta de unos cuantos taboritas escogidos preservará a Silesia del ataque. ¿Del Apocalipsis?

—Puede que no la preserve. Pero al menos lo retrasará.

—Sin obligaciones ni promesas: ¿de quién se trataría? ¿A quién habría que eliminar? Esto es, disculpad el *lapsus linguete*: ¿a quién hemos de recordar en nuestras oraciones?

—Bohuslav de Svamberk. Jan Hvezda de Vicemilice, hetmán de Hradec Králové. De allí también proceden Jan Capek de San y Ambrosius, antiguo capellán del Santo Espíritu. Prokop llamado el Calvo. Bedrich de Straznica...

—Más despacio —le ordenó Treparriscos—. Lo estoy apuntando. Sin embargo, os estáis concentrando en los alrededores de Hradec Králové. Os ruego nos deis la lista de los husitas más activos y radicales de la región de Náchod, de Trutnov y Vízmburk.

—¡Ja! —gritó el bohemio—. ¿Estáis planeando algo?

—Más bajo, señor.

—Querría llevar a Praga buenas nuevas...

—Y yo os digo que bajéis la voz.

El bohemio se calló en el peor momento para Reynevan. Deseando ver su rostro a cualquier precio, Reynevan se puso de puntillas y el banco se apoyó contra la pared. Una pata podrida se quebró con un chasquido, Reynevan se derrumbó sobre la tabla, para colmo derribando también los palos, bastones, bieldos y palas. Con un estampido que casi se oyó hasta en Wroclaw.

Se alzó de inmediato y se lanzó a la huida. Escuchó los gritos de los guardias, y por desgracia no sólo a sus espaldas, también por delante, precisamente en la dirección en la que quería huir. Giró entre unos edificios. No vio cómo salió de la choza Treparriscos.

—¡Un espía! ¡Un espía! ¡Tras él! ¡Cogedlo vivo! ¡Vivo! ¡Vivo!

Un paje le cortó el camino, Reynevan lo derribó. A otro, que lo agarró del brazo, le atizó un puñetazo directamente en la nariz. Perseguido por maldiciones y gritos, atravesó una cerca, se abrió paso a través de girasoles, ortigas y bardanas, el bosque salvador estaba ya allí mismito, por desgracia sus perseguidores le pisaban ya los talones, también por los lados, desde detrás del pajar, salieron corriendo hacia él unos

peones. Uno de ellos ya estaba casi, casi por cogerlo cuando como si surgiera de la tierra apareció Scharley y lo golpeó con un enorme puchero de barro. Contra los restantes cargó Sansón Mielles, armado con una estaca arrancada de la cerca. Sujetando el palo de dos codos horizontalmente delante de él, el gigante derribó a tres de un solo golpe y a los dos siguientes les atizó de tal modo que rodaron como troncos, hundiéndose en las bardanas como en lo profundo del mar. Sansón agitó la estaca y bramó como un león, en una pose, se diría, idéntica a la de su famoso tocayo amenazando a los filisteos. Los peones se detuvieron un momento, pero sólo un momento: desde el pajar les llegaban refuerzos. Sansón lanzó su palo contra los soldados y comenzó la retirada siguiendo las huellas de Scharley y Reynevan.

Saltaron a los caballos, los lanzaron al galope a golpe de talón y gritos. Atravesaron a toda velocidad el robledal, envueltos en una maraña de hojas, galoparon a través de un montecillo, protegiéndose el rostro de las ramas. Los charcos del sendero chafotearon, entraron en un bosque alto.

—¡No os paréis! —gritó Scharley, al tiempo que se daba la vuelta—. ¡No os paréis! ¡Nos persiguen!

Cierto, los perseguían. El bosque detrás de ellos resonaba con el tamborileo de los cascos y con los gritos. Reynevan se dio la vuelta y vio las siluetas de unos jinetes. Se inclinó sobre las crines para que las ramas que iban dejando atrás no lo barrieran de la silla. Por suerte salieron de la espesura hacia un bosque menos denso, echaron los caballos al galope. El bayo de Scharley galopaba como un huracán, acrecentó la distancia. Reynevan tuvo que obligar a su montura a una carrera más rápida. Era muy arriesgado, pero quedarse atrasado él solo no le hacía mucha gracia.

Volvió a mirar atrás. El corazón se le congeló y se le bajó hasta el fondo de la barriga cuando distinguió a los perseguidores: unas siluetas de jinetes con unas capas enganchadas a los brazos que les daban el aspecto de las alas de un fantasma. Escuchó un grito.

—¡Adsumus! ¡Adsumuuus!

Corrían todo lo que daban de sí los cascos de los caballos. El animal de Enrique Hackeborn roncó de pronto, el corazón de Reynevan se hundió aún más. Apoyó el rostro contra las crines. Sintió cómo el caballo saltaba, por propia iniciativa, atravesando un tronco o una zanja.

—¡Adsumuuus! —le llegaba por detrás—. ¡Adsuuumuuus!

—¡Al barranco! —gritó Sansón, que iba delante de él—. ¡Al barranco, Scharley!

Scharley, aunque a galope desbocado, distinguió la garganta: un barranco, un despeñadero, un caminillo en una olla. Al punto dirigió al caballo hacia allá, el bayo relinchó al resbalarse con la alfombra de hojas que cubría la pendiente. Sansón y Reynevan se apresuraron a seguirle. Se escondieron en la garganta, pero no aflojaron el paso, no detuvieron a los caballos. Se lanzaron a la desesperada por el musgo, que

ahogaba el sonido de los cascos. El caballo de Enrique Hackeborn ronqueó de nuevo, más fuerte, varias veces seguidas. El caballo de Sansón relinchó también, tenía el pecho bañado en sudor, expedía bolas de espuma a su alrededor. El bayo de Scharley no mostraba signo alguno de cansancio.

Las sinuosidades de la garganta los condujeron a una praderilla, tras la pradera había un bosquete de matorrales, denso como una selva. Después de atravesarlo llegaron de nuevo a un bosque alto, que les permitía ir al trote. Así que trotaron de nuevo, y los caballos relinchaban cada vez más fuerte.

Al cabo de un rato, Sansón aflojó el paso y se quedó retrasado. Reynevan comprendió que debía hacer lo mismo. Scharley miró a su alrededor, detuvo al bayo.

—Creo... —jadeó, cuando llegaron a su altura—. Creo que los hemos perdido. ¿En qué cojones, diablos, nos has metido de nuevo, Reinmar?

—¿Yo?

—¡Maldita sea! ¡Vi a esos jinetes! ¡Vi cómo te encogías de terror al verlos! ¿Qué es lo que son? ¿Por qué gritaban «estamos»?

—No lo sé, lo juro...

—Poco me importan tus juramentos. Puff, fueran quienes fueran, lo conseguimos...

—Todavía no lo hemos conseguido —dijo Sansón Mieles con la voz cambiada—. Aún no ha pasado el peligro. Cuidado. ¡Cuidado!

—¿Qué?

—Algo se acerca.

—¡No oigo nada!

—Mas viene. Algo malo. Algo muy malo.

Scharley dio la vuelta al caballo, de pie en los estribos, miró a su alrededor y aguzó el oído. Reynevan, al contrario, se encogió en la silla, el cambio de voz de Sansón lo había llenado de pavor. El castellano de Enrique Hackeborn ronqueó, pateó. Sansón gritaba. Reynevan aullaba.

Y entonces, sin saber de dónde, sin saber cómo, del oscuro cielo se lanzaron sobre ellos unos murciélagos.

No eran aquéllos, se entiende, murciélagos normales y corrientes. Aunque no mucho más grandes de los normales, como mucho dos veces, tenían una cabeza innaturalmente crecida, unas orejas enormes, ojos que ardían como carbones y los hocicos llenos de blancos colmillos. Y había muchos, toda una bandada, una nube. Sus estrechas alitas silbaban y cortaban como cimitarras.

Reynevan agitaba las manos como un loco, alejando de sí a las bestias, que lo atacaban rabiosamente, aullando de miedo y asco se arrancaba las que se le aferraban al cuello y los cabellos. A algunas las rechazaba, golpeándolas como a pelotas, a otras las agarraba con las manos y las ahogaba. Pero las que restaban le arañaban el rostro,

le mordían los dedos, le roían dolorosamente las orejas. Junto a él, Scharley cortaba a su alrededor con su sable, la negra sangre de los murciélagos salpicaba abundantemente. En la cabeza de Scharley había cuatro murciélagos, Reynevan veía cómo fluían por la cabeza y las mejillas del demérito finas líneas de sangre. Sansón luchaba en silencio, destrozaba a los animales que lo rodeaban, aplastando en su puño varios a la vez. Los caballos estaban enloquecidos, daban coces, relinchaban con fuerza.

El sable de Scharley silbó por encima de la cabeza de Reynevan, la hoja le rozó los cabellos, barriendo de ellos a un murciélago, una bestia especialmente grande, gruesa y agresiva.

—¡Pies en polvorosa! —gritó el demérito—. ¡Hay que huir! ¡No podemos seguir aquí!

Reynevan tiró del caballo, dándose cuenta de pronto. Aquéllos no eran murciélagos normales, eran monstruos creados por un hechizo y eso sólo podía significar una cosa: que habían sido enviados por los perseguidores y que los perseguidores aparecerían allí de inmediato. Se lanzaron al galope, no tuvieron que espolear a los caballos, los rocines, llenos de pánico, habían olvidado su cansancio y corrían como perseguidos por lobos. Los murciélagos no se quedaban atrás, atacaban, se lanzaban en picado y les caían encima sin pausa, era difícil defenderse a pleno galope. Sólo Scharley era capaz de hacerlo, cortando con su sable y cosiendo a la murcielaguería a toda velocidad y con tanta habilidad como si hubiera nacido y pasado toda su juventud en el país de los tártaros.

Por su parte, se demostró otra vez que a Reynevan lo perseguía una mala suerte peor que la de Jonás. Los murciélagos mordían a los tres, más sólo a Reynevan se le clavó uno en los cabellos de la frente de tal modo que le tapaba completamente los ojos. Los monstruillos atacaron a los tres caballos, pero sólo al de Reynevan se le metió uno directamente en la oreja. El caballo se retorció, relinchando como un loco, dio coces tiritando, con la cabeza gacha, echó las ancas hacia arriba con tanta energía que el cegado Reynevan voló de la silla como un proyectil de una catapulta. El caballo, privado de su peso, se lanzó a un loco galope y se hubiera perdido por el bosque. Por suerte, Sansón tuvo tiempo de aferrarlo de las riendas y de hacerlo detenerse. Scharley, por su parte, saltó del caballo y con el sable en alto se metió entre los arbustos de enebro donde los murciélagos atacaban a Reynevan, quien se retorció entre la alta hierba, como los sarracenos a un caído paladín de Carlomagno. Gritando horrendas maldiciones y terribles insultos, el demérito agitó el sable hasta que chorreó sangre. Junto a él, Sansón luchaba a caballo, con una mano. Con la otra sujetaba a los dos animales enloquecidos. Algo así sólo podía hacerlo una persona con la fuerza que él tenía.

Reynevan fue el primero que advirtió que nuevas fuerzas se sumaban a la lucha.

Quizá porque estaba a cuatro patas, consiguió escaparse de la barahúnda casi con la nariz en la hierba. Y así vio cómo la hierba se doblaba sobre la tierra, plana, como si la golpeará un fuerte viento. Alzó la cabeza y como a unos veinte pasos vio a un hombre, casi un anciano, mas de gigantesca estatura, de ojos ardientes y una melena leonina de cabellos blancos como la leche. El anciano empuñaba un bastón extraño, nudoso, curvo, fantásticamente retorcido, una verdadera serpiente petrificada en un paroxismo de dolor.

—¡Al suelo! —gritó el anciano con voz de trueno—. ¡No te levantes!

Reynevan se aplastó contra la tierra. Sintió cómo un extraño viento le silbaba sobre la cabeza. Escuchó unas ahogadas maldiciones de Scharley. Y luego un chillido grande y agudo de los murciélagos que hasta entonces habían estado atacando en el silencio más absoluto. El chillido enmudeció tan de repente como había surgido. Reynevan escuchó y sintió cómo a su alrededor caía algo, como un granizo, golpeando el suelo como manzanas maduras. Sintió también una lluvia aún más fina, pequeñita, seca, sobre los cabellos y la espalda. Miró a su alrededor. Toda la extensión que alcanzaba su vista estaba cubierta por cadáveres de murciélagos y desde arriba, desde las ramas de los árboles, se derramaba una densa e interminable lluvia de insectos muertos: escarabajos, gorgojos, arañas, orugas y polillas.

—Matavermis... —jadeó—. Eso era un matavermis...

—Miradlo, miradlo —dijo el anciano—. ¡Sabe de qué habla! Mozo será, mas versado. Levántate. Ya se puede.

El anciano, ahora se daba cuenta, no era para nada un anciano. Tampoco es que, por supuesto, fuera un jovenzuelo, pero el tono blanco de sus cabellos, Reynevan podía apostar su cabeza, tenía su origen menos en la vejez que en el albinismo típico de los magos. También la estatura gigantesca resultó ser una apariencia creada por la magia. El albino apoyado en el bastón era alto, pero no de forma sobrenatural.

Scharley se acercó, pateando sin interés a los murciélagos que yacían muertos sobre la hierba. Se acercó Sansón Mielles con los caballos. El albino los contempló con atención, en especial a Sansón.

—Tres —dijo—. Curioso. Porque estábamos buscando a dos.

Del por qué hablaba en plural se enteró Reynevan antes de que le diera tiempo a preguntar. Resonaron unos cascos, el claro se llenó de caballos relinchando.

—Buenas —gritó desde lo alto de su silla Notker von Weyrach—. Al final nos encontramos. Esto si que es churra.

—Churra —repitió con parecida sorna Buko von Krossig, echando levemente el caballo hacia el demérito—. ¡Y más aún que en lugar por todo diferente del que fuera acordado! ¡Por todo diferente!

—Burláis, don Scharley —añadió, alzando la visera de su bascinet, Tassilo du Tresckow—. No mantenéis lo estipulado. Y eso es cosa poco honrada.

—Y, por lo que veo, no se ha librado de castigo —bufó Kuno Wittram—. ¡Por el bastón de San Gregorio el Milagroso! ¡Mirad sólo cómo los bichos le han roído las orejas!

—Hay que irse de aquí. —El albino interrumpió la escena que se desarrollaba ante los ojos del asombrado Reynevan—. Los perseguidores se están acercando. ¡Los caballos siguen el rastro! ¡Los caballos están siguiendo el rastro!

—¿Y no lo dije? —bufó Buko von Krossig—. ¿Qué los salvaríamos, qué les sacaríamos el culo de las cadenas? Vale, vamos. ¿Don Huon? Esos perseguidores...

—No son cualquiera cosa. —El albino contemplaba a un murciélago que sujetaba por la punta de un ala, luego posó sus ojos en Scharley y Sansón—. Sí, no son cualquiera cosa quienes aquí acuden... Los conocí, los conocí por el picor de mis dedos... Vaya, vaya... Interesantes sois, interesantes... Puede decirse: dime quién te persigue, y te diré quién eres. O de otro modo: mis perseguidores son mis testigos.

—Oh, va, los perseguidores —gritó, haciendo girar al caballo, Paszko Rymbaba—. ¡Me cago de miedo! ¡Qué se acerquen, que les vamos a dar de palos!

—No creo que sea tan sencillo —respondió el albino.

—Ni yo. —Buko también miraba a los murciélagos—. ¿Don Huon? ¿Por favor?

El albino llamado Huon no respondió, en vez de ello golpeó el suelo con su retorcido bastón. Al momento comenzó a surgir de las hierbas y los juncos una niebla, blanca y densa como el humo. En un cortísimo instante, el bosque desapareció por completo en ella.

—El viejo hechicero —murmuró Notker Weyrach—. Hasta escalofríos dan.

—¡Pero bueno! —bufó alegre Paszko—. Nada me da a mí.

—Para quienes nos están persiguiendo —se atrevió a decir Reynevan— puede que la niebla no sea un obstáculo. Ni siquiera mágica.

El albino se dio la vuelta. Lo miró a los ojos.

—Lo sé —dijo—. Lo sé, señor conocedor. Por eso la niebla no es para ellos, sino para los caballos. Y sacad cuanto antes a los vuestros de aquí. Cuando huelan el vapor se volverán locos.

—¡En camino, comitiva!

Capítulo vigesimotercero

En el que la cosa toma una deriva tan criminal, que si el canónigo Otto Beess lo hubiera previsto, sin mucha ceremonia habría hecho afeitar una tonsura a Reynevan y lo habría encerrado en la clausura cisterciense. Y Reynevan comienza a pensar que quizá esta alternativa habría sido más saludable.

A los carboneros y pegueros de la aldea cercana, que iban en dirección a su lugar de trabajo al amanecer, los alarmaron e intranquilizaron unos sonidos que provenían de allí. Los más cobardes pusieron pies en polvorosa. Tras ellos se fueron corriendo los más inteligentes, entendiéndolo con razón que aquel día no habría trabajo, no se quemaría el carbón, no se destilaría trementina ni pez, y aún más, hasta podría ser que le dieran a uno un palo. Tan sólo unos pocos algo más valientes se atrevieron a arrastrarse hasta tan cerca de la peguera que pudieran ver, escondidos precavidamente detrás de un tronco, a unos quince caballos y otros tantos caballeros, de los cuales una parte llevaban armadura completa. Los carboneros vieron que los caballeros gesticulaban vivamente, escucharon altas voces, gritos, maldiciones. Esto último convenció a los carboneros de que no tenían nada que buscar, que tenían que huir mientras pudieran. Los caballeros discutían, algunos estaban rabiosos, y de tales caballeros un pobre paisano no podía más que esperarse las peores cosas. Los caballeros solían descargar su rabia y sus nervios sobre los pobres paisanos. Bah, incluso el pobre paisano que se le cruzara a un bien nacido en estado de rabia podía recibir no sólo un puño en los morros, una bota en el trasero o un bordón en la espalda, pues a veces el señor caballero echaba mano en su rabia de la espada, la maza o el hacha.

Los carboneros huyeron. Y alarmaron al pueblo. También se daba el caso de que los caballeros enfadados prendieran fuego a las aldeas.

En el claro de los carboneros se había entablado una fuerte disputa, la discusión estaba en su apogeo. Buko von Krossig gritaba tanto que hasta se espantaban los caballos sujetos por los escuderos. Paszko Rymbaba gesticulaba, Woldan de Osin maldecía, Kuno Wittram llamaba como testigos a todos los santos y santas. Scharley mantenía una cierta serenidad. Notker von Weyrach y Tassilo de Tresckow intentaban apaciguar los ánimos.

El mago de cabellos blancos estaba sentado no muy lejos de allí, sobre un tronco, y demostraba su desprecio.

Reynevan sabía de qué se trataba. Se había enterado por el camino, cuando cabalgaban por el bosque de noche, encogidos en medio de robledales y hayedos, mirando constantemente a su alrededor por si los perseguidores surgían de la niebla, por si aparecían unos jinetes con las capas extendidas. Sin embargo, no los perseguía

nadie y pudieron hablar. Reynevan se enteró por fin de todo por boca de Sansón Mielles. Se enteró y se quedó estupefacto al enterarse.

—No entiendo... —dijo, cuando se serenó—. ¡No entiendo cómo pudisteis decidiros a algo así!

—¿Quieres decir —Sansón volvió la cabeza hacia él— que si se hubiera tratado de alguno de nosotros, tú no habrías intentado salvarnos? ¿Incluso de forma desesperada? ¿Estás diciéndome algo así?

—No, no lo digo. Pero no entiendo cómo...

—Precisamente —lo cortó el gigante con bastante aspereza, para ser él— estoy intentado explicártelo. Pero me interrumpes con tus estallidos. Nos enteramos de que te conducían al castillo de Stolz para, con toda seguridad, matarte allí. Scharley ya le había echado el ojo al negro furgón del recaudador de impuestos. Así que cuando, inesperadamente, apareció Notker Weyrach con su comitiva, el plan surgió por sí sólo.

—Ayuda para asaltar al recaudador. ¿Participación en un atraco a cambio de ayudar a liberarme?

—Ni que hubieras estado allí. Ése fue, precisamente, el trato. Y como Buko Krossig se enterara de la empresa, de seguro que por alguna lengua demasiado larga, hubo que incluirlo a él también.

—Y ahora la tenemos bien liada.

—La tenemos. —Sansón lo reconoció con serenidad.

La tenían. La discusión en el claro de los carboneros se iba haciendo cada vez más desabrida, tan desabrida que a alguno de los discutidores les empezaban a dejar de ser suficientes las palabras. Éste era claramente el caso de Buko von Krossig. El caballero de fortuna se acercó a Scharley y lo agarró con las dos manos de la pechera del jubón.

—Si otra vez... —ronqueó con rabia—. Si otra vez vuelves a decir «ya no vale...», lo lamentarás. ¿Qué me andas contando, virote? ¿Piensas acaso, bellaco, que no tengo nada mejor que hacer que deambular por los bosques? Perdí el tiempo con la esperanza de un botín. No me digas que fue en vano, porque la mano se me va a tu pescuezo.

—Quieto, Buko —intervino, conciliador, Notker von Weyrach—. Por qué usar tan presto de la violencia. Nos pondremos de acuerdo, pienso. Y tú, don Scharley, no has actuado, permíteme decirte, bien. Teníamos el trato hecho de que seguiríais al recaudador de impuestos desde Ziebice, que nos daríais una señal indicando el camino por el que iba, dónde se detenía. Os estuvimos esperando. Era una empresa común. ¿Y vosotros qué hicisteis?

—En Ziebice —Scharley se alisó la ropa—, cuando pedí ayuda a los señores, cuando por esa ayuda pagué con informaciones internas y con una oferta, ¿qué es lo

que escuché? Que puede que los señores nos ayudaran a liberar al aquí presente Reinmar Hagenau si, y estoy citando, si les venía en gana. Pero del botín del asalto al recaudador no iba yo a ganar ni un chelín cortado. ¿Éste es el aspecto que tiene que tener, según vosotros, una empresa común?

—A vosotros os interesaba el compadre. Había de liberárselo...

—Y está libre. Él mismo se liberó, por su propia industria. Así que está claro que no me es necesaria la ayuda de los señores.

Weyrach extendió los brazos. Tassilo du Tresckow maldijo, Woldan de Osin, Kuno Wittram y Paszko Rymbaba comenzaron a gritar el uno más alto que el otro. Buko von Krossig les hizo callar con un brusco gesto.

—¿De él se trataba, no? —preguntó con los dientes apretados, señalando a Reynevan—. ¿A él teníamos que sacarlo de Stolz? ¿Salvar su pellejo? Y al presente, dado que está libre, entonces te somos a ti, don Scharley, innecesarios, ¿verdad? ¿El trato deshecho, las palabras se las lleva el viento? ¡Demasiado bravo, don Scharley, demasiado pronto! ¡Pues si tan querido os es el pellejo del vuestro amigo, si tanto os importa que esté sano y salvo, has de saber que yo puedo ahora mismo perjudicar su salud! Así que no me vengas con que el trato se quebró porque tu compadre esté a salvo. ¡Puesto que aquí, en este claro, al alcance de mis brazos, ambos dos estáis lejos de hallaros a salvo!

—Tranquilo. —Weyrach alzó la mano—. Detente, Buko. Mas tú, don Scharley, baja el tono. ¿Tu camarada está ya libre, afortunadamente? Bien para ti. ¿Qué nosotros te somos ya, dices, innecesarios? Pues nosotros a ti, has de saber, aún menos te necesitamos. Vete de aquí, si tal es tu voluntad. Pero habiendo agradecido antes el haberos salvado. Puesto que no hace ni un día que os salvamos, que os sacamos el culo de las cadenas, como alguien sabiamente advirtiera. Porque si anoche os hubieran topado los perseguidores, de seguro que no se habría acabado en unas orejas roídas. ¿Lo olvidaste ya? Ja, pronto olvidas. En fin, dinos tan sólo, como despedida, por dónde se fuera el alcabalero con su carro, por qué camino en la encrucijada. Y adiós, vete al diablo.

—Por el vuestro socorro nocturno —Scharley carraspeo, se inclinó levemente, pero no hacia Buko y Weyrach, sino en dirección al mago de cabellos blancos que estaba sentado en un tronco y los contemplaba con indiferencia—. Por el vuestro socorro nocturno os doy las gracias. Sin querer recordar que apenas ha pasado una semana desde que nosotros salváramos el culo a los señores Rymbaba y Wittram. De modo que estamos en paz. Y por dónde se fuera el recaudador, no sé, por desgracia. Perdimos su rastro en el camino anteayer por la tarde. Como a poco del ocaso nos encontramos con Reinmar, nuestro recaudador dejó de interesarnos.

—¡Sujetadme! —gritó Buko von Krosig—. ¡Sujetadme, joder, porque me lo cargo! ¡Me caguentó! ¿Habéis oído? ¡Qué perdió el rastro! ¡Qué le dejó de interesar

el recaudador! ¡Qué le dejaron de interesar nuestros mil gúldenes! ¡Nuestros mil gúldenes!

—Déjate de mil —soltó Reynevan sin pensárselo—. Allí no había mil. Había... sólo... quinientos.

Pronto, muy pronto, comprendió el tamaño de la estupidez que acababa de cometer.

Buko von Krossig tomó la espada con un movimiento tan rápido que el chirrido de la hoja en la vaina, se diría, todavía resonaba en el aire cuando la hoja ya tocaba la garganta de Reynevan. Scharley consiguió dar sólo medio paso antes de que tocara con su pecho las espadas, desenvainadas con igual rapidez, de Weyrach y De Tresckow. Las hojas restantes mantuvieron a raya a Sansón. Desaparecieron, como barridos por el viento, todas las trazas de ruda deferencia. Los ojos malvados, semicerrados, crueles, de los caballeros de rapiña no dejaban duda alguna de que estaban dispuestos a hacer uso de las armas. Y que lo harían sin el menor de los escrúpulos.

El mago de cabellos blancos sentado en el tronco suspiró y meneó la cabeza. Tenía sin embargo un gesto de indiferencia.

—Hubertillo —dijo despacio Buko von Krossig a uno de los escuderos—. Toma las riendas, haz un lazo y échalo sobre aquella rama. No te menees, Hagenau.

—No te menees, Scharley —repitió como un eco De Tresckow. Las espadas de los restantes se apoyaron aún más fuerte en el pecho y el cuello de Sansón.

—De modo —Buko, sin retirar la hoja de la garganta de Reynevan, se acercó, lo miró a los ojos—. De modo que en el carro del recaudador no hay mil, sino quinientos gúldenes. Tú lo sabes. Así que también has de saber en qué dirección se fue el carro. Tienes, muchacho, una elección bien sencilla: o lo sabes, o cuelgas.

Los caballeros de rapiña tenían prisa, marcaban una velocidad muy alta. No ahorran esfuerzo a los caballos. Donde el terreno lo permitía, los lanzaban al galope, corrían todo lo que les era posible.

Weyrach y Rymbaba, resultó, conocían la zona, los conducían por atajos.

Tuvieron que demorar la marcha porque un atajo discurría a través de las tierras bastante pantanosas del valle del río Budzówka, un afluente por la izquierda del Nysa de Klodzko. Sólo entonces encontraron Scharley, Sansón y Reynevan la forma de poder charlar un poco.

—No hagáis ninguna estupidez —les advirtió Scharley en voz baja—. Y no intentéis huir. Esos dos de ahí tienen ballestas y no apartan el ojo de nosotros. Mejor ir con ellos obedientemente...

—¿Y tomar parte —terminó Reynevan la frase con retintín— en un asalto de bandidos? Ciertamente, Scharley, bien lejos me ha llevado el haberte conocido. Me he convertido en un bandolero.

—Te recuerdo —intervino Sansón— que lo hicimos por ti. Para salvarte la vida.

—El canónigo Beess —añadió Scharley— me ordenó cuidarte y protegerte...

—¿Y hacer cosas fuera de la ley?

—Es por tu culpa —respondió el demérito con brusquedad— que vamos a Sciborowa Poreba, tú fuiste quien delató a Krossig el lugar donde el recaudador va a repostar. Bien rápido lo cantaste, no tuvo siquiera que menearte mucho. Había que haber aguantado más, callar como un hombre. Ahora serías un ahorcado virtuoso de conciencia limpia. Me da a mí que te sentirías mejor en ese papel.

—Un crimen es siempre...

Scharley gargajeó, agitó la mano, espoleó al caballo.

Una niebla se alzaba del pantano. El barro chapoteaba y salpicaba bajo los cascos de los corceles. Croaban las ranas, las chicharras cricaban, graznaban los gansos silvestres. Con desasosiego piaban los patos y se elevaban al vuelo con un chapoteo. Algo grande, seguramente un ciervo, bramaba en la lejanía.

—Lo que Scharley hizo —dijo Sansón—, lo hizo por ti. Tu comportamiento lo hiere.

—Un crimen... —Reynevan carraspeó— siempre es un crimen. Nada lo justifica.

—¿De verdad?

—Nada. No se puede...

—¿Sabes qué, Reynevan? —Sansón Mielles por vez primera mostró un algo como de impaciencia—. Juega al ajedrez. Ahí tendrás todo a tu gusto. Aquí las negras, allí las blancas, y todos los campos cuadrados.

—¿Cómo sabíais que habían de asesinarme en Stolz? ¿Quién os lo reveló?

—Te asombrarás. Una joven dama, enmascarada, completamente envuelta en una capa. Llegó por la noche, a la posada. Con una escolta de pajes armados. ¿Te has asombrado?

—No.

Sansón no le preguntó.

En Sciborowa Poreba no había nadie, ni un alma. Se veía claramente, hasta de lejos. Los caballeros de rapiña renunciaron pues a acercarse a escondidas como tenían planeado, entraron en el campo en marcha, al galope, con el tronar de cascos, retumbos, gritos. Pero el ruido tan sólo sirvió para espantar a las chovas, que estaban disfrutando de su cena junto a un hogar rodeado de piedras.

El grupo miró por todos lados, rebuscando entre los arbustos. Buko von Krossig se dio la vuelta en la silla y clavó en Reynevan una mirada amenazadora.

—Déjalo —le advirtió Notker von Weyrach—. No mintió. Se ve que alguien anduvo repostando acá.

—Aquí hubo un carro. —Tassilo de Tresckow se acercó—. Oh, huellas de ruedas.

—Aplastaron la senda las herraduras —anunció Paszko Rymbaba—. ¡Copia de

caballos aquí hubo!

—Las cenizas del fuego aún andan calientes —informó Hubertillo, el escudero de Buko, quien, pese al diminutivo, entrado ya en años era—. Alredor hay giiesos de cordero y cachos de nabo.

—Tarde llegamos —resumió sombrío Woldan de Osin—. El recaudador ya repostó aquí. Y se fue. Tarde acudimos.

—Ciertamente —bramó Von Krossig—, si el mozuelo no nos burlara. Pues no me gusta a mí nada, este Hagenau. ¿Eh? ¿Quién os persiguiera a la noche? ¿Quién os mandara contra vos los morcegos? ¿Quién...?

—Déjalo, Buko —lo interrumpió de nuevo Von Weyrach—. No te ajustas al tema. Venga, comitiva, rebuscad la pradera, encontrad huellas. Hay que saber cómo proceder en adelante.

Los caballeros de rapiña volvieron a dispersarse, algunos de ellos desmontaron y se desperdigaron por entre los matorrales. A los buscadores, para leve asombro de Reynevan, se sumó Scharley. El mago de cabellos blancos, por su parte, sin prestar atención a la batahola, extendió un pellejo de oveja, se envolvió en él, sacó un pan de las alforjas, un pedazo de cecina y un galápago con agua.

—¿El señor don Huon —Buko frunció el ceño— no considera conveniente ayudar en la búsqueda?

El mago dio un trago del galápago, un mordisco al pan.

—No lo considero.

Weyrach bufó. Buko maldijo por lo bajo. Se acercó Woldan de Osin.

—Difícil resulta de estas huellas sacar cosa alguna —se adelantó a sus preguntas—. No más se puede decir que de caballos aquí hubo copia.

—Eso ya lo he oído. —Buko de nuevo midió a Reynevan con una mirada de furia—. Mas contento estaría de saber los detalles. ¿Hubo mucho personal con el alcabalero? ¿Y quiénes fueron? ¡Te estoy hablando, Hagenau!

—Un sargento y cinco armados —balbuceó Reynevan—. Aparte de ellos...

—¿Qué? ¡Te estoy oyendo! ¡Y mírame a los ojos cuando te pregunto!

—Cuatro hermanos menores... —Reynevan ya antes había decidido mantener en secreto a la persona de Tybald Raab, tras un momento de reflexión tomó también la decisión de ocultar a Hartwig Stietencron y su feúcha hija—. Y cuatro peregrinos.

—Mendicantes y peregrinos. —Los labios de Buko, torcidos en una mueca, dejaron al descubierto sus dientes—. ¿Montados en caballos con yerros? ¿Eh? Qué me estás...

—No miente. —Kuno Wittram se acercó, le echó un pedazo de cordón deshilachado.

—Blancos —dijo—. ¡Franciscanos!

—Cuernos. —Notker Weyrach frunció las cejas—. ¿Qué pasó aquí?

—¡Qué pasó, qué pasó! —Buko golpeó la mano contra la empuñadura de la espada—. ¿Y mí qué se me da? ¡Yo lo que quiero es saber dónde el recaudador anda! ¡Dónde está el carro, dónde los dineros! ¿Alguien puede decirme algo? ¡Don Huon von Sagar!

—Estoy comiendo.

Buko maldijo.

—Tres senderos parten de la majada —dijo Tassilo de Tresckow—. Huellas hay en todos ellos. Mas no hay modo de vislumbrar cuál es cuál. No se puede decir por cuál se fuera el recaudador.

—Si acaso se fuera. —Scharley surgió de los arbustos—. Opino que no se fue. Que sigue aún aquí.

—¿Lo qué? ¿Dónde? ¿Cómo lo sabéis? ¿Por qué afirmáis tal cosa?

—Porque uso de mi razón.

Buko von Krossig lanzó obscenas maldiciones. Notker Weyrach lo detuvo con un gesto. Y miró al demérito significativamente.

—Habla, Scharley. ¿Acaso encontraste algo? ¿Qué sabes?

—Los señores no quisieron dejarnos tomar parte en el botín. —El demérito meneó la cabeza con fuerza—. De modo que no haréis de mí un rastreador. Lo que sé, lo sé. Asunto mío.

—Sujetadme... —gritó Buko con rabia, mas Weyrach lo detuvo de nuevo.

—No ha mucho —dijo— ni el recaudador os interesara ni los sus dineros. Y ahora al pronto os entraron las ganas de tomar parte en el botín. De seguro que algo ha cambiado. Curioso estoy por saber qué.

—Mucho. Ahora el botín, si tenemos suerte de poderlo tomar, no procederá del asalto al recaudador. Se tratará ahora de una recuperación, de robar a un ladrón. En lo cual tomaré con gusto parte, dado que considero moralmente permitido el robar a un robador los sus robados bienes.

—Habla más claro.

—No se puede hablar más claro —dijo Tassilo de Tresckow—. Todo está claro.

El pequeño lago escondido en el bosque y rodeado de pantanos producía, pese a toda su belleza, un cierto sentimiento de desasosiego, incluso de miedo. Su superficie era como el alquitrán, igual de negra e inerte, igual de inmóvil, igual de muerta, sin huella de vida, sin movimiento alguno. Aunque la puntas de los pinos que se reflejaban en el agua se agitaban leves al soplo del viento, la suavidad de la superficie no estaba turbada ni siquiera por una arruga. En el agua, densa de algas de color pardo, solamente se movían unas pequeñas bolas de gas que surgían de las profundidades, se esparcían lentamente y estallaban en la oleaginosa superficie cubierta de lentejas de río, una superficie de la que surgían árboles secos con los troncos extendidos como si fueran manos de cadáveres.

Reynevan se estremeció. Ya había adivinado lo que había descubierto el demérito. Allí yacían, pensó, en lo profundo, entre el légamo, en el mismo fondo de este oscuro abismo. El recaudador. Tybald Raabe. La hija llena de granos de Stietencron, con sus cejas afeitadas. ¿Y quién aparte de ellos?

—Mirad —señaló Scharley—. Aquí.

El suelo pantanoso se hundía bajo los pies, salpicaba agua, que surgía al estrujar la esponjosa alfombra de liquénes.

—Alguien se dispuso a esconder las huellas —siguió mostrando el demérito—, mas de cualquier modo se ve claramente por dónde se arrastraron los cadáveres. Aquí, sobre las hojas, hay sangre. Y aquí, y aquí. Por doquier, hay sangre.

—Eso quiere decir... —Weyrach se acarició la barbilla—. Que alguien...

—Que alguien asaltó al recaudador —terminó Scharley tranquilo—. Acabó con él y con su escolta. Y los cuerpos echólos aquí, al lago.

Llenándolos de piedras que arrancaron del hogar. Bastaba con mirar atentamente el hogar...

—Vale, vale —cortó Buko—. ¿Y los dineros? ¿Qué hay de los dineros? Eso quiere decir...

—Eso quiere decir —Scharley lo miró ligeramente burlón— exactamente lo que estáis pensando. Suponiendo que penséis.

—¿Qué robaron los dineros?

—Bravo.

Buko guardó silencio durante algún tiempo y durante el tiempo aquél iba enrojeciendo cada vez más.

—¡Su puta madre! —gritó por fin—. ¡Oh, Dios! ¿Y Tú ves esto y no lanzas tus rayos? ¡A lo que hemos llegado! ¡Se derrumbaron, su puta madre, las costumbres, desapareció la virtud, murió la honestidad! ¡Todo, todo se roba, se saquea, se sustrae! ¡El ladrón al ladrón roba y a éste otro ladrón! ¡Picaros! ¡Belitres! ¡Rufianes!

—¡Granujas, por el caldero de Santa Cecilia, granujas! —Kuno Wittram lo secundó—. ¡Cristo, que no lances plaga alguna contra ellos!

—¡Ni lo más sagrado, hideputas, respetan! —bramó Rymbaba—. ¡Pues las perras que el colector acarreaaba, para un santo fin eran!

—Ciertamente. Para la guerra contra los husitas recogía el obispo...

—¿Y si es así —balbuceó Woldan de Osin—, no será esto asunto diabólico? Pues el diablo en liga está con los husitas... Pudieron los heréticos ayuda demoniaca haber llamado... Y bien pudiera el diablo por su cuenta, por desavenencia con el obispo... ¡Jesús! El diablo, os digo, anduvo por acá, fuerzas del averno hicieron de las suyas. Satán, y no otro, fue quien al recaudador mató y a los suyos aniquilara.

—¿Y los quinientos gúldenes qué? —Buko frunció el ceño—. ¿Se los llevó para el infierno?

—Lléveselos. O los convirtió en mierda. Ya ha habido casos así.

—Igual en mierda. —Rymbaba meneó la cabeza—. Mucho y muy diverso hay de mierda allá, tras los matojos.

—Podiera ser también —añadió Wittram, señalando— que el diablo tirara al marjal los dineros. A él nada le sirven.

—Humm... —murmuró Buko—. ¿Podiera haberlos tirado, dices? Puede que entonces...

—¡Jamás! —Hubertillo captó al vuelo lo que Buko estaba pensando—. ¡Jamás de los jamases! ¡Por nada del mundo me meto yo ahí, señor!

—No me extraña —dijo Tassilo du Tresckow—. A mí tampoco me gusta el charco éste. ¡Lagarto, lagarto! No me metería en esas aguas ni aunque fueran no quinientos, sino y aun quinientos mil gúldenes.

Lo que fuera que viviera dentro del lago debió de haberlo escuchado porque como para confirmarlo, el agua oleaginosa se agitó, hirvió, borbotó con miles de grandes burbujas. Estallaban y dejaban esparcirse un hedor repugnante, podrido.

—Vayámonos de aquí... —jadeó Weyrach—. Vayámonos...

Se fueron. Y más bien apresuradamente. El agua del pantano salpicaba bajo sus pies.

—El asalto al recaudador —afirmó Tassilo du Tresckow—, si tuvo lugar, y Scharley no se equivoca, sucedió, a juzgar por las huellas, ayer por la noche u hoy al alba. De modo que si nos apuramos un tanto, podemos alcanzar a los bellacos.

—¿Y sabemos —bramó Woldan de Osin— por dónde se fueron? De la pradera vanse tres sendas. Una hacia el camino de Bardo. Otra al sur, a Kamieniec. La tercera al norte, a Frankenstein. Antes de que nos echemos a perseguir, más valdría saber por cuál de los tres caminos.

—Ciertamente —confirmó Notker von Weyrach, después de lo cual carraspeó significativamente, miró a Buko, señaló con la mirada al mago de cabellos blancos, que estaba sentado no lejos de allí con la vista clavada en Sansón Miele—. Ciertamente, más valdría saberlo. No quisiera ser molesto, mas puede ser que, por ejemplo, ¿se pudiera usar la hechicería para tal objeto? ¿Eh, Buko?

Con toda seguridad hubo el mago escuchado estas palabras, pero ni siquiera volvió la cabeza. Buko von Krossig ahogó una maldición entre los dientes.

—¡Don Huon von Sagar!

—¿Qué?

—¡Buscamos una pista! ¿Podríaís vos ayudarnos?

—No —respondió el mago con voz de desprecio—. No tengo ganas.

—¿No tenéis ganas? ¿No queréis? ¿Entonces por qué cojones vinisteis con nosotros?

—Para tomar aire fresco. Y hacerme un *gaudium*^[186]. Aire ya he tomado de sobra

y *gaudium*, por lo que se ve, ninguno, de modo que lo que haría con más gusto es volverme a casa.

—El botín se nos ha escapado por los pelos.

—Pues esto, si permitís, *nihil ad me attinet*^[187].

—¡Yo os alimento y mantengo del botín!

—¿Vos? ¿De verdad?

Buko se puso rojo de rabia, pero no dijo nada. Tassilo de Tresckow tosió en voz baja, se inclinó un tanto en dirección a Weyrach.

—¿Qué pasa con él? —murmuró—. ¿Con ese hechicero? ¿Sirve al fin a Krossig o no?

—Le sirve —respondió Weyrach, también en un murmullo—, pero a la vieja Krossig. Mas de esto ni mu, nada digas. Es un tema delicado...

—¿Acaso es éste —Reynevan, que estaba al lado de Rymbaba, preguntó a media voz— el famoso Huon de Sagar?

Paszko asintió con la cabeza y abrió la boca, pero por desgracia Notker Weyrach los había escuchado.

—Curioso estáis, señor Hagenau —siseó, acercándose—. Y no es menester. No es menester ello para ninguno de vuestro trío maravillas. Pues por vosotros es el que andamos en estos lances. Y ayudáis tanto como un cabrito da leche.

—Eso —Reynevan se enderezó— puede cambiarse de inmediato.

—¿Qué?

—¿Queréis saber por qué camino fueron los que robaron al recaudador? Os lo mostraré.

Si el asombro de los caballeros de rapiña fue grande, para la mueca que Scharley y Sansón pusieron sería difícil encontrar una expresión adecuada, incluso la frase «se quedaron estupefactos» parecería demasiado poco. Hasta en los ojos de Huon von Sagar aparecieron fogonazos de interés. El albino, el cual hasta entonces había mirado a todos —excepto a Sansón— como si fueran transparentes, comenzó ahora a sondear atentamente a Reynevan con la mirada.

—El camino acá, a la Poreba —Buko von Krossig pronunció arrastrando las palabras—, nos lo mostraste ante amenazas de horca, Hagenau. ¿Y ahora nos vas a ayudar por gusto? ¿A qué tal cambio?

—Asunto mío.

Tybold Raabe. La feúcha hija de Stietencron. Con las gargantas cortadas. En el fondo, en el fango. Negros de los cangrejos que los cubrían. De sanguijuelas. De anguilas que se retorcían. Y Dios sabe qué más.

—Asunto mío —repitió.

No tuvo que buscar mucho tiempo. Los juncos crecían en los bordes de la húmeda pradera en grandes macizos. Añadió un tallo de rabizón de secas escamas. Lo ató tres

veces con una paja de mansiega.

Una, dos, tres,

Segge, Binse, Hederich

Binde zu samene...

—Muy bien —dijo el mago de cabellos blancos con una sonrisa—. Bravo, muchacho. Mas pena me da perder el tiempo y a mí me gustaría volver cuanto antes a casa. Me permito, si no te molesta, un pelín de ayuda. Sólo un pelín. Por un céntimo. Lo suficiente para que, como dice el poeta, el poder pueda poder.

Inclinó su bastón, trazó con él un rápido círculo.

—¡Yassar! —pronunció guturalmente—. ¡Qadir al-rah!

De la fuerza del hechizo comenzó a agitarse el aire y uno de los caminos que partía de Sciborowa Poreba se hizo más claro, más simpático, más acogedor. Sucedió mucho más deprisa que usando sólo el nudo, casi de inmediato, y el resplandor que emanaba del camino era bastante más fuerte.

—Por allí —señaló Reynevan a los caballeros de rapiña que lo miraban con la boca abierta—. Este camino.

—La ruta de Kamieniec. —Notker Weyrach fue el primero que se serenó—. Bien para nosotros. Y para vos también, señor Von Sagar. Porque es el camino mismo para esa casa a la que tanto queréis ir. ¡A los caballos, comitiva!

—Están allí —informó Hubertillo, a quien habían mandado en avanzadilla, mientras sujetaba a su danzante caballo—. Están allí, don Buko. Cabalgan pausado, despacio, por la carretera de Bardo. Unos veintitantos mozos, también entre ellos algunos de armadura pesada.

—Veinte —repitió Woldan de Osin un tanto pensativo—. Hummm...

—¿Y qué esperabas? —Weyrach lo miró—. ¿Quién, pensabas, apuntilló y ahogó al recaudador y su comitiva, sin contar franciscanos y peregrinos? ¿Eh? ¿Pulgarcito?

—¿Y el dinero? —preguntó, con aires de experto, Buko.

—Hay un carro. —Hubertillo se rascó la oreja—. Un arca...

—Suerte para nosotros. Allá llevarán los cuartos. Vayamos entonces tras ellos.

—¿Y seguros estáis —dijo Scharley— que son los que buscamos?

—Vos, don Scharley —Buko lo midió con la vista—, cuando decís algo... Mejor dijéraisme si contar he de con vos. Y con vuestros compañeros. ¿Ayudaréis?

—¿Y de la tal recuperación —Scharley miró las copas de los pinos— tendremos nosotros algo? ¿Qué decís de una parte igual, señor Von Krossig?

—Una para los tres.

—De acuerdo. —El demérito no regateó, pero ante las miradas de Reynevan y Sansón añadió presto—: Pero desarmados.

Buko agitó la mano, después de lo cual desató el hacha de la silla, un hacha fuerte, de ancha hoja en un mango levemente curvado. Reynevan contempló también

cómo Notker Weyrach examinaba si la cadena de su mangual giraba bien en su vastago.

—Escuchad, comitiva —dijo Buko—. Aunque de seguro la mayor parte no son sino chuminos, veinte son. Ha de hacerse pues con cabeza. Procederemos de este modo: a eso de una legua de aquí el camino cruza un riachuelo por un puentejo...

Buko no se equivocaba. El camino conducía en verdad por un puentecillo bajo el que, por una estrecha aunque muy profunda garganta, oculta entre la espesura de los alisos, fluía una corriente que resonaba ruidosamente entre las piedras. Cantaban las oropéndolas, un pájaro carpintero picaba afanosamente contra un árbol.

—No me lo puedo creer —dijo Reynevan, escondido detrás de unos enebros—. No me lo puedo creer. Me he convertido en un bandolero. Estoy esperando emboscado...

—Cierra el pico —murmuró Scharley—. Vienen.

Buko von Krossig escupió en la palma de la mano, empuñó el hacha, cerró la celada.

—Atentos —bramó como de dentro de un caldero—. ¿Hubertillo? ¿Estás listo?

—Listo, señor.

—¿Saben todos qué han de hacer? ¿Hagenau?

—Lo sé, lo sé.

Entre los brillantes abedules que estaban al otro lado de los matorrales de enebros, en la orilla contraria de la garganta, titilaron unos colores, destellaron unas armaduras. Se escuchó una canción. Cantaban *Dum iuventus floruit*^[188], reconoció Reynevan. Un canto con letra de Pierre de Blois. También nosotros lo cantábamos en Praga...

—Contentos vienen, los perros ésos —murmuró Tassilo du Tresckow.

—También ando contento cuando le aligero a alguno —respondió Buko—. ¡Hubertillo! ¡Atento! ¡Coloca la ballesta!

Los cánticos se detuvieron, enmudecieron de pronto. Junto al puentecillo apareció un paje con una capelina, llevando una lanza atravesada en la parte delantera de la montura. Detrás de él cabalgaban otros tres, los cuales vestían cotas de malla y placas de hierro, en la cabeza llevaban un morrión y a las espaldas ballestas. Todos entraron muy despacio en el puenteciilo. Detrás de ellos aparecieron dos caballeros armados *cap á pied*, hasta con las lanzas en ristre apoyadas en los estribos. Uno llevaba en el escudo un escalón de gules en campo de plata.

—Kauffung —murmuró de nuevo Tassilo—. ¿Qué diablos?

Los cascos de los caballos resonaron sobre el puente, aparecieron otros tres caballeros más. Detrás de ellos, uncido a un par de caballos de tiro, iba un carro cubierto con una lona de color burdeos. El transporte de dinero, que iba escoltado por más ballesteros con morriones y capelinas.

—Esperar —murmuró Buko—. Todavía... Que el carro entre en el puente... Todavía... ¡Ahora!

Gimió la cuerda, silbó la flecha. El caballo de uno de los lanceros se puso a dos patas, relinchando como un loco, se derrumbó, llevándose consigo a uno de los ballesteros.

—¡Ahora! —gritó Buko, espoleando al caballo—. ¡A ellos! ¡Atacad!

Reynevan dio con los talones al caballo, salió de entre los enebros. Detrás de él saltó Scharley.

Delante del puente se había formado ya un tumulto, se estaba luchando, Rymbaba y Wittram habían atacado a la escolta por la derecha, Weyrach y Woldan de Osin por la izquierda. A través del bosque se alzó el griterío, el relincho de los caballos, el tintineo, el chirrido, el golpeteo de metal contra metal.

Buko von Krossig derribó con un tajo de hacha al paje de la lanza junto con su caballo, con un golpe de través le destrozó la cabeza a un ballestero que estaba intentando tensar la ballesta. Al pasar al lado de Reynevan, le salpicó de sangre y sesos. Buko se giró en la silla, se puso de pie sobre los estribos, cortó con fuerza, el hacha destrozó el brazal y casi arrancó el hombro al caballero con el escalón de los Kauffung en el escudo. Junto a ellos pasó a todo galope Tassilo de Tresckow, quien con un amplio tajo de espada derribó del caballo a un escudero de una brigantina. El camino se lo cortó un caballero completamente armado y con un perpunte blanquiazul sobre la armadura, se enfrentaron con un choque de aceros.

Reynevan alcanzó el carro. El carretero se miraba con incredulidad un virote que tenía clavado en la ingle casi hasta las plumas. Scharley se acercó desde el otro lado, con un fuerte empujón lo derribó del pescante.

—¡Súbete! —gritó—. ¡Y espolea a los caballos!

—¡Cuidado!

Scharley se lanzó bajo el cuello del caballo, si se hubiera demorado sólo un segundo lo habría atravesado la lanza de un caballero de armadura completa, con un ajedrezado sable y oro en el escudo, que cargaba desde el puente. El caballero empujó al caballo de Scharley, soltó la lanza, agarró una maza de armas que llevaba colgada de su fiador, pero no alcanzó más que a alzarla por encima de la coronilla del demérito. Notker Weyrach, acercándose al galope, le atizó con el mangual en la armadura de tal modo que hasta retumbó. El caballero se tambaleó en la silla, Weyrach giró y lo volvió a golpear, esta vez en mitad del espaldar, con tanta fuerza que las puntas de la bola de acero se clavaron en la chapa y se quedaron enganchadas. Weyrach soltó el vastago, tomó la espada.

—¡Espoléalos! —gritó a Reynevan, el cual por su parte se había subido ya al pescante—. ¡Deprisa, deprisa!

Un fiero relincho les llegó desde el puente, un alazán de gualdrapas multicolores

se estrelló contra la balaustrada, cayó al barranco arrastrando a su jinete. Reynevan gritó todo lo que daban de sí sus pulmones, chasqueó las riendas, los caballos de tiro se lanzaron hacia delante, el carro se balanceó, traqueteó, de su interior, para grande asombro de Reynevan, le llegó un agudo chillido a través de la lona herméticamente cerrada. No quedaba sin embargo tiempo para asombrarse. Los caballos iban al galope, tenía que hacer grandes esfuerzos para no caer de la tabla que rebotaba bajo su trasero. A su alrededor continuaba una fiera lucha, se oían gritos y el entrecocar de las armas.

Por la derecha apareció a todo galope un jinete con armadura completa pero sin yelmo, se inclinó, intentando aferrar las cinchas del tiro. Tassilo du Tresckow se acercó y le rajó con la espada. La sangre manchó el costado de un caballo.

—¡Deprisaaa!

Por la izquierda salió Sansón, armado sólo con una rama de avellano, un arma, como resultó, perfectamente adecuada a la situación.

Los golpes en las ancas de los caballos los hicieron lanzarse a un galope que casi aplastó a Reynevan contra el respaldo del pescante. El carro, en cuyo interior algo seguía chillando, saltaba y se balanceaba como una carabela en una tormenta. Reynevan, la verdad sea dicha, jamás en toda su vida había estado en el mar y las carabelas las había visto solamente en los cuadros, sin embargo no dudaba de que precisamente así, y no de otro modo, debían de balancearse.

—¡Deprisaaa!

En el camino apareció Huon von Sagar, sobre su caballo prieto, que bailoteaba, señaló una senda con su bastón, él mismo se metió en ella al galope. Sansón lo siguió, llevando de las bridas al caballo de Reynevan. Reynevan tiró de las riendas, gritó al tiro.

La senda estaba llena de baches. El carro traqueteaba, se balanceaba y chillaba. Los ruidos de la lucha iban quedando a sus espaldas.

—Y no se nos dio mal —valoró Buko von Krossig—. Nada mal, ciertamente... No más que a dos escuderos nos mataron. Cosa de poca monta. Nada mal. De momento.

Notker von Weyrach no respondió, tan sólo aspiró pesadamente, se masajeó el muslo. De bajo las placas fluía la sangre, una fina línea bajaba por su muslo. Junto a él jadeaba Tassilo de Tresckow, mirando su brazo izquierdo. Le faltaba el brazal por completo, el codal estaba medio arrancado, con sólo un ala, pero la mano parecía sana.

—Y el señor Hagenau —siguió Buko, que no parecía tener heridas de importancia—. El señor Hagenau condujo el carro admirablemente. Prueba dio de valentía... Oh, Hubertillo, ¿estás entero? Ja, veo que estás vivo. ¿Y dónde Woldan, Rymbaba y Wittram?

—Ya vienen.

Kuno Wittram se sacó el yelmo y se retiró el gorro, por debajo de él tenía los cabellos encrespados y mojados. Un golpe había torcido una de sus hombreras, que estaba dirigida hacia arriba, su escudo estaba completamente deformado.

—Ayudad —gritó, aspirando aire como un pez—. Woldan anda magullado...

Bajaron al herido de la silla. Con esfuerzo, entre gemidos y jadeos, le sacaron el bacinete de la cabeza, el cual estaba muy deformado, abollado y fuera de su horma.

—Cristo... —jadeó Woldan—. Anda que no me dieron... Kuno, mira, ¿tengo aún el ojo?

—Lo tienes, lo tienes —lo tranquilizó Von Wittram—. No ves porque está anegado en sangre...

Reynevan se arrodilló, se puso de inmediato a vendar la herida. Alguien le echó una mano. Alzó la cabeza y se encontró los ojos grises de Huon von Sagar.

Rymbaba, que estaba de pie a su lado, frunció el rostro a causa del dolor, al tiempo que se masajeaba una enorme abolladura a un lado del peto.

—De seguro que me se quebró una costilla —jadeó—. Joder, mirad, escupo sangre.

—¿A quién cojones le importa lo que escupas? —Buko von Krossig se quitó el armette de la cabeza—. Mejor dinos, ¿nos persiguen?

—No... Reducírnoslos un poquejo...

—Nos perseguirán —dijo Buko convencido—. Venga, limpiemos el carro. Tomamos los dineros y pies en polvorosa.

Se acercó al vehículo, tiró de las puertecillas de mimbre cubiertas por la lona. Las puertecillas cedieron, pero sólo una pulgada, luego se cerraron de nuevo. Estaba claro que alguien las sujetaba por dentro. Buko maldijo, tiró con más fuerza. Un chillido surgió del interior.

—¿Qué es esto? —se asombró Rymbaba, al tiempo que hacía una mueca de dolor—. ¿Monedas chillonas? ¿No será que el recaudador ratones recaudara?

Buko le pidió ayuda con un gesto. Entre los dos tiraron de las puertas con tanta fuerza que éstas se arrancaron por completo, y junto con ellas los caballeros sacaron del interior a la persona que las sujetaba.

Reynevan lanzó un suspiro. Y se quedó petrificado y con la boca abierta.

Porque esta vez no cabía la menor duda acerca de la identidad.

Mientras tanto, Buko y Rymbaba, habiendo rajado la lona con unos cuchillos, sacaron del interior relleno de pieles del carro a otra muchacha, también rubia como la primera, tan magullada como la otra, vestida con parecido *cotehardie* verde y guantes blancos, aunque quizá algo más joven, de menor estatura y más llenita. Era precisamente esta otra, la rellenita, la que tenía afición a los gritos, ahora, sujeta contra la hierba por Buko, comenzó a sollozar por añadidura. La primera estaba

sentada en silencio, aún sujetando las puertecillas del carro y cubriéndose con ellas como con un escudo.

—Por el palo del santo Dalmastus... —suspiró Kuno Wittram—. ¿Qué es esto?

—No aquello que queríamos —afirmó con aire de experto Tassilo—. Razón tuvo don Scharley. Había que haberse asegurado antes, y luego atacar.

Buko von Krossig salió del carro. Tiró al suelo unos vestidos y trapos que había sacado de él. Su expresión decía claramente cuál había sido el resultado de la búsqueda. A todo el que no estuviera seguro de lo que Buko había hallado, la serie de obscenas maldiciones que lanzó a continuación debían de convencerlo. Los esperados quinientos gúldenes no estaban en el carro.

Las muchachas se acercaron la una a la otra y se abrazaron con miedo. La más alta tiró de su *cotehardie* hasta los tobillos, al darse cuenta de que Notker Weyrach miraba con lascivia sus agraciados muslos. La más baja sollozó.

Buko apretó los dientes, aferró el mango del cuchillo de tal modo que los nudillos se le pusieron blancos. La expresión la tenía de rabia, se veía que le hervía el pensamiento. Huon Sagar lo advirtió al punto.

—Es hora de mirar la verdad a los ojos —bufó—. La jodiste, Buko. Todos la jodisteis. Bien claro está que éste no es vuestro día. Aconsejo pues el volver a casa. De inmediato. Antes de que encontréis de nuevo ocasión de hacer el ridículo.

Buko maldijo, esta vez lo secundaron Weyrach, Rymbaba, Wittram y hasta Woldan de Osin desde por debajo de sus vendas.

—¿Y qué hacer con las mozas? —Buko pareció haberse dado cuenta de su presencia sólo entonces—. ¿Rajárnoslas?

—¿Y no será mejor tirárnoslas? —Weyrach sonrió lascivo—. Don Huon ha algo de razón, ciertamente mala fue esta jornada. De modo que, ¿por qué no terminarla con algo de regocijo? Tomemos las mozas, encontremos algún pajar, donde fuera blando y allá jodámosnoslas a las dos de arriba abajo. ¿Qué decís a ello?

Rymbaba y Wittram se carcajearon, aunque más bien inseguros. Woldan de Osin gimió bajo el lienzo ensangrentado. Huon von Sagar meneó la cabeza.

Buko dio un paso en dirección a las muchachas, éstas se encogieron y se abrazaron. La más joven sollozó.

Reynevan agarró de la manga a Sansón, quien estaba ya disponiéndose a intervenir.

—No os atreváis —dijo.

—¿Lo qué?

—No os atreváis a tocarlas. Porque pudiera ser que esto tuviera consecuencias nefastas para vosotros. Es una noble, y no cualquiera. Catalina von Biberstein, hija de Johann Biberstein, señor de Stolz.

—¿Estás seguro, Hagenau? —Buko von Krossig rompió un largo y pesado

silencio—. ¿No yerras?

—No yerra. —Tassilo de Tresckow recogió un saquete con un escudo bordado, un cuerno de ciervo de gules en campo de oro.

—Ciertamente —reconoció Buko—. El escudo de los Biberstein. ¿Cuál es?

—La más alta, la mayor.

—¡Ja! —El caballero de rapiña se puso los brazos en jarras—. Entonces de cierto que terminaremos la jornada con algo de regocijo. Y repararemos en algo lo perdido. Hubertillo, amárrala. Y llévala en tu caballo cabe ti.

—Os lo dije antes. —Huon von Sagar extendió los brazos—. Y he aquí que el día os dio aún oportunidad de mostrar vuestra majadería. Cierto es que no por primera vez me pregunto, Buko, si lo tuyo es de nacimiento o adquirido con el tiempo.

—Tú, por tu parte —Buko, sin hacer caso al hechicero, se puso junto a la menor, la cual se encogió y comenzó a sollozar—. Tú, moza, límpiame los mocos y escucha atentamente. Quédate aquí sentada y espera a los persecutores, puede que no a por ti los manden, mas de seguro que a por la señora de Biberstein. Al señor de Stolz le dirás que el rescate de su hija será de... quinientos gúldenes. Es decir, cabalmente de quinientos grosches de Praga, minucia que es esto para los Biberstein. Don Johann será informado de las formas de pago. ¿Lo cogiste? ¡Mírame cuando te hablo! ¿Lo cogiste?

La muchacha se encogió aún más, pero posó sus ojillos azules en Buko. Y asintió con la cabeza.

—¿Consideras —Tassilo du Tresckow dijo serio— que esto sea en verdad una buena idea?

—Lo considero. Y basta ya. Vayamos.

Se dio la vuelta en dirección a Scharley, Reynevan y Sansón.

—Vosotros, por vuestra parte...

—Nosotros —lo interrumpió Reynevan— querríamos ir con vos, don Buko.

—¿Lo qué?

—Querríamos acompañaros. —Reynevan, con la vista clavada en Nicoletta, no prestó atención ni a los susurros de Scharley, ni a la mueca de Sansón—. Para ir seguro. Si no tenéis nada en contra...

—¿Quién ha dicho —habló Buko— que no lo tengo?

—No lo tengas —dijo Notker Weyrach bastante significativamente—. ¿Por qué lo ibas a tener? ¿No es mejor, en las presentes circunstancias, que estén con nosotros? ¿En vez de detrás de nosotros, a nuestras espaldas? Deseaban, por lo que quiero acordarme, encaminarse a Hungría, el mismo camino que nosotros llevamos...

—Vale. —Buko asintió—. Venid con nosotros. A caballo, comitiva. Hubertillo, atento a la moza... Y vos, don Huon, ¿por qué tenéis el gesto tan agrio?

—Imagínatelo, Buko. Imagínatelo.

Capítulo vigesimocuarto

En el que Reynevan, en lugar de a Hungría, va al castillo de Bodak en las montañas Zlotoskich. No lo sabe aún, pero de allí sólo conseguirá salir in omnem ventum^[189] y no de otro modo.

Iban camino a Bardo, al principio deprisa, mirando hacia atrás cada dos por tres, aunque pronto, sin embargo, redujeron el paso. Los caballos estaban cansados y la condición física de los jinetes, como se vio, estaba lejos de ser buena. No sólo Woldan de Osin, con el rostro muy magullado por el aporreado yelmo, se encogía sobre la silla y gemía. Las heridas de los demás, aunque no tan espectaculares, se hacían de notar también. Gemía Notker Weyrach, se apretaba contra la tripa el codo y buscaba más cómoda posición en la silla Tassio de Tresckow. A media voz llamaba a los santos Kuno Wittram, con el rostro fruncido como después de tomar vinagre de los siete ladrones. Por su parte, Paszko Rymbaba se masajeaba el costado, blasfemaba, se escupía en la mano y examinaba lo escupido:

De entre los caballeros de fortuna sólo a Von Krossig no se le notaba nada, o bien no había recibido tantos palos como los otros o sabía soportar mejor el dolor. Viendo al fin que tenía que detenerse todo el tiempo y esperar para no dejar atrás a sus camaradas, Buko decidió salir del camino y atravesar el bosque. Ocultos podrían ir más despacio y sin riesgo de que los alcanzaran los perseguidores.

Nicoletta —Catalina Biberstein— no emitió durante el viaje ni el más mínimo sonido. Aunque las manos atadas y la posición en el arzón de Hubertillo debían de mortificarla y dañarla, la muchacha no gimió ni se quejó. Miraba al frente apática, se veía que estaba completamente resignada. Reynevan intentó varias veces contactar con ella de forma discreta, mas sin efecto visible: ella evitaba su mirada, volvía los ojos, no reaccionaba a los gestos, no los advertía. O al menos, fingía no advertirlos. Y así fue hasta el vado.

Vadearon el Nysa por la tarde, en un lugar no muy bien elegido, que sólo en apariencia era poco profundo, mientras que la corriente resultó ser mucho más fuerte de lo esperado. Entre el revoltijo, los chapoteos, las blasfemias y el relincho de los caballos, Nicoletta se resbaló de la silla y hubiera caído al agua de no estar Reynevan atento a ella.

—Valor —le susurró al oído, alzándola y apretándola contra él—. Valor, Nicoletta. Te sacaré de ésta...

Halló su pequeña y fina mano y la cogió. Ella le contestó con un fuerte apretón. Olía a menta y ácoro.

—¡Eh! —gritó Buko—. ¡Tú! ¡Hagenau! ¡Déjala! ¡Hubertillo!

Sansón se acercó a Reynevan, tomó a Nicoletta de sus brazos, la alzó como a una

pluma y la sentó delante de él.

—¡Cánseme de portarla, señor! —habló Hubertillo antes que Buko—. ¡Qué el gigante me supla un ratejo!

Buko blasfemó, pero agitó la mano. Reynevan lo miró con un odio creciente. No creía en exceso en los monstruos acuáticos devoradores de personas que se decía que vivían en las pozas del Nysa, en los alrededores de Bardo, pero en aquel momento habría dado mucho para que uno de aquellos monstruos emergiera de las turbias aguas del río y devorara al *raubritter* junto con su *alazán* bayo-rojizo.

—Hay algo —dijo a media voz Scharley, quien pasó a su lado salpicando agua— que tengo que reconocerte. En tu compañía nunca se aburre uno.

—Scharley... Te debo...

—Mucho me debes, no lo niego. —El demérito tiró de las bridas—. Pero si te referías a una explicación, puedes ahorrártela. La he reconocido. En el torneo de Ziebice clavaste tus ojos en ella como un ternero degollado, luego fue ella quien nos advirtió de que te la tenían preparada en Stolz. Apuesto a que le debes a ella más. ¿No te ha profetizado nadie que las mujeres van a ser tu perdición? ¿O soy yo el primero?

—Scharley...

—No te esfuerces —lo interrumpió el demérito—. Lo entiendo. Deuda de gratitud más gran afecto, *ergo* otra vez habrá que jugarse el pescuezo, y Hungría cada vez más lejos y más lejos. Difícil dar consejo. Sólo te pido una cosa: piensa antes de actuar. ¿Me lo puedes prometer?

—Scharley... Yo...

—Lo sabía. Ten cuidado, calla. Nos están mirando. ¡Y dale al caballo, dale! ¡Si no, se te va a llevar la corriente!

Hacia la caída de la noche llegaron a la falda de Reichenstein, las montañas Zlotoskich, el confín noroeste de la línea de frontera de los Reichenstein y los Jesionek. En un pueblo que estaba junto a un río que fluía desde los montes, el Bystra, pensaron aprovisionarse y comer. Sin embargo, los paisanos de allí resultaron ser poco acogedores: no se dejaron robar. Desde una cerca que protegía la entrada llovieron hacia los caballeros de rapiña las flechas, mientras que los rostros dispuestos de los campesinos armados de bieldos y guadañas no invitaban a forzar la hospitalidad. Quién sabe a lo que se hubiera llegado en una situación normal, pero ahora el cansancio y las heridas hicieron lo suyo. El primero que volvió el caballo fue Tassilo de Tresckow, tras él se apresuró —vehemente como de costumbre— Paszko Rymbaba, volvió también grupas, incluso sin lanzar en dirección de la aldea palabra sucia alguna, Notker von Weyrach.

—Patanes de mierda. —Buko Krossig los alcanzó—. Ha de hacerse como mi padre hacía, al menos una vez cada lustro deshacerles esas sus chozas, quemarlo todo

hasta dejar la tierra pelada. De otro modo se ponen gallitos. Súbeseles la fortuna a la testa. Llénanse de orgullo.

El cielo se nubló. Un olor a humo llegaba desde la aldea. Ladraban los perros.

—Ante nosotros está el Bosque Negro —advirtió Buko, que iba en cabeza—. ¡Manteneos en grupo! ¡No os quedéis atrasados! ¡Atended a los caballos!

La advertencia fue tomada en serio. Porque también el Bosque Negro, un denso y húmedo complejo de hayas, tejos, alisos y ojaranzos, tenía un serio aspecto. Tan serio que hasta daba escalofríos. Se percibía al instante el mal que dormitaba allá en la espesura.

Los caballos relincharon, menearon las cabezas.

Y el esqueleto que yacía al mismo borde del bosque no despertó conmoción alguna.

Sansón Mieles murmuró bajito.

*Nel mezzo del cammin di nostra vita
mi ritrovai per una selva oscura
che la diritta via era smarrita^[190]...*

—Me persigue —aclaró, al darse cuenta de la mirada de Reynevan— el Dante.

—Y pega que ni con cola —se burló Scharley—. Ameno bosque, para qué decir más... Cabalgar por él... En la oscuridad...

—No lo aconsejo —dijo, acercándose, Huon von Sagar—. No lo aconsejo en absoluto.

Cabalgaban hacia arriba, por una pendiente cada vez mayor. Se terminó el Bosque Negro, se terminaron las alisedas, bajo los cascos de los caballos crujió la caliza y el gneis, crepitó el basalto. En las pendientes de las gargantas crecían rocas de fantásticas formas. Caía la tarde, oscurecía muy deprisa, a causa de las nubes, otra negra ola que se acercaba desde el norte.

A orden directa de Buko, Hubertillo tomó a Nicoletta de Sansón. Además, Buko, que había ido hasta entonces a la cabeza, cedió la dirección de la marcha a Weyrach y Du Tresckow, mientras que él se quedaba cerca del armiguer y de su botín.

—¡Voto al diablo...! —murmuró Reynevan a Scharley, que iba a su lado—. Pues si tengo que libertarla... Y éste a todas luces sospecha algo... La vigila, y todo el tiempo nos observa... ¿Por qué?

—¿No será? —respondió Scharley en voz baja, y Reynevan con horror se dio cuenta de que no se trataba de Scharley—. ¿No será que ha visto tu rostro? ¿El espejo en el que se reflejan tanto los sentimientos como las intenciones?

Reynevan maldijo por lo bajo. Estaba ya bastante oscuro, pero no sólo la media

luz era la culpable del error. Era evidente que el magoo de cabellos blancos había usado la magia.

—¿Me vas a delatar? —le preguntó directamente.

—No te delataré —le respondió al cabo el mago—. Mas si quisieras cometer alguna estupidez, yo mismo te detendré. Sabes que soy capaz. De modo que no hagas estupideces. Y cuando lleguemos se verá...

—¿Cuándo lleguemos adónde?

—Ahora es mi turno.

—¿Cómo?

—Es mi turno de preguntas. ¿Qué pasa, que no conoces las reglas de juego? ¿No jugasteis a esto en la universidad? ¿A *quaestiones de quodlibet*^[191]? Fuiste el primero en preguntar. Ahora es mi turno. ¿Quién es ese gigante al que llamáis Sansón?

—Es mi compañero y amigo. Al fin, ¿por qué no le preguntas tú mismo? ¿Escondido bajo un camuflaje mágico?

—Lo he intentado —reconoció sin ambages el hechicero—. Pero es un águila. Reconoció el camuflaje al punto. ¿De dónde lo habéis sacado?

—Del monasterio de unos benedictinos. Pero si esto es un *quodlibet*, ahora es mi turno. ¿Qué hace el famoso Huon von Sagar en la comitiva de Buko von Krossig, caballero de rapiña silesio?

—¿Has oído hablar de mí?

—¿Quién no ha oído hablar de Huon de Sagar? ¿O de matavermis, el poderoso hechizo que en el año de mil cuatrocientos doce salvó de la langosta los campos de Wezer?

—No había tampoco tantas langostas —repuso con modestia Huon—. Y en lo que respecta a tu pregunta... En fin, me aseguro de alguna forma soldada, pitanza y vestido. Al coste, está claro, de ciertas renunciias.

—¿Relacionadas a veces con asuntos de conciencia?

—Reinmar de Bielau. —El hechicero asombró a Reynevan con este conocimiento—. El juego de las preguntas no es una disputa de ética. Pero te contestaré: a veces sí, ciertamente. Mas la conciencia es como el cuerpo: se la puede endurecer. Y todo palo tiene dos puntas. ¿Satisfecho con la respuesta?

—Tanto que no tengo más preguntas.

—Entonces he ganado yo. —Huon von Sagar tiró de las riendas de su prieto—. Y en lo tocante a la dama... Manten la sangre fría y no hagas estupideces. Te dije, ya veremos cuando lleguemos. Y casi hemos llegado ya. Ante nosotros está el Abismo. Así que adiós, que el trabajo está esperando.

Tuvieron que detenerse. El camino que discurría siguiendo una retorcida pendiente desaparecía en parte en una masa de rocas que se había producido a consecuencia de una avalancha, y en parte había sido cortado y se hundía en un

precipicio. El precipicio estaba lleno de una niebla gris, lo que no permitía calcular su profundidad real. Al otro lado reverberaban unas lucecillas, se dibujaban apenas los contornos de unos edificios.

—Bajad del caballo —ordenó Buko—. Don Huon, por favor.

—Sujetad a los caballos. —El mago se puso al pie del despeñadero, alzó su retorcido bastón—. Sujetadlos bien.

Agitó el bastón, gritó un conjuro, que de nuevo, como en Sciborowa Poreba, sonaba a árabe, pero significativamente más largo, complicado y dificultoso, también en su entonación. Los caballos relincharon, retrocedieron, pateando con fuerza.

De improviso sopló un viento helado, un frío glacial cayó como una emboscada. El frío les acuchilló las mejillas, les estremeció las narices, les llenó los ojos de lágrimas, entró en la garganta seco y doloroso aprovechando el aliento. La temperatura disminuyó bruscamente, estaban como en el interior de una esfera que hubiera absorbido todo el frío del mundo.

—Sujetad... a los caballos... —Buko se cubrió el rostro con el antebrazo. Woldan de Osin gimió, echándose mano a la cabeza vendada. Reynevan sintió cómo los dedos que sujetaban las riendas se curvaban y perdían sensibilidad.

Todo aquel frío del mundo convocado por el hechicero, que hasta entonces sólo había sido percibido, comenzó de pronto a hacerse visible, tomó la forma de un resplandor blanco que se retorcía sobre el precipicio. El resplandor refulgió primero en forma de copos de nieve brilló luego cegador. Se escuchó un chasquido agudo y cada vez más alto, un *crescendo* chirriante que alcanzó su culminación en un acorde cristalino y cimbreante como una campana.

—La ma... —comenzó Rymbaba. Y no lo terminó.

Un puente estaba tendido sobre el abismo. Un puente de hielo, resplandeciente y refulgente como un brillante.

—Adelante. —Huon von Sagar aferró con fuerza al caballo de su cabezal junto al bocado—. Crucemos.

—¿Y ha de aguantar eso? ¿No se quebrará?

—Con el tiempo se quebrará. —El mago se encogió de hombros—. Es cosa poco duradera. Cada instante de demora acrecienta el riesgo.

Notker Weyrach no hizo más preguntas, se apresuró a arrastrar al caballo siguiendo a Huon. Tras él entró en el puente Wittram, luego Rymbaba. Las herraduras repicaban en el hielo, levantando un eco cristalino.

Viendo que Hubertillo no era capaz de hacerse a la vez con el caballo y con Catalina Biberstein, Reynevan se apresuró a ir en su ayuda, pero lo adelantó Sansón, que tomó a la muchacha en los brazos. Buko Krossig estaba cerca, con la mirada vigilante y la mano en la empuñadura de la espada. Huele a chamusquina, pensó Reynevan. Sospecha de nosotros.

El puente, que emanaba frío, resonaba bajo los cascos de los caballos. Nicoletta miró abajo y gimió bajito. Reynevan también miró y tragó saliva. A través del hielo se veía la niebla que cubría el fondo del despeñadero y las copas de los pinos que la atravesaban.

—¡Más deprisa! —los espoleó Huon von Sagar, que iba el primero. Como si lo supiera.

El puente comenzó a temblar, comenzó a blanquearse a ojos vista, a perder transparencia. En muchos lugares aparecieron largas líneas.

—¡Vivo, vivo, joder! —fustigó a Reynevan Tassilo du Tresckow, que conducía a Woldan. Los caballos que llevaba Scharley, quien cerraba la procesión, relincharon. Los animales se estaban poniendo cada vez más nerviosos, se echaban a un lado, pateaban. Y con cada patada sobre el puente crecían las fisuras y las rajaduras. La construcción temblaba y gemía. Cayeron abajo los primeros fragmentos de hielo.

Reynevan se atrevió por fin a volver a mirar bajo sus pies, con un alivio inenarrable vio piedras, fragmentos de rocas, el fin del puente de hielo. Estaba al otro lado. Todos estaban al otro lado.

El puente crepitó, tembló y estalló con un estampido y un gemido cristalino, se deshizo en un millón de brillantes fragmentos que volaban hacia abajo y que caían sin un ruido en el abismo brumoso. Reynevan suspiró con fuerza, coreado por otros suspiros.

—Talmente hace siempre —dijo a media voz Hubertillo, que estaba junto a él—. Don Huon, se entiende. No más platica de tal modo. Nada había de temerse, la puente aguanta, se cae siempre tras el último que pasa. Y los que aún pasaran. Don Huon no más gusta de hacer chanzas.

Scharley describió con una corta palabra tanto a Huon como a su sentido del humor. Reynevan miró a su alrededor. Vio una muralla llena de saeteras, coronada por merlones. Una puerta, sobre ella una torreta de guardia cuadrangular. Y una torre alzándose por encima de todo ello.

—El castillo de Bodak —le explicó Hubertillo—. En casa ya estamos.

—Un poco difícil tenéis el llegar a casa —advirtió Scharley—. ¿Qué hacéis cuando os falla la magia? ¿Pernoctáis al raso?

—De eso nada. Hay un otro camino, desde Klodzko, oh, por allá discurre. Mas por aquel lado es más largo, sí, sí, lo menos hasta la medianoche que nos habríamos tirado...

Mientras Scharley le daba conversación al escudero, Reynevan intercambiaba miradas con Nicoletta. La muchacha tenía un aspecto asustado, como si sólo ahora, a la vista del castillo, se hubiera dado cuenta de la seriedad de la situación. Por vez primera, parecía, la señal visual de Reynevan le produjo alivio y la reconfortó. Una señal que decía: no tengas miedo. Y aguanta. Te sacaré de aquí, lo juro.

La puerta chirrió al abrirse. Al otro lado había un pequeño patio. Algunos pajes a los que Buko von Krossig, como saludo, insultó acusándoles de tardar demasiado y ordenó que se pusieran al tajo, encargándoles de ocuparse de los caballos, las armaduras, los baños, comida y bebida. Todo a la vez y todo de inmediato, deprisa y al mismo tiempo.

—Bienvenidos —dijo el *raubritter*— a mi *patrimonium*, señores. Al castillo de Bodak.

Formosa von Krossig debía de haber sido una mujer atractiva. Como la mayor parte de las mujeres atractivas, sin embargo, acabó por transformarse, cuando pasaron los años jóvenes, en una horrible estantigua. La silueta, que seguramente fuera comparada alguna vez con un abedul joven, ahora recordaba más bien a una escoba vieja. La tez que alguna vez se alabara comparándola con un melocotón era ahora seca y llena de manchas, y asentaba sobre los huesos como en la horma de un zapatero, a causa de lo cual la nariz, que en otro tiempo de seguro que la alabaran como muy sensual, se había hecho extremadamente parecida a la de una bruja. Mujeres con narices mucho más cortas y menos retorcidas se acostumbraba en Silesia a ahogarlas en ríos y albercas.

Como la mayoría de las mujeres que antaño habían sido hermosas, Formosa von Krossig no se daba cuenta tozudamente del «antaño», no tomaba conciencia de que había traspasado para no volver la primavera de la edad. Y de que se acercaba el invierno. Esto se veía especialmente en la forma en la que Formosa se vestía. Toda su ropa, desde los botines de un rosa venenoso hasta la graciosa toca, la delicada túnica blanca, el *couvrechef* de muselina, el vestido ceñido de índigo claro, el cinturón adornado de perlas, el *surcôte* escarlata brocado, todo le habría sentado mejor a una doncella.

Y para colmo, cuando le tocaba encontrarse con hombres, Formosa von Krossig se ponía involuntariamente seductora. El resultado producía pánico.

—Un huésped en casa, Dios te lo manda. —Formosa von Krossig sonrió a Scharley y Notker Weyrach, mostrando una dentadura amarillenta—. Bienvenidos sean los señores a mi castillo. Por fin has llegado, Huon. Te he echado mucho, mucho de menos.

A partir de algunas palabras y frases medio escuchadas durante el viaje, Reynevan había conseguido hacerse una imagen de la situación. Por supuesto, poco precisa. Y no demasiado detallada. No podía, por ejemplo, saber que el castillo de Bodak había sido la dote de Formosa von Pannewitz cuando se casó por amor con Otton von Krossig, arruinado aunque orgulloso descendiente de ministeriales francos. Ni que Buko, hijo de ella y de Otton, cuando llamaba al castillo su *patrimonium*, se alejaba mucho de la verdad. Llamarlo *matrimonium* habría sido más correcto, aunque algo fuera de su época. Tras la muerte de su marido, a Formosa no se le vinieron abajo los

edificios ni los tejados gracias a su familia, los Pannewitz, de gran poder en Silesia. Y apoyada por los Pannewitz era, de por vida, la verdadera señora del castillo.

De lo que unía a Formosa con Huon von Sagar, Reynevan también había oído durante el viaje esto y aquello, lo suficiente como para orientarse en la situación. Demasiado poco, sin embargo, está claro, como para saber que el hechicero, perseguido y acosado por la Inquisición del arzobispo de Magdeburgo, había huido a Silesia, a casa de sus parientes, los Sagar tenían un feudo cerca de Krosno que les había sido otorgado todavía en tiempos de Boleslav el Cornudo. Luego, de algún modo, Huon conoció a Formosa, viuda de Otton von Krossig, verdadera señora del castillo de Bodak de por vida. El hechicero le cayó en gusto a Formosa. Y desde entonces vivía en el castillo.

—Mucho te he echado de menos —repitió Formosa, poniéndose de puntillas con sus botines rosas y besando al hechicero en la mejilla—. Cambiate, querido mío. Y los señores, por favor, vengan, vengan...

Un jabalí, el animal heráldico de los Krossig, contemplaba desde encima de la chimenea la gran mesa de roble que ocupaba el centro de la sala y junto a él había un escudo oxidado y cubierto de telarañas con un motivo difícil de descifrar. Las paredes estaban cubiertas de pieles y armas, nada de ello daba la impresión de hallarse en condiciones de ser usado. Una de las paredes estaba ocupada por un gobelino flamenco tejido en Arras que mostraba a Abraham, Isaac y el carnero enredado en los arbustos.

La comitiva, vestida con sus jubones que estaban marcados por la mordedura de las armas, se distribuyó alrededor de la mesa. Los ánimos, que en principio eran bastante mortecinos, alegrólos algo una damajuana que fue recorriendo el grupo. Y los volvió a enturbiar Formosa, volviendo de la cocina.

—¿Pero es verdad lo que he oído? —preguntó amenazadoramente, señalando a Nicoletta—. ¡Buko! ¿Qué has raptado a la hija del señor de Stolz?

—Le dije a ese hideputa —le murmuró Buko a Weyrach— que no dijera nada... Granuja de mierda, no es capaz de tener el pico cerrado ni medio padrenuestro... Hummm... Precisamente quería decíroslo ahora, señora madre. Y aclarar todo. Resultó que...

—Cómo resultó, ya lo sé —lo interrumpió Formosa, claramente bien informada—. ¡Mastuerzo! ¡Semana entera perdisteis y os arrancó el botín alguien delante de vuestras narices...! De los mozos no me extraño, mas de vos, señor Von Weyrach... Varón maduro, serio...

Sonrió en dirección a Notker, éste bajó los ojos y maldijo sin sonido. Buko quiso maldecir en voz alta, pero Formosa lo amenazó con el dedo.

—Y aprisiona —continuó— al fin el majadero a la hija de Johann von Biberstein. ¡Buko! ¿Acaso has perdido lo poco que te quedaba de sesera?

—Podrías dejarnos, señora madre, al menos comer primero —dijo, con rabia, el caballero de rapiña—, estamos aquí sentados a la mesa como en el desierto, hambrientos, sedientos, da vergüenza ante nuestros huéspedes. ¿Desde cuándo reinan entre los Krossig tales modales? Darnos de comer y ya platicaremos luego de negocios.

—La comida se prepara, la darán en un santiamén. Y ya traen de beber. No me enseñes a mí modales. Disculpad, caballeros. A vos, monseñor, no os conozco... Ni a ti, querido mozo...

—El tal hace llamarse Scharley —recordó Buko sus deberes—. Y el joven mozo es Reinmar von Hagenau.

—Ah. ¿Descendiente del célebre vate?

—No.

Volvió Huon von Sagar, vestido ahora con una amplia *kouppelande* de enorme cuello de piel. Al punto se vio quién era el que gozaba de los favores de la señora del castillo. Huon recibió al instante un pollo asado, una escudilla con piroguis y una jarra de vino, servido todo ello por la propia Formosa. El hechicero comenzó a comer sin vergüenza alguna, menospreciando con orgullo las miradas hambrientas del resto de los presentes. Por suerte, los otros tampoco tuvieron que esperar mucho. Para alegría general, a la mesa llegó, precedida por una ola de delicioso aroma, una olla de carne de cerdo cocida con pasas. Tras ella trajeron una segunda, copiosamente llena de cordero al azafrán, luego una tercera, hasta los topes con fricasé de caza, a la que siguió una perola de gachas de trigo. No menos alegría produjo la aparición de algunas cantarillas que contenían —como se comprobó de inmediato— hidromiel y vino húngaro.

Los presentes se lanzaron a comer en un solemne silencio, interrumpido tan sólo por el chasquido de los dientes y, de vez en cuando, por los brindis. Reynevan comió con precaución y medida, las aventuras del último mes le habían enseñado las dolorosas consecuencias que tenía el atiborrarse después de una larga abstinencia. Tenía la esperanza de que en Bodak no se olvidara a los sirvientes y Sansón no estuviera condenado al ayuno.

Pasó algún tiempo. Por fin, Buko von Krossig se desató el cinturón y eructó.

—Ahora —dijo Formosa, pensando con razón que aquella era la señal de que el primer plato había terminado—, puede que sea el momento para platicar acerca de los negocios. Aunque me parece que no hay nada de lo que platicar. Pues mal negocio es éste, la hija de Biberstein.

—Los negocios, señora madre, con todos mis respetos, son cosa mía —dijo Buko, al que el vino húngaro parecía haberle concedido mayor entendimiento—. Yo soy quien con mis industrias se fatiga, yo quien las riquezas al castillo traigo. Mi trabajo alimenta a todos, les da de beber y los viste. Yo pongo mi pescuezo en juego, si por

voluntad de Dios me aviniera una desgracia, veríais cuan mal habríais de pasarlo. ¡Así que no lo menospreciéis!

—Mirailo. —Formosa puso los brazos en jarras y se tornó hacia los caballeros de fortuna—. Mirailo, cómo se infla, este mi más pequeño hijo. Él me alimenta y viste, válgame el Cielo, que me muero de risa. Menuda estaría, si tuviera que contar sólo con él. Por fortuna tenemos aquí en Bodak una profunda mazmorra, y en ella unos cofres, y en los cofres lo que depositaron el tu padre, majadero, y tu hermano, Dios los tenga en su gloria. Ellos sabían traer a casa el botín, ellos no dejaban que se les hicieran burlas. No raptaban a hijas de magnates como tontos... Ellos sabían lo que hacían...

—¡Yo también sé lo que hago! El señor de Stolz pagará el rescate...

—¡Seguro! —lo cortó Formosa—. ¿Biberstein? ¿Pagar? ¡Tonterías! Él dará a la hija por perdida y a ti te apresará, se vengará en ti. Parecido proceder aconteció ya en Lausacia, lo sabrías si tuvieras orejas con que oír. Recordarías lo que le sucediera a Wolf Schlitter cuando intentara semejante truco con Friederich Biberstein, señor de Zary. Con qué moneda le pagara el señor de Zary.

—Oí hablar de ello —confirmó Huon von Sagar con indiferencia—. Porque ciertamente fue la cosa sonada. La gente de Biberstein prendieron a Wolf, le clavaron pinchos como a una fiera, lo castraron, le sacaron las tripas. Se hizo luego popular en la Lausacia cierto dicho: fue el Lobo a por uvas, hasta que topó la cornamenta, el pincho conociera al punto...

—Señor, señor Von Sagar —lo cortó Buko impaciente—, nada nuevo me contáis, de todo ello ya he oído, todo lo sé, todo lo conozco. ¿No será mejor que, en vez de andar dándole vueltas a las memoranzas, nos mostréis vuestro arte de la medicina? Don Woldan gime de dolor, Paszko Rymbaba escupe sangre, a todos les crujen los huesos, ¿no podríais, en vez de mostrar vuestro ingenio, adobarnos algún remedio? ¿Para qué si no habéis en la torre un laboratorio? ¿Sólo para invocar al diablo?

—¡Cuida de a quién hablas! —Formosa se alteró, pero el hechicero la hizo callar con un gesto.

—A los sufrientes, cierto, ha de aliviarse —dijo, al tiempo que se alzaba de la mesa—. ¿Querría don Reinmar Hagenau ayudarme?

—Por supuesto. —Reynevan también se levantó—. Dadlo por seguro, señor Von Sagar.

Salieron ambos.

—Ambos dos hechiceros —bufó Buko en su dirección—. El viejo y el joven. Semilla del diablo...

El laboratorio del hechicero se hallaba en el piso más alto, y decididamente más frío. Desde la torre, desde la ventana, si no fuera por que había caído ya la oscuridad, se podría haber visto, seguro, una gran parte del valle de Klodzko. Como valoró el

ojo experto de Reynevan, el laboratorio estaba provisto de los más modernos artilugios. A diferencia de los magos y alquimistas del pasado, que gustaban de convertir sus talleres en trastero lleno de todo tipo de basura, los hechiceros modernos amueblaban y proveían sus laboratorios de modo más bien espartano, sólo con lo que era estrictamente necesario. Aparte de los beneficios del orden y la estética, tal disposición tenía la virtud de que facilitaba la huida. Los alquimistas modernos, al ser perseguidos por la Inquisición, se las piraban según las reglas de *omnia mea mecum porto*^[192], sin echar ni una mirada a las posesiones que dejaban atrás sin pena. Los magos de la escuela tradicional defendían hasta el último aliento a sus cocodrilos disecados, sus pilas de peces secos, sus homúnculos, serpientes en alcohol, bezoares y mandragoras, y terminaban así en la hoguera.

Huon von Sagar sacó de una caja una damajuana de esparto, llenó dos copas con un líquido de color rubí. Olía a miel y a cerezas, de modo que con toda seguridad se trataba de *kirschtrank*.

—Siéntate. —Señaló a la silla—. Reinmar von Bielau. Bebamos. No tenemos nada que hacer. Cremas de campaña contra las magulladuras tengo de sobra, se trata, como te imaginarás, de remedios muy usados en Bodak, creo que más usado sólo es el jarabe contra los efectos de la resaca. Te he hecho venir porque quería hablar contigo.

Reynevan miró a su alrededor. Le gustaba el *instrumentarium* alquímico de Huon, que alegraba la vista con su limpieza y orden. Le gustaba el alambique y el atanor, le gustaban las botellitas de filtros y elixires colocadas simétricamente y bien provistas de etiquetas. Pero lo que más le entusiasmaba de todo era la biblioteca.

En un pulpito, abierto, se veía que se lo estaba leyendo, descansaba el *Necronomicon*^[193] de Abdul Alhazred, Reynevan lo reconoció al instante, tenía en Olesnica un ejemplar idéntico. Junto a él, sobre la mesa, se amontonaban otros grimorios nigrománticos que ya conocía, el *Grand Grimoire*, los Estatutos del Papa Honorio, *Clavicula Salomonis*, *Liber Yog-Sothothis*^[194], *Lemegeton*, y también el *Picatrix*, de cuyo conocimiento se enorgullecía no hacía tanto el propio Scharley. Había otros tratados médicos y filosóficos que ya conocía, *Ars parva* de Galeno, *Canon medicinae* de Avicena, *Liber medicinalis ad Almansorum* de Razes, *Ekrabaddin* de Sabur ben Sania, *Anathomia* de Mondino da Luzzi, el *Zohar* de los cabalistas, *De principiis* de Orígenes, *Las confesiones* de San Agustín, la *Summa...* de Tomás de Aquino.

También estaban allí, se entiende, las obras magnas del saber alquímico: *Liber lucis Mercuriorum* de Raimundo Lulio, *The Mirrour of Alchimie* de Roger Bacon, *Heptameron* de Piotra di Abano, *Le livre des figures hieroglyphiques* de Nicolás Flamel, *Azoth* de Basilius Valentinus, *Liber de secretis naturae* de Arnaldo de Villanova. Había hasta unas verdaderas rarezas: *Grimorium verum*, *De vermibus*

mysteriis^[195], *Theosophia pneumática*, *Liber Lunae* y hasta el famoso *Dragón Rojo*.

—Me siento halagado —bebió algo de *kirschtrank*— de que desee hablar conmigo el famoso Huon von Sagar. A quien me hubiera imaginado en cualquier lugar menos...

—Menos en el castillo de unos caballeros de rapiña —terminó Huon—. En fin, así lo han querido los hados. Tengo aquí lo me gusta. Silencio, tranquilidad, soledad. Seguro que la Inquisición ya se ha olvidado de mí, también debe de haberse olvidado monseñor Gunter von Schwarzburg, arzobispo de Magdeburgo, quien en otro tiempo me odiara muchísimo, decidido tozudamente a recompensarme con la hoguera el haber salvado de la langosta al país. Como ves, tengo aquí un laboratorio, hago algunos experimentos, escribo un poco... A veces, para recrearme y tomar el aire, salgo con Buko en viaje bandoleril. En resumen, se puede vivir. Sólo que...

Reynevan cortésmente retuvo su curiosidad, mas Huon von Sagar estaba por lo visto con humor para confesarse.

—Formosa. —Torció los labios—. Cómo es, ya lo has visto: *exsiccatum est faenum, cecidit flos*^[196]. Más de cincuenta y cinco años y la mujer, en vez de debilitarse, gemir y andar a la expectativa de recibir los santos óleos, todo el tiempo me llama, la yegua vieja, para que acuda a joderla, a todas horas, por la mañana, por la tarde, de día, de noche, de formas cada vez más refinadas. Me estoy jodiendo la tripa, voto al diablo, a base de afrodisíacos. Pero tengo que satisfacer a la vieja. Si no me lo monto bien en la cama, perderé su venia y entonces Buko me mandará al garete.

Reynevan no dijo nada tampoco esta vez. El hechicero lo miró con aspecto duro.

—Buko Krossig —siguió— me tiene, de momento, respeto, mas sería poco razonable menospreciarlo. Es un patán, cierto, pero dentro de sus malas costumbres tan ingenioso y a veces industrioso que hasta dan escalofríos. Ahora, con el asunto de la Biberstein, también saldrá con alguna, estoy seguro. Por eso he decidido ayudarte.

—¿Vos? ¿A mí? ¿Por qué?

—Por qué, por qué. Porque no es de mi gusto el que Johann Biberstein comience aquí un sitio, ni que la Inquisición rebusque mi nombre en los archivos. Porque acerca de tu hermano, Peter von Bielau, no he oído más que cosas buenas. Porque no me gustaron los murciélagos que alguien lanzó sobre ti y tus compañeros en el bosque de los cistercienses. *Tándem* porque dado que *Toledo alma mater riostra est*^[197], no quisiera que terminaras mal, confráter mío de mis arcanos. Y puedes terminar mal. Algo te une a la Biberstein, no lo escondes, no sé si afecto antiguo o de primera vista, pero sé que *amantes amentes*. En camino estuviste a un pelo de arrancarla de la silla y huir al galope, habríais muerto ambos en el Bosque Negro. Ahora también cuando las cosas se compliquen estarás dispuesto a agarrarla y saltar de las murallas. ¿Me he equivocado?

—No mucho.

—Te lo dije. —El hechicero sonrió con la comisura de un labio—. *Amantes amantes*^[198]. Sí, sí, la vida es como una verdadera Narrenturm. ¿Sabes, por cierto, qué día es hoy? O mejor dicho, ¿qué noche?

—No mucho. Se me han mezclado algo las fechas...

—Oh, la fecha no importa, los calendarios engañan. Lo importante es que hoy es el equinoccio de otoño. *Aequinoctium autumnalis*^[199].

Se levantó, sacó de debajo de la mesa una banqueta de roble labrada de más o menos dos codos de largo y algo más de un codo de alto. La colocó junto a la puerta. De una cómoda sacó un pote de barro cubierto con una piel de cordero y provisto de una etiqueta.

—En esta vasija —señalo— guardo una crema muy especial. Preparada según una clásica receta de mezcla. La *recipe*, como ves, la escribí en este cartelito. *Solanum dulcamara*^[200], *sólanum niger*^[201], acónito, potentila, hojas de chopo, sangre de murciélago, cicuta, amapola roja, verdolaga, apio silvestre... Lo único que he cambiado ha sido la grasa. Sustituí la grasa de niño sin bautizar por manteca de cerdo. Es más barata y dura más.

—¿Esto es...? —Reynevan tragó saliva—. ¿Esto es lo que pienso?

—Las puertas del laboratorio —el hechicero fingió no escuchar la pregunta— no las cierro nunca, en la ventana, como ves, no hay rejas. Dejaré aquí la crema, sobre la mesa. Seguro que sabes cómo se aplica. Aconsejo aplicar con discreción, produce efectos colaterales.

—¿Pero... es seguro?

—Nada es seguro. —Huon von Sagar se encogió de hombros—. Nada. Todo es teoría. Y como dice uno de mis amigos: *Grau, teurer Freund, ist alie Theorie*^[202].

—Pero yo...

—Reinmar. —El mago lo interrumpió con voz fría—. Ten piedad. Te he dicho y mostrado lo suficiente como para que me acusen de colaborar. No pidas más. Bueno, ya es hora. Tomemos *unguentum* de alcanfor para untar los dolores de nuestros maltratados bandoleros. Tomemos también un extracto de *papaver somniferum*... Eso reduce el dolor y hace dormir... El sueño, por su parte, cura y sana y, aparte de ello, como se dice: *qui dormit non peccat*, quien duerme no peca. Y no molesta... Ayúdame, Reinmar.

Reynevan se levantó, golpeando al hacerlo, inadvertidamente, un montoncito de libros, los sujetó al punto, salvándolos de su caída. Colocó el libro que estaba encima de todos y cuyo larguísimo título lo identificaba como *Bemardi Silvestri libñ dúo; quibus tituli Megacosmos et Microcosmos*... y Reynevan no pudo seguir leyendo, su mirada la atrapó otro incunable, el que yacía por debajo, las frases que formaban el título. De pronto se dio cuenta de que ya había visto aquellas frases. O mejor dicho,

sus fragmentos.

Con bastante brusquedad apartó a un lado a Bernardo Silvestri. Y suspiró.

*DOCTOR EVANGELICUS
SUPER OMNES EVANGELISTAS
JOANNES WICLIPH ANGLICUS
DE BLASPHEMIA DE APOSTASIA
DE SYMONIA
DE POTESSTATE PAPAE
DE COMPOSITIONE HOMINIS*^[203]

Anglicus, no *basilicus*, pensó. *Simonía*, no *sanctimonia*. *Papae*, no *papillae*. El papel quemado de Powojowice. El manuscrito que Peteriin había ordenado quemar. Era Juan Wiclif

—Wiclif —repitió el pensamiento en voz alta, sin darse cuenta—. Wiclif, que miente y dice la verdad. Quemado, expulsado de la tumba...

—¿El qué? —Huon von Sagar se dio la vuelta con dos tarros en las manos—. ¿A quién han echado de la tumba?

—No han echado. —Reynevan seguía con su pensamiento en otra parte—. Lo van a echar. Así dijo la profetisa. John Wycliffe, *doctor evangélicas*. Mentiroso, por hereje, pero en la canción de los goliardos aquél que dice la verdad. Enterrado en Lutterworth, en Inglaterra. Sus restos serán desenterrados y quemados, sus cenizas arrojadas al río Avon fluirán hasta el mar. Esto sucederá dentro de tres años.

—Interesante —dijo, serio, Huon—. ¿Y otras profecías? ¿La suerte de Europa? ¿Del mundo? ¿De la cristiandad?

—Lo siento. Sólo Wiclif.

—Jodidillo. Pero más vale poco que nada. ¿Lo sacarán, dices, a Wiclif de la tumba? ¿Dentro de tres años? Veremos si se puede usar este conocimiento para algo... Y tú, ya que andamos en ello, ¿por qué tanto el Wiclif...? Ah... Perdón. No debo. En estos tiempos que corren no se hacen estas preguntas. Wiclif, Waldhausen, Hus, Hieronim, Joaquim... Son lecturas peligrosas, peligrosas ideas, más de uno ha perdido la vida por ellas...

Más de uno, pensó Reynevan. Cierto, más de uno. Peterlin, Peterlin.

—Toma las redomas. Y vayamos.

Mientras tanto, la compañía sentada a la mesa había trasegado ya no poco, los únicos que daban la sensación de estar serenos eran Buko von Krossig y Scharley. Proseguía la comilona, puesto que de la cocina habían traído ya el segundo plato: salchichas de jabalí a la cerveza, cervelat, salchichas de Westfalia y mucho pan. Huon

von Sagar untó los cardenales y las magulladuras, Reynevan le cambió el vendaje a Woldan de Osin. La inflamada jeta de Woldan, al quedar al descubierto de la venda, provocó una ruidosa y general alegría. Al propio Woldan más que la herida le preocupaba el yelmo con su celada, el cual se habían dejado olvidado en el bosque y que al parecer costaba cuatro ducados si estaba entero. Ante la observación de que el yelmo estaba destrozado, respondió que se lo hubiera podido enderezar.

Woldan fue también el único que bebió el elixir de amapola. Buko, tras probarlo, vertió el cocimiento sobre el suelo cubierto de paja e insultó a Huon por «la mierda amarga», el resto siguió su ejemplo. El plan de adormilar a los *raubritter* quedó pues en nada.

Tampoco Formosa von Krossig le hacía ascos al vino húngaro y al hidromiel, se veía tanto en sus rojizas mejillas como en su habla un poco ya imprecisa. Cuando Reynevan y Huon volvieron, Formosa dejó de lanzar miradas seductoras en dirección a Weyrach y Scharley, y se volvió hacia Nicoletta, que, tras haber tomado un par de bocados, estaba sentada con la cabeza gacha.

—Talmente como si ella —dijo, tasando a la muchacha con la mirada— no fuera una Biberstein. No se parece. El talle estrecho, trasero chico, pero desde que los Biberstein se unieron a los Pogarell, sus mozas suelen ser más culonas. También se les pusieron las narices patateras como herencia de los Pogarell, mas ésta tiene la nariz bien recta. Alta es, cierto, como acostumbran los Sedkowic, y los Sedkowic también emparentados están con los Biberstein. Mas los Sedkowic tienen los ojos negros, y ella los tiene azules...

Nicoletta bajó la cabeza, le temblaban los labios. Reynevan apretó los puños y los dientes.

—¡Voto al diablo! —Buko echó a la mesa una costilla mordisqueada—. ¿Es que es una yegua para mirarla así?

—¡Calla! La miro porque la miro. Y si encuentro de qué asombrarme, pues me asombro. Aunque no sea más que porque no es una mozueta, años tiene más de deciocho. ¿Por qué entonces no está casada? ¿No será que tenga algún defeto?

—¿Y a mí qué sus defetos? ¿Me he de casar con ella o qué?

—No es mala idea. —Huon von Sagar alzó la mirada desde detrás de su vaso—. Cásate con ella, Buko. *Raptus puellae*^[204] es delito mucho menor que el raptarla por un rescate. Puede que el señor de Stolz te perdone y te deje vivir si caes de rodillas a sus pies junto con ella. No le dará gusto el mandarle al potro a su yerno.

—¿Hijo? —Formosa sonrió como una bruja—. ¿Qué dices a eso?

Buko la miró primero a ella, luego al hechicero, y tenía los ojos fríos y furiosos. Calló largo rato, jugueteando con la copa. La característica forma de la copa traicionaba su procedencia, tampoco dejaban lugar a duda alguna las escenas de la vida de San Adalberto grabadas en sus bordes. Era un cáliz de celebrar, robado con

toda seguridad durante el famoso ataque del Corpus al custodio de la colegiata de Glogów.

—Yo a eso —el caballero de rapiña contestó por fin— diría lo siguiente: vos mismo, señor Von Sagar, vos mismo casaos con ella. Mas vos no podéis, puesto que sois cura. A no ser que os haya librado del celibato el diablo al que servís.

—Yo puedo casarme con ella —afirmó de pronto Paszko Rymbaba, rojo de vino—. Me ha caído en el gusto.

Tassilo y Wittram bufaron, Woldan se carcajeó. Notker Weyrach miraba serio. En apariencia.

—Cierto —dijo burlón—. Cásate, Paszko. Cosa buena es emparentar con los Biberstein.

—Oh, va —bramó Paszko—. ¿Y qué, acaso sea yo peor? ¿Un pobretón? ¿Con una mano delante y otra detrás? ¡Rymbaba *sum!* Hijo de Pakoslaw, nieto de Pakoslaw. Cuando nosotros señores en la Gran Polonia y en la Silesia éramos, los Biberstein aún andurreaban en la Lausacia con las patas en el barro, entre castores, arrascando la corteza de los árboles y no sabían decir en cristiano ni mu. Puff, casóme con ella y basta, sólo se muere una vez. No más que habrá que mandar a alguno a casa de mi padre. Que sin la paternal bendición ni hablar de casorio.

—Habrá —Weyrach siguió con la burla— hasta quien os case. Oí que el señor Von Sagar es clérigo. ¿Puede celebrar bodas, no es cierto?

El hechicero ni lo miraba, interesándose en apariencia exclusivamente por las salchichas de Westfalia.

—Convendría —dijo al cabo— preguntar primero a la principal interesada. *Matrimonium inter invitos no contrahitur*, el matrimonio precisa del consentimiento de ambos contrayentes.

—La interesada —bufó Weyrach— calla, *a qui tacet, consentit*, quien calla otorga. Y a otros principales podemos preguntar, por qué no. ¡Eh, Tassilo! ¿No tienes ganillas de casorio? ¿O quizá tú, Kuno? ¿Woldan? ¿Y vos, monseñor Scharley, cómo que tan callado? ¡Si todos, pues todos! ¿Quién tiene voluntad de ser, perdón por la expresión, contrayente?

—¿O puede que vos mismo? —Formosa von Krossig inclinó la cabeza—. ¿Qué? ¿Don Notker? Pues, por lo que barrunto, ya os ha llegado la hora. ¿No la queréis por esposa? ¿No os ha caído en gusto?

—Me ha caído, y cómo —sonrió lascivo el *raubritter*—. Mas el matrimonio es la tumba del amor. Por eso opto por que la jodamos como es costumbre y en común.

—Veo que es hora —Formosa se levantó— de que las hembras se vayan de la mesa para dejar a los hombres con sus bromas hombrunas y sus sandeces. Ven, moza, nada se te ha perdido aquí.

Nicoletta se levantó obedientemente, la siguió como una condenada a muerte, con

la cabeza gacha, los labios le temblaban, en los ojos asomaban las lágrimas.

Todo era apariencia, pensó Reynevan, apretando los puños bajo la mesa. Toda su audacia, todo su vigor, todo su arrojo no más que apariencia era, fingimiento. Cuan débil, frágil y desventurado es al cabo su género, cuan a merced nuestra, de los hombres. Cuan sometida a nosotros.

Por no decir dependiente.

—Huon —dijo Formosa desde la puerta—. No te hagas mucho de rogar.

—Yo me voy ya. —El hechicero se levantó—. Estoy cansado, demasiado me ha agotado la idiota caza por los bosques como para escuchar más tiempo pláticas no menos idiotas. Buenas noches tenga la compañía.

Buko von Krossig escupió bajo la mesa.

La salida del nigromante y de las mujeres fue la señal para lanzarse a una diversión aún más estruendosa y a beber con aún mayor ardor. La comitiva gritó exigiendo más vino, las mozas que trajeron la bebida recogieron también la correspondiente dosis de palmadas, manoseos, pellizcos y achuchones, yéndose para la cocina enrojecidas y sollozantes.

—¡Tras las salchichas nos merecemos un trago!

—¡Por nosotros!

—¡Salud!

—¡Qué aproveche!

Paszko Rymbaba y Kuno Wittram, enlazando sus brazos, comenzaron a cantar. Weyrach y Tassilo de Tresckow se unieron al coro.

*¡Meum est propositum in taberna mori
ut sint vina próxima morientis ori;
Tunc cantabunt letius angelorum chori:
Sit Deus propitius huic potatori*^[205]!

Buko von Krossig tenía mal vino. Con cada vaso se iba poniendo —paradójicamente— cada vez más sereno, con cada brindis se iba volviendo cada vez más triste, sombrío y —de nuevo paradójicamente— más pálido. Estaba sentado con una expresión siniestra, apretando en su mano el cáliz de consagrar, sin apartar sus ojos entrecerrados de Scharley.

Kuno Wittram golpeaba en la mesa con un vaso, Notker Weyrach con el puño de su estilete. Woldan de Osin balanceaba su vendada cabeza, balbuceaba. Rymbaba y De Tresckow gritaban.

Bibit hera, bibit herus,

*bibit miles, bibit clerus,
bibit ille, bibit illa,
bibit servus cum ancilla,
bibit velox, bibit piger,
bibit albus, bibit niger*^[206]...

—¡Jo, Jo!

—¡Buko, hermano! —Paszko se tambaleo, abrazó a Buko por el cuello, lo mojó con sus bigotes—. ¡Bebo a tu salud! ¡Alegrémonos! Ésta es, joder, la petición de mano de la Biberstein. ¡Me cayó en el gusto! ¡Bien pronto, por mi honor, he de invitaros a la boda, a mi casa, y bien pronto también al bautizo, entonces sí que vamos a saltar!

*Que viva, viva, esta linda estaca,
que bien me cabe en toas las mochachas...*

—Estáte atento —susurró Scharley a Reynevan, aprovechando la ocasión—. Me da la sensación de que vamos a tener que echar la pata a la calle.

—Lo sé —le repuso Reynevan—. En caso necesario tú y Sansón poned pies en polvorosa. No me esperéis... Yo tengo que ir a por la muchacha. A la torre...

Buko rechazó a Rymbaba, pero Paszko no se resignó.

—¡No te turbes, Buko! ¡Cierto, verdad decía doña Formosa, cagástela al raptar a la hija de Biberstein! Mas yo te libré de tu desventura. ¡Puesto que es mi prometida, pronto mi desposada y la cosa arreglada! ¡Ja, ja, hasta rima, joder, como un poeta! ¡Buko! ¡Bebe! ¡Alégrate, jo, jo! ¡Viva, viva, esta linda estaca...!

Buko lo empujó.

—Te conozco —le dijo a Scharley—. Ya en Kromolin lo pensé, ahora estoy ya también seguro del lugar y el momento. Aunque por aquel entonces llevabas hábito de franciscano a cuestras, conozco tu jeta, me acuerdo de dónde te viera. En la plaza mayor de Wroclaw, en el año dieciocho, en aquel famoso lunes de julio.

Scharley no respondió, miró bravío directamente a los ojos del *raubritter*. Buko hizo girar el cáliz en sus manos.

—Y tú —volvió unos ojos de odio a Reynevan—, Hagenau, o como haya que llamarte de verdad, el diablo sabe quién seas, puede que también monje y cura bastardo, puede que también don Johann Biberstein te metiera en la torre de Stolz por rebeldía y sedición. Sospechaba de ti durante el viaje. Atento estuve a cómo mirabas a la moza, pensé que acechabas ocasión de vengarte de los Biberstein, meterle a la hija el estilete entre las costillas. Sí, mas la venganza es tuya y mis quinientos

gúldenes son míos, tuve bien el ojo puesto en ti, antes de que tú, hermano, hubieras podido tentar el puñal, no habrías encontrado la cabeza sobre los hombros.

»Ahora, sin embargo —el caballero de rapiña arrastró las palabras—, te miro a la cara y pienso, ¿no me habré equivocado? ¿No será que tú para nada la acechabas, no será amor? ¿No será que quieres salvarla, arrancarla de mis manos? Así pienso y la rabia dentro de mi va creciendo, pensando en por qué clase de idiota tienes a Buko von Krossig. Y hasta siento temblores de las ganas que me dan de rajarte el gaznate. Mas me retengo. De momento.

—¿No debiéramos —la voz de Scharley estaba absolutamente tranquila—, no debiéramos terminar así por hoy? El día abundó de esforzados acontecimientos, sentírnoslo todos en los huesos, oh, mirad, don Woldan ya se ha quedado dormido con el rostro en la salsa. Propongo postergar la discusión *ad eras*.

—Nada —bramó Buko— se postergará *ad eras*^[207]. Ya anunciaré yo el final del banquete cuando llegue su hora. Bebe entonces, hijo de monje, bastardo, cuando te sirvan. Y tú también, Hagenau, bebe. ¿No pudiera ser éste el vuestro último trago? El camino a Hungría es arduo y peligroso. ¿Quién sabe si llegaréis? Al fin y al cabo se dice: al alba no sabrás lo que a la noche encontrarás.

—Sobre todo —añadió con voz venenosa Notker Weyrach— que el señor Biberstein de seguro ha enviado ya de los suyos por los caminos. Y que debe de andar muy rabioso ante los que le raptaron a la hija.

—¿No habéis oído —bramó Paszko Rymbaba— lo que os dijera? Mierda para el Biberstein. Pues si yo me caso con la hija, pues si...

—Calla —lo cortó Weyrach—. Estás mamado. Buko y yo hemos encontrado mejor solución para el problema, mejor y más fácil recurso para el Biberstein. De modo que no nos aturulles con el tu casorio. Al cabo, no es necesario.

—Mas ella me cayó en el gusto... La petición... La noche de bodas... Ey, viva, viva esta linda...

—Cierra el pico.

Scharley apartó la vista de los ojos de Buko, miró a Du Tresckow.

—¿Vos, don Tassilo —preguntó sereno—, aprobáis el plan de vuestros compañeros? ¿Lo consideraréis también provechoso?

—Sí —respondió al cabo de un instante de silencio Du Tresckow—. Y aunque ciertamente es cosa triste, por tal lo tengo. Mas así es la vida. Mala suerte que tan bien cuadréis para esta añagaza.

—Cuadran, cuadran —tomó la palabra Buko von Krossig—. Cuadran estupendamente. De quienes en el asalto tomaran parte, quienes serán más fácilmente reconocidos serán los que iban sin visera. Don Scharley. El señor Hagenau, que con tanta destreza condujo el carro robado. Y vuestro criado, el Juan el Oso ése, no es tampoco cosa que se olvide con facilidad. Esa jeta, ja, se la reconoce hasta en un

muerto. A todos, hablando en plata, se los reconocerá en forma de muerto. De modo que se sabrá quién atacó la caravana. Y quién raptó a la Biberstein...

—¿Y quién la mató? —terminó Scharley, sereno.

—Y la violó. —Weyrach sonrió lascivo—. No os olvidéis de la violación.

Reynevan se levantó, pero se sentó de inmediato, forzado por los potentes brazos de Tresckow. En el mismo momento Kuno Wittram agarró a Scharley por el hombro y Buko le puso al demérito su puñal en la garganta.

—¿Es esto digno? —balbuceó Rymbaba—. Ellos nos vinieron al rescate entonces...

—Así ha de ser —lo cortó Weyrach—. Toma la espada.

Una fina línea de sangre fluyó del cuello del demérito a lo largo de la aguda hoja del estilete. Pese a ello, la voz de Scharley era tranquila.

—No os va a resultar vuestro plan. Nadie lo creerá.

—Lo creerán, lo creerán —afirmó Weyrach—. Te asombraría saber lo que cree la gente.

—Biberstein no se dejará engañar. Rodarán vuestras cabezas.

—¿Con qué me quieres asustar, hijo de monje? —Buko se inclinó sobre Scharley—. ¿Cuándo tú mismo no vas a ver el nuevo día? ¿Dices que Biberstein no lo creerá? Puede ser. ¿Qué rodará mi cabeza? Como Dios quiera. Mas yo os cortaré el gáznate a vosotros. Aunque no sea más que por el *gaudium*, como dice el hideputa de Sagar. A ti, Hagenau, precisamente por ello te apiolaré, aunque no sea más que para enojar a Sagar, puesto que eres también hechicero, su confráter. Y en lo que a ti respecta, Scharley, esto será justicia. Histórica. Por Wroclaw, por el año dieciocho. Si otros caudillos de la revuelta dejaron su cabeza en la plaza mayor de Wroclaw, tú la dejarás en Bodak. Bastardo.

—Es la segunda vez que me llamas bastardo, Buko.

—Y hasta una tercera. ¡Bastardo! ¿Y qué me vas a hacer?

Scharley no tuvo tiempo de responder. Las puertas se abrieron con un estampido y apareció Hubertillo. Más concretamente, apareció Sansón Mieles. Abriendo las puertas a base de Hubertillo.

Entre el absoluto silencio, en el que se podía escuchar la llamada de un buho que volaba alrededor de la torre, Sansón alzó al armiguer que llevaba agarrado por el cuello y los pantalones. Y lo lanzó a los pies de Buko. Hubertillo gimió dolorosamente al contacto con el suelo.

—Esta persona —dijo Sansón en el absoluto silencio— ha intentado estrangularme con un látigo en el establo. Afirma que a órdenes vuestras, señor Von Krossig. ¿Queréis aclarármelo?

Buko no quería.

—¡Matadlo! —gritó—. ¡Matad al hideputa! ¡Matad!

Scharley, con un movimiento de serpiente, se liberó del abrazo de Wittram, con el codo lo golpeó a Du Tresckow en el cuello. Tassilo tosió y soltó a Reynevan, quien, por su parte, con precisión de médico, le asestó un puñetazo a Rymbaba en el costado magullado, justo en la herida. Paszko aulló y se dobló en dos. Scharley se acercó a Buko y lo pateó con fuerza en la pierna. Buko cayó de rodillas. Reynevan no vio el resto, porque Tassilo du Tresckow lo golpeó con tanta fuerza en la nuca que cayó sobre la mesa. Sin embargo, se lo pudo imaginar al escuchar el eco de un golpe, el chasquido de una nariz rota y un grito de rabia.

—Nunca más —se escuchó con claridad la voz del demérito— me llames bastardo, Krossig.

Tresckow forcejeaba con Scharley, Reynevan quiso ir en su socorro pero no lo consiguió: Rymbaba, retorcido de dolor, lo agarró por detrás y lo derribó. Weyrach y Kuno Wittram se lanzaron sobre Sansón, el gigante agarró una banqueta, golpeó a Weyrach en el pecho, golpeó a Kuno, los derribó a ambos, y amenazó con la banqueta a su alrededor. Al ver que Reynevan se retorció y forcejeaba en el abrazo de oso de Rymbaba, se acercó, golpeó a Rymbaba en la oreja con la mano abierta. Paszko se arrastró de costado a todo lo largo de la sala y se estrelló de cabeza contra la chimenea. Reynevan arrancó de la mesa una jarra de cinc y golpeó con un tintineo a Notker Weyrach, que estaba intentando levantarse.

—¡La muchacha, Reynevan! —gritó Scharley—. ¡Corre!

Buko von Krossig se levantó del suelo, gritando y sangrando abundantemente por su deformada nariz. Arrancó una corcesca de la pared y se la intentó clavar a Scharley, el demérito la esquivó con agilidad, el proyectil le rozó el hombro. Y acertó a Woldan de Osin, quien acababa en aquel momento de despertarse y se levantaba de la mesa completamente desorientado. Woldan voló hacia atrás, golpeó con la espalda el gobelino flamenco, se resbaló en él, quedó sentado, la cabeza le cayó sobre el asta de la lanza.

Buko gritó aún más fuerte y saltó hacia Scharley con las manos desnudas, los dedos abiertos como las garras de un gavilán. Scharley lo detuvo con una mano extendida, con la otra lo golpeó en la nariz rota. Buko chilló y cayó de rodillas.

Sobre Scharley se lanzó Du Tresckow, sobre Tresckow Kuno Wittram, sobre Wittram Sansón, sobre ambos Weyrach, sobre ellos, chorreando sangre, Buko, sobre ellos Hubertillo. Todos forcejearon en el suelo, formando algo como Laocoonte con su familia más cercana. Reynevan ya no vio aquello. Corría con todas sus fuerzas por las empinadas escaleras de la torre.

La encontró junto a unas escaleras de escasa altura, en un lugar iluminado por una antorcha colocada en un sostén de hierro. No parecía sorprendida en absoluto. Era como si lo hubiera estado esperando.

—Nicoletta...

—Alcasín...

—Vengo...

No le dio tiempo a decir a qué venía. Un fuerte golpe lo derribó a tierra. Se apoyó en los codos. Recibió otro golpe, se derrumbó.

—Yo con buenos ojos te miraba —jadeó Rymbaba, de pie sobre él, con las piernas abiertas—. Yo con buenos ojos, ¿y tú me arreas en el lado? ¿En el lado doliente? ¡Culebra!

—¡Eh, tú! ¡Grandullón!

Paszko se giró. Y adoptó una amplia y alegre sonrisa al ver a Catalina Biberstein, doncella que le había caído en gusto, con la cual, como pensaba, estaba ya prometido y con la que se veía ya en sus sueños retozando en el lecho matrimonial. Pero, como resultó, había soñado un poco demasiado.

Su fallida prometida le disparó un rápido puñetazo en el ojo. Paszko se llevó las manos a la cara. La muchacha, para mayor libertad de movimientos, se alzó el *cotehardie* y le dio una potente patada en la entrepierna. El fallido prometido se dobló, expulsó el aire con un silbido y luego aulló locamente y cayó de rodillas, aferrándose sus tesoros masculinos con las dos manos. Nicoletta se alzó la falda otra vez, mostrando sus agraciados muslos, tomando algo de impulso le dio una patada en un lado de la cabeza, se giró y le dio una patada en el pecho. Paszko Pakoslawic Rymbaba cayó por las empinadas escaleras y rodó por ellas con la cabeza por delante.

Reynevan se puso de rodillas. Ella estaba de pie, tranquila, ni siquiera respiraba con fuerza, apenas una ondulación de los pechos, sólo sus ojos, ardientes como los de una pantera, traicionaban su excitación. Fingía, pensó él, sólo fingía estar temerosa y asustada. Los engañó a todos, a mí también.

—¿Y ahora qué, Alcasín?

—Hacia arriba. Deprisa, Nicoletta.

Corrió ella, saltando por las escaleras como una cabritilla, él apenas podía seguirla. Habrá que someter a una profunda revisión la idea de la debilidad del género femenino pensó, al tiempo que jadeaba.

Paszko Rymbaba rodó hasta la misma base de las escaleras, cayó con ímpetu en la sala, hasta el centro, casi debajo de la mesa. Yació durante un momento, tomando aire por la boca como una carpa fuera del agua, luego gimió, jadeó, meneó la cabeza, apretándose los genitales. Luego se sentó.

En la sala no había nadie, si no contamos el cadáver de Woldan con la corcesca clavada en el pecho. Y Hubertillo, que tenía el rostro retorcido de dolor y sujetaba una mano, evidentemente rota, contra la barriga. El armiguer encontró la mirada de Rymbaba y señaló con la cabeza a la puerta que salía al patio. Innecesariamente, Paszko ya había escuchado antes el ruido que llegaba de allí, los gritos, los rítmicos chasquidos.

A la sala entraron una asustada moza y un paje, casi como en la canción, *servus cum ancilla*. Huyeron en cuanto les lanzó una mirada. Paszko se levantó, blasfemó obscenamente, arrancó de la pared una enorme hacha de armas de ennegrecida cabeza y asta llena de agujeros de la carcoma. Durante un momento luchó en su interior. Aunque ardía de ganas de vengarse de la maldita Biberstein, su razón le decía que debía ayudar a la comitiva.

La Biberstein, pensó, no escapará a la venganza, no hay salida de la torre. De momento, pensó, sintiendo cómo le latían los huevos, le mostraré tan sólo un altivo desprecio. Primero me las pagarán los otros.

—¡Esperad, hijos de una puta! —gritó cojeando en dirección al patio y los ruidos de lucha—. ¡Ya sus daré yo!

Las puertas de la torre temblaron ante el golpe atronador. Scharley maldijo.

—¡Apresúrate! —gritó—. ¡Sansón!

Sansón Mielles sacó del establo dos caballos aderezados. Al criado que salió del pajar le lanzó un berrido amenazador. El criado desapareció a toda prisa.

—Esas puertas no aguantarán mucho. —Scharley corrió por las escaleras de piedra, tomó las riendas de manos del otro—. ¡A la salida, presto!

Sansón también vio cómo en las puertas que habían conseguido poner de por medio entre ellos y Buko y sus camaradas había estallado una nueva tabla. Se oía el sonido de metal contra piedra y metal, estaba claro que los rabiosos *raubritter* intentaban romper las bisagras. Ciertamente, no había tiempo que perder. Sansón miró a su alrededor. La puerta estaba cerrada por una viga, asegurada por una masiva cerradura. El gigante se plantó en tres pasos junto a una pila de leña, arrancó una gran hacha de leñador de un tocón y con otros tres pasos estaba junto a la puerta. Inspiró, alzó el hacha y con muchísima fuerza la lanzó contra la cerradura.

—¡Con más fuerza! —gritó Scharley, mirando a la otra puerta, que estaba ya quebrándose—. ¡Dale con más fuerza!

Sansón le dio con más fuerza. Tanto que la puerta entera tembló y hasta el puesto de guardia que había encima. La cerradura, producida con toda seguridad en Niiremberg, no cedía, mas los ganchos que sujetaban la tabla se salieron del muro casi hasta la mitad.

—¡Otra vez! ¡Dale!

Bajo el siguiente golpe la cerradura nurembergiana se quebró, los ganchos se salieron del todo y la viga cayó con un estruendo.

—Bajo las axilas. —Reynevan, habiendo tomado en los dedos un poco de ungüento de la olla de barro, se quitó la camisa y demostró cómo había que aplicarlo—. Úntalo bajo las axilas. Y en el cuello, oh, así. Más, más... Extiéndelo bien... Deprisa, Nicoletta. No tenemos mucho tiempo.

La muchacha lo miró durante un instante y en su mirada la incredulidad luchaba

contra la admiración. No dijo sin embargo ni una palabra, tomó el ungiendo. Reynevan arrastró hasta el centro de la habitación un banco de roble. Abrió la ventana de par en par, un frío viento entró en el laboratorio del nigromante. Nicoletta tembló.

—No te acerques a la ventana —la detuvo—. Mejor... no mirar hacia abajo.

—Alcásin. —Lo miró—. Entiendo que estamos luchando por nuestras vidas. ¿Pero estás seguro de que sabes lo que haces?

—Siéntate a caballo sobre la banqueta, por favor. De verdad que no tenemos tiempo. Siéntate detrás de mí.

—Prefiero delante de ti. Abrázame, abrázame fuerte. Más fuerte...

Su cuerpo era cálido. Olía a menta y ácoro, ni siquiera el curioso olor de la mezcla de Huon era capaz de matar aquel perfume.

—¿Lista?

—Lista. ¿No me vas a soltar? ¿No vas a dejar que caiga?

—Antes moriría.

—No mueras. —Ella suspiró, volvió la cabeza, a causa de lo cual sus labios se tocaron un instante—. No mueras, por favor. Vive. Lanza el conjuro.

*Weh, weh, Windchen
Zum Fenster hinaus
¡In omnem ventun^[208]!
¡Vuela por la ventana
Sin rozar con nada!*

La banqueta saltó y se retorció bajo ellos como un caballo mal domado. Pese a toda su valentía, Nicoletta no consiguió contener un grito de miedo, cierto que tampoco Reynevan lo consiguió. La banqueta se elevó una braza, giró como un abejorro enfurecido, el laboratorio de Huon desapareció ante sus ojos. Nicoletta apretó los dedos sobre las manos de Reynevan, chilló, aunque él hubiera jurado que más de placer que de miedo.

Mientras tanto la banqueta se dirigió directamente a través de la ventana, a la fría y oscura noche. Y de inmediato cayó en vertical hacia abajo.

—¡Agárrate! —gritó Reynevan. El impulso del viento le devolvía las palabras a la garganta—. ¡Agárraaateee!

—¡Agárrate tú! ¡Oh, Jesús!

—¡Aaaaaaaa-aaaaaaaah!

La cerradura nurembergiana cedió, la viga cayó con un estruendo. En ese mismo momento volaron las puertas de la torre, en las escaleras de piedra aparecieron los

caballeros de rapiña, todos armados y todos rabiosos, tan ciegos en su ansia de sangre que Buko von Krossig, el primero que apareció, tropezó en las empinadas escaleras, yendo a caer directamente en un montón de estiércol. Los otros se lanzaron sobre Scharley y Sansón. Sansón barritó como un toro, y dispersó a los agresores agitando el hacha como un loco. Scharley, gritando también, se hizo espacio a su alrededor enarbolando una alabarda que encontró junto a la puerta. Pero la ventaja —así como la experiencia en la lucha— estaba de parte de los caballeros de rapiña. Retrocediendo ante los malignos pinchazos y los traicioneros tajos de espada, Sansón y Scharley retrocedieron.

Hasta el momento en que sintieron a la espalda la dura resistencia de una pared.

Y entonces llegó Reynevan volando.

Al ver cómo crecían a ojos vista las losas del patio, Reynevan gritó, gritaba también Nicoletta. Sus gritos, modulados por el atosigante viento hasta convertirse en verdaderos aullidos de condenados en el infierno, obtuvieron mejores resultados que su propia aparición. Excepto Kuno Wittram, el cual por casualidad miró hacia arriba, ninguno de los caballeros de rapiña vio a quienes montaban la banqueta voladora. Pero el griterío consiguió unos demoledores efectos psicológicos. Weyrach cayó a cuatro patas, Rymbaba blasfemó, gritó y se derrumbó, junto a él rodó Tassilo de Tresckow, inconsciente, la única víctima del ataque aéreo: la banqueta que caía en picado sobre el patio lo había golpeado en la sien. Kuno Wittram se persignó y se arrastró bajo un carro de paja. Buko von Krossig se encogió cuando el borde del *cotekardie* de Nicoletta lo golpeó en la oreja. Entonces, la banqueta se lanzó con fuerza hacia arriba ante los todavía mayores gritos de los pilotos. Notker von Weyrach miró a los voladores con la boca abierta, tuvo suerte, percibió con el rabillo del ojo a Scharley, en el último segundo evitó que le clavara la alabarda. Aferró el asta, comenzaron a forcejear.

Sansón tiró su hacha, atrapó a uno de los caballos por las bridas, quiso coger al otro. Buko saltó hacia él y atacó con su puñal. Sansón lo evitó, pero no lo suficientemente rápido. La hoja le cortó la manga. Y el brazo. Buko no consiguió pinchar de nuevo. Recibió un golpe en la boca y se tambaleó hasta la puerta.

Sansón Mieles se masajeó el brazo, miró su brazo ensangrentado.

—Ahora —dijo lento y en voz alta—. Ahora me he enfadado de verdad.

Se acercó a Scharley y Weyrach, que todavía estaban forcejeando con el asta de la alabarda. Y le asestó a Weyrach un golpe con tanta fuerza que el viejo *raubritter* dio una impresionante voltereta. Paszko Rymbaba alzó su hacha de armas para cortar, Sansón se dio la vuelta, lo miró. Paszko retrocedió dos pasos rápidamente.

Scharley atrapó al caballo, Sansón mientras tanto tomó de un soporte junto a la puerta un escudo de hierro redondo.

—¡A ellos! —gritó Buko, tomando la espada que había dejado caer Wittram—.

¡Weyrach! ¡Kuno! ¡Paszko! ¡A ellos! ¡Oh, Cristo...!

Vio lo que estaba haciendo Sansón. Sansón tomó el escudo como si fuera un discóbolo y como un discóbolo giraba y giraba. El escudo salió disparado de su mano como de una balista, fallando por poco a Weyrach, voló con un silbido por todo el patio, se estrelló contra una ménsula de la pared, destrozándola por completo. Weyrach tragó saliva, Sansón sacó del soporte otro escudo.

—Cristo... —jadeó Buko, viendo que el gigante comenzaba a girar otra vez—. ¡Cubrios!

—¡Por las tetas de Santa Ágata! —gritó Kuno Wittram—. ¡Sálvese el que pueda!

Los caballeros de rapiña salieron huyendo, cada uno en una dirección diferente, no se podía prever a quién le iba a lanzar Sansón. Rymbaba desapareció en el establo, Weyrach se sumergió detrás del montón de leña, Kuno Wittram se arrastró de nuevo bajo el carro, Tassilo du Tresckow, quien acababa de recuperar precisamente el conocimiento, se volvió a aplastar contra el suelo. Buko von Krossig arrancó a la carrera un largo escudo pasado de moda que tenía un maniquí de entrenamiento, se cubrió la espalda en la huida.

Sansón terminó su giro en un pie, en una pose clásica, digna del cincel de un Mirón o de un Fidias. El escudo voló silbando hasta llegar a su objetivo, golpeando con un potente estampido contra el escudo que Krossig llevaba a la espalda. El ímpetu lanzó al caballero de rapiña a una distancia de lo menos cinco brazas, y hubiera seguido adelante de no ser por la muralla. Durante un instante pareció que había untado a Buko sobre la pared, pero no, al cabo de unos segundos se resbaló por ella hasta el suelo.

Sansón Mielles miró a su alrededor. No había a quién lanzar.

—¡A mí! —gritó Scharley desde la puerta, ya a caballo—. ¡A mí, Sansón! ¡Al caballo!

El caballo, aunque fuerte, se hundió un tanto bajo el peso. Sansón lo tranquilizó. Se lanzaron al galope.

Capítulo vigesimoquinto

En el que como en las obras de Béroul y Chrétien de Troyes, como en las de Wolfram von Eschenbach y Hartmann von Aue, como en las de Gottfried de Estrasburgo, Guillermo de Cabestaingt y Bertrán de Born, se habla del amor y de la muerte. El amor es hermoso. La muerte no.

En esencia podía ser verdad lo que uno de los mentores praguenses de Reynevan había intentado demostrar en lo relativo a los vuelos hechiceros, a saber, que están sometidos al control mental del hechicero o hechicera que se ha untado la crema voladora. Los objetos sobre los que se vuela, la escoba, el atizador, la pala o cualquier otra cosa, son sólo objetos muertos, materia inanimada sometida a la voluntad del mago y completamente dependiente de su voluntad.

Algo de ello debía de ser verdad, puesto que la banqueta que llevaba a Reynevan y a Nicoletta, elevándose hacia el cielo nocturno a la altura de los tejados de las torres del castillo de Bodak, dio vueltas a su alrededor hasta que Reynevan vio cómo abandonaban el castillo dos jinetes, de los cuales uno trazaba una enorme e inconfundible silueta. La banqueta se balanceó levemente siguiéndolos, como si quisiera tranquilizarlo mostrando que ninguno de los que cabalgaban a toda velocidad en dirección a Klodzko se encontraba herido de gravedad y que no los perseguía nadie. Y como si verdaderamente percibiera su alivio trazó alrededor de Bodak todavía un círculo, después del cual se elevó a las alturas, hacia el espacio, por encima de las nubes bañadas por el resplandor de la luna.

Sin embargo, como resultó, también Huon von Sagar tenía razón cuando afirmó que toda teoría es gris, puesto que las conclusiones del doctor praguense acerca del control mental sólo eran verdad en una medida limitada. Y muy limitada. Cercionado Reynevan de que Scharley, y Sansón estaban sanos y salvos, la vuelabanqueta dejó de depender de su voluntad por completo. No era voluntad de Reynevan en absoluto el volar tan alto que la luna pareciera estar al alcance de la mano y donde hacía tanto frío que sus dientes y los de Nicoletta repicaban como castañetas españolas. Lejos de la voluntad de Reynevan estaba también el volar en círculos como un gavián al acecho. Su voluntad era volar siguiendo a Sansón y a Scharley, pero precisamente aquella voluntad le importaba un pimiento a la vuelabanqueta.

Tampoco tenía Reynevan gana alguna de estudiar la geografía de Silesia a vuelo de pájaro, de modo que no se sabe por qué milagro y por influencia de qué control mental el mueble descendió y voló en dirección noreste sobre la cordillera de Reichenstein. Dejando a la derecha los montes de Jawornik y Borowkowa, la banqueta planeó sobre un castillo que estaba rodeado de una doble muralla erizada de torres, un castillo que sólo podía ser Paczków. Luego los condujo sobre el valle de un

río que no podía ser otro que el Nysa. Al poco les pasaron por debajo los tejados de las torres del obispado de Otmuchów. Aquí, sin embargo, la banqueta cambió de dirección, trazó un amplio arco, volvió al Nysa y esta vez voló río arriba, siguiendo la retorcida cinta plateada por la luz de la luna. El corazón de Reynevan latió por un momento a un ritmo acelerado, pues parecía como si la banqueta quisiera regresar a Bodak. Pero no, se volvió de pronto y voló hacia el norte, planeando sobre la llanura. Al poco pasó por debajo de ellos el complejo del monasterio de Kamieniec, y Reynevan volvió a inquietarse de nuevo. Al fin y al cabo, Nicoletta también se había untado la mezcla volandera y también podía influir en la vuelabanqueta con su fuerza de voluntad. Podía volar —esto es lo que parecía señalar la dirección— directamente en dirección a Stolz, la sede de los Biberstein. Reynevan dudaba de que lo recibieran bien allí.

La banqueta, sin embargo, se dirigía algo hacia el oeste, volaba sobre alguna ciudad. Reynevan, no obstante, había perdido poco a poco la orientación, había dejado de reconocer el paisaje que se deslizaba ante sus ojos llorosos a causa del viento.

La altura a la que volaban no era ya excesiva, de modo que los pilotos no temblaban ya ni les castañeteaban los dientes. La banqueta volaba con fluidez y estabilidad, sin acrobacias, las uñas de Nicoletta dejaron de clavarse en las manos de Reynevan, la muchacha, percibió él claramente, se relajó un tanto. Él mismo, para qué decir más, también respiraba con más libertad, no lo ahogaba ni la presión del viento ni la adrenalina.

Volaron bajo nubes iluminadas por la luna. Abajo se extendía un ajedrez de bosques y campos.

—Alcásin... —habló ella por encima del viento—. Sabes... adonde...

La apretó más a su pecho, sabiendo que era preciso, que ella lo esperaba.

—No, Nicoletta. No lo sé.

No lo sabía. Pero lo sospechaba. Y tenía razón. Ni siquiera se sorprendió demasiado cuando un sordo chillido de la muchacha le anunció que tenían compañía.

La bruja a su izquierda, una mujer en la flor de la edad y con toca de mujer casada, volaba con una clásica escoba, la fuerza del viento tiraba de la tela de su zamorra de piel de carnero. Acercándose un poco a ellos, los saludó alzando la mano. Al cabo de un momento de indecisión, ellos le devolvieron el saludo y la bruja los adelantó.

Las dos que volaban a su derecha no los saludaron y lo más seguro es que ni siquiera los advirtieran, tan ocupadas como estaban consigo mismas. Ambas eran muy jóvenes, llevaban las trenzas sueltas, se sentaban a horcajadas la una detrás de la otra sobre un patín de trineo. Se besaban apasionada y ávidamente, actividad con la cual la primera, daba la sensación, se estaba rompiendo el cuello para alcanzar con

sus labios los labios de la segunda, que estaba sentada detrás. La segunda, por su parte, iba completamente absorta en los pechos de la primera, extraídos de la camisa abierta.

Nicoletta carraspeó, tosió de forma extraña, se retorció sobre la banquetta, como si quisiera separarse, alejarse de él. Reynevan sabía por qué lo hacía, se daba cuenta de su excitación. Su origen no estaba en la vista erótica que tenían ante sí, al menos no solamente en ella. Huon von Sagar le había advertido de los efectos secundarios del preparado, Reynevan recordaba que en Praga también se hablaba de ello. Todos los especialistas estaban de acuerdo en el hecho de que la crema voladora untada en el cuerpo actuaba como un potente afrodisíaco.

Sin que se dieran cuenta, el cielo se había poblado de brujas voladoras, volaban ya en una larga cadena o más bien una procesión cuya cabeza se perdía allá entre las nubes fosforescentes. Las hechiceras, *bonae feminae*^[209] —aunque había en la procesión también unos cuantos hechiceros de sexo masculino— volaban a horcajadas sobre los más diversos objetos, desde las más clásicas escobas y atizadores, pasando por bancos, palas, bieldos, azadas, vigas y varas de carro, pértigas y estacas de vallas, hasta los palos y tarugos más comunes, ni siquiera pelados. Por delante y por detrás de los voladores aleteaban los murciélagos, los chotacabras, los buhos, los cárabos y los cuervos.

—¡Eh! ¡Confráter! ¡Saludos!

Se dio la vuelta. Y, lo que era extraño, no se asombró.

La que le había gritado llevaba su negro sombrero de bruja, del que surgían unos cabellos de fogoso color rojo. Detrás de ella, como un velo, revoloteaba un pañuelo de lana verde sucio. Junto a ella volaba la que entonces había profetizado, la jovencita de cara de zorro. Por detrás se balanceaba en un atizador la morena Jagna, por supuesto, no demasiado sobria.

Nicoletta carraspeó con fuerza y volvió la cabeza. Él se encogió de hombros con un gesto inocente. La pelirroja sonrió. Jagna eructó.

Era la noche del equinoccio de otoño, para la gente del pueblo la noche de la Fiesta del Aventado, el mágico principio de la estación de los vientos que facilitaban el aventar la mies. Para los hechiceros y las Viejas Tribus era, sin embargo, Mabon, uno de los ocho sabbats del año.

—¡Eh! —gritó de pronto la pelirroja—. ¡Hermanas! ¡Confráter! ¿Nos divertimos?

Reynevan no tenía ganas de diversión, cuanto más que tampoco tenía ni idea de en qué radicaba la tal diversión. Pero la banquetta era ya a todas luces parte de una bandada y hacía lo mismo que la bandada.

Una abundante escuadra realizó un picado en dirección al brillo de un fuego que se dejaba ver. Casi rozando las copas de los árboles se deslizaron, alborotando y voceando, sobre una pradera, hacia una hoguera, alrededor del cual estaban sentadas

una docena de personas. Reynevan vio que miraban a las alturas, pero apenas escuchó sus gritos excitados. Las uñas de Nicoletta se clavaron otra vez en su cuerpo.

La pelirroja fue quien demostró mayor temeridad. Voló aullando como un lobo, tan bajo que la escoba levantó en el fuego una nube de chispas. Después de ello, todas volaron en vertical hacia arriba, perseguidas por los gritos de los de abajo. Si éstos hubieran tenido ballestas, pensó Reynevan, quién sabe cómo habría podido acabar la diversión.

El grupo comenzó a bajar. Se dirigieron hacia una montaña que surgía de un bosque y estaba cubierta de árboles. Decididamente, sin embargo, no se trataba de la Sleza, pese a la sospecha de Reynevan, que se esperaba que fuera el objetivo del vuelo. La montaña era demasiado pequeña para ser Sleza.

—Grochowa —lo sorprendió Nicoletta—. Esto es Grochowa Góra. No lejos de Frankenstein.

En las faldas de la montaña ardían hogueras, de detrás de los árboles se elevaba hacia las alturas una llama amarilla, resinosa, un resplandor rojo iluminaba la mágica neblina que se retorció por las gargantas. Se oían gritos, cánticos, el chillido de la flautas y de las chirimías, el tintineo de las panderetas.

Nicoletta temblaba a su lado y no precisamente de frío. Él no se asombró especialmente. A él también le corrían escalofríos por la espalda, mientras que el corazón, que latía a toda prisa, se le subía a la garganta en el momento en que intentaba tragar saliva.

Junto a ellos aterrizó y se bajó de una escoba una criatura de ojos ígneos y de desordenada melena de color zanahoria. Sus patas, delgadas como palos, estaban armadas con retorcidas uñas de seis pulgadas de longitud. Cerca bufaban y gritaban cuatro gnomos con gorras en forma de bellota. Los cuatro, parecía, habían llegado volando en un gran remo. Por el otro lado venía, pataleando y arrastrando tras de sí una pala de panadero, un ser que llevaba puesto un algo que recordaba a un zamarro de piel, pero que podía ser también su pellejo natural. Una bruja que pasó a su lado con una camisa blanca y abierta de una forma bastante retadora les lanzó una mirada de desagrado.

Al principio, durante el vuelo, Reynevan había planeado escapar de inmediato, nada más aterrizar pensó en alejarse lo más rápidamente posible, bajar de la montaña, desaparecer. No tuvieron éxito. Aterrizaron en grupo, en manada, la manada los arrastró como un río. Cada movimiento inadecuado, cada paso en otra dirección habría llamado la atención, habría sido advertido, habría provocado recelo. Decidió que sería mejor no despertar tales recelos.

—Alcasín. —Nicoletta se pegó a él, percibiendo evidentemente lo que él sentía—. ¿Conoces este refrán: del fuego a las brasas?

—No tengas miedo. —Reynevan superó la resistencia de sus cuerdas vocales—.

No tengas miedo, Nicoletta. No permitiré que te pase nada malo. Te sacaré de aquí. Y desde luego que no te dejaré sola.

—Lo sé —respondió al momento, y lo dijo con tanta confianza, con tanto calor, que de inmediato él recuperó el valor y la confianza en sí mismo: valores que, a decir verdad, para entonces había perdido en buena medida. Alzó la cabeza, le tendió cortésmente la mano a la muchacha. Y miró a su alrededor. Con buen gesto. Y hasta se diría afable.

Los adelantó una hamadriada que olía a humedad, pasó delante de ellos, haciendo una reverencia, un enano con los dientes sobresaliendo de por su labio superior, con su tripa desnuda brillante como una sandía surgiendo de su cortísima camisilla. Reynevan había visto antes algo parecido. En el cementerio de Wawolnica, en la noche que siguió al entierro de Peterlin.

A la suave pendiente al lado del abismo fueron llegando los siguientes. Hombres y mujeres voladores aterrizaron los unos detrás de los otros, poco a poco se iba formando una muchedumbre. Por suerte, los organizadores se habían cuidado de mantener el orden, unos encargados dirigían a los que aterrizaron hacia una pradera donde, en una superficie especialmente delimitada, iban deponiendo las escobas y otros instrumentos voladores. Había que guardar cola allí durante unos minutos. Nicoletta le apretó más fuerte el brazo cuando detrás de ellos se puso a esperar una delgada criatura envuelta en un sudario y que olía más bien a tumba. Delante de ellos, estampando los pies con impaciencia y nerviosismo, tomaron plaza dos marranas con los cabellos llenos de espigas secas.

Al cabo, un grueso duende tomó la banqueta de las manos de Reynevan y le tendió un resguardo: una concha de almeja de río con un ideograma mágico pintado y la cifra romana CLXXIII.

—Ten cuidado con ella —dijo, con aire cotidiano—. No la pierdas. No voy a andar luego buscando por todo el parking.

Nicoletta se ciñó otra vez más fuerte contra él, le apretó la mano. Ahora por motivos más concretos y visibles. También él se había dado cuenta.

Se habían convertido de pronto en objeto de interés y no precisamente afable. Unas cuantas brujas los estaban mirando con ojos enfadados. Ante cada una de ellas hasta Formosa von Krossig podría haber alardeado de juventud y belleza.

—Vaya, vaya —graznó una que sobresalía por su fealdad incluso entre una compañía tan horrible—. ¡Ha de ser verdad lo que se dice! ¡Qué la *flugsalve*^[210] se puede comprar al presente en cada botica de Swidnica! ¡Ahora vuela todo quisque, cangrejo, pez o rana! ¡Ya verás cómo empiezan a venirnos sotanas, clarisas de Strzelin! Y yo pregunto, ¿y lo vamos a aguantar? ¿Quién coño son éstos?

—¡Tie razón! —brilló el único diente de la segunda meiga—. ¡Razón tie usted, señora de Sprenger! ¡Qué digan quién son! ¡Y quién les hablara del vuelo!

—¡Cierto, cierto, señora de Kramer! —graznó la tercera, que estaba muy doblada y cuyo rostro portaba una imponente colección de verrugas peludas—. ¡Qué lo digan! ¡Puesto que pudieran ser espías!

—Cierra el pico, vaca vieja —dijo, acercándose, la pelirroja del sombrero negro—. No te hagas la importante. Y a estos dos los conozco yo. ¿Te basta con eso?

Las señoras de Kramer y de Sprenger quisieron oponerse y pelearse, pero la pelirroja cortó la discusión amenazándolas con el puño cerrado, y Jagna subrayó todo aquello con un regüeldo de desprecio, sonoro y brioso, sacado, se diría, de lo más profundo de sus tripas. Luego, la comitiva de brujas que subían la cuesta separó a las contendientes.

A la pelirroja, aparte de Jagna, la acompañaba la mozuela de carita de zorro y tez malsana, la misma que había profetizado en el cementerio.

Como entonces, llevaba en sus cabellos blondos una corona de verbena y trébol. Como entonces, tenía los ojos brillantes y con grandes ojeras. Y miraba con ellos sin parar a Reynevan.

—También otros os miran —dijo la pelirroja—. De modo que para prevenir más incidentes tenéis, como nuevos que sois, que presentaros ante la domina. Entonces nadie se atreverá ya a tocaros. Venid conmigo. A la cumbre.

—¿Puedo contar —Reynevan carraspeó— con que no corremos allí peligro alguno?

La pelirroja se dio la vuelta, clavó en él su verde mirada.

—Un poco tarde —arrastró las palabras— para preocuparse. La precaución habría estado en su sitio antes de untarse la pomada y sentarse en la banqueta. No quiero, amado confráter, ser demasiado picajosa, mas ya en nuestro primer encuentro comprendí que eres de los que siempre se pierden por donde no hay que hacerlo y se meten en los líos en los que no hay que meterse. Pero, como se dice, no es esto cosa mía. ¿Si hay peligro por parte de la domina? Eso depende. De lo que escondan vuestros corazones. Si es maldad y traición...

—No —negó él apenas ella dejó la voz en suspenso—. Te lo aseguro.

—Entonces —sonrió— no tienes de qué temer. Vamos.

Pasaron una hoguera y los grupos de hechiceros y otros participantes en el sabbat que se habían reunido a su alrededor. Allí se discutía, se saludaba, se reía, se reñía. Corrían las tazas y los cuencos que se llenaban de calderos y tinajas, se alzaba, mezclado con el humo, el agradable olor de la sidra, el licor de pera y otros productos finales de la fermentación alcohólica. Jagna tuvo intención de acercarse, pero la pelirroja la detuvo con una palabrota.

En la cumbre de la montaña Grochowa aullaba un fuerte viento que barría las llamas, millones de chispas volaban hacia el negro cielo como avispa de fuego. Junto a la cumbre había una pequeña hondonada que terminaba en una terraza. Allí,

bajo un caldero instalado sobre unas trébedes, ardía una hoguera más pequeña, alrededor de la cual se divisaban unas borrosas siluetas. En la base de la terraza unas cuantas personas estaban esperando a todas luces a que se les concediera audiencia.

Se acercaron más, tan cerca que las borrosas siluetas que surgían por entre el vapor del caldero se transformaron en las figuras de tres mujeres que sujetaban escobas decoradas con cintas y hoces doradas. Junto al caldero se hacía notar un hombre con larga barba y larga estatura, más alto aún por un capirote de piel con unos cuernos de ciervo adosados. Y todavía había allí también, detrás del fuego y del vapor, una oscura figura, inmóvil.

—Lo más seguro es que la domina —les explicó la pelirroja cuando ocuparon su puesto en la fila de los que esperaban— no os pregunte nada, nosotras no solemos ser curiosas. Si sin embargo lo hiciera, recordad que a ella hay que dirigirse por «domna». Recordad también que en el sabbat no hay nombres, como no sea entre amigos. Para todos los demás sois *joioza*^[211] y *bachelor*.

La peticionaria que los precedía era una joven muchacha con una gruesa coleta rubia que le colgaba por debajo de la paletilla. Aunque era muy guapa, tenía un defecto: cojeaba. De una forma tan característica que Reynevan pudo diagnosticarle una luxación congénita de la cadera. Cuando pasó a su lado iba limpiándose las lágrimas.

—El mirar fijamente a alguien se tiene por descortés y está mal visto aquí —le recriminó la pelirroja—. Sigue. La domina está esperando.

Reynevan sabía que el título de domina —o de anciana— le pertenecía a la hechicera mayor, conductora del vuelo y sacerdotisa del sabbat. De modo que, aunque en lo profundo de su alma tenía la esperanza de ver a una mujer un poco menos desagradable que la Sprenger, la Kramer y los otros engendros que las acompañaban, no esperaba ver a persona en edad otra que no fuera, por decirlo suavemente, anciana. En pocas palabras: se esperaba a una persona mayor. Lo que no se esperaba era sin embargo a Medea. A Circe. A Herodías. La feminidad madura encarnada, mortalmente atractiva.

Era alta, gallarda, la estructura de su cuerpo lanzaba señales de autoridad, producía una sensación de poder. Su alta frente, por debajo de unas cejas regulares, estaba decorada con una hoz de plata que ardía al cornudo brillo de la media luna, de su cuello colgaba una dorada cruz ankh, la *crux ansata*^[212]. La línea de los labios hablaba de decisión, la nariz regular recordaba a la Hera o la Perséfone de los vasos griegos. Sus cabellos negros como el alquitrán le caían en serpenteante cascada de divino desorden sobre la nuca, se desbordaban en olas sobre los hombros, uniéndose en lo oscuro de la capa que le cubría el torso. El vestido que se revelaba bajo la capa cambiaba de color ante el brillo del fuego, transformándose con multitud de tonos ya en blanco, ya en cobre, ya en púrpura.

En los ojos de la domina había sabiduría, noche y muerte.

Lo reconoció al instante.

—Toledo —dijo, y su voz era como el viento de las montañas—. Toledo y su noble *joioza*. ¿La primera vez entre nosotros? Bienvenidos.

—Yo te saludo. —Reynevan hizo una reverencia, Nicoletta bajó la cabeza—. Yo te saludo, domna.

—¿Tenéis algo que pedirme? ¿Pedís una acción?

—Solamente quieren —dijo la pelirroja, que estaba de pie a su lado— rendirte su homenaje. A ti, domna, y a la Gran Trinidad.

—Lo acepto. Id en paz. Festejad el Mabon. Alabad el nombre de la Gran Madre.

—¡*Magna Mater*! ¡Gloria a ella! —repitió el hombre barbado de la cabeza armada con los cuernos de ciervo y con una piel que le caía sobre la espalda.

—¡Gloria! —repitieron las tres brujas que estaban tras él, al tiempo que alzaban las escobas y las hoces de oro—. ¡Eia!

El fuego lanzaba chiribitas, el caldero bullía con vapor.

Esta vez, cuando bajaron por la pendiente en la garganta entre las dos cumbres, Jagna no se dejó detener, se dirigió de inmediato a grandes pasos hacia donde les llegaba la mayor algazara y alcanzaba el mayor olor a líquidos destilados. Al poco, colándose por entre todos, tragaba sidra de tal modo que su garganta gorgoteaba. La pelirroja no la contuvo, ella misma tomó con gusto la jarra que le tendió un osillo orejudo, parecido como un gemelo a Hans Mein Igel, aquél que un mes antes les había visitado a él y a Zawisza el Negro de Garbowo en el vivaque. Reynevan, aceptando un vaso, se sumió en pensamientos acerca del transcurrir del tiempo y lo que aquel tiempo había cambiado en su vida. La sidra era tan fuerte que hasta le salía por la nariz.

La pelirroja tenía entre los bebedores muchos conocidos, tanto entre humanos como no humanos. Efusivamente la saludaron las mariuñas, las dríadas, los zorros y las ninfas, intercambió apretones y besos con aldeanas fuertes y de sonrosadas mejillas. Trocó también rígidas y distinguidas referencias con mujeres que llevaban atrevidos vestidos de color de oro y ricas capas, con rostros en parte ocultos por máscaras de negro raso. Corría en abundancia la sidra, el licor de manzana y el slibowitz. Había barullo y se empujaban los unos a los otros, así que Reynevan abrazó a Nicoletta. Debiera llevar una máscara, pensó él. Catalina, hija de Johann de Biberstein, señor de Stolz, debiera ir enmascarada. Como otras damas de la nobleza.

Los bebedores, una vez habían bebido algo, se pusieron, está claro, a cotillear y comadrear.

—La vi en la cumbre, con la domina. —La pelirroja señaló con los ojos a la inválida de la coleta rubia, que andaba tranqueando por allí, con el rostro hinchado de tanto llorar—. ¿Qué le pasa?

—Lo de siempre, las cuitas de siempre —encogió sus anchos hombros una rolliza molinera que todavía portaba acá y allá restos de harina—. En vano se acercó a la domina, en vano le pidiera. Lo que ella quería, la domina lo rechaza. Manda confiar en el tiempo y el destino.

—Lo sé. Yo misma pedí algo alguna vez.

—¿Y qué?

—El tiempo trajo lo que era menester. —La pelirroja mostró una sonrisa maligna—. Y al destino lo ayudé yo un tanto.

Las brujas estallaron en unas risas que le erizaron a Reynevan los cabellos. Era consciente de que las *bonae feminae* lo observaban, le enervaba el que estuviera allí tieso como un palo, delante de tantos hermosos ojos, quedando como un primitivo acomplexado. Dio un trago para cobrar valor.

—Es extraordinario los muchos... —habló, carraspeando—. Los muchos representantes de las Antiguas Tribus que hay aquí...

—¿Extraordinario?

Se dio la vuelta. No era de extrañar que no hubiera escuchado los pasos, quien estaba junto a su brazo era un silfo, alto, de piel oscura, de cabellos blancos como la nieve y orejas puntiagudas. Los silfos se movían sin hacer ruido, no se les podía escuchar.

—¿Extraordinario, dices? —repitió el silfo—. Ja, puede que aún llegues a ver que sea ordinario, muchacho. A lo que tu llamas Antiguo yo lo llamo Nuevo. O Renovado. Llega un tiempo de cambios, mucho ha de cambiar. Cambiará incluso aquello que muchos, algunos incluso aquí presentes, creyeron inmutable.

—Y lo siguen creyendo —dijo, al parecer tomando personalmente las provocativas palabras del silfo, un ser al que Reynevan no hubiera esperado encontrar en tal compañía: un cura con tonsura—. Y lo siguen creyendo, puesto que saben que ciertas cosas no volverán jamás. No se baña uno dos veces en el mismo río. Tuvisteis vuestro tiempo, señor silfo, tuvisteis vuestra época, era, hasta vuestro eón. Mas qué se le va a hacer, *omnia tempus habent et suis spatiis transeunt universa sub cáelo*^[213], todo tiene su tiempo y su hora. Y lo que pasó, no vuelve. Pese a toda la mudanza que, dicho sea entre nosotros, muchos estamos esperando.

—Cambiará por completo —repitió testarudo el silfo— la imagen y el orden del mundo. Todo se reformará. Aconsejo que volváis vuestros ojos al sur, a Bohemia. Allá cayó ya la chispa de la que se alzarán las llamas, el fuego limpiará la naturaleza. Desaparecerán de ella las cosas malas y enfermas. Del sur, de Bohemia, va viniendo el cambio, les llegará el final a ciertas cosas y asuntos. En concreto, el libro que con tanto agrado citáis se degradará hasta ser tan sólo un compendio de refranes y proverbios.

—Yo no me esperaré demasiado de los husitas bohemios —el cura meneó la

cabeza—, en algunas cosas son aún más santurrones que el Papa. No iré, me parece, en dirección adecuada para nosotros esta reforma checa.

—La esencia de la reforma —dijo con potente voz una de las nobles enmascaradas— es ciertamente el que cambia cosas en apariencia inmutadas e inmutables. Que produce fisuras en estructuras en apariencia intocables, que resquebraja monolitos en apariencia sólidos y formidables. Y si algo se puede quebrar, resquebrajar, llenar de fisuras... Entonces también se lo puede reducir a polvo. Los husitas bohemios son como un poco de agua que se congela en una roca. Y la quiebra.

—¡Lo mismo dijeron de los cataros! —gritó alguien desde detrás.

—¡Eso era como la piedra contra el muro...!

Comenzaron a pelearse. Reynevan se encogió un tanto, un poco asustado del barullo que había formado. Sintió una mano en el hombro. Se dio la vuelta y le recorrió un escalofrío al ver a un ser de género femenino, de considerable altura y bastante atractiva, pero de ojos brillantes como el fósforo y piel verde y que olía a membrillo.

—No tengas miedo —dijo en voz baja el ser—. Sólo soy de las Antiguas Tribus. Una ordinaria extraordinaria.

»Los cambios —dijo alzando la voz— no los detendrá nadie. El mañana será otro que el hoy. Tan lejano que la gente dejara de creer en el ayer. Y razón tenía el señor silfo al aconsejar que mirarais más a menudo al sur. A Bohemia. Porque de allá van viniendo las nuevas. De allá proviene el cambio.

—Me permito dudar un tanto de ello —afirmó ácido el cura—. De allá provienen la guerra y la muerte. Y vendrá el *tempus odii*, el tiempo del odio.

—Y el tiempo de la venganza —añadió con voz rabiosa la coja de la trenza dorada.

—Bien para nosotras. —Una de las brujas se restregó las manos—. ¡Falta hace algo de bureo!

—El tiempo y el destino —dijo con voz llena de significado la pelirroja—. Pongámonos en manos del tiempo y el destino.

—Ayudando —añadió la molinera— en lo que se pueda al destino.

—De una forma u otra —el silfo enderezó su seca apostura—, afirmo que esto es el principio del fin. El orden presente caerá. Caerá ese culto salido de Roma, ese culto ambicioso, con arrogancia de amo, henchido de odio. Hasta resulta asombroso que haya aguantado tanto tiempo siendo tan falto de lógica y para colmo tan poco original. ¡Padre, Hijo y Espíritu! Una tríada común y corriente, como un sinnúmero que existen.

—En lo tocante al Espíritu —dijo el cura—, cercanos estuvieron a la verdad. Sólo equivocaron el sexo.

—No lo equivocaron —negó el ser de piel oscura y olor a membrillo—. ¡Mintieron! En fin, puede que ahora, durante los cambios, comprendan por fin a quién estuvieron dibujando durante tantos años en los iconos. Puede que por fin a alguno de ellos le entré en el entendimiento a quién representan verdaderamente las madonnas de sus iglesias.

—¡Eia! ¡*Magna Mater*! —gritaron a coro las brujas. A sus gritos se unió el estallido de una violenta música, el golpeteo de tambores, los gritos y los cánticos de las hogueras cercanas. Nicoletta-Catalina se apretó contra Reynevan.

—¡A la pradera! —gritó la pelirroja—. ¡Al Círculo!

—¡Eia! ¡Al Círculo!

—¡Escuchad! —gritó, alzando las manos, el hechicero de los cuernos de ciervo en la cabeza—. ¡Escuchad!

La muchedumbre reunida en la pradera murmuró de excitación.

—¡Escuchad —gritó el hechicero— las palabras de la Diosa, de aquélla cuyos brazos y muslos abrazan el Universo! ¡Quién al Principio separó las Aguas de los Cielos y bailó en ellos! ¡De cuyo baile nacieron los vientos y de los vientos el aliento de la vida!

—¡Eia!

Junto al hechicero se puso en pie la domina, incorporando orgullosa su figura de reina.

—Alzaos —gritó, extendiendo su capa—. ¡Alzaos y venid a mí!

—¡Eia! *Magna Mater*!

—Yo soy —habló la domina, y su voz era como el viento de las montañas— la belleza de la verde tierra, yo soy la blanca luna entre miles de estrellas, yo soy el agua secreta. Venid a mí, puesto que yo soy el espíritu de la naturaleza. Todas las cosas provienen de mí y a mí habrán de volver todas, ante mi rostro, amado de dioses y mortales.

—¡Eiaaaa!

—Yo soy Lilith, yo soy la primera de las primeras, yo soy Astarté, Cibeles, Hécate, yo soy Rigatona, Epona, Rhiannon, la Yegua de la Noche, la amante del viento. Negras son mis alas, los pies míos más rápidos que el viento, mis dedos más dulces que el rocío de la mañana. No conoce el león cuando piso, no conocen mis caminos las bestias de campos y selvas. Puesto que en verdad os digo: yo soy el Secreto, yo soy el Entendimiento y la Ciencia.

Las hogueras crepitaron y lanzaron lenguas de fuego. La multitud se agitó excitada.

—Adoradme en lo profundo de vuestros corazones y en la alegría de vuestras costumbres, ofreced vuestro sacrificio en el acto del amor y del placer, porque tal sacrificio me es grato. Puesto que yo soy la virgen inmaculada y yo soy la amante de

dioses y demonios ardiente de deseo. Y en verdad os digo: como estuve con vosotros al principio, del mismo modo me encontraréis al final.

—¡Escuchad —gritó para terminar el hechicero— las palabras de la Diosa, de aquella cuyos brazos y muslos abrazan el Universo! ¡Quién al Principio separó las Aguas de los Cielos y bailó en ellos! ¡Bailad también vosotros!

—¡Eia! *Magna Mater!*

La domina arrojó con un brusco gesto la capa de sus hombros desnudos. Salió al centro de la pradera con dos acompañantes a ambos lados.

Las tres estuvieron allí, agarradas de las manos, que tenían estiradas hacia atrás, los rostros hacia afuera, las espaldas hacia adentro, del mismo modo en que a veces se representa a las Gracias en la pintura.

—¡*Magna Mater!* ¡Tres veces nueve! ¡Eia!

A las tres se añadieron otras tres brujas y tres hombres, todos, uniendo las manos, formaron un círculo. Ante sus gritos, sus llamadas, se añadieron los siguientes. Todos en la misma posición, los rostros hacia afuera, las espaldas hacia los nueve que eran el centro, formaron otro círculo. Al momento se formó otro, y luego otro y otro, y otro, cada círculo con las espaldas al anterior y, por supuesto, mayor y más numeroso. Si al *nexus* formado por la domina y sus acompañantes lo rodeaba un círculo con no más de treinta personas, en el último círculo, el exterior, había por lo menos trescientas. Renevan y Nicoletta, llevados por la muchedumbre enfebrecida, se encontraron en el penúltimo círculo. La vecina de Reynevan era una de las nobles enmascaradas. Un extraño ser blanco sujetaba la mano de Nicoletta.

—¡Eia!

—¡*Magna Mater!*

Otro grito agudo y una música salvaje que les llegaba de no se sabía dónde dieron la salida: los bailantes se movieron, los círculos comenzaron a girar y agitarse. Los giros —cada vez más rápidos— se llevaban a cabo al contrario, cada círculo giraba en dirección contraria al siguiente. Sólo con verlo daba vueltas la cabeza, la inercia del movimiento, la loca música y los gritos frenéticos completaron la obra. Ante los ojos de Reynevan el sabbat se disolvió en una mancha caleidoscópica, los pies, le dio la sensación, dejaron de tocar la tierra. Perdió la consciencia.

—¡Eiaaaa! ¡Eiaaaa!

—¡Lilith, Astarté, Cibeles!

—¡Hécate!

—¡Eiaaaaa!

No supo cuánto duró. Se despertó en el suelo, entre otros que estaban también tendidos y se iban levantando poco a poco. Nicoletta yacía junto a él: no había soltado su mano.

La música seguía sonando, pero la melodía cambió. Al acompañamiento loco y

monótono del baile giratorio lo sucedió una cadencia sencilla y agradable, a cuyo ritmo los hechiceros, que se estaban alzando, comenzaron a canturrear, bailar y saltar. Al menos algunos y algunas. Otros no se alzaron de la hierba en la que habían caído después del baile. Sin levantarse, se unieron en pares, al menos en su mayoría, porque se daban casos de tríos y cuartetos y hasta de configuraciones aún más numerosas. Reynevan no podía alzar la vista, miraba al tiempo que se pasaba la lengua por los labios sin darse cuenta. Nicoletta —él vio que también su rostro ardía no sólo por el brillo del fuego— tiró de él sin decir palabra. Y cuando Reynevan volvió la cabeza, le reprendió.

—Sé que es el ungiendo... —Se apretó contra su lado—. El ungiendo volador es el que los desboca así. Pero no los mires. Me enfadaré si los miras.

—Nicoletta... —apretó su mano—. Catalina...

—Prefiero ser Nicoletta —lo interrumpió al punto—. Pero a ti... A ti sin embargo preferiría llamarte Reinmar. Cuando te conocí eras, no puedo negarlo, el enamorado Alcasín. Pero al fin y al cabo no lo eras por mí. No digas nada, por favor. Las palabras no son necesarias.

Las llamas de una hoguera cercana estallaron hacia arriba, lanzando hacia el cielo una nube de chispas. Los que bailaban a su alrededor gritaron de felicidad.

—Se han desmandado tanto —murmuró— que no se darán cuenta si nos esfumamos. Y creo que es hora ya de esfumarse...

Ella volvió el rostro, el reflejo del fuego bailó sobre sus mejillas.

—¿Adónde vas con tanta prisa?

Antes de que él hubiera tenido tiempo de librarse de su estupefacción, escuchó que alguien se acercaba.

—Hermana y confráter.

Ante ellos estaba la pelirroja, llevando de la mano a la joven profetisa de rostro de zorro.

—Tenemos un asunto.

—¿Cómo?

—Elisilla, ésta de aquí —sonrió alegre la pelirroja—, por fin se ha decidido a hacerse mujer. Le he explicado que da igual con quién, al fin y al cabo no faltan acá voluntarios. Pero ella se ha puesto cabeza como una cabra. En plata: sólo él y él. O sea, tú, Toledo.

La profetisa bajó sus ojos de grandes ojeras. Reynevan tragó saliva.

—Ella —continuó la *bona femina*— se avergüenza y no se atreve a preguntar llanamente. Algo también te teme a ti, hermana, no sea que le arañes los ojos. Y como la noche es corta y sería una pena andar dando vueltas por las ramas, os pregunto sin más: ¿qué pasa con vosotros? ¿Eres para él su *joioza*? ¿Y es él para ti tu *backelor*? ¿Es libre o reclamas tu derecho para con él?

—Éste es mío —respondió Nicoletta breve y sin vacilaciones, produciendo a Reynevan una estupefacción sin límites.

—Todo claro. —La pelirroja asintió con la cabeza—. En fin, Elisilla, si no se tiene lo que se quiere... Vamos, te encontraremos otro. Adiós. ¡Qué os divirtáis!

—Es ese ungiendo. —Nicoletta le apretó el brazo y tenía una voz tal que le hizo temblar—. Es culpa de ese ungiendo. ¿Me perdonarás?

—Porque puede ser —la muchacha no le dejó salir de su asombro— que tuvieras ganas de ella. Ja, cómo que puede, con toda seguridad la tenías, este ungiendo actúa sobre ti de la misma forma que... Sé cómo actúa. Y yo te estorbé, me entrometí. No quería que ella te tuviera. Por pura envidia. Te he quitado algo sin prometerte nada a cambio. Como el perro del hortelano.

—Nicoletta...

—Sentémonos aquí —lo interrumpió, señalando una pequeña gruta en la pendiente de la montaña—. No me he quejado hasta ahora, pero apenas me tengo en pie a consecuencia de todas estas diversiones.

Se sentaron.

—Dios —dijo ella—, cuántas emociones... Y sólo de pensar que entonces, después de la persecución junto al Stobrawa, cuando lo relaté, ninguna me creyó, ni Elzbieta, ni Anka, ni Kata, ninguna me quiso creer. ¿Y ahora? ¿Cuándo les hable del rapto, del vuelo por el cielo? ¿Del sabbat de las hechiceras? Creo...

Carraspeó.

—Creo que no les voy a contar nada.

—Es lo mejor. —Él afirmó con la cabeza—. Dejando a un lado las cosas increíbles, mi persona no quedaría bien servida en esta historia. ¿Verdad? De lo ridículo a lo horrible. Y lo criminal. De idiota me convertí en ladrón...

—Pero no de propia voluntad —lo interrumpió ella al instante—. Y no a consecuencia de las propias acciones. ¿Quién lo ha de saber mejor que yo? Yo fui quien siguió en Ziebice a tus camaradas. Y les revelé que te iban a meter prisionero en Stolz. Me imagino lo que pasó después y sé que todo fue culpa mía.

—No es tan sencillo.

Estuvieron sentados en silencio durante algún tiempo, mirando al fuego y a las siluetas que bailaban a su alrededor, escuchando los cánticos.

—¿Reinmar?

—Dime.

—¿Qué quiere decir Toledo? ¿Por qué ellas te llaman así?

—En Toledo, en Castilla —le explicó—, hay una famosa academia de magia. Se ha convertido en costumbre, al menos en algunos círculos, el llamar así a quienes han estudiado los arcanos de la nigromancia en las universidades, a diferencia de aquéllos que poseen los poderes mágicos de nacimiento y cuyo saber se transmite de

generación en generación.

—¿Y tú has estudiado?

—En Praga. Pero más bien poco tiempo y por encima.

—Fue suficiente. —Con una leve vacilación tocó su mano, luego la aferró con más decisión—. Se ve que fuiste estudioso. No me ha dado tiempo a agradecerte. Con un valor admirable y ayuda de tus habilidades me liberaste, me salvaste... de la desgracia. Antes de aquello solamente me dabas pena, estaba fascinada por tu historia, que parecía provenir directamente de las páginas de Chrétien de Troyes o de Hartmann von Aue. Ahora te admiro. Eres valiente y sabio, mi Celeste Caballero de la Banqueta de Roble Voladora. Quiero que seas mi caballero, mi mágico Toledo. Mío y sólo mío. Por eso precisamente, por egoísta y codiciosa envidia, no quise darte a esa muchacha. No quise cederte ni por un instante.

—Tú —balbució él, azorado— me has salvado a mí muchas más veces. Yo soy tu deudor. Y tampoco te lo he agradecido. Al menos no como se ha de hacer. Porque me juré a mí mismo que cuando te encontrara caería de rodillas a tus pies...

—Dame las gracias. —Se apretó contra él—. Como ha de hacerse. Y cae de rodillas a mis pies. Soñé que caías a mis pies.

—Nicoletta...

—No así. De otro modo.

Se levantó. Unas risas y unos locos cantos les alcanzaron desde las hogueras.

*Veni, veni, venias,
¡Ne me mori, ne me mori facías!
¡Hyrca Hyrca!
¡Nazaza!
¡Trillirivos! ¡Trillirivos! ¡Trillirivos!*

Comenzó a desnudarse, pausadamente, sin prisa, sin bajar los ojos, que ardían en la oscuridad. Se desató el cinturón adornado con plata. Se quitó el *cotehardie* hendido a los lados, de estrecha lana, bajo el que tenía sólo una finísima *chemise* blanca. Con la *chemise* vaciló un segundo. La señal era bien legible. Él se acercó lentamente, la acarició delicadamente. Reconoció la camisa al tacto, estaba hecha de una tela flamenca llamada con el nombre de su descubridor, Batista de Cambrai. El hallazgo de don Batista había tenido gran influencia en el desarrollo de la industria textil. Y en el del sexo.

*Pulchra tibi facies
Oculorum acies*

Capillorum series
¡O quam clara species!
¡Nazaza^[214]!

Con cuidado la ayudó, con aún mayor cuidado y aún mayor delicadeza venció su resistencia involuntaria, su mudo miedo instintivo.

En el momento en el que el hallazgo de don Batista se encontró en la tierra, sobre los otros vestidos, él suspiró, pero Nicoletta no le permitió recrearse largo tiempo con la vista. Se apretó fuertemente contra él, abrazándolo y buscando sus labios. Él obedeció. Y comenzó a admirar con el tacto lo que había sido privado a sus ojos. A ofrecer su homenaje con temblorosos dedos y temblorosas manos.

Se arrodilló. Le cayó a los pies. Ofreció su homenaje. Como Perceval ante el Grial.

Rosa rubicundior,
Lilio candidior,
Omnibus formosior,
¡Semper, semper in te glorior^[215]!

Ella también se arrodilló, lo abrazó con fuerza.
—Perdona —susurró—. Me falta experiencia.

¡Nazaza! ¡Nazaza! ¡Nazaza!

A él no le molestó su falta de experiencia. En absoluto.

Las voces y las risas de los bailarines se alejaron algo, enmudecieron, mientras que en ellos crecía la pasión. Los brazos de Nicoletta temblaban levemente, sintió también el temblor de los muslos que lo rodeaban. Vio cómo le temblaban sus cerrados párpados y su labio inferior, que tenía mordido.

Cuando ella por fin le permitió, él se alzó. Y la admiró. El óvalo del rostro como pintada por Robert Campin, el cuello como las madonnas de Parler. Y por debajo, modesta y azorada *nuditatis virtualis*, unos pequeños pechos redondos con pezones endurecidos por el deseo. Un fino talle, unas finas caderas. Un vientre plano. Unos muslos vergonzosamente encogidos, llenos, hermosos, dignos de los complementos más rebuscados. Complementos y alabanzas que hervían en la cabeza del febril Reynevan. Era, al fin y al cabo, erudito, trovador, amante —según él mismo— al menos como Tristán, Lancelot, Paolo da Rimini, Guillermo de Cabestaing. Él podía

—y quería— decirle que era *lilio candidior*, más blanca que la lila, y *ómnibus formosior*, la más hermosa de todas. Podía —y quería— decirle que era *pulchra inter mulieres*^[216]. Podía —y quería— decirle que es *forma pulchemma Dido, deas supereminet omnis*^[217], la *regina savorosa*^[218], *Iseult la Monde, Beatrice, Blancheflor, Helena*, Venus generosa, *herzeliebez frowelin*^[219], *lieta come bella*^[220], la *regina* del cielo. Todo aquello podía —y quería— decirle. Y sin embargo no era capaz de empujar palabra alguna a través de su garganta.

Ella se dio cuenta. Lo supo. ¿Cómo podía no darse cuenta y no saberlo? Puesto que a sólo ojos de Reynevan, embotado de felicidad, era una muchacha, una doncella que se estremecía, se apretaba contra él, se mordía el labio inferior en un doloroso éxtasis. Para cualquier hombre sabio —si hubiera habido uno así por los alrededores—, la cosa habría estado muy clara: no era una asustada e inexperta jovencita, era una diosa que aceptaba con orgullo el homenaje que le estaba reservado. Y las diosas todo lo saben y de todo se dan cuenta.

Y no esperan homenajes en forma de palabras.

Lo atrajo hacia sí. Volvió a comenzar el ritual. El rito eterno.

¡Nazaza! ¡Nazaza! ¡Nazaza!
¡Trillirivos!

Antes, en la pradera, las palabras de la domina no habían llegado del todo a él, la voz que era como el viento de las montañas se perdía sin embargo en los rumores de la muchedumbre, se hundía entre los gritos, cantos, músicas, entre el crepitar de las hogueras. Ahora, embargado por la delicada locura del amor realizado, las palabras regresaban sonoras, claras. Penetrantes. Las escuchó por encima del rumor de la sangre en sus oídos. ¿Pero las entendía del todo?

Yo soy la belleza de la verde tierra, yo soy Lilith, yo soy la primera de las primeras, yo soy Astarté, Cibeles, Hécate, yo soy Rigatona, Epona, Rhiannon, la Yegua de la Noche, la amante del viento.

Adoradme en lo profundo de vuestros corazones y en la alegría de vuestras costumbres, ofreced vuestro sacrificio en el acto del amor y del placer, porque tal sacrificio me es grato.

Puesto que yo soy la virgen inmaculada y yo soy la amante de dioses y demonios, ardiente de deseo. Y en verdad os digo: como estuve con vosotros al principio, del mismo modo me encontraréis al final.

La hallaron al final. Los dos.

Las hogueras lanzaban al cielo locas explosiones de chispas.

—Perdóname —dijo él, mirando su espalda—. Por lo que ha sucedido. No

debiera... Perdóname.

—¿Cómo? —Ella volvió la cabeza—. ¿Qué es lo que tengo que perdonarte?

—Lo que ha sucedido. He sido un irresponsable... Me he dejado llevar. Me he comportado incorrectamente...

—¿Acaso he de entender —ella lo interrumpió— que lo lamentas? ¿Es lo que querías decir?

—Sí... ¡No! No, no eso... Pero debiera... Debiera haberme contenido... Debiera haber sido más juicioso...

—Lo lamentas entonces. —Ella lo interrumpió de nuevo—. Te acusas a ti mismo, tienes un sentimiento de culpa. Piensas, llevado por los remordimientos, que se ha causado un daño. En pocas palabras: darías mucho para que lo que ha pasado no hubiera pasado. Para que yo no hubiera pasado.

—Escucha...

—Y yo... —No quería escucharle—. Yo, y pensar tan sólo... que yo estaba dispuesta a ir contigo. Ahora, en cuanto me levantara. Adondequiera que fueses. Al fin del mundo. Sólo por estar contigo.

—El señor Biberstein... —balbuceó, bajando la vista—. Tu padre...

—Por supuesto. —También esta vez lo interrumpió—. Mi padre. Enviaré alguien a perseguirte. Y dos persecuciones son demasiado para ti.

—Nicoletta... No me entiendes.

—Te equivocas. Te entiendo.

—Nicoletta...

—No digas más. Duérmete. ¡Duerme!

Ella tocó sus labios con la mano, con un movimiento tan rápido que desafiaba a la vista. Se estremeció. Y sin saber cómo, se encontró de nuevo en la parte fría de la colina.

Durmió, le había parecido, sólo un instante. Y sin embargo, cuando se despertó, ya no estaba ella junto a él.

—Por supuesto —dijo el silfo—. Por supuesto que la recuerdo. Pero lo siento. No la he visto.

La hamadriada que lo acompañaba se puso de puntillas y le susurró algo al oído, después de lo cual se escondió a su espalda.

—Es un poco vergonzosa —explicó, acariciando sus rígidos cabellos—. Pero puede ayudar. Ven con nosotros.

Bajaron la montaña. El silfo canturreaba en voz baja. La hamadriada olía a resina y a húmeda corteza de álamo. La noche de Mabon se acercaba a su final. Llegaba el alba, pesado y cargado por la niebla.

En un grupo de los escasos asistentes al sabbat que todavía quedaban en Grochowa discutiendo, encontraron al ser de género femenino, el de ojos brillantes

como fósforo y piel verde y de perfume de membrillo.

—Ciertamente. —Membrillo afirmó con la cabeza cuando le preguntaron—. Vi a esa muchacha. Se fue en dirección a Frankenstein con un grupo de mujeres. Hace algún tiempo.

—Espera. —El silfo agarró a Reynevan por el brazo—. ¡Sin prisas! Y no por ahí. Por ese lado rodea la montaña el bosque Budzowski, te perderás en él tan cierto como que dos y dos son cuatro. Te guiaremos. Al fin y al cabo también nosotros tenemos que ir en esa dirección. Tenemos allí cierto negocio.

—Voy con vosotros —dijo Membrillo—. Os mostraré por dónde se fue la muchacha.

—Gracias —dijo Reynevan—. Os estoy muy agradecido. No nos conocemos... Y sin embargo me ayudáis...

—Acostumbramos a ayudarnos los unos a los otros. —Membrillo se dio la vuelta, lo atravesó con su mirada fosforescente—. Formabais una hermosa pareja. Y han quedado tan pocos de nosotros. Si no nos ayudamos los unos a los otros, nos extinguiremos del todo.

—Gracias.

—Pero yo —Membrillo arrastró las palabras— no estaba hablando de ti para nada.

Entraron en una garganta abierta por un arroyo seco, rodeado de sauces. Se escucharon unas maldiciones que provenían de la niebla por delante de ellos. Y al poco vieron a una mujer que estaba sentada en una peña musgosa y que estaba sacando unas piedrecillas de sus escarpines. Reynevan la reconoció al punto. Era la fornida molinera que aún portaba huellas de harina, otra de las participantes en el debate del barrilete de sidra.

—¿La moza? —reflexionó, cuando le preguntaron—. ¿La rubia? ¿La dama que estaba contigo, Toledo? Cierto, la vi. Por allá se fue. Hacia Frankenstein. En grupo, varias había. Hace algún tiempo.

—¿Por allí fueron?

—Por allí. Sus, sus, esperadme. Voy con vosotros.

—¿Porque tienes allí cierto negocio?

—No. Porque vivo allí.

La molinera no se encontraba, por decirlo delicadamente, en su mejor momento. Caminaba pesadamente, tropezando, murmurando y medio arrastrando los pies. Se detenía para arreglarse la ropa demasiado a menudo, de una forma desesperante. No se sabe cómo se le llenaban constantemente los zapatos de piedrecillas, tenía que sentarse y sacarlos, y lo hacía tan despacio que ponía nervioso. A la tercera vez, Reynevan estaba dispuesto hasta a llevar a la mujer a hombros sólo para poder ir más deprisa.

—¿Y no podemos un poquito más deprisa, comadre? —preguntó el silfo con voz dulce.

—Tú serás la comadre —le contestó agria la molinera—. Ya termino. Sólo un... momento...

Se quedó inmóvil con el zapato en la mano. Alzó la cabeza. Aguzó el oído.

—¿Qué pasa? —preguntó Membrillo—. ¿Qué...?

—Silencio. —El silfo alzó la mano—. Escucho algo. Algo... Algo viene...

De pronto tembló la tierra, sonó ruido de cascos. Unos caballos surgieron de la niebla, toda una manada, de pronto todo a su alrededor se llenó de cascos que golpeaban y arañaban la tierra, de crines y colas agitándose, de dientes en morros espumeantes, de ojos enloquecidos. Apenas les dio tiempo de saltar detrás de las piedras. Los caballos cruzaron en un galope salvaje, desaparecieron tan rápido como habían aparecido. Sólo la tierra seguía temblando por el golpeteo de los cascos.

Antes de que les diera tiempo a calmarse, otro caballo surgió de la niebla. Pero a diferencia de los anteriores, éste llevaba un jinete. Un jinete con armadura completa, con capa negra. La capa, desplegada por el galope sobre los hombros, parecía las alas de un espectro.

—¡*Adsumus Adsuuumuus!*

El jinete tiró de las riendas, el caballo se alzó sobre las patas traseras, barrió el aire con las patas delanteras, relinchó. El jinete tomó la espada y se lanzó contra ellos.

Membrillo lanzó un grito agudo y antes de que se apagara el grito se disolvió —sí, ésa era la palabra justa—, se disolvió en un millón de mariposas nocturnas que volaron por el aire en una nube, desaparecieron. La hamadriada se clavó sin ruido en la tierra, en un abrir y cerrar de ojos se hizo más fina, se cubrió de corteza y hojas. La molinera y el silfo, que al parecer no tenían a mano parecidos trucos, simplemente echaron a correr. Reynevan, se entiende, también los siguió. Tan deprisa que los superó. Hasta aquí me han encontrado, pensaba febril. Hasta aquí me han encontrado.

—¡*Adsumus!*

Al pasar, el caballero negro dio un golpe de espada a la hamadriada transformada en árbol, el arbolillo lanzó un horrible grito, vertió un fluido. La molinera miró hacia atrás, a su propia perdición. El caballero la derribó con el caballo, cuando aquélla intentó levantarse, se inclinó en la silla y le asestó un tajo, de tal modo que los huesos del cráneo crujieron. La hechicera cayó, retorciéndose y gritando entre las secas hierbas.

El silfo y Reynevan corrían lo que daban sus piernas, pero no tenían ni una oportunidad contra un caballo al galope. El jinete los alcanzó rápidamente. Se separaron, el silfo corrió a la derecha, Reynevan a la izquierda. El jinete galopó detrás del silfo. Al poco se alzó un grito por encima de la niebla. Un grito que atestiguaba

que al silfo no le había sido dado esperar a los cambios y a los husitas de Bohemia.

Reynevan corría a lo loco, jadeando y sin mirar atrás. La niebla ahogaba los ruidos, pero seguía escuchando el golpeteo de los cascos y los relinchos detrás de él, o al menos eso le parecía.

Escuchó de pronto golpeteo de cascos y relinchos delante de él. Se quedó quieto, helado de miedo, pero antes de que pudiera hacer nada, surgió de la niebla una yegua de color manzana, que llevaba en la silla a una mujer fornida y no muy alta vestida con un jubón de hombre. La mujer, al verlo, sujetó a la yegua, se retiró de la frente el desordenado flequillo de claros cabellos.

—Doña Dzierzka... —jadeó, asombrado—. Dzierzka de Wirsing...

—¿Mi pariente? —La tratante de caballos no parecía menos asombrada—. ¿Tú? ¿Aquí? ¡Diablos, no te quedes parado! ¡Dame la mano, súbete aquí!

Agarró la mano que se le tendía. Demasiado tarde.

—¡Adsuuumuuus!

Dzierzka saltó de la silla con una gracia y agilidad sorprendentes en alguien de su complexión. Con igual agilidad se descolgó de la espalda una ballesta y se la lanzó a Reynevan. Ella agarró otra que llevaba colgada de la silla.

—¡Al caballo! —gritó, lanzándole un virote y el instrumento para tensar, llamado «pata de cabra»—. ¡Apunta al caballo!

El caballero negro se dirigía hacia ellos con la espada en alto y la capa desplegada a un galope tal que saltaban hacia arriba las briznas de hierba arrancada. Las manos de Reynevan temblaban, los ganchos de la pata de cabra no querían aferrar la cuerda ni los topes en la cureña de la ballesta por nada del mundo. Maldijo desesperado, esto ayudó, los ganchos agarraron, la nuez atrapó la cuerda. La mano temblorosa colocó el virote.

—¡Dispara!

Disparó. Y falló. Porque pese a las órdenes no apuntó al caballo sino al jinete. Vio cómo la punta de la flecha lanzaba chispas al rozarse contra el pecho de acero. Dzierzka lanzó unas horribles blasfemias en alta voz, se sopló los cabellos del ojo, apuntó, apretó la llave. El virote acertó al caballo en el pecho y se clavó hasta el fondo. El caballo chilló, ronqueó, cayó de rodillas y sobre la testa. El caballero negro rodó de la silla, se golpeó, perdiendo el yelmo y la espada. Y comenzó a levantarse.

Dzierzka maldijo de nuevo, ahora les temblaban las manos a ambos, ambos se les resbalaba la pata de cabra, los virotes se salían del canal. Y el caballero negro se levantó, tomó de la silla una enorme maza de armas, se lanzó hacia ellos a paso ligero. Al ver su rostro Reynevan ahogó un grito por el procedimiento de apretar los labios contra la cureña de la ballesta. El rostro del caballero era blanco, plateado incluso, como el de un leproso. Sus ojos, rodeados de una sombra rojo oscuro, eran locos y sin consciencia, en su boca babeante y cubierta de espuma brillaban los

dientes.

—¡*Adsuumuuuus!*

Las cuerdas resonaron, silbaron los virotes. Ambos acertaron, atravesando la armadura con un sonoro chasquido, ambos entraron hasta las plumas, uno por la clavícula, el otro por el pecho. El caballero se tambaleó, osciló violentamente, pero se mantuvo en pie. Para horror de Reynevan se dirigió otra vez hacia ellos, gritando algo ininteligible, escupiendo la sangre que le salía por los labios y agitando la maza de armas. Dzierzka maldijo, retrocedió, intentando en vano recargar la ballesta, al ver que no le daba tiempo saltó atrás ante el golpe, tropezó, cayó, percibió la bola llena de pinchos que volaba hacia ella, se cubrió la cabeza y el rostro con los brazos.

Reynevan gritó, el grito salvó la vida de la mujer. El caballero se volvió hacia él y Reynevan disparó de cerca, apuntando a la tripa. También esta vez el virote entro hasta las plumas, agujereando con un seco chasquido la armadura. La fuerza del golpe fue imponente, la punta debía de haberse clavado bien profunda en los intestinos, pese a ello el caballero tampoco ahora cayó, se tambaleó pero recuperó el equilibrio, se lanzó rápido hacia Reynevan, gritando y alzando la maza de armas para golpear. Reynevan retrocedió, intentando enganchar la cuerda con la pata de cabra. La enganchó, la tensó. Y sólo entonces se dio cuenta de que no tenía más virotes. Dio con un tacón en un montón de tierra, resbaló y se sentó en la tierra, contemplando con horror cómo se acercaba la muerte: pálida como la lepra, de ojos enloquecidos, con la boca llena de sangre y espuma. Se cubrió con la ballesta, sujetándola con las dos manos.

—¡*Adsumus Adsum...!*

Aún medio tendida, medio sentada, Dzierzka de Wirsing apretó la llave de la ballesta y le metió el virote directamente en la nuca. El caballero dejó caer la maza, agitó las manos desmañadamente y se derrumbó como un leño con tanta fuerza que el suelo tembló visiblemente. Cayó cerca de Reynevan. Con una punta de hierro y varias pulgadas de madera de fresno en el cerebro no estaba, extrañamente, muerto del todo. Aún balbuceó durante unos largos instantes, se agitó y arañó la hierba. Al fin quedó inmóvil.

Dzierzka maldecía todo el tiempo, apoyada en sus brazos extendidos. Luego vomitó con brusquedad. Luego se levantó. Recargó la ballesta, puso un virote. Se acercó al caballo del jinete, que ronqueaba todavía, apuntó de cerca. Resonó la cuerda, la testa del caballo golpeó sin fuerza la tierra, las patas traseras se estiraron espasmódicamente.

—Amo a los caballos —dijo, mirando a Reynevan a los ojos—. Mas en este mundo, para sobrevivir hay que sacrificar a veces lo que se ama. Recuérdalo, pariente. Y la próxima vez apunta adonde yo te diga.

Él asintió, se levantó.

—Me has salvado la vida. Y has vengado a tu hermano. Al menos un poco.

—Ellos... estos jinetes... ¿mataron a Peterlin?

—Ellos. ¿No lo sabías? Pero no es hora de charlas, pariente. Hay que huir, antes de que acudan sus camaradas.

—Me han seguido hasta aquí...

—No a ti —le contradijo Dzierzka sin entusiasmo—. A mí. Estaban esperándome emboscados al salir de Bardo, cerca de Potworów. Espantaron a la manada, liquidaron a la escolta, catorce muertos yacen allá, en el camino. Yo estaría entre ellos de no ser... ¡Hablamos demasiado!

Colocó los dedos en la boca, silbó. Al poco golpearon unos cascos contra el suelo, la yegua de color manzana surgió de la niebla al trote. Dzierzka subió a la silla, dejando de nuevo a Reynevan asombrado de la agilidad y gracia casi felina de sus movimientos.

—¿Qué haces ahí parado?

Él agarró su mano, subió detrás de ella, en las ancas de la yegua. La yegua ronqueaba y arañaba con los cascos, torciendo la testa se alejó del cadáver.

—¿Quién era?

—Un demonio —respondió Dzierzka, al tiempo que se quitaba de la frente sus rebeldes cabellos—. Uno de los que habitan las tinieblas. Sólo me interesa saber quién coño me habrá delatado...

—Hashsh'ashin.

—¿Qué?

—Hashsh'ashin —repitió él—. Estaba bajo el influjo de una sustancia obnubilante, herbácea, de origen árabe, llamada hashsh'ish. ¿No has oído hablar del Viejo de la Montaña? ¿De los asesinos de la ciudadela de Alamut? ¿En Jorasán, en Persia?

—Al diablo con tu Jorasán. —Se dio la vuelta en la silla—. Y con tu Persia. Estamos, por si no te has dado cuenta, en Silesia, al pie de la montaña Grochowa, a una milla de Frankenstein. Pero hay mucho de lo que tú, me parece, no te das cuenta. Bajas de la cima de la Grochowa al alba después del equinoccio de otoño. Y bajo el influjo del diablo sabe qué sustancia arábica. Pero debieras de darte cuenta de que nos amenaza la muerte. ¡Así que cierra el pico y agárrate, porque voy a cabalgar en serio!

Dzierzka exageraba. El miedo, como de costumbre, tenía mil ojos. En el camino y en las cunetas cubiertas de malas yerbas sólo había ocho muertos, de los cuales cinco pertenecían a la escolta armada, que se había defendido hasta el final. Cerca de la mitad del cortejo de catorce personas se había salvado por el procedimiento de huir al bosque cercano. De aquéllos sólo había vuelto uno: un joven mozo de cuadra que no había huido demasiado lejos. Y al que ahora, cuando ya el sol estaba más alto,

hallaron entre los arbustos unos caballeros que llegaban por el camino desde Frankenstein.

Los caballeros —su comitiva, junto con escuderos y pajes, constaba de veintiuna personas— cabalgaban en pie de guerra, con las armaduras completas y los gallardetes al viento. La mayor parte de ellos ya había estado en la guerra, la mayoría había visto en su vida más de una. Pese a ello, la mayoría tragó saliva al ver los cuerpos terriblemente destrozados, retorcidos sobre una arena ennegrecida a causa de la sangre. Y ninguno de ellos se burló de la malsana palidez que embargó los rostros de los más jóvenes y menos experimentados ante aquella vista.

El sol se alzó aún más, dispersó la niebla, a su brillo resplandecieron las gotas color rubí que colgaban, como bayas silvestres, en los cardos y estragones. Aquella visión no despertó en ninguno de los caballeros reminiscencias estéticas ni poéticas.

—Cuidado que los han rajado, sus muertos —dijo, escupiendo, Kunad von Neudeck—. Vaya una matanza, eh.

—A golpes de matarife —asintió Wilhem von Kauffung—. Una carnicería.

Surgieron del bosque otros supervivientes, pajes y caballeros. Aunque pálidos y medio inconscientes del miedo, no se habían olvidado de sus obligaciones. Cada uno de ellos llevaba consigo algunos caballos de los que se habían desbocado durante el ataque.

Ramfold von Oppeln, el más anciano de los caballeros, miró desde la altura de su silla al palafrenero, que temblaba de miedo entre los jinetes que le rodeaban.

—¿Quién os atacó? ¡Habla, mozo! Tranquilízate. Sobreviviste. Nada te amenaza ya.

—Dios me salvó... —En los ojos del mozo de cuadra seguía habitando el pánico—. Y la Santa Madre de Bardo...

—Si hay ocasión, da para una misa. Pero ahora habla. ¿Quién os atacó?

—¿Y cómo lo voy a saber? Nos atacaron... Portaban armadura... De yerro... Como vos...

—¡Caballeros! —estalló un grandullón con cara de monje que llevaba un escudo con dos estacas de plata cruzadas sobre campo de gules—. ¡Caballeros atacan a los mercaderes por los caminos! ¡Por los clavos de Cristo, ya es hora de poner punto final a los caballeros de rapiña! ¡Ya es hora de hacer uso de medios radicales! ¡Igual si rueda alguna que otra cabeza en el cadalso se darán por fin cuenta estos señores en sus castillejos!

—Santa tenéis razón —añadió con rostro de piedra Wencel de Hartha—. Santa razón, señor Von Runge.

—¿Y por qué —continuó sus pesquisas Von Oppeln— os atacaron? ¿Acaso llevabais algo de valor?

—Quiá... Como no sean los caballos...

—Los caballos —repitió pensativo De Hartha—. Cosa tentadora, caballos de Skalka. De los establos de doña Dzierzka de Wirsing... Que Dios la...

Se detuvo, tragó saliva, sin poder levantar la vista del destrozado rostro de la mujer que yacía sobre la arena en una postura macabra e innatural.

—Ésa no es ella. —El mozo guiñó los ojos aturridos—. Ésa no es doña Dzierzka. Ésa es la mujer de un palafrenero... Oh, de aquél que allá yace... Ella venía con nosotros desde Klodzko...

—Se equivocaron. —Kauffung afirmó el hecho con frialdad—. Tomaron a la palafrenera por Dzierzka.

—Deben de haberla tomado —confirmó sin entusiasmo el mozo—. Porque...

—¿Por qué?

—Tenía noble aspecto.

—¿Acaso sugerís —Von Oppeln se incorporó en la silla—, acaso sugerís, don Wilhem, que no fue éste un asalto bandoleril? ¿Qué la señora de Wirsing...?

—¿Era el objetivo? Sí. Estoy seguro de ello.

—Era el objetivo —añadió, al ver la mirada interrogante de los otros caballeros—. Era el objetivo, como Nicolás Neumarkt. Como Fabián Pfefferkorn... Como otros que, pese a las prohibiciones mercadeaban con... el extranjero.

—Los culpables son los caballeros de rapiña —dijo tozudo Von Runge—. No pienso dar crédito a tontos cuentos, chismorreos acerca de conspiraciones y demonios nocturnos. Todo esto son y fueron asaltos bandoleriles comunes y corrientes.

—Pudiera bien ser —dijo con una voz fina el joven Enrique Baruth, a quien, para distinguirlo de todos los otros Enriques de la familia, se le llamaba Gorrión—, pudiera bien ser que todos estos crímenes los cometieran los judíos. Para hacerse con sangre cristiana, sabéis, para las hostias. Oh, mirad aquí a este pobre desgraciado. Ni gota de sangre, creo, le ha quedado...

—Y cómo le había de quedar —Wencel de Hartha miró al joven con compasión—, si no tiene ni cabeza...

—¡Pudieran también —introdujo serio Gunter von Bischofsheim— haberlo hecho las brujas de las escobas, las que anoche nos cayeran encima cuando estábamos acampados! ¡Por el gorro de San Antonio! ¡Principia a resolverse poco a poco el enigma! ¡Pues si os dije que entre los diablos estaba Reinmar de Bielau, que lo reconocí! Y cosa cierta es que De Bielau es hechicero, que ocupábase de la magia negra en Olesnica, que hechizaba allá a las mujeres. ¡Aquellos señores pueden confirmarlo!

—Yo de eso nada sé —murmuró, mirando a Benno Ebersbach, Ciervo Krompusch. Ambos habían reconocido a Reynevan entre las brujas que volaban por el cielo la noche anterior, mas preferían no decirlo.

—Cierto, así es. —Ebersbach carraspeó—. Nosotros no solemos andar por

Olesnica. No prestamos oídos a los comadreos...

—No son éstos comadreos —Runge lo miró—, sino hechos. Bielau practicaba los embrujos. Parece ser que mató al mismo su hermano, como Caín, cuando éste sus prácticas infernales descubriera.

—Eso es cosa cierta —lo apoyó Eustaquio von Rochow—. Habló de ello el señor Von Reideburg, el estarosta de Strzelin. Tales noticias le llegaron de Wroclaw. Del obispo. El joven Reinmar de Bielau enloqueció de la práctica de los hechizos, el diablo le revolvió el seso. La mano del diablo lo dirige, al crimen lo empuja. Mató a su propio hermano, mató a don Albrecht Bart de Karczyn, mató al mercader Neumarkt, mató al mercader Hanusz Throst, y hasta le alzó la mano al duque de Ziebice...

—Ciertamente se la alzara —confirmó Gorrión—. Y por ello a la torre lo mandaron. Mas se escapó. Con ayuda del diablo, de seguro.

—Si esto es asunto diabólico —Kunad von Neudeck miró a su alrededor con desasosiego—, vayámonos entonces de aquí presto... Porque todavía algo malo se nos puede pegar...

—¿A nosotros? —Ramfold von Oppeln tocó con la mano en el escudo que llevaba colgado de la silla, un escudo que por encima de un arpón de plata llevaba una lista con una cruz roja—. ¿A nosotros? ¿Con esta señal? ¡Desde que tomáramos la cruz somos cruzados, con la cruzada del obispo Conrado vamos a Bohemia, a combatir herejes, a defender a Dios y la religión! El diablo nada puede contra nosotros. ¡Somos *milites Dei*^[221], milicia angelical!

—Como milicia angélica —advirtió Von Rochow— tenemos no sólo privilegios, sino también deberes.

—¿Qué queréis decir con ello?

—El señor Von Bischofsheim reconoció a Reinmar de Bielau entre los hechiceros que volaban al sabbat. Esto, en cuanto lleguemos a Klodzko, al punto de reunión de la cruzada, hay que denunciarlo al Santo Oficio.

—¿Denunciar? ¡Don Eustaquio! ¡Nosotros somos caballeros!

—En lo tocante a hechiceros y herejes, una denuncia no mancha la honra de caballero.

—¡Siempre la mancha!

—¡No la mancha!

—La mancha —dijo Ramfold von Oppeln—. Mas es necesario denunciarlo. Y se denunciará. Pero sigamos adelante, señores, en marcha, a Klodzko, no vayamos, milicia angélica, a llegar tarde al punto de reunión.

—Sería una vergüenza —confirmó Gorrión con voz fina—. Cuanto más que aquí nada podemos hacer ya. Otros, por lo que veo, se ocuparán del asunto.

Ciertamente, por el camino se iban acercando los soldados del burgrave de

Frankenstein.

—Aquí es. —Dzierzka de Wirsing detuvo al caballo, suspiró con fuerza. Reynevan, que iba pegado a su espalda, sintió el suspiro—. Esto es Frankenstein. El puente sobre el río Budzówka. A la izquierda del camino, el hospicio del Santo Sepulcro, la iglesia de San Jorge y la Narrenturm. A la derecha los molinos y las casetas de los tintoreros. Más allá, al otro lado del puente, la puerta de la ciudad, llamada la puerta de Klodzko. Allí también el castillo ducal, allá la torre del ayuntamiento, la parroquia de Santa Ana. Baja.

—¿Aquí?

—Aquí. No tengo intención de mostrarme en las cercanías de la ciudad. Y tú debieras pensártelo también, pariente.

—Yo tengo que ir.

—Así pensaba. Baja.

—¿Y tú?

—Yo no tengo.

—Me refería que adonde ibas.

Se retiró los cabellos de un soplido. Lo miró. Él comprendió la mirada y no hizo más preguntas.

—Adiós, pariente. Hasta la vista.

—Que sea en mejores tiempos.

Capítulo vigesimosexto

En el que en el lugar de Frankenstein se encuentran muchos antiguos — aunque no necesariamente buenos— conocidos.

Casi en medio de la plaza del mercado, entre la picota y el pozo, había un enorme charco que apestaba a estiércol y a meado de caballo. Se bañaban en él muchos gorriones, a su alrededor estaba sentada una bandada de niños, harapientos, desgreñados y sucios, los cuales se entretenían en remover aquella suciedad, en salpicarse los unos a los otros, en hacer ruido y en echar a navegar barquitos de corcho.

—Sí, Reinmar. —Scharley terminó su sopa, rebañando con su cuchara el culo del tazón—. Tengo que reconocer que tu vuelo nocturno me impresionó. No volabas mal, ciertamente, alguien podría haber dicho: un águila. El rey de los aires. Recuerdas, te lo profeticé entonces, después de la levitación con las brujas del bosque. Que te convertirías en águila. Y te has convertido. Aunque no creo que sin la asistencia de Huon von Sagar, pero en cualquier caso. Lo juro por mi picha, muchacho, me estás haciendo enormes progresos. Sólo que pongas un poco más de esfuerzo y saldrá de ti un Merlín. Y nos construirás aquí en la Silesia un Stonehenge. Uno tan grande que el inglés le cabrá dentro.

Sansón bufó.

—¿Y qué hay de la Biberstein? —siguió al cabo el demérito—. ¿La dejaste segura ante la puerta del castillo paterno?

—Casi. —Reynevan apretó los dientes. Había estado buscando a Nicoletta sin resultado toda la mañana, por todo Frankenstein: miró en las posadas, esperó después de la misa en la iglesia de Santa Ana, echó un vistazo a la puerta de Ziebice y al camino que se dirigía a Stolz, preguntó, vagabundeó por las pañerías de la plaza. Y allí precisamente, en los soportales, había encontrado para su gran alegría y alivio a Scharley y a Sansón.

—Seguro —añadió— que la muchacha está ya en casa.

Ésa era su esperanza, contaba con ello. El castillo de Stolz estaba a menos de una milla de Frankenstein, la ruta que llevaba a Ziebice y Opole era muy concurrida, a Catalina Biberstein le bastaba con decir quién era y le habría prestado asistencia y ayuda cualquier mercader, cualquier monje o cualquier caballero. De modo que Reynevan estaba casi seguro de que la muchacha había llegado ya tranquila a su casa. Le reconcomía sin embargo el que no hubiera sido él quien le hubiera asegurado a ella el regreso. No sólo eso le reconcomía.

—Si no hubiera sido por ti —Sansón Mieles parecía haber leído sus pensamientos—, la doncella no habría salido viva del castillo de Bodak. La salvaste.

—Y puede que a nosotros también. —Scharley lamió la cuchara—. Parece que el viejo Biberstein no ha mandado a ninguna partida y estamos, por si alguno no se ha dado cuenta, muy cerquita del lugar del ataque, bastante más cerca que ayer por la tarde. Si nos prendieran... humm... ¿vendrá la doncella, agradecida por salvarla, en nuestro socorro y le rogará a su padre que deje intactos nuestros miembros?

—Si quiere —advirtió Sansón con sequedad—. Y si llega a tiempo.

Reynevan no dijo nada. Terminó la sopa.

—Vosotros —dijo— también me impresionasteis. En Bodak había cinco *raubrittery* rajabarbas armados. Y disteis cuenta de ellos...

—Estaban borrachos. —Scharley hizo una mueca—. Si no... Pero hechos son hechos: con verdadero asombro contemplé la ventaja guerrera del aquí presente Sansón Mieles. ¡Y si hubieras visto, Reinmar, cómo destrozó la puerta! ¡Ja!, ciertamente, si la reina Eduvigis hubiera tenido a alguien así para ayudarla con la puerta del castillo de Wawel, habría ahora un austria sentado en el trono polaco... Y luego nuestro Sansón persiguió a los truhanes de los filisteos. En pocas palabras: gracias a él estamos los dos vivos.

—Pero Scharley...

—Gracias a ti estamos vivos, so modesto. Punto. Y gracias a él también, has de saber, Reinmar, nos hemos encontrado. En el cruce de caminos, cuando tuvimos que elegir, yo optaba más bien por ir a Bardo, pero Sansón se empeñó que a Frankenstein. Afirmaba que tenía un presentimiento. Acostumbro a burlarme de tales presentimientos, pero en este caso, teniendo que ver con una criatura sobrenatural, venida de otros mundos...

—Hiciste caso —lo cortó Sansón, como era habitual ya, sin prestar atención a su ironía—. Como se ha visto, fue una buena decisión.

—No se puede negar. Eh, Reinmar, cómo me ha alegrado el verte en la plaza mayor de Frankenstein, con el fondo de ese puestecillo de las alpargatas, a la sombra de la torre del ayuntamiento. ¿Te he contado ya cómo...?

—Ya lo has contado.

—... la alegría de verte —el demérito no se dejó interrumpir— ha influido también, lo que quiero comunicarte, en una pequeña corrección de mis planes. Después de tus últimas hazañas, entre éstas sobre todo después del jaleo con Hayn von Czirne, el espectáculo en el torneo de Ziebice y tu elocuencia ante Buko en relación con el alcabalero, me prometí a mí mismo que cuando arribáramos a Hungría, cuando estuvieras seguro, en cuanto llegáramos a Buda, te conduciría al puente del Danubio y te daría de patadas en el culo hasta que cayeras al río. Pero contento y emocionado, hoy, cambio de idea. Al menos de momento. ¡Eh, tabernero! ¡Cerveza! ¡Vivo!

Hubo que esperar, el posadero no se apresuró especialmente. Al principio lo había

confundido la voz y la actitud orgullosa de Scharley, pero no podía dejar de haber visto ya antes, cuando habían pedido la sopa, que los clientes habían realizado un inventario un tanto febril, rebañando scotus y taleros del fondo de las faltriqueras y los bolsillos. En la posada bajo los soportales del ayuntamiento no sobraban los clientes, pero el posadero se valoraba a sí mismo demasiado como para reaccionar con exagerado servilismo ante los gritos de cualquier patán.

Reynevan dio un trago a la cerveza, con los ojos clavados en los harapientos niños que chapoteaban en el amarillo charco, entre la picota y el pozo.

—Los niños son el futuro de la nación. —Scharley captó su mirada—. Nuestro futuro. El cual, en fin, se anuncia poco interesante. En primer lugar, magro. En segundo, apestoso, descuidado y desagradable hasta la náusea.

—Ciertamente —reconoció Sansón—. Pero siempre se puede hacer algo. En lugar de refunfuñar, hay que ocuparse de ellos. Lavarlos. Darles de comer. Educarlos. Y entonces estará el futuro asegurado.

—¿Y quién, en tu opinión, ha de ocuparse de ellos?]

—No yo. —El gigante se encogió de hombros—. A mí no me importa. Yo no tengo futuro en este mundo.

—Cierto. Lo había olvidado. —Scharley echó un pedazo de pan remojado en los restos de la sopa a un perro que andurreaba por allí. El perro estaba tan delgado que parecía un arco. Y no comió el pan sino que se lo tragó como la ballena a Jonás.

—Me pregunto —reflexionó Reynevan— si este chucho ha visto alguna vez un hueso.

—Seguro que sólo —el demérito se encogió de hombros— cuando haya tenido una pata rota. Pero, como bien ha dicho Sansón, a mí no me importa. Yo tampoco tengo futuro aquí, y si lo tengo, entonces se me aparece a mí más jodido que el de estos chiquillos y más triste que el de este can. El país de los magiares me parece a mí más lejano que la Última Thule. No me engaña el momentáneo idilio de esta tranquila ciudad de Frankenstein, la cerveza, la sopa de judías y el pan con sal.

Dentro de nada, seguro que Reynevan conoce a no sé qué doncella y otra vez lo de siempre. Otra vez habrá que salvar el pescuezo, salir huyendo para acabar al final en algún despoblado. O en una desagradable compañía.

—Pero Scharley. —Sansón también le echó pan al perro—. De Opava nos separan como mucho veinte millas. Y de Opava a Hungría todo lo más ochenta. No es tanto.

—Por lo que veo, estudiaste la geografía de las tierras orientales de Europa en ese tu otro mundo.

—He estudiado diversas cosas, pero no se trata de eso. Se trata de pensar positivamente.

—Yo siempre pienso positivamente. —Scharley dio un sorbo de cerveza—. Pocas

veces hay algo que turbe mi optimismo. Y ha de ser algo importante. Algo como, pongamos, la perspectiva de un largo viaje sin tener dinero alguno. El poseer dos caballos, de los cuales uno está reventado, para tres personas. Y el hecho de que uno de nosotros esté herido. ¿Cómo está tu brazo, Sansón?

Ocupado con la cerveza, el gigante no respondió, tan sólo movió la mano vendada demostrando que estaba perfectamente.

—Me alegro. —Scharley miró al cielo—. Un problema menos. Pero otros no desaparecen.

—Desaparecen. Al menos en parte.

—¿Qué es lo que quieres decir con ello, nuestro querido Reinmar?

—Esta vez —Reynevan alzó la cabeza con orgullo— no nos ayudarán tus contactos, sino los míos. Tengo amigos en Frankenstein.

—¿No se tratará por casualidad, me permito preguntar, de alguna casada? ¿Viuda? ¿Una moza en edad de merecer? ¿Una monja? ¿Otra hija de Eva, representante del bello género? —se interesó Scharley con rostro pétreo.

—Es una pésima broma. Y vanos resquemores. Mi amigo es el diácono de la iglesia de la Santa Cruz. Un dominico.

—¡Ja! —Scharley posó con energía su copa sobre el banco—. Si es así, creo que preferiría otra casada. Reinmar querido, ¿no sientes por casualidad un terrible dolor de cabeza? ¿No tienes náuseas ni mareos? ¿No ves doble?

—Lo sé, lo sé —Reynevan agitó la mano—, sé lo que quieres decir. *Domini canes*^[222], perros del Señor, una pena que rabiosos. Siempre al servicio de la Inquisición. Banal, señor mío, banal. Además, has de saber que el diácono del que hablamos tiene una deuda, una deuda muy grande. Peterlin, mi hermano, le ayudó una vez, lo sacó de un tremendo embrollo financiero.

—Y tú por tu parte imaginas que esto significa algo. ¿Cómo se llama el tal diácono?

—¿Qué pasa, conoces a todos?

—Conozco a muchos. ¿Qué nombre tiene?

—Andrzej Kantor.

—Los problemas financieros —dijo el demérito al cabo de un instante de estupefacción— parecen ser hereditarios en esa familia. Oí hablar de Pavel Kantor, al que la mitad de Silesia lo perseguía por deudas y estafas. Y en el Carmelo estaba encerrado conmigo Mateo Kantor, vicario de Dlugoleka. Había perdido a los huesos el ciborio y el incensario. Me da miedo pensar lo que perdería tu diácono.

—Es cosa antigua.

—No me has entendido. Me da miedo pensar qué ha perdido últimamente.

—No te entiendo.

—Oh, Reinmar, Reinmar. ¿Por lo que imagino, has visto ya al tal Kantor?

—Lo he visto, ciertamente. Pero sigo sin...

—¿Cuánto sabe? ¿Qué le has contado?

—Prácticamente nada.

—Ésa es la primera buena noticia. Ahorrémonos pues tanto esta conocencia como la dominicana ayuda. Necesitamos dinero, recolectémoslo pues de otro modo.

—Estoy deseando saber cómo.

—¿No podríamos vender esta copa de excelente trabajo?

—De plata. ¿De dónde la has sacado?

—Paseaba por el mercadillo, contemplaba los tenderetes y de pronto la copa se encontró en mi bolsillo. Oh, qué misterio.

Reynevan suspiró. Sansón echó un vistazo a su jarra, mirando melancólicamente los restos de espuma. Scharley, por su parte, se entretuvo de inmediato en observar a un caballero que en un soportal cercano estaba lanzando la de Dios es mundo contra un judío inclinado en una reverencia. El caballero llevaba un chaperón de color carmín y un rico gambax adornado por delante con un escudo que presentaba una volandera, o sea una piedra de molino.

—Silesia como tal —dijo el demérito— la dejó atrás, en suma, sin llanto. Digo «en suma» porque una cosa me da pena. Los quinientos gúldenes que llevaba el recaudador de impuestos. Si no hubiera sido por las circunstancias, el dinero sería ya nuestro. Me enfurece, lo reconozco, el pensamiento de que se los haya embolsado un patán del tipo de Buko von Krossig, por casualidad y sin merecerlo. ¿Quién sabe, puede que el Reichenbach que ahora mismo anda tratando a los israelitas de perros rabiosos y cerdos? ¿O puede que alguno de aquéllos de los que están allá, junto a la caseta del guarnicionero?

—Es sorprendente la de armados y caballeros que hay hoy aquí.

—Muchos. Y mirad, llegan más...

El demérito se interrumpió al punto y espiró con gran ruido. A través de la puerta de la Cárcel, siguiendo la calleja de los Montes de Plata, estaba entrando a la plaza nada más y nada menos que el *raubritter* Hayn von Czirne.

Scharley, Sansón y Reynevan no esperaron. Se levantaron del banco con intenciones de esfumarse de rondón antes de que los percibieran. Demasiado tarde. Los vio el propio Hayn, los vio Fryczko Nostitz, que iba a su lado, los vio el italiano Vitellozzo Gaetani. A este último, a la vista de Scharley, se le quedó blanca de rabia la jeta que llevaba todavía inflamada y cruzada por una cicatriz reciente. Un segundo más tarde la plaza mayor de la ciudad de Frankenstein se llenó de gritos y ruido de cascos. Pero un instante después Hayn descargó su rabia tan sólo sobre la madera del banco de la posada, haciéndola añicos con su hacha.

—¡Perseguidlos! —gritó a los suyos—. ¡Tras ellos!

—¡Allí! —gritó Gaetani—. ¡Por allí huyen!

Reynevan corría con todas sus fuerzas, siguiendo apenas a Sansón. Scharley iba en cabeza, eligiendo el camino, torciendo hábilmente por callejones cada vez más estrechos y atravesando luego los jardines. La táctica pareció funcionar: al pronto enmudecieron detrás de ellos el golpeteo de los cascos y los gritos de sus perseguidores. Cayeron en la calle de los Baños Bajos, cuyos regueros estaban llenos de espuma de jabón, doblaron hacia la puerta de Ziebice.

Desde la puerta de Ziebice, platicando y balanceándose perezosamente en las sillas, entraron cabalgando los Sterz, y con ellos, Knobelsdorf, Haxt y Rotkirch.

Reynevan se quedó tieso.

—¡Bielau! —gritó Wolfher Sterz—. ¡Te tenemos, hijo de una perra!

Antes de que el grito se extinguiera, Reynevan, Scharley y Sansón ya se las pelaban, jadeando, por los callejones, se abrieron paso saltando por encima de vallas a través de la maleza de los jardines, se enredaron en las sábanas que colgaban para secarse de las cuerdas. Oyendo a la izquierda los gritos de la gente de Hayn y detrás los aullidos de los Sterz, corrieron hacia el norte, en dirección hacia donde comenzaba a repicar en aquel preciso instante la campana de la iglesia de la Santa Cruz, perteneciente a los dominicos.

—¡Señor Reinmar! ¡Aquí! ¡Por aquí!

En una pared se abrió una pequeña puerta, en ella estaba Andrzej Kantor, diácono de los dominicos. Que tenía una gran deuda con los Bielau.

—¡Por aquí, por aquí! ¡Deprisa! ¡No hay tiempo!

Cierto, no lo había. Entraron corriendo en un estrecho corredor que, cuando Kantor cerró la puerta, quedó sumido en la oscuridad y envuelto en un olor de podredumbre. Reynevan derribó con un estruendo indescriptible algún cacharro metálico, Sansón tropezó y se cayó con alboroto. Scharley también cayó sobre algo, porque lanzó una sonora maldición.

—¡Por aquí! —gritó Andrzej Kantor, por delante, de donde surgía una luz borrosa—. ¡Por aquí! ¡Aquí! ¡Aquí!

Reynevan más tropezó que anduvo por unas estrechas escaleras. Salió por fin a la luz del día, a un pequeño patio entre muros cubiertos de parras. Scharley, que iba detrás de él, pisó a un gato, el gato maulló rabioso. Antes de que se extinguiera el maullido surgieron de ambos lado unos cuantos individuos vestidos con negras togas y sombreros de fieltro negro.

Alguien le puso a Reynevan una bolsa en la cabeza, otro le echó una zancadilla. Cayó a tierra. Lo aplastaron, le agarraron las manos. Junto a él sintió y escuchó un forcejeo, escuchó unos gemidos rabiosos, el sonido de golpes y gritos de dolor, lo que atestiguaba que Scharley y Sansón no se estaban dejando atrapar sin lucha.

—¿Acaso el Santo Oficio... —oyó la voz temblorosa de Andrzej Kantor—... ha previsto... por atrapar al hereje... alguna recompensa? ¿Aunque fuera pequeñísima?

El *significavit* del obispo no lo dice, pero yo... yo tengo problemas... Tengo un gran problema financiero... Por eso precisamente...

—El *significavit* es una orden, y no un contrato de comercio —le informó al diácono una voz malvada y ronca—. Y la oportunidad de ayudar a la Santa Inquisición ya es suficiente premio para todo buen católico. ¿No eres buen católico, hermano?

—Kantor... —consiguió decir Reynevan, con la boca llena de polvo y pelos del saco—. ¡Kantoor! ¡Hideputa! ¡Perro de la Iglesia! ¡Qué te den por el c...!

No le dejaron terminar. Le atizaron en la cabeza con algo duro, los ojos le hicieron chiribitas. Le dieron otra vez, el dolor irradió paralizante, los dedos de las manos se le quedaron rígidos de pronto. El que lo había golpeado le atizó de nuevo. Y otra vez. Y otra vez. El dolor obligó a gritar a Reynevan, la sangre le vibraba en los oídos, perdió el sentido.

Despertó en la más completa tiniebla, con la garganta seca como el esparto y la lengua como una esponja. La cabeza latía con un dolor que le ocupaba las sienes, los ojos, hasta los dientes. Respiró hondo y casi se atragantó de lo mucho que apestaba a su alrededor. Se movió, crujió la paja sobre la que estaba tendido.

No muy lejos alguien balbuceaba horriblemente, otro tosía y gemía. Junto a él algo chapoteaba, fluía el agua. Reynevan se lamió los secos labios. Alzó la cabeza y casi gimió de lo mucho que le dolía. Se levantó con cuidado, despacio. Un vistazo le bastó para darse cuenta de que estaba en un gran sótano. En una mazmorra. En el fondo de un profundo pozo de piedra. Y que no estaba solo.

—Te has despertado. —Scharley enunció el hecho. Estaba apenas a unos pasos, de pie, meando con gran ruido en un cubo.

Reynevan abrió la boca, pero no consiguió extraer de ella ni un sonido.

—Está bien que te hayas despertado. —Scharley se subió los pantalones—. Porque precisamente he de informarte que en lo relativo al puente sobre el Danubio, volvemos a nuestra idea primigenia.

—¿Dónde...? —graznó Reynevan por fin, tragando saliva con dificultad—. Scharley... ¿Dónde... estamos?

—En el santuario de Santa Dymphna.

—¿Dónde?

—En el hospital de los enajenados.

—¡¿Dónde?!

—Pues si te lo estoy diciendo. En la casa de los locos. En la Narrenturm.

Capítulo vigesimoséptimo

En el que Reynevan y Scharley durante bastante tiempo disfrutaban de tranquilidad, atención médica, solicitud espiritual y alimentación regular, así como de la compañía de personas extraordinarias con las que pueden conversar a voluntad de los temas más interesantes. En pocas palabras, tienen lo que se suele tener en una casa de locos.

—Alabado sea Jesucristo. Bienaventurado el nombre de Santa Dymphna.

Los pensionarios de la Torre de los Locos reaccionaron haciendo crujir la paja y emitiendo un murmullo deslavazado, ininteligible. El hermano del Santo Sepulcro jugueteaba con un palo, se golpeaba con él la mano izquierda, que llevaba extendida.

—Vosotros dos —dijo a Reynevan y Scharley— sois nuevos en este nuestro rebaño divino. Y nosotros damos aquí a los nuevos nombres. Y dado que hoy celebramos a los santos mártires Cornelio y Cipriano, entonces uno será Cornelio y el otro Cipriano.

Ni Cornelio ni Cipriano contestaron.

—Yo soy —continuó el monje sin efusión— el mestre del hospital y cuidador de la Torre. Mi nombre es hermano Tranquilus. *Nomen ornen*^[223]. Al menos mientras nadie me provoque.

»Me provoca, habéis de saber, aquél que hace ruido, se retuerce, organiza tumulto y barullo, se ensucia a sí mismo y sus alrededores, usa de palabras feas, blasfema contra Dios y los santos, no reza y estorba a otros en sus rezos. Y en general, quien peca. Y para los pecadores tenemos aquí diversos métodos. El palito de roble. El cubito de agua fría. La jaula de hierro. Y la cadena en la pared. ¿Está claro?

—Sí —respondieron al unísono Cornelio y Cipriano.

—Entonces —el hermano Tranquilus bostezó, miró su palo, de madera de roble, bien pulido y con aspecto de haber sido usado largo tiempo— comencemos la curación. Si a base de oraciones os ganáis la buena voluntad y la instancia de Santa Dymphna, y os abandonan, Dios lo permita, la locura y la demencia, volveréis entonces, curados, al seno sano de la sociedad. Dymphna es por su benevolencia famosa entre los santos, así que tenéis muchas posibilidades. Pero no dejéis de rezar. ¿Está claro?

—Sí.

—Entonces, con Dios.

El hermano del Santo Sepulcro subió por los temblequeantes escalones que salían de la pared y terminaban en algún lugar arriba, delante de una puerta, muy sólida, a juzgar por los sonidos que hacía al abrir y cerrar. El eco, que apenas retumbaba en el pozo de piedra, se apagó, Scharley se levantó.

—Bueno, hermanos en el apuro —dijo, alegre—, hola, quienquiera que seáis. Resulta que habremos de pasar algún tiempo juntos. Aunque sea en prisiones, pero en fin. ¿No debiéramos presentarnos los unos a los otros?

Como una hora antes, sólo le respondió el crujido y chasquido de la paja, unos bufidos, unas maldiciones en voz baja y algunos otros sonidos en su mayor parte bastante improcedentes. Mas tampoco esta vez se dejó Scharley arredrar por ello. Se acercó decidido a uno de los nidos de paja que estaban formados en número de unos diez al pie de los muros de la torre y alrededor de los arruinados pilares y arquerías que dividían el fondo. La luz que caía de arriba atravesando unos ventanucos en lo alto de la torre deshacía la oscuridad sólo en una escasa medida. Pero la vista ya se había acostumbrado y se veía algo.

—¡Buenos días! ¡Me llamo Scharley!

—¡Vete a paseo! —le respondió con un bufido el hombre del nido de paja—. Molesta, loco, a los que te sean iguales. ¡Yo tengo los sesos sanos! ¡Soy normal!

Reynevan abrió la boca, la cerró rápidamente y la abrió de nuevo. Veía pues que quien decía ser normal se ocupaba en manipular enérgicamente sus propios genitales. Scharley carraspeó, se encogió de hombros, continuó adelante, en dirección al siguiente nido. El hombre que yacía en él no se movía, de no contar un leve temblor y unos extraños tirones del rostro.

—¡Buenos días! Me llamo Scharley...

—Bbb... bbuub... ble-bleee... Blee...

—Lo que pensaba. Sigamos, Reinmar. ¡Buenos días! Me llamo...

—¡Quieto! ¿Pero dónde pones el pie, loco? ¿En el dibujo? ¿Es que no tienes ojos?

Sobre el suelo duro como la piedra, entre la paja barrida, se veían, pintadas con tiza, unas figuras geométricas, unos diseños y unas columnas de cifras sobre las que se hallaba doblado un viejecillo que tenía la punta de la cabeza tan calva como un huevo. Diseños, figuras y cifras cubrían también por completo la pared sobre su nido.

—Ah —retrocedió Scharley—. Disculpad. Entiendo. Cómo podría haberlo olvidado: *noli turbare Circulos meos*^[224].

El viejecillo alzó la cabeza, mostró unos dientes ennegrecidos.

—¿Letrado?

—Algo.

—Entonces toma asiento junto al pilar. Junto a ese marcado con la omega.

Tomaron y ocuparon, juntando paja, unos nidos bajo el pilar señalado, marcado con la letra griega. Apenas habían conseguido dar cima a la tarea cuando apareció el hermano Tranquilus, esta vez en compañía de otros monjes vestidos con hábitos con la cruz doble. Los guardianes del sepulcro de Jerusalén trajeron un caldero hirviendo, pero a los pacientes de la torre no se les permitió acercarse con las escudillas hasta que hubieron rezado el *Pater noster*, el *Ave*, el *Credo*, el *Confiteor* y el *Miserere*.

Reynevan aún no sospechaba que aquello sería el principio de un ritual al que iba a tener que asistir durante mucho tiempo. Muchísimo.

—Narrenturm —habló, mirando obtusamente al fondo de la escudilla, a los restos de gachas que habían quedado pegados—. ¿En Frankenstein?

—En Frankenstein —confirmó Scharley, al tiempo que rebuscaba entre los dientes con una paja—. La torre está junto al hospicio de San Jorge, que está dirigido por los hermanos del Santo Sepulcro de Nysa. Fuera de los muros de la ciudad, junto a la puerta de Klodzko.

—Lo sé. Pasé junto a ella. Ayer. Creo que ayer... ¿Cómo hemos venido a parar aquí? ¿Por qué nos han considerado enfermos mentales?

—A todas luces —el demérito se rió con fuerza— alguien sometió a un análisis nuestras últimas hazañas. No, querido Cipriano, sólo bromeaba, no tenemos tanta suerte. Esto no es sólo la Torre de los Locos, también es... provisionalmente... una prisión de la Inquisición. La cárcel de los dominicos locales está en obras. Frankenstein tiene dos prisiones locales, en el ayuntamiento y en la Torre Torcida, pero las dos están llenas. Por eso se mete aquí, en la Narrenturm, a los aprisionados por orden del Santo Oficio.

—Sin embargo, ese Tranquilus —Reynevan no se dio por vencido— nos trata como si no estuviéramos en nuestros cabales.

—Deformación profesional.

—¿Y qué hay de Sansón?

—¿Qué, eh, qué? —se enfadó Scharley—. Lo miraron a la jeta y lo dejaron ir. ¿Ironía, no? Lo dejaron ir por parecer idiota. Y a nosotros nos embotellaron con los grillaos. Dicho honestamente, no tengo nada que reprocharle a nadie, sólo yo soy el culpable. Ellos te buscaban a ti, Cipriano, y a nadie más, sólo de ti hablaba el *significavit*. A mí me metieron porque opuse resistencia, quebré algunas narices, ja, y por algunas patadas que, sin falsa modestia, dieron donde debían dar... Si me hubiera mantenido tranquilo, como Sansón...

—Entre nosotros —terminó al cabo de un instante de pesado silencio—, toda mi esperanza está en él, Sansón. De que invente algo y lo organice. Y deprisa. De otro modo... De otro modo podemos tener problemas.

—¿Con la Inquisición? ¿Y de qué se nos acusa?

—El problema —la voz de Scharley sonaba terriblemente triste— no es de qué se nos acusa. El problema es de qué nos declararemos culpables.

Reynevan no necesitaba explicaciones, sabía de qué se trataba. Lo que habían oído en el establo de los cistercienses significaba la pena de muerte, una muerte precedida de torturas. Nadie debía enterarse de lo que habían estado escuchando. Las miradas significativas con que el demérito señalaba a otros huéspedes de la Torre no necesitaban de explicaciones. También Reynevan sabía que la Inquisición tenía por

costumbre colocar entre los prisioneros a sus espías y provocadores. Scharley, ciertamente, prometió que era capaz de desenmascararlos con rapidez, pero recomendó precaución y vigilancia también con respecto a otros que pudieran parecer decentes. Incluso con aquéllos, decidió, no se deben compartir confidencias. No merecía la pena, concluyó, que éstos supieran algo y tuvieran de qué hablar.

—Puesto que —añadió— un hombre en el potro habla. Habla mucho, habla todo lo que sabe, habla todo lo que puede. Porque mientras que esté hablando, no lo queman a uno.

Reynevan se quedó pálido. Tan evidentemente que hasta Scharley creyó necesario darle ánimos con una amistosa palmada en la espalda.

—Arriba los corazones, Cipriano —lo animó—. Todavía no se han puesto con nosotros.

Reynevan empalideció más aún y Scharley lo dejó correr. No sabía que Reynevan no se mortificaba en absoluto porque en el tormento pudiera contar algo de lo escuchado en el conciliábulo del pajar. Mil veces más le asustaba el pensamiento de que pudiera traicionar a Catalina Biberstein.

Habiendo descansado un tanto, ambos inquilinos del barrio Omega trabaron algunas amistades más. Con diversos resultados. Algunos de los pensionistas de la Narrenturm no querían hablar, otros no podían, porque estaban en un estado que los doctores de la Universidad de Praga denominaban —siguiendo a Salerno— como *dementia* o *debilitas*. Otros eran más charlatanes. Pero incluso éstos tampoco se apresuraban a revelarles sus apelativos, con lo que Reynevan les otorgaba en su mente diversos apodos.

Su vecino más cercano era Tomás Alfa, quien vivía bajo un pilar marcado precisamente con esa letra griega, y había llegado a la Torre de los Locos en el día de Santo Tomás de Aquino, el siete de marzo. No elucidó por qué se encontraba allí y por qué llevaba tanto tiempo, pero a Reynevan, al menos, no le daba la impresión de estar chiflado. Dijo ser inventor, mas Scharley, a partir de los manierismos de su habla, declaró que era un monje huido. El descubrir un agujero en los muros de un monasterio no era razón, dijo, para pretender ser tomado por un verdadero descubridor.

No lejos de Tomás Alfa, debajo de la letra tau y de un letrero arañado en el muro que decía POENITEMINI^[225], vivía el Camaldulense. Éste no podía encubrir su origen clerical, dado que la tonsura aún no estaba cubierta de cabellos. No se sabía más de él, puesto que callaba como un verdadero hermano de Camaldoli. Y como verdadero camaldulense aguantaba sin murmurar y sin palabra de queja el ayuno que era tan frecuente en la Narrenturm.

Del lado contrario, bajo el letrero LIBERA NOS DEUS NOSTER, eran vecinos dos individuos que, irónicamente, también habían sido vecinos en libertad. Ambos

negaban estar locos, ambos se consideraban víctimas de intrigas pérfidamente tejidas. Uno, cronista municipal, que había sido bautizado como Buenaventura por los hermanos del Santo Sepulcro a causa del día de su llegada, le otorgaba la culpa de su encierro a su mujer, quien estaría ahora contenta de poder hacer uso de su amante sin estorbos. Buenaventura había obsequiado a Scharley y Reynevan para empezar con un largo discurso acerca de las mujeres, quienes por su mismo nacimiento y naturaleza eran malvadas, veleidosas, lujuriosas, libertinas, indignas y traidoras. Aquel sermón sumió a Reynevan por largo tiempo en negros recuerdos y aún más negra melancolía.

Al segundo vecino, Reynevan lo llamó para sí el Institor, puesto que de continuo y en alta voz se lamentaba por su *institorium*, es decir, un rico y productivo puesto en el mercado. De la libertad, afirmaba, lo habían privado, denunciándolo, sus propios hijos, para poder hacerse con el puesto y sus provechos. Del mismo modo que Buenaventura, Institor reconocía tener intereses científicos: los dos se ocupaban como aficionados de la astrología y la alquimia. Ambos enmudecían de forma extraña al oír la palabra «Inquisición».

No lejos de los vecinos, bajo una pintada que ponía CULO, tenía su nido otro habitante de Frankenstein, Nicolás Coppirnik, quien no ocultaba su identidad. Era Nicolás un masón de la logia local y astrónomo aficionado, por desgracia persona poco habladora, abstraída y no muy amiga de compadres.

No lejos, junto a la pared, apenas alejado del enclave de los científicos, habitaba el ya conocido Circulos Meos, abreviado, Circulos. Estaba sentado rodeado de paja como un pelícano en su nido, una sensación que potenciaban su liso cráneo y los muchos pelos de su cuello. El que no estaba aún muerto lo probaba su apestoso olor, su brillante calva y su incansable y molesta costumbre de pintar con tiza en la pared o el suelo. Quedó claro que no era él, como Arquímedes, mecánico, los dibujos y figuras tenían otros objetivos. Precisamente por ellos se había metido a Circulos en el manicomio.

Junto al nido de Isaías, hombre joven y apático, quien había recibido su apodo por su continua cita del Libro de los Profetas, había una jaula de hierro que producía temor, y que servía como cárcel. La jaula estaba vacía y Tomás Alfa, que era el que más tiempo llevaba en la torre, no había visto que se hubiera encerrado allí a nadie. El vigilante de la Narrenturm, el hermano Tranquilus, explicó Alfa, era ciertamente tranquilo y muy comprensivo. Por supuesto, mientras que no lo provocara nadie.

Normal, quien seguía ignorando a todos, pronto llegó a «provocar» al hermano Tranquilus. Durante una oración mañanera, Normal se dedicaba a su actividad preferida: jugar con su miembro. La cosa no escapó a los ojos de halcón del hermano del Santo Sepulcro y Normal recibió una buena tunda con el palo de roble, el cual, se vio, no llevaba el hermano Tranquilus para alardear.

Fueron pasando los días, marcados por el aburrido ritmo de las comidas y los rezos. Pasaron las noches. Estas últimas eran terribles, tanto a causa del frío insoportable como de los ronquidos corales y tremendos de los pensionados. Era más fácil soportar los días. Al menos se podía hablar.

—Por maldad y envidia. —Circulos meneó su buche y guiñó sus ojos legañosos—. Estoy aquí a causa de la maldad humana y de la envidia de los colegas fracasados. Me odiaban porque conseguí lo que a ellos no les fue dado alcanzar.

—¿Y que era...? —se interesó Scharley.

—Y que voy yo —Circulos se limpió en el manto los dedos manchados de tiza—, y que voy yo a aclararsus, profanos. Si no lo vais a entender.

—Intentadlo.

—En fin, si es vuestra voluntad... —Circulos carraspeó, se hurgó la nariz, se rascó un talón con el otro—. Conseguí realizar algo que no es cosa de poca monta. Calculé la fecha precisa del fin del mundo.

—¿El año de mil cuatrocientos veinte? —preguntó Scharley al cabo de un cortés silencio—. ¿El mes de febrero, el lunes después de Santa Escolástica? No me parece especialmente original.

—Me insultáis. —Circulos infló el resto de su barriga—. No soy un endiablado milenarista, ni ningún místico ignorante, no repito las tonterías de los chiliastas. Yo he investigado las cosas *sine ira et studio*, basándome en fuentes científicas y cálculos matemáticos. ¿Conocéis las Revelaciones de San Juan?

—Por encima, pero las conozco.

—El carnero abrió los siete sellos, ¿verdad? Y Juan vio a siete ángeles, ¿verdad?

—Completamente.

—Y los escogidos y señalados era ciento cuarenta y cuatro mil, ¿verdad? Y los ancianos, veinticuatro, ¿verdad? Y a dos testigos les dieron el poder de la profecía durante mil doscientos sesenta días, ¿verdad? De modo que si se suma todo esto, y se multiplica la suma por ocho, el número de letras en la palabra Apollyon, se calcula... Ah, qué sus voy a explicar, si no lo vais a entender. El fin del mundo llegará en julio. Más exactamente el seis de julio, *in octava Apostolorum Petri et Pauli*^[226]. En viernes. Por la tarde.

—¿De qué año?

—Del presente, el año santo. Mil cuatrocientos veinticinco.

—Sí... —Scharley se acarició la barba—. Hay sin embargo, sabedlo, cierta pequeña complicación...

—¿Cuál?

—Que estamos en septiembre.

—Eso no significa nada.

—Y es por la tarde.

Circulo se encogió de hombros, tras lo que volvió la cabeza y se metió ostentosamente en la paja.

—Sabía —refunfuñó— que no se debe hablar con ignorantes. Adiós.

Nicolás Coppirnik, el masón de Frankenstein, no era charlatán, pero su rudeza y aspereza no afectaban a Scharley ni a su deseo de conversación.

—De modo —el demérito no se resignó— que sois astrónomo. Y que os han metido en el trullo. En fin, se confirma que mirar demasiado fijamente al cielo no merece la pena y no es digno de un buen católico. Pero a mí, vuesa merced, me sale otra cuenta. La conjunción de la astronomía y la prisión sólo puede significar una cosa: el cuestionamiento de la teoría ptolemaica. ¿Tengo razón?

—¿Razón en qué? —respondió Coppirnik con un bufido—. ¿En las conjunciones? La tenéis, ciertamente. Y en el resto aún. Pues pienso que sois de aquéllos que siempre tienen *razón*. Ya he visto antes tales como vos.

—Tales de seguro no —sonrió el demérito—. Mas no importa. Lo que importa es lo que pasa, según vos, con ese Ptolomeo. ¿Qué es lo que está en el centro del universo? ¿La Tierra? ¿El sol?

Coppirnik calló largo rato.

—Pues que esté lo que quiera estar —dijo al fin, amargado—. ¿Y cómo lo voy a saber yo? ¿Soy acaso yo un astrónomo, qué sé yo? Lo retiro todo, reconozco todo lo que quieran. Diré lo que me manden.

—Ajá. —Scharley resplandeció—. ¡De modo que acerté! ¿Chocó la astronomía con la teología? ¿Y os han asustado?

—¿Cómo es eso? —Reynevan se asombró—. La astronomía es ciencia exacta. ¿Qué tiene que ver la teología con ella? Dos y dos son siempre cuatro...

—Yo también lo pensaba —lo interrumpió Coppirnik sombrío—. Mas la realidad es muy distinta.

—No entiendo.

—Reinmar, Reinmar. —Scharley sonrió con compasión—. Ingenuo como un niño. La suma de dos y dos no niega las Escrituras, lo que no se puede decir de las revoluciones de los cuerpos celestes. No se puede probar que la Tierra gira alrededor de un sol inmóvil cuando en las Escrituras está escrito que Josué ordenó al sol quedarse parado. Al sol. No a la Tierra. Por ello...

—Por ello —lo interrumpió el masón, aún más sombrío—, hay que seguir el dictado del instinto de conservación. En lo que se refiere al cielo, el astrolabio y el anteojo pueden equivocarse, la Biblia es infalible. El cielo...

—Él está asentado sobre el globo de la Tierra —tomó la palabra Isaías, a quien el sonido de la palabra Biblia le había hecho salir de la apatía—. Él extiende los cielos como una cortina, tiéndelos como una tienda para morar.

—Mira, mira. —Coppirnik meneó la cabeza—. Un grillao, pero sabe.

—Precisamente.

—¿Qué, precisamente? —Coppirnik alzó la testa—. ¿Qué precisamente? ¿Tan sabio sois? Yo lo retiro todo. Si me dejan ir, yo afirmo todo lo que quieran. Que la Tierra es plana y su centro geométrico está en Jerusalén. Que el sol gira alrededor del Papa, que es el centro del universo. Todo lo acepto. Al fin y al cabo, ¿no tendrán ellos razón? Pardiez, su institución existe ya desde hace mil quinientos años. Aunque no sea más que por eso, no pueden equivocarse.

—¿Y desde cuándo las fechas curan la estupidez? —Scharley entrecerró los ojos.

—¡Al diablo con vosotros! —se enfureció el masón—. ¡Id vos mismo al tormento y la hoguera! ¡Yo lo retiro todo! ¡Yo digo: y sin embargo NO se mueve, *eppur NON si muove*^[227]!

»Y qué voy a saber yo al fin y al cabo —dijo con voz amarga al cabo de un instante de silencio—. ¿Qué clase de astrónomo soy yo? Soy hombre sencillo.

—No lo creáis, don Scharley —habló Buenaventura, que se acababa de despertar de la siesta—. Ahora dice eso porque le entró canguelo de la hoguera. Pero qué clase de astrónomo sea, en Frankenstein lo saben todos, porque cada noche se sube al tejado con el astrolabio y cuenta estrellas. Y no es el único de la familia, no, todos en su casa poseen mucho conocimiento de los astros, los Coppirnik. Incluso el más joven, el pequeño Nicolás, cuánto no se rieron los vecinos de que su primera palabra fuera «mama», la segunda «papa» y la tercera «heliocintrismo».

Cuanto más pronto oscurecía, cuanto más frío iba haciendo, tanto más se iba incrementando la cifra de pensionarios que se reunían para discutir y disputar. Se platicaba, platicaba, platicaba. Primero juntos, luego cada uno por su cuenta.

—Me echarán a perder mi *institorium*. Todo lo malgastarán, lo mandarán al cuerno, lo dilapidarán. Me arruinarán mi negocio. ¡La juventud de hoy en día!

—Todas las hembras, hasta la última, putas. De pensamiento o de obra.

—Llegará el Apocalipsis, nada quedará. Nada de nada. Mas qué voy yo a explicarsus, profanos.

—Y yo os digo que vendrán antes a por nosotros. Llegará el inquisidor. Nos darán tormento y nos quemarán luego. Y bien se nos está, por pecadores, que a Dios hemos enojado.

—Por tanto, como la lengua del fuego consume las aristas, y la llama devora la paja, así será su raíz como pudrimiento, y su flor se desvanecerá como polvo: porque desecharon la ley de Jehová de los ejércitos...

—¿Oís? Grillao, pero sabe.

—Precisamente.

—El problema es —dijo Coppirnik pensativo— que hemos pensado en demasía.

—O, cierto, cierto —confirmó Tomás Alfa—. No será fácil escapar del castigo.

—... Y serán amontonados como se amontonan encarcelados en mazmorra, y en

prisión quedarán encerrados, y serán visitados después de muchos días...

—¿Oísteis? Grillao, pero sabe.

Junto al muro, alejados, balbuceaban y deliraban los afectados de *dementia* y *debilitas*. No lejos de ellos, en su nido, Normal le daba al manubrio, jadeando y gimiendo.

En octubre vinieron aún mayores fríos. Entonces, el día dieciséis —se podían orientar con las fechas gracias al calendario que Scharley había pintado en la pared con una tiza robada a Circulos— llegó un conocido suyo a la Narrenturm.

Al conocido no lo trajeron a la torre los hermanos del Santo Sepulcro, sino unos soldados con cotas de malla y jubones calados. Ofreció resistencia, así que le dieron varios golpes en el pescuezo y lo tiraron por las escaleras. Tropezó y se estampó contra el suelo. Los pensionarios, entre ellos Reynevan y Scharley, observaron cómo estaba tendido. Cómo se acercaba a él el hermano Tranquilus con su palo.

—Hoy es —dijo, después de haber saludado como de costumbre con el nombre de Santa Dymphna, patrona y defensora de los enfermos mentales—, hoy es el día de San Galo. Mas como ya tuviéramos aquí Galos y Galos, entonces, para no repetirnos... Hoy también es el día dedicado a San Mumolno. Así que, hermano, te llamarás Mumolno. ¿De acuerdo?

El individuo tumbado en el suelo se incorporó sobre los codos, miró al fraile. Durante un instante pareció que iba a responder con cortas y bien elegidas palabras. Tranquilus también debía de esperarlo, porque alzó el palo y retrocedió un paso para tomar mayor ímpetu. Pero el individuo sólo apretó los dientes y contuvo con ellos todas las cosas no dichas.

—Bueno. —El hermano del Santo Sepulcro asintió—. Entiendo entonces. Con Dios, hermanos.

El individuo tendido se sentó. Reynevan apenas lo había reconocido. No había capa gris, faltaba la hebilla de plata, faltaba el chaperón y la *liripipe*. El ajustado jubón estaba manchado de polvo y cal, rasgado en ambos hombros acolchados.

—Bienvenido.

Urban Horn alzó la cabeza. Tenía los cabellos sucios, un ojo morado, los labios abiertos e inflamados.

—Hola, Reinmar —respondió—. ¿Sabes?, no me asombra nada el encontrarte en la Narrenturm.

—¿Estás entero? ¿Cómo te sientes?

—Estupendamente. Hasta se diría que radiante. Cierta rayo de sol me está dando en el culo. Échale un vistazo y compruébalo. Porque a mí me es difícil.

Se levantó, se masajeó el costado. Se frotó los lomos.

—Me han matado al perro —dijo con voz gélida—. Lo acribillaron. A mi Belcebú. ¿Te acuerdas de Belcebú?

—Lo siento. —Reynevan recordaba perfectamente los dientes del dogo a una pulgada de su rostro. Pero lo sentía de verdad.

—No se lo perdonaré. —Horn apretó los dientes—. Les pasaré cuenta. En cuanto salga de aquí.

—Eso puede ser un problema.

—Lo sé.

Durante la presentación Horn y Scharley se miraron el uno al otro largo rato, frunciendo el ceño y mordiendo el labio. Se veía que se había topado un perillán con otro perillán y un truhán con otro truhán. Se veía tan claramente que ninguno de los perillanes le preguntó al otro por nada en absoluto.

—De modo que —Horn miró alrededor— estamos donde estamos. Frankenstein, hospital de una orden reglada, los guardianes del Sepulcro de Jerusalén. La Narrenturm. La Torre de los Locos.

—No sólo. —Scharley entrecerró los párpados—. Lo que vuesa merced sin duda sabe.

—Su merced lo sabe sin duda —reconoció Horn—. Puesto que lo ha encerrado aquí la Inquisición y un *significavit* del obispo. En fin, se piense lo que se quiera del Santo Oficio, sus prisiones suelen ser decentes, amplias y limpias. Aquí también, por lo que huelo, se acostumbra a vaciar la letrina de vez en cuando y los pensionarios se presentan bastante bien... Se ve que los hermanos del Santo Sepulcro cuidan de su rebaño. ¿Y cómo dan de comer?

—Fatal. Pero con regularidad.

—Eso no está mal. La última loquería que vi fue la Pizzeria, en Florencia, junto a Santa María Nuova. ¡Había que haber visto a aquellos pacientes! Desnutridos, piojosos, peludos, sucios... ¿Y aquí? A vosotros, por lo que veo, ni que fuera la corte... Bueno, puede que no la corte imperial, puede que no la corte en Wawel... Pero ya en Vilnius, os garantizo, podríais aparecer por allí tal y como estáis ahora, no sobresaldríais en absoluto. Sí... Podría, podría haber caído en peor sitio... ¿No habrá entre ellos, espero, locos furiosos? ¿Ni, Dios nos guarde, sodomitas?

—No hay —lo tranquilizó Scharley—. Nos protege Santa Dymphna. Sólo aquéllos, allí. Están tumbados, deliran, juegan con los pajarillos. Nada especial.

—Estupendo. En fin, pasaremos un tiempo juntos. Puede que largo tiempo.

—O puede que más corto del que juzgáis. —El demérito sonrió torvamente—. Nosotros llevamos aquí desde San Cornelio. Y estamos esperando al inquisidor de un día para otro. ¿Quién sabe? Igual hoy.

—Hoy no —afirmó Urban Horn con serenidad—. Y mañana tampoco. La Inquisición tiene en estos momentos otras ocupaciones.

Aunque lo presionaron, Horn sólo les dio explicaciones después de la comida. La cual, para colmo, comió con ganas. Y sin despreciar los restos que no había comido

Reynevan, quien se sentía últimamente indispuerto y falto de apeto.

—Su requeteminencia el obispo Conrado de Wroclaw —aclaró Horn mientras con un dedo recogía del fondo de la escudilla los últimos grumos— atacó a los husitas bohemios. Junto con don Puta de Czastolowice han marchado armados sobre las provincias de Náchod y Trutnov.

—¿Una cruzada?

—No. Una aceifa de rapiña.

—Pero si las dos cosas son lo mismo —sonrió Scharley.

—Vaya —bufó Horn—. Quería preguntar por qué les han encerrado a vuestas mercedes, mas ya no pregunto.

—Y bien hecho. ¿Qué pasa con esa aceifa?

—El pretexto, si es que era necesario un pretexto, fue el presunto asalto de los husitas a un recolector de impuestos, que al parecer tuvo lugar el trece de septiembre. Robaron a lo visto más de mil quinientos gúldenes...

—¿Cuántos?

—Ya lo he dicho: presunto, al parecer, a lo visto. Nadie lo cree. Pero como pretexto le vino bien al obispo. Sin embargo, eligió muy bien el momento. Atacó durante la ausencia de los ejércitos husitas de Hradec Králové. El hetmán de allí, Jan Capek de San fue llamado a Podjested, en la frontera con Lausacia. El obispo, resulta, no tiene malos espías.

—Cierto, de seguro que los tiene. —Scharley ni siquiera pestañeó—. Seguid hablando. ¿Señor Horn? Hablad, no hagáis caso a estos chiflados. Tendréis tiempo de cansaros de verlos.

Urban Horn apartó la vista de Normal, que se dedicaba con entusiasmo a autoviolarse. Y de uno de los idiotas, concentrado en construir un pequeño zigurat de sus propias deposiciones.

—Sí... En qué me había yo... Ajá. El obispo Conrado y don Puta entraron en Bohemia siguiendo la ruta de Lewin y Homole. Arrasaron y saquearon los alrededores de Náchod, Trutnov y Vízmburk, quemaron las aldeas. Robaron, mataron a quien les cayó a mano, campesinos, mujeres, sin diferenciar. Respetaron a los niños que cabían bajo la tripa de un caballo. A algunos.

—¿Y luego?

—Luego...

La hoguera se iba apagando, las llamas ya no se retorcían ni crepitaban, tan sólo se arrastraban por el montón de madera. La madera no se había quemado del todo, por un lado porque era un día lluvioso, por otro porque la habían cortado húmeda, para que el hereje no se quemara demasiado pronto, para que se tostara lentamente y conociera como es debido el sabor de la pena que le esperaba en el infierno. Sin embargo exageraron, no cuidaron de mantener el punto medio, la medida y el

compromiso: la excesiva cantidad de leña mojada produjo que el delincuente no ardiera sino que se asfixiara con el humo muy deprisa. Ni siquiera tuvo tiempo de gritar demasiado. Tampoco se quemó bien: apretado por la cadena contra el poste, el cadáver retuvo en general su forma humana. La carne ensangrentada, no del todo quemada, se mantuvo en muchas partes pegada contra el esqueleto, la piel colgaba como coletas retorcidas y los huesos desnudados aquí y allí estaban más rojos que negros. La cabeza se había asado más bien regularmente, la piel carbonizada se había separado del cráneo. Los dientes, que brillaban blanquecinos dentro de una boca abierta en el último grito antes de la muerte, le daban un aspecto muy macabro al conjunto.

Aquel aspecto, paradójicamente, recompensaba la decepción producida por un tormento demasiado corto y poco martirizador. Producía, para qué decir más, un mejor efecto psicológico. Se había reunido en el lugar del auto da fe a una multitud de checos traídos de las aldeas de los alrededores. La vista de un choscarro informe en una hoguera de seguro que no los hubiese asustado. Sin embargo, reconociendo en el cadáver de abierta boca y no del todo quemado a su hasta hacía poco sacerdote, los bohemios se desesperaron por completo. Los hombres temblaban, cubriendo los ojos, las mujeres chillaban y se desmayaban, los niños lloraban como locos.

Conrado de Olesnica, obispo de Wroclaw, se enderezó en la silla, orgullosa y enérgicamente, la armadura chirrió. Al principio tenía intención de echar un discurso delante de los prisioneros, un sermón que debía dejar claro a la muchedumbre todo el mal de la herejía y advertirlos de la severa pena que les esperaba a los que se desviaban de la fe. Sin embargo renunció a ello, tan sólo miró, con los labios apretados. ¿Para qué iba a cansarse la lengua? De todas formas aquel populacho eslavo apenas entendía el alemán. Y del castigo por herejía mejor y más gráficamente que cualquier sermón hablaba aquel cuerpo quemado en el palo. Los cadáveres mutilados y destrozados hasta hacerlos irreconocibles, acumulados en montones en mitad de un rastrojo. El fuego que devoraba los tejados de las casas. Las columnas de humo que se elevaban al cielo desde otras aldeas incendiadas junto al Metuja. Los horribles gritos de las muchachas que llegaban desde el pajar en el que las habían encerrado para alegrar a los soldados klodzkanos de don Puta de Czastolowice.

Inmerso entre la multitud de bohemios gritaba y se enervaba el padre Miegerlin. Con ayuda de unos soldados y en compañía de algunos dominicanos, el cura cazaba husitas y sus simpatizantes. En la caza lo ayudaba una lista de nombres que a Miegerlin le había dado Birkart Grelenort. Sin embargo, el cura no tenía a Grelenort por un oráculo, ni a su lista por cosa sagrada. Afirmando que reconocía a los heréticos por sus ojos, orejas y la forma general de su rostro, el cura había capturado ya durante toda la empresa a cinco veces más personas que había en la lista. A una parte los habían matado en el acto. Otros iban encadenados.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó, acercándose, el mariscal del obispo, Lorenz von Rohrau—. ¿Excelencia? ¿Qué mandáis hacer con ellos?

—Lo mismo —Conrado de Olesnica lo miró severo— que con los que los precedieron.

Al ver a los ballesteros y soldados que se colocaban y sacaban sus flechas, la multitud de bohemios lanzó un terrible grito. Algunos hombres se separaron de la masa y se lanzaron a la huida, unos jinetes los persiguieron, alcanzaron, los tajaron y finiquitaron a punta de espada. Otros se apretaron, se arrodillaron, cayeron a tierra. Los hombres cubrieron a las mujeres con sus cuerpos, las madres a sus hijos.

Los ballesteros hicieron girar sus cranequines.

En fin, pensó Conrado, en esta multitud de seguro que hay algunos inocentes, incluso algunos buenos católicos. Pero Dios reconocerá a sus ovejas.

Como las reconoció en el Languedoc. En Béziers, en Carcassonne, en Toulouse. En Montségur.

Entraré en la historia como defensor de la verdadera fe, pensó, perseguidor de la herejía, un Simón de Montfort silesio. La posteridad recordará mi nombre con reverencia. Como el del mismo Simón, como el de Schwenckefeld, como el de Bernardo de Gui. Eso, la posteridad. En lo tocante al día de hoy, quizá me valoren por fin en Roma. ¿Puede que por fin eleven a Wroclaw al rango de archidiócesis, y yo me convierta en arzobispo de Silesia y elector del Imperio? ¿No se terminará esta farsa de que formalmente la diócesis es parte de la provincia eclesiástica polaca y pertenece formalmente —como una burla— al metropolitano polaco, el arzobispo de Gniezno? Desde luego que antes se me llevarán los diablos que reconocer a un polaco como superior, vaya una humillación estar por debajo de ese Jastrzebiec. El cual — ¡Dios, cómo puedes dejar que pase esto!— exige desvergonzadamente una visita pastoral. ¡A Wroclaw! ¡Un polaco en Wroclaw! ¡Nunca! ¡*Nimmermehr*^[228]!

Silbaron los primeros virotes, vibraron las cuerdas de las ballestas, de nuevo quienes intentaban escaparse del grupo murieron a punta de espada. Los gritos de los asesinados se elevaban al cielo. Esto, pensó el obispo Conrado mientras controlaba a su asustado rocín, no dejarán de verlo en Roma, esto no pueden no valorarlo. Que aquí, en Silesia, en las fronteras de Europa y de la civilización cristiana, soy yo, Conrado Piasta de Olesnica, quien alza bien alta la cruz. Que soy un verdadero *bellator Christi*^[229], defensor y apóstol del catolicismo. Y a los heréticos y apóstatas: *el flagellum dei*^[230].

A los gritos de los condenados se sumaron de pronto voces que provenían de un camino oculto por la colina, al cabo se acercó con un estampido de cascos un grupo de jinetes que galopaba hacia el este, hacia Lewin. Detrás de los jinetes traqueteaban unos carros, los carreteros gritaban, se levantaban en los pescantes y azuzaban sin piedad a los caballos, intentando obligarlos a un paso más rápido. Detrás de los carros

desfilaban las vacas bramando, detrás de las vacas corría la infantería, gritando en voz muy alta. Él no entendió lo que decían a causa del tumulto. Pero otros lo entendieron. Los soldados que estaban ejecutando a los bohemios se dieron la vuelta y, como un solo hombre, se lanzaron a la huida detrás de los caballos, de los carros, de la infantería que ocupaba ya todo el camino.

—¡Adónde vais! —gritó el obispo—. ¡Quietos! ¿Qué os pasa? ¿Qué sucede?

—¡Husitas! —gritó, deteniendo ante él el caballo, Otto von Borschnitz—. ¡Husitas, duque! ¡Nos atacan los husitas! ¡Los carros de los husitas!

—¡Tonterías! ¡No hay ejércitos suyos en Hradec! ¡Los husitas se han ido a Podjested!

—¡No todos! ¡No todos! ¡Vienen! ¡Nos atacan! ¡Huiiid! ¡Salvad la vida!

—¡Quietos! —gritó, enrojeciendo, Conrado—. ¡Quietos, cobardes! ¡Prestad batalla! ¡A la lucha, hijos de perra!

—¡Sálvate! —gritó, galopando a su lado, Nicolás Zedlitz, el estarosta de Otmuchów—. ¡Husitaaas! ¡Nos atacan! ¡Husitaaas!

—¡Don Puta y don Kolditz ya se han ido! ¡Sálvese el que pueda!

—Quietos... —El obispo intentaba en vano hacerse oír en aquel pandemónium—. ¡Señores caballeros! Cómo que...

El caballo se asustó, se puso a dos patas, Lorenz von Rohrau lo agarró de las riendas y lo controló.

—¡Huyamos! —gritó—. ¡Eminencia! ¡Salvemos la vida!

Por el camino iban viniendo más jinetes, ballesteros y armados, entre estos últimos el obispo reconoció a Sander Bolz, Hermann Eichelborn con la capa de San Juan, a Hanusz Czenebis, Johann Haugwitz, uno de los Schaff, fácil de identificar de lejos por su escudo *palé d'argent et de gueules*^[231]. Detrás de ellos, con los rostros deformados por el espanto, corrían como locos Markwart von Stolberg, Gunter Bischofsheim, Ramfold Oppeln, y Niczko von Runge. Los mismos caballeros que aún ayer se peleaban los unos con los otros en sus ansias guerreras, que estaban dispuestos a atacar no sólo Hradec Králové sino hasta el mismo monte de Tabor. Y que ahora huían llenos de pánico.

—¡Sálvese quien pueda! —gritó, galopando a su lado, Tristram Rachenau—. ¡Viene Ambrós! ¡Ambrós!

—¡Cristo, ten piedad! —balbuceó, corriendo junto al caballo del obispo, el cura Miegerlin—. ¡Cristo, sálvanos!

Un carro con un eje roto y cargado con el botín entorpecía el paso por el camino. Lo empujaron y derribaron, se dispersaron por el barro los cofrecillos, arquetas, barriletes, mantas, alfombras, pellejos, zapatos, el tocino, otros bienes que habían sido saqueados en las aldeas quemadas. Se quedó atorado otro carro, tras él otro, los carreteros saltaron y emprendieron la huida a pie. El camino ya estaba sembrado del

botín que habían reunido los soldados. Al cabo, entre los hatos y paquetes del pillaje distinguió el obispo también escudos, alabardas, hachas, ballestas, hasta armas de fuego. Los soldados, libres del peso, huían a tanta velocidad que alcanzaron a los jinetes y caballeros. Los que no podían seguirles el paso aullaban y gritaban con pánico. Mugían las vacas, balaban las ovejas.

—Más deprisa, más deprisa, excelencia... —lo espoleó Lorenz von Rohrau con voz temblorosa—. Pongámonos a salvo... A salvo... Por lo menos hasta Homolo... Hasta la frontera...

En el centro del camino, en parte enterrado en la tierra, ensuciado por el ganado, cubierto por restos de bollos y fragmentos de las cacerolas rotas, yacía un pabellón con una gran cruz roja. La señal de la cruzada.

Conrado, el obispo de Wroclaw, se mordió el labio. Y picó espuelas. Al este. Hacia Homolo y el paso de Lewin. Sálvese el que pueda. Sólo más deprisa. Más deprisa. Porque viene...

—¡Ambrós! ¡Viene Ambrós!

—Ambrós. —Scharley asintió—. El antaño preboste del Santo Espíritu de Hradec. He oído hablar de él. Estuvo al lado de Zizka hasta su muerte. Es un radical peligroso, un carismático tribuno del pueblo, un verdadero caudillo de masas. Los moderados calixtinos lo temen como al fuego porque Ambrós tiene a los moderados por traidores a los ideales de Hus y la comunión con el cáliz. Y a un gesto suyo se alzan mil mayales taborítas.

—Cierto —confirmó Horn—. Ambrós ya estaba furibundo durante la anterior aceifa episcopal, en el año veintiuno. Entonces, como recordaréis, se terminó con una tregua que con el obispo Conrado firmaron Hynek Krusina y Cenek de Vartenberk. El sacerdote, sediento de sangre, los señaló a los dos como traidores y pactistas, y la turba se lanzó contra ellos con los mayales, apenas tuvieron tiempo de escapar. Ambrós, desde aquel día, no cesa de hablar de venganza... ¿Reinmar? ¿Qué te pasa?

—Nada.

—Tienes aspecto de no estar presente en espíritu —valoró Scharley—. ¿Estás acaso enfermo? No importa. Volvamos a la aceifa del obispo, querido señor Mumolno. ¿Qué es lo que tiene que ver con nosotros?

—El obispo atrapó a algunos husitas —le aclaró Horn—. Al parecer. Es decir, al parecer husitas, porque atraparlos los atrapó. ¿Os he dicho que tiene buenos espías?

—Lo has dicho —asintió Scharley—. De modo que la Inquisición está ocupada sacándoles a los tales prisioneros sus declaraciones. Así que juzgáis que no van a tener tiempo para nosotros.

—No lo juzgo. Lo sé.

La conversación que era inevitable tuvo lugar por la tarde.

—Horn.

—Te escucho, muchacho, con la mayor atención.

—El perro, por mucha pena que dé el animal, ya no lo posees.

—Es difícil no verlo. —Urban Horn entrecerró los ojos.

Reynevan carraspeó con fuerza para llamar la atención a Scharley, quien no muy lejos, estaba jugando con Tomás Alfa a un ajedrez modelado de barro y pan.

—No ves aquí tampoco —continuó— ninguna zanja, ni humores, ni fluidos. En una palabra, nada que pudiera librarte de la necesidad de responder a mi pregunta. La misma que ya te hice en Balbinów, en el establo de mi asesinado hermano. ¿Te acuerdas de lo que te preguntara?

—No suelo tener problemas de memoria.

—Estupendo. Responde a la pregunta que me debes, tampoco te resultará un problema. De modo que escucho. Habla, pero ya.

Urban Horn puso las manos detrás de la nuca, se estiró. Luego miró a Reynevan a los ojos.

—Vaya, vaya —dijo—. Qué duro. Pero ya. Y si no es ya, ¿entonces qué? Partiendo de la base de que no te debo nada, ¿qué, entonces? Si se me deja preguntar.

—Entonces —Reynevan se aseguró con una mirada de que Scharley estaba escuchando— se te puede dar una buena paliza. Y eso antes de que te dé tiempo de decir *credo in Deum patrem omnipotentem*.

Horn guardó silencio algún tiempo, sin cambiar de posición ni apartar las manos que tenía juntas detrás de la nuca.

—Ya te conté —habló por fin— que no me sorprendí de verte aquí. Estaba claro que habías despreciado las advertencias y los consejos del canónigo Beess, tampoco escuchaste los míos y algo así no podía sino terminar mal para ti, es un milagro que aún estés vivo. Pero estás prisionero, muchacho. Si no te habías dado cuenta hasta ahora, date cuenta: estás prisionero en la Torre de los Locos. Y me exiges respuesta a tus preguntas, demandas explicaciones. Deseas conocimiento. ¿Y qué, si se puede saber, pretendes hacer con él? ¿Con qué cuentas? ¿Qué te dejarán salir de aquí para festejar el aniversario del hallazgo de las reliquias del santo Esmaragdo? ¿Qué te liberará la bondad de alguien movido por el remordimiento? No, Reinmar de Bielau. Te espera el inquisidor y el interrogatorio. ¿Y sabes lo que es el *strappado*? ¿Cuánto piensas que vas a aguantar cuanto tiren de tus manos dobladas a la espalda? ¿Cargado antes con un peso de cuarenta libras en los tobillos? ¿Y cuando te pongan antorchas bajo los sobacos? ¿Qué? ¿Cuánto tiempo, en tu opinión, aguantarás antes de que comiences a cantar? Te lo diré: no alcanzarás ni a decir *Verá Sancti Spiritus*^[232].

—¿Por qué mataron a Peterlin? ¿Quién lo mató?

—Eres, muchacho, más cabezón que un carnero. ¿No has entendido lo que te he dicho? No te diré nada que puedas luego cantar en el potro. El juego es demasiado importante, y la apuesta demasiado alta.

—¿Qué juego? —Reynevan se enfadó—. ¿Qué apuesta? ¡Me importa un ochavo vuestro juego! Tus secretos ha mucho ya que dejaron de serlo, la causa que sirves tampoco lo es ya. ¿Piensas que no sé sumar dos y dos? Has de saber, en fin, que me río de ello. Un pito me importan a mí vuestras conspiraciones y peleas religiosas. ¿Me oyes, Horn? No exijo que delates a tus compañeros, que reveles más escondites donde se oculte John Wiclif Anglicus, *doctor evangelicus super omnes evangelistas*. Pero, diablos, tengo que saber por qué y de qué mano murió mi hermano. Y tú me lo vas a decir. ¡Aunque tuviera que exprimírtelo!

—¡Jojó! ¡Mirad al gallito!

—Levántate. Te voy a meter una leche.

Horn se levantó. Con un movimiento rápido y ágil, que recordaba a un zorro.

—Tranquilo —susurró—. Tranquilo, joven señor de Bielau. Sin nervios. La cólera perjudica la belleza. Te vas a poner feo. Y vas a perder tu suerte con las casadas, famosa ya en toda la Silesia.

Echando el cuerpo hacia atrás, Reynevan le dio una patada bajo la rodilla de una forma que había tomado de Scharley. Horn, sorprendido, cayó de rodillas. Pero a partir de entonces, la técnica de Scharley comenzó a fallar. El golpe que se suponía tenía que partirle la nariz a Horn lo evitó con un mínimo pero rápido movimiento, el puño de Reynevan sólo topó con la oreja. Horn dio un amplio y más bien caótico gancho de izquierda con el antebrazo, se levantó con agilidad de zorro, retrocedió.

—Vaya, vaya. —Mostró los dientes en una sonrisa—. ¿Quién se lo habría esperado? Pero si tanto lo deseas, muchacho... A tu servicio.

—Horn. —Scharley, sin darse la vuelta, mató con una reina de pan al caballo de pan de Tomás Alfa—. Estamos en la cárcel, conozco las costumbres, no me meteré. Pero te juro: todo lo que le hagas, yo te lo haré a ti por dos veces. Incluyendo sobre todo las dislocaciones y fracturas.

Sucedió muy rápido. Horn se lanzó como un verdadero zorro, ágil y ligero, como un baile. Reynevan evitó el primer golpe, golpeó a su vez, incluso hasta acertó, pero sólo una vez, el resto de los golpes se estrellaron sin resultado y sin fuerza contra la defensa. Horn sólo golpeó dos veces, muy rápido. Las dos veces con mucha precisión. Reynevan cayó de culo en el suelo.

—Como niños —dijo, moviendo el rey, Tomás Alfa—. Exactamente como niños.

—La torre come al peón —dijo Scharley—. Jaque mate.

Urban Horn estaba de pie junto a Reynevan, tocándose la mejilla y la oreja.

—No quiero volver nunca más a este asunto —dijo con voz fría—. Nunca más. Pero para que no parezca que nos hemos atizado en vano, satisfaré un tanto tu curiosidad y te revelaré algo. Algo que se refiere a tu hermano Peter. Querías saber quién lo mató. No sé quién, pero sé algo. Es más que seguro que a Peter lo mató tu romance con Adela Sterz. Que fue un pretexto, un pretexto maravilloso, casi perfecto,

para enmascarar los verdaderos motivos. No me dirás que no habías caído tú mismo en ello. Porque al parecer sabes sumar dos y dos.

Reynevan se limpió la sangre de la nariz. No respondió. Pasó la lengua por el labio hinchado.

—Reinmar —añadió Horn—. Tienes mal aspecto. ¿No tienes fiebre?

Durante algún tiempo anduvo enfadado. Contra Horn, por causas ya vistas, contra Scharley, porque no había intervenido y no había pegado a Horn. Contra Coppirnik, porque roncaba, contra Buenaventura porque apestaba, contra Circulo, contra el hermano Tranquilus, contra la Narrenturm y el mundo entero. Contra Adela de Sterz porque lo había tratado tan mal a él. Contra Catalina Biberstein porque él la había tratado mal a ella.

Para colmo, se sentía mal. Moqueaba, se estremecía, dormía mal y se despertaba mojado por el sudor y helado de frío.

Lo martirizaban unos sueños en los que sin pausa percibía el olor de Adela, sus polvos, sus maquillajes, su lápiz de labios, su alheña, y todo esto se alternaba con el olor de Catalina, su feminidad, su sudor de doncella, la menta y el cálamo de sus cabellos. Los dedos y manos recordaban el contacto que volvía en sueños. Y también comparaban. Comparaban sin tregua.

Se despertó bañado en sudor. Y en la vigilia se acordó y no dejó de comparar.

Su malhumor lo acrecentaban Scharley y Horn, los cuales habían trabado amistad desde el incidente y compadrearon, se hicieron uña y carne, gustáronse, a todas luces, el perillán al perillán y el truhán al truhán. Sentados en el Omega, los perillanes tenían largas conversaciones. Y había cierto tema que se había como enganchado y que volvía una y otra vez. Incluso si comenzaban por algo completamente distinto, como las posibilidades de escaparse del trullo.

—Quién sabe —dijo Scharley en voz baja, mordisqueando pensativamente la quebrada uña de su pulgar—. Quién sabe, Horn. Puede que tengamos suerte... Tenemos, sabes, cierta esperanza... Alguien al otro lado de los muros...

—¿Quién? —Horn lo miró con ojos sagaces—. ¿Si se puede saber?

—¿Saber? ¿Y para qué? ¿Sabes lo que es el *strappado*? Cuánto piensas que aguantarás cuando te tiren de las...

—Vale, vale, ahórratelo. Oh, me interesaba saber si vuestra esperanza no radicará por casualidad en la amada de Reinmar, Adela de Sterz. La cual tiene ahora, por lo que cuenta el rumor, grande confianza e influencia entre los Piastas de Silesia.

—No. —Scharley lo negó, visiblemente divertido por el gesto rabioso de Reynevan—. En ella precisamente no radica nuestra esperanza. Nuestro querido Reinmar tiene, ciertamente, éxito con el bello género, pero de ello no se extrae provecho alguno, excepto, por supuesto, una más bien corta delectación en la jodienda.

—Sí, sí —Horn aparentó reflexionar—, el mero éxito con las mujeres no basta, hay que tener además suerte. Buena mano, por usar un eufemismo. Entonces se tiene la posibilidad no sólo de alcanzar las cuitas y congojas del amor, sino también algún provecho. Por ejemplo, en una situación como la nuestra. Al cabo no otra sino la doncella amada liberó de sus cadenas a Walgierz Wdaly. Una sarracena enamorada redimió de la esclavitud a Huon de Bordeaux. El gran duque lituano Vitoldo escapó de la mazmorra del castillo de Trakai con ayuda de su amada esposa, la princesa Anna... Joder, Reinmar, de verdad que tienes mala cara...

—... *Ecce enim veritatem dilexisti incerta et occulta sapientiae tuae manifestati mihi. Asperges me hyssopo, et mundabor...* ¡Eh! ¡A ver si voy a tener que apalear a alguien! *Lavabis me...* ¡Hola! ¡No bostecéis! ¡Sí, sí, Coppirnik, eso iba por ti! ¿Y tú, Buenaventura, por qué te rascas contra el muro como un cerdo? ¿Durante la oración? ¡Dignidad, mayor dignidad! ¡Y a quién, me gustaría saber, le huelen tan mal los pies! *Lavabis me et super nivem dealbabor. Auditui meo dábis gaudium*^[233]... Santa Dymphna... ¿Y ahora qué pasa?

—Está enfermo.

A Reynevan le dolía la espalda sobre la que estaba tendido. Se asombró de estar tendido, pues se acababa de arrodillar para rezar. El suelo estaba frío, el frío irradiaba a través de la paja, tenía la sensación de que yacía sobre hielo. Tiritaba de frío, se estremecía, los dientes le castañeteaban de tal modo que le dolían los músculos de las mandíbulas.

—¡Pero señores! ¡Si quema como el horno de Moloch!

Quiso protestar, ¿acaso no veían que tenía frío, que estaba temblando de frío? Quiso pedir que lo cubrieran con algo, pero no consiguió hacer pasar a través de sus dientes temblorosos ni siquiera una sola palabra articulada.

—Sigue tumbado. No te muevas.

A su lado alguien resolló, estalló en tos. Círculos, Círculos es el que tose así, pensó, dándose cuenta con repentino espanto del hecho de que veía al que tosía como una mancha borrosa y sin forma, aunque estaba sólo a dos pasos. Abrió y cerró los ojos. No sirvió de nada. Sintió cómo alguien le limpiaba la frente y el rostro.

—Sigue tumbado tranquilamente —dijo una mancha de hongos en la pared con la voz de Scharley—. Sigue tumbado.

Estaba cubierto, pero no recordaba que lo hubieran cubierto. Ya no temblaba tanto, los dientes no castañeteaban.

—Estás enfermo.

Quiso decir que él sabía mejor, que al fin y al cabo era médico, que había estudiado medicina en Praga y sabía diferenciar una enfermedad de una debilidad y enfriamiento temporal. Para su asombro, de su boca abierta salió, en lugar de una sabia disquisición, tan sólo un horrible chillido. Tosió con fuerza, le dolía la garganta,

le ardía. Hizo un esfuerzo y volvió a toser. Y perdió el conocimiento a causa del esfuerzo.

Deliraba. Y soñaba. Con Adela y Catalina. Tenía en su nariz un olor a polvo, a maquillaje, a menta, a alheña, a cálamo. Los dedos y manos recordaba el contacto, la blandura, la dureza, la suavidad. Cuando cerraba los ojos veía una modesta, avergonzada *nuditas inrtualis*, unos pechos pequeños con pezones endurecidos por el deseo. Un fino talle, unas finas caderas. Un vientre plano. Unos muslos vergonzosamente encogidos...

Ya no sabía cuál de ellas era.

Peleó con la enfermedad durante dos semanas, hasta los Santos. Luego, cuando sanó, se enteró de que la crisis y el empeoramiento habían tendido lugar hacia Simón y Judas Tadeo, como de costumbre, al séptimo día. Se enteró también de que las infusiones y cocimientos que lo habían salvado se las había traído el hermano Tranquilus. Y se las habían hecho beber Scharley y Horn. Quienes habían cuidado de él por turnos.

Capítulo vigesimooctavo

En el que nuestros héroes siguen estando, para usar las palabras del profeta Isaías, sedentes in tenebris, lo que en cristiano quiere decir que continúa la prisión en la Narrenturm. Luego se ejerce presión sobre Reynevan, bien con ayuda de argumentos, bien con uso de instrumentos. Y el diablo sabe dónde habría todo ello acabado de no ser por las amistades hechas durante los estudios.

Las dos semanas que la enfermedad borró de la biografía de Reynevan no habían cambiado demasiado la torre. Oh, hacía aún más frío, lo que en cualquier caso después del día de los Santos no merecía ser tenido por un fenómeno extraño. En el menú comenzó a abundar el arenque, lo que recordaba el Adviento que se iba acercando. En principio, el derecho canónico ordenaba el ayuno tan sólo los cuatro domingos anteriores a la Navidad, pero quienes eran muy piadosos —y los caballeros del Santo Sepulcro lo eran ciertamente— comenzaban antes el ayuno.

En lo que se refiere a otros asuntos, no mucho después de Santa Úrsula a Nicolás Coppirnik le salieron unos forúnculos tan horribles y duraderos que tuvieron que cortárselos en el *medicinarium* del hospital. El astrónomo, después de la operación, pasó unos cuantos días en el hospicio. De la manutención y las comodidades allí encontradas habló luego tan expresivamente que los otros pensionarios de la torre decidieron obtenerlas también. Se desparramaron los harapos y la paja del nido de Coppirnik y se repartieron, para contagiarse. Ciertamente, al poco Institor y Buenaventura se llenaron de llagas y pústulas. Éstas, sin embargo, no alcanzaron el tamaño de los forúnculos de Coppirnik y los hermanos no las consideraron dignas de operación ni de hospitalización.

Scharley, por su parte, consiguió atraer con restos de comida a una gran rata y la domesticó, poniéndole por nombre Martín, en honor, por lo que dijo, del Papa actual. A algunos pensionarios de la Narrenturm les divertía la broma aquélla, otros estaban ofendidos. Tanto con Scharley como con Horn, el cual comentó el bautizo de la rata con la frase *habemus Papam*. Aquel suceso proveyó sin embargo de motivo para un nuevo tema de las pláticas nocturnas, en ese aspecto poco había cambiado en la torre. Cada tarde se sentaban y discutían. A menudo junto al nido de Reynevan, que aún estaba demasiado débil como para levantarse y era alimentado con una sopa de pollo que le traían los hermanos del Santo Sepulcro. De modo que Urban Horn alimentaba a Reynevan, Scharley daba de comer a la rata Martín. Buenaventura se rascaba las llagas, Coppirnik, Institor, Camaldulense e Isaías escuchaban. Tomás Alfa peroraba. Inspirado por la rata, el objeto de la prédica eran los Papas, el papado y las famosas profecías de San Malaquías, arzobispo de Armagh.

—Habréis de reconocer —dijo Tomás Alfa— que esta profecía es bien certera, tan certera que hablar de azar no es posible. Malaquías debió de tener una revelación, el propio Dios debió de haber hablado con él, revelándole la suerte de la cristiandad, incluyendo el nombre de los Papas, desde Celestino II, su contemporáneo, hasta el llamado Pedro el Romano, cuyo pontificado se acabará al parecer con el fin del mundo y de Roma y del papado y de toda la fe cristiana. Y de momento, las profecías de Malaquías se han cumplido hasta la última coma.

—Sólo si se las fuerza —comentó Scharley con voz fría, mientras le iba dando a Martín pedacitos de pan bajo su hociquillo bigotudo—. Del mismo modo se puede uno embutir en unas botas demasiado pequeñas. Lo que pasa es que luego no se puede andar con ellas.

—No decís verdad, de seguro que por ignorancia. Las profecías de Malaquías muestran sin error a todos los Papas vivamente. Tomad por ejemplo los no lejanos aún tiempos del cisma, a aquél al que la profecía denomina «luna cosmediniana», al llamado a sí mismo Benedicto XIII, el no ha mucho fallecido maldito Papa de Aviñón, Pedro de, *nomen omen*, Luna, quien fuera cardenal de Santa María en Cosmedin. Tras él viene, según Malaquías, *cubus de mixtione*^[234], «el cubo de la unión», ¿y quién es éste sino el romano Bonifacio IX, Pedro Tomacelli, que tiene un ajedrez como divisa?

—Y el llamado «de mejor estrella» —terció, arrascándose una llaga en el muslo, Buenaventura— es pues Inocencio VII, Cosimo de Migliorati, con un cometa en su escudo. ¿Verdad?

—¡Ciertamente, verdad! Y el siguiente Papa, según Malaquías «el timonel del puente negro», pues es Gregorio XII, Angelo Corraro, un veneciano. ¿Y «el látigo del sol»? Ése no es otro que el cretense Pedro Philargis, Alejandro V, Papa de obediencia pisana, con un sol en su pabellón. Y el llamado en las profecías de Malaquías «el ciervo de la sirena»...

—Entonces el cojo saltará como un ciervo, y cantará la lengua del mudo; porque aguas serán cavadas...

—¡Callad, Isaías! El tal ciervo es sin duda...

—¿Sin duda quién? —estalló Scharley—. Lo sé, lo sé, estáis metiendo aquí como un pie en un zapato a Baltasar de Cossa, Juan XXIII. Mas ése no es Papa, sino antipapa, quien en absoluto tiene derecho a estar en la lista, aparte de que ni con ciervos ni sirena nada en común tiene. En otras palabras, Malaquías la cagó en este lugar. Como en muchos otros lugares de esa su famosa profecía.

—¡Mostráis una mala, mala voluntad, don Scharley! —bufó Tomás Alfa—. ¡Buscáis los agujeros en el todo! ¡No es así como se ha de acercar uno a una profecía! ¡Hay que ver en ella lo que es completamente cierto y tener esto como prueba de la verdad del todo! Puesto que eso que en vuestra opinión no es cierto no se ha de gritar como falsedad, sino reconocer con humildad que, siendo un pobre mortal, no se

comprendió la palabra divina porque no es posible comprenderla. ¡Pero el tiempo demostrará la verdad!

—Pase el tiempo que pase no se tornarán en verdades las majaderías.

—En esto no tienes razón, Scharley —terció Urban Horn—. No valoras, ay, no valoras el tiempo.

—Sois profanos —anunció Circulos desde su nido—. Sois ignorantes. Todos. Ciertamente, os escucho y oigo: *stultus stulta loquitur*^[235].

Tomás Alfa lo señaló con la cabeza y se tocó significativamente en la frente. Horn bufó, Scharley agitó la mano.

La rata contemplaba los hechos con sus sabios ojillos negros. Reynevan miraba a la rata. Coppirnik miraba a Reynevan.

—¿Y qué decís —preguntó de pronto, precisamente Coppirnik— acerca del futuro del papado, don Tomás? ¿Qué es lo que dice acerca del próximo Papa, tras el Santo Padre Martín?

—Seguro que el ciervo de la sirena —se burló Scharley.

—Entonces el cojo saltará como un ciervo...

—¡Callad, os dije, so loco! Y a vos, don Nicolás, tal os diré: será un catalán. Tras el Santo Padre Martín, llamado «columna del velo de oro», Malaquíás habla de Barcelona.

—Del «cisma de Barcelona» —lo corrigió Buenaventura, tranquilizando al mismo tiempo al lloroso Isaías—. Y esto significaría que se trata de Gil Muñoz, llamado Clemente VIII, el cismático que siguiera al Papa Luna. Al menos en ello no se discurre en la profecía del sucesor de Martín.

—¿Ah, ciertamente? —se asombró Scharley exageradamente—. ¿Al menos en ello? Qué alivio.

—Si sólo se ha de tener en cuenta a los Papas de Roma —concluyó Tomás Alfa—, el siguiente según Malaquíás es «la loba celestial».

—Sabía que al final se llegaría a ello —bufó Horn—. Siempre la curia romana se distinguió por sus leyes y costumbres lobunas, mas, Dios nos guarde, ¿una loba en la silla de Pedro?

—Y encima una hembra —se burló Scharley—. ¿Otra vez? ¿Es que no hubo bastante con una Juana? Y se decía que iban a verificar cuidadosamente si todos los candidatos tenían huevos.

—Dejaron de hacer la prueba. —Horn le guiñó un ojo—. Porque había demasiados que no la hubieran pasado.

—No son éstas bromas apropiadas. —Tomás Alfa frunció el ceño—. Y además cercanas están a la herejía.

—Ni que lo digáis —añadió sombrío el Institor—. Blasfemáis. Como con esa rata vuestra...

—Basta, basta —le hizo callar Coppirnik con un gesto. Volvamos a Malaquías. ¿Quién será pues el siguiente Papa?

—Lo repasé y sé —Tomás Alfa miró con orgullo a su alrededor— que uno de los cardinales entra en la cuenta. Gabriel Condulmer. El que fuera obispo de Siena. Siena, fijaos, tiene por escudo a una loba. El tal Condulmer, recordad mis palabras y las de Malaquías, será elegido por el cónclave, después del Papa Martín, Dios le conceda el más largo de los pontificados.

—No me parece ello posible. —Horn meneó la cabeza—. Hay candidatos más seguros, de los que se oye hablar, que hacen rápida carrera. Albert Branda Castiglione y Giordano Orsini, ambos miembros del colegio de cardenales. O Juan de Cervantes, cardenal de San Pedro ad Vincula. O como Bartolomeo Capra, arzobispo de Milán...

—El camarlengo papal, Giovanni Palomar —añadió Scharley—. Isidore Charlier, el decano de Cambrai. El cardenal Juan de Torquemada. Jan Stojkovic de Ragusa, en fin. En mi opinión: magras tiene esperanzas el tal Condulmer, del cual si he de ser sincero no había oído hablar hasta ahora.

—Las profecías de Malaquías —cortó la discusión Tomás Alfa— son infalibles.

—Lo que no se puede decir de sus intérpretes —le respondió Scharley.

La rata olisqueó el plato de Scharley. Reynevan se alzó con esfuerzo, apoyando la espalda en la pared.

—Ay, señores, señores —dijo agotado, limpiándose el sudor de la frente y reteniendo las toses—. Estamos encerrados en una torre, en una oscura cárcel. No se sabe qué será de nosotros mañana. ¿Quizá nos conducirán al tormento y la muerte? ¿Y vosotros disputáis acerca de un Papa que será nombrado dentro de seis años...?

—¿Cómo sabéis —Tomás Alfa casi se atragantó— que dentro de seis años?

—No lo sé. Sólo me ha salido así.

En la víspera del santo Martín, el diez de noviembre, cuando Reynevan ya había recuperado la salud por completo, Isaías y Normal fueron reconocidos como curados y se los liberó. Anteriormente se los había llevado a revisión unas cuantas veces. No se sabía quién la había llevado a cabo, pero fuera quien fuera debió de haber considerado que la masturbación interminable y la comunicación exclusivamente a base de citas de libros proféticos no probaban nada y nada malo decían acerca de la salud psíquica del individuo, al cabo, citar el Libro de Isaías era algo que hasta al Papa le podía pasar y la masturbación es también cosa humana. Nicolás Coppirnik tenía una opinión diferente acerca de esta cuestión.

—Están preparando el terreno para el inquisidor —afirmó sombrío—. Están sacando de aquí a los chiflados y perturbados para que el inquisidor no tenga que perder tiempo con ellos. Están dejando sólo la nata. O sea, a nosotros.

—También lo creo —le apoyó Horn.

Circulos escuchó la conversación. Al poco se mudó. Recolectó su paja y la

arrastró, como un viejo pelícano calvo, a la pared contraria, donde se preparó un nuevo nido, más alejado. En un tiempo record cubrió la pared y el suelo con jeroglíficos e ideogramas. Dominaban las señales del zodiaco, los pentagramas y hexagramas, no faltaban espirales ni tetrakrys, se repetían las letras madre: Alef, Mem y Shin. Había, y de qué tamaño, algo con forma del Árbol de las Sefirot. Y otros, los símbolos y señales más diversos.

—¿Y vosotros, señores —señaló Tomás Alfa con un movimiento de cabeza—, qué le decís a esas diabluras?

—El inquisidor lo llevará como primero —pronosticó Buenaventura—. Recordad mis palabras.

—Lo dudo —dijo Scharley—. Pienso que antes al contrario, lo dejarán irse ya mismo. Si efectivamente andan liberando chiflados, él cumple la condición incluso modélicamente.

—Opino —lo contradijo Coppirnik— que os equivocáis en lo que a él respecta.

Reynevan también opinaba lo mismo.

En el menú del tiempo de ayuno dominaba por completo el arenque, al poco hasta la rata Martín lo comía con perceptible desagrado. Y Reynevan se decidió.

Circulos no le prestó atención, ni siquiera lo advirtió cuando se acercó, ocupado como estaba en pintar en la pared el Sello de Salomón. Reynevan carraspeó. Una vez, luego otra, luego más fuerte. Circulos no volvió la cabeza.

—¡No me quites la luz!

Reynevan se acuclilló. Circulos raspó en el círculo que rodeaba al sello unas palabras simétricamente dispuestas: AMASARAC, ASARADEL, AGLON, VAYCHEON y STIMULAMATHON.

—¿Qué es lo que quieres?

—Conozco esas siglas y esos hechizos. He oído hablar de ellos.

—¿Sí...? —Sólo entonces Circulos lo miró, calló algún tiempo—. Y yo he oído hablar de provocadores. Vete, serpiente.

Se dio la vuelta y siguió con sus dibujos. Reynevan tosió, tomó aliento.

—*Clavis Salomonis*...

Circulos se quedó petrificado. Durante un instante no se movió. Luego volvió la cabeza. Y la agitó.

—*Speculum salvationis*^[236] —respondió con una voz en la que sin embargo resonaban la sospecha y la inseguridad—. ¿Toledo?

—*Alma mater nostra*.

—*Ventas Domini*^[237]

—*Manet in saeculum*^[238].

—Amén. —Circulos por fin mostró en una sonrisa los restos de sus dientes ennegrecidos, mientras miraba a su alrededor a ver si nadie escuchaba—. Amén,

joven confráter. ¿Qué academia? ¿Cracovia?

—Praga.

—Y yo —Circulos sonrió aún más— Bolonia. Luego Padua. Y Montpellier. También he estado en Praga... Conocía a los doctores, maestros, bachilleres... No olvidaron recordármelo. Cuando me arrestaron. Y el inquisidor querrá conocer los detalles... ¿Y tú, joven confráter? ¿Qué te va a preguntar el defensor de la fe católica que viene apresurado hacia aquí? ¿A quién conociste en Praga? Deja que adivine: ¿a Jan Pribram? ¿Jan Kardinal? ¿Peter Payne? ¿Jacobo de Striber?

—Yo —Reynevan recordó las advertencias de Scharley— a nadie conocí. Soy inocente. Estoy aquí por casualidad. Por un malentendido...

—*Ceñes, ceñes.* —Circulos agitó la mano—. Cómo iba a ser de otro modo. Sé en esa tu santa inocencia convincente, permita Dios que salgas de ésta sano y salvo. Tienes una posibilidad. Al contrario que yo.

—Qué decís...

—Sé lo que digo —cortó—. Soy reincidente. *Haereticus relapsus*^[239], ¿entiendes? No aguanto las torturas, yo mismo me perderé... La hoguera está garantizada. Por eso...

Señaló con la mano a los símbolos dibujados en la pared.

—Por eso —repitió— hago mis chanchullos, como ves.

Pasó una jornada antes de que Circulos le contara cuál era su chanchullo. Una jornada durante la que Scharley mostró ampliamente que desaprobaba la nueva compañía de Reynevan.

—No comprendo en absoluto —resumió, frunciendo el ceño— por qué pierdes el tiempo en platicar con ese desequilibrado.

—Dale ya paz. —Horn tomó inesperadamente partido por Reynevan—. Que hable con quien quiera. Igual necesita un cambio.

Scharley agitó la mano.

—¡Eh! —gritó a Reynevan, que se alejaba—. ¡No te olvides! ¡Cuarenta y ocho!

—¿Qué?

—¡La suma de las letras de la palabra Apollyon! ¡Multiplicada por la suma de las letras de la palabra cretino!

—Ando haciendo un chanchullo. —Circulos bajó la voz, miró a su alrededor atentamente—. Ando haciendo un chanchullo para esfumarme de aquí.

—Con ayuda —Reynevan también miró a su alrededor— de la magia, ¿no es cierto?

—De otro modo no se puede. —El anciano afirmó desapasionadamente el hecho—. Ya probé, al principio, el soborno. Me dieron con el palo. Intenté asustar. Me volvieron a dar. Intenté fingir ser totalmente idiota, pero no se dejaron engañar. Simularía estar poseído por el diablo si el inquisidor siguiera siendo el viejo

Dobeneck, el prior de San Adalberto en Wroclaw, puede que saliera bien. Mas este nuevo, joven, ay, éste no se deja embobar. Así que, ¿qué es lo que me queda?

—Exactamente. ¿Qué?

—La teleportación. El transporte a través del espacio.

A la mañana siguiente Circulos, mirando a su alrededor cuidadosamente para evitar que nadie escuchara, informó a Reynevan de su plan, apoyándolo, cómo podía ser de otro modo, con una larga lección acerca de la teoría de la magia negra y la goecia. La teleportación, se enteró Reynevan, es posible, incluso hasta muy sencilla, bajo una condición, la cual es la asistencia del demonio adecuado. Hay, se enteró Reynevan, varios de estos demonios, todo libro de hechizos medio bueno da su propio tipo. Así, según el *Grimorio del Papa Honorio*, el demonio de la teleportación es Sargatanas, al cual obedecen unos demonios inferiores para asistirle: Zoray, Valefar y Farai. Convocar a los mencionados es sin embargo extraordinariamente difícil y muy peligroso. Por eso la *Pequeña Llave de Salomón* aconseja invocar a otros demonios, conocidos por los nombres de Bathin y Seere. Los muchos años de estudio de Círculos, se enteró por fin Reynevan, lo inclinaban sin embargo a actuar según las instrucciones de otro libro mágico, *Grimorium Verum* llamado. Y el *Grimorium Verum*, en lo tocante a la teleportación, aconsejaba invocar al demonio Mersilde.

—¿Y cómo invocarlo? —se atrevió Reynevan—. ¿Sin *instrumentarium*, sin *occultum*^[240]? Un *occultum* debe cumplir toda una serie de condiciones de las que aquí, en esta sucia mazmorra...

—¡Ortodoxia! —lo interrumpió Circulos con rabia—. ¡Doctrinarismo! ¡Perjudiciales para la empiria, reducen el horizonte! Que le den por culo al *occultum* si se tiene un amuleto. ¿Cierto, no, don formalista? Verdad evidente. *Ergo*, éste es el amuleto. *Quod erat demonstrandum*. Mira.

El amuleto resultó ser una placa ovalada de malaquita, de un tamaño menor que un grosche, con unos glifos y símbolos grabados y engarzados en oro entre los que más saltaban a la vista eran una serpiente, un pez y un sol dentro de un triángulo.

—Éste es el talismán de Mersilde —dijo Circulos con orgullo—. Lo metí aquí de tapadillo, escondido. Míralo. Sin miedo.

Reynevan extendió la mano, pero la retrotrajo de inmediato. Ciertas huellas ya secas pero aún bien visibles revelaban el lugar en el que había estado oculto.

—Lo intentaré esta noche. —El viejo no se molestó por su reacción—. Deséame fortuna, joven adepto. Quién sabe, puede que algún día...

—Tengo... —Reynevan carraspeo— aún un... último... asunto... Una petición, más bien. Se trata de que me explicarais... humm... cierta aventura... Un acontecimiento...

—Habla.

Describió el asunto con rapidez, pero muy detalladamente. Círculos no lo interrumpió. Escuchó con tranquilidad y concentración. Luego pasó a hacerle preguntas.

—¿Qué día sucedió? ¿La fecha exacta?

—El último día de agosto. Viernes. Una hora antes de las vísperas.

—Humm... El sol en el signo de Virgo, es decir, Venus... Regía el genio doble, el caldeo Samas, el hebreo Hamaliel. La luna, por las cuentas que hago, estaba llena... Mala cosa... La hora solar... Humm... No la mejor, tampoco la peor... Un momento.

Retiró la paja, limpió el suelo con las manos, garabateó en él unos trazos y unas cifras, añadió, multiplicó, dividió, murmurando algo acerca de ascendentes, descendentes, rincones, epiciclos, deferentes y quincunciones. Por fin alzó la cabeza y meneó la testa graciosamente.

—Dijiste que se usaron hechizos. ¿Cuáles?

Reynevan comenzó a contarlos, recordándolos con dificultad. No tardó mucho.

—Lo sé —lo interrumpió Círculos agitando la mano desmañadamente—. Arbatel, aunque retorcido y simplificado. Extraño que funcionara... Y que nadie muriera de forma trágica... No importa. ¿Hubo visiones? ¿Un león de muchas cabezas? ¿Un jinete en un caballo pálido? ¿Un cuervo? ¿No? Curioso. ¿Y dices que el tal Sansón, cuando se despertó... no era él, no?

—Tal dijo. Y hubo ciertos... signos. Precisamente de esto se trata, esto es lo que querría saber. ¿Es posible algo así?

Círculos guardó silencio durante cierto tiempo, haciendo chocar un talón con el otro. Luego se sopló los mocos.

—El cosmos —dijo por fin, limpiándose pensativo los dedos en el dobladillo— es un todo perfectamente ordenado y un orden perfectamente jerarquizado. Es un equilibrio entre *generatio* y *corruptio*, el nacimiento y la muerte, la creación y la destrucción. El cosmos es, como enseña Agustín, *gradatio entium*^[241], una escala de seres, visibles e invisibles, materiales e inmateriales. El cosmos es al mismo tiempo como un libro. Y como enseña Hugo de San Víctor, para entender un libro no basta con contemplar las hermosas formas de las letras. Y tanto más que nuestros ojos son a menudo ciegos...

—He preguntado si es posible.

—El ser no sólo es *substantia*, el ser es al mismo tiempo *accidens*, algo que sucede sin quererlo... A veces mágicamente... Lo mágico en el ser humano tiende a unirse con lo mágico en el universo... Hay cuerpos y mundos astrales... invisibles para nosotros. Acerca de ello escriben el santo Ambrosio en su *Hexameron*, Solinus en *Liber Memorabilium*, Rábano Mauro en *De Universo*... Y Meister Eckhart...

—¿Posible o no? —lo interrumpió Reynevan con terquedad.

—Posible, y de qué modo —El viejo meneó la cabeza—. Has de saber que en

estas materias me tengo por especialista. No me ocupé de la práctica de los exorcismos, profundicé en el problema por otros motivos. Ya dos veces, mi joven amigo, le di esquinazo a la Inquisición fingiendo estar poseído. Y para fingir bien, hay que saber. De modo que estudié el *Dialogus de energía et operatione daemonum* de Michel Psellos, *Exorcisandes obsessis a daemonio* del Papa León III, *Picatrix*, traducido del árabe...

—... por Alfonso el Sabio, el rey de Castilla y de León. Ya sé. Pero, más concreto, en este caso, ¿es posible?

—Es posible. —Circulos abrió sus labios azulados—. Por supuesto que es posible. En lo tocante a este caso habría habido de recordarse que todo hechizo, incluso el menos importante en apariencia, significa un pacto con el demonio.

—¿Así que entonces es, de verdad, un demonio?

—O *cacodaemon*^[242]. —Circulos encogió sus flacos hombros—. O bien algo que solemos denominar con tal nombre. ¿Qué exactamente? No puedo decirlo. Muchos acechan en la oscuridad, incontables son los *negotia perambulantia in tenebris*^[243]...

—El tonto del convento viajó entonces hacia las tinieblas —quiso asegurarse Reynevan—. Y en lo que hasta entonces fuera su cuerpo se encarnó un *negotium perambulans*. Se intercambiaron, ¿verdad?

—Equilibrio —confirmó Circulos con la cabeza—. Yin y Yang. O... si la Cabala te es más cercana, Keter y Malkut. Si existe la cumbre, la altura, también ha de existir el abismo.

—¿Y se puede hacer retroceder esto? ¿Rectificarlo? ¿Hacer que suceda un nuevo intercambio? Para que volviera... Sabéis...

—Sé. Es decir, no sé.

Estuvieron sentados durante un instante silenciosos y mudos, un silencio solamente enturbiado por los ronquidos de Coppirnik, el hipo de Buenaventura, los delirios de los idiotas, el susurro de las voces de los que discutían en el barrio Omega y el *Benedictus Dominus*^[244] que rezaba Camaldulense en voz baja.

—Él —dijo por fin Reynevan—. Sansón, es decir... Se llama a sí mismo el Vagabundo.

—Acertado.

Estuvieron callados durante algún tiempo.

—Tal *cacodaemon* —habló por fin Reynevan— de seguro que dispone de alguna fuerza... sobrehumana. De alguna... capacidad...

—¿Te quiebras la cabeza —adivinó por fin Circulos, dando pruebas de perspicacia— pensando si puedes esperar salvación de su parte? ¿Si, acaso, estando él mismo libre, no habrá olvidado a sus compañeros en prisiones? Quieres saber si puedes contar con su ayuda. ¿Verdad?

—Verdad.

Circulos guardó silencio durante un tiempo.

—Yo no contaría con ello —anunció por fin con cruel sinceridad—. ¿Por qué habrían en esto de diferenciarse los demonios de los seres humanos?

Fue aquélla su última conversación. El hecho de si Circulos había tenido éxito en activar el amuleto contrabandeado en el culo y convocar al demonio Mersilde siguió siendo un secreto por los siglos de los siglos. Mas la teleportación fuera de toda duda no había salido. Circulos no se transportó en el espacio. Seguía estando en la torre. Yacía boca arriba en su nido, estirado, con ambas manos apretadas contra el pecho, con los dedos aferrados en un espasmo a la ropa.

—Por la Santa Virgen... —jadeó Institor—. Cubridle el rostro...

Scharley tapó con un jirón de manta la monstruosa máscara, deformada en un paroxismo de dolor y miedo. Los labios retorcidos y cubiertos de espuma seca. La boca abierta de par en par y los ojos salientes, acuosos y turbios.

—Llamad al hermano Tranquilus.

—Cristo... —gimió Coppirnik—. Mirad...

Junto al nido del difunto yacía con la tripa hacia arriba la rata Martín. Retorcida por el dolor, con los amarillentos dientes al aire.

—Un diablo le retorció el pescuezo —determinó con un gesto de experto Buenaventura—. Y se llevó su alma al infierno.

—Cierto, sin duda —lo apoyó Institor—. Pintaba diabluras en las paredes y se pasó de listo. Pues si hasta el más tonto lo ve: hexagramas, pentagramas, zodiacos, cábalas, zéfiros, otros símbolos diabólicos y judíos. Invocó al diablo el viejo truhán. Para su propia perdición.

—Lagarto, lagarto, fuerzas impuras... Habrá que borrar todos estos dibujillos. Regarlos de agua bendita. Celebrar una misa, antes de que el mal se nos pegue también a nosotros. Llamad a los monjes... ¿De qué os reís?

—Adivinad.

—Pues ciertamente —Urban Horn bostezó— digno de burla es lo que chamulleáis. Y vuestra agitación. ¿Qué hay aquí para excitarse? El viejo Circulos murió, dobló el pescuezo, estiró la pata, se despidió de este mundo, viajó a los campos elíseos. Que la tierra le sea leve y la *lux perpetua* lo ilumine. *Y finís* en esto, anuncio el final del duelo. ¿Y el diablo? Pues al diablo con el diablo.

—Oh, don Mumolno. —Tomás Alfa meneó la cabeza—. No bromeéis con el diablo. Porque visibles son aquí sus señales. Quién sabe, igual todavía ronda por aquí, escondido en la tiniebla. Sobre este lugar de muerte se alzan vapores infernales. ¿No los percibís? ¿Qué es esto, en vuestra opinión, sino azufre? ¿Eh? ¿Qué es lo que apesta aquí?

—Vuestros calzones.

—Si no fue el diablo —Buenaventura estalló—, ¿qué, según vos, lo mató?

—El corazón —dijo Reynevan, cierto que no muy convencido—. Le estalló el corazón. Tuvo lugar una *plethora*^[245]. El exceso de bilis transportada por el *pneuma*^[246] produjo un tumor, se ocasionó una obstrucción, es decir un infarto. Hubo un *spasmus* y estalló la *arteria pulmonalis*.

—Escuchad —dijo Scharley—. Habló la ciencia. *Sine ira et studio. Causa finita*, todo claro.

—¿Seguro? —intervino de pronto Coppirnik—. ¿Y la rata? ¿Qué mató a la rata?

—El arenque que se había comido.

En la parte de arriba crujieron las puertas, chirriaron las escaleras, golpeteó contra los escalones el barrilete.

—¡Alabado sea Dios! ¡La comida, hermanos! ¡Venga, a orar! ¡Y después, con los platitos a por el pescadete!

A la petición de agua bendita, de la eucaristía y de un exorcismo sobre el nido del difunto, contestó el hermano Tranquilus con un encogimiento de hombros muy significativo y con un aún más significativo golpeteo sobre la sien. Este hecho avivó extraordinariamente las tertulias de después de la comida. Atrevidas tesis y suposiciones resultaron expuestas y diseñadas. Según las más atrevidas, el propio hermano Tranquilus era un herético y adorador del diablo, puesto que sólo los tales le niegan a los fieles el agua bendita y la ayuda espiritual. Sin hacer caso de que Scharley y Horn se estaban muriendo de risa, Tomás Alfa, Buenaventura e Institor comenzaron a ahondar en el tema. Hasta el momento en que —para asombro de todos — se sumó a la discusión la persona que menos se esperaban. Camaldulense, nada más y nada menos.

—El agua bendita —el joven sacerdote dejó escuchar su voz por vez primera a sus compañeros de celda— no os hubiera servido de nada. Si en verdad estuvo aquí el diablo. No afecta al diablo el agua bendita. Bien lo sé. Puesto que lo vi. Por eso precisamente estoy aquí encerrado.

Cuando se apagó el chismorreo excitado y se hizo un pesado silencio, Camaldulense explicó el hecho.

—Soy, habéis de saber, diácono en la Ascensión de Nuestra Señora en Niemodlin, secretario del venerable Pedro Nikisch, deán de la Colegial. El suceso que voy a relaros tuvo lugar este año, en el mes de agosto, *feria secunda post festum Laurentii martyris*^[247]. Alrededor del mediodía pasó por la iglesia su merced don Fabián Pfefferkorn, *mercator*, pariente lejano del deán. Grandemente alterado, pidió que el señor Nikisch lo oyera en confesión de inmediato. De lo que aquella tratara, no se ha de hablar, que confesión era, y para colmo de un difunto, ya se dice que *de mortuis aut bene aut nihil*^[248]. Sólo revelaré una cosa y es que comenzaron al punto a gritarse en el confesionario. Y hasta de palabras gruesas se hizo uso, no importa cuáles fueran. Como resultado, el reverendo no le dio al señor Pfefferkorn la absolución y el

señor Pfefferkorn se fue llamando al reverendo palabras feas y contra la fe y la Iglesia de Roma blasfemando. Cuando se cruzó conmigo en el atrio gritó: «¡Qué el diablo se os lleve, curatos!». Entonces me dio por pensar, ay, señor Pfefferkorn, que no lo hayas dicho en mala hora. Y al punto apareció el diablo.

—¿En la iglesia?

—En el atrio, en la misma puerta. De algún lugar en lo alto cayera. O más bien bajó volando, en forma de ave. ¡La verdad digo! Mas de inmediato tomó forma de persona. Sujetaba una espada brillante, *exactement* como en las pinturas. Y con esa espada le asestó derecho en el rostro al señor Pfefferkorn. Derecho en el rostro. La sangre regó el suelo...

»El señor Pfefferkorn —el diácono tragó saliva con ruido— agitó la mano, diríase que como una muñeca. Y a mí, al parecer, entonces San Miguel, mi patrón, diome *awálium* y valor, porque acercándome a la pila del agua bendita agarré desta agua en mis manos y se la eché al diablo. ¿Y qué pensáis que pasó? ¡Nada! Le resbaló como si fuera un ganso. El infernal frunció algo los ojos, escupió lo que le cayera en los morros. Y me miró. Y yo... yo, vergüenza da reconocerlo, entonces me desmayé del propio miedo. Cuando los hermanos me despertaran ya había pasado todo. Esfumárase el diablo, el señor Pfefferkorn yacía muerto. Sin el alma que, de seguro, se llevara el Malo con él al infierno.

»Y tampoco de mí se olvidó el diablo, aderezó su venganza. En lo que yo viera nadie quiso creer. Dijeron que estaba loco, que se me había mezclado el seso. Y cuando conté lo del agua bendita me mandaron que callara, amenazáronme con los castigos que esperan a los herejes y los blasfemos. En aquel tiempo se había corrido la voz y en el mismo Wroclaw se ocupaban del asunto, en el palacio del obispo. Y precisamente de Wroclaw llegó la orden de que se me apresara, se me metiera como desequilibrado bajo llave. Y yo sabía qué aspecto tenía el *in pace* de los dominicos. ¿Iba a dejar enterrarme en vida? Huí de Niemodlin con lo puesto. Mas me apresaron cerca de Henryków. Y me metieron aquí.

—¿Y pudiste ver bien a ese diablo? —dijo Urban Horn en el silencio que siguió—. ¿Puedes describir qué aspecto tenía?

—Alto era. —Camaldulense tragó de nuevo saliva—. Delgado... Pelos negros, largos, hasta los hombros. La nariz como pico de pájaro y los ojos como de pájaro... Muy penetrantes. Sonrisa maligna. Diabólica.

—¿Y cuernos? —gritó Buenaventura, a todas luces decepcionado—. ¿Y pezuñas? ¿Y tampoco tenía rabo?

—No tenía.

—¡Puaaaafgh! ¡Qué es lo que nos andáis contando!

Las discusiones acerca de diablos, diabluras y asuntos diabólicos continuaron con distinta intensidad hasta el veinticuatro de noviembre. Mejor dicho, hasta la hora de

la comida. Hasta la noticia que después de la oración anunció a los pensionarios de la Narrenturm el hermano Tranquilus, maestro y cuidador de la torre.

—¡Feliz día hoy ha amanecido, señores míos! Nos honra hoy la tan largo tiempo esperada visita del prior de los hermanos predicadores de Wroclaw, visitador del Santo Oficio, *defensor et candor fidei catholicae*, su excelencia el *inquisitor a Sede Apostólica* en nuestra diócesis. Algunos de los aquí presentes, no penséis que no lo sé, simulan un tanto, padecen otras enfermedades distintas de las que acostumbramos a curar en nuestra torre. De la salud y condición de éstos se ocupará hoy su excelencia el inquisidor. ¡Y los curará sin falta! Puesto que ha mandado traer su excelencia el inquisidor ciertos fuertes doctores del ayuntamiento y muchos diversos instrumentos médicos. De modo que preparad vuestros espíritus, hermanos, porque en cualquier momento comenzará la curación.

El arenque de aquel día supo aún peor que de costumbre. Además, aquella tarde no se conversó en la Narrenturm. Reinó el silencio.

Durante todo el día siguiente —y cayó precisamente en domingo, la última semana antes del Adviento—, la atmósfera en la Torre de los Locos estuvo muy tensa. En el silencio enervante y a la vez deprimente, los pensionarios seguían atentamente con sus orejas cada golpecito o chirrido que venía de arriba, de la puerta, a cada uno de ellos comenzaron al fin a reaccionar con señales de pánico y de ataque de nervios. Nicolás Coppirnik se enroscó en un rincón. Institor comenzó a llorar, encogido en su nido en posición fetal. Buenaventura estaba sentado inmóvil, mirando absorto al frente. Tomás Alfa temblaba, envuelto en la paja. El Camaldulense rezaba en voz baja con el rostro vuelto hacia la pared.

—¿Veis? —estalló por fin Urban Horn—. ¿Veis cómo funciona? ¿Qué es lo que hacen con nosotros? ¡Miradlos tan sólo a ellos!

—¿Te asombra? —Scharley entornó los ojos—. Pon la mano sobre el corazón, Horn, y dime que te asombra.

—Veo el sin sentido. Lo que aquí sucede es el resultado de una acción planeada, preparada con precisión. Los interrogatorios todavía no han comenzado, no pasa nada todavía y la Inquisición ya ha quebrado el ánimo de estas personas, las ha conducido al borde de un derrumbe psíquico, las ha transformado en animales que retroceden al sonido del látigo.

—Repito: ¿te asombra?

—Me asombra. Porque hay que luchar. No dejarse vencer. Y no desfallecer.

Scharley mostró los dientes en una lobuna sonrisa.

—Nos vas a enseñar, espero, cómo se hace. Cuando llegue el momento. Darás ejemplo.

Urban Horn calló largo rato.

—No soy un héroe —afirmó por fin—. No sé lo que pasará cuando me estiren,

cuando comiencen a apretar la tuerca y a meter las astillas. Cuando saquen del fuego el hierro. Esto no lo sé y no puedo preverlo. Pero una cosa sé: no me ayudará el hacer de mí un cagón, los lloros, los espasmos ni el mendigar la piedad. Con los hermanos inquisidores hay que ser fuerte.

—¡Oho!

—Exactamente así. Están demasiado acostumbrados a que la gente tiemble de miedo ante ellos y se caguen en los pantalones al verlos. Estos todopoderosos señores de la vida y de la muerte, les gusta el poder, el inspirar terror y sembrar el miedo. ¿Y quiénes son en realidad? Unos nada, perros de las perreras de los dominicos, medio analfabetos, ignorantes supersticiosos, pervertidos y cobardes. Sí, sí, no tuerzas el gesto, Scharley, es cosa normal para los sátrapas, tiranos y verdugos, son cobardes, es su cobardía unida a su poder lo que despierta en ellos la bestialidad, y la sumisión e indefensión de las víctimas todavía lo potencia más. Y así es en el caso de los inquisidores. Bajo sus capuchas que despiertan el terror se esconden unos cobardes comunes y corrientes. Y no debe uno arrojarse al suelo ante ellos y pedir piedad a gritos porque esto les provoca aún mayor bestialismo y crueldad. ¡Hay que mirarlos a los ojos con dureza! Aunque, como digo, esto no traiga la salvación, pero se les puede al menos asustar, debilitar su aparente seguridad en sí mismos. ¡Se les puede hacer acordarse de Conrado de Marburgo!

—¿De quién?

—De Conrado de Marburgo —aclaró Scharley—. El *inquisitor* de Renania, Turingia y Hesse. Cuando con su mentira, su arrogancia y su crueldad se echó contra la nobleza de Hesse, le pusieron una trampa y lo destriparon. Con toda su comitiva. No se salvó ni un alma.

—Y yo os digo —añadió Horn, levantándose y yendo en dirección a las letrinas— que todo inquisidor guarda en su mente siempre este nombre y estos hechos. ¡Recordad pues mi consejo!

—¿Qué piensas de su consejo? —murmuró Reynevan.

—Tengo otro —le contestó Scharley también en un murmullo—. Cuando se pongan duros contigo, habla. Confiesa. Delata. Traiciona. Colabora. Y luego después ya harás un héroe de ti mismo. Cuando escribas tus memorias.

Al primero que se llevaron para interrogarlo fue a Nicolás Coppirnik. El astrónomo, el cual hasta entonces había estado intentando poner buena cara, al ver a los enormes siervos de la Inquisición dirigiéndose hacia él, perdió por completo la cabeza. Primero se lanzó a una huida sin sentido, porque no había adonde huir. Cuando lo atraparon, el pobrecillo gritó, lloró, se retorció y golpeó a su alrededor, se agitó como una anguila en las manos de los gañanes. Por supuesto, sin resultado, lo único que consiguió con su resistencia fueron los golpes que le atizaron. Entre otras cosas le aplastaron las napias, por las cuales, cuando se lo llevaban, roncaba

cómicamente.

Pero nadie se rió.

Coppirnik ya no volvió. Cuando al día siguiente los perantones volvieron a por Institor, éste no hizo escena violenta alguna, se comportó con tranquilidad. Tan sólo lloraba y suspiraba, completamente resignado. Sin embargo, cuando lo quisieron levantar, se cagó en los pantalones. Considerando esto como forma de resistencia, los gañanes le dieron de patadas antes de arrastrarlo.

Institor tampoco volvió.

El siguiente —aquel mismo día— fue Buenaventura. Completamente entontecido por el miedo, el cronista municipal comenzó a insultar a los perantones, a gritarles y a asustarlos con sus conexiones. Los perantones, cosa clara, no se impresionaron con sus cononencias, les importaba un pimiento que el cronista hubiera jugado al piquete con el alcalde, el preboste, el maestro de la ceca y el mayor del gremio de los cerveceros. A Buenaventura se lo llevaron después de haberle dado primero una buena somanta.

No volvió.

El cuarto en la lista de los inquisidores no era, pese a sus propias profecías, Tomás Alfa, el cual lloró y rezó alternativamente durante toda la noche por estas intenciones, sino Camaldulense. Camaldulense no opuso resistencia alguna, los perantones no tuvieron ni que tocarlo. Murmurando una despedida a sus compañeros de cautiverio, el diácono niemodlitano se persignó y subió las escaleras con la cabeza humildemente baja, pero con un paso tranquilo y seguro que no hubiera avergonzado a los primeros mártires yendo a la arena de Nerón o Diocleciano.

Camaldulense no volvió.

—El siguiente —dijo Urban Horn con un convencimiento triste— seré yo.

Se equivocaba.

Reynevan estuvo seguro de su destino en el momento en el que arriba chascaron las puertas y las escaleras bañadas por un rayo de luz transversal crujieron y resonaron bajo los pasos de los servidores. A los que esta vez acompañaba el hermano Tranquilus.

Se levantó, apretó la mano de Scharley. El demérito le correspondió el apretón, con mucha fuerza, y en su rostro Reynevan por primera vez distinguió algo como una preocupación muy, muy seria. La expresión de Urban Horn hablaba por sí misma y no poco.

—Cuídate, hermano —murmuró, apretándole la mano hasta hacerle daño—. Recuerda a Conrado de Marburgo.

—Recuerda también —añadió Scharley— mi consejo.

Reynevan recordaba ambos, pero aquello no lo hacía más fácil en absoluto.

Puede que fuera su expresión y puede que fuera algún movimiento imprudente, el

caso es que los perantones se echaron sobre él. Uno lo agarró por la pechera. Y la soltó muy rápido, doblándose, arrodillándose y tocándose el codo.

—Sin violencias —le recordó con énfasis el hermano Tranquilus, al tiempo que bajaba su palo—. Sin violencias. Esto es, pase lo que pase y pese a las apariencias, un hospital. ¿Entendido?

Los perantones murmuraron, asintiendo con la cabeza. El hermano del Santo Sepulcro le señaló a Reynevan con el palo el camino a las escaleras.

El aire fresco y frío por poco no le hizo caerse cuando entró en sus pulmones, se tambaleó, tropezó, ofuscado como si se hubiera tomado un trago de aquavit con el estómago vacío. De seguro que se hubiera caído, pero los perantones, que tenían práctica, lo agarraron por las axilas. De este modo se deshizo su desesperado plan de huida. O de morir luchando. Así agarrado, apenas podía ir poniendo un pie tras otro.

Vio el hospicio por primera vez. La torre de la que lo habían sacado cerraba un *cul-de-sac* de murallas. Al otro lado, junto a la puerta, se amontonaban unos edificios, probablemente estaban allí el hospital y el *mediánarium*. Y también, a juzgar por el olor, la cocina. Un chamizo junto a la muralla estaba lleno de caballos, que pisaban entre charcos de meados. Por todos lados había soldados. El inquisidor, imaginó Reynevan, había venido con una numerosa escolta.

Desde el *mediánarium*, hacia el que se dirigía, les llegaban unos gritos agudos y desesperados. A Reynevan le pareció reconocer la voz de Buenaventura. Tranquilus captó su mirada, llevándose un dedo a los labios le ordenó silencio.

Dentro del edificio, en una habitación muy clara, se sintió como en un sueño. El sueño lo interrumpió un golpe, un dolor en las rodillas. Le hicieron arrodillarse junto a una mesa a la que estaban sentados tres monjes, un hermano del Santo Sepulcro y dos dominicos. Entrecerró los ojos, agitó la cabeza. El dominico que estaba sentado en el centro, un delgaducho con una calva cubierta de manchas parduzcas por encima del amplio anillo de una tonsura, habló. Tenía una voz desagradable. Resbaladiza.

—Reinmar de Bielau. Di el Padrenuestro y el Ave.

Los dijo. Con una voz baja y un tanto turbada. Entre tanto el dominico se hurgaba la nariz y aparentaba concentrarse tan sólo en lo que estaba sacando de ella.

—Reinmar de Bielau. El brazo seglar tiene contra ti importantes delaciones y acusaciones, serás entregado al brazo seglar para las pesquisas y el juicio. Mas primero ha de resolverse y juzgarse la *causa fidei*. Estás acusado de realizar hechizos y de herejía. De que crees y afirmas cosas contrarias a las que afirma y enseña la Santa Iglesia. ¿Te confiesas culpable?

—No me conf... —Reynevan tragó saliva—. No me confieso. Soy inocente. Y soy un buen cristiano.

—Por supuesto. —El dominico torció los labios con desprecio—. Por tal te tienes, puesto que nos consideras malvados y falsos. Te pregunto: ¿reconoces o alguna vez

has reconocido como verdadera otra fe distinta de aquélla en la que manda creer y de la que enseña la Iglesia de Roma? ¡Di la verdad!

—Digo la verdad. Creo en lo que enseña Roma.

—Porque de seguro que tu secta herética tendrá en Roma su delegación.

—No soy un hereje. ¡Puedo jurarlo!

—¿Sobre qué? ¿Sobre mi cruz y mi fe, de la que te burlas? ¡Yo conozco vuestros juegos heréticos! Reconócelo: ¿cuándo te uniste a los husitas? ¿Quién te llevó a la secta? ¿Quién te puso en conocimiento de los escritos de Hus y Wiclif? ¿Cuándo y dónde tomaste la comunión *sub utraque*?

—Nunca...

—¡Calla! ¡Tus mentiras insultan a Dios! ¿Estudiaste en Praga? ¿Tienes amigos entre los bohemios?

—Sí, pero...

—¿Así que lo reconoces?

—Sí, pero no...

—¡Calla! Apuntad: confiesa que lo reconoce.

—¡No lo reconozco!

—Anula su confesión. —La boca del dominico se torció en una mueca cruel y feliz a la vez—. ¡Se pierde en sus mentiras y falsedades! No hace falta más. Pido aquí del uso de la tortura, de otro modo no llegaremos a la verdad.

—El padre Gregorio —carraspeó el del Santo Sepulcro con voz insegura— ordenó que nos contuviéramos... Él mismo quería interrogarlo...

—¡Una pérdida de tiempo! —bufó el delgaducho—. Y al cabo, reblandecido será más parlanchín.

—No hay —balbuceó el otro dominico— en este momento, me parece, ningún puesto libre... Y los dos maestros están ocupados...

—Aquí al lado hay una bota española y girar la rueda no precisa de estudios, un criado puede hacerlo. Y si hace falta, lo haré yo mismo. ¡Eh, adelante! ¡Aquí! ¡Cogedlo!

Reynevan, casi muerto de miedo, se encontró en las garras duras como la piedra de los criados. Lo arrastraron, lo empujaron a una pequeña habitación que había al lado. Antes de que se diera cuenta de lo serio y peligroso de la situación estaba ya en una silla de roble, con unos grilletes de hierro en el cuello y los brazos, y un criado de cabeza pelada y delantal de cuero le estaba colocando en el pie izquierdo un instrumento pavoroso. El instrumento recordaba a una caja de hierro fundido, era grande, pesado, apestaba a hierro y óxido. Y también a sangre seca y carne podrida. El mismo hedor que emitía un tronco de carnicero muy usado.

—¡Soy inocenteee! —grite—. ¡Inocententeee!

—Adelante. —El dominico le hizo una señal al verdugo—. Haced lo preciso.

El verdugo se agachó, algo metálico tintineó, algo chirrió. Reynevan aulló de dolor, sintiendo cómo una tabla de metal le apretaba y aplastaba el pie. Recordó de pronto a Institor y dejó de asombrarse. Él mismo estaba a un pelo de hacérselo en los pantalones.

—¿Cuándo te uniste a los husitas? ¿Quién te dio los escritos de Wiclif? ¿Dónde y de quién tomaste la comunión herética?

Las tuercas chirriaban, el verdugo jadeaba. Reynevan chillaba.

—¿Quién es tu compinche? ¿Con qué bohemio tienes contacto? ¿Dónde os encontráis? ¿Dónde escondéis los libros, cartas y postillas heréticos? ¿Dónde guardáis las armas?

—¡Soy inooocennntee!

—Girad.

—Hermano —habló el del Santo Sepulcro—. Tened piedad. Es un noble...

—Demasiado en serio os tomáis el papel de abogado. —El delgado dominico lo midió con su maligna mirada—. Os recuerdo que habíais de estar callado y no interponeros. ¡Girad!

Reynevan a poco no se desmayó gritando.

Y como si fuera un cuento, alguien escuchó sus gritos y reaccionó.

—Pues si os lo pedí —dijo aquel alguien, de pie en la puerta, un gallardo dominico de unos treinta años—. Pues si os pedí que no lo hicierais. Pecas de exceso de celo, hermano Arnulfo. Y, lo que es peor, de falta de obediencia.

—Yo... Reverencia... Perdonad...

—Salid. A la capilla. Rezad, esperad con humildad, y puede que caiga sobre vos la gracia de la iluminación. Vosotros, liberad al preso, presto. Y fuera, fuera, salid. ¡Todos!

—Reverendo padre...

—¡He dicho que todos!

El inquisidor se sentó a la mesa, en el lugar liberado por el hermano Arnulfo, retiró a un lado el crucifijo, que le molestaba un tanto.

Señaló un banco sin decir palabra. Reynevan se levantó, gimiendo, jadeando, cojeando, se sentó. El dominico metió las manos en las mangas de su blanco hábito, lo contempló largo tiempo desde debajo de unas enormes y amenazadoras cejas.

—Naciste con potra —dijo por fin—, Reinmar de Bielau.

Reynevan confirmó con un gesto de la cabeza que lo sabía. No se podía discutir.

—Tuviste suerte —dijo el inquisidor— de que pasara por aquí en ese momento. Una o dos vueltas más de esa tuerca... ¿Y sabes lo que habría pasado?

—Puedo imaginarlo...

—No. No puedes, te lo aseguro. Eh, Reynevan, Reynevan, dónde nos hemos ido a encontrar... ¡En una cámara de tortura! Aunque por Dios y la verdad que era esto

cosa que podía preverse entonces, durante los estudios. Tus ideas libertinas, tu amor por los jolgorios y la bebida, por no hablar de las mujeres fáciles... Pardiez, ya entonces, en Praga, cuando te veía en la Taberna del Dragón en la calle Celetna, te profeticé que el verdugo te castigaría por ello. Que tu putanería te llevaría a la perdición.

Reynevan guardó silencio aunque él mismo, por Dios y la verdad, pensaba y profetizaba lo mismo, entonces, allá en Praga, en la Ciudad Vieja, en El Dragón de la calle Celetna, en La Bárbara de la calle Plateros, en los burdeles preferidos por los estudiantes de los callejones detrás de las iglesias de San Nicolás y San Valentín, donde Gregorio Hejncze, estudiante, y poco después magister en la facultad de teología de la Universidad Carolina, solía ser cliente bastante frecuente y bastante alegre. Reynevan jamás habría imaginado que el siempre presto a la diversión Gregorio Hejncze fuera a aguantar en el hábito de clérigo. Pero al parecer había aguantado. Para suerte mía, pensó, mientras se masajeaba el pie y el tobillo. Los cuales, de no mediar su intervención, la tuerca de la bota habría convertido ya con toda seguridad en una masa ensangrentada.

Pese a la salvación milagrosa que le había producido alivio, un miedo loco le seguía erizando los cabellos y haciendo que su espalda se inclinara. Era consciente de que aquello no era el final. El gallardo dominico de ágiles ojos, densas cejas y bien dibujada mandíbula no era, pese a las apariencias, Gregorio Hejncze, el alegre compañero de las tabernas y burdeles praguenses. Era —los gestos y las reverencias de los monjes y verdugos al salir de la habitación no dejaban lugar a duda alguna— un superior, un prior. Un visitador del Santo Oficio, *defensor et candor fidei catholicae*^[249], su excelencia el *inquisitor a Sede Apostólica para toda la diócesis de Wroclaw*, que despertaba el terror a su alrededor. No convenía olvidarlo. La horrible bota que apestaba a orín y sangre yacía a dos pasos, allí donde el verdugo la había arrojado. El verdugo podía ser llamado en cada momento, y la bota podía ser colocada de nuevo. Reynevan no se hacía ilusiones a este respecto.

—Sin embargo, no hay nada malo que por bien no venga —lo interrumpió tras un corto silencio Gregorio Hejncze—. No planeaba usar de la tortura contigo, camarada. De modo que no habrías regresado a la torre portando huellas ni señales. Y así volverás cojeando, dolorosamente herido por la terrible Inquisición. Sin despertar sospechas. Y, querido mío, no debes despertar sospechas.

Reynevan guardó silencio. De todo lo dicho sólo había entendido bien lo de que volvía. Las otras palabras le llegaron con retardo. Y despertaron el miedo que se había dormido por un instante.

—Voy a almorzar. ¿Estás quizá hambriento? ¿Quieres arenque?

—No... Arenque no... Gracias.

—No te propongo otra cosa. Estamos en tiempo de ayuno y en mi posición he de

dar ejemplo.

Gregorio Hejncze dio una palmada, impartió unas órdenes. El ayuno sería el ayuno, el ejemplo el ejemplo, pero los peces que le trajeron eran mucho más carnosos y dos veces mayores que los que se les daban a los pensionarios de la Narrenturm. El inquisidor murmuró un corto *Benedictus Domine* y sin mayores dudas comenzó a devorar el arenque, mitigando la salazón con pan de centeno cortado en gruesas rebanadas.

—Pasemos entonces al grano —comenzó, sin dejar de comer—. Estás en un aprieto, camarada. Un buen aprieto. Las pesquisas en lo relativo a tu nigromancia en el taller de Olesnica las detuve, ciertamente, al fin y al cabo te conozco, avalo el desarrollo de la medicina y el Espíritu Santo insufla lo que quiere, incluyendo el desarrollo de la medicina que no se produce sin Su deseo. El asunto del *adulterium* me desagrade ciertamente, más no me ocupo de su persecución. En lo referente a tus otros supuestos crímenes seculares, me permito no creerlo. Al fin y al cabo te conozco.

Reynevan inspiró profundamente. Demasiado pronto.

—Queda sin embargo, Reinmar, la *causa fidei* Los asuntos de la religión y la fe católica. No tengo pues seguridad de que no compartas las ideas de tu difunto hermano. En lo tocante, te aclaro, a la cuestión de *Unam Sanctam*^[250], el dominio y la infalibilidad del Papa, los sacramentos y la transustanciación. La comunión *sub utraque specie*. Asimismo en lo relativo a la Biblia para la plebe, la confesión oral, la existencia del purgatorio. Y lo demás.

Reynevan abrió la boca, pero el inquisidor lo acalló con un gesto.

—No sé —continuó, al tiempo que escupía una espina— si de la misma forma que tu hermano lees a Ockham, Waldhausen, Wiclif, Hus y Jerónimo de Praga, si del mismo modo que tu hermano distribuyes los escritos de los mencionados por Silesia, la Marca y la Gran Polonia. No sé si, a ejemplo de tu hermano, das refugio a los emisarios y espías husitas. En pocas palabras: si eres un hereje. Pienso, y he investigado un tanto el asunto, que no. Que no tienes culpa. Juzgo que en todo este lío simplemente te ha metido el azar, naturalmente si ésta fuera la palabra adecuada para describir los enormes ojos azules de Adela de Sterz. Y tu debilidad por tales grandes ojos, bien conocida por mí.

—Gregorio... —Reynevan hizo surgir con esfuerzo las palabras a través de su garganta—. Eso es, perdonad... reverendo padre... aseguro que no tengo nada que ver con la herejía. Tampoco mi hermano, víctima de un crimen...

—Ten cuidado en poner una vela por tu hermano —lo interrumpió Gregorio Hejncze—. Te asombraría saber cuántas delaciones hubo contra él y no sin motivo. Habría acabado ante un tribunal. Y habría delatado a sus compañeros. Cierto estoy de que no habrías estado entre ellos.

Soltó la raspa del arenque, se lamió los dedos.

—Sin embargo, el punto a la irrazonable actividad de Peter de Bielau —continuó, aprestándose a comer el segundo pescado— lo puso no la justicia, no un proceso penal, no la *poenitentia*, sino un crimen. Un crimen cuyos culpables estaría contento de ver castigados. Tú también, ¿no es cierto? Sé que tú también. Has de saber entonces que serán castigados y bien pronto. Este conocimiento debiera ayudarte a tomar una decisión.

—¿Cuál...? —Reynevan tragó saliva—. ¿Qué decisión?

Hejncze guardó silencio durante un momento, mientras tragaba un pedazo de pan. De su abstracción lo sacó un grito que llegaba del interior del edificio, el loco, terrible aullido de un ser humano al que se le estaba causando dolor. Un dolor muy agudo.

—El hermano Arnulfo —señaló con un gesto de la cabeza el inquisidor— por lo que oigo ha rezado poco, terminó pronto y volvió al trabajo. Es una persona apasionada, muy apasionada. Hasta la exageración. Pero recuerda que hasta yo tengo obligaciones. Acerquémonos pues presto a las conclusiones.

Reynevan se encogió. Con razón.

—Te han metido, querido Reynevan, en un asunto peligroso. Han hecho de ti un instrumento. Te compadezco. Pero si ya eres un instrumento, sería un pecado no usar de ti, especialmente para buena causa y para gloria de Dios, *ad maiorem Dei gloriam*. De modo que saldrás en libertad. Te sacaré de la torre, te protegeré y guardaré de aquéllos que te persiguen, y que se han multiplicado, se han multiplicado mucho. Desean tu muerte, por lo que sé, los Sterz, el duque Juan de Ziebice, la amante de Juan, Adela de Sterz, el *raubritter* Buko von Krossig y también, por causas que todavía he de aclarar, el noble Johann von Biberstein... Ja, ciertamente tienes motivos para temer por tu vida. Pero como se dijo, te tomaré bajo mi protección. Mas, por supuesto, no gratis. Algo por algo. Hasta *do ut des*^[251]. O mejor dicho: *utfadas*.

»Lo arreglaré. —El inquisidor comenzó a hablar más deprisa, como si estuviera recitando un texto aprendido de memoria—. Lo arreglaré todo para que en Bohemia, adonde te dirigirás, no despiertes sospechas. En Bohemia establecerás contacto con los husitas, con las personas que te señale. No tendrás dificultades para establecer contacto. Al fin y al cabo eres hermano de Peter de Bielau, que tanto hizo para el husitismo, un verdadero cristiano, mártir de la causa, asesinado por los malditos papistas.

—¿Tengo que...? —Reynevan se atosigó—. ¿Tengo que hacer de espía?

—*Ad maiorem* —Hejncze se encogió de hombros— *Dei gloriam*. Todo el mundo ha de auxiliar como pueda.

—Yo no sirvo... No, no. Gregorio, eso no. No lo acepto. No.

—Sabes —el inquisidor lo miró a los ojos— cuál es la alternativa.

El torturado en el interior del edificio se lamentó, y al momento gritó, se

atragantó con su grito. Reynevan ya se imaginaba sin necesidad de ello cuál era la alternativa.

—No creerías —le confirmó Hejncze— qué cosas salen a la luz en las confesiones a base de dolor. Qué secretos resultan traicionados. Incluso secretos de alcoba. En un interrogatorio dirigido por alguien tan apasionado como el hermano Arnulfo, por ejemplo, cuando el delincuente confiesa y cuenta todo sobre sí mismo, comienza a delatar a otros... A veces resulta hasta incómodo escuchar tales confesiones... Se entera uno de quién, con quién, cuándo, cómo... Y más de una vez se trata de clérigos. De monjas. De esposas tenidas por fieles. De doncellas casaderas tenidas por virtuosas. Por Dios, pienso, todo el mundo tiene esos secretos. Debe de ser terriblemente humillante cuando el dolor te obliga a revelarlos. A tales como al hermano Arnulfo. En presencia de los verdugos. ¿Qué Reinmar? ¿No tienes tú tales secretos?

—No me trates así, Gregorio. —Reynevan apretó los dientes—. Lo he entendido todo.

—Me alegro mucho. De verdad.

El torturado gritó.

—¿A quién están torturando? —La rabia le ayudó a Reynevan a superar el miedo—. ¿Por orden tuya? ¿A quién de los que estaban conmigo en la torre?

—Es curioso que lo preguntes. —El inquisidor alzó los ojos—. Porque se trata de una ilustración modélica de mi exposición. Entre los prisioneros estaba el cronista municipal de Frankenstein. ¿Sabes de quién se trata? Veo que sabes. Acusado de herejía. Las pesquisas mostraron rápidamente que la acusación era falsa, por razones personales, el delator era el amante de su mujer. Ordené liberar al cronista y arrestar al truhán, así, para comprobar si sólo se trataba de los encantos de las hembras. El truhán, imagínate, sólo al ver los instrumentos confesó que no era la primera burguesa a la que robaba bajo la apariencia de encuentros amorosos. En su confesión se enredó un tanto, de modo que se usaron algunos de los instrumentos. Agh, tuve que escuchar hasta el hastío cosas de otras casadas, de Swidnica, de Wroclaw, de Walbrzych, de sus lujurias y de las curiosas formas de satisfacerlas. Pero durante la revisión se le halló un pasquín que denigraba al Santo Padre, un dibujillo en el que al Papa le salen por debajo de la túnica pontificia unas garras de diablo, de seguro que has visto algo parecido.

—Lo he visto.

—¿Dónde?

—No me acuer...

Reynevan se atragantó, palideció. Hejncze bufó.

—¿Ves qué fácil? Te garantizo que ya el *strappado* te habría refrescado la memoria. Tampoco el fornicador recordaba quién le había dado aquel pasquín y la

imagen del Papa, pero lo recordó bien pronto. Y el hermano Arnulfo, como escuchas, está comprobando ahora si su memoria no esconde aún otras cosas interesantes.

—Y a ti... —El miedo, paradójicamente, le proporcionaba a Reynevan una osadía desesperada—. A ti esto te divierte. No así te conocía, inquisidor. ¡En Praga tú mismo te reías de los fanáticos! ¿Y hoy? ¿Qué es para ti este puesto? ¿Todavía una profesión o una pasión?

Gregorio Hejncze frunció su poblado ceño.

—En mi puesto —dijo con frialdad— no debe haber diferencia. Y no la hay.

—Seguro. —Reynevan, aunque temblaba y entrechocaba los dientes, continuó—. Dime todavía algo acerca de la gloria de Dios, del objetivo elevado y el santo celo. ¡Vuestro santo celo, vaya cosa! Tortura por cualquier sospecha, por cualquier denuncia, por cualquier palabra escuchada o extraída a base de chantaje. La hoguera por confesiones de culpa obtenidas bajo tortura. ¡Un husita escondido en cada rincón! Y yo hace no mucho escuché a un poderoso clérigo diciendo sin rodeos que para él se trataba tan sólo de la riqueza y el poder, que si no fuera por eso, los husitas podrían tomar la comunión con ayuda de una pala de panadero, que esto no le molestaría. Y tú, si no lo hubieran matado, meterías en la mazmorra a Peterlin, lo torturarías, lo obligarías a confesar y de seguro que lo quemarías. ¿Y por qué? ¿Porque leía libros?

—Basta, Reinmar, basta. —El inquisidor frunció el ceño—. Contén tu enfado y no seas trivial. Seguro que en un instante estarías dispuesto a asustarme con la suerte de Conrado de Marburgo.

»Irás a Bohemia —dijo al cabo, con voz cortante—. Harás lo que te mande. Auxiliarás. De este modo salvarás el pellejo. Y aunque sea en parte, repararás la culpa de tu hermano. Porque tu hermano era culpable. Y no sólo de leer libros.

»Y no me acuses de fanatismo —continuó—. A mí, imagínate, no me molestan los libros, ni siquiera los falsos y heréticos. Considero, imagínate, que ninguno debiera quemarse, que *libri sunt legendi, non comburendi*. Que incluso se pueden respetar las ideas equivocadas y falsas, que se puede también, a poco que se tenga un ánimo filosófico, advertir que nadie tiene el monopolio de la verdad, que muchas ideas que fueran alguna vez acusadas de falsedad hoy se las tiene por verdad y al contrario. Pero la fe y la religión que defienden no son sólo tesis y dogmas. La fe y la religión que defienden son el orden social. Si falta el orden, vendrá el caos y la anarquía. El caos y la anarquía sólo lo desean los criminales. Y a los criminales hay que castigarlos.

»Conclusión: por mí que Peter de Bielau y sus conmlitones disidentes lean cuanto tengan en gana a Wiclif, a Hus, a Amoldo de Brescia y Joaquín di Fiore. Porque Joaquín di Fiore sí, pero no Fra Dolcino, no los Ciompi, no la Jaquérie. Wiclif sí, pero no Wat Tyler. Aquí se acaba mi tolerancia, Reinmar. No permitiré que se multipliquen aquí los fraticelli y picardos. Aplastaré sin piedad a los Tueros y John

Ball, destruiré a los dolcinianos, a los Cola di Rienzo, a Pedro de Bruys, a los Korand, a los Zelivsky, Loquis y Zizka.

»Y el objetivo —añadió al cabo de un rato de silencio—. El objetivo justifica los medios. Y quien no está conmigo, está contra mí, *qui non est mecum, contra me est*^[252]. Y también Juan quince, seis: El que en mí no estuviere, será echado fuera como sarmiento seco; y lo cogerán, y lo echarán en el fuego, y arderá. ¡Y arderá! ¿Has entendido? Veo que has entendido.

Hacía mucho tiempo ya que no gritaba el torturado. De seguro que estaba confesando. Hablaba. Con voz temblorosa se reconocería culpable de todo lo que quisiera el hermano Arnulfo.

Hejncze se levantó.

—Tendrás algún tiempo para pensar el asunto. Tengo que volver a toda prisa a Wroclaw. Te revelaré algo: pensaba que iba a tener que interrogar aquí sobre todo a locos y resulta que encontré un tesoro. Uno de tus compañeros de prisiones, un curilla de la colegiata niemodlitana, ha visto con sus propios ojos, es capaz de describir y de reconocer a un demonio. A ése que destruye en el sur, si recuerdas el salmo adecuado. De modo que me urge mucho acudir a cierta pequeña confrontación. Pero cuando vuelva, y volveré pronto, lo más tardar para Santa Lucía, traeré a la Narrenturm a un nuevo habitante. Se lo prometí una vez y yo siempre mantengo mi palabra. Tú por tu parte, Reinmar, reflexiona intensamente. Examina los pros y los contras. Me gustaría, cuando vuelva, conocer tu decisión y escuchar tu declaración. Me gustaría que fuera la adecuada. Que fuera una declaración de colaboración y servicio leales. Porque si no, por Dios que aunque seas un compañero de estudios, serás para mí como los sarmientos secos de la vid. Te dejaré a disposición del hermano Arnulfo, no me ocuparé más de ti. Te dejaré a solas con él.

»Por supuesto —añadió al cabo— después de que me confieses personalmente qué estabas haciendo en la montaña Grochowa en la noche del equinoccio de otoño. Y quién era la mujer con la que se te vio allí. Me reconocerás también, se entiende, quién fue el clérigo que bromeaba con la pala. Adiós, Reynevan.

»Ahá. —Se dio la vuelta en el umbral—. Una cosa más. Bernhard Roth, alias Urban Horn. Salúdalo de mi parte. Y repítele que ahora...

—... que ahora —Reynevan repitió literalmente— no tiene tiempo para ocuparse de ti como es debido. No querría hacerlo de cualquier manera, con prisa y a lo tonto. Querría, junto con el hermano Arnulfo, dedicarte tanto tiempo y esfuerzo como en realidad te mereces. Y se pondrá a ello en cuanto vuelva, lo más tardar para Santa Lucía. Te aconseja que organices bien lo que sepas, puesto que deberás compartir ese conocimiento con el Santo Oficio...

—Hideputa. —Urban Horn escupió en la paja—. Me ablanda. Me deja madurar. Sabe lo que hace. ¿Le hablaste de Conrado de Marburgo?

—Tú mismo se lo dirás.

Los restantes habitantes de la torre estaban sentados en silencio, enroscados en sus nidos. Algunos roncaban, algunos lloriqueaban, algunos rezaban en voz baja.

—¿Qué pasa conmigo? —Reynevan interrumpió el silencio—. ¿Qué he de hacer?

—Y tú tienes problemas. —Scharley se estiró—. Precisamente tú. Horn tiene en perspectiva un doloroso interrogatorio. Yo, quién sabe, aún peor, igual me voy a pudrir aquí por los siglos de los siglos. Y tú tienes problemas, ja, que me parto. El inquisidor, tu compañero de estudios, te trae la libertad en una bandeja, de regalo...

—¿De regalo?

—Y cómo. Firmas el compromiso y te vas.

—¿Cómo espía?

—No hay rosa sin espinas.

—Pero yo no quiero. Me asquea tal proceder. Mi conciencia no me permite. No quiero...

—Aprieta los dientes —Scharley se encogió de hombros— y piensa en el imperio.

—¿Horn?

—¿Qué pasa con Horn? —El inculpinado se volvió con brusquedad—. ¿Quieres consejo? ¿Quieres escuchar palabras de apoyo moral? Escucha pues. Una característica humana innata es la resistencia. La resistencia contra la indignidad. La incapacidad de aceptar la indecencia. La negación del consenso con el mal. Son características éstas innatas, inmanentes al ser humano. *Ergo*, sólo individuos totalmente privados de humanidad son los que no oponen resistencia. Sólo criaturas de baja estofa traicionan por el miedo a las torturas.

—¿Y entonces?

—Entonces. —Horn, sin guiñar siquiera los ojos, juntó las manos en el pecho—. Entonces firma el compromiso, acepta colaborar. Ve a Bohemia como te ordenan. Y allí... Allí opones resistencia.

—No entiendo...

—¿No? —bufó Scharley—. ¿De verdad? Nuestro amigo, Reinmar, con un discurso acerca de la moralidad y la limpieza de la naturaleza humana prologa una oferta muy inmoral. Te propone que te conviertas en lo que se denomina agente doble, trabajando para las dos partes, para la Inquisición y para los husitas. El que al fin y al cabo él es emisario y espía husita lo sabe ya todo el mundo, con excepción como mucho de los chiflados que jadean ahí entre la paja. ¿No es verdad, Urban Horn? Tu consejo para nuestro Reynevan parece que no es tonto, pero hay dentro de él un pero. Los husitas, como todos los que han tenido algo que ver con el espionaje, han visto ya agentes dobles. De la experiencia han sacado que son, a menudo, agentes triples. Por eso a los que aparezcan como mínimo no hay que permitirles acercarse a

lo confidencial, antes al contrario, hay que ahorcarlos, habiéndolos obligado primero, y cómo, a que confiesen a base de torturas. Con tu consejo le preparas un triste destino a Reynevan, Urban Horn. A no ser que... Que le des en Bohemia un contacto de confianza. Una clave secreta... Algo en lo que los husitas crean. Pero...

—Termina.

—Pero tú no le vas a dar algo así. Porque no sabes al fin y al cabo si no ha firmado ya el compromiso. Y si su amigo de estudios el inquisidor no ha tenido tiempo ya de enseñarle el espionaje en dos direcciones.

Horn no respondió. Tan sólo sonrió. De forma siniestra, sólo con las mismísimas comisuras de la boca, sin guiñar sus ojos fríos como el hielo.

—Yo tengo que escapar de aquí —dijo Reynevan en voz baja, de pie en mitad de la cárcel—. Tengo que salir de aquí. Si no, voy a perder a Nicoletta la Rubia, a Catalina Biberstein. Tengo que huir de aquí. Y sé cómo.

Scharley y Horn escucharon el plan incluso con tranquilidad, esperando sin interrumpir a que Reynevan terminara. Sólo entonces Horn se rió despectivamente, meneó la cabeza y se fue. Scharley estaba serio. Mortalmente, si se puede decir.

—El que —dijo mortalmente serio— se te haya removido el seso a causa del miedo, lo puedo entender. Y puedo compadecer. Pero no insultes, muchacho, mi inteligencia.

—Ha quedado —repitió Reynevan con paciencia— en la pared el *occultum*, han quedado los glifos y siglas de Circulos. Además, mira, tengo el amuleto, conseguí hacerme con él sin que lo advirtiera nadie. Circulos me reveló el hechizo activador, dio el ritmo de la invocación, algo sé yo mismo de conjurar, lo he estudiado... Hay una posibilidad, lo reconozco, mínima, pero la hay. ¡La hay! No entiendo tus reservas, Scharley. ¿Dudas de la magia? ¿Y Huon von Sagar? ¿Y Sansón? Pero si Sansón...

—Sansón es un embaucador —lo cortó el demérito—. Un compañero simpático, listo, agradable. Pero un embaucador y un charlatán. Como la mayor parte de los que hablan de magias y hechicerías. Esto al cabo no tiene sentido. Reinmar, yo no dudo de la magia. He visto suficiente como para no dudar. Y ahora tampoco dudo de la magia, sino de ti. He visto cómo levitas y encuentras el camino, pero si se trata de la banqueta voladora, en ella te puso sin duda Von Sagar, tú solo no habrías volado. De ser un verdadero conjurador de demonios, rapaz, todavía estás lejos. Pero si tú mismo lo estás viendo. Tú mismo debes de entender que no te sirven de nada los hieroglifos, pentagramas y abracadabras garrapateados por un cretino. Y tampoco el ridículo amuleto, una baratija de mercadillo. Tú mismo debes de ser consciente. Por eso no me insultes, te repito, ni a mí ni a mi inteligencia.

—Ya no tengo salida. —Reynevan apretó los dientes—. Tengo que intentarlo. Es mi única oportunidad.

Scharley se encogió de hombros y alzó los ojos.

El *occultum* de Circulos se presentaba, Reynevan no tenía más remedio que reconocerlo, peor que penoso. Estaba sucio, y todos los libros mágicos exigían santuarios ideales, limpios y hasta estériles. El círculo goético pintado en la pared no era especialmente regular y las reglas de la *Sacra Goetia* daban especial importancia a la precisión de los dibujos. Reynevan tampoco estaba seguro de si los hechizos inscritos en el círculo eran correctos. El mismo ceremonial de la evocación tuvo que hacerse no a medianoche, según mandaban los grimorios, sino al alba, porque a medianoche la oscuridad impedía en la torre cualquier acción. Tampoco era posible disponer de las velas negras exigidas por el ritual, ni de cualquier otro color. Por razones comprensibles no se les daba a los locos de la Narrenturm ninguna vela, candelabro, lámpara ni cualquier otra forma de poder iniciar un incendio.

En esencia, pensó con amargura, al tiempo que se ponía manos a la obra, sólo una cosa era conforme a la letra de los grimorios: el mago que quiera evocar o invocar debe cumplir la condición de pasar un tiempo lo suficientemente largo absteniéndose de practicar relaciones sexuales.

Scharley y Horn lo contemplaban de lejos, en silencio. También Tomás Alfa estaba en silencio, sobre todo porque le habían amenazado que le romperían la cara como se le ocurriera entrometerse de algún modo.

Reynevan terminó de organizar el *occultum*, pintó a su alrededor un círculo mágico. Carraspeó, alzó las manos.

—¡Ermites! —comenzó, con voz cantarína, mirando fijamente los glifos del círculo goético—. ¡Poncor! ¡Pagor! ¡Anitor!

Horn resopló bajito. Scharley sólo suspiró.

—¡Aglon, Vaycheon, Stimulamathon! ¡Ezphares, Olyaram, Irion!

»¡Mersilde! ¡Tú, cuya mirada atraviesa el abismo! ¡Te adoro, *et te invoco!*

No sucedió nada.

—¡Exytion, Eryon, Onera! ¡Mozm, Soter, Helomi!

Reynevan se pasó la lengua por los labios abiertos. En el lugar en el que el difunto Circulos había repetido tres veces las palabras VENI MERSILDE, colocó el amuleto de la serpiente, el pez y el sol inmerso en un triángulo.

—¡Ostrata! —comenzó el hechizo activador—. ¡Terpandu!

»¡Ermas! —repitió, haciendo una reverencia y modulando la voz de acuerdo con lo ordenado por el *Lemegeton*, la *Pequeña Llave de Salomón*—. ¡Pericatur! ¡Beleuros!

Scharley maldijo, lo que llamó su atención. Casi sin creer sus propios ojos vio cómo los letreros garrapateados en el ladrillo comenzaban a brillar con una luz fosforescente.

—¡Por el sello de Basdathei! ¡Mersilde! ¡Tú, cuya mirada atraviesa el abismo!

¡Acude aquí! ¡Zabaoth! ¡Escewerchie! ¡Astrachios, Asach, Asarca!

Los letreros del círculo ardían cada vez con mayor fuerza, un brillo fantasmal alumbró la pared. Los muros de la torre comenzaron a vibrar perceptiblemente. Horn maldijo. Tomás Alfa lloriqueó. Uno de los idiotas lloró en voz muy alta, comenzó a gritar. Scharley se alzó como un muelle, se acercó, con un corto golpe de puño en la sien lo derribó en su nido, se quedó callado.

—Bosmoletic, Jeysmy, Eth. —Reynevan se inclinó, tocó con la frente el centro del pentagrama. Luego, enderezándose, tomó una media cabeza de hufnal pulida y afilada en la piedra. Con un fuerte tirón cortó la piel del reverso de un pulgar, se tocó con el dedo sangrante la frente. Tomó aire, consciente de que llegaba el momento de mayor riesgo y peligro. Cuando la sangre fluyó suficientemente, pintó con ella una señal en el centro del círculo.

La señal secreta, prohibida y aterradora de Scirlin.

—¡*Veni Mersilde!* —gritó, sintiendo cómo los fundamentos de la Narrenturm comenzaban a estremecerse y temblar.

Tomás Alfa volvió a lloriquear, pero se calló al instante, porque Scharley le enseñó el puño. La torre temblaba cada vez más claramente.

—¡Taul! —evocó Reynevan, desde la garganta, roncamente, como ordenaban los grimorios—. ¡Varf! ¡Pan!

El círculo goético borboteó con una claridad más fuerte, el lugar de la pared iluminado por ella dejaba poco a poco de ser sólo una mancha de luz, comenzaba a tomar formas y contornos.

Los contornos de un ser humano. No del todo humano. Los seres humanos no tenían cabezas tan grandes, ni manos tan largas. Ni unos cuernos tan grandes que surgían de la frente como de la de los bueyes.

La torre temblaba, los locos gritaban a diferentes voces, los secundaba Tomás Alfa. Horn se levantó.

—¡Basta de esto! —gritó, por encima del griterío—. ¡Reynevan! ¡Deten esto! ¡Deten, maldita sea, esta acción diabólica! ¡Moriremos por tu culpa!

—¡Varf! ¡Clemialh!

Las siguientes palabras de la invocación se le atravesaron en la garganta. La brillante forma en la pared era ya tan clara como para que lo estuviera mirando con dos grandes ojos de serpiente. Viendo que la figura no sólo se contentaba con mirar sino que alargaba la mano, Reynevan gritó de miedo. El pavor lo dejó paralizado.

—¡Seru... geath! —balbuceó, consciente de que estaba llorando—. Ariwh...

Scharley se acercó de un salto, lo agarró por detrás del cuello, con la otra mano le tapó la boca, tiró de él, sin fuerza a causa del miedo, arrastrándolo por la paja hasta el rincón más alejado, entre los idiotas. Tomás Alfa corrió a las escaleras, pidiendo socorro con un agudo grito. Horn, por su parte, se veía que totalmente desesperado,

arrancó el orinal del suelo y vertió su contenido sobre todo: sobre el *occultum*, el círculo, el pentagrama y la aparición que surgía de la pared.

El grito que se oyó hizo que todos se cubrieran las orejas con las manos y se encogieran sobre el suelo. De pronto sopló un viento terrible, alzando una tormenta de pajas y polvo, el polvo se metió en los ojos, los dejó cegados. El fuego de la pared se fue debilitando, dejando atrás una nube de vapor apestoso, siseando, hasta que por fin se apagó por completo.

No fue sin embargo aquél el final. Porque de pronto hubo un estallido, un estallido tremendo, pero no desde la dirección del *occultum* cubierto de apestoso humo, sino desde arriba, de lo más alto de las escaleras, desde la puerta. Cayeron escombros, una verdadera lluvia de piedra pulverizada dentro de una nube blanca de yeso y cal. Scharley agarró a Reynevan y saltó con él bajo las arquerías de las escaleras. Justo a tiempo. Ante sus ojos cayó desde arriba una gruesa tabla de la puerta, provista de su tranca, directamente encima del cráneo de uno de los asustados idiotas y lo aplastó como si fuera una manzana.

Entre el alud de polvo cayó un hombre con las manos y los pies dispuestos en forma de cruz.

La Narrenturm se derrumba, le pasó por la cabeza a Reynevan. Se deshace en escombros la *turris*, la torre herida por el rayo. Un pobre y ridículo loco cae de la Torre de los Locos que se está convirtiendo en ruinas, vuela hacia abajo, hacia su perdición. Yo soy ese loco, caigo, vuelo hacia el abismo, hacia el fondo. Cataclismo, caos y destrucción de las que soy culpable yo. Loco y perturbado, que liberé a un demonio, abrí la puerta del infierno. Percibo el hedor del azufre del infierno...

—Es pólvora... —Scharley, encogido al lado, adivinó sus pensamientos—. Alguien ha volado la puerta a base de pólvora... Reinmar... Alguien...

—¡Alguien nos está liberando! —gritó, saliendo de entre las ruinas, Horn—. ¡Es la salvación! ¡Son los nuestros! ¡Hosanna!

—¡Eh, mozos! —gritó alguien desde arriba, desde la destrozada puerta, de donde surgía ya la claridad del día y un aire fresco y helado—. ¡Salid, que estáis libres!

—¡Hosanna! —repitió Horn—. ¡Scharley, Reinmar! ¡Salgamos, aprisa! ¡Son los nuestros! ¡Los bohemios! ¡Estamos libres! ¡Adelante, aprisa, a las escaleras!

Él mismo fue el primero en correr, sin esperar. Scharley lo siguió. Reynevan echó un vistazo al *occultum*, aún emanando vapor, apagándose, a los locos tumbados en la paja. Se apresuró hacia las escaleras, tropezando por el camino con el cuerpo de Tomás Alfa, al que la explosión que había destrozado la puerta le había traído no la libertad, sino la muerte.

—¡Hosanna! —Urban Horn, ya arriba, saludaba a los libertadores—. ¡Hosanna, hermanos! ¡Hola, Halada! ¡Por Dios, Raabe! ¡Tybald Raabe! ¿Eres tú?

—¿Horn? —Tybald Raabe mostró su asombro—. ¿Tú aquí? ¿Estás vivo?

—¡Cristo, por supuesto! ¿Qué es esto? ¿No es por mí que...?

—No por ti —dijo el llamado Halada, un bohemio con un enorme cáliz rojo en el pecho—. Contento estoy, Horn, de verte sano y salvo, claro. También el hermano Ambrós se alegrará... Mas asaltamos Frankenstein no por tu causa, sino por ellos.

—¿Por ellos?

—Por ellos —confirmó, abriéndose paso entre los bohemios, un gigante con un jubón calado que le hacía parecer incluso mayor—. Scharley. Reinmar. Hola.

—Sansón... —Reynevan sintió cómo la emoción le apretaba la garganta—. Sansón... ¡Amigo! No te has olvidado de nosotros...

—¿Y cómo olvidaros? —El rostro de Sansón Mieles fue surcado por una enorme sonrisa—. ¿A dos como vosotros?

Capítulo vigesimonoveno

En el que nuestros héroes, liberados de la Narrenturm, son libres, aunque, como resulta, no del todo. Toman parte en acontecimientos históricos, o más concretamente, en pegar fuego a algunas aldeas y pueblos. Luego Sansón salva lo que se puede, luego pasan cosas diversas, hasta que por fin los héroes se van. Su camino, para usar la metáfora del poeta, les conduce in parte ove non é che luca^[253].

La nieve que yacía sobre los tejados saltaba a los ojos con su blanco cegador. Reynevan se torció, si no hubiera sido por el brazo de Sansón, se habría caído por las escaleras en un santiamén. Desde el hospicio les llegaban gritos y el estampido de los disparos. La campana de la iglesia del hospital se quejaba dolorosamente, tocaban también a rebato todos los santuarios de Frankenstein.

—¡Más rápido! —gritó Halada—. ¡A la puerta! ¡Cubrios! ¡Están disparando!

Disparaban. La flecha de una ballesta silbó por encima de sus cabezas, destrozó una tabla. Encogiéndose, corrieron hacia el patio. Reynevan se tropezó, cayó de rodillas en un barro mezclado con sangre. Junto a la puerta y cerca del hospital yacían unos cadáveres: algunos caballeros del Santo Sepulcro, algunos servidores, algunos soldados de la Inquisición, al parecer dejados por Gregorio Hejncze.

—¡Más deprisa! —los apremió Tybald Raabe—. ¡A los caballos!

—¡Aquí! —les salió un jinete bohemio vestido con armadura, con una tea en la mano, tiznado y ahumado como el diablo—. ¡Presto, presto!

Tomó impulso y lanzó la tea sobre el tejado de paja de la casa. La tea rebotó sobre la paja mojada, se apagó en el barro. El bohemio lanzó una maldición.

Olía a humo y fuego, las llamas restallaban por encima de los tejados del establo, algunos bohemios sacaban de allí unos caballos que daban patadas. De nuevo sonó el estampido de flechas, se oyeron gritos, un golpeteo de cascos, se luchaba, por lo que se podía discernir, junto a la iglesia del hospital. Precisamente desde la iglesia, desde las espilleras de la torre y de las ventanas del coro, alguien disparaba con ballestas y arcabuces, poniendo por objetivo todo lo que se moviera.

A la entrada del edificio del *medicinarium*, que estaba ardiendo, yacía un hermano del Santo Sepulcro apoyado en la pared. Era el hermano Tranquilus. El hábito mojado ardía lentamente y humeaba. El monje sujetaba su barriga con las dos manos, entre los dedos manaba abundante sangre. Tenía los ojos abiertos, miraba directamente al frente, pero de seguro que ya no veía nada.

—Rematadlo —ordenó Halada.

—¡No! —El agudo grito de Reynevan detuvo a los husitas—. ¡No! ¡Dejadlo!

»Está muriendo... —añadió más bajo, viendo las miradas amenazadoras y

enfurecidas—. Dejadle morir en paz.

—Y cuanto más —dijo el jinete tiznado— que el tiempo apremia, no hay por qué perderlo con un medio muerto. ¡Venga, venga, a caballo!

Reynevan, aún como en sueños o en trance, saltó a la silla del caballo que se le ofrecía. Scharley, que iba a su lado, le dio con la rodilla.

Ante él estaban las anchas espadas de Sansón, al otro lado tenía a Urban Horn.

—Ten cuidado —le susurró Horn, precisamente— de con quién las tienes. Éstos son Huérfanos de Hradec Králové. Con ellos no hay bromas...

—Es que era el hermano Tranquilus...

—Sé quién era.

Se lanzaron contra la puerta, directamente hacia el humo. Ardían y crepitaban en llamas el molino del hospital y las chozas a su alrededor. En la ciudad seguían sonando las campanas, las murallas estaban llenas de personas.

Se les unieron más jinetes, dirigidos por un bigotudo con *cuirboulli* y capucha de malla.

—¡Allí —el bigotudo señaló la iglesia—, casi desencajadas ya andaban las puertas! ¡Y había lo que saquear! ¡Hermano Brázda! ¡Dos padrenuestros más y listos!

—Dos padrenuestros más —el llamado Brázda, el tiznado, señaló a las murallas de la ciudad— y éstos se habrían por fin dado cuenta de cuántos somos en verdad. Entonces saldrían y en parecido lapso de tiempo nos finiquitan. ¡A caballo, hermano Velek!

Se lanzaron al galope, salpicando barro y aplastando la nieve. Reynevan ya se había recuperado lo suficiente para poder contar a los bohemios y le había salido que habían atacado Frankenstein una veintena. No sabía si debía admirar más su bravura y bizarría o asombrarse del tamaño de los destrozos que habían sido capaces de organizar aquel puñado de hombres. Aparte de los edificios del hospicio y del molino del hospital, el fuego estaba devorando la choza de los tinteros en las orillas del Budzówka, ardían también las casetas junto al puente y los establos de delante de las puertas, casi en la misma puerta de Klodzko.

—¡Hasta la vista! —El llamado Velek, el bigotudo con el *cuirboulli*, se dio la vuelta, amenazó con el puño a los burgueses reunidos en las murallas—. ¡Hasta la vista, papistas! ¡Ya volveremos!

Desde las murallas le respondieron unos disparos y gritos. Unos gritos muy guerreros y valientes: los habitantes de la villa ya habían alcanzado también a contar a los husitas.

Galopaban como locos, sin ahorrar para nada esfuerzo a los caballos. Aunque parecía una estupidez total, fue, como resultó, parte del plan. Habiendo recorrido a una velocidad imponente una distancia de cerca de milla y media, llegaron a las montañas de Sowa, a Srebrna Góra, donde entre lo espesura del bosque los estaban

esperando cinco jóvenes husitas y caballos de refresco. Para los antiguos prisioneros de la Narrenturm se halló vestimenta y equipo. También se halló un poco de tiempo, entre otras cosas, para conversar.

—¿Sansón? ¿Cómo nos encontraste?

—No fue fácil. —El gigante tiró de las cinchas—. Tras vuestro arresto desaparecisteis como un sueño. Intenté enterarme, pero en vano, nadie quiso hablar conmigo. No sé por qué. Por suerte, si no querían hablar conmigo, al menos lo hacían ante mí, sin inmutarse ante mi presencia. De algunos de aquellos rumores podía inferirse que se os había llevado a Swidnica, de otros, que a Wroclaw. Por entonces apareció don Tybald Raabe, conocido de Kromolin. Duró un poco hasta que conseguimos ponernos de acuerdo, al principio me tomó, ja, por un retrasado mental. Un idiota, se entiende.

—Ya podíais olvidarlo, don Sansón —dijo con leves remordimientos el goliardo—. Ya discutimos esta cuestión, para qué volver a ella. Y como tenéis aspecto, con perdón, de...

—Todos sabemos —lo interrumpió con voz fría Scharley, al tiempo que acortaba las cinchas— qué aspecto tiene Sansón. Estamos escuchando lo que pasó luego.

—Don Tybald Raabe —la boca de tonto de Sansón se torció en una sonrisa— no se escapó a los estereotipos. Por una parte rechazó conversar conmigo despreciativamente, por otra menospreció mi presencia hasta tal punto que siguió hablando delante de mí. Con diversas personas y de diversos asuntos. Muy pronto dime cuenta de quién era don Tybald Raabe. Y le di a entender que lo sabía. Y cuánto sabía.

—Así fue, señor. —El goliardo enrojeció, turbado—. Oy, me llené yo entonces de miedo... Mas la cosa... aclaróse... pronto...

—Aclaróse, aclaróse —lo interrumpió Sansón, sereno— que don Tybald tenía conocencias. Entre los husitas de Hradec Králové. Para ellos, pues, como de seguro ya os habéis imaginado, trabaja como espía y emisario.

—Vaya una coincidencia. —Scharley mostró sus dientes en una sonrisa—. Y vaya un montón de...

—Scharley —lo cortó, desde su caballo, Urban Horn—. No le des más vueltas al tema. ¿Vale?

—Vale, vale. Sigue hablando, Sansón. ¿Cómo sabías dónde buscarnos?

—Esto es cosa curiosa. Hace unos días, en una posada cerca de Broumovo, se acercó a mí un joven. Algo raro. Sabía sin duda alguna quién era yo. Por desgracia, al principio no pudo extraer de sí nada excepto la frase, cito: «Para que abras ojos de ciegos, para que saques de la cárcel a los presos, y de casas de prisión a los que están de asiento en tinieblas».

—¡Isaías! —se asombró Reynevan.

—Cierto. Pasaje cuadragésimo segundo, verso séptimo.

—No me refiero a eso. Él se llamaba así... Así lo llamábamos... ¿Y él os ha... dirigido a la Torre de los Locos?

—No digo que me haya asombrado demasiado.

—Y entonces —dijo al cabo Scharley con énfasis y ampulosidad— los husitas de Hradec cabalgaron en atrevida carga hacia la tierra de Klodzko hasta alcanzar Frankenstein, distante seis millas de la frontera, prendieron fuego a media villa, conquistaron el hospicio de los hermanos del Santo Sepulcro y la Narrenturm. Y todo ello, si he oído bien, sólo por nosotros dos. Por mí y por Reynevan. Ciertamente, don Tybald Raabe, no sé cómo agradeceréoslo.

—Las razones —el goliardo carraspeó— habrán de aclararse pronto. Paciencia, señores.

—La paciencia no es una de mis mayores virtudes.

—Habréis de trabajar un tanto en la tal virtud —dijo con voz fría el bohemio llamado Brázda, el caudillo de la partida, que se había acercado y detenido el caballo junto a ellos—. Los motivos por los que os sacáramos del trullo se os aclararán cuando llegue el momento. No antes.

Brázda, como la mayoría de los bohemios de la partida, llevaba un cáliz cortado de roja tela en el pecho. Pero era el único que se había añadido el escudo husita directamente en el escudo que se veía encima de su sobrevesta: unas escaleras de asalto de sable sobre campo de oro.

—Soy Brázda de Klinstejn, de la familia de los Ronovic —confirmó sus suposiciones—. Y ahora se acabaron las pláticas, al camino. El tiempo apremia. ¡Y estamos en territorio enemigo!

—Cierto —se mostró de acuerdo, burlonamente, Scharley—, es peligroso portar cálices en el pecho por estos lares.

—Al contrario —le respondió Brázda de Klinstejn—. Tal señal guarda y protege.

—¿De verdad?

—Si hay ocasión, vos mismo lo comprobaréis.

La ocasión la hubo bien pronto.

Sobre los caballos de refresco la partida atravesó rápidamente el paso de la Plata, tras él, cerca de la aldea de Ebersdorf, se toparon de bruces con un destacamento armado, formado por ballesteros y caballeros con armadura. El destacamento contaba con al menos treinta personas y viajaba bajo un pabellón rojo adornado con una cabeza de cordero, el escudo de los Haugwitz.

Y ciertamente, Brázda de Klinstejn tenía razón por completo. Haugwitz y sus gentes aguantaron en el sitio sólo hasta el momento en que reconocieron con quién tenían que vérselas. Luego, caballeros y ballesteros dieron la vuelta a los caballos y huyeron a un galope tal que el barro salpicaba denso bajo los cascos.

—¿Y qué decís a la señal del Cáliz? —Brázda se volvió hacia Scharley—. ¿No funciona mal, no es cierto?

No se podía polemizar con ello.

Galoparon, obligando todavía a los caballos a un gran esfuerzo. En su loco galope, se tragaban copos de la nieve que estaba comenzando a caer.

Reynevan estaba seguro de que iban hacia Bohemia, de que al pasar el valle de Scinawki doblarían e irían río arriba, hacia la frontera, por el camino que conducía directamente hacia Broumovo. Se asombró cuando la partida siguió galopando a través de una depresión hacia las montañas de Stolowy que se veían azuladas al suroeste. No sólo él se asombró.

—¿Adónde vamos? —Urban Horn gritó por encima de la velocidad y la nieve—. ¡Eh! ¡Halada! ¡Señor Halada!

—¡Radków! —gritó Halada.

—¿Para qué?

—¡Ambrós!

Radków, que Reynevan no conocía porque no había estado nunca por allí, resultó ser una pequeña ciudad muy agradable, que se extendía pintoresca a los pies de unas montañas erizadas de bosques. Sobre el anillo de las murallas se alzaban unos tejados rojos, se disparaba hacia el cielo la esbelta torre de una iglesia. La vista habría sido hermosa de no ser por el hecho de que sobre la villa se elevaba una enorme columna de humo.

Radków estaba siendo asediada.

El ejército reunido junto a Radków contaba con más de mil guerreros, sobre todo infantería, armada principalmente, como se veía, de todo tipo de arma arrojadiza: desde el más simple dardo hasta la bisarma de complicado manejo.

Al menos la mitad de los soldados estaban provistos de ballesta y arma de fuego. Había también artillería, delante de la puerta de la ciudad se había colocado una bombardita de mediano tamaño, escondida tras una barricada, y en los huecos por entre los escudos había arcabuces y culebrinas.

El ejército, aunque tenía un aspecto amenazador, estaba quieto como una estantigua, como si lo hubieran encantado, en silencio, inmóvil. El conjunto recordaba a una pintura, a un *tableau*. El único acento de movilidad eran los puntos negros de los cuervos que giraban en el cielo gris. Y la nube de humo que se retorció sobre la ciudad, aquí y allí salpicada por las lenguas rojas de las llamas.

Entraron al trote por entre los carros. Reynevan vio de cerca por primera vez en su vida los famosos carros de guerra husitas, los contempló con interés, asombrándose de su hábil construcción de trampas de crudas tablas que en caso de necesidad podían alzarse y transformar el vehículo en un verdadero bastión.

Los reconocieron.

—Don Brázda —lo saludó breve un bohemio vestido con media armadura y un gorro de piel, con el obligatorio entre los rangos superiores cáliz rojo en el pecho—. El noble señor hidalgo Brázda por fin se digna acudir con la élite de sus nobles caballeros. En fin, más vale tarde que nunca.

—No pensé —Brázda de Klinstejn se encogió de hombros— que os iría tan fácil. ¿Ya se acabó? ¿Se han rendido?

—¿Y qué pensabas? Por supuesto que se han rendido, ¿quién y con qué se iba a defender aquí? Bastó con quemar algunos tejados y al punto comenzaron a pactar. Ahora apagan los incendios y el reverendo Ambrós está recibiendo a su embajada en este momento. Por ello habréis de esperar.

—Si hay que esperar, se espera. Desmontad, muchachos.

Hacia el cuartel de mando del ejército husita se encaminaron a pie ya en un pequeño grupo, de los bohemios no iban más que Brázda, Halada y el bigotudo, Velek Chrasticky. Por supuesto, los acompañaban Urban Horn y Tybald Raabe.

Llegaron al mismo final de las negociaciones. Los enviados radkowianos se iban en aquel preciso momento, unos pálidos y asustados burgueses se retiraban, mirando con miedo a su alrededor y apretando los gorros. Por sus gestos se podía concluir que no habían conseguido mucho.

—Será como de costumbre —valoró en voz baja el bohemio del gorro de piel—. Las mujeres y los niños saldrán de inmediato. Los hombres, para salir, tendrán que pagar rescate. Y también pagar rescate por la villa, que si no, será reducida a cenizas. Además...

—Deberán ser entregados todos los curas papistas —añadió Brázda, que a todas luces también tenía práctica—. Y todos los huidos de Bohemia. Ja, resulta que al final no tenía por qué haberme apresurado. La salida de las hembras y la recolección del rescate llevará su tiempo. No nos iremos de aquí tan presto.

—Vayamos ante Ambrós.

Reynevan recordaba las pláticas que sobre el antiguo preboste de Hradec Králové habían tenido Scharley y Horn. Recordaba que lo habían tachado de fanático, extremista y radical, sobresaliendo en fanatismo y falta de escrúpulos incluso entre los más radicales y más fanatizados taboritas. Así que esperaba encontrarse a un tribuno pequeño, delgado como un palo, de ojos ardientes, agitando las manos y gritando manifiestos rebosantes de saliva y demagogia. En cambio se encontró a un donoso hombre de escasos movimientos, vestido con un traje negro que recordaba a un hábito pero más corto, que dejaba al descubierto unas botas altas. El hombre llevaba una barba ancha como una espátula, que le llegaba casi hasta el cinturón, del que colgaba una espada. Pese a aquella espada, la figura del sacerdote husita se presentaba más bien bonachona. Y jovial. Puede que aquella impresión la produjeran su frente alta y clara, sus cejas pobladas y la citada barba, gracias a la cual Ambrós

tenía un poco el aspecto del Dios Padre de los iconos bizantinos.

—Don Brázda —los saludó bastante cordialmente—. En fin, más vale tarde que nunca. La expedición, por lo que veo, concluyó con buenos resultados. ¿Sin pérdidas? Bien, bien. ¿Y el hermano Urban Horn? ¿De qué nube nos ha caído?

—De una negra —respondió Horn, ácido—. Gracias por el rescate, hermano Ambrós. No llegó ni un minuto demasiado pronto.

—Contento estoy, contento. —Ambrós asintió con la barba—. Y otros estarán contentos también. Cuando nos alcanzó la nueva, nosotros ya os lloramos. Pues difícil es escapar a las garras de los obispos. Ciertamente, antes el ratón de las del gato. En pocas palabras, bien estuvo... Aunque verdad es que no fue por ti por quien mandara yo la partida a Frankenstein.

Dirigió sus ojos hacia Reynevan, y Reynevan sintió frío en la espalda. El sacerdote guardó silencio largo tiempo.

—El joven señor Reinmar de Bielau —afirmó por fin—. El hermano de Peter de Bielau, verdadero cristiano, que tanto hizo por la causa del Cáliz. Y que su vida dio por la causa.

Reynevan se inclinó sin decir palabra. Ambrós volvió la cabeza, durante un largo instante clavó sus ojos en Scharley. Duró un tanto, hasta que Scharley bajó los ojos con humildad, y de todas formas se podía observar que los había bajado sólo por diplomacia.

—Don Scharley —dijo por fin el preboste de Hradec—. Quien no deja a nadie solo en apuros. Cuando Peter von Bielau moría a manos de los papistas, don Scharley salvaba a su hermano, sin cuidarse del peligro al que él mismo se exponía. Cierto, raro en estos tiempos ejemplo de honor. Y de amistad. Porque como dice al fin y al cabo el viejo proverbio bohemio: *v nouzi poznas pritele*.

»Por su parte, don Reinmar —continuó Ambrós—, por lo que oímos, pruebas da de verdadero amor fraternal, siguiendo las huellas del hermano, como él, dando testimonio de la verdadera fe, enfrentándose con bravura a los errores e injusticias de Roma. Como toda persona recta y creyente, se pone de parte del Cáliz, y rechaza tanto a la corrupta Roma como al diablo. Esto hablará en vuestro favor. Al fin y al cabo ya ha hablado, Reinmar y don Scharley. Cuando el hermano Tybald contó que los perros del infierno os habían enterrado en el agujero, no lo dudé ni un momento.

—Gracias mil.

—Vos las merecéis. Porque al cabo es gracias a vosotros que el dinero por el que el obispo de Wroclaw, granuja y herético, quería comprar nuestra muerte, servirá a la nuestra, la justa causa. Vosotros lo sacaréis ahora del escondrijo y nos lo daréis a nosotros, los verdaderos cristianos. ¿Eh? ¿O no?

—¿Di... dinero? ¿Qué dinero?

Scharley suspiró en voz baja. Urban Horn tosió. Tybald Raabe carraspeó. El

rostro de Ambrós se paralizó.

—¿Burla de mí hacéis?

Reynevan y Scharley agitaron la cabeza negando y de sus ojos surgió tanta santa inocencia que el sacerdote se mitigó. Pero sólo un poco.

—¿Debo entender entonces —arrastró las palabras— que no fuisteis vosotros? ¿No fuisteis vosotros quienes robas... quienes acometisteis la expropiación del recaudador de impuestos? ¿Para nuestra causa? Ja. Es decir, que no fuisteis vosotros. Entonces hay alguien que habrá de dar explicaciones. ¡Esclarecerlo! ¡Señor Raabe!

—Yo no dije... —balbuceó el goliardo— que fueran ellos precisamente. Dije que era posible... Que muy probable...

Ambrós se enderezó. Los ojos le ardieron como a un loco, en el rostro, en los lugares que la barba dejaba al descubierto, se le había arremolinado la sangre y le daba un color como el gaznate de un pavo. Durante un momento, el preboste de Hradec tuvo el aspecto no de un Dios Padre sino de un Zeus Señor del Rayo. Todos se encogieron esperando oír el trueno. Pero el sacerdote se tranquilizó enseguida.

—Dijiste —arrastró las palabras— algo por completo distinto. Oh, me engatusaste, hermano Tybald, me arrastraste al error. Para que enviara los soldados a Frankenstein. ¡Puesto que sabías que de otro modo no los habría enviado!

—*V nouzi* —terció Scharley en voz baja— *poznas pritele*^[254].

Ambrós lo midió con los ojos, no dijo nada. Luego se volvió hacia Reynevan y el goliardo.

—Debiera ordenar —ladró— que a todos vosotros, amigos, se os tendiera en el potro uno tras otro, puesto que todo este asunto con el alcabalero y sus dineros me huele a mí mucho a podrido. Y vosotros todos me parecéis a mí, con perdón, embaucadores. Ciertamente, debiera mandaros al verdugo a todos, tal y como aquí estáis.

»Pero —el sacerdote clavó sus ojos en Reynevan— en recuerdo a Peter de Bielau no lo haré. En fin, habré de lamentarme por el dinero del obispo, se ve que no me estaba destinado. Mas con vosotros estoy en paz. Fuera de mi vista. Idos de aquí, al diablo.

—Venerable hermano. —Scharley carraspeó—. Dejando aparte el equívoco... Contábamos...

—¿Con qué? —bufó Ambrós en su barba—. ¿Qué os iba a permitir uniros a nosotros? ¿Qué os tomaría bajo el ala? ¿Qué os llevaría seguros en dirección a Bohemia, a Hradec? No, don Scharley. Os aprisionó la Inquisición. Quien ha estado en prisiones bien puede haber sido trabajado. En pocas palabras, que podéis ser espías.

—Nos insultáis.

—Mejor insultaros a vos que a mi razón.

—Hermano —descargó la tensión, al acercarse, uno de los caudillos husitas, un simpático gordo con aspecto de mendicante o de charcutero—. Hermano Ambrós...

—¿Qué pasa, hermano Hlusicka?

—Los burgueses han traído el rescate. Se van, como estaba acordado. Primero las hembras con los crios.

—El hermano Velek Chrasticky —Ambrós hizo un gesto con la mano— tomará a unos soldados a caballo y patrullará los alrededores de la villa para que nadie escape. Los demás conmigo, todos. Todos, he dicho. Al señor de Klinstejn le entrego provisionalmente la vigilancia sobre nuestros... huéspedes. ¡Adelante, vamos!

Ciertamente, desde la puerta de Radków iba saliendo una columna de gente, llena de miedo y vacilación, que iba atravesando la hilera de erizadas hojas husitas. Ambrós y su estado mayor se detuvieron al lado, escrutaron a los que salían. Atentamente. Reynevan sintió que se le erizaban los cabellos en el cuello. Tenía un presentimiento terrible.

—Hermano Ambrós —preguntó Hlusicka—. ¿Vais a predicarles?

—¿A quiénes? —El sacerdote se encogió de hombros—. ¿A esa morralla de alemanes? Éstos no entienden cristiano y a mí no me da la gana de hablar en su pagano, porque... ¡Vaya! ¡Allí! ¡Allí!

Sus ojos cobraron un brillo de ave de rapiña, el rostro se quedó paralizado de improviso.

—¡Allí! —gritó, señalando—. ¡Allí! ¡Cogedla!

Señaló a una mujer cubierta con un amplio manto, que llevaba un niño. El niño se retorció y lloraba espasmódicamente. Los soldados se acercaron, disolvieron a la multitud con las astas de las bisarmas, aferraron a la mujer, le quitaron el manto.

—¡No es una mujer! ¡Es un hombre vestido de moza! ¡Un cura! ¡Un papista! ¡Un papista!

—¡Traedlo acá!

El sacerdote arrastrado y obligado a ponerse de rodillas temblaba de miedo y bajaba la cabeza con espasmos. Así que lo obligaron a mirar a Ambrós. Pero incluso entonces cerraba los párpados y los labios se le movían en silenciosa oración.

—Vaya, vaya. —Ambrós puso los brazos en jarras—. Qué beatas más amorosas. Para salvar a su curilla no sólo le han dado pingos de moza sino hasta un rapaz. Vaya un sacrificio. ¿Quién eres tú, curato?

El sacerdote apretó los párpados aún más.

—Es Nicolás Megerlein —habló uno de los campesinos que acompañaba al estado mayor husita—. Preboste de la parroquia local.

Los husitas murmuraron. Ambrós enrojeció, tomó aire con fuerza.

—El padre Megerlein —dijo con énfasis—. Ahí es nada. Vaya una suerte. Soñábamos con este encuentro. Desde el último raid del obispo a la tierra de Trutnov.

Esperábamos mucho de este encuentro.

»¡Hermanos! —se enderezó—. ¡Mirad! ¡He aquí al perro de la puta de Babilonia! ¡La mortal herramienta en manos del obispo de Wroclaw! ¡Aquél que perseguía la verdadera fe, que enviaba a los buenos cristianos al martirio y el sufrimiento! ¡Quién en Vízmburk con sus propias manos derramara sangre inocente! ¡Dios lo ha puesto en nuestras manos! ¡Nos lo ha dado para castigar el mal y la injusticia!

»¿Oyes, curato maldito? ¿Asesino? ¿Qué haces, cierras los ojos a la verdad? ¿Cierras los oídos como la víbora áspid de la Biblia? Ja, cerdo hereje, tú con toda seguridad no conoces la Palabra, no la has leído, ¡tú sólo tienes por cierto lo que te dice tu lujurioso obispo, tu pervertida Roma y tu Papa anticristo! ¡Y tus blasfemas imágenes doradas! ¡Ahora yo, puerco, te enseñaré la palabra de Dios! ¡Apocalipsis de San Juan, catorce, nueve: si alguno adora a la bestia y a su imagen, y toma la señal en su frente, o en su mano, éste también beberá del vino de la ira de Dios! ¡Y será atormentado con fuego y azufre! ¡Con fuego y azufre, papista! ¡Eh, venid acá! ¡Agarradlo! ¡Y empajadlo! Sí, como hicimos con los monjes de Beroun y Prachatice.

Unos cuantos husitas cogieron al preboste. Éste vio lo que traían otros y comenzó a gritar. Le dieron con el asta de un hacha en el rostro, se calló, se quedó colgado de las manos que lo sujetaban.

Sansón hizo un rápido movimiento, pero Scharley y Horn lo agarraron al momento. Viendo que dos podían ser pocos, Halada se apresuró a ayudarlos.

—Calla —le susurró Scharley—. Por Dios, calla, Sansón...

Sansón volvió la cabeza y lo miró a los ojos.

El preboste Megerlein fue rodeado por dos haces de paja. Después de pensarlo, se añadieron dos más, tales que la cabeza del clérigo se escondió por completo bajo las gavillas. Todo el conjunto se enlazó fuerte y con mucho cuidado a base de cadenas. Y se le prendió fuego por varias partes. Reynevan se sintió mal. Se dio la vuelta.

Escuchó un grito loco, inhumano, pero no vio cómo la muñeca de fuego corría, tropezándose, por la limpia nieve, a través de un túnel de husitas que la empujaban con lanzas y alabardas. Ni cómo caía por fin, retorciéndose y girando entre el humo y las chispas.

La paja ardiendo no produce suficiente temperatura para matar a un ser humano. Pero produce la suficiente como para convertir a un ser humano en algo poco parecido a un ser humano. En algo que se retuerce en convulsiones y aulla inhumanamente, aunque no tenga labios. Algo que hay que matar por fin misericordiosamente a golpes de maza y hacha.

En la multitud de los radkowianos gritaban las mujeres, lloraban los niños. De nuevo hubo allí un alboroto y al cabo trajeron ante Ambrós y lanzaron de rodillas a otro sacerdote, un anciano delgadillo. Éste no iba disfrazado. Pero temblaba como una hoja. Ambrós se inclinó hacia él.

—¿Uno más? ¿Quién es?

—El padre Straube —se apresuró con las apropiadas aclaraciones el aldeano delator—. El antiguo preboste. Antes de Megerlein...

—Ajá. Es decir, un curato *emeritus*. ¿Qué, abuelo? La vida terrenal, veo, se te finaliza ya. ¿No es hora de pensar en la eterna? ¿En dejar y rechazar los errores y pecados papistas? Pues no serás salvado si persistes en ellos. Ya viste qué se le hizo a tu confráter. Acepta el Cáliz, jura los cuatro artículos. Y serás libre. Hoy y para toda la eternidad.

—¡Señor! —balbuceó el viejecillo, cayendo de rodillas y juntando las manos—. ¡Buen señor! ¡Piedad! ¿Qué queréis? ¿Qué reniegue? Pues si ésta es la mi fe... Al fin... Pedro... Antes que cantara el gallo... Yo no puedo... Dios mío, ten piedad... ¡No puedo!

—Lo entiendo. —Ambrós movió la cabeza—. No lo alabo, pero entiendo. En fin, Dios nos mira a todos. Seamos misericordiosos. ¡Hermano Hlusicka!

—¡A vuestro servicio!

—Seamos misericordiosos. Sin sufrimiento.

—¡A la orden!

Hlusicka se acercó a uno de los husitas, le tomó el mayal. Y Reynevan por primera vez en su vida vio en acción aquel instrumento que ya en general se relacionaba tanto con los husitas. Hlusicka enrolló el mayal, lo hizo girar, y con todas sus fuerzas golpeó al padre Straube en la cabeza. Bajo el golpe del palo de hierro el cráneo reventó como una cacerola, salpicando sangre y sesos.

Reynevan sintió cómo se doblaban las rodillas. Vio cómo el rostro de Sansón Mieles palidecía, vio cómo las manos de Scharley y de Urban Horn volvían a aferrar los hombros del gigante.

Brázda de Klinstejn no apartaba los ojos del cuerpo carbonizado y humeante del preboste Megerlein.

—Miegerlin —dijo de pronto, acariciándose la barbilla—. Miegerlin. No Megerlein.

—¿Qué?

—El curato que estaba con el obispo Conrado en el raid de la tierra de Trudnov se llamaba Miegerlin. Y este de aquí era Megerlein.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que el curilla era inocente.

—Eso no es nada —habló de pronto Sansón Mieles con voz sorda—. Nada de nada. Dios de seguro que lo reconoce. Dejémoselo a Él.

Ambrós se volvió bruscamente, clavó en él sus ojos, lo contempló largo rato. Luego miró a Reynevan y Scharley.

—Bienaventurados los pobres de espíritu —dijo—. A veces un ángel habla por

boca de los simples. Mas tened con él cuidado. Alguien podría pensar que el tonto sabe lo que dice. Y si fuera ese alguien menos comprensivo que yo soy, mal se acabaría. Tanto él como sus señores.

»Y además —añadió—, este idiota tiene razón. Dios juzgará, separará la paja del grano, los inocentes de los pecadores. Al cabo, ningún cura papista deja de ser pecador. Todo servidor de Babilonia merece castigo. Y la mano de un cristiano verdadero...

Su voz creció, tronó cada vez más potente, se elevaba sobre las cabezas de los soldados, revoloteaba, parecía, sobre el humo que, todavía, pese a haber apagado los incendios, se retorcía sobre la villa. De ella, una vez rendido el rescate, salía una larga fila de huidos.

—¡La mano de un verdadero cristiano no puede temblar cuando castiga a un pecador! Porque el mundo es la tierra, la buena semilla son los hijos del reino de Dios, las malas yerbas los hijos del Malo. De modo que así como se arrancan las malas yerbas y se queman, así será en el fin del mundo. El Hijo del Hombre enviará a sus ángeles: éstos habrán de arrancar de Su reino todo lo malo y a aquéllos que hayan cometido injusticia los echarán en un horno ardiendo. Allí se verá el llanto y el crujir de dientes.

La masa de los husitas gritó y aulló, brillaron las alabardas alzadas, ondearon los chuzos, los bieldos y los mayales.

—Y el humo de su tormento —tronó Ambrós, señalando a Radków—. ¡El humo de su tormento se elevará por los siglos de los siglos y no tendrán descanso ni de día ni de noche los adoradores de la Bestia y de su imagen!

Se dio la vuelta, ya más calmado.

—Y vosotros —dijo a Reynevan y Scharley— ahora tenéis ocasión de convencerme de vuestras verdaderas intenciones. Ya visteis lo que hacemos con los curas papistas. Os prometo que esto no es nada en comparación con lo que les espera a los espías de los obispos. Para éstos no tenemos piedad, ni siquiera si son hermanos legítimos de Peter de Bielau. ¿Entonces qué? ¿Seguís mendigando ayuda, queréis uniros a mí?

—¡No somos espías! —estalló Reynevan—. ¡Vuestras sospechas son insultantes! ¡Y nosotros no mendigamos ayuda! ¡Al contrario, nosotros os podemos ayudar! ¡Aunque no fuera más que por la memoria de mi hermano, del que mucho se oye aquí, pero sólo palabras vacías! Ya que lo queréis, os probaré que estoy más cerca de vos que del obispo de Wroclaw. ¿Qué decís a la información de que se prepara una traición? ¡Unos atentados! A vos, entre otros...

Los ojos de Ambrós se hicieron pequeños.

—¿A mí? ¿Entre otros? ¿Entre quiénes, si me es dado preguntar?

—Sé —Reynevan fingió que no veía las señales desesperadas ni los gestos de

Scharley—. Sé de un complot que tiene por objeto el acabar con los dirigentes de Tabor. Han de ser muertos: Bohuslav von Svamberk, Jan Hvezda von Vicemilice...

Un rumor surgió de pronto del estado mayor de Ambrós. El sacerdote no apartaba los ojos de Reynevan.

—Ciertamente —dijo por fin—. Una información interesante. Ciertamente, joven señor de Bielau, merece la pena que se os lleve a Hradec.

Mientras el ejército husita se ocupaba en un rápido, activo e intenso pillaje de la villa de Radków, Brázda de Klinstejn, Velek Chrasticky y Oldrich Halada le aclaraban a Reynevan y Scharley de qué se trataba.

—Jan Hvezda de Vicemilice, hetmán de Tabor —contó Brázda— se despidió de este mundo el último día de octubre —aclaró—. Y su lugarteniente, el noble señor Bohuslav de Svamberk, dio el alma a Nuestro Señor no hace ni una semana.

—No me digáis —Scharley frunció el ceño— que ambos cayeron víctimas de asesinos.

—Ambos murieron a consecuencia de las heridas recibidas en la lucha. A Hvezda lo hirió una flecha en el rostro junto a Miada Vozice, en la vigilia de San Lucas, murió poco después. Don Bohuslav fue herido durante la lucha por la ciudad austríaca de Retz.

—Así que no fueron atentados —Scharley hizo un gesto burlón—, sino muertes que para los husitas son casi naturales.

—No del todo. Ya dije que uno y otro murieron algún tiempo después de ser heridos. ¿No se hubieran a lo mejor curado? A no ser que, pongamos, alguien algún veneno les diera. Extraño cúmulo de circunstancias, reconoced: dos grandes caudillos taboritas, ambos herederos de Zizka, mueren el uno tras el otro, en apenas un mes...

—Gran menoscabo es para el Tabor —dijo Velek Chrasticky—. Y para los enemigos nuestros grande es ganancia, tan grande que ya antes hubo sospecha... Y ahora, tras las revelaciones del joven señor de Bielau, ha de aclararse del todo la cosa. Completamente aclarada.

—Claro. —Scharley asintió, en apariencia con seriedad—. Tan importante es que, si surge la necesidad, se le mete al joven señor de Bielau en torturas. Puesto que nada, como es sabido, aclara mejor las cosas que el hierro al rojo.

—Anda con vos. —Brázda sonrió, pero más bien con poca convicción—. ¡Nadie piensa en nada parecido!

—¡Pues si don Reinmar es hermano de don Peter! —añadió con la misma falta de convicción Oldrich Halada—. Y don Peter de Bielau era de los nuestros. Y al cabo vosotros también sois de los nuestros...

—Como tales —Urban Horn terció burlonamente— son libres, ¿verdad? ¿Pueden ir adonde quieran, si tienen gana? ¿Ahora mismo? ¿Qué? ¿Don Brázda?

—Bueno... —tartamudeó el hetmán de la caballería de Hradec—. Eso... No. No

puedo. Tengo otras órdenes. Porque sabéis...

—Hay mucho peligro por estos lares. —Halada carraspeó—. Tenemos que... Humm... Cuidaros bien.

—Por supuesto. Tenéis.

La cosa estaba clara. Ambrós no se interesaba ya por ellos y no les prestaba atención, pero estaban bajo continua observación y control de los guerreros husitas. Disfrutaban de una libertad aparente, nadie los molestaba, antes al contrario, los trataban como a camaradas, hasta les dieron armas y casi los alistaron en el destacamento de caballería de Brázda, el cual, después de haberse reunido con las fuerzas principales, contaba con más de cien jinetes. Pero estaban bajo vigilancia y este hecho no se podía negar. Scharley al principio apretaba los dientes y maldecía en voz baja, al final acabó también por saludar.

Quedaba el asunto del asalto al recaudador, y ello ni Scharley ni Reynevan pensaban ni querían olvidarlo. Ni dejarlo enfriar.

Aunque Tybald Raabe evitaba hábilmente hablar de ello, le pusieron por fin la espalda contra la pared. Mejor dicho, contra el carro.

—¿Y qué es lo que podía hacer? —habló enfadado cuando le dejaron por fin hablar—. ¡Don Sansón apremiaba! ¡Preciso era hacer algo! ¿Pensáis que si no hubiera sido por el cuento del dinero Ambrós nos habría dado los soldados? ¡Seguro, mis cojones treinta y tres! ¡Así que más valdría que me dierais las gracias en vez de gritarme! ¡Si no hubiera sido por mi idea, estaríais todavía sentados en la Narrenturm, esperando al inquisidor!

—Tu cuento podría habernos costado la vida. Si Ambrós fuera más codicioso.

—¡Si fuera, si fuera! ¡Oh, bah! —El goliardo se colocó la capucha que le había retorcido Scharley—. ¿Acaso yo no sabía en qué estima tenía él a don Peter? Seguro estaba de que no iba a tocar a don Reinmar. Eso por un lado. Y por otro...

—¿Qué, por otro?

—Que de verdad pensaba... —Tybald Raabe carraspeó algunas veces—. Qué voy a decir... Estaba casi seguro de que precisamente vosotros habíais robado al recaudador en Sciborowa Poreba.

—¿Y quién le robó?

—¿No fuisteis vosotros?

—Estás pidiendo a gritos, hermano, una patada en el culo. Bueno, venga, dinos cómo lograste escapar del asalto.

—¿Cómo? —murmuró el goliardo—. ¡Pues corriendo! Le di con fuerza a los pies. Y sin mirar atrás, aunque gritaban «socorro».

—Aprende, Reinmar.

—Todos los días aprendo algo —dijo Reinmar cortante—. ¿Y los otros, Tybald? ¿Qué les pasó a los otros? ¿Al recaudador? ¿Al caballero Von Stietencron? ¿A su...

su hija?

—Ya os dije, señor. No miré atrás. No preguntéis más.

Reynevan no preguntó.

Caía la noche, más para gran asombro de Reynevan el ejército no levantó campamento. En una marcha nocturna los husitas llegaron a la aldea de Ratno, las hogueras quebraron la oscuridad de la noche. Los habitantes del castillo de Ratno menospreciaron el ultimátum de los husitas y lanzaron al parlamentario flechas de ballesta, de modo que a la luz de las chozas que ardían se procedió al ataque. La fortaleza se defendió con fuerza, pero cayó antes del alba. Los defensores pagaron por su resistencia: les dieron de lo lindo.

Se continuó la marcha al alba, y Reynevan se dio cuenta de que el raid de Ambrós sobre la tierra de Klodzko tenía el carácter de venganza, de desquite por la algara otoñal sobre Náchod y Trutnov, por la carnicería que habían realizado los ejércitos del obispo Conrado de Wroclaw y de Puta de Czastolowice en Vízmburk y las aldeas del río Metuja. Después de Radków y Ratno, por Vízmburk y Metuja pagó Scinawka. Scinawka pertenecía a Jan Haugwitz, Jan Haugwitz había tomado parte en la episcopal «cruzada». Scinawka sufrió el castigo por ello: la quemaron hasta los cimientos. Se convirtió en cenizas —dos días antes de la fiesta de su santa patrona— la iglesia de Santa Bárbara. El párroco consiguió escapar, salvando de este modo la cabeza ante el mayal.

Con la iglesia ardiendo a sus espaldas, Ambrós celebró la santa misa, puesto que, como resultó, era domingo. La misa era típica para los husitas: a campo libre, en una mesa común y corriente. Ambrós, mientras celebraba, no se quitó la espada.

Los bohemios rezaban en voz alta. Sansón Mieles, inmóvil como una estatua de la Antigüedad, estaba de pie y miraba el melero, las cubiertas de paja de las colmenas ardiendo.

Después de la misa, con las ruinas humeantes a la espalda, los husitas se encaminaron hacia el este, cruzaron una hondonada entre las cumbres nevadas del Goliniec y del Kopiec, a la tarde llegaron a Wojbórz. Era ésta tierra perteneciente a la familia de los Von Zeschau. La rabia con la que los husitas se lanzaron sobre la aldea atestiguaba que alguien de aquella familia debía de haber estado con el obispo en Vízmburk. No se salvó ni una sola casa, ni un pajar, ni siquiera un solo chozo ni un chamizo.

—Estamos a unas cuatro millas de la frontera —determinó Urban Horn en voz exageradamente alta y ostentosa—. Y sólo a una milla de Klodzko. Esos humos se ven de lejos y las nuevas se extienden aprisa. Estamos en la boca del león.

Lo estaban. Cuando acabaron con el pillaje y el ejército husita se marchaba de Wojbórz, apareció por el este un destacamento de caballeros de al menos cien componentes. Había en el destacamento bastantes sanjuanistas, los escudos en los

pabellones señalaban la presencia de los Haugwitz, los Muschen y los Zeschau. Al ver a los husitas el destacamento huyó en pánico.

—¿Y dónde está ese león? —se burló Ambrós—. ¿Hermano Horn? ¿Dónde esas bocas? ¡Adelante, cristianos! ¡Adelante, guerreros de Dios! ¡Adelante, en marcha!

Estaba claro que el objetivo de los husitas era Bardo. Si incluso durante cierto tiempo Reynevan albergó dudas —al fin y al cabo Bardo era una ciudad bastante grande y hueso mayor del que podía roer incluso alguien como Ambrós—, pronto se le resolvieron. El ejército se detuvo a pasar la noche en un bosque cerca de Nysa. Y hasta la medianoche estuvieron sonando las hachas. Producían escaleras de asalto, unas escalas que recordaban a las del escudo de los Ronovic, palos con los muñones de las ramas, unos utensilios sencillos, manejables, baratos y muy efectivos para escalar las murallas defensivas.

—¿Vais a asaltar? —preguntó directamente Scharley.

Estaban sentados junto con los hetmans de la caballería de Ambrós alrededor de un caldero humeante de sopa de guisantes y engullían su contenido, soplando las cucharas. Los acompañaba Sansón Mielles, quien últimamente —desde Radków— estaba muy callado. A Ambrós no le interesaba el gigante y éste gozaba de completa libertad, la cual utilizaba, extrañamente, para ayudar voluntariosamente en la cocina de campaña, atendida por las mujeres y mozas de Hradec Králové, seres tristes, poco habladores, impenetrables y sin género.

—Vais a asaltar Bardo. —Scharley mismo se contestó cuando su pregunta recibió nada más que el ruido de masticación y el soplido de las cucharas—. ¿Tenéis acaso alguna cuenta pendiente?

—Lo adivinaste, hermano. —Velek Chrasticky se limpió los bigotes—. Los cistercienses de Bardo tocaron las campanas y celebraron la misa para el obispo Conrado, cuando fuera en septiembre a Náchod para saquear, quemar, matar mujeres y niños. Tenemos que mostrar que algo así no va a salirles gratis. Tenemos que dar un ejemplo por el miedo.

—Además —Oldrich Halada lamió la cuchara—, Silesia mantiene contra nosotros un bloqueo comercial. Hemos de mostrar que somos capaces de romper el embargo, que no les merece la pena. Tenemos que confortar un tanto los corazones de los mercaderes que con nosotros comercian, puesto que están asustados por los ataques terroristas. Tenemos que confortar a los parientes de los asesinados, mostrando que al terror responderemos con el terror y que los asesinos no quedarán impunes. ¿Verdad, joven señor de Bielau?

—Los asesinos —repitió Reynevan con voz sorda— no pueden quedar impunes. En ese aspecto estoy con vos, don Oldrich.

—Queriendo estar con nosotros —lo corrigió sin énfasis Halada— habríais debido decir «hermano» y no «don». Y mostrar con quién estáis lo vais a poder hacer

mañana. Toda espada será bienvenida. Ardua se anuncia la lucha.

—Ciertamente. —Brázda de Klinstejn, que hasta entonces había guardado silencio, señaló con la cabeza en dirección a la ciudad—. Saben por qué en verdad aquí vinimos. Y se defenderán.

—En Bardo —intervino Urban Horn con burla en la voz— hay dos iglesias cistercienses, ambas muy ricas. Se enriquecieron con las peregrinaciones.

—Todo —bufó Velek Chrasticky— te lo tomas por lo placentero, Horn.

—Así soy yo.

Desde el campamento dejaron de sonar los golpes de hacha. A cambio llegaron de inmediato unos sonidos cada vez más altos que ponían los pelos de punta, el chirrido de las piedras de esmeril y de agua. El ejército de Ambrós afilaba sus espadas.

—Ponte delante de mí —le ordenó Scharley cuando se quedaron solos—. Venga, muéstrate. Ja. ¿Todavía no te has puesto el Cáliz en el pecho? ¿Estoy con vosotros, os sigo? ¿Qué son esas pláticas, Reinmar? ¿No te has metido demasiado en tu papel?

—¿Qué es lo que quieres?

—Bienesabes qué. No hurgaré en tus disertaciones delante de Ambrós sobre lo sucedido en el establo de Debowiec y no te haré reproches, quién sabe, puede que no nos venga mal el escondernos algún tiempo bajo la protección de los husitas. Mas te aconsejo que recuerdes, diantres, que Hradec Králové no es nuestro objetivo, sino una estación en el camino a Hungría. Y sus asuntos husitas son para nosotros cosa fútil y de poca monta.

—Sus asuntos no son para mí de poca monta —protestó Reynevan con voz fría—. Peterlin creía en lo que ellos creen. Esto sólo me basta, porque conocía a mi hermano y sé qué tipo de persona era. Si Peterlin se sacrificó por su causa, si se dio a ella, eso quiere decir que no puede ser mala causa. Calla, calla, sé lo que quieres decir. También vi lo que les hicieron a los curas de Radków. Pero esto no cambia nada. Peterlin, repito, no hubiera apoyado una causa malvada. Peterlin sabía lo que yo hoy sé: en cada religión, entre las personas que la profesan y que luchan por ella, por cada Francisco de Asís hay una legión de hermanos Arnulfo.

—Quién fuera el tal hermano Arnulfo no puedo más que suponerlo. —El demérito se encogió de hombros—. Mas entiendo la metáfora, cuanto más que poco novedosa es. Si algo no entiendo... ¿Acaso tú, muchacho, te has pasado a la fe husita? ¿Y si, como todo neófito, te lanzas a misionar? Si esto es así, deten, te pido, tu pasión evangelizadora. Porque la diriges en una falsa dirección.

—Indudablemente. —Reynevan torció la boca—. A ti ya no hace falta misionarte. Ya está hecho.

Los ojos de Scharley se redujeron un poco.

—¿Qué quieres decir con eso?

—El dieciocho de julio, año dieciocho —dijo Reynevan tras un instante de

silencio—. Wroclaw, Ciudad Nueva. El lunes sangriento. El canónigo Beess te dijo la contraseña que te dije entonces, en los carmelitas. Y Buko Krossig te reconoció y desenmascaró entonces, la noche de Bodak. Tomaste parte, y además activa, en la revuelta vratislaviana de julio del Anno Domini de 1418. ¿Y qué es lo que entonces os agitó y enojó tanto si no la muerte de Hus y de Jerónimo de Praga? ¿Por quién os pronunciasteis sino por los perseguidos begardos y wiclifitas? ¿Qué es lo que defendisteis sino la libertad de comulgar en ambas especies? Delarándoos como *iustitia popularis*, ¿contra qué os expresasteis sino contra la riqueza y corrupción del clero? ¿A qué llamabais en las calles sino a la reforma *in capite et in membris*? ¿Scharley? ¿Cómo fue?

—Cómo fue, así fue —respondió el demérito al cabo de un corto silencio—. Fue hace más de siete años. Seguro que esto te asombra, mas algunas personas consiguen aprender de sus errores y sacar de ellos consecuencias.

—Al principio de nuestra amistad —dijo Reynevan—, hace tanto que parece que hubieran pasado siglos, me regalaste, recuerdo, con la siguiente sentencia: el Creador nos creó a su imagen y semejanza, pero cuidó de que tuviéramos características individuales. Yo, Scharley, no borro el pasado ni me olvido de él. Yo volveré a Silesia y arreglaré mis cuentas. Arreglaré todas mis cuentas y pagaré todas mis deudas, con los intereses debidos. De Hradec Králové a Silesia hay menos camino que de Buda...

—Y te ha gustado la forma —cortó Scharley— en que el preboste de Hradec, Ambrós, arregla sus cuentas. ¿No tenía razón yo, Sansón, cuando dije que era un neófito?

—No del todo. —Sansón se había acercado de un modo que Reynevan no lo había advertido ni escuchado—. No del todo, Scharley. Se trata de otra cosa. De doña Catalina Biberstein precisamente. Creo que nuestro Reinmar se ha enamorado de nuevo.

Antes de que cayeran los fríos del alba, llegó el momento de la despedida.

—Adiós, Reinmar. —Urban Horn apretó la mano de Reynevan—. Me largo. Demasiados han visto ya aquí mi cara y eso, en mi profesión, es cosa peligrosa. Y tengo intenciones de seguir practicando mi profesión.

—El obispo de Wroclaw ya sabe quién eres —le advirtió Reynevan—. De seguro lo saben también los jinetes negros que gritan *Adsumus*.

—Habrá que esconderse y esperar. Entre personas benévolas. De modo que iré primero a Glogówek. Y luego a Polonia.

—Polonia no es segura. Ya te conté lo que escuchamos en Debowiec. El obispo Zbigniew de Olesnica...

—Polonia —lo interrumpió Horn— no es sólo Zbigniew de Olesnica. Al contrario. Polonia es sólo en una mínima parte Zbigniew de Olesnica, Laskarz o Elgot. Polonia, muchacho, es... otros. Europa, muchacho, se transformará. Y a causa

de Polonia, precisamente. Adiós, muchacho.

—Estoy seguro de que volveremos a encontrarnos. Tú, por lo que te conozco, volverás a Silesia. Y yo también volveré. Tengo allí algunos asuntos que solucionar.

—Quién sabe, puede que los resolvamos juntos. De un solo golpe. Pero para que pudiera ser así, acepta, por favor, un consejo de amigo, Reinmar de Bielau: no invoques a demonios. No lo intentes más.

—No lo haré.

—Segundo consejo: si piensas seriamente en una futura colaboración para resolver nuestros asuntos, ejercita la espada. El estilete. La ballesta.

—Lo haré. Adiós, Horn.

—Adiós, noble señor. —Tybald Raabe se acercó—. También es llegada mi hora. Hay que trabajar para la causa.

—Cuídate.

—Pienso hacerlo.

Aunque Reynevan estaba listo para ponerse al lado de los husitas con el arma en la mano, no se le permitió. Ambrós exigió categóricamente que, junto con Scharley, se mantuviera durante el ataque junto a su estado mayor. Reynevan y Scharley —vigilados por la escolta— estaban pues en el estado mayor cuando el ejército husita atravesó el Nysa entre la nieve que caía y en un orden admirable se dispuso junto a la ciudad. Por el norte se elevaban ya al cielo nubes de humo: en una acción de sabotaje, la caballería de Brázda y Chrasticky había tenido ya tiempo de quemar los molinos y chozas de extramuros.

Bardo estaba listo para su defensa, los muros estaban llenos de soldados, se alzaban estandartes, se gritaba. Doblaban con fuerza las campanas de ambas iglesias, bohemia y alemana.

Delante de los muros había nueve palos carbonizados, en negros círculos de brasas y montones de cenizas. El viento traía un ácido olor a quemado.

—Husitas —aclaró uno de los aldeanos informantes, de los que unas decenas acompañaban al ejército de Ambrós—. Husitas, bohemios emprisionados, begardos y un judío. Para meter miedo. Al punto que ellos, su señoría, se enteraron de que veníais, sacaron a todos de las mazmorras y los quemaron. Para a los heréticos... es decir, perdonar... a vosotros... meter miedo y mostrar el su desprecio.

Ambrós asintió. No dijo palabra. Tenía el rostro como de piedra.

Los husitas tomaron posiciones rápida y hábilmente. La infantería se colocó y elevó paveses y barricadas. También se preparó la artillería. Desde los muros les gritaron e insultaron, a veces sonaba algún tiro, a veces silbaba alguna flecha. Los cuervos asustados volaron graznando por el cielo, las grajillas revolotearon desorientadas.

Ambrós se subió a un carro.

—¡Verdaderos cristianos! —gritó—. ¡Fieles bohemios!

El ejército fue enmudeciendo. Ambrós esperó a que reinara un completo silencio.

—¡He visto —gritó, señalando a los palos carbonizados y las brasas de las hogueras— ante el altar las almas de quienes han muerto por la palabra de Dios y para su testimonio! Y con voz potente gritaron: ¿cuándo, Señor santo y verdadero, juzgarás y decidirás el castigo por nuestra sangre a quienes habitan estas tierras?

»¡Vi a un ángel que estaba de pie en el sol! ¡Y gritaba con voz potente a todos los pájaros que volaban por el medio de los cielos: acudid, unios al gran banquete de Dios, para comer los cadáveres de los reyes, los cadáveres de sus caudillos y los cadáveres de los poderosos, los cadáveres de sus caballos y de los que los montan! ¡Y vi a una Bestia!

Desde los muros les llegó un griterío, volaron las maldiciones y los insultos. Ambrós alzó sus manos.

—¡He aquí —gritó— que los pájaros de Dios nos señalan el camino! ¡Y allí, ante vosotros, la Bestia! ¡Allí está Babilnia, henchida de la sangre de los mártires! ¡Allí está el nido de pecado y maldad, preñado de supersticiones, la guarida de los servidores del anticristo!

—¡A ellos! —gritó uno de entre la multitud de guerreros—. ¡Muerteee!

—¡Porque he aquí —gritó Ambrós— que se acerca el día que arde como un horno, y todos los orgullosos y todos los que han causado perjuicio serán paja, se quemarán pues en el día por venir de tal modo que no quedarán de ellos ni raíces ni ramas!

—¡Quemaaarloos! ¡Muerteee! ¡Golpeadlos! ¡Matar! ¡A ellos!

Ambrós alzó ambas manos, la muchedumbre enmudeció al instante.

—Nos espera la obra de Dios —gritó—. ¡Obra que habrá que acometer con el corazón limpio, después de la oración! ¡De rodillas, fieles cristianos! ¡Oremos!

El ejército entero se arrodilló en medio de chirridos y crujidos, detrás de la pared formada por los paveses y las barricadas.

—*Otee nás* —comenzó Ambrós con voz potente— *jenzjsi na nebesích, bud' posveceno tvéjméno...*

—¡*Prijd' tve království!* —tronó con una sola, gigantesca voz, el ejército arrodillado—. ¡*Stan se tvá vule!* ¡*Jako v nebi, tak i na zemi!*

Ambrós no unió las manos ni bajó la cabeza. Miró a los muros de Bardo y en su mirada ardía el odio. Tenía los dientes abiertos como un lobo y los labios llenos de espuma.

—¡Y perdónanos nuestras deudas! —gritó—. Como nosotros perdonamos...

Uno de los arrodillados en las primeras filas, en vez de perdonar, disparó con un arcabuz en dirección a las murallas. Desde las murallas le respondieron, las aspilleras se llenaron de humo, balas y virotes silbaron, golpearon como el granizo contra los

paveses.

—¡Y no nos dejes caer en la tentación! —El grito de los husitas se elevó sobre el estampido.

—*¡Ale vysvobod' nás od zlého*^[255]!

—¡Amén! —gritó Ambrós—. ¡Amén! ¡Y ahora adelante, fieles bohemios! *¡Vpred, boží bojovníci*^[256]! ¡Adelante, guerreros de Dios! ¡Muerte a los siervos del anticristo! ¡Muerte a los papistas!

—¡A por ellos!

Falconetes y ribadoquines escupieron fuego y plomo, tronaron arcabuces y pasavolantes, silbaron los virotes. Una lluvia mortal de proyectiles barrió a los defensores del muro. La segunda salva, esta vez de proyectiles incendiarios, se derramó sobre los tejados de las casas como pájaros de fuego. De una barricada elevada rugió una bombardas, cubriendo toda la zona de la puerta de un denso y apestoso humo. La puerta no aguantó el embate de una bala de piedra de cincuenta libras, se deshizo en pedazos. Los atacantes se lanzaron por la brecha. Otros, como si fueran hormigas, treparon a los muros por las escalas. La condena a muerte sobre la ciudad cayó en el espacio de algunos minutos. Sólo la ejecución se demoró unos instantes. Pero no demasiado.

—¡A ellos, maaataaad!

Un salvaje grito, aullidos, un alboroto que erizaba los cabellos.

Bardo estaba muriendo. Moría al son de sus campanas. Las campanas de Bardo, que todavía sólo unos instantes antes tocaban sonoramente a rebato, que sólo un instante antes doblaban desafiantes como una llamada a las armas, se tornaron desesperadas como un grito de socorro. Hasta que por fin se convirtieron en el espasmódico, caótico, aterrorizado quejido de un agonizante. Y como un agonizante fueron apagándose, ahogándose en un estertor, sofocándose. Por fin se callaron, enmudecieron por completo. Y casi en aquel mismo momento ambos campanarios se cubrieron de humo, ennegrecieron sobre un fondo de llamas. Llamas que se alzaban hacia el cielo, se diría, transportando por los aires el alma de una ciudad que acababa de morir.

Porque la ciudad de Bardo había muerto. El fuego furioso no era más que la pira funeraria. Y el grito de los asesinados, su epitafio.

Al cabo de poco tiempo salió de la ciudad una hilera de refugiados: mujeres, niños y aquéllos a los que los husitas permitían salir. Los refugiados eran revisados cuidadosamente por los campesinos informantes. Cada cierto tiempo se reconocía a alguien. Lo sacaban. Y lo liquidaban.

Delante de Reynevan una aldeana con un manto señaló a los husitas a un hombre joven. Lo arrastraron y, cuando le quitaron el sombrero, su melena cortada a la moda reveló a un caballero. La aldeana le dijo algo a Ambrós y Hlusicka. Hlusicka impartió

una corta orden. Los mayales se alzaron y cayeron. El caballero cayó a tierra, una vez en el suelo lo masacraron con bieldos y chuzos.

La aldeana se quitó la capucha, mostrando una gruesa trenza rubia. Y se fue. Cojeando. De una forma tan característica que Reynevan supo diagnosticar un defecto de nacimiento de la cadera. Al irse le envió una mirada muy significativa. Lo había reconocido.

Se estaba sacando el botín de Bardo, de entre el infierno de fuego y nubes de humo salía una procesión de bohemios cargados con los más diversos enseres. Los trofeos los cargaban en carros. Se buscaron bueyes y caballos.

Al final de toda la procesión salió de la ciudad en llamas Sansón Mieles. Estaba negro de hollín, acá y allá tenía quemaduras, tampoco tenía cejas ni pestañas. Llevaba en las manos a un joven gato, una criaturilla blanquinegra de piel erizada y de grandes ojos salvajes y asustados. El gato clavaba sus uñas nervioso en la manga de Sansón y cada cierto tiempo abría la boquilla sin soltar un sonido.

El rostro de Ambrós era como de piedra. Reynevan y Scharley guardaban silencio. Sansón se acercó, se detuvo.

—Ayer por la noche pensaba en salvar el mundo —dijo con voz suave y cálida—. Esta mañana en salvar a la humanidad. Pero en fin, hay que tomar tareas a la medida de nuestras fuerzas. Y salvar lo que se pueda.

Habiendo saqueado Bardo, el ejército de Ambrós giró hacia el oeste, hacia Broumovo, dejando en la nieve blanca y reciente una gran huella negra.

La caballería se dividió. Una parte, con Brázda de Klinstejn, cabalgó por delante, lo que se denominaba *predvoj*, o sea vanguardia. El resto, unos treinta caballos, bajo el mando de Oldrich Halada, constituían la retaguardia. Entre ellos se encontraban Reynevan, Scharley y Sansón.

Scharley silboteaba, Sansón callaba. Reynevan, que iba al lado de Halada, escuchaba las lecciones que se le impartían, tomaba buenas costumbres y se libraba de las malas. En lo tocante a estas últimas, le enseñaba Halada con voz severa, se incluye el uso del nombre «husita», puesto que así sólo hablan los enemigos, los papistas y gentes en general malignas. Se había de decir «ortodoxos», «buenos bohemios» o «guerreros de Dios». El ejército de Hradec Králové, le siguió enseñando el hetmán de los guerreros de Dios, es el brazo armado de los Huérfanos, es decir de los creyentes dejados huérfanos por el grande y llorado Jan Zizka. Mientras Zizka viviera, por supuesto, aún no había Huérfanos, se llamaban entonces Tabor Nuevo o Menor, y esto, para diferenciarse del Tabor Antiguo, es decir, de los taboritas. Zizka fundó el Tabor Nuevo o Menor apoyándose en los orebitas, es decir, aquellos creyentes que se reunían en la cima del monte Oreb, no lejos de Trebechovice, a diferencia de los taboritas, que se reunían en la cima del Tabor, junto al río Luznice y que allí habían construido su ciudad. No se debía, explicó severo el creyente hetmán,

mezclar a los Huérfanos con el Tabor Nuevo, a los orebitas con los taboritas, y ya una exageración digna de castigo era el relacionar a cualquiera de estos grupos con los calixtinos de Praga. Si aún en la Ciudad Nueva de Praga se podía encontrar a verdaderos creyentes, le enseñaba el orebita de una montaña no muy lejos de Trebechovice, la Ciudad Vieja es un nido de moderados pactistas, llamados calixtinos o utraquistas, y con ellos los buenos bohemios no quieren verse relacionados y tampoco debieran. Pero tampoco a los praguenses se debe llamar «husitas», así hablan sólo los enemigos.

Reynevan se balanceaba en su silla un tanto adormilado y cada cierto tiempo afirmaba que entendía, lo que no era cierto. Otra vez comenzó a caer la nieve, pronto se transformó en una tormenta.

Al otro lado del bosque, en el cruce de caminos, cerca del arruinado Wojbórz, se erguía una cruz de piedra penitencial, uno de los recordatorios de crimen y remordimiento que eran tan numerosos en Silesia. El día anterior, cuando habían quemado Wojbórz, Reynevan no había advertido la cruz. Era por la tarde, estaba oscuro, nevaba. Se podían pasar muchas cosas desapercibidas.

La cruz tenía los brazos terminados en forma de hojas de trébol. Junto a ella había dos carros, no de guerra, sino normales y corrientes, para el transporte de carga. Uno estaba muy inclinado a un lado, la rueda apoyada en el cubo de la rueda tenía los radios completamente destrozados. Cuatro personas estaban intentando sin resultado levantar el carro para que otros dos pudieran sacar la rueda rota y colocar una de repuesto.

—¡Ayudad! —gritó uno—. ¡Hermanos!

—¡Descargad el carro! —dijo Halada—. ¡Será más leve!

—No sólo la rueda es —le respondió el carrero—. ¡También se jodio el yugo, no hay cómo enganchar! ¡Qué alguno se adelante y vuelva con un yugo! Entonces descargamos las cosas...

—Que se lleve el diablo las cosas. ¿No veis cómo pega la nieve? ¿Queréis quedaros?

—¡Pena de cosas!

—¿Y no te da pena tu culo? Puede que nos anden persiguiendo...

La voz se le trabó a Halada en la garganta. Porque en mala, mala hora pronunció aquellas palabras.

Relincharon unos caballos, salió del bosque una hilera de caballeros con armadura completa. Había como unos treinta, en su mayoría sanjuanistas.

Iban al paso, todos iguales, disciplinados, ningún caballo llevaba la nariz siquiera una pulgada por delante.

Por el otro lado de la carretera salió de entre los árboles otro destacamento, igualmente numeroso. Bajo el estandarte de la cabeza de cordero de los Haugwitz.

Acercándose en una fila cerrada, los caballeros les cortaron hábilmente a los Huérfanos el camino de huida.

—¡Vamos a cruzar! —gritó uno de los jinetes más jóvenes—. ¡Hermano Oldrich! ¡Vamos a cruzarlos!

—¿Cómo? —Halada tenía la voz seca—. ¿A través de las lanzas? ¡Nos atravesarán como a pollos! ¡Bajad de los caballos! ¡Entre los carros! ¡No venderemos barato el pellejo!

No había tiempo que perder, los caballeros que los rodeaban espoleaban ya los caballos al trote, los sanjuanistas hacían chasquear ya las viseras de sus cascos, inclinaban las copias. Los husitas saltaron de los caballos, se escondieron tras los carros, algunos hasta se arrastraron por debajo de ellos. Aquéllos para los que ya no quedaba escondite se arrodillaron con las ballestas en tensión. En los carros resultó que, aparte de los artilugios litúrgicos robados, por una feliz casualidad se transportaban también armas, en su mayoría de asta. Los bohemios se repartieron las alabardas, las partesanas y las bisarmas. A Reynevan alguien le embutió en la mano un chuzo que tenía una punta larga y fina como un punzón.

—¡Preparaos! —gritó Halada—. ¡Vienen!

—Nos hemos metido en una mierda sin fondo. —Scharley tensó y armó una ballesta—. Y tanto que me las prometía en Hungría. Tantas ganas tenía, joder, de un verdadero *bográcsgulyás*^[257].

—¡Por Dios y San Jorge!

Los sanjuanistas y los Haugwitz lanzaron los caballos a la carga. Y con un rugido se echaron sobre los carros.

—¡Ahora! —gritó Halada—. ¡Ahora! ¡Fuego! ¡A ellos!

Vibraron las cuerdas, una lluvia de virotos chocó contra escudos y armas. Cayeron algunos caballos, cayeron algunos jinetes. El resto se lanzó sobre los defensores. Las largas copias alcanzaron sus objetivos. El chasquido de las rotas lanzas y los gritos de las víctimas se alzaron al cielo. Reynevan quedó regado de sangre, vio cómo junto a él uno de los carreteros se retorció convulsivamente, atravesado de parte a parte, cómo por el otro lado uno de los de la caballería rápida de Halada forcejeaba con una lanza clavada en el pecho, observó cómo un caballero, de gran tamaño, con el garfio de los Oppeln en el escudo, alzaba la copia hacia el cielo y tiraba a otro sangrando sobre la nieve. Vio cómo Scharley disparaba la ballesta muy de cerca, metiéndole el virote en la garganta a uno de los de las lanzas, cómo Halada le separaba a otro la cabeza del yelmo con un berdiche, cómo un tercero, enganchado por dos bisarmas, caía entre los carros y moría, perforado y acribillado. Un morro de caballo espumeante y abierto de par en par se balanceó junto a su cabeza, percibió el brillo de una espada, clavó su chuzo sin pensar, la punta cónica atravesó algo y se clavó en algo, Reynevan casi cayó del impacto, vio cómo el sanjuanista al que había

tocado se balanceaba en la silla. Empujó el asta, el sanjuanista se echó hacia atrás, encomendándose con aguda voz a los santos. Pero no cayó, apoyado en su alto borrén trasero. Lo ayudó uno de los Huérfanos, golpeando al sanjuanista con una alabarda, ante lo cual el apoyo del borrén no bastó, el caballero resultó barrido de la montura. Casi en aquel mismo instante el bohemio recibió un golpe de maza barreteada en la cabeza, el golpe le hundió la capelina hasta la barba, de bajo la capelina brotó la sangre. Reynevan atacó al que había golpeado y, gritando maldiciones, lo arrancó de la silla. Junto a él cayó del caballo otro al que Scharley le había disparado. Un tercero, cortado por un mandoble, golpeó con la frente la crin del caballo y la regó de sangre. Comenzó a haber más espacio alrededor de los carros. Los de las armaduras retrocedieron, controlando con esfuerzo a sus caballos enloquecidos.

—¡Bien hecho! —gritó Oldrich Halada—. ¡Bien hecho, hermanos! ¡Les dimos una buena! ¡Seguir así!

Estaban de pie entre la sangre y los cadáveres. Reynevan constató con estupor que de los suyos no quedaban vivos más de quince, de los cuales apenas diez se tenían en pie. La mayoría de ellos también estaban heridos. Comprendió que vivían solamente porque los de las lanzas, al cargar, se habían estorbado entre ellos, sólo una parte pudo luchar junto a los carros. Además, esa parte había pagado terriblemente por el privilegio. Los carros estaban rodeados por un anillo de seres humanos muertos y caballos mutilados relinchando.

—Preparaos —graznó Halada—. Atacarán enseguida...

—¿Scharley?

—Vivo.

—¿Sansón?

El gigante carraspeó, se limpió la sangre de una ceja, que le fluía desde una herida en la frente. Estaba armado con una barreteada erizada de pinchos y un pavés adornado por algún artista casero con un cordero, una hostia radiante y una inscripción: BÜH PAN NÁS, Dios Nuestro Señor.

—¡Prepararse! ¡Vienen!

—Esto —Scharley constató con los dientes apretados— ya no lo podemos sobrevivir.

—*Lasciate ogni speranza*^[258]. —Sansón se mostró de acuerdo con voz serena—. Ciertamente es una suerte que no trajera conmigo al gato.

Alguien le dio a Reynevan un arcabuz, el instante de tregua les había permitido a los Huérfanos hacerse con unos cuantos. Apoyó el cañón en un carro, sujetando el gancho en la borda, caló la mecha.

—¡Por San Jorge!

—¡*Gott mit uns*^[259]!

Se inició con un estruendo de cascos la siguiente carga, desde todos lados.

Tronaron los pedreñales y arcabuces, atravesó el humo una salva de ballestas. Y al momento hubo largas copias, salpicar de sangre y los gritos desgarradores de los heridos. A Reynevan lo salvó Sansón, cubriéndolo con el pavés de la hostia y el cordero. Al cabo de un momento el pavés protegió también de la muerte a Scharley: el gigante manejaba el enorme escudo con una mano, como si fuera un gorrillo, y rechazaba los terribles golpes de las copias como se fueran pompas de jabón.

Los sanjuanistas y los armados de Haugwitz entraron entre los carros, golpeando con espadas y hachas, apoyados en los estribos, barrían con sus mazas de armas, entre chasquidos y gritos. Los husitas morían. Morían uno tras otro, respondiendo como perros, disparando a los de las lanzas con sus ballestas y pistoletas directamente en el rostro, golpeando y pinchando a su alrededor con bisarmas y alabardas, aplastando con las barreteadas, clavando sus archas. Los heridos se arrastraban por debajo de los carros y les cortaban los tendones a los caballos, incrementando el barullo, el caos y el desbarajuste.

Halada subió a un carro, con un golpe de berdiche barrió de la silla a un sanjuanista, luego se dobló él mismo herido por un pinchazo. Reynevan lo agarró, lo sacó de allí. Dos caballeros con armadura pesada se lanzaron sobre ellos con las espadas en alto. De nuevo les salvó la vida Sansón y el BÜH PAN NÁS en el pavés. Uno de los caballeros, con la aguja de oro de los Zedlitz, cayó rodando junto con el caballo, al que le habían cortado los tendones. A otro, que iba montado sobre un rucio, le dio un tajo Scharley con el berdiche que había dejado caer Halada. El yelmo estalló, el caballero se dobló, chispeando sangre sobre su *crinet*. En el mismo momento un caballo golpeó y derribó a Scharley. Reynevan atravesó con su chuzo al jinete, la punta se quedó trabada en la chapa de la armadura. Reynevan soltó el asta, se dio la vuelta, se encogió, había caballeros acorazados por todas partes, a su alrededor había un caos tremendo de puntiagudos bacinetes, un caleidoscopio de cruces y enseñas en los escudos, un huracán de espadas brillantes, un maelstrom de dientes de caballos, de pechos y cascos. Narrenturm, pensó febril, esto sigue siendo una Narrenturm, demencia, locura y delirio.

Se resbaló en la sangre, cayó. Sobre Scharley. Scharley tenía una ballesta en la mano. Miró a Reynevan, murmuró. Y disparó. En vertical. Directamente a la barriga del caballo que estaba sobre ellos. El caballo relinchó. Y le dio un golpe con el casco a Reynevan en la cabeza. Esto es el final, pensó.

—¡Dios, ayúdanooos! —escuchó como a través de algodón, paralizado por el dolor y la debilidad—. ¡Refuerzooos! ¡Refuerzooos!

—¡Refuerzos, Reinmar! —gritó, agitándolo, Scharley—. ¡Refuerzos! ¡Estamos vivos!

Se puso a cuatro patas. El mundo seguía bailando y fluyendo ante sus ojos. Pero el hecho de que estaban vivos no pasaba desapercibido. Entrecerró los ojos.

Gritos y tintineos llegaban desde el campo de batalla, los sanjuanistas y los acorazados de los Haugwitz se las veían con los refuerzos recién llegados, que llevaban armadura completa. La lucha no duró mucho: el camino, desde el oeste, retumbaba bajo los cascos de los jinetes de Brázda, gritando a todo pulmón; detrás de ellos, gritando aún más fuerte, corría la infantería husita, con sus mayales en alto. Al ver esto, los sanjuanistas y la gente de Haugwitz dieron la espalda, se apresuraron hacia el bosque individualmente o en grupitos. Los refuerzos los persiguieron de cerca, atacando y golpeando sin piedad, hasta que el eco se perdió entre las colinas.

Reynevan se sentó. Se masajó la cabeza y las sienes. Estaba completamente cubierto de sangre, pero, por lo que parecía, entero. No lejos, aún con su pavés en la mano, estaba sentado, apoyado en un carro, Sansón Mielles, con la cabeza sangrante, densas gotas le caían por la oreja hasta el hombro. Algunos husitas se retorcían en el suelo. Uno lloraba. Otro vomitó. Uno, sujetando en los dientes unas riendas, intentaba detener la sangre que le brotaba del muñón de una mano mutilada.

—Estamos vivos —repitió Scharley—. ¡Estamos vivos! ¡Eh, Halada, escuch...!

Se detuvo. Halada no escuchaba. Ya no podía escuchar.

Brázda de Klinstejn se acercó a los carros, se acercaron los de las armaduras que habían venido con los refuerzos. Aunque roncos y encendidos a causa de la pelea, enmudecieron y se quedaron callados cuando bajo los cascos de los caballos empezó a chapotear un barro sangriento. Brázda valoró de un vistazo la matanza, miró a los ojos glaucos de Halada, nada dijo.

El cabecilla de los acorazados del refuerzo contempló a Reynevan con el ceño fruncido. Estaba claro que hacía esfuerzos por recordar. Reynevan lo había reconocido al instante y no sólo por la rosa en el escudo: era el *raubritter* de Kromolin, el protector de Tybald Raab, el polaco Blazej Poraj Jakubowski.

El husita que estaba llorando puso la cabeza sobre el pecho y murió. En silencio.

—Extraño —dijo por fin Jakubowski—. Mirad a esos tres. Ni siquiera están demasiado maltratados. ¡Vaya unos putos suertudos! O puede que algún demonio cuide de ellos.

No los reconoció. Tampoco era esto nada extraño.

Aunque apenas se tenía en pie, Reynevan se puso al instante a ocuparse de los heridos. Para entonces la infantería husita ya había dado cuenta de los sanjuanistas y los lanceros de Haugwitz y los estaba desarmando. Se extraía a los muertos de las armaduras, ya habían comenzado las peleas, se arrancaban los unos a los otros las mejores armas y las armaduras más preciadas, se echaba mano a las bolsas de los caídos.

Uno de los caballeros que yacía bajo un carro, en apariencia muerto como los otros, se movió de pronto, sus armas chirriaron, gimió desde lo profundo de su yelmo. Reynevan se acercó, se arrodilló, le levantó la visera. Se miraron largo rato a

los ojos.

—Venga... —gimió el caballero—. Remátame, hereje. Me mataste a mi hermano, mátame a mí también. Y que te trague el infierno...

—Wolfher Sterz.

—Así te mueras, Reynevan Bielau.

Se acercaron dos husitas con los cuchillos ensangrentados. Sansón se levantó y les cortó el paso, y en sus ojos había algo que hizo que los husitas se retiraran a toda prisa.

—Remátame —repitió Wolfher Sterz—. ¡Vómito del diablo! ¿A qué esperas?

—No maté a Niklas —dijo Reynevan—. Bien lo sabes. Aún no estoy seguro del papel que vosotros tenéis en la muerte de Peterlin. Mas has de saber, Sterz, que volveré. Y castigaré a los culpables. Entérate de ello y cuéntaselo a los otros. Reinmar de Bielau volverá a Silesia. Y exigirá que se arreglen las cuentas. Por todo.

El rostro de Wolfher, que estaba tenso, se relajó, se sosegó. Sterz se había hecho el valiente, pero sólo entonces comprendió que tenía una posibilidad de sobrevivir. Pese a ello no dijo palabra, volvió la cabeza.

La caballería de Brázda volvió después de la persecución y de haber hecho un reconocimiento. Espoleados por los jefes, la infantería dejó de saquear a los caídos y se puso en formación de marcha. Se acercó Scharley con tres caballos.

—Nos vamos —dijo—. Sansón, ¿puedes cabalgar?

—Puedo.

Sin embargo se fueron sólo al cabo de una hora. Dejando a sus espaldas la pétrea cruz penitencial, una de los muchos recordatorios de crimen y tardío remordimiento que había en Silesia. Ahora, aparte de la cruz, el cruce era también un cementerio, en el que estaban enterrados Oldrich Halada y veinticuatro husitas, Huérfanos de Hradec Králové. En el cementerio, Sansón había clavado un pavés. Con una hostia radiante y un cáliz.

Y con una leyenda: BÙH PÁN NÁS.

El ejército de Ambrós marchaba hacia el oeste, hacia Broumovo, dejando detrás de ellos un ancho cinturón de huellas de ruedas y de barro amasado por las botas. Reynevan se giró en la silla, miró hacia atrás.

—Volveré aquí —dijo.

—Eso es lo que me temía —suspiró Scharley—. Eso es lo que me temía, Reynevan. Que eso era precisamente lo que ibas a decir. ¿Sansón?

—¿Sí?

—Murmuras por lo bajo y para colmo en italiano, de modo que, imagino, se trata otra vez de Dante Alighieri.

—Bien imaginas.

—¿Y seguro que algún fragmento acorde con nuestra situación? ¿Con la

dirección a la que nos dirigimos?

—Ciertamente.

—Humm... *Fuor de la queta*^[260]... Vamos pues, según tú. ¿Soy demasiado exigente si te pido una traducción?

—No lo eres.

Lejos del aura tranquila hacia la que tiembla;
y voy a una parte donde nada brilla.

En la falda occidental del monte Goliniec, en un lugar desde el que se veía todo el valle y el ejército en marcha, se posó un gran treparriscos sobre la rama de un pino, las agujas cayeron sobre la nieve. El treparriscos giró la cabeza, su ojo inmóvil parecía mirar a alguno de los que iban en la marcha.

El treparriscos debió de ver por fin lo que buscaba, porque abrió el pico y graznó, y en aquel graznido había un reto. Y una mortal amenaza.

Las montañas se hundieron en el *sfumato* turbio de un día nublado de invierno.
La nieve comenzó a caer de nuevo. Cubriendo las huellas.

Fin del Tomo Primero



Escritor polaco de fantasía heroica. Sus obras están fuertemente influenciadas por la cultura eslava y las narraciones tradicionales. Su estilo de escritura es fluido y directo adaptando el lenguaje popular de la Polonia actual. Entre sus obras más populares se encuentra la saga del brujo Geralt de Rivia, compuesta por siete volúmenes. Su primera historia, *El Brujo* («Wiedźmin» en polaco), fue publicada en la revista *Fantastyka* en 1986 consiguiendo un gran éxito ante el público y la crítica, y constituyendo el inicio de la saga de Geralt. Estas novelas le convirtieron en el autor polaco de mayor número de ventas en los años 1990. La saga de Geralt ha sido llevada al cine (*Wiedźmin*, dirigida por Marek Brodzki, 2001), a la televisión, aunque con poco éxito, y al mundo de los videojuegos (*The Witcher*, *The Witcher 2: Assassins of Kings*) con un gran éxito de crítica, ventas y afición. Sapkowski ha ganado cinco premios Zajdel por las historias cortas: *El mal menor* (*Mniejsze zło*) (1990), *La espada del destino* (*Miecz przeznaczenia*) (1992) (ambas publicadas conjuntamente en la colección de historias titulada *La espada del destino*) y las novelas *W leju po bombie* (1993), *La sangre de los elfos* (*Krew elfów*) (1994) y *Narrenturm* (2002). Esta última constituye el inicio de una serie de novelas de fantasía heroica ambientada en las Guerras Husitas del siglo xv.

Notas

[1] Las cinco ciudades <<

[2] Comamos pues y bebamos, mañana estaremos muertos (Isaías, 22:1) <<

[3] La Muerte Negra, la peste <<

[4] Como león rugiente <<

[5] Obispo de Wrocław <<

[6] Duque <<

[7] Llamado <<

[8] Tácito, *Anales* 1,1,6 <<

[9] Duque de Lubin <<

[10] Uno de los domingos de Pascua, llamado así por la palabra inicial del salmo de la misa del día (Salmo 25) <<

[11] *Arte de amar*, famoso libro de Ovidio, poeta latino <<

[12] Oh Dios atiende a mi ayuda: ayúdame, Señor, sin tardanza (Salmo 69:2) <<

[13] Señor creador, que fuiste concebido en el vientre sagrado de la Virgen y de su carne asumiste nuestra mortalidad. María, madre de gracia, madre de misericordia, protégenos durante la vida y acógenos en tu pecho cuando muramos (Himno de la Virgen) <<

[14] (francés): amor mío <<

[15] Levanto mis ojos a Ti, que habitas los cielos. Como los ojos de los siervos están fijos en las manos de sus señores. Y como los ojos de la esclava en las manos de su señora: así están fijos nuestros ojos en el Señor y Dios nuestro, hasta alcanzar de Él misericordia. Ten piedad de nosotros, señor (Salmos 123:1-3) <<

[16] Una parte de la secuencia de la Santa Misa, la lectura de los Evangelios <<

[17] Bendito sea el Señor, que no nos dio por presa a sus dientes. Nuestra alma escapó cual ave del lazo de los cazadores: quebróse el lazo... (Salmos 124:6) <<

[18] Los que confían en el Señor son como el monte de Sión que no deslizará: estará para siempre. Como Jerusalén... (Salmos 125:1) <<

[19] [Date la vuelta <<](#)

[20] Porque no reposará la vara de la impiedad sobre la suerte de los justos; porque no extiendan los justos sus manos a la iniquidad (Salmos 125:3) <<

[21] Tus pechos son como dos ciervos jóvenes, mellizos de una gacela, que pastan entre los lirios. Tu ombligo es un cántaro, donde no falta el vino aromático... Tu vientre, un haz de trigo, bordeado de lirios (Cantar de los Cantares 4:5 y 7:3) <<

[22] Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Así como era un principio ahora y siempre por los siglos de los siglos, amén. Aleluya. <<

[23] Viene, saltando por las montañas, brincando por las colinas (Cantar de los Cantares 2:8) <<

[24] ¡La paz! ¡La paz con vosotros! ¡A tu prójimo! ¡Cómo a ti mismo! (Lucas 10:27, Mateo 22:39) <<

[25] Lo quiera o no <<

[26] Mercaderes y comerciantes <<

[27] Investigación sobre artículo de fe <<

[28] Donde se escribían los manuscritos del monasterio <<

[29] Bachiller en artes <<

[30] El Espíritu va a dónde quiere (Juan 3:8) <<

[31] Con aceptación de todos <<

[32] Unanimidad <<

[33] Una fiesta diabólica y maldita <<

[34] Aquí estamos. <<

[35] Prior de la Orden de los Predicadores (dominicos) <<

[36] Famosísima doncella (título antiguo de nobleza) <<

[37] Estudiante de la academia de Praga, bachiller en artes <<

[38] Bendito sea el nombre del Señor <<

[39] Huida cobarde <<

[40] El amor todo lo vence (Virgilio, Bucólicas, 10:69) <<

[41] En mi copa (*Carmina Burana* 194:1) <<

[42] La verdad lo puede todo <<

[43] Ni siquiera Hércules (puede luchar contra muchos) <<

[44] La milla usada por el autor en todo el libro es la antigua milla polaca, algo más de siete kilómetros <<

[45] Átalos juntos (alemán), sus veredas son torcidas (latín) <<

[46] Justa paga de retribución (Hebreos 2:2) <<

[47] Famoso poema recitativo (*chantefable*) del medievo francés (s. XIII) que trata de las peripecias de dos enamorados (en castellano se usó antiguamente la versión «Alcasín», y castellanizamos también Nicolette en «Nicoletta», siguiendo el uso de Sapkowski en el original) <<

[48] [lenteja, rueda, muele, molino] <<

[49] [mesa con las patas rotas] <<

[50] La segunda frase (*stol z powylamywanymi nogamij*) es un típico trabalenguas polaco. La primera serie de palabras polacas está relacionada con una revuelta medieval. Los alemanes de Cracovia (ciudad fundada por colonos alemanes en 1257) se levantaron contra el rey Ladislao I el Breve. Cuando el rey venció a la revuelta y recuperó la ciudad, se obligó a sus habitantes a pasar un test lingüístico: debían decir estas palabras en polaco: «*soczewica, kolo, miele, mlyn* [lenteja, rueda, muele, molino]» sin acento. El que se tragara o tuviera acento era considerado alemán y castigado. <<

[51] «Esto es por supuesto un anacronismo, puesto que esta famosa obra del dominico se escribió en el año 1437» (N. del A.) <<

[52] La naturaleza divina de Cristo <<

[53] En la cabeza y los miembros <<

[54] La corrupción de los mejores es la peor <<

[55] Los que duermen juntos <<

[56] Campesinos guerreros de Asia Menor (siglo IV) relacionados con la herejía de los donatistas <<

[57] El signo de los tiempos <<

[58] Sentencia <<

[59] El Pobrecito (San Francisco de Asís) <<

[60] Fe herética <<

[61] Herejes malísimos y famosos <<

[62] La Iglesia no bebe sangre (Tercer Concilio de Letrán, 1179, Canon 21) <<

[63] Dale, Señor, el descanso eterno (final del Réquiem, oración de los difuntos) <<

[64] Entre todas (palabras iniciales de la bula del Papa Martín V emitida en el Concilio de Constanza en 1418) <<

[65] Un hombre de rara honradez <<

[66] Roma ha hablado, el asunto está terminado <<

[67] **Comuni3n en ambas especies (pan y vino)** <<

[68] El brazo secular <<

[69] En su mayor parte analfabetos e idiotas <<

[70] Mas su fin es amargo como el ajenjo, agudo como cuchillo de dos filos
(Proverbios 5:4) <<

[71] Aleja de ella tu camino, y no te acerques a la puerta de su casa (Proverbios 5:8)

<<

[72] (neerlandés): y la palabra se hizo carne (Juan 1:4) <<

[73] y del ataque del demonio del mediodía líbranos, Señor (referencia a Salmos 91:6)

<<

[74] ¿quién gana con ello? <<

[75] (alemán) echa sal, echa sal, (latín) no temas los temores de la noche (Salmos 91:5) <<

[76] Gran Madre <<

[77] ¡Ven, ven, ven a mí / no me hagas morir! ¡Hyrca! ¡Hyrca! ¡Nazaza!/ ¡Trillirivos!
¡Trillirivos! (*Carmina Burana*, 174:1) <<

[78] El Viajero <<

[79] ¡Vete! Río sucio, dragón malvado... (del *Exorcismus in satanam et angelos apostaticos*, del Papa León XIII) <<

[80] Desnudez inocente <<

[81] La torre herida por el rayo <<

[82] También <<

[83] Finalmente <<

[84] (aquí) palabra <<

[85] A la mayor gloria de Dios (fórmula atribuida al Papa Gregorio I, luego adoptada por los jesuítas) <<

[86] Hedor de los judíos (se suponía en la Edad Media que los judíos tenían un mal olor específico y antinatural) <<

[87] Gloria al Señor en las alturas... Y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (comienzo del Gloria de la misa latina). <<

[88] Te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos las gracias,
Señor (continuación del Gloria) <<

[89] Cordero de Dios, Hijo del Padre, tú que quitas los pecados del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas los pecados del mundo, atiende nuestra súplica (también parte del Gloria). <<

[90] Para nada <<

[91] Más beber que rezar <<

[92] La deposición de Cristo en la tumba <<

[93] Ni tengo plata ni oro (Hechos de los Apóstoles, 3:6) <<

[94] Creo en un sólo Dios, Padre omnipotente (principio de la oración del Credo) <<

[95] Plata y oro <<

[96] Hierba de Apolo, denominación del beleño (planta alucinógena) <<

[97] Eléboro (planta venenosa) <<

[98] La columnas del velo de oro <<

[99] Literalmente «los ojos»; es el comienzo de un salmo (25:15) y sirve para denominar al tercer domingo de Cuaresma <<

[100] Yo soy el que soy (Éxodo, 3:14) <<

[101] Saeta que vuela de día (Salmos 91:15) <<

[102] (inglés): enterrado en Lutterworth, los restos desenterrados y arrojados... (se refiere a John Wiclif, el hereje) <<

[103] lo que se encuentra sin dueño, se lo queda uno <<

[104] Caballos de potencia del caballero que lleva su escudero de la mano derecha <<

[105] Envejecemos con el callado paso de los años (Ovidio) <<

[106] Plato hecho a partir de cerveza, con muchas variaciones, a veces dulce <<

[107] Lecturas que se llevan a cabo en el monasterio tras la cena <<

[108] Caballero de baja estofa <<

[109] Bernardo amaba los valles, Benedicto los montes, / Francisco los pueblos, Domingo las ciudades (verso medieval que recordaba los lugares preferidos para la fundación de monasterios) <<

[110] Espiritu animador <<

[111] Almuerzo <<

[112] El sexto día de la semana, el viernes <<

[113] Dios santo, Padre omnipotente, Dios eterno, imploramos tu clemencia y la de tu hijo (...) Ofrece nuestras oraciones al Altísimo, para que cuanto antes desciendan sobre nosotros las misericordias del Señor y sujeta al dragón, la antigua serpiente, que es el diablo y Satanás, y, una vez encadenado, precipítalo en el abismo, para que nunca jamás pueda seducir a las naciones. Después de esto, confiados en tu protección y patrocinio, con la sagrada autoridad de la Santa Madre Iglesia, nos disponemos a rechazar la peste de los fraudes diabólicos, confiados y seguros en el Nombre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor. <<

—Señor, escucha nuestra oración.

—Y llegue a Ti nuestro clamor.

—Gloriosísimo príncipe de la milicia celestial, Arcángel San Miguel, defiéndenos en la lucha que mantenemos combatiendo. ¡Satanás!

(Esto es parte también del famoso exorcismo del Papa León XIII ya citado, aunque un tanto transformado)

[114] Cerdo sucio y desviado <<

[115] Tonto rey de los tontos <<

[116] «Toma una parte del hígado y del corazón del pez, y colócalos sobre el brasero de los perfumes. Entonces se extenderá el olor, y cuando el demonio lo huela, huirá y nunca más aparecerá a su lado» (Tobías 6:17) <<

[117] ¡Espíritu mudo y sordo, yo te mando, sal de él, y no entres más en él! (Marcos 9:25) ¡El Señor te lo manda por el ángel y el león! ¡Por Dios vivo! ¡Su justicia por los siglos de los siglos! <<

[118] ¡Yo te exorcizo por los gestos y las palabras santas! ¡Te lo mando por la Clave de Salomón y el magno nombre del Tetragrammaton! <<

[119] Yo te exorcizo, río sucísimo, dragón maléfico, espíritu mendaz <<

[120] Y vosotros todos <<

[121] ¡Por él, y con él, y en él! ¡Jobsa, hopsa, y vosotros todos! ¡Y con tu espíritu! <<

[122] El reino de Dios ha llegado a nosotros (Lucas 11:20) <<

[123] Más vale perro vivo que león muerto <<

[124] Cárcel perpetua <<

[125] En este caso <<

[126] (francés): ¿es verdad? <<

[127] (francés): se dice y es la verdad <<

[128] Cierta, escucha, ése es el problema, hablando en plata. Lo que habéis dicho es suficiente. Basta. <<

[129] Cruel necesidad (Horacio, Odas, 3, 24, 6) <<

[130] (francés): lo juro por mis cojones <<

[131] Alaba, Sión, al Salvador (Tomás de Aquino) <<

[132] No podría explicar cómo allí entrara, / tan soñoliento estaba en el instante/ en que el cierto camino abandonara (traducción de Ángel Crespo, Dante, La divina comedia, El infierno, Canto I) <<

[133] ¿por qué preguntas por mi nombre, que es admirable? (Jueces 13:18) <<

[134] El 21 de julio <<

[135] Inquisidor de la Sede Apostólica enviado especialmente <<

[136] Si quieres la paz, prepara la guerra <<

[137] No se es sabio si no se es paciente <<

[138] La mayor herejía es no creer en las obras del demonio <<

[139] Método de tortura por el que al condenado se le elevaba hacia arriba tirando de las manos que llevaba atadas a la espalda. <<

[140] Contradicción en sí mismo <<

[141] El hombre común sobre todo <<

[142] En los años de la santidad <<

[143] En la posición de un ser humano <<

[144] La voluntad de la vida <<

[145] Poder de la vida <<

[146] Hombre admirable <<

[147] Cantad alabanzas, oh naciones, a nuestro Dios (Salmos 66:8) <<

[148] Aclamad a Dios con alegría, toda la tierra, cantad la gloria de su nombre (aunque en el texto se dice Salmo 65, en la versión de la Vulgata es el 66) <<

[149] El rey sobre todo. Año cíclico. ¿Lujuria? Lujuria de las papilas. De la santidad y... de la expedición del hombre. <<

[150] Tiempos jocosos (Carmina Burana 179:1) <<

[151] El amor lo puede todo (Carmina Burana 87:1) <<

[152] Cuando estamos en la taberna (Carmina Burana 196:1) <<

[153] Canta, lengua el Misterio del Cuerpo Glorioso y de la Sangre Preciosa que como precio del mundo fruto de un vientre generoso el Rey envió a los hombres (Primera estrofa del Pange lingua, escrito por Tomás de Aquino, canción de Eucaristía) <<

[154] Cuando las flores surgen de la hierba como si se rieran del sonriente sol en una temprana mañana de mayo, y los pequeños pájaros cantan con sus mejores trinos, ¿hay acaso una felicidad mayor? (Primera estrofa de la Canción de mayo del trovador Walther von der Vogelweide) <<

[155] La palabra es carne: al pan / con la palabra convierte en verdadera carne, / y hace el puro vino de la / Sangre de Cristo. / Y si los sentidos no alcanzan / para afirmarlo el corazón sincero / es suficiente la sola fe. (Cuarta estrofa del Pange lingua) <<

[156] ¡Si queréis saber la verdad, vayamos todos a la fiesta de mayo! Que ha venido con todas sus fuerzas, miradlo a él y a todas las hermosas mujeres y ver quién es el que ha ganado. ¿No he jugado yo el mejor juego? (Tercera estrofa de la Canción de mayo del trovador Walther von der Vogelweide) <<

[157] Tantas cosas nuevas en la solemne primavera, y la autoridad primaveral, nos mandan gozar. <<

(Segunda estrofa de Omnia sol tempert, Carmina Burana 136:2)

[158] Al Engendrador y al Engendrado alabanza, alegría, salud, honor, fuerza y bendición. (Última estrofa del Pange lingua) <<

[159] «Tomé esta canción del Diccionario de insultos, invectivas y palabras peyorativas polacas, de Ludwik Stomma. Al parecer es una cancioncilla típica de los montañeses de Sucha Beskida. Hermosa, hay que reconocerlo. ¡Y emotiva!» (N. del A.) <<

[160] (francés): grito de guerra <<

[¹⁶¹] (francés): ¡Dios lo quiere!, grito para animar a las cruzadas a Tierra Santa con el que finalizó el Concilio de Clermont en 1095 <<

[162] Excomunión temporal que exige que el excomulgado sea puesto a disposición de la Iglesia <<

[163] [no tendrás temor de espanto nocturno, ni de saeta que vuele de día] ni de pestilencia que ande en oscuridad (Salmos 91:5,6) <<

[164] Torneo <<

[165] Juego de lanzas <<

[166] (francés): a los honores, señores caballeros y escuderos <<

[167] (francés): el rey de armas <<

[168] (francés): perseverantes de armas, oficiales de armas <<

[169] (francés): murmurador <<

[170] (francés): malhechor <<

[171] (francés): la merced de las damas, un derecho de las damas nobles de tomar a un caballero bajo su protección personal <<

[172] (francés): que luchen <<

[173] (francés): cruce de lanzas, torneo <<

[174] El final corona la obra (Ovidio, Heroidas 2:85) Bene vale: que te vaya bien <<

[175] «vavasor», un vasallo de bajo nivel, pero aún un hombre libre <<

[176] Traducción —un tanto libre— de la *Cantilena*, canción sobre Wiclif. «La Canción sobre Wiclif de Jędrzej Galka, por supuesto, fue escrita mucho después, hacia el año 1440. Galka, por lo que he calculado, debía de ser más o menos de la misma edad de Reynevan. Se sospecha, sin embargo, que esta canción pudo haber sido una traducción de una canción husita. ¿No podría haber sido compuesta por mi goliardo? ¿O la podría haber escuchado en algún lugar?» (N. del A.) <<

[177] Los libros son para leer, no para quemar <<

[178] No aprestéis oro, ni plata, ni cobre en vuestras bolsas (Mateo 10:9) <<

[179] La almohada es buena consejera (proverbio italiano) <<

[180] «Al describir la figura de Conrado, duque de la familia de los Piastas, de la línea de Olesnica, obispo de Wroclaw en los años 1417-1447, me he mantenido estrictamente fiel a las crónicas, en lo tocante a los rasgos del carácter, en especial en el gusto del obispo por la bebida y el sexo opuesto, de los que el cronista Jan Dlugosz habla sin miramientos. Sin embargo, me permití una cierta desenvoltura a la hora de describir su propia persona, sus rasgos físicos. En primer lugar, la descripción dada por Dlugosz («... malvado negruzco... de baja estatura... cuerpo gordo... tenía los ojos estrábicos... al hablar balbuceaba y tartamudeaba...») no pegaba ni con cola para mi historia y no funcionaba en absoluto. En segundo lugar, Dios sabe quién dirá la verdad: Dlugosz podía retratar de modo repugnante y no del todo fielmente a las personas a las que no tenía afecto o que le habían hecho algo. Y que el cronista no tenía simpatía por el obispo de Wroclaw, eso es algo seguro» (N. del A.) <<

[181] El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy (Mateo 9:11) <<

[182] La muralla de la cristiandad (frase que los polacos han solido aplicarse a sí mismos, entendiendo que Polonia ha defendido siempre a la cristiandad contra los ataques del oriente) <<

[183] La ley es clara <<

[184] Defensores de los herejes <<

[185] (alemán): principal del país, gobernador <<

[186] alegrías <<

[187] no me atañe <<

[188] porque la juventud florece (Carmina Burana 30:1) <<

[189] a todos los vientos <<

[190] En el medio del camino de la vida, errante me encontré por selva oscura en que la recta vía era perdida... (Dante, La divina comedia, El infierno, Canto I, trad. Bartolomé Mitre) <<

[191] preguntas sobre un tema cualquiera <<

[192] todo lo mío lo llevo conmigo (Cicerón, Paradoxa Stoicorum, 1:1,8) <<

[193] «Por supuesto, una referencia a H.P. Lovecraft» (N. del A.) <<

[194] «Lo inventé tomando ejemplo de Lovecraft, el maestro de Providence» (N. del A.) <<

[195] «Aunque usado en varias historias de Lovecraft y parte del canon bibliográfico de los mitos de Cthulhu, De vermis..., reconozcámosle el honor, fue inventado por Robert Bloch» (N. del A.) <<

[196] la hierba se seca, y la flor se cae (Isaías 40:7) <<

[197] Toledo es nuestra alma mater, nuestra universidad <<

[198] amantes, dementes (Plauto, Mercator 82; Terencio, Andria 218) <<

[199] equinoccio de otoño <<

[200] planta llamada en castellano amaradulce, amargamiel, dulcamara, emborrachadora, hierba pelada, matagallinas, morera trepadora. <<

[201] planta llamada en castellano yerba mora <<

[202] «Toda teoría, querido amigo, es gris (Fausto de Goethe, parte I, palabras de Mefistófeles). Esto es, por supuesto, un anacronismo, también en el sentido lingüístico, ya que el hochdeutsch —alemán estándar— que usaba Goethe aún no existía en el siglo xv. Pero ¿quién sabe? ¿Puede que el diablo haya hablado siempre en hochdeutsch?» (N. del A.) <<

[203] Doctor del evangelio sobre todos los evangelistas, Juan Wiclif, sobre la blasfemia, sobre la apostasía, sobre la simonía, sobre la potestad del Papa, sobre la composición del hombre <<

[204] rapto de doncella <<

[205] Mío es el propósito de morir en la taberna, para que el vino de mi boca moribunda ande cerca. Así feliz el coro de ángeles cantará, Tenga Dios piedad de este borracho. (Texto satírico del poeta medieval conocido por Archipoeta, también en el Carmina Burana, 191:12) <<

[206] Bebe la señora, bebe el señor, bebe el soldado, bebe el clérigo, bebe aquél, bebe aquélla, bebe el siervo con la criada, bebe el enérgico, bebe el perezoso, bebe el blanco, bebe el negro. (Carmina Burana 196:5) <<

[207] hasta mañana <<

[208] (alemán): sopla, sopla, vientecito / hacia la ventana <<

[209] literalmente buenas mujeres, apelativo tradicional para las brujas <<

[210] (alemán): crema para volar <<

[211] la alegre <<

[212] la cruz ansada, antiguo símbolo, usado por egipcios, entre otros <<

[213] todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora
(Eclesiastés 3:1) <<

[214] Tu hermoso rostro, el brillo de tu mirada, las trenzas de tu cabello, ¡oh, que radiante belleza! <<

(Carmina Burana, 174:2)

[215] Más roja que la rosa, más blanca que el lirio, la más hermosa de todas, ¡siempre en ti la gloria! (Carmina Burana 174:3) <<

[216] la más hermosa entre las mujeres (Cantar de los Cantares, 1:7) <<

[217] la hermosísima Dido (Virgilio, Eneida 1:496), diosa que sobrepasa a todas (Virgilio, Eneida 1:501) <<

[218] reina sabrosa <<

[219] (alemán antiguo): doncella querida (Walther von der Vogelweide) <<

[220] tan jovial como bella <<

[221] soldados de Dios, guerreros de Dios <<

[222] perros del Señor, juego de palabras con los dominicos, por su vinculación con la Inquisición <<

[223] el nombre es santo y seña; el nombre ya es suficiente para conocer a alguien <<

[224] no me toques los círculos (según los latinos Valerio Máximo y Tito Livio, dicho por Arquímedes) <<

[225] [haced penitencia <<](#)

[226] en la semana que sigue a la fiesta de los apóstoles Pedro y Pablo (29 de junio) <<

[227] y sin embargo NO se mueve (variación del dicho que la tradición atribuye a Galileo Galilei, cuando la Inquisición le hizo afirmar que la Tierra no se movía alrededor del sol y él, por lo bajo, añadió: y sin embargo se mueve) <<

[228] (alemán): nunca más <<

[229] guerrero de Cristo <<

[230] El castigo y flagelo de Dios <<

[231] escudo de plata y gules <<

[232] ven, Espíritu Santo <<

[233] He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo. Y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría. Purifícame con hisopo, y seré limpio. Lávame, y seré emblanquecido más que la nieve. Hazme oír gozo y alegría (Salmos 51:6-8) <<

[234] cubo de mezclas <<

[235] un tonto dice tonterías <<

[236] espejo de salvación <<

[237] la verdad del Señor <<

[238] perdura durante siglos <<

[239] hereje relapso, un hereje que después de haber abjurado y cumplir castigo, reincide <<

[240] oculto, aquí relativo a lugar de culto mágico <<

[241] la jerarquía de los seres <<

[242] un demonio malvado <<

[243] seres que acechan en la oscuridad (Salmos 91:6) <<

[244] bendito sea el Señor <<

[245] exceso de humores <<

[246] (griego): espíritu <<

[247] el segundo día después de la fiesta de San Lorenzo (es decir, el 12 de agosto) <<

[248] de los muertos o se habla bien o no se habla <<

[249] defensor y esplendor de la fe católica <<

[250] una santa, católica y apostólica Iglesia (palabras iniciales de la Bula emitida por el Papa Bonifacio VIII en el año 1302) <<

[251] te doy algo para que tú me des (fórmula del derecho romano) <<

[252] el que no es conmigo, contra mí es (Mateo 12:30) <<

[253] voy a una parte donde nada brilla (en la traducción de Bartolomé Mitre, Dante, La divina comedia, El infierno, Canto IV) <<

[254] (checo): en la necesidad se sabe quiénes son los amigos. <<

[255] Los husitas rezan el padre nuestro en checo: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad, así en el cielo como en la tierra, (trad. Lit.) El pan nuestro de cada día, dánosle hoy (...) mas líbranos del mal, amén. <<

[256] (checo): adelante, guerreros de Dios <<

[257] gulash de olla, típica sopa húngara <<

[258] abandonad toda esperanza (Dante, La divina comedia, El infierno, Canto III) <<

[259] (alemán): Dios con nosotros <<

[260] lejos del aura tranquila hacia la que tiembla (Dante, La divina comedia, El infierno, Canto IV) <<